

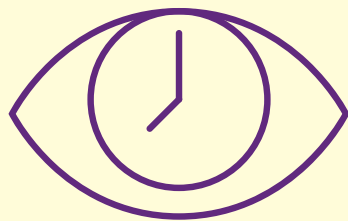


Mujeres

Resistencias, culturas,
memorias y luchas

LETRAS E IMÁGENES DE NUEVO TIEMPO

Ensayo | Crónica periodística | Cuento | Poesía | Dramaturgia
Fotografía | Historieta o cómic | Audiovisual



Mujeres

Resistencias, culturas, memorias y luchas

7^{ma} CONVOCATORIA

LETRAS E IMÁGENES DE NUEVO TIEMPO

Ensayo | Crónica periodística | Cuento | Poesía | Dramaturgia
Fotografía | Historieta o cómic | Audiovisual



ESTADO PLURINACIONAL DE
BOLIVIA

Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia (Editor)
Mujeres: Resistencias, culturas, memorias y luchas. 7^{ma} Convocatoria de Letras e Imágenes de
Nuevo Tiempo
La Paz: FC-BCB, 2023
588 páginas
D.L.: 4-1-94-2023 P.O.
ISBN: 978-9917-9902-2-2

Autores: Ruth Martina Mendieta Mamani, Joan Loayza Villanueva, Carolina Morón Ríos, Ariadne Ávila Bedregal, Silvio Fabricio Callapa Ramírez, Alejandro Pereyra Doria Medina, Álvaro Manuel Montoya Ortega, Santiago Agustín Espinoza Antezana, Martha Irene Mamani Velazco, Vanessa Karina Alfaro Flores, Randy Rambert Rojas Rojas, Sarah Faride Tamayo Isaias, Tania Estefany Jiménez Cala, Chryslen Mayra Barbosa Gonçalves, Cesar Augusto Coaguila Calvimontes, Dyann Sotéz Gómez, Diana Valeria Cabrera Miranda, Américo Gonzales Rojas, Pilar Amalia Montesinos Reyes Ortiz, Paola Susana Lambertin Murillo, Laura Ximena Barriga Davalos, Debbie Ludy Domínguez Rico Jiménez, Mercedes Campos Villanueva, Jenny Neysa Rivadineira Urey y Brian Daniel Díaz Yáñez.

Imágenes: Martha Irene Mamani Velazco, Tania Estefany Jiménez Cala, Chryslen Mayra Barbosa Gonçalves y Dyann Sotéz Gómez.

Corrección de estilo: Kurmi Soto y César Antezana/Flavia Lima

Cuidado de la edición: Milenka Torrico Camacho

Diseño y diagramación: Gabriel Sánchez Castro

Foto portada: Paola Susana Lambertin Murillo

Fotos contraportada: Paola Susana Lambertin Murillo

Impresión: Talleres Gráficos Kipus

ISBN: 978-9917-9902-2-2

D.L.: 4-1-94-2023 P.O.

Primera edición
2023

© Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia
Calle Fernando Guachalla N° 476
Zona Sopocachi, La Paz, Bolivia
Teléfono: 2424148
www.fundacionculturalbcb.gob.bo
fundacion@fundacionculturalbcb.gob.bo

BANCO CENTRAL DE BOLIVIA

Roger Edwin Rojas Ulo
Presidente a.i.

Gabriel Herbas Camacho
Director a.i.

Gumercindo Héctor Pino Guzmán
Director a.i.

Oscar Ferrufino Morro
Director a.i.

Diego Alejandro Pérez Cueto Eulert
Director a.i.

FUNDACIÓN CULTURAL DEL BANCO CENTRAL DE BOLIVIA

Luis Oporto Ordóñez
Presidente

Susana Bejarano Auad
Consejera

Guido Arze Mantilla
Consejero

Jhonny Quino Choque
Consejero

José Antonio Rocha Torrico
Consejero

Roberto Aguilar Quisbert
Consejero

Manuel Monroy Chazarreta
Consejero

REPOSITARIOS NACIONALES Y CENTROS CULTURALES

Máximo Pacheco Balanza
Director Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia

Elvira Espejo Ayca
Directora Museo Nacional de Etnografía y Folklore

Iván Castellón Quiroga
Director Museo Nacional de Arte

Mario Linares Urioste
Director Casa de la Libertad

Edson Hurtado Morón
Director Centro de la Cultura Plurinacional

Luis Mauricio Arancibia Fernández
Director de la Casa Nacional de Moneda

© Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia

Willy Tancara Apaza
Director general

David Aruquipa Pérez
Jefe nacional de Gestión Cultural

Marcelo Maldonado Rocha
Gestor cultural de Proyectos
Unidad Nacional de Gestión Cultural

Milenka Torrico Camacho
Gestor cultural II
Unidad Nacional de Gestión Cultural

Gabriel Sánchez Castro
Enlace técnico
Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia

Oxfam y Coordinadora de la Mujer

Lourdes Montero Justiniano
Responsable País de la oficina de Oxfam en Bolivia

Tania Sánchez Montañó
Directora ejecutiva de la Coordinadora de la Mujer

📍 Fundación Cultural BCB
🌐 fundacióncultural.bcb
📧 @CulturaFCBCB
📺 Fundación Cultural BCB
📱 @fundacion_cultural_bcb

Índice

Presentación: El rol de las mujeres en el Estado Plurinacional y la urgente necesidad de despatriarcalización

Luis Oporto Ordóñez..... 11

ENSAYO

Nota a la edición: Historia con rostro de mujer

Kurmi Soto 15

Mujeres domesticando la vida, los espacios y los territorios

Las caseritas, sarjiris y tiendanís en la economía popular de los Andes (Primer lugar)

Tania Estefany Jiménez Cala y Chryslen Mayra Barbosa Gonçalves..... 17

Luchas femeninas anticoloniales en Cochabamba

Indígenas nobles y mulatas esclavizadas frente a los tribunales del siglo XVIII (Segundo lugar)

César Augusto Coaguila Calvimontes 49

La policía no me cuida, me cuidan mis amigas (Tercer lugar)

Dyann Sotéz Gómez 93

CRÓNICA PERIODÍSTICA

Nota a la edición: Voces femeninas

Kurmi Soto 113

Pilar Reyes busca justicia (Primer lugar)

Álvaro Montoya Ortega..... 115

“Si me permiten cantar...” (Segundo lugar)

Santiago Agustín Espinoza Antezana 123

Gerardina no quiere que la olviden (Tercer lugar)

Martha Irene Mamani Velazco..... 131

CUENTO

Nota a la edición: Niñas y ancianas: las otras mujeres

César Antezana / Flavia Lima..... 145

La jaula se ha vuelto pájaro (Primer lugar)

Ariadne Ávila Bedregal..... 147

Una chica de amarillo Pikachu (Segundo lugar)

Fabricio Callapa Ramirez 169

Habitación sin límite (Tercer lugar)

Alejandro Pereyra Doria Medina 191

POESÍA

Nota a la edición: Las voces de las mujeres

César Antezana / Flavia Lima..... 227

Entre cerros y montañas (Primer lugar)

Ruth Mendieta 229

La trama artificial (Segundo lugar)

Joan Villanueva 263

Abuelas eternas (Tercer lugar) <i>Carolina Morón Ríos</i>	307
DRAMATURGIA	
Nota a la edición: Tres escenarios, tres conflictos <i>César Antezana / Flavia Lima</i>	345
La mujer del albañil (Primer lugar) <i>Vanessa Karina Alfaro Flores</i>	347
Tari de miel (Segundo lugar) <i>Randy Rambert Rojas Rojas</i>	369
Madre (Tercer lugar) <i>Sarah Faride Tamayo Isaias</i>	399
FOTOGRAFÍA	
Nota a la edición: Diosas, alfareras y curanderas <i>Andrea Hinojosa Sainz</i>	449
Diosas del ukhu pacha (Primer lugar) <i>Paola Susana Lambertin Murillo</i>	451
De un lugar que se llama aquí (Segundo lugar) <i>Laura Ximena Barriga Davalos</i>	483
Dejando huellas (Tercer lugar) <i>Debbie Ludy Domínguez Rico Jiménez</i>	495
HISTORIETA O CÓMIC	
Nota a la edición: Resistencias, culturas, memorias y luchas en la narrativa gráfica <i>Marcelo A. Maldonado Rocha</i>	513
Ñambi-Cuña Ipaye (Primer lugar) <i>Diana Valeria Cabrera Miranda</i>	515
Celestina (Segundo lugar) <i>Américo Gonzales Rojas</i>	537
Mi color favorito (Tercer lugar) <i>Pilar Amalia Montesinos Reyes Ortiz</i>	557
AUDIOVISUAL	
Nota a la edición: Tejer y dibujar a las mujeres <i>Mariana Vargas Toro</i>	579
¿Hacia dónde van las mariposas? (Primer lugar) <i>Mercedes Campos Villanueva</i>	581
Mujeres de urdiembre (Segundo lugar) <i>Jenny Neysa Rivadineira Urey</i>	583
Marce (Tercer lugar) <i>Brian Daniel Diaz Yáñez</i>	585

Agradecimientos

Esta publicación ha visto la luz gracias al apoyo y compromiso de Oxfam Bolivia y la Coordinadora de la Mujer. También, han sido fundamentales la colaboración del Ministerio de la Presidencia y del Servicio Plurinacional de la Mujer y de la Despatriarcalización "Ana María Romero" (SEPMUD), y el trabajo de nuestros Repositorios Nacionales y Centros Culturales.

Agradecemos profundamente a estas instituciones por ayudarnos a materializar esta obra, hito y testimonio del 2022, Año de la Revolución Cultural para la Despatriarcalización, por una vida libre de violencia contra las mujeres (Decreto Supremo n.º 4650 del 5 de enero del 2022).

Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia

Presentación

El rol de las mujeres en el Estado Plurinacional y la urgente necesidad de despatriarcalización

*Luis Oporto Ordóñez**

La Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia enmarca sus actividades en las políticas culturales del Órgano Ejecutivo, y en los últimos años ha contribuido al debate cultural en el país y ha identificado necesidades del sector artístico y cultural boliviano. Así, en el marco y cumplimiento de las atribuciones establecidas en su Estatuto, impulsa el concurso de fomento Letras e Imágenes de Nuevo Tiempo, un programa editorial creado el 2016, con el objetivo de promover el debate y la reflexión política, cultural y social contemporánea, para la creación de una cultura despatriarcalizada. Letras e Imágenes se ha fortalecido con incentivo económico a partir del 2021 y forma parte del programa de fomento a las artes y la literatura. Además, funciona como una plataforma intercultural y participativa, que acepta propuestas en todas las lenguas oficiales reconocidas por la Constitución Política del Estado Plurinacional.

El Consejo de Administración de la FC-BCB tomó la acertada decisión de aprobar el tema “Mujeres: resistencias, culturas, memorias y luchas” como eje de la 7^{ma} Convocatoria de Letras e Imágenes de Nuevo Tiempo. Esta decisión se enmarca en la Ley integral para garantizar a las mujeres una vida libre de violencia (Ley n.º 348 del 9 de marzo del 2013), norma que sanciona penalmente los actos que causen sufrimiento o daño físico, sexual o psicológico a una mujer, y que generen perjuicio en su patrimonio, economía, fuente laboral u otro ámbito, solo por el hecho de ser mujer.

A nivel internacional, las corrientes y militancias en torno al feminismo se han convertido en la vanguardia de las conquistas y las luchas democráticas. Movimientos como el de los “pañuelos verdes”, que promueve el derecho a la libertad en la toma de decisiones personales sobre el cuerpo de las mujeres, o el movimiento de “pañuelos lilas”, vinculado a las marchas del 8M bajo la consigna “Ni una menos”, constituyen espacios de denuncia y protesta contra las violaciones a los derechos de la mujer y frente al alto índice de feminicidios.

El horizonte de la lucha despatriarcalizadora es la defensa de los derechos de las mujeres, así como la garantía, protección y precautelación de nuevas conquistas en derechos fundamentales. Alcanzar este horizonte supone, además de crear condiciones normativas, impulsar e implementar un conjunto de mecanismos que promuevan y generen culturas despatriarcalizadas, considerando que la cuestión de género no es solo un asunto del feminismo sino también de las masculinidades. Por tanto, promover culturas despatriarcalizadoras implica una construcción colectiva, que se convierta en un pilar de la Revolución Democrática Cultural del Estado Plurinacional de Bolivia.

La violencia patriarcal es una reproducción de la violencia de género, que no solamente ocupa espacios sexuales, pues es sobre todo una forma de ejercicio de poder. Es más, está considerada como la violencia en la que se fundan todos los poderes. De ahí que, en nuestro continente, existan olas que pretenden escamotear, invisibilizar y traslapar las ideologías de género, promoviendo tendencias conservadoras y de fundamentalismo religioso, que pasan del discurso a actitudes violentas y belicistas.

Tal como la conocemos, la violencia contra las mujeres forma parte de una pedagogía impulsada por el patriarcado. Esto significa que, aunque las agresiones se ejecuten por medios sexuales, todas las formas de violencia son la expresión de un orden político, en cuanto forma de poder. Esta pedagogía del patriarcado se revela en los modos en que se han construido el arte y la cultura, y en la manera en que se ha relatado la historia, a través de la expropiación del valor y de la dominación.

Dichos aspectos se manifiestan en un proyecto histórico que ha naturalizado, en diferentes instancias de la sociedad, el rol “secundario” de las mujeres, y que constituye una esfera de control de la vida con alcances paraestatales. Además, es evidente que este proyecto controla la “verdad” y la explotación de recursos, pues el monopolio de los medios de comu-

* Magister Scientiarum en Historias Andinas y Amazónicas, licenciado en Historia y candidato a Ph. D. de la Universidad Mayor de San Andrés. Docente titular de la Carrera de Historia (UMSA). Fue presidente del Comité Regional de América Latina y el Caribe del Programa Memoria del Mundo de la Unesco. Actualmente, preside la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia. loporto@fundacionculturalbcb.gob.bo

nicación es el mismo que el de los agronegocios y la explotación minera. Entonces, se ha motivado la invisibilización del arte y la cultura, a través del control de las formas de organización política y del rol de las mujeres en la historia y la economía.

Es necesario desmontar la naturalización o socialización de la mujer como ama de casa, que lleva a asumir que el trabajo doméstico es su vocación natural. La creación del concepto de “ama de casa a tiempo completo” significó la exclusión de la mujer del mundo laboral asalariado. A su vez, este hecho generó frustración en las masculinidades, pues la incapacidad de ganar un salario suficiente representa, para muchos varones, la privación de un signo de respetabilidad masculina. Con el tiempo, la presencia de las mujeres en la política, la academia, las industrias y la economía ha experimentado avances dramáticos, no obstante, aún no se ha logrado una real equidad de género.

Cabe destacar que, desde el 2013, el Estado Plurinacional de Bolivia tipifica el feminicidio como delito. Sin embargo, el 2021, se contabilizaron más de 700 feminicidios, cifra lacerante que expresa los resabios de la ley sálica colonial que otorgó al varón el poder de decidir sobre la vida de la mujer. Creemos firmemente que la respuesta a este flagelo no solamente implica acciones y canales punitivos, sino la propagación de una cultura despatriarcalizadora. Es así que el 2022 fue declarado “Año de la Revolución Cultural para la Despatriarcalización por una vida libre de violencia contra las mujeres”, en el marco de los principios que configuran el horizonte del Estado Plurinacional: *Suma Qamaña* (Vivir bien), *Nandereko* (Vida armoniosa), *Teko kavi* (Vida buena), *Ivimaraei* (Tierra sin mal) y *Qhapajñan* (Camino o vida noble).

Acciones de esta naturaleza se sustentan en la Constitución Política del Estado, cuyo artículo 15 promueve una vida libre de violencia física, psicológica y sexual, y pone freno a la violencia de género y generacional que ocasiona la degradación de la condición humana; la muerte; el dolor y sufrimiento físico, sexual y psicológico; la desaparición forzada; la servidumbre; la esclavitud, y la trata y tráfico de personas.

En este contexto, para el Consejo de Administración de la FC-BCB, es imperioso que, a través del arte, la cultura y la investigación, se desmonten las representaciones creadas en torno a los roles de género y la manera en que se han naturalizado, puesto que han afectado y truncado los proyectos de generaciones de mujeres. Las relaciones asimétricas entre hombres y mujeres se han establecido o fortalecido estructuralmente sobre la base de esas representaciones que hoy procuramos abolir.

Una de las acciones que, a mediano plazo, ha asumido la FC-BCB, especialmente a través de sus Repositorios Nacionales y Centros Culturales, es la promoción y fomento de expresiones y manifestaciones pluriculturales que constituyen patrimonio material e inmaterial del Estado Plurinacional. Asimismo, a corto plazo, prevé fomentar la producción artística y cultural del país. En este marco, el proyecto de fomento a la producción artística y cultural Letras e Imágenes de Nuevo Tiempo pretende convertirse en una plataforma para impulsar y promover las expresiones artísticas, culturales y de investigación.

La 7^{ma} Convocatoria, promovida desde el Centro de la Revolución Cultural con el tema “Mujeres: resistencias, culturas, memorias y luchas”, busca activar la creación, la generación y el registro de la producción cultural contemporánea enfocada en la problemática de las mujeres en el Estado Plurinacional. A través de este concurso, se fomenta el trabajo de artistas, investigadoras e investigadores, escritores y escritoras de nacionalidad boliviana y extranjeros con residencia en nuestro país.

Esta convocatoria ha concitado gran interés en los nueve departamentos de Bolivia, el cual se expresa en 339 propuestas recibidas, que marcan un hito en el concurso nacional de fomento más importante de la FC-BCB. Un jurado calificador del más alto nivel ha asumido la responsabilidad de evaluar y de manifestar su acertado criterio respecto a los trabajos presentados. Así se ha hecho posible culminar este proceso con la presente publicación: una obra que ya se inscribe como un referente esencial sobre las mujeres en el Estado Plurinacional, con una visión histórica que se remonta a la época colonial y llega hasta el presente, con letras e imágenes capaces de sensibilizar a los estamentos de la sociedad patriarcal que conserva resabios de esa ley sálica colonial, punto de partida de la construcción de la cultura patriarcal que urge desmontar.

Esta es una invitación a disfrutar de las propuestas seleccionadas en dos categorías. Por un lado, Letras de Nuevo Tiempo presenta importantes, esclarecedoras y sensibles interpretaciones, desde el ensayo, la crónica periodística, el cuento, la poesía y la dramaturgia, respecto al trabajo y el lugar de las mujeres en el Estado Plurinacional. Por otro lado, Imágenes de Nuevo Tiempo contiene reveladoras expresiones de la vida, los sueños y las utopías de las mujeres, que se plasman en la fotografía artística y testimonial, y en dos artes que, por primera vez, forman parte del concurso: la historieta o el cómic, y la producción audiovisual. Por tanto, lo que sigue son escritos y creaciones gráficas con gran poder de sensibilización e interpelación, que —estoy seguro— atraerán el interés de lectoras y lectores de todas las edades.

ENSAYO

Jurados: Mireya Sánchez, María Esther Pozo y Daniela Franco

Nota a la edición

Historia con rostro de mujer*Kurmi Soto**

En octubre de 1928, Virginia Woolf pronunció una conferencia que quedaría en la historia. En su célebre intervención dada para el público femenino de la Universidad de Cambridge, ella afirmaba algo que en ese entonces era una novedad radical: la necesidad que tienen las mujeres de una habitación propia, para trabajar, para pensar y para crear.

Casi un siglo ha transcurrido desde aquella tarde en que la escritora británica pronunciara aquellas palabras que constituyen un legado imborrable para las luchas feministas en todas partes del mundo. En efecto, su mensaje no ha sido desoído, sino que se ha transformado en una consigna imperativa: las mujeres debemos tener nuestro espacio, con todo aquello que implica. Y este cuarto, que Woolf imaginaba dentro de una casa, en medio del correteo de la familia, se ha convertido en una metáfora de la independencia femenina y en un estandarte de la emancipación económica y social que se abrió con el siglo XX y se consolidó a lo largo de las primeras décadas del XXI.

De esta forma, los trabajos ganadores de esta séptima versión del concurso Letras e Imágenes del Nuevo Tiempo, convocado por la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia, obedecen a este llamado histórico y demuestran, con rigor académico, que las mujeres siempre supieron construirse sus propios espacios. Estos procesos se revelan en distintos tiempos, desde la Colonia hasta nuestros días, probando la vitalidad del accionar femenino. Así, César Coaguila nos lleva a analizar casos de nobles indígenas y mulatas que, du-

rante el siglo XVIII, alzaron la voz frente a las injusticias de las cuales estaban siendo víctimas. Para el XIX, Dyann Sótez prueba, mediante diversa documentación de archivo, la existencia de redes de solidaridad entre mujeres y, en particular, entre hermanas y madres, pero también amigas y vecinas. Es más, según la autora, estos mecanismos de apoyo y respaldo constituyen antecedentes directos de prácticas impulsadas por los feminismos más recientes. Por último, Tania Jiménez y Chryslen Barbosa proponen una mirada a las caseritas que forman parte de nuestra vida cotidiana. A través de cuidadosas etnografías, ellas logran mostrar las complejas redes femeninas de aprovisionamiento que hacen funcionar la economía informal. Mediante el estudio de un concepto de “cariño”, ambas se interesan en la irrupción de usos propios del espacio privado en el espacio público. Así, para ellas, tener una casera es más que dirigirse a una vendedora para efectuar una transacción: es participar de un sistema en el que también prima el cuidado y el interés por el bienestar del otro.

Esta publicación reúne estos tres ensayos ganadores manteniéndose fiel a lo que los autores buscaron plasmar en sus investigaciones. Se conservaron sus particularidades estilísticas y se respetó la forma en que se citaron documentos de archivo. En efecto, el gran aporte de estos artículos es que, cada uno desde su disciplina, propone materiales históricos y etnográficos sólidos que, sin duda, permitirán alimentar el urgente debate sobre el lugar de la mujer dentro de la sociedad boliviana.

* Kurmi Soto es magíster en Literatura Hispanoamericana por la École Normale Supérieure de Lyon. Ha coordinado, junto a Ximena Soruco y Cristina Machicado, el libro colectivo *Vértigo liberal. Sociedad, economía y literatura en la Bolivia de entreguerras (1880-1930)* (Instituto de Investigaciones Literarias, 2019). Actualmente, cursa el doctorado en Literatura Hispanoamericana en la Universidad Complutense de Madrid.

Mujeres domesticando la vida, los espacios y los territorios
Las caseritas, *sarjiris* y *tiendanis* en la economía popular de los Andes

*Tania Estefany Jiménez Cala**
*Chryslen Mayra Barbosa Gonçalves***

* Tania Jiménez Cala (La Paz, 1994). Es licenciada en Sociología por la Universidad Mayor de San Andrés y se encuentra cursando el doctorado en el Instituto de Estudios Internacionales INTE de la Universidad Arturo Prat.

** Chryslen Barbosa (Rubinéa, 1994). Es licenciada en Ciencias Sociales con especialidad en Antropología por la Universidad Estatal Paulista. Tiene una maestría en Antropología Social y, actualmente, es doctoranda en el programa de posgrado en Antropología Social de la Universidad Estatal de Campinas, e investigadora invitada en la Universitat de Barcelona con financiación FAPESP (proceso n. 2021/14392-4).

Introducción

Este ensayo, escrito a cuatro manos, propone estudiar la economía producida por las mujeres alteñas de la zona Villa Adela y las mujeres que se desplazan entre El Alto y los Yungas (aquí nombradas como *sarjiris* y *tiendanis*). Las redes de afectividad producidas por estas mujeres en sus economías y relaciones hacen de estas prácticas una inteligencia económica creada y mantenida mediante la herencia matrifocal para sus hijas y parientes —consanguíneos o no—. A partir de los trabajos etnográficos de las autoras en diferentes áreas del conocimiento, y en distintos territorios, se retoman los puntos en común en la producción de la economía de las caseras alteñas, *sarjiris* y *tiendanis*, enfatizando los procesos de domesticación del espacio público y de los flujos de mercancías entre el espacio urbano y el espacio rural.

A lo largo de este ensayo, entendemos como “doméstico” las relaciones de cuidado y consideración que las caseras-vendedoras y caseras-compradoras construyen en sus vínculos económicos. Además, animadas por la propuesta de Federici (2020) y Galindo (2010), entendemos que existe una “domesticación” de las economías por parte de las mujeres que ha posibilitado que la sociedad alteña y yungueña tengan acceso a productos, mercancías y fuentes laborales. En este caso las relaciones de cuidado y consideración presentes en esta economía son reflejadas en elementos como la *yapa*, la *iraqa*, el cariño y la reciprocidad (*ayni*) de siempre volver a sus caseras-vendedoras y de siempre tener buenos productos para sus caseras-compradoras. El mercado “informal” —y que aquí entendemos como “popular”— de las caseras es un espacio masivo de las mujeres, de sus gramáticas propias, de sus metáforas creativas y de sus redes de cuidado, por eso llamamos la atención en nuestra conclusión para la urgencia en que las perspectivas feministas se descolonicen y sostengan las voces de las mujeres que

construyen resistencias colectivas en espacios cotidianos como los mercados, las ferias, las aceras, las rutas y los flujos.

La formación de la ciudad de El Alto y las economías populares de mujeres

La ciudad de El Alto es el segundo mayor centro urbano de Bolivia, con más de 900.000 habitantes. Según datos de CEDLA (en Núñez y Viaña, 2019), más de 70% de los trabajadores y las trabajadoras de la ciudad de El Alto son informales, este dato —probablemente algo desactualizado— nos muestra que existen varias particularidades para que la mayor parte de los trabajadores de esta metrópoli andina sean denominados “informales”. El término en sí no explica mucho, toda vez que está vinculado a distintas determinantes. Al respecto, Rofman (2007) afirma que la “informalidad” no posee una definición totalmente unívoca. Según el autor, puede aplicarse a sectores de baja productividad, a trabajadores independientes, a pequeñas empresas o a sectores en condiciones de desventajas económicas y sin contratos. Sin embargo, estas definiciones son insuficientes para entender muchos de los fenómenos de las economías populares en Latinoamérica.

Para las sociólogas Rossana Barragán y Carmen Solíz (2008), la urbanización de El Alto se configura con la migración de las comunidades rurales desde los años 1980. Este flujo, como muestran Tassi y Canedo (2019), no significó un éxodo rural, porque la mayor parte de las familias migrantes no rompieron lazos con las comunidades de origen y se mantuvieron entre el campo y la ciudad.

La literatura sobre la formación de la ciudad de El Alto, además, demuestra que las mujeres migrantes tenían como única opción el trabajo doméstico en los barrios de la élite paceña, especialmente

porque la mayoría de ellas no era bilingüe. Mientras los hombres encontraban algo de trabajo en el sector de la construcción civil o equivalentes. Todas las interlocutoras del trabajo de campo de Chryslen Barbosa,¹ cuyos testimonios componen los análisis de este ensayo, pasaron por el trabajo doméstico y son de primera generación de migrantes, aunque muchas de ellas ya hablaban castellano en el proceso de migración. Fueron estas mismas mujeres que, al salir del trabajo doméstico, empezaron a construir una economía propia en la ciudad de El Alto, integrándose en el sector comercial de la ciudad. Esta entrada en el mercado fue una estrategia de emancipación para mujeres que solo tenían al trabajo doméstico² como posibilidad de fuente de ingresos.

En el caso del trabajo de campo de Tania Jiménez, las interlocutoras son mujeres que se mueven entre El Alto y la región de los Yungas. Estas mujeres se caracterizan³ por ser migrantes de retorno a los Yungas y mujeres que han dejado de manera parcial los cocales para diversificar las fuentes de ingreso de sus unidades domésticas, ya que son las principales proveedoras de sus familias. Una diferencia en el caso de las informantes de Tania Jiménez y Chryslen Barbosa se encuentra en el hecho de que las mujeres que estudia Jiménez son, en su mayoría, mujeres de la segunda y tercera generación de migrantes del Altiplano hacia los Yungas. Muchas fueron atravesadas por el minifundio en sus comunidades en los Yungas, por lo que buscaron diversificar sus opciones económicas: algunas vendiendo su fuerza de trabajo en la cosecha en diferentes pueblos y comunidades, otras migrando en busca de trabajo a otras regiones de Bolivia y muchas vinculándose al comercio y moviéndose de manera circular entre los Yungas, El Alto, La Paz y Oruro. Justamente, ellas producen, a lo largo de su ruta de abastecimiento, un espacio de encuentro con otras mujeres que están insertas en el mercado informal, pero que reconfiguran y domesticación estos espacios de maneras muy creativas.

- 1 Nuestra metodología, como expondremos más adelante, es utilizar nuestros trabajos de campo como investigadoras que dialogan en la hipótesis de la domesticación de los espacios y flujos socioeconómicos por las mujeres. Como hablamos de trabajos de campo específicos, utilizamos el nombre de cada autora para hacer referencia a su respectiva etnografía.
- 2 Aquí “trabajo doméstico” es utilizado específicamente para definir la función de las trabajadoras del hogar.
- 3 Durante el análisis de la información, también identificamos mujeres del Altiplano paceño que viajan a diferentes pueblos a vender mercadería. Sin embargo, el foco en este ensayo es mostrar el control de un flujo comercial por parte de mujeres yungueñas que se vinculan con caseras de El Alto.

La incursión de las mujeres en el mercado informal alteño y las rutas/flujos de abastecimiento hacia áreas rurales no fue banal, dado que la producción de la economía popular femenina vincula las relaciones domésticas del cuidado con la producción del mercado, de las ferias⁴ y de los flujos de mercancías entre el campo y la ciudad.

No queremos aquí romantizar la informalidad como una salida ideal de estas mujeres frente a la precarización de sus vidas. Sabemos que existen diversos problemas ocasionados por la informalidad como la falta de derechos del trabajo, de vacaciones, de seguro salud y, algo que afectó mucho a las familias en el periodo de la pandemia, un sueldo asegurado sin necesidad de salir a trabajar y exponerse. Estas mujeres que construyeron y construyen la economía alteña viven del “día a día”, o sea, necesitan salir para trabajar todos los días para que tengan algún rendimiento. Durante la pandemia, las *sarjiris* y *tiendanis*, en los Yungas, fueron —junto a dirigentes de las comunidades agrarias que sacaban la coca a las ciudades— las únicas personas que podían moverse de manera formal entre el campo y la ciudad para abastecer a sus comunidades de insumos básicos. Los encuentros de las *sarjiris* y *tiendanis* con sus caseras de Villa Dolores, en El Alto, muestran la precarización de dos grupos de mujeres de regiones diferentes que se encuentran en los mercados populares.

La investigación de Núñez y Viaña (2019) presenta datos interesantes sobre las problemáticas de las mujeres que viven del mercado informal alteño, especialmente de las zonas de Villa Dolores, 16 de julio y Río Seco.⁵ Según los autores, a partir de los años 1980, con las reformas neoliberales, comenzó un proceso de incrementación de autoempleo femenino en El Alto, entendido como una “feminización del trabajo informal”:

La incursión de las mujeres trabajadoras informales en la ciudad de El Alto en el trabajo informal está relacionada con formas de transmisión del conocimiento y los ciclos de vida de las mismas, en el estudio señalaron que

- 4 La ciudad de El Alto está compuesta por aproximadamente 400 ferias semanales, la mayor y más conocida es la feria 16 de Julio (véase la imagen 1). La importancia de las ferias en el cotidiano de esta ciudad es determinante para entender la economía que analizamos aquí. Para un análisis más detenido, véase Yampara *et al.*, 2007 y Copa, 2021.
- 5 La investigación tuvo como metodología el uso de 500 encuestas a mujeres de distintas regiones de El Alto, algunas de ellas en Cruce Villa Adela, pero sobre todo en los barrios señalados. Entre las mujeres entrevistadas, 57,03% trabajaba en un espacio de la acera, 38,90% tenía un puesto fijo, 3,46% vendía sus productos en carritos y 1,43% vendían en sus *‘aris* o en las manos (Núñez y Viaña, 2019: 52).

llegaron a ser vendedoras en las ferias por su herencia maternal o familiar, el comercio es parte de su vida desde pequeñas (2019: 36).

Esta herencia del mercado transmitida por las madres para las hijas —y, a partir de nuestro trabajo de campo podemos afirmar que la transmisión también es para los hijos y para parientes no consanguíneos—⁶ demuestra una suerte de matrifocalidad en las familias alteñas y yungueñas. La matrifocalidad es, generalmente, asociada a familias en las cuáles no existe la presencia del padre “proveedor” (Spedding, 2021; Fernós, 1991), es decir, familias de madres solas o viudas. Para Fernós, existen algunos elementos que definen la existencia de matrifocalidad en una unidad familiar:

- las relaciones de parentesco se pautan en la línea materna;
- se presentan con gran frecuencia la relación consensual y no el matrimonio;
- la cohesión de la relación consensual es débil e inestable;
- existe poligamia sucesiva o simultánea;
- la unidad familiar básica es la mujer y sus hijos;
- el hombre está ausente o relegado a una posición secundaria (1991: 333).

En estos casos, según la autora, es la madre quien se presenta como sujeto “proveedor” de la casa y la representante del sentido de trabajador en la unidad familiar. La existencia de familias matrifocales entre las mujeres alteñas y yungueñas no necesariamente implica la inexistencia del padre (mujeres solas o viudas), sino responde también a otra conformación que no respeta a los modelos presentados, pues está vinculada, en el caso de nuestros trabajos, con la feminización del mercado y la domesticación del espacio público.⁷ Entendemos aquí lo doméstico no como algo “perteneciente a la casa o al hogar”, como

6 Aquí nos referimos a la relación entre suegra y nuera, como ejemplifica Tania Jiménez en su etnografía con Feliza.

7 Es importante señalar aquí que la existencia de familias matrifocales no impide las violencias patriarcales en las mismas familias alteñas. Nuñez y Viaña (2019) muestran de qué modo las mujeres de la economía informal sufren distintas formas de violencias patriarcales, coloniales y raciales, especialmente violencias intrafamiliares de sus parejas y parientes hombres. En nuestro trabajo de campo escuchamos muchos relatos de violencia intrafamiliar contra las mujeres por parte de sus esposos y padres, no presentaremos mucho de esto aquí porque es tema para un ensayo específico sobre la violencia intrafamiliar en El Alto y la existencia contigua entre matrifocalidad y patriarcalismo. Para más información, véase Moreno Valdivia, 2017.

lo define la Real Academia Española, sino como una red de relaciones, de afectos, de cuidado y de constitución de parentesco más allá de la consanguinidad; lo doméstico es el ámbito del cuidado y puede expresarse en espacios privados y/o públicos, rompiendo con los sentidos de uno y otro.

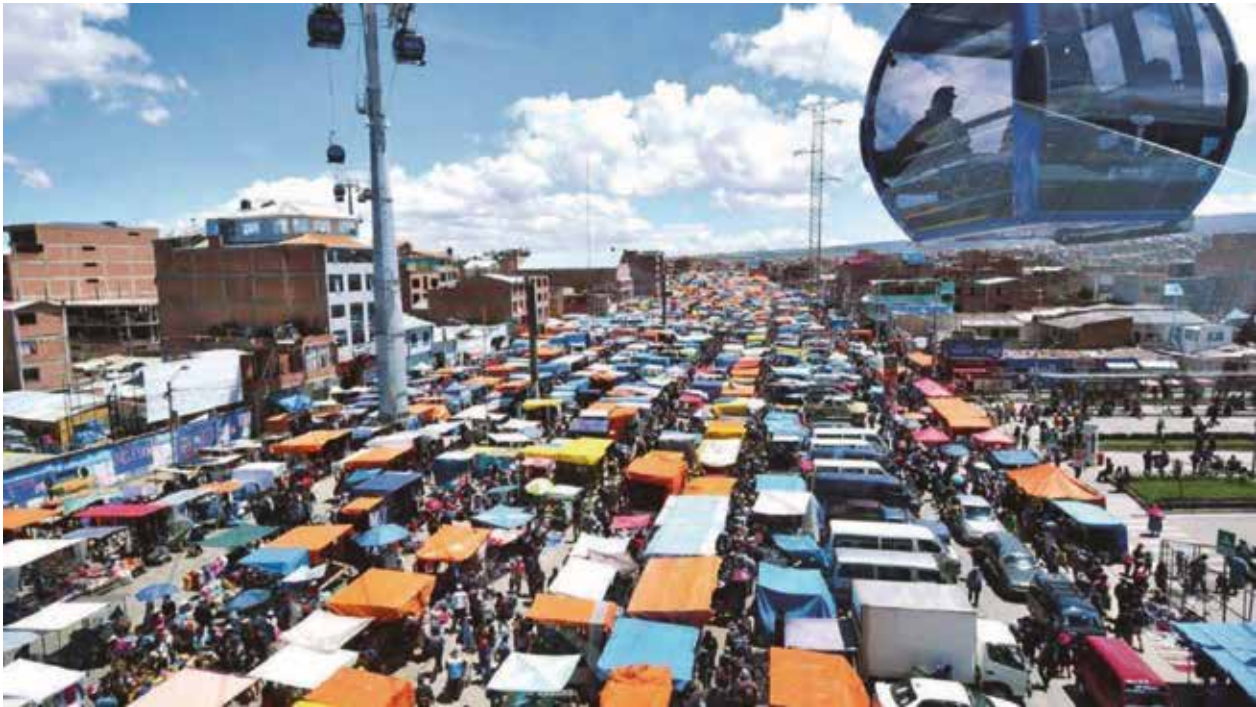
Denominamos la economía construida por estas mujeres “economía de las caseras”. El término “casera” es utilizado tanto como una representación de las que venden (casera-vendedora) como de las que compran los productos (casera-compradora). Las relaciones económicas establecidas en esta economía de las caseras tienen que ver con las redes de consideración: la casera-compradora siempre consumirá los productos de la casera-vendedora y, esta última, siempre tendrá productos para ofrecer a sus compradoras y, en caso de que no tenga productos por una u otra razón, para mantener el vínculo de casera, conseguirá los productos recurriendo o recomendando a sus compañeras de gremio.

Esta relación de consideración se expresa de distintos modos conocidos en la performance del mercado popular: el *ayni*, la *yapa*, la *iraqa* y el cariño. El *ayni* es la reciprocidad en el comprar y vender de las caseras. Es responsabilidad en las relaciones de consideración de siempre volver a la misma casera-vendedora y de siempre esperar con buenos productos a la casera-compradora. La *yapa*⁸ es una importante expresión de la reciprocidad en el mercado de las caseras, es un monto sobre la cantidad de producto comprado que no se factura, un aumento que define la relación de reciprocidad y afectos entre las dos actrices del mercado; así, es común escuchar de las caseras-vendedoras: “bien yapadito te voy a dar, caserita”, y de las caseras-compradoras un: “yapame pues, casera”. La *iraqa*⁹ es otro elemento de la relación de consideración que se establece entre caseras, puede ser entendida como una rebaja en el precio ofrecido inicialmente por las caseras-vendedoras para las caseras-compradoras, en general los pedidos de rebaja como *iraqa* son acompañados de una afirmación de la relación como casera: “rebájame, pues, casera soy”.

Todas estas relaciones son tejidas en lo que llamamos “economía del cariño”. Mientras charlabamos con las caseras-vendedoras sobre cómo ellas establecen las primeras relaciones con las caseras-comprado-

8 En el diccionario bilingüe aymara-castellano de Laime *et al.* (2020) aparece la siguiente definición para *yapa*: “Regalo que hace el vendedor al comprador” (p. 484). La misma relación de *yapa* aparece en la etnografía de Seligmann (1993) con el término “llapa” (1993: 197).

9 La palabra *iraqa* en la definición de Laime *et al.* (2020) aparece como “Descuento. Disminución del precio. Rebaja”.



Fotografía 1.
Feria 16 de Julio, El Alto
Fuente: Chryslen Barbosa [trabajo de campo]

ras¹⁰ estas nos contestaban siempre: “hay que hacer con cariño, caserita”. El cariño es una característica fundamental de la economía de las caseras. A través de él, se dan la reciprocidad, el aumento y las rebajas, pero el hacer con cariño no se expresa solamente en las relaciones de intercambio tangibles, sino que está en la performance de la economía, en las relaciones afectivas entre las dos actoras (caseras-vendedoras y caseras-compradoras). El cariño se expresa en las sonrisas, en como recibir las caseras, en conocerlas y conocer sus gustos y necesidades, pero a contrapartida hay cariño en la relación de la compradora en siempre volver a su caserita, en no “traicionarla” comprando de otra persona. El cariño es la relación interpersonal que hace de la economía de las caseras una economía de afectos, de cuidado hacia el otro.

Domesticando la vida: La economía del cariño y del cuidado

Según datos actualizados de la CEPAL (2019), las mujeres en Bolivia reciben un ingreso medio que representa el 80,5% del de los hombres, asimismo, su tasa de participación en la actividad económica

(57,4% en 2018), según años de instrucción, es sustancialmente menor que la de los hombres (79,1% en 2018). Como ya lo afirmaron Barragán y Soliz (2008), la mayor parte de las mujeres constituyen las agentes más expresivas del mercado informal en el Altiplano andino, fruto de la migración campo-ciudad. Bolivia es el país de Latinoamérica con el mayor índice de informalidad, 80% según datos de la OIT y, de este total, el 87% son mujeres. Por ende, el porcentaje de la CEPAL (2019) demuestra que las mujeres tienen baja participación económica en Bolivia, pero hay una brecha que no es considerada: la informalidad.

Consideramos los desafíos enfrentados por las mujeres en condición de informalidad, que se expresaron muy fuertemente en el contexto de la pandemia del SARS-CoV-2. No es nuestro interés aquí hacer un elogio a la informalidad, sino entender que las estrategias de las mujeres producen una economía muchas veces leída como “informal”, aunque las teorías de la informalidad no dan cuenta de las complejas relaciones alrededor de esta economía. Para eso, nos vinculamos a la propuesta de las “economías populares” que, en los Andes bolivianos, cuenta con importantes trabajos analíticos (Tassi, Medeiros, Rodríguez y Ferrufino, 2013; Müller, 2015, 2018 y 2020) y que representa una teoría determinante para entender los impactos

10 Cuando hablamos de “primeras relaciones” nos referimos al inicio del vínculo entre caseras, cuándo una vendedora y una compradora se conocen y hay la posibilidad de que se vuelvan caseras.

de la pandemia en los sectores populares de Latinoamérica (CLACSO, 2020). Mirar a lo que se entendía como “informalidad” por medio de las lentes de las “economías populares” es percibir que, aparte de precariedad, en estas economías existen estrategias de resistencia, producciones propias de relaciones económicas, redes de reciprocidad y vínculos colectivos obviados por las teorías económicas de la marginalidad o informalidad (Tassi *et al.*, 2013). Por este motivo, comprendemos la economía de nuestras interlocutoras como una economía popular de mujeres.

Es de conocimiento que las mujeres, especialmente en Latinoamérica, sufren por las deficiencias del acceso a servicios públicos, universidades, trabajos bien remunerados —o equivalentes a la remuneración de los hombres— y que, también, muchas madres son abandonadas por los padres de sus hijos asumiendo todas las responsabilidades del cuidado. Según datos de la CEPAL (2010), en las zonas urbanas de Latinoamérica, entre 1990 y 2008, los hogares con jefaturas femeninas crecieron del 22% al 30%. Este aumento acompaña el porcentaje de unidades domésticas con jefaturas femeninas en condición de indigencia (de 27% a 40% en el mismo período, según Quiroga Díaz, 2014). Por este motivo, los movimientos feministas lucharon históricamente para que las responsabilidades reproductivas y de cuidado sean compartidas entre el Estado, el sector privado, la sociedad civil y los hogares (hombres y mujeres responsables por la vida doméstica-privada). Los límites de esta propuesta es que esta lógica de “cuidado y reproducción” es leída a partir de experiencias de mujeres específicas, generalmente comprendiendo a la familia como un espacio de opresión (Quiroga Díaz, 2014), pero sin tomar en cuenta los modos de concebir la familia, el espacio doméstico, el cuidado y la reproducción desde otras cosmovisiones y desde otras trayectorias femeninas.

Rita Segato critica esta lógica de la familia como un espacio de opresión para todas las mujeres, reconociendo, por ejemplo, que en la lucha de las mujeres negras, la construcción de una familia, que durante la esclavitud les fue negada, era parte de su horizonte político. La autora evidencia, también, que los lazos de parentesco para las mujeres negras e indígenas muchas veces no siguen la misma línea patriarcal del parentesco occidental de las familias nucleares: “En estos contextos, las relaciones de opresión que más afectaban a las mujeres no provenían de la jerarquización del patriarcado entre varones y mujeres, sino del racismo que ha perpetuado históricamente una

posición de inequidad para la población negra” (en Quiroga Díaz, 2014: 174).

La domesticación del espacio público, de los mercados y de los flujos económicos (especialmente entre campo y ciudad) por las mujeres aymaras en los Andes no expresa solamente la transferencia de las relaciones “domésticas” —el cuidado entendido como una forma de opresión hacia las mujeres— hacia el espacio público. Estas actividades antes hechas en espacios domésticos-privados se trasladan al espacio público de maneras muy complejas y creativas.

Lo doméstico construido por estas mujeres es un espacio de afectos, de intercambios, de cariño, relaciones que también se evidencian en el mercado, las ferias y los flujos. Es la ampliación misma del sentido de la “economía del cuidado”. Así, el *ayni*, el cariño, y muchos de los elementos presentes en las economías de las caseras alteñas y yungueñas no son apenas elementos de la memoria comunitaria, sino elementos femeninos de esta memoria colectiva, de las mujeres que cocinan el *apthapi*, que producen y cosechan la tierra, de las conocedoras de la medicina tradicional, de las pastoras y de las mujeres autoridades. De este modo, la economía del cuidado no es solo pensar el cuidado como una expresión de lo doméstico-privado: es pensar en la domesticación de la vida como cuidado, el cuidado como responsabilidad de toda la sociedad, y no únicamente como políticas asistencia-listas del Estado, sino como horizonte democrático de la sociedad misma.

Existen diversos debates feministas sobre el cuidado y la importancia del reconocimiento y remuneración del trabajo reproductivo. Una de las mayores voces es Silvia Federici, quien critica la perspectiva marxista acerca de lo que se considera un trabajo productivo y un trabajo no productivo. La idea del cuidado como trabajo productivo, en este debate, asume un papel determinante para el reconocimiento de las trabajadoras del hogar y de las mujeres que viven sus vidas para la manutención del espacio doméstico. Pero, cuando hablamos del cuidado dialogando con la economía de las caseras, nos referimos a una lógica del cuidado como consideración de las otras personas en los espacios públicos: ferias, mercados, gremios, comunidades, flujo, rutas.

Esta perspectiva tiene que ver con el sentido de la palabra *unjaña*. En aymara, *unjaña* define el cuidado, pero puede significar “ver”, “conocer” y “recordar”, dependiendo de cómo es empleada. Así, al utilizar el cuidado como un equivalente de la economía de las

caseras, lo entendemos como una consideración a la otra persona, o sea, verla como parte de relaciones extensivas de afectos, en las cuáles todas son sujetos. Esta economía del cuidado en las caseras alteñas tensiona la afectividad con las formas económicas del trabajo y, en este relacionamiento, no se puede percibir de manera clara dónde inicia o termina lo económico y lo afectivo.

Presentaremos ejemplos de cómo nuestros trabajos de campo en El Alto y las rutas/flujos de abastecimiento hacia comunidades de los Yungas de La Paz dialogan con esta hipótesis.

De todos los elementos presentados en estas economías de caseras, hay un eje articulador de las relaciones: el cariño. Juliane Müller (2020) analizó de qué modo el cariño y el *ayni* son elementos determinantes para las festividades populares andinas. El *cariño* en las fiestas andinas (“*pretations of cariño*”) tiene que ver con la organización de las fiestas andinas por los pasantes del año siguiendo las exigencias de los fraternos sobre qué es adecuado para la producción de la fiesta: hacer bien las invitaciones, organizar los colores de las ropas, seguir una conducta esperada durante el evento y en los tiempos que lo anticipan o lo preceden. La autora estudia un festejo en el cual el pasante de una fraternidad no hizo las debidas invitaciones a los fraternos para el recojo (momento que ocurre la transmisión del cargo de pasante):

It was interpreted as a lack of respect and responsibility to only write a short, hurried message on WhatsApp messenger on the day, a few hours ahead of time. One woman told me with conviction: “These pasantes are not very well liked (queridos). They did not show cariño, they did not invite anybody to the recojo. It is possible that at least one of the organizer couples will leave our group. You will see next year the location will be totally full and crowded” (2020: 16).

Para Müller, las relaciones de *cariño* son esperadas en el interior de cambios recíprocos que componen la producción de las fiestas populares: si los fraternos invierten dinero y un compromiso de bailar con alegría, esperan del pasante no solamente el dinero, también el equivalente de una red de afectos direccionada a ellos.

La reciprocidad es el *ayni* —un intercambio de misma proporción—, pero lo que entendemos como

cariño es el eje articulador de las relaciones recíprocas: no es el dar por sí mismo, sino el cómo se hace. No es únicamente una medición por cantidad monetaria o de algún producto, sino que es la performance, es el afecto. En el ejemplo de Müller percibimos que el *cariño* no es solo el hecho de invitar, es cómo se invita. Pero, aparte de cómo se invita, existe un elemento material importante en las relaciones de *cariño*, hay cantidades que se deben respetar, ofrecer una cantidad del material que se considera “no suficiente” puede ser muy mal visto entre las personas involucradas y es motivo de críticas como “falta de cariño” o hasta de ser considerado *mich’a* (tacaño en aymara).

Encontramos la misma importancia dada al *cariño* en las fiestas andinas —y sus relaciones de reciprocidad— en las economías populares de las caseras andinas. Muchas de nuestras interlocutoras vendedoras, cuándo las cuestionábamos sobre cómo se “ganan” más compradoras, nos respondían: “¡Hay que hacer con cariño nomás, caserita!”. Así esto se relaciona con la reciprocidad entre caseras-vendedoras y caseras-compradoras: “Cuando se muestra cariño, la gente vuelve”; “Si uno le trata bien, le habla bonito, le ayuda [*sic*], los caseros vuelven”. Por este motivo, entendemos a estas economías populares de las caseras andinas como una “economía del *cariño*”. Sin embargo, nos distanciamos de lo propuesto por Rafa (2011),¹¹ en cuanto a las nuevas formas de propaganda en las redes sociales, y formulamos este concepto como una comprensión de lo qué es el *cariño* a partir de las relaciones propias de estas economías, relaciones que atraviesan el cuidado entre las caseras-vendedoras y las caseras-compradoras, el afecto, y toda la performance propia de estas economías. Este elemento, como mostraremos más adelante, está vinculado con la domesticación del espacio público y de los flujos/rutas por estas mujeres.

11 El autor utiliza la idea de una “economía del cariño” en la publicidad para analizar la socialización de algunos trabajos musicales y artísticos, como es el ejemplo de un disco del grupo Radiohead que es “regalado” al público por las redes sociales en cambio de “posibles contribuciones”. El *cariño*, para este autor, es una nueva estrategia de propaganda. Ya el *cariño*, para las caseras andinas, es un modo de producir la economía, las fiestas, el espacio doméstico y el espacio público, es una relación continua de producción de las sociabilidades andinas, que no debe ser leído en la clave occidental de estrategia de propaganda.

Metodología y enfoque teórico

La reflexión propuesta en este ensayo fue provocada por la lectura de Silvia Federici (2020) y María Galindo (2010). Ambas sugieren que las mujeres andinas construyeron una resistencia frente a la precarización de sus vidas, apropiándose de las ciudades y transformando el espacio urbano en un espacio doméstico (Federici, 2022: 217.) Esto implica formas de organización colectiva en los espacios públicos, la transferencia de actividades antes vistas como privadas para las calles, ferias, mercados, y la transformación de las relaciones económicas en relaciones afectivas. Este proceso hizo que estas mismas mujeres democratizaran el acceso de la gente a los productos, o sea, “barateasen” el costo de vida de la población a partir de sus estrategias económicas propias. Ellas son las responsables por la formación de rutas y flujos de mercancías, de mercados populares, de ferias, de puestos de venta en los distintos puntos de la ciudad de El Alto y, mediante una lectura profunda de la cotidianidad¹² y de la realidad, ocupan el espacio público y las rutas en términos muy propios del Altiplano andino.

A partir de esta reflexión, y tomando en cuenta nuestros trabajos de campo —de Barbosa con las caseras de la zona de Villa Adela y Pacajes (El Alto,

Distrito Municipal 3) realizado entre 2017 y 2022 y el trabajo de campo de Jiménez con los flujos de mercancías entre los Yungas y la ciudad de El Alto—, percibimos que el análisis de Federici y Galindo sobre la domesticación del espacio público por las mujeres andinas estaba presente en nuestras experiencias con las interlocutoras alteñas. A eso, Tania Jiménez trae como contribución no solamente la domesticación del espacio público urbano: la autora demuestra que hay una domesticación de los flujos de mercancías hechas por las mujeres yungueñas/alteñas. La intención de este trabajo es, entonces, aportar a la lectura de la “domesticación del espacio público” tejiendo con las experiencias de nuestras interlocutoras en la producción de la cotidianidad de los mercados, ferias y de los flujos entre el campo y la ciudad. Para eso, la metodología aplicada en la elaboración de este trabajo son las entrevistas semiestructuradas, la observación participante y la convivencia intensiva en los espacios de nuestras interlocutoras.

Este es un texto escrito a cuatro manos, con contribuciones desde las distintas áreas de conocimiento de las autoras y los diferentes espacios etnográficos.

La etnografía de Chryslen Barbosa fue elaborada entre los años 2017 y 2022 con caseras de la zona de Villa Adela y Pacajes, ambas pertenecientes al Distrito Municipal 3 de El Alto. En este período, la investigadora hizo entrevistas, acompañó de cerca procesos de producción familiar —todas las caseras trabajan con productos alimenticios— y de circulación de los productos entre caseras-vendedoras y caseras-compradoras. Para eso, la investigadora se volvió compradora en algunas ocasiones y vendedora en otras.

En el caso de la etnografía de Tania Jiménez, elaborada entre 2019 y 2022, la investigadora toma como base la historia de vida de su interlocutora Feliza que se teje con los relatos y entrevistas a comercian-

12 Entendemos aquí el “cotidiano” no como manutención esencializada de la vida periódica. En la producción de las prácticas diarias las personas retoman una memoria y transforman sus relaciones, según Agnès Heller: “El que se asimila la cotidianidad de su época se asimila con ellos también el pasado de la humanidad, aunque no conscientemente, sino ‘en-sí’” (42). La conjunción entre pasado, presente y futuro está muy vinculada con las teorías andinas por medio del sentido de *qhipnaya* (Fernández Osco, 2000; Rivera Cusicanqui, 2010), demostrando cómo estos tiempos se coproducen en las realidades andinas. El caso de la cotidianidad en los mercados, ferias y espacios económicos urbanos de El Alto no es solo un vínculo presente entre tiempos, es una relación entre espacios que nunca se rompió, el cotidiano no se limita a las relaciones urbanas que retoman elementos de las relaciones comunitarias rurales como una memoria pasada, sino que son relaciones entre urbanidad y ruralidad presentes y coetáneas, que son afectadas entre ellas mismas.

tes yungueñas que interactúan con ella. En relación con esto, la investigadora realizó la etnografía en base a entrevistas y acompañó las actividades comerciales de Feliza, que generalmente se movía con su grupo (al que bautizaron como Las Mosqueteras), compuesto también por comerciantes de los Yungas. Esto permitió realizar un sombreado de sus movilidades y fue configurando el espacio de estudio de manera multisituada y en relación con la ruta de los espacios comerciales con los que nuestras interlocutoras se involucran para el abastecimiento de mercancías a las comunidades y comunidades pueblo de los Yungas de La Paz.

En este caso, los espacios entre los que se mueven las comerciantes/productoras yungueñas serían las zonas comerciales del Distrito Municipal 1 de El Alto (las avenidas Franco Valle y Tiwanaku, la calle Raúl Salmón y parte de Villa Dolores), el macrodistrito Max Paredes en La Paz, la feria de Desaguadero, las ferias de ropa usada en Oruro y la capital del municipio de Irupana. Así también, nuestras interlocutoras se desplazan entre una multiplicidad de lugares y se manejan en la alternancia de ser caseras-vendedoras en sus comunidades y caseras-compradoras en el área urbana. Esas caseras tienen un rol de enlace entre las áreas rurales y la ciudad, por eso se las denomina “caseras movientes” (*sarjiris* y *tiendanis*),¹³ debido a que

13 Moviente es un adjetivo que según la Real Academia Española (RAE) significa “que mueve o se mueve”. En el caso de Kaufmann (2004) y Le Breton (2006), utilizan desde los estudios de movilidad, el concepto de movientes para describir a individuos que ejercen sus competencias de movilidad para realizar sus actividades económicas y/o de sociabilidad. Y son descritos inicialmente en tres categorías: pendulares, con alternancia o migratorios. En el caso de este ensayo, nuestras interlocutoras son denominadas movientes porque este concepto explica que estas mujeres “se mueven” a lo largo de una ruta, pero también “mueven” la ruta

su dinámica de movilidad las mantiene con un pie en sus comunidades y un pie en la ciudad.

Considerando esto, el desarrollo está dividido en dos partes principales para entender el tema de la domesticación femenina de la urbanidad y de los flujos. En el primer punto, presentamos un poco del trabajo etnográfico de Jiménez asociando las estrategias y resistencias de las mujeres en procesos de constante movilidad entre los espacios urbanos y los espacios rurales, evidenciando que las relaciones entre campo-ciudad en esta región no se rompieron, como propone la teoría del éxodo rural. En la segunda parte, hay un debate sobre la domesticación del espacio público urbano por las caseras de Villa Adela y Pacajes en las relaciones cotidianas de una economía del *cariño* y cómo está asociada con una lógica de consideración propia de estas mujeres. Estos análisis son fruto del trabajo etnográfico de Barbosa. En muchos momentos es posible percibir cómo las dos etnografías dialogan y de qué modo los puntos evidenciados en la introducción aparecen en las narrativas de las protagonistas.

de abastecimiento que ha sido creada y domesticada por ellas mismas a partir de articulaciones que responden a dinámicas económicas, afectivas, de parentesco entre otras.

En algunas de las entrevistas, las caseras movientes fueron denominadas como *sarjiris* que viene del aymara y significa “la/el que se va”. En el caso de nuestro trabajo, a diferencia del trabajo de Flores (2022) y Laime (2020) notamos que usaban la palabra *sarjiril sarxiri* no solo para denominar a la migración de salida, sino también para denominar a nuestras interlocutoras como migrantes de retorno que tenían su principal ingreso económico proveniente de actividades comerciales antes que agrarias. También las denominaron *tiendanis* como una forma de diferenciarlas de mujeres que tienen como principal fuente de ingresos la actividad agrícola. Aunque nuestras interlocutoras aún mantienen cocales y cumplen funciones comunales son diferenciadas por ir y venir entre la ciudad y el campo.

¡Caserita, despáchame lo mi carga, me tengo que volver a los Yungas!
Experiencias de mujeres comerciantes populares entre sus comunidades
y las ciudades de Bolivia



Fotografía 2.

Encuentro entre caseras-compradoras y caseras-vendedoras
 en los galpones de Villa Dolores, El Alto
 Fuente: Tania Jiménez [trabajo de campo]

1) Tejiendo conocimientos y libertades. La economía de las caseras como una herencia de la matrifocalidad

Pascuala migró hace 70 años desde el municipio de Puerto Acosta hacia Sud Yungas para asentarse en la comunidad de Calani en el cantón de Tupantaña.¹⁴ En los Yungas, ella conoció a Francisco, padre de cinco de sus hijos, con quien fue obligada a convivir y de quien posteriormente se separó. Tras la separación, Pascuala quedó a cargo de tres de sus hijos y Francisco, de dos. Después de este suceso, ella se dedicó a la producción de coca, naranja y café en la hacienda y en las tierras que había ganado tras un juicio en el contexto de la Reforma Agraria.

Después de su separación, cuando Pascuala tenía 21 años, conoció a Pastor, con quien se estableció y tuvo dos hijos más. A los 27 años, ella enviudó y se hizo cargo de cinco hijos, aunque en realidad se hacía cargo de los siete, debido a que traía y criaba por temporadas largas a sus hijos que vivían en La Paz con Francisco, su exesposo.

Pascuala fue “la cabeza de la familia”, así lo relata Feliza, una de sus hijas. Tras separarse y quedar viuda, asumió las riendas de la casa, dedicándose a la producción de coca, naranja, café y abriendo una pequeña tienda de abarrotes en *Tupantaña* para mantener a sus siete hijos.

Pascuala diversificó sus ingresos, sobre todo, porque al migrar de Puerto Acosta a los Yungas mantuvo el vínculo con su comunidad de origen. Enton-

¹⁴ En este apartado se ha utilizado un nombre ficticio respecto de la ubicación específica del cantón y comunidad a la que pertenece nuestra principal interlocutora. Por lo demás las ciudades mencionadas continúan con sus nombres reales.

ces, ocasionalmente, viajaba al encuentro de sus familiares para realizar trueques¹⁵ de fruta, coca, café, lejía y tabaco por abarrotes, papa, chuño, velas y enlatados. Este movimiento creó una ruta de abastecimiento que iba y volvía de los Yungas a Puerto Acosta. Y ocasionalmente esta ruta y flujo comercial se vinculaba con las ferias de trueque entre comunidades fronterizas de Perú y Bolivia.

Para Pascuala, viajar en esta ruta no solo representó una oportunidad para diversificar sus ingresos, sino también, como nos comentó en una ocasión, viajar para ella era “escapar”. Entonces encontró, en el ir y volver, una forma de libertad para ella y sus hijas ocasionalmente:

... [hemos de] ir, le sé decir a mi hija. Me sé ir cargada mi *wawa*, mi Lourdes y la Feli ya era grandecita, mi compañía eran [...]. Mi Feli bien vivita era, chiquitita sabe hacerse subir al camión y encima la coca, la naranja, tranquila iba. Me ayudaba, cuidaba a su hermanita también (entrevista a Pascuala, trabajo de campo de Tania Jiménez).

Feliza, la hija mayor de Pascuala, recuerda que desde muy pequeña ella acompañó una gran parte de las travesías de su madre, sobre todo por ser la hija mayor. Ella agarrada de la mano de su mamá y su hermana cargada en el aguayo recorrían la misma ruta dos o tres veces al año. Hasta que a los diez, Feliza migra a Cochabamba por siete años para trabajar como empleada doméstica de una comadre de Pascuala. Feliza regresa a Tupantaña a sus 17 y, posteriormente, forma su familia.

Dos años después de regresar a Tupantaña, empezó a convivir con Alberto. Y un tiempo después, tuvieron dos hijos, Tomás y Melani. Feliza relata que los primeros años con su primer hijo y su esposo fueron muy complicados sobre todo porque, como ella dice, no sabían a qué dedicarse. Y nos decía que debido a que salió “muy chica” de los Yungas, cuando retornó, su madre, Pascuala, ya había repartido todos los terrenos entre sus hermanos que “ya habían hecho familia antes” y Feliza “no tenía terreno para poner cocal”. Sin embargo, Pascuala la ayudó a comprar un terreno que equivalía a un cato¹⁶ de coca y, junto a

su esposo, pusieron un cocal. Pero, en vista de que el precio de la coca era muy inestable y tenía a su cargo a su primer hijo, Feliza tomó la decisión de migrar una vez más, esta vez hacia la ciudad de La Paz junto a su familia. En la ciudad, Alberto se estableció como chófer de minibús y ella incursionó en la elaboración de pan y jawitas yungueñas, una profesión heredada de su suegra. Aunque ocasionalmente ellos volvían a los Yungas para mantener su cocal y cumplir sus funciones comunales.

Feliza nos comentó que “el irse”, “el salir”, es decir, migrar es aprender que:

... cuando no hay en la casa hay que salir a buscar. Si no tienes, te tienes que inventar de donde sacar para comer. Uno en la casa por no salir aguanta al marido todo. Pero te sales, te viajas ya no aguantas pues ya te trabajas para vos y para tus *wawas* (entrevista a Feliza, trabajo de campo de Tania Jiménez).

Al respecto de esto, María Galindo (2010) sostiene que algunas mujeres, en la sociedad boliviana, encontraron en el ejercicio de salir a la calle a vender una forma de construcción de su autonomía, una forma de escape al conflicto familiar, a la violencia. Para Galindo, esta salida es la construcción de la desobediencia como proceso de autonomía. En el caso de Pascuala y Feliza, la construcción de su autonomía viene de ir al cocal a cosechar, de construir rutas y viajar entre el campo y la ciudad. Esta construcción de autonomía, en el caso de Pascuala, plantea “escapar” de los Yungas y dedicarse a truequear y comerciar en la ruta los Yungas a Puerto Acosta. En el caso de Feliza, nuestra interlocutora principal, la construcción de su autonomía tiene diferentes etapas. En su niñez y parte de su juventud, está vinculada a la migración —primero a Cochabamba, luego a La Paz— y, posteriormente, en la toma de decisiones y en la afirmación de sus conocimientos sobre el comercio y necesidades de la región. A su retorno, este movimiento también vincula el campo y la ciudad, creando, junto a sus compañeras, rutas y flujos comerciales entre Oruro, La Paz, El Alto, Perú y los Yungas, cómo lo veremos más adelante.

Cuando Feliza cumplió 24 años, llegó su segunda hija, Melani. Al ver que su familia se amplió, pensó en “hacer sus cositas y progresar” y sugirió a su marido llevar mercadería, harina, arroz y abarrotes a los Yungas. En ese tiempo, ella había notado que el comercio en los Yungas estaba centralizado en los pueblos capitales de provincia y que era manejado predominante-

15 Utilizamos la denominación trueque debido a que la mayoría de las transacciones entre Pascuala y sus parientes se manejaban en este marco. Sin embargo, existía una parte de las transacciones que no era trueque sino compra y venta sobre todo las referidas al tabaco y los abarrotes.

16 Un cato es una extensión de tierra de 1.600 metros cuadrados.

mente por “vecinos del pueblo”¹⁷ (Spedding, 2013) y los “mozos”¹⁸ —que “manejaban” el comercio y transporte—, lo que hacía que los precios de abarrotes estén inflados y se ofrezcan poca variedad de productos. Esto, según Feliza, debido al poco conocimiento por parte de los mozos sobre las necesidades del grueso de la población que se dedicaba a la agricultura. Así nos da a entender Feliza cuando nos dice:

Antes tenías que rogarte para que te lo traigan cualquier cosa, abarrotes, cositas de La Paz todo era caro. Más caro que en la ciudad. Los dueños de las tiendas eran orgullosos, acaso siquiera nos trataban como a iguales, si decías algo no te vendían. Pero tampoco había muchas cosas en las tiendas como chupones para mamadera, peines saca piojos para las *wawas* o agujas. ¿No ve que las cosas menos pensadas uno necesita en la casa? Eso no había. Tenías que prestarte, imaginarte cómo hacer o esperar el fin de semana para comprar en el pueblo, si es que había. O en el peor de los casos encargarte a La Paz que te lo traigan, pero eso tardaba, ya había pasado la necesidad (entrevista a Feliza, trabajo de campo de Tania Jiménez).

La primera etapa en la que Feliza piensa en el comercio lo hace como una extensión de sus tareas del hogar, una idea que va transformándose con el tiempo como veremos más adelante. Sin embargo, en esta etapa, ella hace una lectura desde su maternidad reciente en el campo, esta es una de las razones por las que piensa en chupones para mamaderas, peines sacapiojos “para las *wawas*” o agujas que son las necesidades percibidas desde una vivencia en primera persona de las mujeres en el hogar y en el cuidado de los hijos.¹⁹

Estas ideas relacionadas al cuidado y al hogar son las que más adelante Feliza retomará y ampliará

17 Vecinos del pueblo es un término acuñado por Spedding (2013) que hace referencia a una suerte de elite local de los Yungas que se vincularon a actividades no manuales y ejercieron un oligopolio sobre el comercio y el transporte en la región hasta la incursión del campesinado en estas actividades.

18 Feliza utiliza Mozos al igual que vecinos del pueblo para referirse a un grupo de personas del pueblo que no se dedicaban a la producción agrícola. Además, la misma connotación es utilizada por Pascuala cuando le dice a Feliza: “... no debías de casarte con un mozo, mucho sufres” haciendo referencia a las dificultades que tenía el esposo de Feliza en el trabajo agrícola y también porque, a los ojos de Pascuala, Alberto tenía esas dificultades por ser hijo de los “vecinos del pueblo” y por el color de piel.

19 No es nueva esta lectura de la prolongación de las tareas del hogar para la economía de los mercados y flujos, autoras como Florence Babb y Linda Seligmann son referencias importantes de este análisis. Pero nuestra propuesta va más allá de eso, demostramos de qué modo las mismas relaciones afectivas establecidas en los mercados son, también, una prolongación del cuidado.

a la hora de incursionar en el comercio más adelante. Y hacemos énfasis en la idea de “retomará” debido a que, en esta etapa de su vida, la idea de llevar mercancía a los Yungas fue descartada por su esposo.

En lugar de incursionar en el comercio, su marido sugirió que vendieran el cato de coca y un terreno en la ciudad de La Paz que Feliza había adquirido durante su soltería para comprar un minibús y que él trabajara sin depender de un jefe. Una idea a la que Feliza accedió. El minibús fue comprado en base a la venta de los terrenos y un pequeño préstamo de dinero que fue pagado al año de la compra.

En los siguientes cuatro años —hasta que Feliza cumplió los 28 años—, habían ahorrado un capital importante gracias al vehículo y la venta de pan y jawitas en La Paz. Entonces, Alberto sugirió vender el minibús y solicitar un préstamo bancario para comprar un bus, sindicalizarse y ofrecer transporte hacia la Irupana. Feliza, en un intento de negociación con su marido, propuso comprar un camión para que llevase coca, introducir mercadería a los Yungas y poco a poco abrir una tienda. Pero Alberto estaba entusiasmado con la idea del bus y decidieron comprarlo con un préstamo bancario de 18.000 dólares que, sumado a los ahorros, y el dinero por la venta de su minibús, hizo posible la compra. Feliza no dejó su actividad laboral y siguió vendiendo pan y jawitas en las calles de La Paz, cerca al mercado de coca, mientras su marido viajaba a los Yungas.

En esta etapa Feliza ayudó a amortiguar las deudas por el bus y apoyó a su marido con dinero para completar la cuota mensual de 1.000 dólares. A la vez, se hizo cargo de los gastos de su hogar en su totalidad. Ella nos relata que todo lo que se generaba con el bus “pagaba la deuda no más” y que tuvo que trabajar mucho más desde que adquirieron el bus. Ella narra esta etapa de su vida como “dura” y nos dice:

Mi marido ha sido mala cabeza. Como tenía el bus él solito agarraba la plata, porque yo no lo acompañaba yo tenía mis cosas. Se tomaba, me engañaba, cosas me ha hecho. Esa etapa, hemos sufrido grave con mis hijos. El bus, a los dos años de comprado, se ha arruinado su chasis y arreglar eso era un ojo de la cara, esa época como cinco mil dólares. Hemos hecho arreglar porque ya estábamos ganando un poco más porque el banco ya era más poco. Pero nos han estafado y nunca ha llegado el chasis, hemos entrado en juicio con el mecánico y hemos perdido los cinco mil dólares. El bus no servía,

estábamos *kenchachados*²⁰ por la mala cabeza de mi esposo. La deuda estaba a nombre de los dos, pero ese bus era solo de él y le he dicho: “Alberto, lo haremos arreglar y lo venderemos para pagar las deudas. Y ya si quieres seguir con esa mujer sigues, nos separamos y yo me quedo con las *wawas*, no te voy a pedir nada solo quiero irme”. Así le he dicho, hijita, le he rogado grave hasta que me ha hecho caso: hemos arreglado el bus y luego lo hemos vendido, con esa plata hemos pagado las deudas, pero seguíamos debiendo a la gente.

Yo me he separado ese tiempo de mi esposo, más que ayudarme me hacía dudar de mis ideas como bajoneandome me hablaba. He dicho “¿Qué siempre? Mi mamá ha criado solita siete hijos, ¿cómo no voy a poder con dositos?”. De eso me he vuelto a mi pueblo donde mi mamá, ahí recién he empezado a hacer negocio (entrevista a Feliza, trabajo de campo de Tania Jiménez).

En la primera parte del relato de vida de Feliza, se ha podido identificar una perspicacia de parte suya para leer su contexto social, su cotidianidad y el mercado. Cuando propone llevar mercadería a los Yungas por los precios inflados, la falta de variedad de productos y la poca vinculación de los comerciantes con los consumidores, está proponiendo romper con el oligopolio del comercio y del transporte de los vecinos de pueblo en los Yungas. Además, está postulando una diversificación económica y la circulación entre el campo y la ciudad como una forma de hacer frente al minifundio y la monoproducción en los Yungas. Finalmente, al hablar de la poca vinculación de los comerciantes con los consumidores, nos revela una falta de afectividad, empatía, de una falta de *cariño* en el mercado y en las transacciones, una característica central cuando se habla de la economía de las caseras.

2) Incursión en el comercio de la segunda generación de la familia de Pascuala

Cuando Feliza volvió a su comunidad, su madre le ofreció uno de sus cocales para que cosechase durante ese año. Entre sus salidas económicas, aparentemente tenía dos opciones: tomar el cocal que le ofrecía Pascuala o volver a la ciudad a vender pan y jawitas. Sin embargo, Feliza optó por alquilar dos cuartos en La Paz para que sus hijos pudieran estudiar y ella empezó a trabajar entre los Yungas y La Paz con comercio y

atendiendo temporalmente su cocal. De esta forma, ella podía viajar los fines de semana a la ciudad a ver a sus hijos de 13 y 8 años.

Los primeros tres meses que puso en práctica esta dinámica ella buscó “compensar los pasajes que gastaba en los viajes” sacando de los Yungas para la venta (los viernes) cigarros artesanales *kuyunas*²¹ para “acomodar” en algunas tiendas de las zonas de Villa Fátima, en el mercado Yungas y en Villa El Carmen e ingresando hacia los Yungas (los martes) pescado fresco, quesos, silpanchos y chorizos.

Feliza estableció sus primeras relaciones como “casera moviente” con tres mujeres: Olga, Hilda y Erika. Olga es una “torcedora de cigarros”²² de los Yungas, semanalmente le entrega a Feliza hasta 1000 unidades de *kuyunas* a precio de por mayor; es decir, cada unidad a 40 centavos y con un “vendaje” o “yapa” de ocho *kuyunas* por cada cien compradas.

Hilda, proveniente de Gran Puni (a orillas del lago Titicaca), sale de su comunidad cada martes y viernes por la madrugada con pescado fresco para vender en el cementerio de La Paz. Su relación de casera con Feliza es un encuentro cada 15 días o dos veces al mes: Hilda le entrega generalmente 500 ispis, 25 carachis, 12 pejerreyes frescos al por mayor con un “vendaje” o “yapa” que determinaba en el momento de la venta.

Y, finalmente, la Erika, nacida en la ciudad de La Paz, que se dedicaba a la elaboración de silpanchos y chorizos artesanales. Productos que vendía en la calle Buenos Aires de la ciudad de La Paz. En el caso de Erika, al igual que Hilda, las “yapas” las determinaba en el momento de las compras.

En este caso, Melani, la hija de Feliza, acompañaba desde sus 8 años estas compras. Así las caseras de su madre son también sus caseras. Cuando Melani cumplió 13 años se empezó a encargar de enviar todos estos productos a los Yungas para que su mamá ahorre el gasto en pasajes. Feliza nos contaba que:

... uno dice a veces “no quiero hacer lo mismo que mi mamá” como renegando por lo que ha sufrido, como juzgando a la mamá, pero repetimos no más sin darnos cuenta. Me acuerdo una vez que estaba comprando pescado con mi hijita, mi *wawa* agarró una bolsa pesada

20 “Kenchados” es una expresión conjugada y españolizada que proviene de la palabra aymara *quincha*, que se utiliza para expresar que alguien tiene mala suerte.

21 Cinco cigarros artesanales agrupados con una cinta de seda y forman una unidad que cuesta 50 centavos, es decir cada cigarro aproximadamente diez centavos.

22 Se llama así a las mujeres que elaboran cigarros artesanales de tabaco. Y que por el movimiento de las manos al envolver el tabaco en laminillas de seda se denominan torcedoras.

solita y me dijo “mami vos lleva esa yo llevo esta” y yo como entre sueños me he visto a mí misma de *wawa*. Qué será mi mamá me ha heredado y yo le estaré heredando a mi hija pues. Pero, ojalá, mi hija estudie porque vivir así al día es siempre, es más difícil (entrevista a Feliza, trabajo de campo Tania Jiménez).

Feliza, a la par de mostrarnos el establecimiento de sus primeras relaciones como casera moviente, confirma algo que ha sido trabajado por la investigación de Núñez y Viaña (2019) que es la transmisión de conocimientos, a través de los ciclos de vida, como parte de una herencia familiar materna. En el caso de Feliza, heredó de Pascuala su incursión al comercio, sus formas de negociación, sus formas de hacer caseras, de bromear y de moverse en el mercado, porque antes de que ella sea una casera moviente, su madre ya

era una casera moviente. Y Feliza, a la vez, le hereda este conocimiento a su hija Melani de la misma manera que su madre lo había hecho llevándola a comprar junto a ella.

La economía de las caseras, en este sentido, es también un proceso de enseñanza del tejido de las relaciones económicas y sociales como herencia matrifocal de conocimientos. Esta herencia de conocimientos está construida en nuestros datos de dos maneras: por los relatos de vida de las madres hacia los hijos y por las vivencias compartidas con los hijos desde que nacen, al llevarlos a la venta, a los viajes y a las compras.

Feliza nos relata que era común que su madre le indicara con quienes hablar en las calles de la Max Paredes y Buenos Aires para poder saber quiénes eran mayoristas de abarrotes y mercadería. Ocasionalmen-

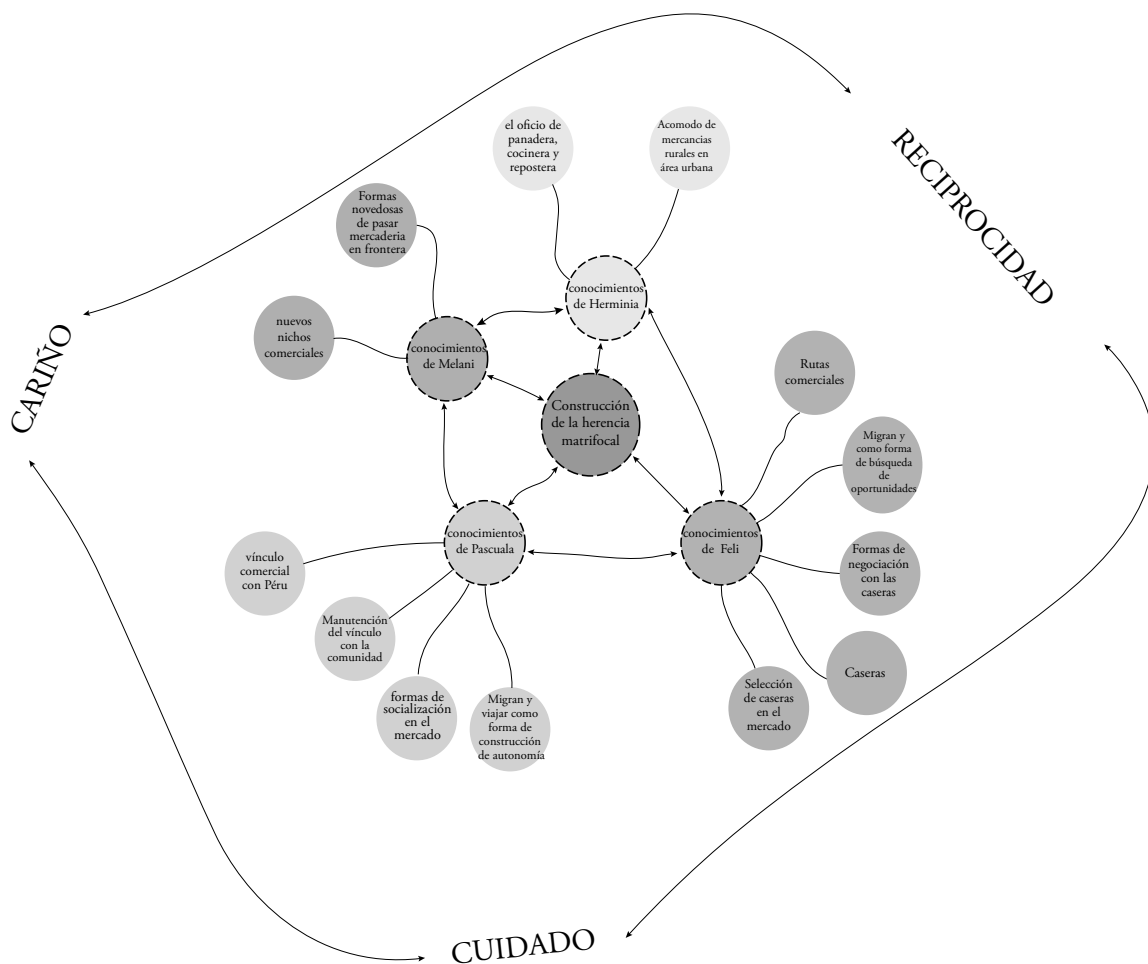


Figura 1. Construcción de herencia matrifocal
Fuente: Elaboración propia con base en el trabajo de campo

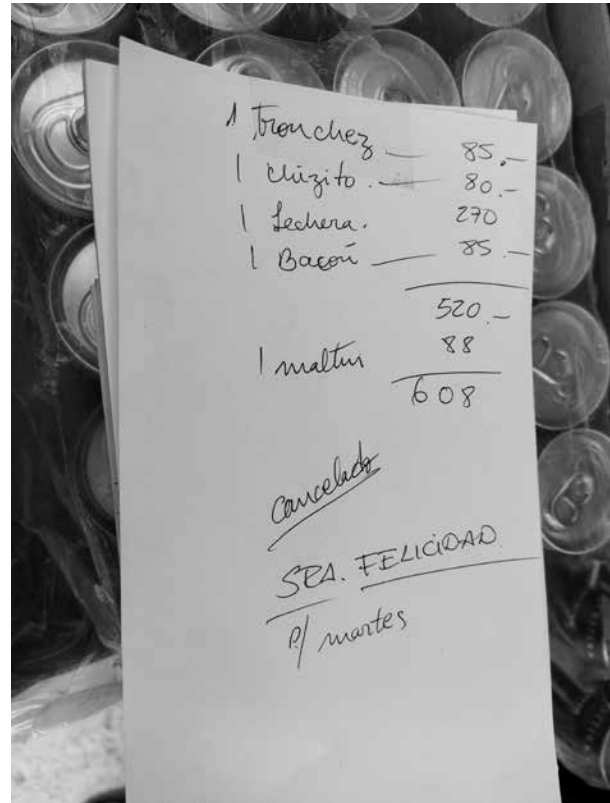
te, Pascuala mandaba a Feliza donde sus comadres para que le ayudaran a conocer dónde comprar. La transmisión de conocimientos, además de apoyar la construcción de una autonomía económica, también le dio luces acerca de la construcción de autonomía para la toma de decisiones libres en su vida. Según Feliza, su madre siempre le contaba sobre su vida con su padre o le decía: “Hija, yo he sufrido con tu papá hartó, por eso me he separado”; “No hay que tener miedo, hija, las *wawas* vamos a criar”; “Tienes a tu madre viva no tienes porqué aguantar nada de tu marido”. La autonomía económica y en la toma de decisiones, tanto en Pascuala como en Feliza, se construye a partir del “salir”, “viajar”, circular y migrar como una manera de conseguir libertades económicas y afirmar sus ideas.

Por otro lado, la herencia de conocimientos en la economía de las caseras no es solo una cuestión de herencia por consanguinidad. Feliza nos dice: “le he robado las manos a mi suegra”, para hacer referencia a que su suegra le ha enseñado todos los secretos para la preparación de masas y comida que posteriormente le ayudaron a sustentarse en La Paz. Cuando Feliza se refiere a su suegra Herminia, se refiere a ella como “mami” y relata que, durante la etapa que se separó de su marido, su suegra le ayudó con sus hijos y le heredó el negocio de llevar cigarras a La Paz. Establecieron también una relación de caseras porque Herminia le mandaba pan desde Irupana a Tupantaña para que lo vendiera.

Desde nuestro trabajo campo, se podría decir que las caseras transmiten un tejido de conocimientos sobre aspectos económicos, sociales y situaciones de la vida misma a sus hijos e hijas. Estos saberes, hacia adelante, son cimientos para construcción de autonomía en un sentido amplio de la palabra.

Este tejido heredado es, cada vez más, retroalimentado por nuevos valores y conocimientos de las generaciones posteriores. En el caso de Feliza, ella enseña a su hija la economía de las caseras, pero también la impulsa a estudiar una carrera universitaria “para que nada le falte”. Y Melani, desde su espacio en construcción, enseña a su abuela y a su madre nuevos nichos comerciales que están relacionados con un enfoque generacional. Así, Feliza y Melani, antes de oficialmente ser caseras compradoras y caseras vendedoras, ya eran sujetos de esta economía por acompañar a sus mamás y vivir las relaciones económicas y afectivas de sus madres en los viajes, en las rutas y en los mercados.

3) Las Mosqueteras y su incursión en la vinculación urbano-rural. Domesticación de las rutas y flujos de circulación de mercaderías hacia los Yungas de La Paz



Fotografía 3.

Lista de despacho de mercadería de casera-vendedora de Villa dolores
Fuente: Tania Jiménez [trabajo de campo]

Como parte de su vida cotidiana, Feliza se movía entre los cocales y los viajes a La Paz, El Alto, Oruro y Perú para comprar mercadería, lo que le permitió ampliar su conocimiento sobre los mercados y las necesidades en los Yungas. En la primera etapa de su incursión en el comercio Feliza realiza esta actividad como una extensión de sus tareas del hogar y sus necesidades sentidas como madre y el de su círculo cercano de madres.

Feliza se reconocía y era percibida como compañera del cocal y casera vendedora de manera implícita (porque sus compañeras no le decían casera), y muchas veces recogía sugerencias de sus compañeras de trabajo en el cocal para traer mercadería:

... a veces me decían en el cocal: “Feliza, debes traer estos chononitos, estas trabbitas, chinelas, fruta” o “doña Feli, debe traer estito, lo otro”. Y yo les decía: “voy

a buscar”, porque no tenía mucho capital. Yo también notaba que hacía falta cosas o que se acababa tus compras a media semana, por eso sé llevar queso, silpanchos, pescado, chorizo y salchicha. Fácil era agarrar y freír, y así también comían algo más que puti, arroz y huevo. Yo sabía, pues, el marido te exige comida para ir al trabajo y se aburre de comer lo mismo todos los días (entrevista a Feliza, trabajo de campo de Tania Jiménez).

El lazo de casera vendedora que tejió Feliza con las mujeres de su comunidad era un lazo implícito porque ellas nunca la llamaron “casera” o “caserita”, pero sí tenían un pacto de reciprocidad, de lealtad en sus compras con ella antes que en las ferias semanales del pueblo de Irupana. Entre ellas, ya se había tejido una relación de cariño que progresivamente hizo que cambien el nombre de “Feliza” por “Feli” que sonaba “más delicado”, mientras los varones de la comunidad aún la llamaban “Feliza”. Además, las mujeres siempre estaban pendientes de la situación de sus hijos en La Paz, le ayudaban a cargar alguna mercadería, guardaban carnes en sus refrigeradores y le llevaban fruta, puti, walusa para su consumo. El lazo de casera vendedora se hizo explícito años después, cuando los hijos de sus amigas empezaron a llamarla ocasionalmente “caserita o casera” cada que acudía a su tienda. Pero este era más un tema generacional y de muestra de respeto, por parte de los hijos de sus amigas, con ella.

El rol de Feli de vincular el campo y la ciudad pronto se convirtió en una cualidad reconocida por sus compañeras en el cocal (caseras-compradoras) y sus caseras-vendedoras en diferentes ciudades, puesto que su cualidad era ser *móvil*. Para Jirón (2020), la movilidad y el género tienen una relación larga, ya que, históricamente, la movilidad ha sido utilizada como un espacio de exclusión para las mujeres. En efecto, en los debates, se reconoce que las mujeres sobre todo han estado ligadas a la inmovilidad por estar vinculadas al espacio doméstico, al cuidado de los hijos y del hogar, y luego por el acceso diferenciado a automóviles y por las prohibiciones de circulación. Es por eso que las caseras movientes, en este ámbito, son referentes de un principio de construcción de autonomía. Y, en el caso de Feli, es por eso que el ser móvil es considerada una cualidad por parte de sus caseras, no solo como muestra de construcción de autonomía, sino como una forma de vincular los mercados y propiciar el acceso a bienes a menor costo.

Con el tiempo, Feli²³ fue incursionando en otro tipo de actividades comerciales. Continuó llevando silpanchos, salchichas, chorizo y pescado a su comunidad para vender y fue añadiendo otros productos por encargo. Fue modificando sus viajes a La Paz. Ya no iba los fines de semana, sino entre semana y regresaba los viernes por la tarde a su pueblo para poder vender pollo y salchipapa en su comunidad, lugar en el que Pascuala la esperaba con las papas peladas y el arroz cocinado. Poco a poco, Feli y Pascuala conformaron una sola unidad doméstica, ambas trabajaban y mantenían la casa juntas, pero principalmente con los ingresos de Feli:

Yo he inventado el Día de la Madre aquí, el Día de la Mujer, de la Amistad, el Día del Maestro todo eso yo he traído porque aquí eran bien desamorados [...]. Desamorado sería, pues, como secos, fríos. Eso siempre saben quejarse mis amigos de sus maridos, no cuidaban la *wawa*, no limpiaban, no eran detallistas. Por eso, cuando he visto que a mi hija su chico le ha regalado un peluche para mí era como bien raro... (entrevista a Feliza, trabajo de campo de Tania Jiménez).

Feli, poco a poco, fue conociendo más caseras en La Paz e incursionó en el abastecimiento de regalos de porcelana y plástico. No solo traía alimentos, sino, ocasionalmente, para algunas celebraciones traía peluches, flores artificiales, vajilla, tarjetas. Incursionó en este rubro, según ella, gracias a que, en una ocasión, se encontraba esperando a su casera de quesos en la calle Incachaca cerca de la plaza Garita en La Paz. Mientras Feli la aguardaba, vio que empezaron a llegar vehículos que descargaban mercadería en las tiendas de esta calle. Entonces una mujer se le acercó y le preguntó: “¿Caserita, estás esperando a alguien?”. Feli le respondió que a su casera de quesos. Poco a poco, hicieron conversación y Feli le contó de manera suelta parte de su vida y le comentó que ella era de los Yungas. Pronto, la mujer se presentó como Martha y le preguntó si ella llevaba algo más a los Yungas y si le alcanzaba para mantener su casa allá y aquí con sus hijos y le dijo, según el recuerdo de Feli: “Caserita, debes llevarte más cosas para ganar mejor y compensar tus viajes. Mira ya está llegando el Día de la Madre, puedes llevar regalos para vender allá”. A pesar de una

23 A partir de ahora se utilizará el nombre de Feli, que es el nombre que adquirió como muestra de cariño por parte de sus caseras-vendedoras y caseras-compradoras. Y que usualmente es un nombre que todas las mujeres que interactúan con ella utilizan, que es diferente al de Feliza que utilizan los varones que interactúan con ella.

suerte de pesimismo continuó charlando con Martha y “por hacer la prueba”, le compró una docena de rosas artificiales y sobres de rosa.

Cuando Feli llegó a los Yungas con su mercadería habitual, instaló las flores en un costado de la mesa como muestra. Y ocasionalmente los hijos de sus amigas le preguntaban: “¿Casera, esto es para vender?”, a lo que ella respondía que sí.

El 2010, el Día de la Madre cayó un jueves y Feli viajó a La Paz el martes como siempre. Pero recibió una llamada de su madre un día antes: “Me han hecho *huaiquilla*²⁴ para que les venda esas rosas. ¿A cuánto vale, pues?”. Feli le dio el precio y se sorprendió ante la demanda, posiblemente porque las pedían en el colegio.

Según cuenta, esa misma mañana fue a buscar a doña Martha e invirtió una parte de su capital destinado a la comida para comprar regalos. Esa misma tarde, “como de emergencia”, volvió a los Yungas llevando una cuarta docena de peluches, una cuarta docena de juegos de vajilla, una cuarta docena de juegos de vasos y dos docenas de rosas para vender. En una pequeña mesa afuera de su casa, Feli instaló los regalos que trajo, pero no se los compraron:

... estaba de pena, nadie me compraba nada ni preguntaban. He dicho quizá solo ha sido suerte que mi mamá haya vendido de golpe. Pero más bien en la tardecita han venido a comprarme porque yo estaba de pena decía: “Ahorasito, he gastado mi capital en regalos, ¿qué voy a hacer?”, pero gracias a Dios me han comprado. Así nomás, hijita, he empezado con los regalos (entrevista a Feli, trabajo de campo de Tania Jiménez).

En el mercado de las caseras, un elemento importante, para las que lo tienen, es la manutención del vínculo con el área rural. En el caso de Feli, su relación con su comunidad le permitió conocer las necesidades básicas y comprender cómo estas se transforman y se amplían según el momento del año. Por ejemplo, los antigripales en época de lluvia, el material de plomería y albañilería cuando se inicia una construcción, los regalos para fechas de agasajo y cumpleaños, el material escolar para clases, los fertilizantes e insecticidas o simplemente la venta de peines saca piojos a lo largo del año escolar.

Por otro lado, en el relato de Feli se puede ver cómo ella va conociendo y articulándose a redes comerciales cada vez más extensas, pero igualmente ges-

tionadas, en su mayoría, por mujeres.

Martha es una casera mayorista, importadora de productos chinos, que vende al por mayor y menor sus mercaderías en La Paz, Oruro, Santa Cruz, Cochabamba y Tarija y, a la vez articula flujos comerciales con caseras compradoras movientes. En un pequeño relato, Martha nos comenta:

Yo tengo caseras de todo lado. Hago llegar los juguetes, los regalos hasta Bermejo, tengo mis caseras del Plan 3000, de la cancha, de varios lugares. Yo tengo mis caseras en todo lado, así hay que tener para que se mueva, me llaman, les mando. Yo confío en ellas, si no fuera por mis caseras y mis caseros, ¿qué puede ser de mí? Así también les mimo, les doy su aguinaldo cada año redondo, les hago llegar su cama, su panetón, su mandil, así voy variando para darles algo, porque ellos son fieles (entrevista a Martha, trabajo de campo de Tania Jiménez).

El caso de las caseras-vendedoras de pescado y quesos —oriundas de Gran Puni y Guaqui— nos permite ver prácticas de reciprocidad y acopio de alimentos en comunidades para salir a vender a las ciudades. Estas caseras almacenan la pesca artesanal y la producción de quesos en sus respectivas comunidades y van a vender a la ciudad de La Paz. Una dinámica similar ocurre con la casera de chuño y tunta de Feli, que acopia chuño y tunta en las ferias de Patacamaya y lo lleva para Villa Dolores para ofrecerlo a sus caseras que vienen de los Yungas.

Las caseras movientes han creado mercados de encuentro fijos como Patacamaya o Villa Dolores en El Alto y las avenidas Max Paredes y Buenos Aires en La Paz. Pero también existen mercados de encuentro que se dibujan y desdibujan dependiendo de los productos que ofrecen y el tipo de vínculo que tienen con la ciudad. Esto se puede ver en el caso de caseras de madrugada que son mujeres que vienen del campo con productos y no tienen puestos fijos de venta como el caso de la casera pescadera y quesera de Feli que se instalan en la zona del cementerio de La Paz o por la Garita. Por otro lado, podemos observar que gran parte de las transacciones entre caseras movientes se mantienen en relación a acuerdos de palabra que se consensuan en la compra o por llamadas: “Casera, voy a venir en dos semanas, me lo vas a traer cincuenta quesos”; “casera, me lo vas guardar una arroba de chuño, media de tuntilla. Bonitos me lo vas a guardar”.

Finalmente, este vínculo con el área rural por

24 También *waiquilla*. Es una expresión coloquial que utilizan Pascuala y Feli para referirse a que hubo mucha demanda de un producto y se vendió rápido.

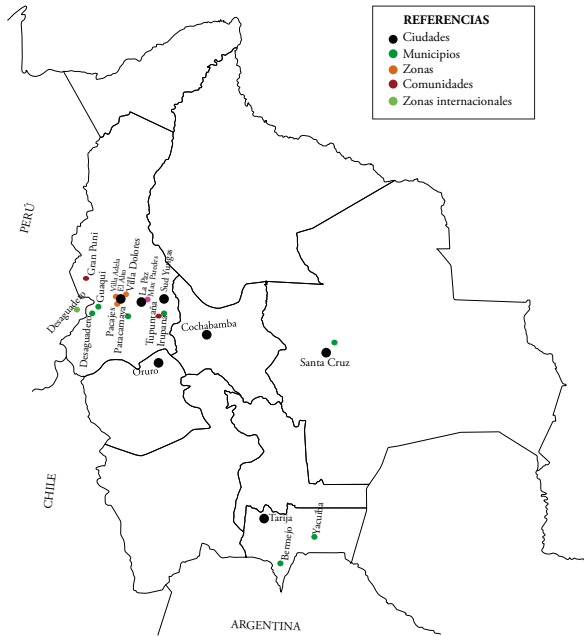


Figura 2.

Mapa de los espacios donde circulan nuestras interlocutoras, caseras-compradoras y caseras-vendedoras

Fuente: Elaboración propia con base en el trabajo de campo

parte de las caseras movientes no solo se explica mediante la manutención de los flujos comerciales, sino también a través de la vida cotidiana de las mujeres que conforman el mercado de las caseras, pues muchas de ellas deben cumplir sus funciones sindicales, pasar cargo, pasar fiestas en sus comunidades de origen, prácticas que están vinculadas de manera estrecha con las formas económicas en los Andes.

El mercado de las caseras que se configura a partir de estas circulaciones se mueve mediante articulaciones y redes de mujeres, todas insertas en la economía informal. En este mercado, ellas han generado formas de resistencia a la precariedad y han domesticado los flujos comerciales a través de prácticas vinculadas a sus lazos. En este marco, las caseras movientes tienen puntos de encuentro en las ciudades.

En el caso de Feli, ella reconoció a dos paisanas yungueñas en Villa Dolores en El Alto, Gisela e Ilaria. Ellas ya se conocían de antes o se conocían de vista, pero nunca antes habían hablado mucho porque eran de diferentes comunidades. Ellas empezaron a trabajar juntas “a modo de acompañarse” en sus travesías para conseguir mercadería en El Alto, Oruro, La Paz y Desaguadero. En su dinámica cotidiana, ellas se recomiendan productos y zonas nuevas para comprar e intercambian experiencias de sus ventas. En las charlas entre Feli, Gisela e Ilaria, es común escuchar: “esa

casera te da bien yapado”, “recomendame a tu casera, pues, la anterior no me lo había guardado”, “eso no compres, no es muy bueno” o “compraremos esto y nos repartimos”, “he conseguido carro”, “viernes, toca *pasanaku*, tienes que llegar”, “ya has llegado a La Paz, ¿mañana a qué hora vamos a comprar?”. Este acercamiento entre mujeres que se dedican al mismo rubro es una estrategia que utilizan para abaratar costos de transporte, costos de la mercadería (comprar por mayor de manera colectiva), pero también con el fin de cuidarse mutuamente.

Feli recuerda que antes de conocer a “sus mosqueteras”, como ella las denomina, sentía un poco de miedo de andar con plata en la calle, un miedo que perdió cuando crearon este grupo de solidaridad para comprar juntas. A partir de este grupo, crearon formas de abaratamiento de los precios de mercancía, por ejemplo, dejar de comprar por docenas y empezar a comprar por “gruesa” por “java”²⁵ o por caja para luego repartirse la mercadería en partes iguales. Se trata de una práctica de compra al mayoreo pero de manera colectiva.

Esta amistad ha trascendido la esfera económica. Por ejemplo, las comerciantes más jóvenes, Gisela e Ilaria, ayudan a Feli a llevar la mercadería desde las calles 3 y 4 de la Ceja hasta Villa Dolores, donde se acopian los productos y se estacionan los camiones para cargarla. Durante el trabajo de campo, no se ha percibido una lógica de competencia entre ellas, más bien tienden a “pasarse mercadería” que le sobra o falta a una, convirtiéndose en caseras en ciertos productos de la que una tiene más conocimiento que la otra. Por ejemplo, Gisela les pasa muebles de melamina para que ellas vendan, Feli les pasa velas y peluches e Ilaria se ha especializado en traer ropa usada y zapatos de Oruro.

Usualmente bromean diciéndose entre ellas: “Casera, yo sé a cuánto has comprado, no me vas a engañar porque te voy a ser infiel”. Pero en realidad hacen referencia a que Feli, Gisela e Ilaria, cada una ha presentado a sus propias caseras vendedoras durante las compras juntas por Oruro, Desaguadero o por la Max Paredes en La Paz o Villa Dolores en El Alto. Es decir que han compartido sus propias rutas, redes

25 La gruesa es una medida que contiene 12. La java es la media en relación a un número de productos que viene en un determinado envoltorio puede variar en el caso de pañales una java son cuatro paquetes de pañales por ejemplo. Y la caja puede contener cantidades variadas de producto, pero en relación con unidades, por ejemplo, una caja de alcoholes tiene 24 botellas, mientras una caja de fósforos tiene 24 paquetes de fósforos.

y flujos para abastecerse de más cosas, pero aún son las principales interlocutoras con sus propias caseras y en sus redes y rutas. Esta es una forma de interactuar de las caseras “sin pisarse el palito”, ayudándose, cambiando la lógica tradicional de competencia por “el surtirse”.



Fotografía 4.
Erika pelando el ajo para que Feli se lleve el peso justo
Fuente: Tania Jiménez [trabajo de campo]

La domesticación del espacio público —desde las lecturas de Galindo (2010) y Federici (2020)— se presenta como una ampliación de la idea de lo doméstico y como construcción de redes ampliadas de solidaridad, afecto y reciprocidad. En el caso de nuestras interlocutoras, estas redes de afecto, solidaridad y reciprocidad crean, además, espacialidades y cartografías pensadas por mujeres. Estas cartografías y espacialidades están guiadas por acuerdos, acompañamientos y cariños entre mujeres que crean estrategias para poder moverse y mover mercadería a escala local, a partir de conexiones rurales/urbanas, departamentales y transnacionales.

Nuestros datos nos muestran que la economía de caseras es una categoría geográfica guiada por lo doméstico. Esta creación de rutas y flujos no solo está construida a partir de la cantidad de interconexiones o relaciones que logran las caseras, sino que,

en la cantidad de relaciones que tejen, se aprecia la calidad de estas relaciones que les permitirán una subsistencia colectiva.

Las caseras en su moverse, en su ir y venir domestican los flujos y las rutas, crean espacialidades y territorialidades pensadas desde la mujer y que, a menudo, no son cartografiadas desde las economías clásicas ni desde la geografía.

4) ¿Qué es ser una casera?

En el siguiente apartado ampliaremos de manera detallada la noción de la economía de las caseras. Sin embargo, queremos presentar a manera de apertura del próximo apartado las ideas que tiene Feli sobre lo que es ser una casera:

Escoger una casera no es fácil. Tienen que tratarte bien, ayudarte y conocerte. En mi caso, tiene que haber harta confianza, como yo ya trabajo con varias mercaderías, a veces se olvidan alistármelo o me olvido verificar las listas: confío nomás porque tengo que irme rápido a los Yungas y recién verifico allá. Para esos casos, yo tengo que tener la confianza de decirle: “Casera, hace tanto tiempo mira te habías olvidado mandarme esto o me habías cobrado por demás” y ella tiene que tener el cariño o como se diría ponerse en mi lugar y decirme: “Sí, caserita, vas a disculpar, me había olvidado” y darme lo que se ha olvidado o devolverme lo que me ha cobrado por demás. Para eso es mi casera, ¿no ve? Para eso hemos trabajado tantos años, nos conocemos, pues, ya sabe que tengo mis hijos igual que ella. Tantas cosas que una se cuenta, tantas veces que nos hemos visto. La caserita te ayuda, te aconseja, es comedida. A mí, me gusta harto la Ericka, porque ella te ve y te dice “doña Feli, déjate aquí tus bultos y de aquí lo cargas”; “doña Feli, volvete no más a los Yungas, tu marido está enfermo, has dicho. Yo te lo voy a cargar mañana tus cosas al carro”. Eso es ser caserita.

Yo igual a mis caseritos, jovencitas, jovencitos, les recomiendo. A veces ellos mismos vienen a la tienda me compran, parece para charlar o para pedirme consejo me dicen: “Casera, doña Feli, esto me ha pasado. ¿Qué hago?”. Me dicen así en confianza: “Vas a traer globitos para que me cuide”. O me dicen: “Doña Feli, ¿cuál le regalo?, rebájame, pues, casera”. Eso yo creo que es más o menos ser casera, así escoges porque te tratan bien, te tratan con cariño (entrevista a Feli, trabajo de campo de Tania Jiménez).

¡Pase nomás, caserita!

La economía del cariño y la domesticación del espacio público entre caseras de Villa Adela

Cuando me encontré por primera vez con mi casera-vendedora de cenas —pollo a la broaster, silpancho, asado y milanesa— fuera de su puesto de venta, ella llevaba la pollera. Me impresioné porque hasta ese entonces, no le había visto de pollera. “No llevo la pollera en el trabajo porque no quiero ensuciar con grasa, caserita”, respondió ella a mi sorpresa. Los martes ella y su marido no venden, ella me explicó que era el día para las cosas de la casa, por eso me citó un martes. Mientras hacía sus cosas, doña Flora²⁶ explicaba sobre el trabajo, sobre el hacer comida para otras personas y qué implicaba eso: “Me gusta cocinar, que les agrade. Como para mí, cocino para los caseros. Me gusta hacerlo bien. Hasta los pollos, calentito tienes que meter, hay que saber la hora de sacar. Dios nomás a mí me guía a cocinar con amor. Así, caserita, hay que ser amable. Siempre hacemos con cariño” (fragmento del cuaderno de campo de Chryslen Barbosa, con la casera Flora, 2020).

Doña Flora, proveniente de la comunidad de Jesús de Machaca (provincia Ingavi), es una de las expresiones de esta economía del cariño agenciada por las caseras alteñas. Su puesto en la avenida Bolivia siempre está lleno de caseras y caseros, especialmente personas que viven en esta zona urbana, que siempre vuelven ahí por sus cenas. Ella y su marido trabajan en el puesto de comidas, tienen dos hijos, la mayor siempre acompaña a la madre sirviendo, el menor a veces aparece en el puesto. Están en el negocio hace diez años —desde que volvieron de Argentina, porque no les fue bien con el trabajo de costura—, su marido quedó sin empleo y ella decidió abrir un negocio de comi-

das: “Antes hacía matecito, cafecito. En la puertita, mi esposo estaba ‘¡Pase nomás, caserita!’” (diálogo con Flora, 2020, fragmento del cuaderno de campo de Chryslen Barbosa).

Doña Flora, como todas las caseras del trabajo de campo de CB, fue empleada doméstica en la Zona Sur de La Paz: “Ahí aprendí a cocinar estas cosas”, comentó. Esta interlocutora, productora de la economía popular de las caseras alteñas, entiende la relación entre caseras como una extensión del cariño de cocinar para la propia familia, evidenciando la importancia de cocinar para las caseras como se cocina en la casa, para su familia: “A parte de cocinar rico, hay que ser amable, ¡casera!”, reiteraba cuando era cuestionada sobre qué es el *cariño*. La relación de doña Flora con sus caseras compradoras, traducida por ella misma como “hacer con cariño”, es una suerte de domesticación del espacio público, de las relaciones económicas, en la cual no se ve al otro como ajeno, sino que se establece una proximidad asociada a las relaciones domésticas del cuidado. A eso llamamos de “domesticación del espacio público” en este ensayo. Más allá de la transferencia de rubros conocidos como domésticos al “espacio público”, nosotras entendemos que las mismas relaciones de estas mujeres en la producción de la economía de las caseras son un proceso de domesticación, traduciendo el doméstico como cuidado, como *cariño*, como producción de parentesco por medio de las relaciones de comensalidad, pues el alimentar a otras personas y la construcción de vínculos afectivos amplían nuestra concepción del parentesco (Salas Carreño, 2019).

La domesticación del espacio público, como propusieron Galindo (2010) y Federici (2020), también es parte de esta ampliación de la idea del domés-

26 Utilizamos nombres ficticios para resguardar la identidad de nuestras interlocutoras.

tico en las relaciones entre caseras alteñas, una construcción ampliada de redes de afectos, solidaridad y reciprocidad. Doña Felicidad, nacida en el pueblo San José (provincia Camacho), es madre sola y comparte la vivienda con su hermano. Ella lleva tres años en un puesto de la avenida Bolivia como carnicera. Antes de abrir este negocio, trabajaba en puestos de sus parientes en la Ceja: “Ahí aprendí a manejar carne”, explica. Su niño no lleva más que ocho meses de vida y la acompaña en el trabajo diario. En la parte interna de la carnicería, en un rincón, es posible ver la cuna de la *wawa* (el niño) desde donde observa cotidianamente las relaciones económicas de la mamá con sus caseras. En otro contexto, Kelly y Matos (2019: 396) muestran cómo, entre los indígenas yanomamis, la educación de los niños dependientes de sus mayores se da en la dirección de una interdependencia mutua y no una independencia: los niños son incentivados a entender cómo se producen las relaciones sociales y a responder al cuidado y a las convenciones colectivas. Eso está vinculado a lo que uno de los hijos de la casera que vende churros, doña Helena, comentó mientras estaba con su familia una de las madrugadas:

Quando una *wawita* está en el aguayo, en las espaldas de su mamá, ella mira las actividades que realiza su madre. Mira cómo las manos de la mamá van trabajando, en la agricultura, con la comida y en el mercado. La *wawita* desde que está en la espalda de su madre aprende el mundo desde la práctica cotidiana de la mamá. Eso me dijo una *amawta* sobre la importancia de cargar a los niños en la espalda (fragmento del trabajo de campo de Chryslen Barbosa con el hijo de Doña Helena durante la producción de churros).

El análisis hecho por este interlocutor es muy válido para pensar la pedagogía de la interdependencia propuesta por Kelly y Matos (2019) en los yanomamis y por Strathern (1988) en Melanesia. Pero lo que queremos enfatizar aquí es que esta pedagogía tiene un fuerte vínculo con las perspectivas de las mujeres: son ellas las que cargan los hijos en el aguayo o es en sus puestos de trabajo que las *wawas* acompañan las relaciones desde sus cunas, muchas veces improvisadas, o desde el aguayo en las espaldas de la madre. En el análisis de los datos de campo, podemos percibir que las hijas e hijos de las caseras son los que las acompañan y se vuelven también sujetos de esta economía. Así, en líneas anteriores, hemos visto el ejemplo de la herencia de Pascuala a Feliza y de esta última a su hija

Melani, herencia de las relaciones económicas y, por ende, afectivas que cada una de ellas agrega nuevos valores, sean ellos de diversificación de los productos circulados o de conocimientos sobre las necesidades de las caseras-compradoras.

Del mismo modo, los hijos e hijas de doña Helena participan en la producción de los churros y algunos hacen, incluso, circular los productos entre las caseras compradoras. Muchas de nuestras interlocutoras del trabajo de campo son ejemplos de esta herencia de sus madres en la enseñanza de la economía, Helena cuenta que su madre era “comidera” y que ella la ayudaba desde muy pequeña; cuándo dejó su trabajo de empleada doméstica en la casa de Hugo Bánzer Suárez (expresidente de Bolivia), empezó a trabajar como comidera en la ciudad de El Alto, rescatando las enseñanzas de su madre. Del mismo modo, doña Patricia, casera vendedora de salchipapas en la avenida Bolivia, contó que fue a partir del puesto de su madre —que existe hasta hoy en una zona vecina a la que ella está— que decidió abrir un puesto propio, tomando en cuenta todas las enseñanzas recibidas, lo que involucra el aprendizaje de las relaciones de la economía de las caseras:

Quando llegué al puesto de la casera Patricia, a la hora acordada, ella estaba sentada con su madre y su hermana *pijchando* coca y charlando, era todavía temprano y no había muchas caseras. “Mi mamá tiene un puesto de salchipapitas desde hace más de 25 años, caserita. De ella he aprendido todo, cómo se hace caseros, cómo cocinar rico, hacer con cariño para mis caseras”, comentó en la presencia de la madre que sonreía con sus dientes plateados satisfecha (fragmento del cuaderno de campo de Chryslen Barbosa, 2021).

La herencia de las madres hacia las hijas e hijos es una de las formas de resistencia de estas mujeres que mantienen vivas las relaciones de la economía de las caseras. Esto es parte de la domesticación cotidiana de la vida desde la perspectiva de las alteñas y un elemento determinante para entender la permanencia y el fortalecimiento de estas economías populares.

Para Galindo (2010), estas mujeres se apropian del espacio público volviéndolo doméstico, tanto en la transferencia de los rubros del hogar para el espacio público (cocinar, tejer, cuidar a la *wawa*), como en la transformación de las relaciones urbanas en relaciones domésticas: un proceso de desprivatización del cuidado, de los afectos, de las redes de comensalidad y parentesco. Doña Felicidad define bien de qué modo

estas redes de afecto se establecen en sus relaciones con sus caseras-compradoras:

A mis caseras que vienen les aumento, les yapo, les charlo. Alguna bromita hay que hacer. Si voy a estar seria, no van a venir. A veces seria me pongo y me dicen: “¿Estás enojada?”. A veces me dicen: “Ya no me yapas, tienes que yaparme, vengo siempre aquí”. O me dicen: “Rebajáme” (fragmento del trabajo de campo de Chryslen Barbosa con Felicidad, 2021).

Los motores de las relaciones entre caseras-compradoras y caseras-vendedoras son la yapa, la rebaja y el cariño, todos ellos accionados para la manutención de la reciprocidad muchas veces traducida verbalmente como el “volver” o el “venir”: “vengo siempre aquí”, “a ver si vuelves casera, no me estarás olvidando”. En una ocasión, una casera-vendedora de la feria de la calle 7 —que tiene lugar los miércoles y sábados— expresó: “No me vas a olvidar. Así me olvidan y ya no quiero salir” (fragmento del trabajo de campo de Chryslen Barbosa con las caseras de Villa Adela, 2020). El olvido demuestra la dificultad de la casera-vendedora en establecer relaciones de reciprocidad con las caseras compradoras, “volver”, “perderse” y el “olvidarse” es parte del lenguaje de las caseras y tienen sentidos propios. Es muy común escuchar en las ferias o mercados alteños una casera-vendedora reclamando a su casera-compradora: “¿Dónde te has perdido, casera?”, este “perderse” es un recordatorio de que la casera-compradora ya no apareció para comprar de la casera-vendedora, es un recordatorio de que, para que exista la relación, es necesario su presencia seguida.

El sentido de “volver” no es solo el acto de desplazarse hasta el territorio donde ocurren las relaciones, sino la relación misma, la reciprocidad entre las dos agentes. El “olvido” no tiene que ver necesariamente con la falta de memoria sobre la existencia de la casera: es el quiebre de la relación de reciprocidad, acordarse de la casera vendedora es “volver” a su puesto, mantener las relaciones de afecto. El olvido de las caseras-compradoras hacia la casera vendedora es un acto tan determinante para las relaciones económicas que puede impedir que esta vendedora se mantenga en su trabajo: “Así me olvidan y ya no quiero salir”. Esto demuestra que el motor de las relaciones económicas son las redes de reciprocidad y afectos entre caseras; como mostraremos más adelante, esta relación se establece como interdependencia entre caseras-vendedoras y caseras-compradoras.

Ser casera-vendedora no es una identificación permanente: la casera-vendedora es definida por la relación que establece en momentos específicos dentro de redes de alternancia entre caseras-vendedoras y caseras-compradoras. Doña Flora comentó que tiene sus caseras-vendedoras de las que compra las papitas, la carne, las legumbres, productos necesarios para la producción de sus comidas: “¡Mis caseras nos hacen precio!”.

En la relación de alternancia en la cual doña Flora se vuelve casera-compradora, ella asume el papel de mantener la relación de reciprocidad “volviendo” al puesto de sus caseras-vendedoras. Su posición en uno de los polos de la relación económica tiene que ver con la relación que establece con otra persona: están sujetas a dinámicas de tiempo y perspectivas, una casera fabrica a otra casera y a sí misma en la relación. Una misma sujeta es fabricada como casera-vendedora o casera-compradora dependiendo de la relación que establece con otra agente y en espacios específicos. A eso entendemos en antropología como el “hacerse persona”. En la propuesta de Kelly y Matos (2019), lo interesante es que el hacerse persona en algunas sociedades amerindias tiene que ver con lo que ellos llaman de “política de la consideración” y que analizaremos más adelante.



Fotografía 5.

Mujeres en la feria de Pacajes, El Alto
Fuente: Chryslen Barbosa [trabajo de campo]

1. *Qbalinchando* con el ratón: Redes de cuidado entre caseras y la “política de la consideración”

En la lectura de Kelly y Matos (2019), para que una relación sea posible en muchos contextos amerindios,²⁷ son necesarios un sujeto y un objeto de consideración. Sin embargo, esto no implica una división binaria entre un sujeto como agente mientras el otro es objeto pasivo. Para los autores, tanto el sujeto como el objeto de consideración se influyen mutuamente, el sujeto solo se moviliza como agente porque su causa para la acción es el objeto de consideración, pero decir a una de las personas de la relación que ella es un objeto de consideración no es sacar su posición como sujeto en la relación, sino que demuestra cómo este tipo de sujeto opera en una relación específica a partir de una “política de la consideración”. Nuestro interés al rescatar esta propuesta en el análisis de las caseras alteñas es demostrar cómo la relación entre caseras-vendedoras y caseras-compradoras es una interdependencia que está basada en el cariño/consideración y que sus posiciones entre agentes y objetos de consideración son alternadas en los distintos momentos de la relación.

La relación entre agente y objeto de consideración implica, necesariamente, que el que acciona está siendo considerado por otra persona, esta consideración es traducida para los autores como *regard*, palabra en inglés que significa tanto “cuidado” como “mirar” y “pensar en alguien”, es decir, que un sujeto espera acciones del otro y esta espera de determinadas acciones es lo que define la visualidad de la relación. En la etnografía de Peter Gow (1991, citada en Kelly y Matos, 2019) con los piro de la Amazonía peruana, el autor presenta de qué modo las acciones de las mujeres piro y sus maridos están inseridas en una “política de la consideración”. La acción de uno es dependiente del acordarse del otro con cariño, la persona que es “objeto de consideración” es caracterizada como causa de la acción del sujeto: “A pessoa que é lembrada ou considerada com carinho é tomada como causa das ações, que são assim uma resposta ou uma antecipação diante dos outros” (Kelly y Matos, 2019: 395).²⁸

Otra etnografía importante que toma la consideración como elemento de las relaciones es la de

27 Los autores se apoyan en diferentes etnografías especialmente de las tierras bajas de América del Sur para sostener su argumentación.

28 “La persona a la que se recuerda o es considerada con cariño se toma como causa de las acciones, que son así una respuesta o anticipación ante los demás” (traducción propia).

Surrallès (2009 citado en Kelly y Matos, 2019) entre los candoshi, mostrando cómo los sentimientos, las sensaciones y los pensamientos son las claves para entender las relaciones. El autor traduce las palabras candoshi “magish chinakish” como “corazón que se acuerda” o “corazón que domestica”, vinculando como principio relacional candoshi el amor, el pensamiento y la domesticación. El domesticar, en esta perspectiva, es un proceso de cuidado colectivo, de reciprocidad, de tomar el otro como causa de consideración, por eso dialoga con las relaciones entre caseras.

La política de la consideración se desplaza de la división clastriana entre poder coercitivo y poder no coercitivo, el último siendo considerado por Clastres como la característica de la política amerindia. Kelly y Matos (2019) proponen que hay algo más allá de la división entre coerción y no coerción en el análisis de las sociedades. La influencia ahí tiene un sentido determinante: hay personas que inducen a otras personas a accionar de algunas formas. En la diferenciación entre coerción e influencia (política de la consideración), los autores apuntan:

Devemos aqui distinguir entre uma dinâmica da influência —que de maneira mais ou menos sutil (ou mais ou menos veemente), conforme o caso, atualiza sempre uma relação de interdependência de quem se coloca como a causa de uma ação e o agente, e que constitui assim uma “política da consideração”— e as formas da coerção nas quais um sujeito age sobre a nulidade de outros tomados como objetos, coerção que pressupõe um poder que se separa da sociedade e que se exerce violentamente segundo uma relação de comando e obediência (Kelly y Matos, 2019: 406).²⁹

Como ya hemos señalado, cuando la relación es establecida en el momento de la compra y venta del producto (momento que envuelve relaciones afectivas de ambos lados), se crean expectativas que deben ser realizadas. La no realización de las expectativas hace que las causas que llevan a los agentes a la acción sean explícitas y que uno de los lados de la relación reclame al otro sobre sus expectativas. Las causas explícitas

29 “Aquí, debemos distinguir entre una dinámica de influencia —que, más o menos sutilmente (o con más o menos vehemencia), según el caso, actualiza siempre una relación de interdependencia entre quien se coloca como causa de una acción y el agente, y que constituye una ‘política de la consideración’— y las formas de coerción en que un sujeto actúa sobre la nulidad de otros tomados como objetos, coerción que presupone un poder que se separa de la sociedad y que se ejerce violentamente según una relación de mando y obediencia” (traducción propia).

son normalmente creadas en la resistencia de uno de los polos de la relación al responder las expectativas y generan transformaciones o una separación inesperada. Las causas inertes, las que no son expuestas, son aquellas donde agente y causa accionan respondiendo o anticipando las expectativas de la reciprocidad y están más presentes donde no hay resistencia en la realización de las expectativas.

Un ejemplo de la causa explicitada por las caseras-vendedoras es cuando sus caseras compradoras compran el mismo producto en otra vendedora,³⁰ la casera vendedora explicita la causa —las expectativas que no fueron realizadas— reclamando para la casera compradora, eso se da por medio de bromas o por una exigencia directa. En una ocasión, una casera vendedora de productos secos en la plaza de la Cruz (en la zona de Villa Adela), al darse cuenta de que su casero compraba los frutos secos de otra señora expresó en forma de broma: “Estás *qhalinchando* con el ratón, ¡casero!”³¹, refiriéndose al quiebre de las expectativas en la reciprocidad entre caseras. El casero-comprador la miró y sonrió avergonzado, comprando una bolsita de productos secos de su vendedora, lo que entendemos como un modo de “disculparse” frente al quiebre en la consideración y no perder los lazos de reciprocidad. Este es un ejemplo de cómo la causa se explicitó por medio de una broma. “*Qhalinchar* con el ratón”, para la casera-vendedora, era la posibilidad de que la otra vendedora le saque su casero, pero era también la responsabilidad de este casero —“quien juega”— de permitir ser considerado por esta casera-vendedora.

Eso no quiere decir que las vendedoras de un mismo producto disputen volverse caseras de los compradores, a punto de que una acepte vender para el casero-comprador de otra. Como expuesto en la etnografía de Seligmann (1993), los insultos de compradores contra el producto de una vendedora no generan competencia entre vendedores: “Los vendedores vecinos no hacen lo posible para persuadir a un cliente de que su producto es de mejor calidad que el de su vecino, simplemente porque estos proveedores, a su vez, correrían el riesgo de perder ventas de manera similar en el futuro” (1993: 197, traducción propia). Más que un “miedo al riesgo de perder ventas”, entendemos que las caseras-vendedoras no se disputan entre sí porque las relaciones económicas no son

una cuestión únicamente material, del mejor producto. Ellas también están construidas por redes de afecto y de confianza que pueden ser rotas si desconfías de que tu casera-compradora podrá cambiarte por otra casera-vendedora.

Pero la incomodidad de la casera-vendedora puede aparecer de modos más directos, doña Helena cuenta que su casera de pan la sorprendió mientras compraba pan de otra vendedora. Cuando Helena fue hasta el puesto de su casera vendedora e intentó comprar pan, ella se negó a vender: “Ya no me quería vender. ‘Andá donde tu nueva casera’, me decía. Har-to he tenido que insistir para que me vuelva a vender” (diálogo con doña Helena, fragmento del cuaderno de campo de Chryslen Barbosa, 2019). El reclamo directo de la casera-vendedora para Helena (casera-compradora) muestra que las expectativas de la casera-vendedora no fueron realizadas por doña Helena, generando un quiebre en la relación.

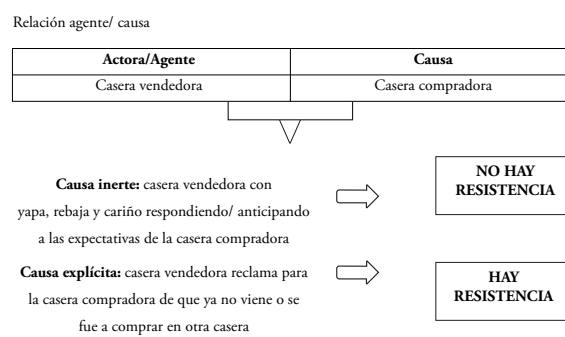


Figura 3.
Relación entre caseras-vendedoras y caseras-compradoras
Fuente: Elaboración propia

Para Kelly y Matos (2019), es imposible construir una relación de poder en esta “microfísica de las influencias”, justamente por la alternancia continua de los roles, impidiendo una posición duradera de mando y obediencia. Así, del mismo modo que una casera-vendedora puede exigir una respuesta a sus expectativas de la casera-compradora, lo inverso es una realidad. Las caseras-compradoras, al no sentirse satisfechas con la acción de su casera-vendedora exigen su consideración, esta exigencia puede ser motivo para que el vínculo se deshaga. Doña Felicidad, explicando su relación con las caseras, evidenció que: “A veces sería me pongo y me dicen: ‘¿Estás enojada?’. A veces me dicen: ‘Ya no me yapas, tienes que yaparme, vengo siempre aquí’ o dicen ‘rebajáme’. A veces me dicen ‘duro me has dado’ y me aguanto, sino ya no vienen” (fragmento del cuaderno de campo de Chryslen Barbosa).

30 No entendemos a la otra vendedora necesariamente como casera, porque esta es una relación que no presupone la responsabilidad de volver.

31 *Qhalincha* es una palabra aymara direccionada a las mujeres juguetonas, alegres y extrovertidas (Laime *et al.* 2020: 196).

Las exigencias de sus caseras son ejemplos de cuando las causas son explicitadas. En efecto, cuando uno de los lados de la relación no corresponde a las expectativas, “no volver” o “perderse” constituyen un riesgo de quiebre: que su casera-compradora busque otra casera-vendedora. Otro ejemplo es cuando doña Helena contó a la investigadora que “ya no volvió” donde su casero³² de frutas en el mercado porque él no le atendía con cariño y no rebajaba los precios: “Muy caro vendía, siempre estaba enojado. ‘Rebajame, pues’, le sé decir, y no sabe querer rebajar nada. Por eso ya no volví más a ese puesto”, esta voz de comando de doña Helena en su reclamo es relativa a la relación que establece y define la posición del casero-vendedor —y sus atribuciones en la red de reciprocidad— y la posición de ella como casera-compradora.

La política de la consideración en la economía de las caseras es una relación de reciprocidad y cariño basada en una perspectiva femenina. Las mujeres son las productoras y las celadoras más expresivas de estas

32 Existen muchos hombres que trabajan en el mercado informal alteño, la generalización de caseras en el femenino se da porque entendemos la preponderancia de las mujeres en la formación y manutención de esta economía popular y, también, por nuestra opción feminista del uso del femenino genérico en una posición no sexista de la lengua.

relaciones, pues pasan las enseñanzas a sus hijas e hijos, que domestican el espacio urbano, ampliando las relaciones de cuidado. Son la prueba viva de las resistencias femeninas alteñas frente a la precarización de la vida: desde doña Helena que rehúsa vender todos sus productos para un comprador desconocido, que propone comprar los churros, respondiendo “¿Y qué voy a vender a mis caseras? ¡Ellas nunca me fallan!”, hasta las caseras-compradoras que siempre vuelven a los puestos, buscando las relaciones afectivas y sosteniendo “Allá está mi casera”.

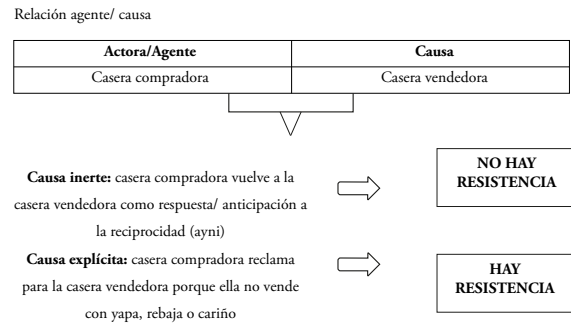


Figura 4.
Relación entre caseras-compradoras y caseras-vendedoras
Fuente: Elaboración propia

Conclusiones: Las perspectivas feministas y la economía de las caseras

Algunos de los trabajos sobre mujeres en Bolivia han discutido la irrupción de estas en el ámbito político estatal, sindical o comunitario (Spedding, 2021; Salazar, 2000) y las deficiencias de las leyes de participación femenina en los espacios de decisión política. Entendemos estos como referentes para comprender algunas relaciones de género en la política y los diálogos con nuestra propuesta analítica, pero el interés de este ensayo fue analizar algo que está más allá del Estado o de organizaciones específicamente políticas, un espacio donde las mujeres son determinantes como sujetos —considerando la perspectiva de las mujeres en la producción del espacio—: la economía popular. Del mismo modo, la mayor parte de las referencias sobre economías populares en los Andes bolivianos no considera el género como un elemento determinante, dejando de percibir las relaciones del mercado popular como relaciones no solo de género por la existencia de cuerpos femeninos, sino construidas a partir de la perspectiva de las mujeres: del cuidado, de la solidaridad, de su inteligencia afectiva hacia las otras personas; pero, tampoco, entendiendo los procesos de herencias matrifocales que mantienen estas economías del cuidado por generaciones, como presentamos en el desarrollo de este trabajo.

Es importante sostener aquí, como lo propuso Denise Arnold (2014), que muchas veces las mujeres andinas fueron leídas por un supuesto “silencio”³³ por-

que los espacios analizados por parte substancial de las investigadoras feministas fueron las asambleas políticas, lugares de decisiones especialmente masculinos en su momento. Desde ahí decir que las mujeres andinas no hablan y son sujetos subalternos no es analizar la totalidad de las relaciones que ellas establecen más allá de las asambleas, nos referimos aquí a la cotidianidad, a la economía de la vida misma. Entendemos como economía no solamente la relación de compra y venta o las relaciones de trueque entre productos. La economía producida por las mujeres andinas es una relación de intercambios de afectos, de ritualidades, de socialidades con los sujetos humanos y no-humanos y, lo que es el objetivo principal de este ensayo, se trata de una economía que rompe las fronteras entre lo público y lo privado. Es cuando Feli decide empezar a vender rosas, cuando hace intercambios con sus compañeras “movientes” que le ayuda a cargar el bulto, que le indican mejores caseras; es la case Flora cocinando, descubriendo el punto exacto del pollo, preparando la sopita como si fuera para su propia familia; es, también, la case Helena yapando churritos a sus caseras-compradoras y no vendiendo todos los churros para una sola persona; es recordarse de la existencia de la otra y mantener los vínculos. La casera Helena, todas las navidades, lleva un panetón para sus caseras-compradoras, esas siempre esperan su regalo, el cariño de su vendedora que las recuerda.

No es nuestro interés, tampoco, caer en las trampas de romantización de las mujeres, obviando los problemas que ellas enfrentan cotidianamente. El hecho de ocupar los espacios públicos, de construir un mercado propio, no impide que muchas de ellas sufran de violencia intrafamiliar o sean víctimas de feminicidios³⁴ y de abandonos por parte de los pro-

33 La palabra entre comillas se da porque la autora critica la existencia misma de este silencio entre las mujeres, sosteniendo que se trata más bien de una falta de sensibilidad en la escucha de las investigadoras de los años 1970 y 80. Según Arnold, “[n]os preguntamos si son más bien los criterios ‘occidentales’ que han incentivado a las investigadoras feministas a dar tanto privilegio a las asambleas políticas de los hombres, por encima de las otras ocasiones públicas del discurso, valoradas por las propias mujeres (ver Spedding, 1994). Es muy posible que, aun en el discurso antropológico, el dar tanto privilegio a la retórica política de los hombres (por ejemplo, en Bloch, 1975) haya sido también un sesgo masculino y occidentalizado de la realidad local” (2014: 47).

34 Bolivia es el país de Latinoamérica con el mayor número de feminicidios. Con la pandemia del coronavirus el número de mujeres asesinadas y violentadas incrementó substancialmente.

genitores de sus hijos. Chandra Mohanty (1988), a partir de la perspectiva de los feminismos postcoloniales, critica los feminismos occidentales porque estos consideran la posición de las mujeres en el mundo a partir de una única mirada, ignorando los procesos históricos de las distintas formas de ser mujeres en los más diversos espacios geopolíticos; la autora entiende las perspectivas de las feministas occidentales sobre las “mujeres del Tercer Mundo” como un colonialismo paternalista producido en el centro del feminismo. Ella señala la construcción de una representación hecha sobre estas mujeres como silenciadas, como “menores de edad”, como necesariamente religiosas y orientadas hacia la familia (no la familia en las perspectivas de estas mismas mujeres, sino de las feministas occidentales), representadas como analfabetas (elemento también criticado por Arnold, 2014) como si la escritura fuese la única forma de expresión posible. En resumen, una representación que toma las “deficiencias” —vistas desde la mirada nublada de las investigadoras— como eje analítico, reproduciendo lógicas binarias de modernidad/tradición, civilización/salvajería, Primer Mundo/Tercer Mundo. En las palabras de Mohanty, estas teorías construyen la idea de una “mujer promedio” del Tercer Mundo:

Esta mujer promedio del Tercer Mundo lleva una vida esencialmente truncada debido a su género femenino (léase sexualmente constreñida) y a su pertenencia al Tercer Mundo (léase ignorante, pobre, sin educación, limitada por las tradiciones, doméstica, restringida a la familia, víctima, etc.). Esto, sugiero, contrasta con la autorrepresentación (implícita) de la mujer occidental como educada, moderna, con el control de su cuerpo y su sexualidad y con la libertad de tomar sus propias decisiones (2008 [1988]: 126).

Este arquetipo de la “mujer promedio del Tercer Mundo” muchas veces es leído como subalternidad, despertando el paternalismo de las teorías feministas occidentales que tienen el ímpetu de “salvarlas” de su propia condición, desconsiderando que estas mismas mujeres han producido estrategias propias en sus trayectorias.

Desde el feminismo negro y postcolonial (Davis, 2005; Jabardo, 2012), hay una discusión interesante en contra de la “genealogía” del feminismo y sus olas.³⁵ Las autoras critican quién es el sujeto de

35 En la lectura occidental clásica del feminismo este movimiento pasó por algunos momentos desde su generación que están delimitados en

las olas de este feminismo y quién define como bandera de lucha el salir de las casas para trabajar mientras mujeres negras e indígenas fueron obligadas a cuidar de los hijos de estas feministas para mantener sus propias familias. Jabardo (2012) hace una genealogía propia de las olas del feminismo negro, trayendo voces de mujeres como Sojourner Truth, una mujer que fue esclavizada y que, al lograr su libertad, habló en la Convención de Mujeres en Ohio (1851) sobre la diferencia entre su trayectoria y la trayectoria de las demás mujeres que luchaban por sus derechos en aquel momento. Su discurso se tituló “¿Acaso no soy una mujer?”, ella llevó cuarenta años de su vida esclavizada y otros cuarenta años como “mujer libre” y criticó la posición de las mujeres en la sociedad y el machismo, pero, en este momento considerado como la primera ola del feminismo blanco, Sojourner Truth habló sobre la posición de las mujeres negras que vivían en trabajos explotados y que sufrían el racismo y el machismo social de forma articuladas.

De esta manera, Jabardo trae discursos y textos de otras mujeres importantes para la formación de una genealogía del feminismo negro³⁶ con el objetivo de demostrar cómo algunas de las demandas que surgieron muy tarde en el feminismo blanco occidental —o que todavía no surgieron— ya estaban presentes en la formación del feminismo negro. Esto evidencia que no es posible entender las realidades de las mujeres sin una preocupación analítica de sus trayectorias personales. Por ende, hay que considerar temas de clase, raza, género, pero también su posición geopolítica en el mundo y sus cosmovisiones propias. Fuera de este complejo ejercicio, caemos en los mismos análisis de mujeres del Tercer Mundo silenciadas, subalternas y analfabetas que están a la

olas: La primera ola es entendida a partir del siglo XVIII con la crítica a los “roles del sexo”, la posición social de las mujeres en el espacio doméstico (privado); la segunda ola está vinculada, sobre todo, a la lucha por derechos, especialmente el sufragio universal, acceso a la educación y al trabajo fuera del espacio doméstico-privado (va del siglo XIX hasta cerca de los años 1950); ya la tercera ola viene de las críticas más clasistas, vinculadas con los movimientos de 1968, y los debates más específicos en contra del Patriarcado. Se habla de una cuarta ola que critica determinaciones más biologicistas presentes en la segunda y tercera ola del feminismo (del ser mujer), esta “cuarta ola” añade al debate la importancia de la solidaridad entre mujeres (definida en el término “sororidad”) y está más abierta a los debates LGBTQI+, los debates post y decoloniales y el tema de la interseccionalidad (vínculo entre raza, clase y género).

36 Ellas son Patricia Hill Collins, Ángela Davis, Carol Stack, Hazel Carby, Pratibha Parmar, Jayne Ifekwunigwe, Magdalene Ang-Lygate. Nos gustaría añadir algunas mujeres latinoamericanas que aportan al debate como las brasileñas Lélia González e Luiza Bairros.

espera del salvacionismo occidental blanco y sus instrumentos de desarrollo.

Hay trabajos más específicos sobre las contribuciones críticas de los análisis feministas en Latinoamérica (Espinosa, Gómez y Ochoa, 2014; Gargallo, 2014), estos van en la dirección de lo que propone Jabardo de genealogías distintas a la del feminismo blanco occidental articulando elementos interseccionales desde la formación de estos feminismos latinoamericanos, justamente por las trayectorias propias de esas mujeres en sus territorios. El texto de Silvia Rivera Cusicanqui (en Espinosa, Gómez y Ochoa, 2014) presenta de qué modo la idea de “patria potestad” —figura jurídica de la antigua Roma que determina al padre como el regulador de las relaciones en la familia— introducida por el derecho colonial en las sociedades indígenas andinas desestabilizó relaciones comunitarias en las cuáles las mujeres tenían más derechos comparado al derecho occidental. El marco de la lucha por derechos en el feminismo blanco occidental es esta construcción jurídica y social del *patria potestad*, pero el marco de las mujeres indígenas pasa por otros elementos no totalmente contemplados por el derecho occidental, lo que no quiere decir que estas sociedades no fueron afectadas por los procesos coloniales de inserción del paternalismo en sus espacios o que, como es para la lectura romántica del “buen salvaje”, estas mujeres vivían en sociedades totalmente matriarcales sin ningún problema de género.

En los Andes, la literatura basada en las historias orales (Spedding, 1997) muestra cómo las mujeres indígenas estaban vinculadas a los flujos económicos, a las decisiones políticas, alejándose de una lectura de estas como mujeres silenciadas. Por esta posición en el mundo, las mujeres indígenas sufrían distintas formas de represión en la Colonia, pero igualmente tenían sus estrategias propias de resistencia. Es justamente en esta línea, de leer las mujeres por sus voces, que proponemos este ensayo para reflexionar acerca de la domesticación de los espacios públicos y los flujos de mercancías impulsado por las mujeres. Nuestro interés es no caer en la trampa de la romantización o la precarización/marginación analítica, sino que entender la cotidianidad transformadora de estas mujeres a pesar de las violencias que sufren.

Otro elemento importante que encontramos, en diálogo con la preocupación de los feminismos anticoloniales, es el intento de “higienización del espacio público” por los sectores dominantes. La negación

de la economía de las caseras es, muchas veces, una negación de la ocupación que estas mujeres hacen del espacio público, instalándose en las calles, produciendo ferias, poniendo sus carpas en las aceras o sus mantitas en el suelo. Muchas son las políticas que van en contra de esta ocupación, como muestra Seligmann (1993), porque estas mujeres suelen ser leídas como amenazas a modelos de sociedad concebidos por los sectores blanco-mestizos. Pero ellas resisten de formas creativas, produciendo sus identidades como caseras y “movientes”, disputando la economía y demostrando que es posible que las relaciones sociales sean menos individualistas.

El objetivo de este ensayo fue abrir un debate acerca de las relaciones producidas por las mujeres en los mercados y ferias y sus flujos en el sentido de una domesticación, tomando la afectividad, el cariño y la reciprocidad como elementos performáticos determinantes. Por este motivo, presentamos más bien algunas consideraciones finales que puedan animar la producción de otras reflexiones sobre la economía de las caseras. La inteligencia de estas mujeres, nuestras interlocutoras de trabajo, como ya señalamos en el desarrollo de este trabajo, rompe con los oligopolios del comercio y del transporte y hace posible la circulación de mercancías entre las personas, como evidencia Federici (2020), barateando el costo de vida del pueblo. A parte de eso, leer la economía a partir de la perspectiva de las mujeres que la producen y la mantienen es un ejercicio determinante, pues nos hizo ver la matrifocalidad en la herencia del mercado y las relaciones de consideración. Acompañarlas en sus espacios de producción de la economía nos mostró su sensibilidad y su interdependencia, pero también las exigencias que involucran las responsabilidades en ser casera-vendedora y casera-compradora. Nuestras interlocutoras cambian la semántica del “doméstico” hacia lo público, donde el cuidado se extiende a la economía.

Así, exponer las voces de las mujeres que producen estas economías en sus cotidianos es una forma de romper con el análisis paternalista de algunas perspectivas feministas hacia las mujeres del “Tercer Mundo”, evidenciando que hay distintas formas y espacios donde ellas resisten, crean redes de reciprocidad y producen narrativas sobre sí mismas, conduciendo a sociabilidades propias. Esa es la fuerza y el vigor que encontramos en las calles, en las ferias y en los intercambios que crean un escenario tan particular en los Andes bolivianos.

Bibliografía

- Arnold, Denise (ed.)
2014 *Más allá del silencio. Las fronteras de género en los Andes*. La Paz: Fundación Xavier Albó/Instituto de Lengua y Cultura Aymara.
- Barragán, Rossana y Carmen Soliz
2008 Identidades urbanas: El caso de los indígenas en las ciudades de La Paz y El Alto (Altiplano norte). En: D. Arnold (ed.), ¿Indígenas u obreros? La construcción política de identidades en el Altiplano boliviano. La Paz: UNIR, pp. 471-510.
- CEPAL-Comisión Económica para América Latina y el Caribe
2010 *Panorama social de América Latina, 2010*. Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- CLACSO-Grupo de Trabajo “Economía Popular: mapeo teórico y práctico”
2020 *Economías Populares en la Pandemia. Cartografía provisoria en tiempos de aislamiento y crisis global*. Recuperado de https://www.clacso.org/wp-content/uploads/2020/07/InformeClacso_FINAL-FINAL.pdf
- Copa Limachi, Jhonny
2021 “Nací para ser comerciante” *Economía popular y estrategias de trabajo en el comercio minorista de la Feria 16 de Julio, ciudad de El Alto* [tesis de grado]. La Paz: Universidad Mayor de San Andrés.
- Davis, Angela
2005 *Mujeres, raza y clase*. Madrid: Akal.
- Espinosa, Yuderkys; Gómez, Diana y Ochoa, Karina (eds.)
2014 *Tejiendo de otro modo: Feminismo, Epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Federici, Silvia
2020 *Reencantar el mundo. El feminismo y la política de los comunes*. Madrid: Traficante de Sueños.
- Fernández Osco, Marcelo
2000 *La ley del ayllu: práctica de jach'a justicia y jisk'a justicia (justicia mayor y justicia menor) en comunidades aymaras*. La Paz: Plural.
- Fernós, María
1991 La matrifocalidad, el matrimonio y la familia en el Caribe. *Revista de Ciencias Sociales*, vol. XXX, núms. 1-2, pp. 333-345.
- Flores, Gumercindo
2022 *Sarjiris de la comunidad. Procesos de migración desde la provincia Loayza hacia la ciudad de El Alto*. La Paz: Instituto de Investigaciones Sociológicas.
- Galindo, María
2010 Prólogo. En: G. Toro Ibáñez, *La pobreza, un gran negocio: Un análisis crítico sobre las oenegés, microfinancieras y banca*. La Paz: Mujeres Creando.
- Gargallo, Francesca
2014 *Feminismos desde Abya Yala. Ideas y proposiciones de las mujeres de 607 pueblos en Nuestra América*. México: Editorial Corte y Confección.

- Heller, Agnes
1972 *Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista*. Barcelona/Ciudad de México: Grijalbo.
- Jabardo, Mercedes
2012 *Feminismos negros, una antología*. Madrid: Traficante de Sueños.
- Kaufmann, Vincent
2004 La mobilité comme capital? En: B. Montulet y V. Kaufmann (eds.), *Mobilités, fluidités... libertés?* Bruxelles: Publications des Facultés Universitaires de Saint Louis.
- Kaufmann, Vincent y Jemelin, Christophe
2008 *La mobilité, une forme de capital permettant d'éviter les irréversibilités socio-spatiales? Espaces en transactions*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes.
- Kelly, José Antonio y Matos, Marcos de Almeida
2019 Política da consideração: Ação e influência nas terras baixas da América do Sul. *Mana*, vol. 25, núm. 2, pp. 391-426.
- Le Breton, Éric
2006 Homo mobilis. En: M. Bonnet y P. Aubertel (eds.), *La ville aux limites de la mobilité*. Paris: Presses Universitaires de France, pp. 23-31.
- Laimé, Teofilo; Lucero, Virginia y Arteaga, Mabel
2020 *Paytani Arupirwa. Diccionario bilingüe*. La Paz: Plural.
- Mohanty, Chandra Tapalde
2008 [1988] Bajo los ojos de Occidente: Academia feminista y discursos coloniales. En: Liliana Suárez Navaz y Aída Hernández (eds.), *Descolonizando el feminismo: Teorías y prácticas desde los márgenes*. Madrid: Cátedra.
- Müller, Juliane
2015 Etnografía del área comercial Eloy Salmón (La Paz, Bolivia): Transformaciones territoriales, estrategias económicas y prácticas culturales. *Temas Sociales*, núm. 37, pp. 13-34.
2018 Circuitos comerciales andino-pacíficos: La red de distribución de productos electrónicos hacia Bolivia. *Umbrales*, núm. 33, pp. 13-38.
- 2020 Webs of fiesta-related trade: Chinese imports, investment and reciprocity in La Paz, Bolivia. *Critique of Anthropology*, vol. 40, núm. 2, pp. 238-263.
- Nuñez, Bethel y Viaña, Jorge
2019 *Mujeres trabajadoras de la ciudad de El Alto. Entre la informalidad, la explotación y la violencia*. La Paz: Alianza por la Solidaridad.
- Quiroga Díaz, Natalia
2014 Economía del cuidado. Reflexiones para un feminismo decolonial. En: Y. Espinosa, D. Gómez y K. Ochoa (eds.), *Tejiendo de otro modo: Feminismo, Epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala*. Colombia: Universidad del Cauca, pp. 161-178.
- Rivera Cusicanqui, Silvia
2010 *Ch'ixinakax utxiwa: Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Buenos Aires: Tinta Limón.
2014 La noción de 'derecho' o las paradojas de la modernidad postcolonial: indígenas y mujeres en Bolivia. *Tejiendo de otro modo: Feminismo, Epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala*. Colombia: Universidad del Cauca, pp. 121-134.
- Rofman, Rafael
2007 *La informalidad laboral y su rol en la determinación de las condiciones de vida de los trabajadores. Algunas observaciones en base de datos del Gran Buenos Aires*. IX Jornadas Argentinas de Estudios de Población. Asociación de Estudios de Población de la Argentina, Huerta Grande, Córdoba.
- Salas Carreño, Guillermo
2019 *Lugares Parientes: Comida Cohabitación y mundos andinos*. Lima: Fondo Editorial PUCP.
- Salazar de la Torre, Cecilia
2000 *Las mujeres en la participación popular. Politización desde abajo*. La Paz: ABC.
- Seligmann, Linda J.
1993 Between Worlds of Exchange: Ethnicity

- among Peruvian Market Women. *Cultural Anthropology*, vol. 8, núm. 2, pp. 187-213.
- Soto, Rafa
2011 La economía del cariño. *adComunica. Revista Científica de Estrategias, Tendencias e Innovación en Comunicación*, núm. 2, pp. 215-220.
- Spedding, Alison
1997 *Manuel y Fortunato. Una picaresca andina*. La Paz: Aruwiyiri.
2013 *Chulumani flor de clavel: Transformaciones urbanas y rurales, 1998-2012*. La Paz: PIEB.
2021 *Chachawarmi a lo Yungueño. Sindicalismo campesino paralelo de mujeres: La viabilidad de las organizaciones de Las Bartonilas. Estudio de caso en Chulumani e Irupana, Sud Yungas, La Paz*. La Paz: Mama Huaco.
- Strathern, Marilyn
1988 *The gender of the gift: Problems with women and problems with society in Melanesia*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.
1998 Novas formas económicas: Um relato das terras altas de Papua-Nova Guiné. *Mana*, vol. 4, núm. 1, pp. 109-139.
- Tassi, Nico; Medeiros, Carmen; Rodríguez, Antonio y Ferruffino, Giovana
2013 *Hacer plata sin plata: El desborde de los comerciantes populares en Bolivia*. La Paz: PIEB.
- Tassi, Nico y María Elena Canedo
2019 *Una pata en la chacra y una en el mercado: Multiactividad y reconfiguración rural en La Paz*. La Paz: CIDES-UMSA.

**Luchas femeninas anticoloniales en Cochabamba
Indígenas nobles y mulatas esclavizadas frente a los tribunales del siglo XVIII**

*César Augusto Coaguila Calvimontes**

* Augusto Coaguila-Calvimontes (Cochabamba, 1989). Es candidato a doctor en Historia Social por la Universidad Federal de Pará. Se especializó en Historia de la Iglesia en América en Roma y posee una maestría en Historia Social por la Universidad Federal Fluminense, además de una maestría en Historia del Mundo Hispánico. Es licenciado en Educación y en Sociología.

Introducción

A fines del siglo XVIII, las redes, fundamentalmente económicas, situaban a las mujeres entre terrenos agrícolas, mercados (*ghatus*), y en los centros periurbanos donde se desenvolvían los obrajes y se realizaba la necesaria producción artesanal de “ropa de la tierra” que se distribuyó junto con los repartos a los nativos, proveyendo de bienes elementales no solo a mitayos que se dirigían a Potosí sino a gran parte de las haciendas y comunidades vallunas. Esta actividad mercantil otorgó a las mujeres cierta independencia financiera, constituyéndose, además, como un espacio de socialización, ocupación y libertades que se desarrollaron como importantes historias menudas. Las poblaciones indígenas, en el atardecer colonial, vivieron un proceso de reacomodo cultural/familiar y, como afirma Luis Miguel Glave, “esta situación transformó la vida de mujeres y niños andinos de los que poco sabemos” (1989: 307-309).

En este ensayo, pretendemos aproximarnos a los roles que las mujeres surandinas asumieron después de la rebelión de 1781 en Cochabamba. Intentamos observar sus demandas y aspiraciones como esposas y viudas de indios principales, caciques nobles y mestizos que quedaron desconcertadas ante la pérdida de sus bienes, bajo una dura represalia y confiscación de caudales que la Corona formalizó como parte de las políticas de amedrentamiento que se asumió contra los insurgentes y sus familias.

Su actuación, aunque circunstancial, demuestra que las mujeres jugaron roles diversos e importantes como espías, capitanas, soporte logístico, alimentación y cuidado de las aldeas/comunidades en ausencia, aunque temporal, de sus cónyuges. En muchos casos, incluso, formaron parte del cuerpo militar que avanzó sometiendo a varios pueblos de la provincia de Cochabamba durante el convulsionado tiempo de 1781. Para

Mires (1989: 31-33), la participación femenina hipotéticamente provocó “auténticos movimientos poblacionales” que explican las estrategias militares asumidas por los insurgentes, ocupando espacios y constituyendo “zonas liberadas” de españoles, donde muchas veces se trasladaban contingentes de mujeres y sus familias para redistribuir “lo tomado”, inaugurando el nuevo orden. En este contexto, se puede afirmar que las mujeres fueron importantes generando un doble impacto, por un lado, de ocupar el espacio y por el otro de reproducir el orden rebelde. Como nos recuerdan Arze, Cajías y Medinaceli (1997: 64), en muchos casos su posición/condición de género, entraba en contradicción con la perspectiva global de la insurgencia, vale decir, variaba de acuerdo a la esfera en que se desarrollaban sus propias actividades como mujeres.

En este contexto, luego del fracaso de las subversiones y rebeliones en las provincias andinas de los virreinos del Perú y el Río de la Plata, entre ellas Cochabamba, los nativos quedaron de nuevo sometidos a formas más rigurosas de control y coerción peninsular. No olvidemos que las sangrientas acciones militares de Túpac Amaru II y luego Túpac Katari frente a los realistas se cobraron la vida de miles de soldados entre ambos bandos. Para el caso de los rebeldes, los que no murieron se ganaron juicios frente a la Corona, que los condenaba a la pena capital, por ende, los muertos heredaron problemas a sus mujeres y dejaron en completa orfandad a sus descendientes, entre hijos y esposas, quienes pleitearon por años demandando devoluciones y compensaciones.

A través de fuentes del Archivo Histórico de la Gobernación de Cochabamba, del Archivo Histórico Municipal de Cochabamba y del Archivo Notarial de Tarata, se abordan los sucesos posrevolucionarios con

énfasis en las mujeres viudas que iniciaron demandas judiciales intentando recuperar los bienes que habían sido confiscados como “botines de guerra” por los ejércitos españoles que se amparaban en el antiguo derecho de expropiar los bienes a los “bárbaros”, incluso siendo esclavizados.

Con todo, en el presente escrito se describen las tensiones y conflictos multiétnicos y de género entre 1782 y 1789 que involucran a tres mujeres: Tomasa

Quispe, Rosa Barthola Pasquala e Ignacia Landaeta. Las dos primeras eran indígenas quechuas que demandaron la devolución de sus bienes ante los tribunales hispanos sin conseguir el éxito esperado. En cambio, Ignacia, una afrodescendiente esclavizada envuelta en los disturbios de Túpac Katari, llegó al Valle Alto de Cochabamba para afrontar un juicio contra su captor luego de haber sido ofrecida en pública venta como esclava y luego del cual, sospechamos, habría alcanzado su libertad.

Primer caso

Tomasa Quispe ante los tribunales hispanos

Como la historia lo ha demostrado, la propuesta de independencia nativa en los Andes, liderada por el último inca, Túpac Amaru II, no tuvo el éxito esperado. Luego de derrotada la gran rebelión de indios entre 1780-1782, la perseguida horda de nativos, entre nobles y plebeyos, fue hostigada jurídicamente por los daños ocasionados a la Corona hispana y, por consiguiente, quedaron sujetos a pagar con su vida, bienes y servicios por una “sacrílega irreverencia”, como lo manifestaron las autoridades militares españolas durante aquellos años.

El caso es que luego de la confiscación de bienes a los indios rebeldes, sus familias comenzaron con reclamos judiciales por haberseles quitado gran parte de sus posesiones, sino todas. La vida de Tomasa Quispe, viuda del finado Gregorio García, un mestizo que sirvió como soldado de Túpac Amaru II entre Ayopaya y Tapacarí, se tornó complicada cuando sus pertenencias fueron expropiadas en 1782. El soldado mestizo había perecido luego de los intensos conflictos en la Cochabamba occidental durante el avance realista al mando de Joseph de Ayarza. Pero, antes, la interesante vida de Gregorio se enlazó con el crecimiento demográfico de los forasteros mestizos y criollos indianizados de los que aún no existen estudios y menos de sus acomodos como sujetos étnicos y políticos emergentes durante el siglo XVIII en gran parte de los valles del Alto Perú como Cochabamba. Analizar su caso nos permite constatar que este permeó a las sociedades nativas llegando a ser vecino del entonces pueblo real de indios de Tapacarí, donde se dedicaba a la actividad agraria, primero como piquero y, luego, como labrador forastero, teniendo en su poder sembradíos de árboles frutales, tubérculos de diverso orden y otros cereales que fueron despojados a su

familia bajo el argumento de haber participado en la violenta insurgencia indígena de Tapacarí en 1781.¹

Si bien existió un perdón real, este fue dirigido a los grupos de la élite nativa como un anzuelo para luego capturarlos, procesarlos y condenarlos. Un memorial firmado por don Fernando, protector de naturales, en abril de 1782, da cuenta que luego de haberse desarrollado la rebelión, muchos indios se hicieron con el dominio del pueblo, aunque durante un tiempo efímero, pues, luego, los españoles retomaron el control y pretendieron despojar a todos los rebeldes de sus tierras y bienes aledaños a la región de Tapacarí. Tomasa Quispe, quien había presenciado tales acontecimientos con algunos de sus vecinos, logró denunciar la confiscación de sus ganados y tierras cultivables ante los tribunales demandando la devolución de gran parte de sus bienes.

Tomasa explicó que sus posesiones incautadas eran parte de una antigua herencia dotada por su padre, el finado Luis Quispe, quien se dedicaba a la producción de trigo en tierras que abarcaban desde Tapacarí hasta Chismuri y que no pertenecían a su extinto marido. Ella hacía el reclamo porque no tenía otras para trabajar, debiendo mantener a sus dos pequeños hijos, quienes además se constituían en legítimos herederos de las tierras por ser varones.

Sobre su marido, dijo desconocer sus acciones rebeldes y si hubiera sido el caso, la insolencia de Gregorio ya habría sido pagada con su propia vida. Además, dirigiéndose a las autoridades judiciales, dijo que ella no puede pagar delitos ajenos considerando que

1 AHGC, Fondo Colonial/Expediente 1781.30.1.1.2.14, Estante N°1, Bandeja N°1, Volumen N°2, Expediente N°14. “Expediente seguido por Doña Thomasa Quespi sobre que todos los bienes que quedaron por fin y muerte de su marido Gregorio García le son pertenecientes y especial y señaladamente las tierras en que están sus sembrados. Memorial presentado por el protector de naturales, ante el corregidor. Escribano: Felix Mariano Donoso”.

tiene a su cargo dos niños pequeños que no solo son libres de culpa, sino también precisando a las tierras como un sustento para mantenerse. Sin más, insinuó a las autoridades y al monarca no involucrar a sus hijos, legítimos herederos de sus tierras, sugiriendo obrar con justicia sancionando al “delincuente”, en todo caso mencionando indirectamente a su finado esposo.

La viuda elaboró una lista de todos los bienes, para ella “despojados”, solicitando la devolución inmediata de la cosecha de trigo, el ganado mayor y menor (cuadro 1).

Bienes	Cantidad
Sembradíos de trigo	80 fanegas
Yeguas	Indeterminada
Caballos	Indeterminada
Burros	Indeterminada
Mulas	Indeterminada
Joyas en plata labrada	Indeterminada

Cuadro 1.

Lista de bienes incautados a Tomasa Quispe
Fuente: Elaboración propia con datos del AHMC

Según la viuda, el trigo había sido tomado por fray Juan Santos de la Rea sin justificación alguna. Dijo que sus tierras que producían trigo no eran de su marido, sino dotales, perteneciendo según las escrituras que presentó a su padre, Luis Quispe. En ayuda de Quispe, el protector de naturales se manifestó señalando que la “india” era vecina de Tapacarí y que su declaración era verdadera, pues sus cementseras y las tierras expresadas eran de propiedad de su padre, quien había sido asignatario por ser indio originario y que las autoridades debían conceder la devolución de sus bienes, entre el ganado y tierras, y con ello pueda cuidar y alimentar a sus hijos menores. En el mes de mayo, se pasó el memorial al funcionario de la Real Hacienda y luego al corregimiento de Cochabamba a cargo de Joseph de Villalobos, quien, inmediatamente, llamó a varios testigos para aclarar la denuncia de Quispe. Poco después, el escribano Félix Mariano Donoso recibió la primera declaración.

Uno de los primeros en declarar fue don Carlos de La Rosa, un antiguo vecino de la Villa de Cochabamba, quien ratificó la observación del protector de naturales que reconoció como vecino a Luis Quispe

que, como descendiente de originarios, era un indio acomodado de la zona y que solo tuvo una hija, Tomasa, heredera de todos sus bienes entre tierras y ganado. Al final de su intervención, De La Rosa concluyó:

Como que por ser brazo en mi suela de partición que se hizo en tiempo del maestre de campo Don Julián Alcocer y quien demando no hubo cosa alguna: y puesta la vuestra señoría de lo que le consta so cargo del juramento que dichos bienes que se afirmó y ratifico que es de edad de cuarenta y cinco años y lo firmo con su señal so cargo por ante mí que doy fe.

Otra declaración aclaratoria fue la de Nicolas Rodríguez, un vecino de Tapacarí de 75 años, quien narró que, cuando aún era teniente del partido de Tapacarí, el capitán Julián Alcocer, el padre de Tomasa fue registrado como fallecido. Rodríguez precisó que don Luis era indio bueno y noble, perteneciente desde hacía varias generaciones al grupo de indios originarios del lugar y que, antes de morir, había legado gran parte de sus bienes a su única hija, quien tenía la memoria y testamento donde se leía que las tierras que tiene sembradas fueron asignadas por su padre.

Según el declarante Raphael Quispe, de cuarenta años, don Luis Quispe era su hermano mayor y “todos los vecinos de Tapacarí, [se] podrán asegurar de que dicho, don Luis, fue rico” y que dejó todos sus bienes y tierras a su única hija. Asimismo, luego de su matrimonio, esta obtuvo como bienes dotales gran parte de la fortuna de don Luis, pues su marido, el mestizo Gregorio García, era forastero y no tenía riqueza, quizá entonces fuese considerado como pobre. Otra declaración hecha en la doctrina de Tapacarí fue tomada a don André Borda, un español de 34 años que residía en la doctrina de Paria y conocía al finado. Dijo que, siendo partidario y colaborador de Julián de Alcocer, teniente de Tapacarí, supo del fallecimiento de don Luis Quispe, quien dejó a su hija como única heredera de todos sus bienes. Siendo la mujer antes del matrimonio ya “muy acomodada”, se casó con Gregorio García, que, según Borda, era un arrimado vecino pobre y sin bienes.

El pleito se prolongó durante un año, llamando a más testigos, pero el caso no fue resuelto. En una de las últimas intervenciones del abogado defensor, se manifestó que todo lo declarado se encontraba a favor de la india Tomasa Quispe, viuda del rebelde Gregorio García, quien desobedeció a las autoridades locales y se levantó contra el rey apoyando a las hordas rebeldes de Túpac Amaru II. Sin mayores atribuciones, delegó

la responsabilidad de dictaminar al mismo monarca y a la república, mediante sus legisladores. Dijo que su autoridad no alcanzaba para tomar la decisión de expropiar o devolver los bienes indicados por la mujer, quien, además, acusaba a la Iglesia y, en particular, a fray Juan Santos, de haber robado sus bienes, tomar sus tierras y fanegadas de trigo producidas hacía poco tiempo en la misma zona.

Sin respuestas, el pleito quedó sin sentencia durante un año más y a fines de 1783 las autoridades judiciales se reunieron para archivar el caso. En la justificación se manifiesta no encontrar pruebas suficientes que demuestren la propiedad y por tanto la devolución de todos los bienes a Tomasa Quispe. Esta realidad, como veremos, se repetirá a lo largo de los

otros dos juicios que también se articulan a estrategias de embargo por parte de las autoridades coloniales y que no solo tiene que ver con expropiación de bienes sino también con personas.

Con claridad, la devolución de bienes y otorgación de derechos a los involucrados, así como el reconocimiento como sujetos políticos y económicos no peninsulares en la Cochabamba del antiguo régimen es, hasta donde sabemos, ambivalente y poco clara. Es más, la historia de Tomasa Quispe nos permite entender cómo eran tratadas las poblaciones nativas, aún después de conflictos étnicos entre las poblaciones locales y los peninsulares en contextos que fueron afectados directa e indirectamente por la rebelión de indios en Cochabamba durante el agitado año de 1781.

Segundo caso Rosa Barthola Pascuala

1) La viuda de Martín Uchu reclama sus bienes

El caso de Rosa Barthola Pascuala, viuda del cacique hanansaya de Sacabamba, conocido como Martín Uchu, es parte de un legajo conservado en regulares condiciones al igual que poco estudiado custodiado por el Archivo Histórico Municipal de Cochabamba. Este documento nos permitirá aproximarnos a los álgidos momentos por los que atravesó la familia Uchu luego del deceso del rebelde, así como la cotidianidad judicial marcada por una profunda orfandad de justicia no solo comunal, sino de la propia administración colonial.² La demanda de Rosa Barthola no existiría sin la participación del defensor de menores, condición *sine qua non* para tratar los asuntos de las mujeres y en particular de indias nativas, pues la legislación hispana clasificaba jurídicamente a las mujeres como menores de edad. Como nos advierte Silverblatt, las leyes que trajeron los españoles colisionaron con las costumbres andinas en varios sentidos, pero sobre todo en los marcos jurídicos de propiedad, tenencia y uso de la tierra.

Los marcos delimitaban los temas y límites legales a los que podían acudir las mujeres, siendo antes autorizadas por un representante de la audiencia. Este era designado como “defensor de menores”, actuando de forma similar al de un “protector de naturales”. Para el marco legal de la época colonial tardía, cualquier transacción, distribución o partición que envolviese bienes hereditarios de una mujer u originados por el matrimonio, como la dote, “debían llevarse a cabo con la aprobación y el permiso de su tutor”. A pesar de que las mujeres disfrutaban del de-

recho consuetudinario que legitimaba sus bienes, en la práctica, ellas se encontraban legalmente sometidas a la tutela y voluntad de sus maridos. Según la legislación española, las esposas no podían disponer libremente de su propiedad y, en este punto, la tradición andina contradecía a la ley. Los usos y costumbres en los Andes, con sus matices, permitían a las mujeres tener un derecho autónomo sobre todos sus bienes e, incluso, las tierras podían ser heredadas o adquiridas de otras maneras, sin importar el estatus material. Para Silverblatt (1988: 87-88), “no existía el concepto de una propiedad conjunta o común”, sino individual, cuestión paradójica que, en parte, es posible entender desde las nociones modernas y mixtas de propiedad.

Este escenario enmarañado adquirió mayor complejidad luego de la rebelión. Desde ese momento, la figura legal y consuetudinaria se tornó aún más complicada, pues las órdenes para “confiscar los bienes”, en particular de los insurgentes, siguieron cursos inevitables y los bienes de la familia Uchu de Sacabamba, al final, fueron tomados como “botín de guerra”. Si bien el caso de Rosa Barthola no fue el único, lo justificamos por ligarse al cacique Martín Uchu, que apoyó la gran rebelión. El argumento señalaba que Uchu, el finado marido, no solo fue comandante de armas de una caballería de nativos insurrectos, sino que habría financiado parte de la invasión al valle de Cliza. La información realista está teñida por contradicciones legales e implicaciones financieras sin responsabilidades claras a los demandados y observados en el proceso de Barthola. La casi media década de juicio contra las autoridades solicitando la devolución de los bienes agotó a la viuda, que llegó a los tribunales del virreinato del Río de la Plata sin éxito. El juicio, como veremos, es el más representativo por las cualidades del legajo y la impor-

² AHMC, ECC, Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, ff. 89-196, “Expediente seguido sobre que la india Rosa Barthola, reclama los bienes dotales de su finado marido Martín Uchu, con más los ganados y otros bienes por haber muerto este castigado con la pena ordinaria de muerte en la rebelión. Se le confiscaron con Audiencia del defensor de menores”.

tancia de los personajes intentando no desmerecer el caso de Tomasa Quispe.³

Durante el juicio, Rosa Barthola se presentó como la viuda de Martín Uchu, “pobre, miserable”, teniendo a su cargo ocho hijas menores. Protestaba ante el “padre universal de menores” civil y criminal aclarando la intención de liberar sus bienes luego de una confiscación injusta. Decía que, estando en su estancia llamada Jatun Chimpani,⁴ en el partido de Tarata, Manuel Hulfencio [Manuel Holguín], vecino del pueblo de Pocoña en la provincia de Mizque, había pasado a su estancia de Locotani [¿Locotal?] junto con unos “mozos” en la época de la sublevación de indios de Cliza sin más motivo que el de una “ligera presunción” de que Martín Uchu (finado marido) se encontraba entre los alzados contra la Corona. Así había sido justificado el despojo de los bienes dotales de su estancia, además de un cuantificable y numeroso grupo de animales de varias especies. Aclaró que estos también pertenecían a la dote que le dieron sus padres antes de matrimoniarse con Martín Uchu.

Según Rosa Barthola, su finado marido se habría unido a ella con una sola yegua de su uso personal, lo demás habría sido producto del trabajo de ambos. Probablemente un argumento bastante crédulo para los representantes del juzgado de la provincia de Cochabamba. A Manuel Holguín, lo acusó por despojo violento y atentado a su «familia numerosa de ocho hijos menores» y con indignación concluyó:

Este género de saltar, y robar (la misma razón natural lo prohíbe) al prójimo desnudándole en vida de todos sus bienes, con pretexto de alzamiento, parece señor que

3 AHGC, Fondo Colonial/Expediente, 1781. 30, ff. 1-14. “Juicio seguido por Tomasa Quispe india principal de sangre noble del repartimiento del pueblo real de Tapacarí, viuda de Gregorio García, reclama bienes, frutos, semillas, productos de sus tierras por haber sido despojadas de sus sembradíos debido a que su marido participó en la insurrección de 1781”.

AHGC, Fondo Colonial/Expediente, 1780.61, ff 1-60. “Reclamo judicial por parte de Doña Cruz Paco, india principal del pueblo real de San Pablo de Capinota, mujer legítima de don Esteban Condo, cacique y gobernador de la parcialidad urinsaya. Pleito de dotación de tierras a favor de sus hijos”.

AHGC, Fondo Colonial/Expediente, 1782.23, ff 1-13. “Testimonio de cuentas dadas de las cosechas de papas y raíces pertenecientes a las cementeras de los caciques de Tapacarí. Expediente que contiene la solicitud de libertad de prisión de las mujeres esposas de los caciques vinculados a la rebelión de indios”.

4 Jatun Chimpani, del quechua: *Jatun* = grande, *Chimpa* = Quebrada o barranco que está enfrente, opuesta al río (Laime Ajacopa, 2007).

aún entre los infieles, no se consiente; con cuánta razón en el orbe de la religión cristiana donde estrictamente se guarda y se establece la justicia ajustada a la ley verdadera de Dios, se deberá aborrecer, un tan considerable y enorme delito desemejante naturaleza: por estar opuesto a la naturaleza divina, sino también a las estatuidas por nuestro supremo monarca, que no consiente ni permite semejantes latrocinios, antes si los prohíbe en sus reales leyes en obsequio de la justicia que es el principal objeto a que se dirigen sus católicas reales intenciones.⁵

Implícitamente exigió la devolución de su dote acudiendo a la justicia y al “padre de menores”, acusando de forma directa a Holguín y apelando a la piedad por ser viuda y por tener un crecido número de hijas. Además, decía que si su cónyuge hubiese participado de la sublevación como se denunció, “no debe estar responsable a ninguna satisfacción por la culpa de [...] marido”. En su defensa, propuso la separación de los bienes dotales de Uchu y los que ella gozaba por derecho de herencia de sus padres. Aceptó “que, cuando mucho, debe sufrir y estar al recto disposición la parte de los gananciales y multiplicados que le supiere [corresponde] al marido, excluida la dote”. Barthola planteó tácitamente la partición de los bienes conquistados durante su matrimonio, “perdiendo todo lo que le correspondía a su marido”, sin mezclar su parte de la dote inicial. Para justificar, acudió a testigos que se encontraban en Pariscocha y el valle de Cliza, esperando la conformación de la acostumbrada comisión para el levantamiento de otras declaraciones. La querrela presentada en diciembre de 1781 por Rosa Barthola planteó cinco cuestiones que sugirió contestar al momento de la confesión de los testigos:

Primeramente; digan y declaren, si es cierto saben, y les consta o han oído decir de noticias que la persona de Manuel Hulfencio vecino del pueblo de Pocoña asociado de otras personas había pasado a la estancia de Locotani en tiempo de la sublevación de los indios de Cliza, y diciendo que mi difunto marido había sido uno de los comprendidos en el alzamiento se llevó de dicha estancia, haciendo un general estrago de despojo, todo el ganado mayor y menor que tenía con otros bienes de burros, crías del ganado mayor, cinco bueyes con yuntas trabajadores; diez y ocho bacas [*sic*] paridoras; once terneros de a dos años; y de ganado menor quinientas cabezas: y de burros entre machos y hembras catorce

5 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, ff. 90-91. “Declaración de Rosa Barthola”.

cabezas de cargadores, con una mula tordilla de mi andar, y unos costales; y si saben dónde y en cuyo poder paran. Digan.

2da Y tb. digan y declaren, si es cierto saben y les consta de ciencia cierta, o de noticias como al tiempo y cuando me casé con el difunto mi marido, metí a su poder veinte bacas [sic] parideras de dote que me dieron mi padres ya difuntos, con más cuarenta cabezas de ganado ovejuno y una burra preñada con su cría, y si el dicho mi marido tubo vienes [sic] algunos por entonces y se casó pobre y carente, nuestro matrimonio adquirimos y procreamos trece hijos legítimos, de los cuales murieron cuatro y viven ocho menores, mujeres y un varón, digan.

3[a] Y tb digan, y declaren, si es cierto saben y que consta de ciencia cierta, o de noticias que dicho mi marido se casó conmigo pobre y no trajo más vienes [sic] que una yegua de su andar con el poncho al hombro y nada más, digan.

4[a] Y tb Si es cierto que durante el dicho matrimonio hubimos y adquirimos los multiplicaos del ganado de mi dote (que se lleva expresado en la parte mayor de este libelo) como también ochenta yeguas en mi estancia nombrada Jatun Chimpani; y si es cierto que estas las embargaron de orden del señor alcalde provincial con más un caballo moro Aguillillo, un novillo barroso y siete fanegas de trigo, trescientos vellones de lana de oveja, hacha, azuela, un escoplo, doce hoces de la hacienda del rancho de mi morada con otras especies de aguas de casa, digan.

5[a] Y tb digan, si todo lo que llevan declarado es público y notorio y la verdad de lo que pasa. Y actuada que sea la información con la menor brevedad se hade servir V.M. mandar, que el comisionado la remita a este juzgado, entregándome originalmente para el uso de mi derecho.⁶

El corregidor Villalobos admitió la querrela el 24 de diciembre, ordenando al teniente del valle de Cliza, Miguel Prudencio Sainz, recibir “la sumaria información” y después entregarla en el juzgado para dar la providencia. Solo el 3 de enero de 1782, se dio curso al interrogatorio de los testigos, quienes fueron trasladados al juzgado del partido de Tarata. El primero en declarar fue un español llamado Sebastián Balderrama, de aproximadamente sesenta años, residente

en la estancia de Chuchu Guañusca, de la misma jurisdicción de Tarata. El testigo había presenciado el momento del despojo, narrando que “le consta que Manuel Holguín residente en Pocona con otros compañeros que desconoce, a mediados de la cuaresma [23 de marzo más o menos] del año de 1781 pasaron a la estancia de Locotal en tiempo de la sublevación de los indios de Cliza diciendo que Martín Uchu marido de la presentante se había alzado”.

Balderrama contó haber escuchado los diálogos de los soldados en los que se precisó que era necesario confiscar los bienes de aquella estancia, pues habían sido llevados por Martín Uchu antes de la rebelión. Sin embargo, en realidad, los había llevado uno de sus hijos menores de aproximadamente trece años y que luego sería asesinado por los realistas. El testigo también corroboró que ella tenía animales de la herencia obtenidos antes del matrimonio como parte de la dote de sus padres. Sobre Martín Uchu, Balderrama sospechaba que fue más bien un indio forastero de quien no sabía nada.⁷

El proyecto habría estado a cargo del alcalde ordinario de Mizque, Ignacio Trebunto, y se propuso presumiblemente para pagar los sueldos del primer batallón de soldados que salieron a fines de 1780 en dirección de Chayanta. Junto con las autoridades de Mizque, a la cabeza de Antonio Martínez Luján, embargaron 80 yeguas y un caballo “moro aguillillo” en el que Martín Uchu se transportaba. Manuel Angulo se había apropiado del potro, además de “siete fanegas de trigo, trescientos vellones de lana de oveja, un hacha, una amuela, un eslopo y dos hoces de la hacienda del rancho de su morada”.⁸ Por su parte el indio Marcelo Cuchallo, de setenta años y residente en la estancia de Quiquioma, señaló, por intermedio de su intérprete, Pedro Rebollo, que durante “la sublevación de los indios de Cliza, llegaron al pueblo de Pocona no sé qué individuos de los altos de Curubamba, varias partidas de ganado mayor y menor, pertenecientes a la demandante [Rosa Barthola] suponiendo que su marido es-

6 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, ff. 90v-91.

7 Sebastián Balderrama afirmó dos situaciones que nos hacen suponer que su declaración fue trabajada previamente con Rosa Barthola; la primera no desdice el detalle de la dote entregada por los padres de Rosa Barthola en el matrimonio; y la segunda que al ser Martín Uchu un indio “forastero”, complementa la declaración de Barthola, pues Uchu solo habría tenido una yegua cuando llegó al matrimonio. Con ese argumento previamente concertado, deducimos —posiblemente Balderrama fue un amigo antiguo de la familia Uchu—, declaró a favor de Barthola para ayudar a recuperar la mayor cantidad de bienes a su favor.

8 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, ff. 92-93. “Declaración del hacendado Sebastián Balderrama, de aproximadamente sesenta años, residente en su estancia de Chuchu Guañusca”.

taba comprendido en la sublevación”. Sobre los bienes dotales, dijo que le constaba que se llevaron “veinte vacas entre madres y crías, treinta cabezas de ganado ovejuno más una burra y su cría siendo la herencia de sus padres”. Además, señalo que Martín Uchu solo tenía una yegua de andar. Confirmó también que, durante el matrimonio, los bienes se multiplicaron y, una vez Martín Uchu involucrado con la rebelión, el alcalde provincial y sus ministros embargaron sus bienes.

Por ende, sugirió a los jueces provinciales que realizaran una división y partición de dichos bienes para saldar la parte de los que le correspondían a la mujer como al difunto cónyuge. Aclaraba que aquellos bienes individuales como del matrimonio tenían que “excluirse” y “separarse”. Un porcentaje de aquella separación de bienes debía ir al erario, advirtiendo a los funcionarios reales que pasen “noticia a los señores oficiales reales para que tengan cuidado de percibirlo con cautela y razón”. Barthola pretendía recuperar los bienes que le pertenecían antes del matrimonio y a los que no renunciaba, así esperó que se ordenara una “providencia exhortatoria al señor alcalde de segundo voto de la provincia de Mizque, como corresponde para la entrega de todo el ganado mayor y menor que de su orden se recogió por don Manuel Holguín”.⁹

Sin más, insistió para que, desde la provincia de Tarata, se remitiese a las reales cajas y se diera curso a su petición, acelerando la partición de sus bienes dotales de cuando aún era soltera. Siguió exigiendo el esclarecimiento de las acumuladas en matrimonio que se habían confiscado y mandado a Cliza por el alcalde provincial. La respuesta del abogado defensor de la Real Hacienda, habiendo visto el expediente de Barthola, señaló que el argumento se encontraba bastante débil, pero considerando su estado como “miserable, huérfana y viuda, sus sencillos y naturales pedimentos que están arreglados a la noticia de la lealtad y buena fe” y que además ofrecía al rey la parte que le correspondía por el “delito de su marido y que en estos términos era decisiva la ley 10, libro 5 título 10 de Castilla”. Esta ley señalaba que “un consorte no perdía por el otro sus bienes, ni la mitad de las ganancias habidas durante el matrimonio”.

A decir de Rosa Barthola, ella situaba su demanda bajo los límites de la legislación indiana. Ante ello, las autoridades judiciales apuntaron que primero se debía dar curso a “la libertad de sus bienes dotales y

gananciales demandados en sus escritos precedentes sobre sus ganados y especies ya nombradas”. El abogado defensor de la Real Hacienda, el doctor Galdo, mandó librar tres oficios políticos dirigidos al alcalde de segundo voto de la ciudad de Mizque y al alcalde provincial de Cliza, Antonio Martínez Luján, instando de manera urgente que enviasen a la villa de Tarata o al lugar más próximo todos los ganados y especies demandadas, para que puedan realizarse la división y partición de los bienes gananciales en beneficio de la viuda como del Real Erario. La orden fue entregada en Cochabamba el 11 de enero de 1782 y ratificada por el corregidor de la provincia de Cochabamba, Félix Joseph de Villalobos, otorgando un auto al doctor Galdo bajo el siguiente tenor:

Autos y vistos con lo expuesto por el abogado defensor de Real hacienda; atendiendo a la miserable India Rosa Barthola viuda de Martín Uchu, con la consideración y piedad que demanda su sexo y calidad, hágase en todo como lo pude y en su consecuencia se declara que los bienes dotales demandados en sus escritos que se expresan en las dos declaraciones contestes, que se citan por exentos de confiscación, e igualmente por indemnes las gananciales que le pertenecen a dicha viuda de todos los ganados y demás especies numeradas: y para su efectiva ejecución y cumplimiento se libren los oficios correspondientes al señor alcalde ordinario de segundo voto de la ciudad de Mizque y al alcalde provincial Don Antonio Martínez Luján para que teniendo presente el Real interés que tanto se recomienda en las criticas circunstancias y urgencias del día para la facilitación de las expediciones que ocurren manden que sin excusa ni demora alguna se hagan conducir a las inmediaciones de esta villa y lugar más adecuado todos los ganados y especies mandadas a fin de que separándose el capital dotal se haga división y partición de los gananciales para dicha viuda y para su majestad (Dios guíe) para cuyo efecto, se pase testimonio de lo expuesto por el defensor, y de este auto con certificación relativa de dichos ganados y bienes para que en su virtud y del oficio correspondiente hagan por su parte instancia para el recojo de dichos expolios y aplicación de ellos al real fisco, para todo lo cual se expidan los despachos respectivos a los citados señores alcaldes.¹⁰

Ante el auto del corregidor, el alcalde provincial y regidor de Cliza, Antonio Martínez de Luján, con-

9 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, ff. 95-96. “Solicitud de Rosa Barthola pidiendo división y partición de los bienes dotales”.

10 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, ff. 100-102. “Autos al Dr. Galdo del corregidor de la villa de Cochabamba Félix Joseph de Villalobos hechos a favor de la causa de Rosa Barthola”.

testó de inmediato, rechazando sutilmente la orden del corregidor Villalobos. En su alegato, argumentó que el curaca Martín Uchu dueño de la hacienda de Sacabamba, “fue el principal caudillo en la convocatoria para la sublevación de los indios del valle de Cliza”, donde la noche del 28 de febrero de 1781, Miércoles de Ceniza, entraron en asalto indios del común liderados por sus dos caciques. El 1 de marzo, Martínez de Luján había conformado un ejército de alrededor de 1500 hombres entre mestizos, criollos y españoles para contener la sublevación. Luego de su fuga y de la posterior pesquisa, se tomó preso a Martín Uchu, quien tenía la intención de continuar con la convocatoria de insurrección. Fue condenado a la pena capital y por ello expropiados todos sus bienes de forma irrevocable.

Yeguas	16
Potrillos y potrancas	11
Torillos	5

Cuadro 2.
Lista de bienes expropiados
Fuente: Elaboración propia

Los animales capturados, que habían servido a los jinetes de Uchu, fueron tomados por Juan Andrés de Guevara y vendidos a precios regulares por unidad el día de la ejecución del rebelde. De todo, se recaudó un total de 64 pesos, de los que se habrían gastado 25 por el traslado y recojo de otro contingente de yeguas que se encontraban en la provincia de Mizque y Totorá. Allí, el hijo de Martín Uchu, Francisco Uchu, las dejó pastear con algunos otros animales y ganado. Martínez de Luján, justificando sus acciones, ordenó entregar los restantes 39 pesos a la Real Hacienda, quejándose y protestando por el poco apoyo recibido por la Corona y con la clara intención de no entregar el dinero, ya que, según él, Cliza fue el juzgado que más diligencias habría realizado para evitar la expansión de la sublevación de los indios de Sacabamba.¹¹ Rosa Barthola respondió señalando que las operaciones y castigos a los “indios rebeldes conspirados en Sacabamba y río Tacapaya” no eran de su conocimiento. Además, esto no se puso en consideración en su demanda al juzgado de Tarata, sino solo la liquidación de sus bienes, cuentas corrientes y peculiares

11 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, ff. 103-104. “Declaración del corregidor de Cliza, Antonio Martínez de Luján”.

de su pertenencia. Es así que únicamente exigía que se diera curso al procedimiento demandado y dividir aquellos bienes entre los que se encontraban sus ganados que, sufriendo de abigeato, habían sido vendidos, sin recibir justicia y evitar la intromisión o venta del resto de bienes.

La perceptible molestia de Barthola se debía al hecho que Antonio Martínez de Luján se escondía y no respondía a los autos mandados por Villalobos para viabilizar el proceso de devolución del dote y división de los gananciales entre ella y el fisco. Barthola exigió el cumplimiento de la nota del 11 de enero como de la del 22 de febrero de 1782, mandada por Villalobos, ordenando a Martínez de Luján entregar los sobrantes 39 pesos. Amonestó la entrega de cuatro pesos al defensor de menores por sus “honorarios”, considerando que aún no había logrado nada. Lamentó recibir solo treinta y cinco para ella, quien además exigía los «oficios precisos de las justicias de Mizque». El doctor Galdo apresuró el recurso de apelación de Barthola quien también cuestionó en una nota extrajudicial si efectivamente se recaudó aquel monto de dinero por la venta de los animales de su finado marido Martín Uchu. Barthola interpeló el 12 de marzo de 1782 a las autoridades provinciales por el desdén en su caso y un proceder nada claro por parte de las autoridades locales de Mizque y Cliza sobre los bienes incautados, rebatiendo la acusación a su marido durante la insurrección en Cliza.¹²

Villalobos, que se caracterizó por la rigurosidad en el tema de justicia, mandó liberar un pliego requisitorio reprendiendo al alcalde ordinario de segundo voto de la ciudad de Mizque, Ignacio Trebunto. Exigió a este que “presente el real interés que tanto se recomienda en las críticas circunstancias del estado”. En relación a la demanda del abogado defensor de la Real Hacienda y de Rosa Barthola, Villalobos evitó desviaciones y ordenó “conducir al lugar más adecuado de las inmediaciones de la villa [de Oropeza] todo el ganado y demás bienes que hubiese confiscado al finado indio Martín Uchu y el costo de dicho despacho y demás cosas procesales o se sacaran de los treinta y cinco pesos que quedan de los remitidos por el alcalde provincial”.¹³

Para mayor tragedia de Rosa Barthola, las autoridades, al verse sofocadas, ahondaron su desdén,

12 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, f. 105v. “Apelación por parte de Rosa Barthola y doctor Galdo sobre los pesos que resultaron de la venta de los bienes incautados al rebelde Martín Uchu”.

13 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, ff. 106-106v.

hicieron caso omiso al anciano Villalobos y, por semanas, no se presentaron a declarar. Lo peor vino cuando los implicados decidieron hacer votos de silencio hasta tener un nuevo pronunciamiento del corregidor. Cayendo en el juego de los mercenarios, la viuda envió una nueva glosa señalando que ya había pasado un año del despojo que habría sufrido por las autoridades locales, y solo precisaba que el alcalde provincial restituyese las 80 yeguas que habrían tomado a la fuerza del poblado de Pocona. El capitán titular que acompañó al alcalde, Manuel Holguín, no había aclarado nada y, en teoría, tenía aquellos animales en su poder. El pedido de Barthola precisó varios bienes:

Mulas	1
Burros	16
Yuntas y novillos	10
Vacas lecheras	36
Ganado de castilla	500

Cuadro 3.
Lista de bienes demandados
Fuente: Elaboración propia

Todos aquellos bienes los había solicitado desde un año atrás sin conseguir nada. Apelando a la piedad cristiana dijo:

... dicha restitución por hallare [pronta] a mendigar i perecer con tan crecida familia de hijas que tengo ocho, y no contentos los enunciados embargadores de mis bienes de llevarme todo [...] dejando a la clemencia de Dios. Al presente lo propio, ejecutan de no restituirme lo legítimo que es mío como lo tengo dicho por lo que ocurro a la cristiana y celosa justificación de V.E.

La delicada situación de Barthola no fue respondida por ningún juez. Las represalias eran evidentes y ninguna de las autoridades civiles como militares hizo caso a la demanda. En tanto, la viuda aprovechó para denunciar que sus hijos varones habían sido asesinados sin el levantamiento de un debido proceso. Uno de ellos, de 13 años, habría sido acuchillado en inmediaciones de Pocona, mientras se encontraba en camino a controlar los ganados que tenían pastando en la región de Locotani. Aquella actividad era normal para su familia, explicando que en el valle hacía varios años que existía una fuerte sequía y escasez de

pastos que obligaban a buscar otros pastizales. Al llegar a Locotani, su hijo no habría encontrado sus ganados y le habrían informado que el capitán Holguín se los habría llevado a la región de Pocona. Trasladándose hasta allí, solicitó la devolución de los mismos, pero fue capturado, acusado de rebeldía y ahorcado. A su otro hijo de 18 años, que se preparaba para ser cura, lo habrían capturado en la viceparroquia del Paredón y ajusticiado al instante. En cuanto a su marido, dijo que fue capturado en el valle de Toco mientras recogía alimentos. Las milicias realistas lo habrían arrestado violentamente en su hacienda para luego saquear los bienes del interior de su casa en Jatun Chimpani antes de quemarla. La viuda dijo que “por lo consiguiente me dejaron mi casa y morada desprovista, sin una olla en que poderme cocinar, armar y hacer mi vocálica, que tanto llegaron el extremo de la ruindad de los soldados que hasta mis casas le pegaron fuego y al día presente hallarme a mendigar y a moquear con tan crecida familia de ocho hijas menores”.¹⁴

Aquellas quejas no conmovieron ni tampoco ayudaron a su demanda, pues nunca vio la restitución del ganado hurtado por Manuel Holguín y Trebuenito, que presuntamente se encontraba en Pocona. Sin respuesta, el 29 de abril de 1782, Villalobos se dirigió ante la Real Audiencia señalando que la viuda Rosa Barthola aún exigía la devolución de varios bienes también precisados al doctor Galdo. Argumentó que existía una dura resistencia de las autoridades locales en cooperar por lo que acudió a las instancias superiores.¹⁵ Ignacio Flores, como presidente y comandante general de la Audiencia, respondió el 2 de mayo, advirtiéndole que primero se debía informar al “abogado defensor de naturales” y luego a las autoridades superiores para recibir las respectivas providencias.¹⁶

Para entonces, la viuda se encontraba en los arrabales de la villa de Oropeza trabajando como hilandera para varios obrajes. Intentó sobrellevar las necesidades de su numerosa familia, en particular hijas, acudiendo permanentemente al “protector de naturales y de pobres” con la esperanza de tener alguna noticia favorable que minimizaran los abusos y tiranía que “había padecido” o

14 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, f. 107.

15 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, ff. 108. “Villalobos a las autoridades superiores de la Real Audiencia”.

16 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, f. 108. “Correspondencia entre el juzgado de la provincia de Cochabamba y la Real Audiencia”.

sencillamente resignarse y “aspirar sino a la omnipotencia de Dios”. Inmediatamente, el protector de naturales Francisco Maldonado de Yraysos se comprometió a vigorizar su defensa sin cobrar estipendio. Dijo que intervendría ante cualquier situación ordinaria¹⁷ subrayando:

La causa se halla en estado de que compeliéndose a los exfoliantes a la restitución de las cosas despojadas en su propia especie y número se entregue todo a la viuda como a dueño legítimo. Porque el asunto en que se hallan probados los dos extremos de haber sido todo el ganado mayor y menor justamente con las demás especies que le saquearon bienes parafernales propios y dotales de la viuda, por no haber tenido cosa alguna su finado: inepto que esta también calificada la escección [*sic*] que ha padecido es indubitable por derecho que de incontinenti debe ser restituida en la propiedad y posesión de todos sus bienes expoliados. Sin que esta jurídica resolución la pueda designar modo embarazar el Fisco, por no ser parte legítima en las presentes circunstancias: ya porque siendo constante que su finado marido caso (con la viuda) pobre y destituido; y que no ha adquirido ni adelantado el caudal de su mujer subsistente el matrimonio: es muy verosímil, y con todo a derecho que mientras se haya inquisición formal sobre los bienes que haya dejado, no se deben gravar a la injusta responsabilidad a los bienes parafernales, o dotales de la viuda: ya porque ningún jurista ignora que esta especie de bienes luego que se disuelve el matrimonio, se deben volver al dueño del dote íntegramente siempre que sea constante, como en la presente oportunidad: ya también porque los gananciales o multiplicados deben entenderse, según clásicos A.A. únicamente sobre frutos industriales y no sobre los frutos naturales, y quien duda que los partos del ganado mayor y menor multiplicados son de la última especie; y ya también porque todas veces que por parte del Fisco no se ha legitimado el homicidio (que de injusto se arguye) con sentencia justa condenatoria a la pena ordinaria, y a la pena de pedimento de bienes aplicados al Fisco, se le niega toda intervención por ser su acción resurtiva [*sic*], y consecuentemente, no al homicidio, sino a la sentencia; porque en caso de no haber proceso, ni hallarse el reo confeso y convicto, ninguno de mediano talento podría juzgar por legítimo, sino por el más injusto atentado: de suerte que el Fisco, así por la calidad, y naturaleza de los bienes dotales y

parafernales propios y peculiares de la viuda que como ajenos, no pueden padecer ninguna responsabilidad; como también, por la ninguna calificación del delito de su marido difunto, y carencia de proceso y sentencia por juez competente pronunciada, toda vía está en estado de no apersonarse, ni admitirse por parte en esta restitución. Porque como es consecuente su acción después de pronunciada la sentencia y no antes y justamente sobre bienes únicamente del delincuente y no sobre bienes ajenos, en los que (caso negado presente la sentencia contra el finado) no puede adquirir ningún derecho, ni en lo principal de su dotación, una en sus partes y accesorios, cuáles son los multiplicados frutos naturales, sin ninguna industria de su marido: se combine con toda evidencia no debérsele admitir en este juicio por parte ni contra parte hasta tanto que documente su acción, con el proceso y sentencia.¹⁸

Con todos los argumentos descritos por el protector de naturales, se acusó al alcalde provincial de Cliza, Antonio Martínez Luján, de haber embargado sin consentimiento alguno a ochenta yeguas y un caballo moro entregado a Ambrosio Montenegro para trasladarlos a su estancia de Llavini. La inculpación también precisó que Manuel Angulo se excusaba de los bienes incautados y se sospechaba que pudo haber obtenido 35 pesos bajo la hipótesis de que se benefició de la venta de otros enseres. Así, el tenor de la causa exigía que se pudiera también restituir los bienes que Manuel Angulo “saqueó, y también las especies que se anotan”. El protector de naturales, que había realizado una pesquisa a las autoridades, exigió que se concediera total devolución a la viuda y a los mercenarios, la responsabilidad de reparar aquellos daños y perjuicios.

Ante tal exigencia, a mediados de mayo de 1782, el abogado de la Real Hacienda se dirigió al corregidor para presentar el expediente de la viuda Rosa Barthola demandando las posesiones dotales y gananciales de Uchu. El Fisco tampoco se apartó de la exigencia de los bienes multiplicados que debían entregar del finado. Antonio Martínez Luján explicó de manera certificada a ambos entes que, sobre el control de su distrito, la expropiación por rebeldía no consideraba la devolución de los bienes del curaca Martín Uchu que fue “capitán caudillo de los sublevados y rebeldes del valle de Cliza” y que, por sus alevosías, fue condenado a la pena de muerte. El Fisco, antes de dar

17 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, f. 110. “Rosa Barthola al corregidor de la provincia de Cochabamba”.

18 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, f. 111. “El protector de naturales al juzgado de la provincia de Cochabamba”.

una validación, negoció su parte ante el juez, exigiendo su fracción pecuniaria como parte y contraparte en la porción de los multiplicandos, remitiéndose a la Ley de Toro y de Castilla que planteaba “mandamos que sean habidos por bienes de ganancia todo lo multiplicado durante el matrimonio”.

En su preocupada respuesta, la viuda y su abogado advirtieron que, entre los bienes naturales, no se incluían los industriales ni multiplicandos como tampoco los parafernales. Si no se respetaban estos, dijeron, irían en desaprobación, por tratarse de una falta real. Según el Fisco, se habían delimitado las diferencias entre los bienes parafernales y dotales, y los multiplicandos y no a modo confuso como lo había planteado el protector de naturales a favor de la viuda, según sus administradores los demandantes “*desconocían las seis calidades de bienes que sienta y establece el derecho*”. Sugirieron que la viuda tenía información débil, apenas relativa a sus bienes dotales y a los multiplicandos de su propiedad y no del conjunto de su matrimonio. Al mismo tiempo, el finado Martín Uchu habría sido aceptado en las declaraciones de Barthola indirectamente como “alevoso”, siendo “repugnante proferir esta proporción, que todos los indios son incursos en la sublevación universal del reino”. La observación que subrayó el Fisco fue que, si bien existió un proceso, los bienes sobre los que se discutía parecían no existir, pues no se tenía noticia de su paradero y solo se planteaban derechos no renunciados. Por ello, el Fisco sugirió mandar un oficio político¹⁹ al alcalde provincial para que se sujete a la solicitud de remitir una certificación aclaratoria y “expresiva de las estaciones del proceso, incluyendo la letra de la sentencia condenatoria de Martín Uchu a costa de culpado”. Al mismo tiempo, se pidieron informes de los ausentes: Manuel Holguín, vecino de Pocona, y Juan Andrés de Guevara. Ambos implicados en el proceso habían burlando varias órdenes, debiendo ser prendidos y arrestados si “hicieren alguna resistencia” o intentaran rehuir nuevamente.²⁰

Las apelaciones obligaron a las autoridades locales a presentarse ante el juzgado para declarar sobre las causas criminales de Uchu y, si no tenían ningún res-

paldo, debían justificar la sentencia condenatoria. Implicando al alcalde ordinario de la ciudad de Mizque, Narciso Gómez, se exigió responder a las demandas interpuestas por el protector de naturales y el abogado defensor de la Real Hacienda. Es más, era preciso llevar al juzgado de la villa a Manuel Holguín, quien sería apresado si presentaba resistencia. Antonio Martínez Luján también recibió una carta para trasladarse con Manuel Angulo y Juan Andrés de Guevara, pues se debía evitar dilatar más el proceso. Villalobos mandó a llamar a Rosa Barthola el 18 de mayo para informarle sobre la continuidad de su demanda.²¹ Aquella orden dio lugar a un interesante movimiento que develará los últimos levantamientos de los insurgentes como de las autoridades locales, advirtiendo que muchos de los argumentos planteados por ambas partes deben estar sujetos a un cuidadoso análisis y reflexión, ya que los propios documentos revelan oscuros intereses por los bienes materiales implícitos en el litigio.

2) Rosa Barthola: Entre complot y rebelión

La estrategia de Antonio Martínez de Luján contra el ultimátum hecho por Villalobos y el abogado de la Real Hacienda fue contraponer un sumario que, en tiempos de la rebelión, según él, había sido rigurosamente compuesto. En dicho documento, planteó que la convocatoria y sublevación general de los indios en el valle de Cliza fue develada por una declaración de Nicolás Uchu, quien fue “indio hijo de Martín Uchu cura que del partido de la hacienda de Sacabamba”.

Según el informe de Martínez de Luján, el padre de Nicolás, Martín, sería el cabecilla o uno de los principales implicados en la elaboración de la convocatoria para la posterior sublevación, llevada a cabo por sus parciales y allegados. Asimismo, la convocatoria habría sido también destinada a la provincia de Charcas para alentar y atraer los ánimos de todos aquellos indios que también se encontraban preparados para rebelarse.

Martínez de Luján tomó las palabras del hijo de Martín Uchu y, amparándose en aquel testimonio, acusó a Nicolás de haber condenado a su propio padre como rebelde, a la cabeza de la insurgencia, el Miércoles de Ceniza de 1781, con el asalto a la hacienda de Cliza.²² Luján también precisó que aquella noche había enviado a su hijo y a dos acompañantes a

19 Como se trataba del encubrimiento de bienes, posiblemente la solicitud de mandar un “oficio político” respondía a la intención de acelerar no solo el proceso sino la acción, es decir, accionar una devolución de bienes políticamente, es decir, probablemente considerando represalias a su cargo como alcalde provincial como suspenderlo o expulsarlo definitivamente de su cargo.

20 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, ff. 112-115.

21 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, ff. 116-119. “Josef de Villalobos a Rosa Barthola”.

22 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, ff. 120-122.

buscarlo y evitar el alzamiento. Sin embargo, Martín escapó. En la viceparroquia del Paredón, tres emisarios de Martín Uchu habían entrado para proveerse de coca y continuar su búsqueda, pero no se percataron que allí serían capturados y sometidos por verse sospechosos. Martín Uchu recién sería encontrado el 19 de mayo de 1781 en la estancia del Totoral en los altos de Muela, donde habría dormido con su mujer una noche antes y “oculto en el medio de un Pilón de cebada de una India nombrada Andrea [fue] donde le apresaron y condujeron a la prisión del juzgado en la viceparroquia de San Miguel de Toco”.²³ Allí, según Luján, se le tomó una declaración breve a Martín Uchu, quien supuestamente “se habría hallado negativo” y no habría dicho ni una sola palabra. Aquel informe fue entregado al teniente de aquel partido, Miguel Prudencio Sainz, a vistas del reo:

Autos y vistos los seguidos que penden en este mi juzgado privativo en la sublevación de los indios y su pesquisa de averiguación en el particular de los hechos ejecutados, son ellos así en el distrito de esta provincia como fuera de ellas, de que se han conseguido funestas y lamentables consecuencias por los principales motores que le han causado, resultando por dicha sumatoria y pesquisa que se tiene actuado y consta en estos autos por confesión que tras picó Nicolas Uchu hijo de Martín Uchu como su padre curaca de la hacienda de Sacabamba siervo de los comprendidos en dicha convocatoria en deservicio del Rey nuestro señor que Dios guie y consiguiente aprendido que fue por la que se le tomó en primera instancia haber estado negativo en sus operaciones hasta que por declaración de Don Apolinar Terrazas habiéndosele hecho cargo por ella estuvo por su ratificación confeso en el crimen; y de las del comprobante que también aparece por la de su legitima mujer y lo de más que consta del proceso de dicha sumaria en conformidad de lo cual y lo demás que se tubo presente ser conveniente al servicio de S.M. y bien público. Hallo que debo condeno al citado Martín Uchu en pena capital bajo del sacramento de la penitencia en la forma acostumbrada por derecho y colgado en tres palos en la plaza pública de esta dicha vice parroquia condenándolo en las penas correspondientes en castigo y que sus bienes ejecutados sean de cargo de Ambrosio Montenegro quien dará cuenta de ellos para que repartidos o vendidos que sean su pronto se aplique al real erario; excepcionando de ellos los gastos de justicia ocurrentes

23 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, f. 122v. “Apelación de Antonio Martínez de Luján”.

a la presente causa lo cual así se le notifique por el plumario Don Juan Andrés de Guevara quien la sentara a su continuación para que conste y por esta mi sentencia definitiva así lo pronuncio y mando yo el Dr. Don Antonio Luja regidor del ilustre cabildo de la villa de Cochabamba, alcalde provincial propietario en ella sus términos y jurisdicciones por S.M. actuando por ante mí y testigos de mi asistencia, siendo los presentes Don Vicente Flores, Don Joseph Serrano y Don Juan Andrés de Guevara en defecto de escribano que no le hay, en dicha Vice-parroquia de Toco a 25 días del mes de mayo de 1781.²⁴

La memoria de Luján fue enviada el 26 de junio de 1782 como un documento “verdadero, corregido y consultado con derecho a su original”.²⁵ Este documento tuvo que haberse enviado con algunas copias informando a las autoridades superiores con respecto a los rebeldes, pero, al parecer, el de Martín Uchu se mantuvo reservado en la viceparroquia de Toco, escondido durante más de un año. Este hecho sospechoso por encubrimiento bien podría entenderse como premeditado, con el fin de repartirse los formidables bienes materiales y animales que, en vida, había acumulado Martín Uchu, junto a su esposa, Rosa Barthola.

Manuel Holguín, vecino de Pocona, dijo que, habiendo sido nombrado como comandante y juez del pueblo de Pocona, dirigió “la compañía de soldados que estaban en su gremio contra los indios rebeldes”. Días después, los soldados, en sus correrías, encontraron en diversas serranías varios ganados que fueron embargados. Holguín justificó sus acciones por no disponer de los bienes de Barthola, quien exigía los parafernales. La norma establecía que se tenían que entregar a la viuda por disposición del juez, sin embargo, estos ya habían sido dispuestos y tomados como “botín de guerra”. Cabe sospechar que Holguín, como alcalde de la santa hermandad del cabildo de Cochabamba, tenía tuición sobre los lugares que comprendían territorios entre Pocona y Cliza, y por sus servicios durante la rebelión, se habría llevado los ganados y bienes a modo de pago.²⁶

El dilatado proceso continuó hasta 1783 e involucró a más autoridades como Juan Manuel Morató y

24 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, ff. 123-123v., “Autos y vistos del juzgado de la viceparroquia de Toco, dados por el Dr. Antonio Martínez de Luján”.

25 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, f. 124.

26 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, ff. 166-166v. “Declaración de Manuel Holguín”.

el alcalde ordinario de la ciudad de Mizque, Narciso Gomes, quienes fueron ratificados como poseedores de los enseres de Manuel Holguín. Finalmente, este se escabulló y no devolvió los bienes que habría incautado al asesinado hijo de la viuda. Sin embargo, no se descarta la posibilidad de que todos estuvieran implicados en la repartija de los animales de la familia Uchu hurtados entre Locotani, Pocona, Sacabamba y Cliza. Es evidente percibir en los documentos que las autoridades se acusaban mutuamente sin la transparencia que exigía la viuda, quien, hasta entonces, no había encontrado justicia. Poco a poco, se involucraron a más funcionarios como Francisco Portugal y Navarro. Por septiembre de 1783, en la ciudad de Mizque, pretendió mediar entre Manuel Holguín y Barthola para que “se pueda devolver” los bienes a la viuda con juegos legales que no hicieron sino distraer a la demandante sobre un tema sin una respuesta objetiva. Los declarantes fueron llamados varias veces a testificar y, aunque repetían el mismo tenor semana tras semana, los bienes nunca aparecieron. Barthola prolongó su demanda a Manuel Holguín, quien permanentemente se excusó con argumentos poco coherentes. La desesperada viuda lo acusó recurrentemente, ya que, según ella, mantenía los ganados y bienes en su hacienda de Pocona.

A fines de 1783, las autoridades españolas observaron la ocultación, resistencia y desobediencia de Holguín y sus camaradas en la devolución de los patrimonios. No era asunto de uno, sino de varios individuos implicados clientelariamente y protegidos entre sí. Poco después, las autoridades judiciales de la provincia decidieron el embargo de los bienes de Ambrosio Montenegro,²⁷ Diego Díaz y Ángel Treviño, peces flacos que, por las pesquisas, se habrían adjudicado pequeñas porciones de los enseres del finado Martín Uchu. Asimismo, los mercenarios demandados estaban obligados a rendir cuentas dotales de sus bienes para la confrontación con los cargos de los que se les acusaba²⁸ Para entonces el alcalde ordinario de segundo voto de la ciudad de Mizque, Ignacio Trebunto, había fallecido por causas no esclarecidas, y en octubre

27 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, f. 152. Se informaba a los parientes del ya extinto Ambrosio Montenegro, sus yernos; Dionisio Arze, Felipe de tal, Blas López, y a sus mujeres Santusa, Manuela y otra cuyo nombre ignora y a su legítima mujer María de tal que se encontraba nuevamente casada con Diego Meneses a quienes comparecían ante el ministro de la Real Hacienda.

28 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, ff. 140-141-151. “Proveimiento hecho por Joseph Manuel de Bustillo y Zevallos, ministro tesorero de Real Hacienda de las expediciones de las provincias de Cochabamba. 29/10/1783”.

de 1783, los jueces ordenaron realizar una pesquisa para constatar si en su poder se encontraban los bienes de la viuda, a los que también reclamaba el Fisco.²⁹

Extrañamente, para 1783, muchos de los mercenarios y autoridades del año 1781 iban pereciendo, no frente a la viuda, sino ante su propio tiempo. El paso de los años, de a poco, los condenaba a devolver los bienes, no por la fuerza, sino por la imposibilidad de perpetuar su existencia. Si sospechamos de algún tipo de maldición, muchas familias como los Montenegro tuvieron que devolver varios bienes sometiéndose a las autoridades superiores ante un posible embargo de su hacienda. Manuel de Obando y Ambrosio Pericón, que mantenían en su poder algunas posesiones del extinto Martín Uchu, las perdieron misteriosamente algunos días después de su deceso. Se sospechaba que el yerno de Ambrosio Montenegro, Dionisio Arze, vecino en Cliza. Sin embargo, durante su declaración, este denunció que Andrés Pericón había pasado a la “estancia de Chaupicollo a recoger bienes por orden del juzgado que se creían pertenecientes al finado Ambrosio Pericón”.³⁰ También se exigió a Miguel Prudencio Sainz, lugarteniente y corregidor del distrito de Cliza, que liberase de su despacho las cargas interpuestas para el recojo de estos bienes. Para ello, se emitió una orden fechada el 22 de noviembre de 1783 y dirigida a Martínez Luján para que detuviese las acciones de Dionisio Arze. Luján, en su respuesta, señaló que, después de haber ajusticiado a Martín Uchu, se recogieron dieciséis yeguas y cinco torillos, que fueron entregados al extinto Ambrosio Montenegro, quien subastó parte de los bienes. Como no consiguió venderlos —quizá porque la gente conocía el origen de los enseres y evitó comprarlos—, Juan Andrés de Guevara entregó un conjunto de trastos al Real Erario junto a un pequeño pago.

Prudencio Sainz justificó que los familiares de Ambrosio Montenegro hicieron lo posible por mantener los animales en su poder. Luego, los ganados que quedaron pasaron a manos del extinto Trebunto, en la ciudad de Mizque. Por lo que se puede constatar, el ganado embargado circuló entre Pocona, Copi y de allí a Mizque, donde varios individuos, entre ellos el delegado de justicia mayor de Pocona, habrían realizado, según Sainz, una “repartición de los referidos ganados, dejando únicamente, no sé para qué efecto,

29 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, f. 150.

30 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, f. 154. “Declaración de Dionisio Arze”.

ciento y tantas cabezas de ovejas recomendadas a Holguín que permanecieron con él hasta 1783. Por su parte, Trebunto, antes de su deceso, había delegado una carta a su albacea, Manuel Melgares, que ordenó llevar a la estancia de Laybato, suponemos que bajo el argumento de ser botín de guerra.³¹ Al final, intentando justificar el pleito, se leyó la declaración del fiscal.³² Este observó el expediente, precisando que los bienes extraídos y los bienes dotales y gananciales de Rosa Barthola recibirían “un competente interés para su Majestad”.

El visto puntualizó que los intereses gananciales estarían sujetos a la usura y multiplicación de los ganados a vista de los jueces de la judicatura de *Mizque*, como la demandante Rosa Bartola.³³ La reacción y sentir del doctor Galdo se expresó en una disposición legal para señalar que a la viuda se le adjudicara la mitad de los gananciales y el aumento de sus bienes, confiscando los de Martín Uchu por “delito atroz y de lesa majestad”. Procedió a contar el ganado y dividir los dotales como gananciales con la aclaración que muchos de aquellos bienes se encontraban dispersos y peor aun los que llegaron a Mizque. Se aclaró que no había ningún elemento para considerar la existencia formal de los bienes materiales y menos de responsables o depositarios. Ante ello, se ordenó que las autoridades de Mizque expropiasen los bienes de Holguín y Treviño. Ninguno de ellos había devuelto los bienes atribuidos a la viuda, excusándose de haberlos entregado al finado Trebunto.

Inmediatamente, se pesquisaron los bienes de Trebunto. A mediados de octubre, Melchor Terrazas se hizo cargo del caso, instruyendo mediante un pliego requisitorio a las autoridades de Mizque y Cliza para que recogieran los bienes de Martín Uchu con la garantía y seguridad del caso. Además, se ordenó el embargo inmediato de los bienes de Ambrosio Montenegro, Diego Días y Ángel Triviño, quienes, al ser depositarios y conductores de los enseres, debían entregarlos.³⁴ Dicha orden se mandó en enero de 1784

por medio del general Francisco Robles,³⁵ que se comprometió a hacer cumplir la disposición del padre predicador Bustillos. Este también llamó a Holguín, Días y Treviño para que puedan comparecer “de buena fe” en el juzgado sobre los bienes incautados al extinto rebelde. Rosa Barthola apoyó el llamamiento a los increpados para “el acto de dicha liquidación de cuentas, bajo de los apercibimientos y penas pecuniarias”.

Por la declaración del aiqueño Manuel Melgares y Torres, albacea y testamentario de Joseph Trebunto, se supo de la predisposición que tenía para entregar los animales a cualquier juzgado. Dijo tenerlas desde el año de 1783 y atribuyó cualquier desfalco a Manuel Holguín y Fulano Quinteros, quienes las tenían desde la condena de Uchu en mayo de 1781, en el pueblo de Pocona.³⁶ La respuesta de Holguín fue breve: dijo que ya había prestado su “declaración y juramento ante el escribano Félix Donoso” y exigía que se lo considerara como una persona “libre y excepto de la contienda por hallarse aquellos bienes en poder del juez de la causa”.³⁷ Según Holguín, muchos de aquellos bienes pertenecientes al extinto Uchu, estaban mezclados con los de López Mamani, que habría sido también un rebelde embargado luego de acabada la insurgencia india y sus bienes entregados a la entonces autoridad de Joseph Trebunto. Las pavidas declaraciones de Holguín, recayeron en el finado e indicó tener los informes sobre la cantidad de aquellos animales que en su mayoría eran ganados que habían “quedado por piltrafas del embargo de unos marranos [indios] [...] y como estos no los pudo llevar ni tenerlos en su poder [...] adjudicando a los jefes de la milicia y soldados como por vía compensativa a los sueldos”.

El “botín de guerra” habría sido distribuido por los servicios prestados luego de la rebelión de 1781. Tres años más tarde, en 1784, muchos de aquellos hombres beneficiados con los enseres habían muerto o se habían dispersado, llevándose los bienes. Gran parte no solo pertenecía a Uchu, sino también a otros

31 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, ff. 159-159v. Declaración de Melchor Espinoza y Zambrana. Propietario de cabildo y provincia.

32 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, ff. 166v. Cuando se vió el expediente que los fundamentos de la demanda en 1782 se desarrollaron a principios del mes de enero teniendo 7 fojas, del 12 de marzo 16 fojas, del 15 de mayo 24 fojas, del 1 de febrero 37 fojas.

33 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, ff. 167. “Resolución dada el 20 de agosto de 1783”.

34 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, ff. 168-169. La orden se realizó por Josef Manuel de Bustillo y Zevallos, quien como ministro tesorero de la Real Hacienda de las

expediciones de las provincias de Cochabamba debía saldar las cuentas que aún se heredaban de la rebelión.

35 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, f. 169. Francisco Robles, durante la rebelión, había participado como capitán en las confrontaciones con los rebeldes en Pomata.

36 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, f. 175. Le recibía Manuel Bustillo y Zeballos quien se desempeñaba como comisario de guerra, ministro contador de Real Hacienda de Cajas de Oro al mismo tiempo era ministro tesorero de las expediciones de las provincias sublevadas en la villa de Cochabamba.

37 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, f. 177v.

rebeldes. También se supo que fueron inicialmente depositados en la hacienda de Blas Rodríguez y Thomas Almarás, vecinos del pueblo de Pocona.³⁸

Poco después, el informe de Galdo, abogado de la Real Hacienda, argumentó contundentemente que todos los mercenarios y autoridades locales actuaron en beneficio de sí mismos al momento de tomar los bienes de Uchu y de algunos de sus acompañantes como López Mamani. Además, prometió analizar las contradicciones en las que incurrieron, no uno, sino casi todos los funcionarios que estaban implicados en la no devolución de los bienes a la viuda, que, valuados en dinero, llegaban a sumar miles de pesos, que, bajo su percepción, se habían “desfalcado a sujetos particulares”.³⁹ Holguín, sin sentir temor, reaccionó acusando a un tal Fulano Apaza como un indio ladrón. Él habría hurtado animales incautados que se encontraban dentro su propiedad y los habría entregado arbitrariamente al beneficio de Barthola, su antigua ama. Es deducible que el acto de Apaza fue de buscar justicia propia, pues, ante la negativa de devolución de los involucrados, el indio, conocedor del proceso, habría llevado una cantidad considerable de ovejas para Barthola. Otros encuentros menores entre antiguos siervos de la mujer y las autoridades hispanas fueron noticia durante los años del juicio hasta que el corregimiento de Cochabamba pasó a ser intendencia.

Los incidentes no se agotaron hasta la llegada de Francisco de Viedma como intendente gobernador de Cochabamba. Él siguió el proceso desde los primeros meses de 1786.⁴⁰ En una nota a Francisco de Paula Sainz, expuso el caso de la viuda señalando ser “muy doloroso oír estos repetidos lamentos, [impotente] no puedo tomar providencia alguna a su remedio, solo si ponerlo en noticia para V.S.”.⁴¹ Mientras en la villa de Oropesa se informaba de la muerte de Josef de Villalobos⁴² al vi-

reinato del Río de la Plata, varios libelos, pasquines y procesos contra el padre predicador de la Merced y lector jubilado, Joseph Bustillos, daban cuenta de un escenario delicado por el que nuevamente atravesaba la provincia. La transición del corregimiento a intendencia masificó las contradicciones y las confrontaciones entre las autoridades españolas y la plebe criolla mestiza, patente desde mucho antes del tiempo de la rebelión.⁴³ Este escenario merece un estudio aparte sobre las milicias cochabambinas criollas después de la rebelión de 1781, pues muchos de sus comandantes, en particular los hacendados criollos, se convertirían en acérrimos opositores del régimen español. Entre ellos, resaltaban Francisco de Rivero, Esteban Arze y Melchor Guzmán, alias El Quitón —apelativo extrañamente hecho apellido—. Este último se dedicó al bandolerismo en el valle central, operando los últimos años del siglo XVIII y principios del XIX.

Sin olvidar el caso de Rosa Barthola, después de haber pasado por el visto del virreinato del Río de la Plata, Francisco de Viedma otorgó importantes resoluciones entre septiembre y diciembre de 1786. El tenor de las demandas, casi invariable, involucró a Manuel Holguín, que, a su vez, enredó a otros dos vecinos de Pocona: Juan de Dios Chambi y Pascual Guzmán. Este último, por mandato de Holguín, debía entregar una carta al doctor Josef Manuel Galdo y Luna en la villa de Oropeza, Sin embargo, al no poderlo encontrar, la dejó a uno de sus vecinos llamado Carlos Sequeira. Este desvió la información y complicó el caso. Por su parte Chambi, un indio quechua hablante, tributario y delicado por una enfermedad avanzada, declaró con la ayuda del intérprete Josef Márquez Ramallo en presencia de Manuel Holguín y el doctor Galdo afirmando que:

... por el tiempo de la sublevación estando [...] en su casa del lugar de Totorá pampa, vino un Cavallero alcalde del Dr. Luján llamado Ambrosio Montenegro, y viendo unas yeguas que serían sobre treinta en la abra del referido lugar, se las llevó diciendo que eran pertenecientes a Martín Uchu, el alzado, y que de su propio mutuo sin que el declarante le hubiese dicho nada le dio un recibo de las expresadas yeguas, el cual se lo entrego a Manuel Holguín cuando vino este como capitán de este partido para hacerle cargos de las yeguas que había cogi-

38 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, ff. 180. “Los bienes de Lope Mamani constaban de 28 vacas, 24 yeguas, 4 burros, 6 mulas, 4 caballos, 100 ovejas y 7 marranas llevados a la Estancia de Trebunto en Labaito”.

39 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, ff. 182-186. “El abogado defensor de la Real Hacienda, Dr. Galdo”.

40 AGN, División Colonia-Sección gobierno, Intendencia de Cochabamba, Sala IX, 05/08/03, 1784-1786, ff. 1-8. “Rosa Pascuala [Barthola] a los tribunales del Virreinato”.

41 AGN, División Colonia-Sección gobierno, Intendencia de Cochabamba, Sala IX, 05/08/03, 1784-1786, “El gobernador intendente de Cochabamba Viedma a Francisco de Paula Sainz”.

42 AGN, División Colonia-Sección gobierno, Intendencia de Cochabamba, Sala IX, 05/08/03, 1784-1786, Carta al virreinato del Río de la Plata del 9 de julio de 1786, manifestando el fallecimiento del teniente coronel de dragones Don Félix Joseph de Villalobos el 21 de abril, quien fue el último corregidor de la villa de Cochabamba.

43 AGN, División Colonia-Sección gobierno, Intendencia de Cochabamba, Sala IX, 05/08/03, 1784-1786, Cochabamba 6 de octubre de 1783, dando cuenta de haberse fijado pasquines contra el tesorero de expediciones Joseph Manuel Bustillo. También en 1784 se explican turbulentamente los pagos a los soldados que salieron de Cochabamba para sofocar a los indios rebeldes.

do del referido Uchu, que esta es la verdad de lo que sabe y pasa por el juramento que lleva dicho en que se afirmó y ratifico habiéndosele leído mediante su intérprete.⁴⁴

Sin comunicar nada nuevo, en el Archivo General de la Nación Argentina como en el Archivo Municipal de Cochabamba, el proceso llega a sus últimas notas en diciembre de 1786. Es notorio el hastío de la viuda, cansada de pleitear durante cinco años. Ella se resignó a perder sus parafernales frente a los mercenarios españoles, criollos y mestizos que se aprovecharon de la toma de sus bienes como botín de guerra. El desconuelo mayor, así como el cansancio, fueron expresados en uno de sus reclamos postrimeros, cuando afirmó que todo su trabajo junto al extinto Martín Uchu era envidiado por los pobladores locales y, en particular, por las autoridades:

... mi difunto marido quien conocidamente era hombre trabajador y con manejo de bastante ganado, lo que les dio ansia para que sin escrúpulo de conciencia, y arrastrados de una total codicia de hacerse dueños de sus bienes y los míos, le levantasen el falso testimonio de haber sido alzado, y conocido de los rebeldes, sin que con ninguno de ellos se hubiese rozado, ni incorporado en parte alguna, por haber sido indio manso, humilde, sujeto y obediente a la Real Corona, según todo es público y notorio.⁴⁵

El indudable resentimiento, la impotencia y el celo que guardó la viuda frente a los tribunales españoles cobran visibilidad en los documentos. El abuso de poder español que se refleja en el asesinato de los dos hijos varones de Rosa Barthola es también parte del temor que podría haber inspirado aquella familia de indios nobles y pudientes de Sacabamba. Ellos merecen un estudio profundo acerca de su linaje, para conocer cómo llegaron hasta aquellas fronteras en servicio de los incas, ¿quizás durante la colonización de Huayna Cápac? Pues su memoria, casi tres siglos después, intacta, inspiró la reconquista del valle de Cliza.

44 AHMC, ECC. Volumen: 182, expediente N°2, Fechas extremas: 1782, ff. 195-196. Informe del indio tributario Juan de Dios Chambi.

45 AGN, División Colonia-Sección gobierno, Intendencia de Cochabamba, Sala IX, 05/08/03, 1784-1786, ff. 3-4. "Rosa Barthola al juez del virreinato del Río de la Plata".

La viuda Rosa Barthola Pascuala (como está registrada en los documentos), madre de dos hijos asesinados sin esclarecimiento ni justicia, despojada de sus tierras, animales y bienes materiales entre Sacabamba y Locotani, exiliada de sus campos sin resarcimiento, se refugió en las periferias de Jaihuayco, próximas a la villa de Oropeza. Alentada por su arte, el de la costura e hilandería, probablemente trabajó en algún obraje para mantener a sus ocho hijas mujeres que se perdieron sin dejar rastro. ¿Acaso no puede ser posible que alguna de las niñas, ya grande, haya también alentado o combatido entre las numerosas mujeres rebeldes que salieron al frente contra las tropas realistas dirigidas por Goyeneche en la mítica batalla del 27 de mayo de 1812 en la colina de San Sebastián, hoy Coronilla? Con sus matices, aquellas historias menudas conectadas en Cochabamba y sus provincias viven más allá del fracaso de la propuesta de independencia indígena, una hipótesis de Gustavo Rodríguez Ostría de la que nunca se conocerá su cauce, o acaso en un universo alterno. Sin más, la antigua provincia de Cochabamba no se alejó de la propuesta rebelde de los indios tupamaristas, pues constantes problemas acecharon a la intendencia los años inmediatos. El mundo social en la villa y sus provincias coloniales se transfiguraron. Muchos criollos arrepentidos lograrían su redención cuatro décadas más tarde cuando, junto a hordas mestizas e indígenas de Cochabamba, se armaron apoyando una independencia que pretendieron suya, pero lo cierto es que aún no la alcanzaron.

Desde el año de 1786, los levantamientos en varias poblaciones adyacentes a Cochabamba se volvieron frecuentes. Los archivos locales aún conservan numerosos procesos poco conocidos sobre desórdenes y sublevaciones entre Tapacarí, Ayopaya, Mizque y sus vecinos de Mohoza y Sica Sica después de 1781.⁴⁶ La decadencia del pacto de reciprocidad entre el mundo andino e hispano en el último ciclo colonial fue marcada por la inestabilidad colateral de la gran rebelión indígena.

46 AGN, División Colonia-Sección gobierno, Intendencia de Cochabamba, Sala IX, 05/08/03, 1784-1786. "El gobernador intendente [Francisco de Viedma] informa con documentos sobre la noticia del subdelegado del partido de Hayopaya, de intentar los indios nuevamente sublevarse".

Tercer caso

Una esclavizada reclama su libertad

1) Entre Chulumani y el Monasterio de Santa Teresa (La Paz)

En el escenario de la “Gran Rebelión”, el primer cerco a la Paz se desarrolló entre el 5 de marzo y el 30 de junio de 1781: en total, 109 días. Poco antes, Seguro-la había dispuesto algunas órdenes convocando a los hispanos de todas las provincias y estancias vecinas a que se replegasen, almacenaran víveres y conformasen un ejército. Todo debía concentrarse dentro la muralla construida en la hoyada. Muchos de los que no hicieron caso perecieron. Según María Eugenia del Valle de Siles, en La Paz, se desplegaron 200 personas de Pacajes, unas cuantas de Chulumani y 80 de Sica Sica. En consecuencia, la incomunicación con las haciendas y pueblos de españoles frustró las órdenes de Seguro-la para pretender “almacenar víveres en aquellas provincias”. La álgida situación se tornó caótica cuando se supo del agotado saldo de reservas comestibles, pues un año atrás se había agravado la escasez de alimentos en La Paz. Aun así, organizó tropas de resistencia conformada por españoles, criollo-mestizos, nativos leales y una “compañía de mulatos y negros libres” (Valle de Siles, 2011: 163-171).

En este interín, los nativos atacaron parroquias, partidos y pueblos adyacentes a La Paz, así como poblaciones proveedoras de alimentos como Sica Sica (molienda de trigo), Pacajes y Chulumani, fueron cayendo bajo el dominio de las fuerzas de Katari. En consecuencia, el día 21 de marzo de 1781, el cerco tenía control de los cuatro puntos cardinales de la provincia, con pocas posibilidades de ser neutralizado. Los nativos que controlaban Sica Sica, Chulumani, Ventilla y Achachicala se aprestaron a cerrar la salida hacia los valles de Yungas y Río Abajo. En Chulumani, el alzamiento promovió que se asaltaran las haciendas y que se incendiaran las chacras y los ranchos de Mallasa. Lo mismo ocurrió con los tambos

y chacarillas de El Tejar y Munaypata, zonas agrícolas que entonces abastecían, desde las laderas y cerros próximos, a La Paz.

Ignacia, una afrodescendiente esclavizada, y su ama estaban al tanto de la rebelión desde diciembre y decidieron salir de Chulumani. Las primeras semanas de enero, se supo que Tomás Katari había sido brutalmente asesinado en Chayanta y los “indios” se encontraban aún más alterados en gran parte de los valles interandinos. Con temor y apresurando su paso, llegaron a la hoyada de La Paz pidiendo auxilio como cobijo y fueron abrigadas en el monasterio de Santa Teresa. Es posible que Benedicta Landaeta, su ama, haya tenido algún tipo de vínculo familiar con el sacerdote Martín de Landaeta Vega, que ya se encontraba en La Paz desde algunos años antes. En una fecha incierta, él habría sido canónigo del coro paceño, pasando luego a la dignidad de arcediano (1777) y, durante la rebelión de 1781, se encontraba mediando con los nativos. Por ende, quizás intercedió para que Benedicta y la esclava Ignacia se cobijaran en el convento de Santa Teresa. Josep Barnadas observa que ningún cronista local ha mencionado su nombre durante el cerco, es más, ni el diario de Tadeo Diez de Medina, que narra el conflicto con Túpac Katari en detalle, hace siquiera alusión.⁴⁷ Sin apartarnos de la rebelión, una vez iniciado el cerco, la escasez de alimentos se comenzó a sentir a mediados de abril. Varias mujeres y hombres hispanos que salieron fuera de los muros cayeron prisioneros. La primera semana de

⁴⁷ El sacerdote, años después, destacó como mecenas social, fundó obras pías sobre viviendas urbanas (su casa fue el actual hotel París, en la plaza Murillo; pero una explosión la destruyó parcialmente en 1814), tuvo haciendas en Tuntutani, Kapia, Qanqu y heredó 39.000 pesos para el hospital y templo San Juan de Dios. Según Nicanor Aranzas, dejó tres hijos naturales. BARNADAS, Joseph. *Diccionario histórico de Bolivia*, tomo II. Sucre: Grupo de Estudios Históricos, 2002, p. 21.

mayo, el capitán Ledo registraba la caótica situación en su diario:

En la ciudad se van acabando las mulas y caballos por la necesidad del hambre; ya no existen petacas, ni monos, ni perros y gatos; cada día hay mucha lastima de necesidad de hambre; los muchachos están buscando lacitos y cueros para asar y comer, van por los cenizales a traficar granos que han botado con la basura y así van muriendo por la necesidad, que ya no hay como ponderar (Ledo en Gutiérrez, 1879: 13).

Desde el 22 de mayo hasta mediados de junio, el diario de Segurola registra una situación trágica y penosa. Este escenario permaneció sin cambios hasta fines de junio, cuando, desde la Audiencia de Charcas, se envió un ejército auxiliar dirigido por Ignacio Flores. En tanto, La Paz no solo continuó el asedio, sino que se agravó: los víveres y el agua escasearon y los vecinos, sin más, aguardaba un golpe de suerte. Es evidente que ni los religiosos podrían sobrevivir y las dos mujeres, Ignacia y Benedicta, debieron también de pasar hambre. El diario de la sublevación de 1781 del chapetón Ledo dice que el día 4 de junio:

... varios tiros dieron con los pedreros y fusiles; este día bajaron los indios a la plaza de San Sebastián con hortaliza y frutas; se dio orden en la ciudad, que solamente salgan las indias y algunas viejas a comprar; como de facto salieron y entre ellas algunas negras, varios soldados, y como tenían emboscada, desde por la noche, los indios, estos salieron, y se arrearon a más de cien personas (Ledo en Gutiérrez, 1879: 17-18).

Es difícil precisar si Ignacia salió aquel día, aunque podría haberse encontrado en el grupo de “algunas negras”. En su declaración, Matías Lourido Padín (esposo de Benedicta Landaeta) dijo que, luego de salir él al Cuzco, “en tiempo del sitio, que pusieron los rebeldes a esta ciudad”, su esposa se encontraba resguardada en Santa Teresa. Cuando “llegó el auxilio”, Benedicta “la remitió [a Ignacia] a los altos a que comprase algunos víveres”.⁴⁸ Sin dar fechas, Padín podría haber asociado el primer ejército auxiliar con las tropas de Mariano Murillo. Este, en su intento de abrir paso a los residentes paceños, entre el 4 y 5 de junio, fue derrotado por las tropas de Katari, quien “lo envía a la ciudad con los brazos cortados y colgados del cuello” (Valle de Siles, 2017: 696). Si esta hipóte-

⁴⁸ Declaración del capitán Matías Lourido Padín. ANT, ff. 11v-12-12v.

sis fuera válida, ella habría sido capturada en la puerta de entrada al barrio de San Sebastián, donde existía una “constante escena de instalación de mercados” (Valle de Siles, 2017: 183). La misma Ignacia, en una de sus declaraciones, afirmaba que en su búsqueda de alimentos salió de la muralla donde “fui apresada y entregada a Túpac Katari”,⁴⁹ para después ser trasladada a “Ancolaia”, que más parece ser Achocalla. A este lugar, llegó tres semanas después el primer ejército auxiliar realista y, efectivamente, se encontraban los cochabambinos. Si fuera como deducimos, ¿cómo y en qué condiciones llegó la entonces adolescente esclava Ignacia a manos de Katari?, ¿qué actividades le mandaron a realizar en su cautiverio? Por la poca importancia que tiene esta información en el proceso de manumisión, es difícil suponer si la muchacha fue abusada o vejada de alguna forma.

María Eugenia del Valle de Siles recupera la declaración de dos negros capturados por los mismos días de junio: Manuel Bustios⁵⁰ y Gregorio Gonzales. La historiadora apunta que, cuando los nativos instalaron una feria en San Pedro en la época de Bastidas (hermano de Micaela) en la compañía de “muchos otros”, con autorización del comandante de la plaza, Gonzales salió de los muros de la ciudad para comprar víveres y satisfacer a su amo. Cuando llegaron a la feria a abastecerse, en acción de emboscada, cayeron sobre ellos los indios insurgentes y se los llevaron en calidad de cautivos. En El Alto, Gonzales llegó a manos del inca Bastidas, quien lo incorporó a su servicio personal: “desde ese momento, el negro González se convirtió, según su propia versión, en la voz de la conciencia de Bastidas, instándole a acogerse al perdón de la Corona, así como a permanecer en Peñas, cuando los coroneles le asustaron con el peligro de una traición de los españoles” (Valle de Siles, 2017: 586-587). Como observamos, su adhesión a la rebelión no fue intrínseca, sino más bien estratégica y negociada e, incluso, tal vez equivalente a la que tuvo Ignacia con Katari.

Así como Ignacia Landaeta y Gregorio Gonzales, imaginamos que otros esclavos también fueron capturados en las ferias en fechas y situaciones diferentes. Estos mercados, al estilo andino, tienen la ca-

⁴⁹ Declaración de Ignacia Landaeta. ANT, f. 1.

⁵⁰ Manuel Bustios, natural de Tiawanaku, llegó a la capital como soldado, alistado por los caciques realistas del pueblo de Guaqui que auxiliaron a los españoles de La Paz. Sin conseguir victoria alguna, fue apresado y trasladado a la presencia de Bartolina Sisa, quien se encontraba al mando, pues Katari estaba combatiendo a las tropas de Flores en Sica Sica.

racterística de ser itinerantes y hay evidencias de que se desplegaron varias veces durante los meses del cerco. Los rebeldes aprovechaban estratégicamente estos espacios como anzuelo para tomar por la fuerza a muchos adversarios que se atrevían a salir y abastecerse de víveres.

Mientras tanto, el ejército auxiliar dirigido por Ignacio Flores llegó a Sica Sica, donde derrotó a una tropa de Katari. En su fuga, los soldados cometieron “abominables acciones” en estancias y haciendas de españoles cerca de Patacamaya. Allí unos esclavos aparecieron asesinados como represalia o venganza:

... arruinando cuando halló por el camino, matando a todos los blancos y esclavos, como ejecutó en este ingenio, pues a la negra que servía de mantener a estos niños y a otras criadas las hizo degollar, que, desde luego, a no tener alguna india o indio de confianza que los ocultase del modo referido, hubiesen tenido el mismo paradero de todos (Valle de Siles, 2017: 216).

Es evidente que cuando Túpac Katari comenzó a perder el control de los territorios en el altiplano frente a los realistas, procedió con mayor crueldad. Desobedeciendo los postulados de José Gabriel Condorcanqui de respetar a los esclavos y sumarlos a la causa nativa, solo perdonó a algunos, gracias a la intervención de Bartolina. Es en este contexto que surge otra pregunta; mientras Katari se encontraba luchando en Sica Sica, ¿con quién se encontraba Ignacia?, ¿es probable que Bartolina Sisa la haya recluido junto a algún otro esclavo capturado?, ¿quizá con Manuel Bustios? Este último era natural de Tiwanaku, y llegó a la capital como soldado realista reclutado por el cacique de Guaqui. Intentando auxiliar a los españoles de La Paz, fueron apresados y trasladados a merced de Bartolina Sisa, quien se encontraba al mando. El preso estuvo alrededor de una semana con “los demás cautivos”, para luego ser perdonado y reubicado (Valle de Siles, 2017: 586-587).

Sin más, el diario de Castañeda señala que, después del combate con la tropa de Katari y su derrota en Sica Sica, este, para huir a las alturas, tuvo que arrojar del caballo y abandonarlo “con sus ricos jaeces y armas”. Lo cogió un capitán “cochabambino” y lo entregó a José de Reseguín (Castañeda en Gutiérrez, 1879: 104). ¿Quién era el capitán cochabambino?, ¿cuántos bienes o personas había aparte del fastuoso caballo de Katari?, ¿pudo haber estado Katari con la esclava Ignacia? Si bien la comida y pertrechos

era agenciada por mujeres, en muchos casos esposas de los rebeldes, ¿podría también haber esclavas destinadas a esta actividad?

Entre las observaciones críticas a los Diarios de guerra que realiza Mendieta, destaca un “énfasis por los hechos masculinos de la guerra” (Mendieta, 2005: 355). Aunque la hipótesis que se asigna a Ignacia Landaeta una posible participación en el grupo de mujeres indígenas pertrecheras (al estilo de las rabonas) sea menos probable, no fue menor la importancia de éstas en la dinámica del propio conflicto. El primer ejército auxiliar al mando de Ignacio Flores llegó el 30 de junio cuando Reseguín e Ibáñez recuperaron el control de varios pueblos tributarios entre Panduro y Ventilla. Estos tomaron chalonas, harinas y otros víveres para transportarlos a la villa sitiada y hambrienta. En la cronología de Valle de Siles se dice que durante el combate en Ventilla murieron 1000 indios. Otros en Achocalla corrieron la misma suerte y se contabilizaron 1500 muertos. Los 2000 que defendían El Alto se disiparon prematuramente. Después de la carnicería, Túpac Katari huyó por los altos de Sapahaqui, Molino Quemado y la estancia de Huipaca hasta llegar a Pampajasi (Valle de Siles, 2017). Situadas las posibilidades, las declaraciones indican que el rescate de Ignacia solo se dio a fines de junio cuando este primer ejército auxiliar arribó a los altos de La Paz.

En este ínterin, llegaron quinientos cochabambinos y doscientos tarateños financiados por el cura de la parroquia de Tarata para reforzar la compañía de Ayarza, uniéndose al ejército de Flores. Más tarde, en el diario de Castañeda se denuncia que, una vez arribaron los cochabambinos a La Paz, “aprovechándose de la necesidad”, vendieron en excesivo precio los bienes que traían (chadona y harina) arrasando con la gente y haciendas que encontraron a su paso. En Santa Teresa, por aquellos días se flameó una bandera blanca, sinónimo de que la zona había sido pacificada y, dirigiendo una carta rotulada al comandante, puntuaron que la victoria “se ha sacramentado” (Castañeda en Gutiérrez, 1879: 73-74) ¿Porque hacer flamear una bandera blanca en una iglesia? ¿Acaso no solo habrían liberado sino comerciado en Santa Teresa? Casualmente, allí se encontraba la entonces ama de Ignacia, Benedicta Landaeta.

En otra parte de la declaración del capitán Matías Lourido Padín, esposo de Benedicta, se dice que Ignacia “en tiempo del cerco de esta ciudad, llegado el primer auxilio a socorrerla, salió del monasterio de

Santa Teresa, donde estaba”.⁵¹ Sin dar mayores detalles, el relato del comerciante Francisco Arteaga, Juan de Dios Rueda (medio hermano de Ignacia) y Francisco Hidalgo Cisneros (tío de Benedicta Landaeta), ratificando la misma información, relataron que desde entonces no se supo nada más de la muchacha.⁵² En la propia declaración de Ignacia, se lee:

... ahora seis años y más, con ocasión de la Rebelión de los Indios, estando de entrada a la ciudad de La Paz fui apresada y entregada a Túpac Katari, y con motivo de que a este le apresaron los nuestros, estando puesta en Ancolaia (Achocalla) por orden suya determine, logrando la oportunidad que ofrecía la victoria de los nuestros restituirme a la dicha ciudad de la Paz, en cuyo intermedio habiéndome encontrado con Don Josef Mariano García, y dicho me este, que me fuera con él, condescendí a su propuesta, y me bajo, en cuyo poder he estado estos seis años sirviéndolo a ley de agradecida a su trabajo.⁵³

¿Habría sido “rescatada” el mismo día? Si fue así, el 30 de junio se determinó la suerte de la esclava Ignacia, sin haberse restituido a la ciudad de La Paz con su ama Benedicta, tomó la decisión de trasladarse a Cochabamba junto al soldado realista García. El rescate se produjo después del dramático enfrentamiento entre el ejército de Túpac Katari y el ejército realista cochabambino. En palabras de Valle de Siles, el observador Javier de Cañas es el más prolijo en detalles como matices y, en su narrativa, ayuda a imaginar lo que pasó:

... se esperaban varios grandes ajetreos en la toma de El Alto, se levantó temprano el campo y se repartieron cartuchos en buena proporción. A poco de caminar se vio a gran número de indios en el barranco de Achocalla. Se les dejó en la retaguardia y se siguió avanzando para enfrentar un numeroso ejército en la vanguardia. A su vista echó pie a tierra toda la fusilería y formaron un cuadro grande en ala; se resguardó en el centro todo el tren de campaña y se montaron seis cañones. Los de Cochabamba siguieron su marcha a la izquierda de la formación (montados, según Flores). A la derecha se colocaron los aiquileños y otros de a caballo (Valle de Siles, 2011: 220).

Las milicias que vencieron a las fuerzas de Katari estaban conformadas por dos columnas de soldados, que se enfrentaron contra 6000 rebeldes ocultos en los

barrancos de Achocalla. Allí, agrega Cañas, “visto por nuestro comandante que se iba el tiempo y nada se avanza, llamó a los aiquileños y animándolos cuando pudo, tomó la delantera y acometió con furor, a cuyo tiempo los cochabambinos y demás montados embistieron briosos y corrieron los indios” (Valle de Siles, 2011: 221). Los hechos contrastan con un segmento de la declaración de Ignacia, quien dijo que “ha este le apresaron los nuestros, estando puesta en Ancolaia (Achocalla)”. Vale la pena precisar que Túpac Katari no fue capturado. Por el contrario, logró escapar y dispersarse junto al resto de sus tropas (Valle de Siles, 2011: 222). Es posible que la esclava, en su declaración, supuso erróneamente que Katari fue capturado en la batalla de Achocalla, sin embargo, no fue arrestado sino hasta el segundo cerco. No obstante, después de la dispersión de los insurgentes, el soldado cochabambino José Mariano García tomó de manos rebeldes a la esclava Ignacia.

Entre las observaciones rígidas sobre el tipo de soldados que llegaron de Cochabamba a La Paz, Valle de Siles precisa que estos fueron vistos como “un factor de perturbación”. En los diarios aparecen como “voluntarios mestizos”, “blanquillos” con “arranques de indisciplina”. Fuera de su insolencia, se les acusó de “practicar todo tipo de negocios con los paceños recién liberados de los dos cercos”. Los cochabambinos dirigidos por Pedro Ramón de Arauco y José de Ayarza, que tomaron todo como “botín de guerra” (con el aval del corregidor de la antigua provincia de Cochabamba, Félix Joseph de Villalobos), no solo fueron acusados de “deserción” e insubordinación, sino fueron retirados del ejército auxiliar en agosto de 1781 por Ignacio Flores (Valle de Siles, 2017: 533-535). Sin aparecer en la primera compañía que salió de Cochabamba a La Paz, deducimos que García fue quizás registrado en la segunda o tercera compañía o en las que salieron apresuradamente y sin oficios nominales en apoyo de las tropas de Ayarza y luego Reseguín. Si no fuera el caso, García debió adjuntarse al ejército no como soldado, sino tal vez como arriero, ¿proveedor de alimentos u otros bienes?, hipótesis planteada por los indicios que tenía como hábil negociante o “challán”⁵⁴ como fue acusado por Padín.

2) De La Paz al Valle Alto de Cochabamba

El capitán Manuel Hinojosa, escolta del corregimiento en Sacaba, declaró que algunos oficiales y soldados

51 Declaración del capitán Matías Lourido Padín. ANT. Foja 36v.

52 Declaración de Francisco Xavier Hidalgo Cisneros. ANT. Foja 38v.

53 Declaración de Ignacia Landaeta. ANT. Foja 1.

54 Persona que se dedica a hacer tratos en compras y ventas, en especial de caballerías, y tiene astucia para ello, es decir, tienen la capacidad de domar a los caballos.

de las compañías cochabambinas enviadas a liberar el cerco en La Paz fueron retiradas de las filas realistas por su poca disciplina, siguiendo órdenes de los altos mandos militares del Ejército Real. Esta situación los condujo a desquitarse y a cobrar revancha tomando bienes de manera por la fuerza y, en otros casos, por medio de los “chalanés”. Estos eran avezados comerciantes que se introdujeron en las tropas (o eran parte de ellas) y que fueron robando ganado en varias estancias y pueblos alto andinos.⁵⁵ En algunos juicios posteriores, como el de Valeriano Sacarías, vecino de Mohosa, él afirmó que vendió al capitán Lucas Muñoz en la zona de la Ramada, colindante a la quebrada de Tapacarí, una “mula tordilla flaca” que había comprado en Oruro y que fue “chaloneada” por mandado al esclavo negro Manuel, pero que pertenecía a un labrador llamado Juan de Dios. En el caso también está implicado el capitán Ignacio Muñoz, hermano de Lucas, quien habría mandado a hacer el “chaloneo” de la mula.⁵⁶ Si bien esta cuestión nos sirve para develar con precisión los pormenores de la rebeldía y abigeo de los altos y bajos rangos del ejército de criollos cochabambinos, se trata de una acción perseguida en varios juicios tras rebelión. Por lo tanto, valdría la pena profundizar la cantidad y calidad de los bienes robados como desaparecidos y denunciados por varios vecinos andinos e hispanos, de los que muchos dejaron en claro que fueron “neutrales” durante la rebelión de 1781. Es más, el cautiverio de muchos esclavos afrocharquinos, como el caso aquí estudiado, no escapa de esta práctica furtiva.

Si bien muchos de los juicios quedaron impunes, este fenómeno no puede ser comprendido sin considerar la hegemonía económica como política local de los mestizos criollos, en la provincia de Cochabamba, que amenazaron, desde mucho antes de la rebelión de 1781, el poder peninsular. El Valle Alto de Cochabamba, que en el pasado colonial se denominó genéricamente como el Gran Valle de Cliza, fue un territorio que sumados los pueblos y anexos entre Tarata, Paredón, Punata y Arani, superaba poblacionalmente a la Villa de Oropeza, que tenía 22.305 con 1.600 mulatos y 175 negros. El censo de 1791 arrojó una población

total en el Valle Alto de 37.616 almas de las que Tarata abrigaba a más de un tercio, con 15.826 habitantes.⁵⁷ Si bien el dato fue extraído de los documentos del Virreinato por Viedma, en su informe sobre la región precisó 3.971 españoles, 4.156 mestizos y 6.924 indios forasteros (Viedma en Angelis, 1836: 329). Los negros y mulatos de Tarata alcanzaban a 775, en Punata 639, Paredón 491 y Arani 488. De acuerdo al informe del intendente colonial, el Valle Alto fue conocido como “partido o subdelegación de Cliza”, limitó al norte con Sacaba y al sur con Potosí, al este con Mizque y al oeste con Arque, Oropeza y parte de Sacaba. La zona registró la mayor productividad en la agricultura, la industria del jabón, la pólvora, los tejidos de algodón y la ropa de la tierra (tocuyo).

3) “Pública venta” de Ignacia Landaeta (Valle Alto)

Yo procediendo con la legalidad que me
incumbe, hallo en conciencia
no ser esclava por hallarme en duda de mi
libertad inclinada más a que soy libre:
de suerte que, en este supuesto, las leyes
siempre favorecen
y deciden a favor de la libertad.

Ignacia Landaeta

En un contexto altamente controlado por el mundo hispánico, siete años después de la gran rebelión de 1781 y sin haber regresado donde su ama Benedicta Landaeta en Chulumani ni menos obtenido su libertad, Ignacia se encontraba conviviendo con Josef Mariano García en su pequeña hacienda de Yacanao situada entre Punata y Tarata. Cansada de la “sevicia” y otros latrocinios, que después denunció del labrador punateño, tomó la decisión de irse de la hacienda luego de haberle molestado una nota colgada en la plaza de Punata de “pública venta” —de ella— como esclava. Ignacia era consciente de haber llegado a Cochabamba por su propia voluntad y recordaba con cierta aflicción el tiempo del “rescate”. Cuando le preguntaron del porqué se encontraba en Punata, y no en La Paz, precisó que “en cuyo intermedio habiéndome encontrado y dicho este que me fuera con él, condescendí a su propuesta” evitando

55 El abigeato fue una práctica extendida en diversos partidos de Cochabamba. Existen innumerables juicios antes y después de la rebelión en los archivos de Cochabamba. Durante el periodo 1780-1782, fue promovido por los altos mandos militares como forma de pago a la lealtad y servicio en el ejército por ser una época en la que se justificó la toma de bienes por la fuerza como “botín de guerra”.

56 Expediente seguido por el Capitán Don Manuel Hinojosa sobre unas mulas que quitaron para la expedición de La Paz. AHMC. EC. Vol. 181. Año de 1782. Fs. 390-404.

57 Estado que manifiesta el número de almas que compone la Provincia de Cochabamba con separación de las castas y colores. Pueblos de cada Partido y el todo de estos. AGN. Sala IX. 05-08-04. División Colonia-Sección Gobierno. Intendencia de Cochabamba. 1787-1791. 329. Fs. 1-20.

regresar con su ama Benedicta, quien seguramente la habría dado por muerta.⁵⁸

Ignacia, en los años de su estancia en Punata, había notado los cambios de actitud, como el maltrato del plebeyo García. Suponemos que este pretendía reunir un caudal y entregarlo como dote en alguna futura unión. Teniendo a la esclava como un bien material y en su poder, no titubeó en su intento de venderla. Ignacia, por su parte, seguramente imaginó, que “sirviéndolo a ley de agradecida por su trabajo”, podría obtener “de rescate” los favores necesarios para conseguir su libertad. No podemos imaginar lo que vivió la esclava durante todo el tiempo que pasó con García. Quizá como las muchas mujeres negras vulneradas en América, por qué no suponer que, desde la rebelión hasta después de aplacada, entre Katari y el labrador, pudieron haberla utilizado sexualmente. A lo mejor, pensó que después podía acogerse a la práctica de “sevicia espiritual”, una antigua manera en que las mujeres negras conseguían “pagar su libertad mediante la pérdida de la virginidad materializada las relaciones sexuales entre amo y esclavo”.⁵⁹ Pero los llamados “pecados lujuriosos” difícilmente salían en “público” por el temor a una sanción judicial, o una rasgadura en el prestigio social de ambos; demandante y demandado. Por ello se entiende que García redujo su argumento a un “rescate” y a “haberla tomado de los indios” como botín de guerra. Como veremos más adelante, fue la premisa que el labrador utilizó durante el proceso para justificar ser propietario con *cuasi dominio* de Ignacia.

4) Primera parte del juicio: Juzgado parroquial de Punata

No es difícil suponer las actividades cotidianas que Ignacia debió realizar entre Punata y Tarata. En servicio a García, quizá ejerció de vendedora en los mercados itinerantes del valle; costurera en las fábricas de tocuayo de Tarata; por temporadas, quizá de agricultora y un sinnúmero de trabajos circunstanciales que seguramente se entremezclaron con su cautiverio.

Sin conocer los conflictos personales y subjetivos que seguramente surgieron e influyeron en Ig-

58 Declaración de Ignacia Landaeta. ANT. Archivo Notarial de Tarata. Foja 1.

59 Según parece, entre los pocos litigios presentados por esclavas a finales del siglo XVIII estudiados en los archivos de Lima, por esta figura muy raramente las esclavas obtenían su libertad, en algunos casos solo conseguían ser transferidas a un amo más benévolo. Lo que quedaba, en las demandantes, era el aprendizaje judicial y su experiencia en el trato con los esclavistas. Véase más en Arrelucea Barrantes, 2018.

nacia para tomar la radical decisión de escapar de la hacienda de García y después demandarlo. Observamos que una vez en la villa, acudió al juzgado de la parroquia de Punata donde denunció que el labrador quería transferirla sin ninguna justificación. Hecha la denuncia y sin mayores detalles, acusó a García de ya haber negociado con personas, quizá terratenientes de los “lados de adentro”, ¿quiénes eran?, ¿dónde vivían?, ¿alguna hacienda a más distancia del valle de Cliza?, ¿el área rural dispersa? Sin mayor indagación, las autoridades judiciales ordenaron la reclusión de Ignacia y pasase a “depósito”. Inmediatamente se inició un proceso contra García para que este pudiese “justificar tener derecho para dicha venta”. Estando en el depósito, Ignacia se quejó de su traslado arbitrario “en tan duras circunstancias” y sugirió que doña Antonia Méndez Caro (vecina de García) se haga cargo de ella, o mínimamente sepa de su condición y pueda apiadarse ayudándola. Al parecer Ignacia y doña Antonia habían cultivado cierta amistad durante los años que eran vecinas. La evidente afinidad entre ambas, hizo que Ignacia insinúe a las autoridades judiciales que Antonia pueda comprarla, en un posible escenario de venta. Desconociendo a García, señaló que él no era su amo “ni podía venderme a persona alguna”.⁶⁰

Para construir su argumento, Ignacia había buscado asesoramiento de profesores letrados en Punata, ¿quizá criollos disidentes a las autoridades españolas?, ¿miembros de algún movimiento de novatores tardíos en el valle de Cliza? Sin saberlo, ella y sus colaboradores se preguntaron si podía ser vendida solo por haber escapado con García desde La Paz, sin patentizar su esclavitud durante el revoltado tiempo de la rebelión de 1781. Ante las autoridades judiciales, Ignacia insistió que, para tenerla como esclava, García debió “probar dominio verdadero como requisito necesario para el contrato”. Por ello dijo, “me veo precisada a esfuerzos de mis razones a aclamar a la superioridad de V. M.”. Sugiriendo citar a García, exigió que este explicase la “injustificada” venta ante los jueces y estos presten atención meritoria a dos cuestiones: la primera relacionada con la “esclavitud y sujeción a la potestad dominica” y la segunda relativa a “dominio y derecho [...] para dicha venta”.⁶¹

Ignacia pidió que el juicio fuese público y que la verdad fuese registrada mediante juramento ante las sagradas escrituras, dada su condición de evangelizada. En su primer razonamiento, dijo que el derecho

60 Declaración de Ignacia Landaeta. ANT. Foja 1.

61 Declaración de Ignacia Landaeta. ANT. Foja 1v.

no era “condición precisa para la enajenación de una criatura que sea esclava”, “pues siendo libre reprobaba el derecho: el que puedan vender”.⁶² Desafiando a García, exigió que este explicitara las razones por las que la tenía en situación de esclavitud, además que justificase a qué tipo de esclavitud la sometió. Y si no pudiera hacerlo con la norma —dijo Ignacia— “debe ser repelido y yo declarada por libre”. Sobre el segundo argumento, afirmó que el requisito más importante para poder vender a una esclava era que el amo tuviese un “dominio pleno”. Así mismo, argumentó que, por derecho, “nadie puede transferir dominio sin tenerlo bajo de este legal principio”. Por lo que requirió que García acreditase “su acción o por título oneroso de venta o de herencia lucrativo, donación [...] o cualquier de los asignados el derecho”.⁶³ Según Ignacia, había llegado a Cochabamba por su propia “voluntad” y por ello, durante todo el proceso, sostuvo no ser esclava de García. En tono enfático, sostuvo que “por ninguno de estos le toca tal acción” y que no podía venderla por más que tuviese un “frívolo alegato”, jurando que era “adquirida por título de guerra”. Con cierto cuidado, consideró que García “no tenía derecho para semejante venta”. Admitió que su ama fue doña Benedicta de Landaeta, con quien vivió desde su infancia hasta antes de su fuga de La Paz. Por último, ratificó su posición de no ser esclava del soldado y si quisiera venderla, debía demostrar en sus argumentos que los elementos de “esclavitud y dominio” eran practicados por García. Solicitó al árbitro que, si García no demostraba título de posesión o “si hade se huir, darme por libre, sin perjuicio de tercero que derecho tenga”.

En el mejor escenario para Ignacia, García habría claudicado a la demanda. Contrariamente a esta posibilidad, él no aceptó la denuncia y el proceso se dilató. Por eso, el juzgado parroquial designó a la demandante de escasos recursos un abogado defensor. Como ya se observó, Ignacia no solo recibió la ayuda de las autoridades locales en Punata, sino que tenía la orientación de algunos vecinos como doña Antonia Méndez y personajes anónimos que eran personas instruidas.

Ahora bien, en la antigua parroquia de Punata, se encontraban el corregidor y justicia mayor, Pedro Ramón de Arauco, su escribano, José Torrico y el teniente de alguacil mayor, Juan de Dios Alarcón. Estos personajes tenían una larga trayectoria como soldados

realistas durante el tiempo de la rebelión en 1781, siguieron de cerca el proceso y evitaron comprometerse con alguno de los involucrados. Aunque, como sabemos, Arauco conformó, junto a Ángel Mariano Moscoso (párroco de Tarata en 1781), la tercera y cuarta compañía de soldados cochabambinos que auxiliaron La Paz durante el asedio de Túpac Katari. Parece claro que Arauco, Moscoso y García se conocían, sino muy bien, por lo menos sabían que eran vecinos y combatieron en el mismo bando durante el tiempo de la rebelión de Túpac Amaru. En este contexto, el domingo 13 de abril de 1788, el alguacil mayor Alarcón a nombre de Arauco, notificó a García, quien fue citado a declarar sobre el caso Ignacia, este dijo que era una “prófuga”, y en su contra demanda precisó:

... se ha ido de mi casa en que pretende libertarse de la servidumbre y esclavitud a que se halla sujeta por todo derecho, digo que su justificación despreciando cuanto en el infundadamente se alega se hade servir mandar se restituya a mi casa y esté sujeta a mi cuasi dominio.⁶⁴

Si bien García reconoció que solo tenía un *cuasi dominio* sobre Ignacia, afirmó que, mientras no apareciera su primer amo y que “por [más] juicio contencioso”, no cedía frente al reclamo de propiedad sobre Ignacia. Dijo que la esclava no podría separarse de su “dominio” sin antes una “justificación plena de sevicia”. Esta debía ser verificada por las autoridades para que así Ignacia pudiese efectivamente demandar “otro amo”. Manifestó, además, estar inconforme de su traslado al depósito real, donde Ignacia tenía contacto con personas que no eran de su “satisfacción”. García cuestionó la demanda de Ignacia en “suponer” que desde su “rescate” debía “estar en su libertad”. Con énfasis, afirmó que “esta suposición es la más desviada, y opuesta al espíritu de las libertades que tratan sobre la materia” y, sin dar mayor explicación, poco después abandonó el juzgado.⁶⁵ En su declaración, si bien parece reconocer la “sevicia” infringida a Ignacia, se excusó por “haberla pillado en guerra y rescatado de poder de los indios” durante el auxilio a La Paz, razón por la que la esclava era de su propiedad. Sin embargo, las autoridades sugirieron a García obviar las “suposiciones” de Ignacia y argumentar sobre su “derecho” de “cuasi posesión”. Ante ello, García pidió que, de dispensarla, se debía “dar una prueba real de su libertad”, así como una prueba “verídica”

62 Declaración de Ignacia Landaeta. ANT. Foja 1v.

63 Declaración de Ignacia Landaeta. ANT. Foja 2.

64 Declaración de José Mariano García. ANT. Foja 2v.

65 Declaración de José Mariano García. ANT. Foja 2-2v.

argumentada por la esclava. Impotente, cuestionó a las autoridades judiciales señalando que, de no existir prueba alguna, “sería inferírsele un despojo violento”.

Argumentos a favor de la esclavitud

¿Cuáles fueron las herramientas jurídicas que utilizó García para su defensa? Al parecer este se nutrió de ciertas leyes clásicas que se remontaban a la época griega y romana cuando el derecho de conquista sobre los pueblos bárbaros aún estaba vigente. Para García, el derecho que lo amparaba era, como en la Antigüedad, no solo poseer los bienes de los vencidos, sino disponer de estos, aunque fuesen personas. Esto situaba a la esclava Ignacia Landaeta como un auténtico botín de guerra. Reducida a un objeto de derecho, Ignacia solo podía apelar a la manumisión bajo los códigos castellanos que la protegían, es decir, las ordenanzas dominicas. Estas tenían una fuerte influencia del *Code Noir* francés, que reguló la entonces colonia francesa en lo que hoy es Haití, vecina de la colonia hispana de Dominicana. Los abogados seguramente tenían conocimiento de las ordenanzas dadas en 1768 por el Rey y deducimos que, en el Valle Alto, debieron de ser poco difundidas. Las ordenanzas seguramente se interpretaron bajo ciertas limitaciones y quizá mal obradas a la hora de legislar. Ejerciéndolas *grosso modo*, dada la poca rebeldía de los africanos en el Valle Alto, las autoridades del valle de Cliza habrían tenido su talón de Aquiles en cuanto a la regulación de tales ordenanzas. Entre otras obras citadas en el sumario de Ignacia, aparecen los preceptos planteados por Justiniano en su obra *Instituciones* y el reglamento de las *Partidas* elaboradas por Alfonso el sabio en el siglo XIII, que aún para aquel entonces permanecían vigentes. Sin embargo, y es importante aclararlo, en las colonias castellanas de ultramar estas disposiciones eran sancionadas desde sus propias interpretaciones locales, es decir, los esclavos de América, por el hecho de encontrarse distante de la metrópoli, tuvieron otro tratamiento que los hizo mucho más autónomos y a la vez vulnerables; a diferencia de los territorios franceses, donde el *Code Noir* se imponía desde la metrópoli a todas sus colonias y regulaba coercitivamente los deseos de libertad de los esclavos (García Gallo, 1980: 1005, 1038).

Durante el proceso, se observa que el manejo de los pilares de las ordenanzas dominicas era deficiente y excluía muchos principios que en las colonias castellanas del Caribe pareciera que si eran de mayor efectividad. En los argumentos de García, se perciben incongruencias y muchas aseveraciones podrían valo-

rarse como “enmarañadas interpretaciones”, como lo denunció Ignacia. Sin embargo, parece claro que los recursos teóricos para contrarrestar el juicio se nutrieron de varias vertientes como la legislación castellana de las *Partidas* inspiradas en el derecho romano. Cobijándose en estas, García aseguró que los esclavos no tenían “capacidad civil”. Bajo esta idea, la calidad de Ignacia no alcanzaba a la de “persona” y solo era equivalente a la de una cosa o a “lo más a la de un animal”.

Intentando argumentar de forma clara la “cuasi posesión” de la esclava Ignacia por casi siete años, García indicó que su “propiedad” se justificaba porque durante la gran rebelión la tomó “en la guerra por despojos de los enemigos” y que, entonces, fue avalado por el último corregidor de Cochabamba, el finado Félix José de Villalobos. Dijo, en 1781, este le dio un auto “que adjudicó en propiedad a los vasallos como en su tiempo oportuno”. Efectivamente, Villalobos no solo se encargó de “aplar” la rebelión, sino de “despojar” los bienes de los rebeldes desde el inicio de su campaña en Cochabamba. Recordemos que Villalobos movilizó, el 26 de febrero de 1781, a la población de forma general, organizando una milicia realista con vasallos leales. Frente a la rebelión de la provincia de Cochabamba, su misión fue de “proveimiento, [ordenando] se pasare a cuchillo o se les pasare por las armas a todos los sublevados y que sus caudales se adjudicasen a los que con lealtad peleaban por la defensa de su Rey, su Dios y su Patria” (Gutiérrez, 1879: 84-101).⁶⁶ Así, todos los bienes incautados a los rebeldes estaban destinados a los erarios de la Real Hacienda y a los salarios de los combatientes. En muchos casos, los saqueos solo beneficiaron de forma particular a los propios soldados, quienes no rindieron cuentas.

Si observamos la orden de Villalobos, esta ponía en práctica un añejo principio griego, “reducir a la esclavitud a los barbaros y tomar sus bienes como botín de guerra”. Premisa que en la antigüedad fue justificada por pensadores como Homero, Heródoto o Tucídides, para quienes tales acciones eran justas. En oposición, Polibio y Diodoro las consideraban contrarias a la tradición y, por ende, injustas e inhumanas. En consecuencia, los filósofos griegos como Platón ya habían distinguido dos tipos de guerra:

⁶⁶ El mismo documento fue publicado por *El Comercio* (27/08/1878), La Paz de Ayacucho. En archivos véase como “Sumaria información producida de oficio sobre las alteraciones ocurridas el año de 1781, en todos los partidos de la provincia”. El manuscrito original y completo está en AGN, Interior, Legajo 13, expediente 7. También con copia en Sevilla.

la *stasis* o guerra entre griegos y la *pólemos* o guerra contra los bárbaros. En la primera, era impensable la esclavitud entre los propios griegos, mientras que en la segunda era justa y viable (Bravo, 2001: 753-754). Pero ¿cómo entender estas acciones en el contexto andino? Al parecer fueron permitidas ambas, según cada circunstancia. Además, dada la voluble interpretación, muchas veces enmarañada en las leyes coloniales; la justicia pocas veces salía del esquema “juez y parte”, dejando vulnerables y a veces en un estado aún peor, a quienes apelaban ante autoridades parcializadas.

Aunque Ignacia no era un “bien” de los indios (“bárbaros”) como ella misma lo justificó, García la consideró una “cosa” de su “propiedad” por haberla “tomado” entre los “rebeldes” de Achocalla. Y fue más allá al puntualizar que Ignacia debía “estar a mi dominio” y dar prueba que “no he estado en posesión de su servidumbre”. Si bien las leyes dominicas protegían a los esclavos de los abusos de los amos, en el caso de Ignacia, las autoridades parcializadas no intervinieron de forma inmediata a favor de la esclava. ¿Habría sido por desconocimiento de la normativa “dominicana” o por afinidades y favoritismo al demandado? Si bien ambas variables podrían haber afectado en las decisiones, más nos afianzamos al ciego favoritismo hacia el labrador García. A pesar de haber sido evidente la “sevicia”, García se extrañó que en el sumario figurase tal concepto. Haciéndose al desentendido, dijo que “si yo le hubiese inferido alguna sevicia, no me hubiera atrevido a reclamarla”. Saliendo con temas tangenciales, no quedó claro su involucramiento sentimental, menos su posición en cuanto a la propiedad de Ignacia.

Antonia Méndez y su hija consolaron a Ignacia y, en el pleno del juicio, escucharon sorprendidas los “ingenuos” argumentos de García, quien más tarde dijo que estas mujeres “inflúan en la esclava”, en particular sobre los últimos “hechos que ejecutaba”. Por “no ser parte ni contra parte”, exigió que se les notificase para que evitaran “tener la más leve acción” e influencia sobre la esclava, pues sospechaba que Ignacia “por sí sola no [era] capaz de tener arbitrio” y demandar “semejante presentación”. El viernes 18 de abril, García adujo que solo declararía sobre la esclava *ad preciso justificare*, es decir, a justificación precisa. El corregidor y justicia mayor de Punata, Pedro Ramón de Arauco, después de haber recibido la declaración de García y ayudado por la diligencia de Manuel Fernández, notificó a Melchora Rodríguez, quien en teoría tenía la tutela temporal de Ignacia, para que no de-

jase “que persona alguna influya” y que su protección se enmarcase en el “defensor de esta causa” limitando así la presencia de Méndez.

Argumentos contra la esclavitud

La respuesta de Ignacia no se dejó esperar. Su declaración del martes 22 de abril versó “sobre la quimérica pretensa de Josef Mariano García”, a quien acusó de acecharla para forzarla a volver con él y quien siguió tratándola como su esclava. Condenando la actitud de García, reclamó en primera instancia salir “libre de prisión” bajo la fianza de la hacienda real (es decir de la tutela de Melchora Rodríguez) y ponerse a resguardo de alguien de su confianza. En el razonamiento de Ignacia, García debía pagar una multa “que satisfaga mis padecimientos en este depósito” y, sin titubear, afirmó:

Es cosa que ha comprendido a todos y despachado al más sustraído, ver que este hombre sin más fundamento que el haberme traído voluntariamente a estos lugares de los de La Paz, quiera con el pretexto de despojos, esclavizarme y vender sin atender a los juros que trambuca la libertad A la verdad, cualquiera por torpe y bisoño que sea, debe saber, que para adquirir dominio de una humana criatura, mediante el título de guerra, se necesitan formales parcialidades y bandos de una potencia contra, costumbre legítima de esclavizar, y que la persona sea enemiga: pero que García, sin más motivo que una -sublevación ridícula-, sin formal oposición ni costumbre de esclavizar, pretenda sujetarme a su servidumbre por solo haberme conducido a su patria, con ciencia cierta de no sé de los enemigos ni menos habido en guerra, es más que delirio y ceguedad: en efecto querer privarme de un don tan inestimable de la naturaleza y favorecida por las Leyes que es la libertad, querer con el colorido de despojos, apropiarse cosa que jamás ha sido de los Indios; es lo más extraño que pudiera inventar la ambición. Me parece que aun en el supuesto de que me hubiera rescatado de poder de los Indios (que lo niego) no Devia García salir apellidando en mi dominio: Pues es constante y la experiencia lo demuestra que los cautivos rescatados de la opresión que padecen en poder del enemigo, lejos de esclavizarse deben gozar de la libertad que perdieron mediante el cautiverio; y siendo cierto que a mí me trajo no en calidad de rescatada, sino libre según mi voluntad, claro está, que su presencia es imaginaria y afuera de toda razón: en tales términos, que aun por el trabajo de haberme traído, no le tocaba acción para demandar su salario, así por la depravada intención que interiormente rebosaba de esclavizarme en su tierra

como lo tiene manifestado, como (aun en la hipótesis de ser yo su esclava) porque no me trajo en calidad de cautiva, de mancar que por el dilatado servicio de seis a siete años que le he contribuido, debía en rigor de derecho hacerle cargo.⁶⁷

Si bien las palabras de Ignacia expresan su álgida impotencia, también indican sus firmes convicciones. Seguramente el recuerdo a sus antiguos y benévolos amos la indujeron a fortalecer la idea de ser restituida a La Paz a casa de Benedicta Landaeta, que consideraría como propuesta de última instancia.

En todo caso, ella exigió que su ama se enterase de su compleja situación en Cochabamba y pudiera ser llamada a comparecer y así contrarrestar las declaraciones del labrador. Reprochando a García, Ignacia expresó que “semejante reflexión [...] derechos y disposiciones solo podían adecuarse en personas brutas, cosas inanimadas y no en criaturas racionales que están exentas de invasiones y hallazgos”. Al finalizar su intervención, situó la hipótesis de que el abandono del amo otorgaba libertad y, adherida a esa idea, concluyó que “cuando se olvidan sus amos, gozan por sí de la libertad que el tiempo les flanquea como yo al presente, sin que García pueda ni deba poseerme”.

A partir de la declaración de Ignacia, deducimos dos ideas implícitas sobre lo que ella entendía sobre cómo obtener libertad: una vinculada al servicio y otra al olvido. Así el servicio doméstico que proporcionó a García fue considerado, por ella, como un pago por el “rescate” y, si bien no fue de palabra, lo concibió implícito a la propia usanza. El olvido claramente tenía que ver con una noción legal. Apelando a las *Partidas*, pensó o fue advertida por sus anónimos asesores que, si nadie la reclamaba, era sobreentendido el abandono de sus amos y, en consecuencia, su libertad. A decir, la demanda de libertad recaía en sus primeros amos y no en el segundo, y así lo planteó. Sin embargo, en el caso de Ignacia, las autoridades judiciales también pensaron en la posibilidad de una anulación de venta estipulada en las Leyes de Indias que, en su título 2 del libro 6, mandaba que “ninguna persona, en guerra, ni fuera de ella pueda tomar, aprehender, ni ocupar, vender, ni cambiar por esclavo a ningún indio, ni tenerle por tal, con título de que le hubo en guerra justa, ni por compra, rescate, trueque, o cambio, ni otro alguno”. ¿Se podría atribuir una interpretación cruzada entre las ordenanzas dominicas y la *Recopilación de Indias*?, si cabe la relación, ¿por

67 Declaración de Ignacia Landaeta. ANT. Foja 5v.

qué se consideró el caso de Ignacia, con la potestad de dar parte a la justicia ordinaria de su situación? Al parecer, Ignacia presentó un fenotipo particular, quizás tuvo características de “zambita” como la nombraron más de una vez. Una evidencia podría estar en su alegato que, objetando el débil argumento de García, casi desdeñándolo, afirmó:

No con menor desacierto, procede en su segundo acápite deduciendo del espíritu de las Leyes mi esclavitud, por motivo de la cuasi posesión en que se halla. Rara lastima de hombre que sin entender que sea cuasi posesión, arrastre semejante empresa, pretendiendo con este error sujetarme a su servidumbre insta que yo pruebe mi libertad: La cuasi posesión según los DD [derechos] no es otra que la que se tiene respecto de las cosas espirituales e incorpóreas de modo que, si yo atendiera a tan sutil desvío, entendería ser, o ángel, o anima separada del cuerpo, pues solo de este modo se salvara en mi la cuasi posesión de García. Lo cierto es quiso hablar de la porción en general más como esta puede ser fraudulenta y en mala fe, como la que tienen los ladrones en lo robado: por consiguiente, supuesta por mi señora y mi ama Doña Benedictina Landaeta, es de igual naturaleza la que García tiene en mi persona, sin que obste el de cantado auto del general Villalobos, así porque este no podía adjudicar a otro lo que es ajeno, como ni quitarme la libertad siendo yo libre, pues esto ni el mismo católico monarca puede hacerlo. Fuera de que, por órdenes del mismo Villalobos, se mandó que los *indiecitos* habidos en guerra, se resistiesen a sus padres y si estos sin embargo de ser de los enemigos y aprendidos en guerra, no se esclavizaron, con mayor razón no debo yo padecer semejantes insultos, pues ni soy habida en guerra ni de los enemigos.⁶⁸

El lunes 28 de abril, en el juzgado de Punata, García dijo sentirse humillado por la nota de Ignacia y contestó reafirmando su derecho de “restitución” y sospechando que todo parecía un “enjambre de sentones voluntariosos”. Dedujo que todo lo planteado por Ignacia era orientado por alguna “patrona” con pretensiones “tomadas de capricho”. Respondiendo a la premisa de Ignacia, sobre los bienes tomados como “botín de guerra”, refutó diciendo que “para que cualquiera adquiera dominio en alguna persona mediante ese título [se necesitaban] formales parcialidades y bando de una potencia a otra, que [...] es cuando se esclavizan las personas que se pillan en la guerra”.

68 Declaración de Ignacia Landaeta. ANT. Fs. 6-6v.

En la respuesta a los argumentos de Ignacia, García construyó elucubraciones incautas con desprecio. Recurriendo a adjetivos afirmó que el fundamento en su contra, era una “limitación de su patrona”.

Asimismo, señaló que la esclava era “pretensiosa” y realizaba “admiraciones insustanciales” sobre lo que quedaba “desvanecido”, diciendo que todo era una “máquina que su insipiencia en el derecho ha formado”. Reafirmandose en su posición de propietario, concluyó que él no pretendía dominio sobre ella por suponerla enemiga, sino por los despojos a los “bárbaros” (indios) que la tenían como parte de sus bienes por haber sido esclava. Sin superar los añejos fundamentos griegos, como la discusión de la ética cristiana, de saber si los esclavos son o no personas, García continuó con su argumento:

... asentado el supuesto de que Ignacia, sea persona cuando es constante en derecho de que las esclavas no se tienen por tales, y por eso cae y se cuenta el esclavo por bienes del señor, asentado este supuesto como es cierto y verdadero, es digna de admiración la deducción que hace negando que haya sido de los Indios, aunque se halle en su poder, y que por este motivo por más que la haya sacado de poder de aquellos, nunca podía adquirir dominio ni ella perder la libertad que la naturaleza le hubiese franqueado. Bien se conoce cuan alocada y desconcertada es esta deducción pues se antilogía con su primer escrito en que confiesa ser esclava de la ya expresada doña Benedictina asentada esta premisa de haber estado sujeta a la servidumbre que por tal no es persona y asentada también de que los indios rebeldes fueron verdaderos enemigos de la corona, y que ella se halló bajo de la potestad de estos negaren cualquiera jurista de mediano peso, la necesaria consecuencia que huye de que ella fue de los bienes de los indios, y siendo pillada de poder de estos no se tenga por despojos, pasase ser una temeridad negar estas consecuencias y de facto la aserción y deducción contraria son irrisorias y asquerosas que ningún sumulista es capaz de inferir.

En su segundo punto, el labrador sostuvo que la “inconsecuente” idea de Ignacia era “reducida a que los derechos que me conceden acción para pedir la restitución de la esclava a la —cuasi posesión— solo se versan en los brutos y cosas inanimadas, y no en criaturas racionales”. La cuestión, a juicio de García, no tenía “más principio que una total ignorancia y efecto puro de no a ver [*sic*] visto ni los primeros elementos de la jurisprudencia”. Las explicaciones que acompa-

ñaron al alegato de García pudieron ser reflejo de su impotencia y del desconocimiento en el manejo de los códigos negros. Sin precisión, dijo que, “en toda la instituida del derecho civil y leyes reales”, hallaba que una esclava “no era persona, sino cosa” y, asentado en este dogma, insistía en que correspondía al señor juez, “acción en veredicto”, de pedir la restitución a la *cuasi posesión* que en ella tenía. García negó categóricamente la “libertad” de Ignacia por el simple hecho de que no logró justificar la misma. Afirmó que nunca estuvo fuera de su dominica potestad y, refiriéndose a las *Partidas* como a las Leyes Reales, a su juicio, estas no avalaban la prescripción de libertad. A su entender, los derechos vigentes sobre *propiedad* versaban “no solo en los brutos y cosas inanimadas, sino también en las esclavas”, justificando su cuasi propiedad sobre Ignacia. Pero los adjetivos de García no solo complicaron el juicio, sino que evitaron un debate menos agresivo. Llegó a decir que sobre las “cosas inanimadas y espirituales” abrigadas por el derecho *Rebus incorporabilis* eran *servitutas, hereditas*, es decir, “cosas que no se pueden tocar” y a su entender están implícitas en el “entender” y en el “ánimo”. En su alegato adujo que:

El derecho principalmente en el título de *Rebus incorporabilis* de que obligaciones acciones servitutas, hereditas, son cosas que no se pueden tocar, esto es no caen bajo del sentido exterior, de tal suerte ni pueden por el tacto aprehender ni por la vista percibirse si solo por el entendimiento y juicio del ánimo que son las calidades necesarias para constituir una cosa por incorpórea con que siendo de esta naturaleza la servidumbre: es cosa llana corresponder la cuasi posesión como que hasta aquí ningún jurista ha dudado ni disputado a excepción de aquellos sopa tintas y forasteros de la república literaria.

García parece referirse al *Rebus sic stantibus*, que significa “estando así las cosas”. En el derecho romano, esto tendía a complementarse con el brocardo *pacta sunt servanda*, que quiere decir “los pactos deben cumplirse”. Si bien fue uno de los fundamentos a los que se refirió García, al parecer sus conocimientos sobre derecho eran insuficientes. En efecto, como lo hará notar Ignacia más adelante, eran incompletos, pues al final de su alegato repitió que se le “restituya la esclava” por él ser su “amo” adicionando su “derecho” avalado por el auto de Villalobos sobre la “adjudicación de los despojos adquiridos con la guerra”, que dijo haberlo ejercido cuando estaba en La Paz y lo hizo contra los bárbaros “indios rebeldes” de Katari.

Ignacia respondió el viernes 9 de mayo menospreciando las palabras de García, lo acusó de “consentir la disputa a puro punto de derecho e [...] impulsar [...] losaría y altivez, efectos de una ignorancia en que desbarra el director contrario”. Haciendo notar el alegato deficiente de García, dijo que:

... podía separadamente manifestar lo *estúpido e insensato* que empero a fin de no molestar la ocupada, y superior atención de V. M. me apartare de empeño tan preciso contradiciéndome únicamente a la contestación individual, donde protesto hacer ver su falsa vanidad, desbaratando sus disparos.

Ignacia observó la “calidad del discurso” de García y lo categorizó como “expresiones altisonantes”, para desvanecer su presupuesto contra su título de guerra. Posicionó su calidad como “persona” y resaltó que ella no fue parte de los rebeldes. Por ello, su condición de amo no se justificaba por haberla encontrado entre ellos, y menos siendo esclava. Ignacia afirmó que García no podía hacerse de su propiedad por considerarla como “despojo a los rebeldes”. El interesante debate sobre la esclavitud que Ignacia planteó en el Valle Alto revivió categorías con más de un milenio de antigüedad que tomaron su matiz en tierras andinas. Ignacia recurrió a conceptos antiguos del derecho romano. Citó la máxima de Justiniano, en el libro 1, tomo 3, *De jure personarum, Summa itaque divisio de iure personarum haec est quod omnes homine, aut liberi sunt aut servi*, que significa “y así la más amplia división del derecho de las personas es que todos los hombres o son libres o son esclavos”.⁶⁹

Ignacia se animó a justificar su calidad como persona, y aún más, como persona libre. Aprovechó la mala orientación jurídica de García y sumó al juicio observaciones como la de Leopoldo Hakelmanno del *Iure personarum* (1593), donde se afirma que *servitus est constitutio iuris Gentium & civilis a, qua de servis. Quis dominio alieno contra naturam subijcitur* que, en su traducción, significa que “el servicio está sujeto a la constitución y la acción civil de las, de los esclavos. ¿Quién está en contra de la naturaleza accesible a la propiedad extranjera?”. A través de esta frase, se con-

69 Justiniano, en *Instituciones*, libro I, título 3. El documento, a su vez, es tomado de la ley 3, título 5, *De statu hominum* del libro I del digesto de Gaius. Estudios recientes aclaran que *De iure personarum* era un dispositivo del derecho romano para la descripción y la ejecución de la precedencia del *pater familias* sobre el resto de la sociedad romana: esclavos, libertos, extranjeros, cónyuges e hijos. La traducción correcta sería, por tanto, “derecho de los estatus sociales”.

solidó la idea de que los “hombres libres y siervos son personas”. Ignacia puso de relieve que ella no cuestionaba la esclavitud, sino las maneras en que esta era entendida después de conflictos y contextos como la guerra. Precisó los excesos de García y desmintió que “las esclavas no son personas”. Un silogismo interesante en su ejercicio retórico le permitió ultimar un razonamiento reflexivo: “El citado texto enseña que las personas o son libres, o siervos: luego yo soy persona y no cosa, por tanto, incomprensible en la voz despojos: así el título de guerra por donde intenta en mi dominio queda desvanecido”.

Ignacia, ayudada por un sujeto de apellido Murillo, citó unas máximas del *Institutiones juris civilis et canonici*⁷⁰ en particular un extracto del titulus XXXIV que aborda, en *De Tregua & Pace*, una sección titulada *Discordia principum vim [aut rerumpublicarum superiores non recognoscentium] et arma sibi mutuo inferentium* y se complementa con el *Ex qua definitione patet discrimen belli a rebellionem, quae est discordia inter partem et partem civitatis, aut populi, a rixa et duello, quae sunt discordia inter paucos privato*.⁷¹ En la interpretación ante el corregidor y juez de Punata Pedro Ramón de Arauco, Ignacia explicó que “para razón de guerra, se necesita discordia entre príncipes; y no salvándose entre nosotros y los indios tal discordia de una potencia a otra: claro está el desvarío de García, y su director”. Esta analogía podría entenderse como un justificativo que coloca a la esclava al margen de ambos grupos, es decir, al margen de los problemas entre indios y españoles, planteando el supuesto de que Ignacia no tuvo “discordia entre una parte y la otra”. No teniendo nada que ver en la disputa, ultimó que García no podría haberla salvado. Al final de su intervención, manifestó tener la conciencia de “no ser esclava”. Y adjetivando a García, afirmó a viva voz:

Así manifestados los arqueros vicios de sus fundamentos, solo quedan sus clausulones de afectada retórica, sus expresiones pomposas, con las que citando de un orgullo altanero intenta ridiculizar a mi patrono. De manera que el enjambre de sentones tan continuadamente repe-

70 Al parecer, citaron las *Institutiones juris civilis et canonici. Cum approbationibus*.

71 En su traducción: “Si hay una discordancia de los principies, o repúblicas no reconocerá un superior, y si la fuerza de los brazos opuestos, de uno a otro elemento, entre sí [...]. De acuerdo con la cual la definición de un levantamiento en la guerra que la distinción es clara, que es una especie de discordia entre la parte y una parte de la ciudad o del pueblo, a partir de las disputas de la carretera, y un combate, por algunas cosas que son de una disputa privada que surgieron por el interés”.

tido, la voz latina *sirter* que se ve en su primer acápite, y en el segundo el error de decir “saldrá de su desengaño”, en lugar de “saldrá de su engaño”. La de sopa tinta, junto con tanto quasidominio y quasiposesión, me ministran la especie de que este sea un quasiabogado, sabio falso, y erudito torcido: o más claro es un sujeto muy digno de que se le de aquel epíteto pomposo que le da el eruditísimo Feijoo a Don Salvador Josef Mañer, *Belero fonte literario*, título rimbombante que agrada a aquellos que tienen el alma en los oídos.⁷²

Ignacia concluyó instalando en el debate *La apología contra la censura* estampada a inicios del siglo XVIII por el padre Feijóo Montenegro.⁷³ El libro cuestionaba la retórica de Salvador José Mañer, quien se había posicionado contra los novatores, del que Feijóo formaba parte. *La réplica satisfactoria a la ilustración apologetica* (1731) fue la respuesta a Feijóo, con quien mantuvo por décadas un largo debate. Por la mención, habría de existir, en el argumento de Ignacia, una afinidad directa entre sus asesores y el movimiento preilustrado de España, conformado por pensadores y científicos ibéricos de finales del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII, denominado también “movimiento novator”.

En la Real Audiencia del distrito

Aquel mismo día se trasladó la declaración de Ignacia al estudio del doctor Fermín Escudero, abogado de la Real Audiencia del distrito, para que este, como era costumbre en la provincia, defina rápidamente el pleito de la esclava Ignacia y su presunto amo, el labrador García. Para dar continuidad al conflicto, se le asignó un honorario al doctor Escudero de tres pesos por cada parte. Dada la dependencia de Ignacia, estos debieron ser pagados por García. Pedro Ramón de Arauco, el miércoles 14 de mayo, observó que García no había realizado el pago y se le informó de una subrogación del abogado. El licenciado don Manuel Pardo de Figueroa tomó la carta presentada por Ignacia, asumiendo la responsabilidad de dar continuidad a los autos y, además, la dirección como asesoría para la esclava. Sin embargo, no se iba dar curso al proceso hasta la cancelación de los honorarios a Escudero, por quien tenían que pasar las demandas. Así lo definió el

corregidor y justicia mayor, Pedro Ramón de Arauco. ¿Podríamos sospechar que el cambio de abogado fue un intento de tráfico de influencias y prevaricación para favorecer a García? Es más, el abogado criollo Manuel Pardo de Figueroa era hermano de Ambrosio Pardo de Figueroa, un poderoso funcionario real, administrador general de las rentas de tabacos y naipes en la villa, provincia y obispado de Santa Cruz de la Sierra con sede en la “leal y valerosa” Villa de Oropeza. Ambos terratenientes y dueños de molinos entre la Angostura y Tolata. Ambrosio también estaba implicado en altercados y juicios de manumisión iniciados por algunos yanaconas en su hacienda de Caraza, adquirida años antes a la sublevación general de 1781. Además de ello, está registrado como coronel de caballería de las milicias de cochabambinos que actuaron contra los ejércitos rebeldes en la sublevación de 1781 (Coaguila, 2017).

La evidente afinidad y clientelismo entre españoles y criollos realistas, puede ser vista como una desventaja para Ignacia, sin embargo, por la insistencia y perseverancia, el proceso continuó. El abogado Pardo de Figueroa, aunque en cierta complicidad con García, dijo conducirse neutral para ambos. Así como el vecino Murillo, citado por Ignacia, es posible que algunos otros criollos de Punata, que conocían el caso, continuaran ayudando a Ignacia y fueran fieles como amenazantes observantes. Antonia Méndez Caro, mujer anónima y vecina de Punata de aparente origen lusitano y posible pariente del abogado de la Villa de Oropeza, Miguel Caro de Abasto, se involucró aún más: escribió una carta urgente al capitán Matías Lourido Padín e informó que Ignacia se encontraba en Punata y que había iniciado un proceso a García, su “captor”; demandando su libertad. En su respuesta, Lourido fue enfático al referirse a Ignacia:

Esta, en tiempo del “sitio” que pusieron los rebeldes a esta ciudad, hallándose mi esposa recogida en Santa Teresa, y yo en el Cuzco, luego que llegó el auxilio, la remití a los altos a que comprase algunos víveres, y como García, arriero, conducía algunos de venta, la contrajo para que le sirviese, y no contento de haberse apoderado de ella, siete años, solicitó su venta, con dolor y fraude y sobrada malicia, sin el menor temor a Dios. Su madrina de agua y óleo, es mi tía Doña Antonia Cisneros, viuda, que tengo en mi poder desde que me case con su sobrina Doña Benedicta, sobre todo, me hallo determinado pasar a Cochabamba, a varios asuntos, y llevare los justificativos que prueben ser la samba de mi casa, y no

72 Declaración de Ignacia Landaeta. Punata, mayo 9 de 1788. ANT. Foja 9v.

73 La obra citada es la *Ilustración apologetica al primero y segundo tomo del Theatro crítico. Donde se notan de quatrocientos descuidos al autor del anti teatro; y de los setenta, que éste imputa al autor del teatro crítico, se rebaxan los sesenta y nueve y medio* de Benito Feijóo (1777 [1729]).

de la de García. Entretanto he de merecer al favor de V.M. se interese de mi parte con el señor juez de la causa para que la mantenga en el depósito, que yo satisfaré los gastos que se causaren; pues recelo, que García la saque con engaños, y la transponga. En potosí tuve noticia de que estaba en aquí, en poder de un Arriero, y ahora se verifica su nombre y vecindad.⁷⁴

¿Habría sido García efectivamente un arriero?, ¿un chalán?, ¿un caloyo?,⁷⁵ ¿o fue un “genio ambicioso en quedarse con lo ajeno”, como lo acusa Padín? Según Valle de Siles, los cochabambinos eran “ladrones implacables”, pues el “saqueo de alimentos les era productivo por el comercio que realizaban con La Paz” (2017: 533-534). Además, eran traficantes de bienes y dineros de las arcas de Oruro a Cochabamba, cuando el capitán Ayarza intercedió aquel corregimiento en 1781. Por ello, Padín pidió al corregidor y justicia, Pedro Ramón de Arauco, que evitase cualquier tipo de transacción de venta de la esclava, pues decía que “se hace preciso primero sacarla de las uñas de García”, solicitando, además, “tratar este negocio a mi llegada”.

En su nota, Padín era consciente que muchos esclavos se perdieron en aquel tiempo y explicó que, de a poco, los fueron encontrando. Amparándose en la decisión de Padín, Ignacia añadió estratégicamente que había solicitado a Antonia Méndez que la comprase como esclava y para ello pueda contactarse con sus amos en La Paz excluyendo sencillamente del asunto a García:

...en la causa con Don Josef García, sobre pretender este esclavizarme, sin más fundamento que su mero antojo y el de haberme yo acogido a él en el tiempo que vinieron a rebelarse insurgentes cuando el sitio de la ciudad de La Paz sobre cuyo asunto arrojado el litigio en este juzgado, y se hallan los autos remitidos por la rectitud de V.M. a parecer de letrado, su temor presupuesto digo: que hago presentación de la carta misiva que en respuesta de la que escribió mi ama Doña Antonia Méndez (a quien solicite para que me comprara) en vía mi amo el general Padín, marido de dicha mi señora Doña Benedictina, para que la plenitud de V. M. se sirva para el mejor concepto de dicho asesor, mandar se le remita, y que hasta entre tanto, sea yo extraída de este depósito a casa de la supeditada señora Dona Antonia Méndez, por ser in-

decibles las necesidades y urgencias que padeces bajo la injusticia protesta que hago de estar allí hasta que venga dicho, mi amo a tratar con García sobre el asunto de mi esclavitud, o reivindicación de ella.⁷⁶

La estrategia de Ignacia ayudada por Antonia Méndez parece clara. Esta última, en palabras de la esclava, tenía auténticas intenciones de comprarla. Ignacia, además, continuó exigiendo a las autoridades su inmediato retiro del depósito real y su traslado a la casa de la “supra citada señora doña Antonia Méndez”. El reclamo fue dirigido el sábado 17 de mayo con un escrito dirigido al doctor Fermín Escudero, abogado del distrito, dado el lento accionar de Pardo de Figueroa. Ya en junio, Antonia Méndez, de manera formal y a nombre de Matías Lourido Padín, presentó una carta de auto caución de rato y grado, argumentando contra García y, en particular, cuestionando los derechos que reclama de la cuasi posesión y cuasi dominio que supuso tener sobre la esclava. En su alegato, la vecina firmemente protestó:

La más poderosa excepción que reconoce el derecho a impedir el progreso de las demanda, es la carencia o defecto de acción legal, en tales términos que aunque la parte no la oponga puede el juez oponerla de oficio, este defecto por lo mismo que no atina el contrario en la senda que ha de seguir para este pleito, se demuestra con evidencia: pues siendo constante que en todos sus escritos no ha asignado acción legítima que apoye sus posesiones y cuasi-posesiones: claro está que debe ser repelido de este juzgado. ¿Qué modo de litigar es por ventura, en partes con cuasi, y en partes sin él? ¿Qué acción es esta que produce tan contrarios efectos? Sin duda proviene tanta variedad de alguna acción furtiva y ambiciosa.⁷⁷

Antonia sospechaba que las autoridades se prestaban a algún tipo de represalia contra la demandante, pues al callar, indirectamente apoyaban las intenciones de García quien alegó que Ignacia debía entregarse a él mientras no estuviese presente el amo de Ignacia, situación a la que Antonia se opuso diciendo que “la seguridad de la mulata se encarga a mi voluntad”. Se animó a plantear un supuesto y se preguntó: “¿a qué atribuirnos el empeño de García de querer ser

74 Declaración del capitán Matías Lourido Padín. Nuestra Señora de Paz, abril 27 de 1788. ANT. Foja 12v.

75 Padín utiliza el término “calayo”. De acuerdo al diccionario español del siglo XVIII, se trataría de un “mozo que sortea hasta que se incorpora al servicio militar”.

76 Declaración de Ignacia Landaeta, Punata, mayo 17 de 1788. ANT. Foja 14.

77 Declaración de Antonia Méndez Caro. Punata, 18 de junio de 1788. ANT. Foja 18.

restituido de la mulata?”. Y respondiendo a su pregunta, dijo lo siguiente:

Creo no es otro el fin, que de martirizarla con la crueldad posible: pues (según ella me dice) se ocupaba en sobarla, atándola a unos árboles, hasta el extremo que por eso se vio obligada a ocurrir a V. M. por el remedio: y más cuando se conceptúa que en desquite de que se hubiese apartado de su servicio, la atormente, o que trasladándola a otro lugar la venda.⁷⁸

¿Acaso la afirmación de “sobarla [...] hasta el extremo” no escondía otros padecimientos?, si la amarraba a los árboles contra su voluntad, ¿acaso no podemos pensar en posibles vejaciones y estupro? Sin mayores detalles, Antonia ratificó y exigió a Pedro Ramón de Arauco que se le conceda el resguardo de la esclava y garantice su seguridad. Se nota en las palabras de la vecina una desconfianza intestinal que podría deberse a diferencias locales no precisadas. Además, el contexto era favorable para García, quien sirvió como soldado en la compañía real de cochabambinos al mando de Arauco en el tiempo de la rebelión. ¿Por la confianza, tendría la intención de beneficiarlo? Así, Antonia dedujo afinidad y amistad entre ambos, situación que podía perjudicarla y favorecer a García y hacerle la entrega de la esclava. Por ello, ultimó diciendo “así se hade servir V. M. mandar corra la asesoría sobre el punto de si la mulata deba estar en mi poder, o en el de García”. Este, una vez enterado del tenor de la carta enviada desde La Paz, por intermedio del licenciado Manuel Pardo de Figueroa reiteradamente solicitó a Escudero que le restituya en su posesión de Ignacia, pues quedaba “suficientemente acreditada la justificación de ser esclava”.⁷⁹ Y pretendió negociar con el primer amo sugiriendo al juzgado que:

...se me entregue hasta la llegada de su amo con quien deberé seguir sobre el derecho y dominio que haya adquirido en ella pues no se duda que yo me hallo con la obligación de responder a cualquier cargo que se me hiciere por su primer dueño, y por eso me queda la acción de tenerla en mi poder y asegurarla bajo de la protesta de no maltratarla en estos términos y de cesar ya toda duda de hecho y de derecho es cosa llana el que la justificación de V. M. sin necesidad de consulta se debe llanamente

entregarme bajo de las seguridades y condiciones que conceptuare ser necesarias.⁸⁰

Ante el reconocimiento de García de ser el “poseedor” pero no “propietario”, el corregidor y justicia Pedro Ramón de Arauco, temeroso de cometer un desliz, invalidó el anuncio de venta. El mismo que habría sido publicado en el pueblo, meses antes, con el siguiente tenor: “Se vende esta negra Ignacia María, criolla de edad de diez y ocho años en cantidad de cuatrocientos pesos y al que la quisiere comprar le otorgaré la escritura ante el señor subdelegado de este partido de Punata, [viernes], marzo 28 de 1788 años. Manuel García”.⁸¹

Para el mayor disgusto de García, el 30 de junio de 1788, el capitán Antonio Zapata, por orden de Arauco, se dirigió a la pequeña hacienda de García en Yacanavio y le entregó el fallo sin que fuera aceptada su solicitud de venta. Ante sus frustradas intenciones, García lanzó un ataque frontal contra Antonia Méndez y Matías Lourido Padín. A la mujer atribuyó que le movía la “envidia” de no tener esclava negra. Y si había cuestionado la cuasi posesión era porque desconocía al “orador Acebedo”, quien, en su interpretación de la ley 8, título 9, libro 3 del citado *Iure personarum*, defendía que *nam quotiescumque originales status rei repugnat quase posetione, tunc quase posetio, non liberat aborrere probandi*.⁸² García interpretó la frase como una decisión “de hecho” hacia los esclavos sin derecho a cuestionamientos y menos incomodar a los tribunales con semejantes superficialidades.

Su ataque continuó y situó a la carta de Matías Lourido Padín como «simple y sospechosa», dudando de su propia existencia *in reiom natura*, “con presunciones de falsedad”. Sin validarlo dijo que fue para “insistir y defender el juicio sacando no sé qué rincones del derecho de que pueda prestar voz y caución”. Vilipendió al que la escribió, deduciendo ser algún vecino pariente o contraparte de los que “ayudaban” en Punata. Ratificó prepotentemente que Ignacia era de su propiedad dado el auto legal de “adjudicación” de bienes “por despojos todo lo que de poder de los indios se sacase” y avalado por el entonces corregidor, Félix José de Villalobos, en el contexto de la rebelión de 1781, auto del que no se desprendió. Para rematar,

78 Declaración de Antonia Méndez Caro. Punata, 18 de junio de 1788. ANT. Foja 18v.

79 Declaración de José Mariano García. Punata 23 de mayo de 1788. ANT. Foja 15.

80 Declaración de José Mariano García. Punata 23 de mayo de 1788. ANT. Fs.15v-16.

81 Declaración de José Mariano García. Punata 23 de mayo de 1788. ANT. Foja 17.

82 En castellano, “para cada estado original es incompatible, entonces *quase posetio* no abarrera prueba libre”.

citó un artículo de un libro no precisado que planteaba que el esclavo solo podía declararse por libre si se cumplía:

... con prueba con una determinación del [libro] 1, título 22, parte 2 de que para que un esclavo se repuse por libre debe tenerse por de tal calidad en caso de que hubiese estado tenido por libre el espacio de diez años y en buena fe y de lo contrario no le aprovecha; y que faltando la justificación de estas calidades se tenga por esclavo.⁸³

Interpretando a su modo, García insistió que el siervo si no fundamenta la prueba de libertad, debe “ser restituido a la servidumbre, bajo de la protesta”. Y que el amo, en “caución”, se compromete a no maltratar. Tomó el ejemplo de Ignacia, a quien situó como mala demandante y explicó:

... ha demandado exponiendo ser libre, y lejos de probar [h]a hecho constar ser esclava; y yo he deducido el juicio posesorio: parece que es cosa llana, que no habiendo justificado su libertad en la forma que prescribe el derecho según este, debo ser restituido inmediatamente bajo de la fianza pretendida, y en el entretanto de que parezca su amo, y esperando el que así se efectúe.⁸⁴

Sin que ninguna de las partes cediese, el caso se dilató. El asesor de García, Manuel Pardo de Figueroa, se retiró del compromiso y delegó el caso al juzgado real en el partido de Cliza. Allí se nombró al licenciado Julián Frontanilla, otro abogado de la Real Audiencia de distrito, a quien se le ratificó el mismo honorario de seis pesos que debían contribuir ambas partes. Pero, ¿qué causas obligaron a subrogar a Fermín Escudero?, ¿la renuncia por parte del abogado Pardo de Figueroa no podría ser clasificada como predeterminada? Las razones internas, claramente, alojaban contradicciones y nadie quería asumir la responsabilidad de dar un veredicto a favor de una esclava que había luchado coherente y firmemente desde el inicio del proceso por su tan aclamada libertad.

Julián Frontanilla y el desdén del juicio

Sin dudas, la esclava colocó en verdadero jaque a las autoridades criollas y españolas, que muy raramente

habrían experimentado una demanda tan valiente y singular como la de Ignacia. El teniente de alguacil mayor, Juan de Dios de Alarcón, reinició el proceso el jueves 7 de agosto de 1788 notificando a ambas partes para que se presenten ante Frontanilla. Pero ¿quién era Julián Frontanilla? Como parte de las elites del espacio colonial andino, Julián era hermano de Joseph Frontanilla, otro potentado terrateniente dueño de la hacienda y Molinos de Sicaya, ubicada entre el camino Arque-Capinota. Se trataba de un “nombre de mucho comercio” (Escobari, 2012: 161-162) sirviendo su hacienda como proveedora de granos al ejército realista durante la gran rebelión de 1781.

El abogado, en presencia de los dos, hizo una breve síntesis del conflicto y recalcó que a él se remitió el proceso para «prestar dictamen de justicia en consideración a lo deducido y sobrado examen». Recalcando que su intervención sería imparcial y que su dictamen se basaría en los hechos.

Diré que aunque la esclavitud por título de guerra solo se permita cuando se traba o consienta con enemigos, de nuestra santa fe católica, y esto observarse poco entre nosotros por la piedad cristiana, a menor de que concurran muy justas causas que el superior las deba discernir; no obstante de que haiga mucha distinción de la guerra a lo que es sublevación, que no puede dar ni prestar el más leve título, y que por lo mismo la contenida esclava nunca pudo ser propia de los indios rebeldes, y más siendo cosa no de poca entidad, aun considerándose justo el auto del general Villalobos por corregidor de estas provincias que por las circunstancias del tiempo como anexas a su ministerio podía expedir providencias circúndales en lo gubernativo; con todo como de la parte de gracia haiga [*sic*] alguna probabilidad así por la posesión de siete años que la ha obtenido en calidad de esclava, y rescatándola del poder de los indios salvando su vida; necesita inquirirse sobre este capítulo por medio de todas las solemnidades de derecho de demandas, respuestas, alegatos, pruebas, replicas, y duplicas por la vía ordinaria con audiencia de Don Matías Padin o de su apoderado bien instituido, y en defecto con el real fisco por vienes bacantes, por lo que en esta parte contempla el abogado no estar el expediente expedito con todos los materiales necesarios para resolver en su mérito en cuanto a la propiedad.⁸⁵

83 Declaración de José Mariano García. Punata, agosto 5 de 1788. ANT. Foja 22.

84 Declaración de José Mariano García. Punata, agosto 5 de 1788. ANT. Foja 22.

85 Declaración de Julián Frontanilla. Cochabamba, septiembre 5 de 1788. ANT. Foja 24v.

Con relación a la solicitud de tuición propugnada por Antonia Méndez Caro, aclaró que mientras Padín no se presentase jurídica y legalmente con los documentos de propiedad, título o dominio, no podía existir un reconocimiento legal y legítimo de la esclava y, por tanto, esta se mantendría en manos del “depósito real”:

Doña Antonia se tiene de mejor condición por la razón que le asiste de *tua non inter est*, y que con respecto a ella la posee libre correspondiéndole por el mismo caso el interdicto *uti possidetis* que según opinión de AA [autoridades] también compete al desnudo proveedor o detentador contra el que nada tiene; en estos términos siente el letrado a que el señor juez de la causa siendo servido podrá mandar que la contenida esclava se retenga en poder de García por modo de depósito que lo otorgue en forma prestando igualmente caución juratoria de no molestarla en lo mínimo, proviniendo de que a la menor insinuación de querrela se removerá en otra persona de seguridad, y abono que su justificación determinase; Y que entre tanto se libre despacho de situación, y emplazamiento a don Matías Padín y su mujer doña Benedicta Landaeta *in serito* en carta de justicia acompañando este dictamen, y su conformación con apercibimiento de que no compareciendo dentro del término de la Real ordenanza de la ciudad de La Paz o donde estuvieren por si o por apoderado bien instruido declarándose por no partes se dará noticia a los ministros de Real Hacienda para que se apersonen por la del Real fisco sobre el derecho a la esclava por bienes vacantes; costeándose por ahora los derechos del despacho y su conducción por el mencionado García a lo que podrá competirlo el señor juez. Así es su parecer *salvo meliori*.⁸⁶

El martes 9 de septiembre de 1788, el juez subdelegado interino del partido de Cliza, el maestre de campo Manuel Villarroel, aceptando en conformidad todas las observaciones de Frontanilla, cumplió con la recepción. Y en lo que le tocó, mandó a notificar a Antonia Méndez, Mariano García y la esclava Ignacia en el pueblo de San Juan de Punata. Después de recibir la notificación del conflicto, Antonia Méndez presentó serios problemas de salud. Se supo que esta tuvo constantes dolores en el pecho y asfixia, cuya causa fue quizás el diálogo hostil con García. Él, recibiendo cierta preferencia por parte de las autoridades judiciales, había conseguido una orden para que la

esclava retorne a su hacienda provisionalmente mientras no aparezcan los primeros amos, es decir, Matías Padín y Benedicta Landaeta. Pero, ¿es posible deducir que las diferencias entre Antonia y José Mariano se remontaban a un tiempo anterior al advenimiento de la esclava Ignacia? Después de algunos días se supo de la gradual recuperación de Antonia que no llegó a sanar sino hasta mediados del mes de septiembre. Retomó la demanda sugiriendo que, de no llegar de La Paz los amos de Ignacia, se debía “dar noticia a los ministros de Real hacienda para que se apersonen por la del Real Fisco sobre el derecho a las esclavas por bienes vacantes”⁸⁷ y, además, se resguarde a Ignacia en un “depósito” imparcial como persona extraña, mientras se dé respuesta a la contrademanda interpuesta. Ante Frontanilla, negó rotundamente la potestad de García sobre la esclavitud de Ignacia. Antonia Méndez se adhirió, “con caución de rato y grato”, afirmando que no precisaba de fe mientras la carta fuera reconocida judicialmente por su autor y el juez de partido; siendo válida hasta cuando este “se apersona con documento de título o causa de dominio”. Consideró un “procedimiento ligero” ceder a la mulata a García sin considerar la “caución” y reconocimiento que había dado su amo Matías Padín. Así, las observaciones de Antonia frente al abogado Frontanilla fueron rigurosas y corajosas:

... para proceder a ulteriores determinaciones a cotejar únicamente que este comparezca con sus documentos justificativos de la esclavitud de la mulata, a dar por firme y valido todo lo actuado; y no que al mismo paso que declara el ningún derecho de García procede a entregarle a la Mulata, exponiendo a esta miserable parezca en manos de su enemigo que así se debe contemplar, así porque esta lo desamparo contra su gusto, como porque Padín lo ha insultado amargamente tratándolo de ladrón plagiaro, y por tanto acreedor a la pena afrentosa de horca, según acredita la carta que le tiene escrita, al señor subdelegado don Pedro Ramon de Arauco, que al presente pasa en poder su esposa la que por convenir al derecho del pre dicho Padín suplico que V. M. la pida y tenga por presentada.⁸⁸

Por todo lo declarado, la mujer interpretó que García presentó un “descaminado parecer” y era nece-

86 Declaración de Julián Frontanilla. Cochabamba, septiembre 5 de 1788. ANT. Foja 24v.

87 Declaración de Antonia Méndez Caro. Punata, septiembre 16 de 1788. ANT. Foja 27.

88 Declaración de Antonia Méndez Caro. Punata, septiembre 16 de 1788. ANT. Foja 26.

sario “se dé noticia a los ministros de Real Hacienda para que la tomen [a Ignacia] por bienes vacantes”. De esta manera, evitaría atropellos y la continuidad de supuestos abusos que podría sufrir en manos de García. La vecina preguntó en tono prudente a Frontanilla: “Por ventura ignorada este hombre, de que, en casos dudosos de la condición de una persona, ¿dispone el derecho que se juzgue a favor de la libertad? [...], ¿habrá descaro en hombre alguno que sin más prueba que una simple confesión pretenda esclavizar a una persona a quien la naturaleza la supone libre?”.⁸⁹ Sugiriendo interpretar nuevamente los argumentos de García, observó el silencio del abogado Frontanilla y aumentando su tono dijo: “Según eso nadie está exento de ser esclavo del licenciado Frontanilla, si por casualidad confiesa estar bajo su dominica potestad”. García, a su turno y cotejando las palabras de Antonia, respondió de manera irónica:

Digo que su justificación menospreciando cuanto [...] se alega se hade servir declarar no haber lugar por derecho a la nulidad internada de la sentencia y dando esta por firme, subsistente y vestida del recomendable derecho de estar pasada en autoridad de cosa juzgada mandar se efectúe en los términos que se previene, y en su consecuencia condenar a la contraria en las cortas con dictamen de asesor letrado, pues que así es de justicia.⁹⁰

Las coletillas de García, más que cuestionar, ridiculizaban los argumentos de Antonia Méndez, a quien atribuyó tener el “más despropósito que se ha incogitado”. En su afán de consolidar la pose y esclavitud de Ignacia, dijo que “es bien sabido que las nulidades de sentencias se fundan o en defecto de citación, falsedad de instrumento, juez cosechado o defecto de sustanciación, o más claro, cuando falta el orden del juicio que todos los autores clásicos, y prácticos traen, con la distinción de substancial, accidental, como es el primero el que pide la citación de las partes”.⁹¹ Y justificando su condición de esclavista, continuó:

cualquier jurista de mediano peso conocerá que es un absurdo y efecto de la malicia, el quererle adaptar nulidad a una sentencia tan justa, y fundada en las leyes tan claras, y terminantes que son el que cuando una esclava

pleitea la libertad, y niega la servidumbre, y no da la prueba, deba ser restituida al señor disputado, bajo de la fianza de no ser maltratada, cuyas terminantes palabras se han puesto en mui antecedentes escritos.⁹²

Para García, Antonia Méndez presentaba una “suposición falsa” que sencillamente auxiliaba a que el asesor pronunciase un dictamen a favor de García. Sin considerar la posibilidad de una victoria pírrica, el hombre indirectamente preguntó, insinuando a su vecina Antonia, “¿y quién le habría asegurado tan erradamente, que una carta simple con sospecha de falsa y ficta surta el mismo efecto que el poder jurídico cuando no es reconocida?”. Para consolidar su posición sentenció además que:

Verdaderamente que este es un parto abortivo y en realidad una blasfemia jurídica: de todo lo que se deduce no haber por ningún capítulo nulidad de sentencia y antes el que esta se debe de ejecutar prontamente despreciando las frívolas razones contrarias que por irrisorias y asquerosas se remiten al silencio y se omiten contestar: en estos términos se hade servir mandar como se pide en el exordio de este.⁹³

El abogado dejó que los implicados planteasen su perspectiva sin interceder. García parecía ser favorecido con el silencio y la consolidación del regreso público de la esclava Ignacia a su casa de hacienda. Antonia Méndez, durante su intervención, apeló diciendo que “la entrega de la mulata a García se suspend[iese]”. Durante su réplica, indicó que la “satisfacción [es] propia de necios”. Quizás después, Antonia habría girado la cabeza y observando fijamente a García, sin aguantar la ira frente a Frontanilla y el resto de la audiencia, apelando a la sinceridad, con audaz postura habría de sentenciar:

Sin embargo le daré el desengaño dándole en rostro con lo mismo que echa menos, que es estar mi escrito: Sin forma, ni estilo introducido por la practica cuyo método es reducido a transcribir la cláusula de que admita repudiar la sentencia en tal parte o en toda brava ignorancia, y ceguera de hombre que la nulidad que pide de la sentencia, salvando la citación y emplazamiento a Padin, no sea admitir la sentencia en una parte repu-

89 Declaración de Antonia Méndez Caro. Punata, septiembre 16 de 1788. ANT. Foja 26v.

90 Declaración de Antonia Méndez Caro. Punata, septiembre 16 de 1788. ANT. Foja 26v.

91 Declaración de José Mariano García. Punata, septiembre 27 de 1788. ANT. Foja 28.

92 Declaración de José Mariano García. Punata, septiembre 27 de 1788. ANT. Foja 28v.

93 Declaración de José Mariano García. Punata, septiembre 27 de 1788. ANT. Foja 29.

diando las demás, o más claro fallo admití la sentencia cuanto a la citación sola, anulando lo demás por los siguientes fundamentos.⁹⁴

Los fundamentos a los que aludió cuestionaban directamente las declaraciones de García y el silencio de Frontanilla, que, en la interpretación de Antonia, se basaban en lo “supuesto como cierto”. Al denunciar la asesoría del abogado “defensor”, dijo que “la canción de *vato* y *grato* se puede prestar para cualquiera”. Con todo, frente a las autoridades parcializadas, concluyó que “para que el licenciado estampase su dictamen debía primero evacuar este que paso de la citación”. Al final de su intervención, a lo mejor emotiva y silenciando al auditorio, afirmó:

Atento lo dicho, bien se conoce que lo único que debía prevenir el asesor era lue para estampar su dictamen se citase primero a Padín; pero lejos de ello, en un proceso, cuya validez estaba suspensa, se precipitó a dar un dictamen viciado, y con los más abultados errores: pues al paso que declara con acierto no tener García derecho de propiedad en la mulata por ser inútil el fundamento de guerra, previene que por modo de depósito se le entregue; cuando para lo contrario había yo alegado a los maltratamientos y pérdida de la vida que le amenazaban. Después de esto el decir que la caución no merece fe mientras se reconozca judicialmente por Padín [...]. ¿Cómo quería este hombre que se verificase el reconocimiento todas veces que Padín se hallaba lejos en el lugar de La Paz? Corona este tropel de disparates de que la mulata no siendo esclava de Padín, sea respecto del real fisco, y que los ministros de real hacienda la tomen por bienes vacantes; cuando el más entelado no ignora que no purificándose la esclavitud de una persona, que de esta libre por razón de que, *por razón de nacimiento natural, nacemos libres*.⁹⁵

Reiterando la denuncia sobre la mala asesoría, Antonia remarcó que la libertad de Ignacia era innata, premisa que cuestionó el dominio que intentaba García desde el inicio del proceso, y reiteró de no conformarse con lo determinado y el silencio de las autoridades judiciales. Antonia, tal vez con suma frustración, un poco de dolor y con la mano en el pecho ultimó:

La ley que en tono magistral usa de que cuando una esclava pleitea la libertad, y niega la servidumbre, y no da la prueba, deba ser restituida al señor disputado, bajo de la fianza de no ser maltratada, en una ley nueva ideada por el director contrario en sus entusiasmos, o raptos de su furor: para que no me persuada que contra la regla *beganti nula est proptio*, hacia la ley que la obligue a la mulata a la prueba de que no es esclava, principalmente si esta cualidad se afirma de contraria me lo ha hecho García.⁹⁶

A su vez, García expresó que una solución temprana al caso se desvió de su cauce por la intervención de terceros y que ni la forma “legal y directa” había ayudado y sugería llamar a Padín para que junto a este se pueda dar la “sentencia definitiva”, pues solo su presencia ayudaría en la resolución del juicio. También cuestionó el rol de Antonia, argumentando que ella “no era parte” y dijo que ella no podría apelar por la nulidad de la sentencia “ni dar otro paso [...] en el juicio”. Por todo, según García: “A este tenor han sido las demás excepciones del contrario y en cada acápite crecen al tamaño de su desvergüenza vinculada con una crasa ignorancia, y lo más notable que viene notando de que no hay Leyes Reales que hablen sobre el caso”.⁹⁷ Quizá su última afirmación era bastante evidente y, si se quiere, válida para el resto del Valle Alto, donde las autoridades judiciales tenían poco dominio sobre las leyes que regulaban la esclavitud de los afrodescendientes.

Si observamos los ensayos de Lucena Salmoral (1996), se ha constatado que en las colonias castellanas de Centroamérica y el Caribe particularmente, las autoridades tuvieron dificultades en poner en práctica la reglamentación sobre los esclavos, ya sea por la propia resistencia de los esclavistas o porque desconocían la difusa normativa que regulaba la misma. En todo caso, las leyes en los dominios castellanos estuvieron poco difundidas a diferencia de las colonias francesas e inglesas donde eran rigurosamente coaccionados. En el mundo hispano/andino, los traficantes esclavistas encontraron pocas restricciones, más aún, estaban ligados a las propias instituciones que avalaban un poder omnímodo y autocrático a favor de los usufructuarios del trabajo forzado.

Por todo, era de esperar que las autoridades judiciales se parcializaran a favor de García. Sin embar-

94 Declaración de José Mariano García. Punata, septiembre 27 de 1788. ANT. Foja 29.

95 Declaración de Antonia Méndez Caro. Punata, octubre 16 de 1788. ANT. Foja 30v.

96 Declaración de Antonia Méndez Caro. Punata, octubre 16 de 1788. ANT. Foja 30v.

97 Declaración de José Mariano García. ANT. Foja 32v.

go, gracias a la rígida posición de Antonia, Ignacia fue trasladada a la casa de doña Cristobalina Guzmán, otra vecina que ayudaba con el “depósito de bienes reales” en Punata. Las órdenes del juez y abogado de la causa, para evitar comprometerse con García, habían considerado el “artículo de nulidad” demandado por

Antonia Méndez en contra de José Mariano García. Ignacia Landaeta fue “depositada” en el resguardo real hasta la sentencia definitiva que se reiniciaría una vez que estuviesen presentes Benedicta Landaeta y Matías Padín, pues tenían que justificar su condición de amos apoyados por testigos encauzando el dictamen final.

Bibliografía

- Angelis, Pedro de
1836 *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata, ilustrados con notas y disertaciones*, tomo III. Buenos Aires: Imprenta del Estado.
- Arrelucea Barrantes, Maribel
2015 *La presencia afrodescendiente en el Perú. Siglos XVI-XX*. Lima: Ministerio de Cultura.
- Arze, Silvia; Cajías, Magdalena y Medinaceli, Ximena
1997 *Mujeres en Rebelión. La presencia femenina en las rebeliones de Charcas del siglo XVIII*. La Paz: Ministerio de Desarrollo Humano.
- Barnadas, Joseph
2002 *Diccionario histórico de Bolivia*. Sucre: Grupo de Estudios Históricos.
- Bridikhina, Eugenia
1995 *La mujer negra en Bolivia*. La Paz: Ministerio de Desarrollo Humano.
2000 *La mujer en la historia de Bolivia; Imágenes y realidades de la Colonia*. La Paz: Anthropos.
- Coaguila Calvimontes, Augusto
2013 *Lo mítico, histórico y literario de la batalla del 27 de mayo de 1812. Un acercamiento historiográfico a las Heroínas de la Coronilla*. Cochabamba: Honorable Alcaldía Municipal de Cochabamba.
2017 *Rebeliones heterónomas. Cochabamba en la era de Túpac Amaru. 1780-1782*. Tesis de Maestría. Niterói: Universidade Federal Fluminense.
- Escobari, Laura
2012 *Caciques, yanaconas y extravagantes. Sociedad y educación en Charcas, siglos XVI-XVIII*. La Paz: Plural.
- Feijó y Montenegro, Benito
1777 [1729] *Ilustración apologética al primero y segundo tomo del Theatro crítico*. Madrid: Pantaleón Aznar, a costa de la Real Compañía de Impresores y libreros.
- Fortunat Stagl, Jakob
2015 De cómo el hombre llegó a ser persona: Los orígenes de un concepto jurídico-filosófico en el derecho romano. *Revista de Derecho de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso*, núm. 45, pp. 373-401.
- Glave, Luis Miguel
1989 Mujer indígena, trabajo doméstico y cambio social en el siglo XVII (1684). *Trajinantes. Caminos indígenas en la sociedad colonial, siglos XVI-XVII*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario.
- Gutiérrez, José Rosendo
1879 *Documentos para la historia antigua de Bolivia. Sitios de La Paz y el Cuzco, 1780-1781*. La Paz: Imprenta de la Unión Americana.
- Klein, Herbert
2011 *El tráfico atlántico de esclavos*. Lima: IEP.
- Laime, Teófilo
2007 *Diccionario bilingüe. Iskay simipi yuyayk'ancha*. Quechua-castellano. La Paz: s./e.

- Lucena Salmoral, Manuel
1996a La instrucción sobre educación, trato y ocupaciones de los esclavos de 1789: una prueba del poder de los amos de esclavos frente a la debilidad de la corona española. *Estudios de Historia Social y Económica de América*, núm. 13, pp. 155-178.
1996b *Los códigos negros de la América española*. Alcalá: Ediciones UNESCO/Universidad de Alcalá.
2005 *Regulación de la esclavitud negra en las colonias de América Española (1503-1886). Documentos para su estudio*. Alcalá: Instituto de Estudios Latinoamericanos.
- Márquez Macías, Rosario y Candau Chacón, María Luisa
2016 Las otras mujeres de América: las esclavas negras en tiempos de la Colonia. Un estudio a través de la correspondencia privada. *Visitas al Patio*, núm. 10.
- Mendieta, Pilar
2005 Mujeres en rebelión. Una mirada desde el diario de Francisco Tadeo Diez de Medina (1781). *Investigaciones Sociales*, núm. 15, vol. 9.
- Mires, Fernando
1989 *La rebelión permanente: las revoluciones sociales en América Latina*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Silverblatt, Irene
1988 *Luna, sol y brujas. Géneros y clases en los Andes prehispanicos y coloniales*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas.
- Valle de Siles, Eugenia del
2011 *La rebelión de Túpac Katari*. La Paz: Plural.
2017 *La rebelión de Túpac Katari*. La Paz: BBB.
- Velásquez, María Elisa y Gonzales Undurraga, Carolina (coords.)
2018 *Mujeres africanas y afrodescendientes: Experiencias de esclavitud y libertad en América Latina y África*. Siglos XVI al XIX. Ciudad de México: INAH.

La policía no me cuida, me cuidan mis amigas¹

Mujeres que denuncian: Madres, hermanas, amigas, conocidas y vecinas construyendo sororidades² como respuesta las violencias en la historia de Cochabamba del siglo XIX³

*Dyann Sotéz Gómez**

-
- 1 Se quiso iniciar con esta frase que se vocifera en las marchas feministas, para evocar el espíritu y la fuerza de las mujeres que acompañan y cuidan.
- 2 Este ensayo también pretende ser una contra narrativa al discurso en el que sitúan a las mujeres como enemigas de otras mujeres, cuando han sido las redes de sororidad quienes han dado paso a la búsqueda de justicia. El desarrollo de este escrito lo demostrará.
- 3 Miller y Swift propusieron la construcción de la *her-story* como contradicción al *his-story*, que habría invisibilizando a las diversidades de mujeres en la historia oficial. Es por eso que ellas proponen reconstruir los relatos con enfoque de investigación feminista (Campos, 2012).
- * Dyann Sotéz Gómez (Potosí, 1989). Feminista y activista. Socióloga por la Universidad Mayor de San Simón. Magister becaria en Investigación en Ciencias Sociales con mención Género y Desarrollo por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (sede Ecuador). Investigadora en historia de las mujeres, género, salud sexual y reproductiva de los siglos XIX y XX.

Para las mujeres la necesidad y el deseo de apoyarse mutuamente no son patológicos, sino redentores...

Audre Lorde

Introducción

Repensar las redes de apoyo que se fueron tejiendo y sosteniendo a lo largo de la historia permite acercarnos a la comprensión de las articulaciones femeninas como una forma de respuesta a las violencias que se fueron ejerciendo sobre ellas.

Las redes de apoyo, solidaridad y sororidad han sido fundamentales para la búsqueda de justicia, para combatir al sistema patriarcal en distintas temporalidades, para dar respuesta a la necesidad de contrarrestar la violencia. De este modo, la sororidad se convirtió en una de las herramientas que permiten transgredir el patriarcado.

En ese sentido, este ensayo es un acercamiento a la construcción de redes de sororidad que se fueron construyendo en la historia. Han sido, los casos de violencia hacia las mujeres, los hechos que han motivado históricamente a las mujeres a juntarse, ser cómplices y acompañar a víctimas o familias de las víctimas. De modo que la construcción de sororidades se convertirá en la columna vertebral de este ensayo y la pregunta principal será la siguiente: ¿cómo se han ido tejiendo sororidades en la búsqueda de justicia por parte de las mujeres en el siglo XIX?

Para responder esta interrogante, se pretende abordar a autoras como Joan Scott (2008 [1986]), quien nos permitirá entender el género como categoría de análisis histórico, Luis Bustamante Otero (2018), que nos ayudará a comprender el patriarcado en relación a la normativa de la época y, finalmente, Marcela Lagarde (2006), la sororidad. Son estas

categorías conceptuales las que nos apoyarán en el desarrollo de este trabajo. Es importante mencionar que, si bien este es nuestro marco conceptual, en el desarrollo se recurrirá a otras categorías analíticas, y a autoras y autores para poder entender la complejidad del tema. Además, se tomará bibliografía complementaria para la construcción y contextualización de la problemática, es decir, para situar a las mujeres en su diversidad cultural, racial, económica.

Desde finales del siglo XX, las investigaciones históricas han abordado como objeto de estudio a las mujeres, realizando una revisión de su papel como actrices sociales y de su capacidad de agencia en microhistorias. Es a partir de esa perspectiva que el presente trabajo busca exponer y revelar las redes que se han ido tejiendo con el pasar de los siglos y la articulación de sororidades en el inicio de la vida republicana de Bolivia y, específicamente, en Cochabamba. Por mucho tiempo se ha visto a las mujeres indígenas y mestizas como agentes pasivos de la historia, empero, queremos romper con la idea tradicional que existe sobre ellas, pues los relatos retratados son suyos.

Es por eso que la metodología de genealogía histórica fue una guía para la organización de la información que será desarrollada, con el objetivo de indagar las relaciones que hubo entre mujeres del siglo XIX y así desmontar el discurso que se reproduce en lo cotidiano, según el cual “una mujer es enemiga de otra mujer”, pues es necesario:

... percibir la singularidad de los sucesos, fuera de toda finalidad monótona; encontrarlos allí donde menos se espera y en aquello que pasa desapercibido por carecer de historia los sentimientos, el amor, la conciencia, los instintos; captar su entorno, pero en absoluto trazar la curva lenta de una evolución, sino reencontrar las diferentes escenas en las que han jugado diferentes papeles; definir incluso el punto de su ausencia a, el momento en el que no ha tenido lugar.

La genealogía exige, por tanto, un saber minucioso, gran cantidad de materiales recopilados, paciencia. Sus “monumentos ciclópeos”, no debe derribarlos a golpe de “grandes errores benéficos”, sino de “pequeñas verdades sin apariencia, establecidas mediante un método riguroso” (Foucault, 1992: 7-8).

En ese sentido, el análisis se realizó con fuentes primarias como los Expedientes Republicanos que resguarda el Archivo Municipal José Macedonio Urquidí de la ciudad de Cochabamba. Estas fuentes serán las pruebas fehacientes de la constitución de redes de sororidad que se fueron tejiendo en el transcurso de la historia.

Analizar las redes que construyeron las mujeres para reclamar sus derechos legales de búsqueda de justicia, ya sea por sus hijas, hermanas, amigas, conocidas o vecinas, nos acercará a los argumentos que ellas usaban cuando estaban envueltas en pleitos y juicios penales, pues no solo acudían a los juzgados, sino también a la policía y, en caso de que los agresores estuviesen prófugos, los buscaban y, en algunas ocasiones, los encontraban a ellos y a sus familiares.

Estas prácticas de reclamo podían entenderse como una forma de transgresión, pues rompían con la aparente sumisión pensada en las leyes y normativas patriarcales, así también, se cuestiona la inmovilidad frente a la violencia, pues las mujeres no se quedaron pasivas e inermes cuando vieron vulnerados sus derechos fundamentales y los de las mujeres cercanas que tenían en su vida.

Es por eso que objetamos que, cuando se habla acerca de la articulación de mujeres, automáticamente se piensa en la actualidad, en los movimientos feministas y las colectivas de mujeres que han ido surgiendo, ignorando por completo la historia detrás de ellas.⁴ De ese modo, es necesario retroceder un poco

⁴ Retomar la historia de las mujeres se convierte en un posicionamiento político reivindicativo en nuestra región, pues cuando pensamos en el inicio del feminismo, nos remontamos a la Revolución Francesa

para comprender la genealogía de la organización que, si bien se fue fortaleciendo en el siglo XX,⁵ viene de una larga data de resistencias frente a un sistema androcéntrico, patriarcal, de razas y de clases. En ese sentido, entendernos la categoría de mujeres como una matriz polisémica que se opone y transgrede las brechas de género que se le presentan en la cotidianidad, es decir, que cuestiona la categoría mujer como un ser inmutable, uniforme y descontextualizado.

Entonces, este texto busca demostrar la existencia de pactos entre mujeres, sus articulaciones y la sororidad como una verdad histórica. Para ello, se analizará las redes que construyeron las mujeres respecto a las violencias patriarcales, entre madres, hermanas, amigas, conocidas y vecinas que buscaban justicia.

1. Pacto entre mujeres. La sororidad como una verdad histórica

Sororidad: La hermandad entre mujeres que se da a través de un pacto político/feminista en el que cada mujer le reconoce a todas las otras su autoridad y todas nos reconocemos como interlocutoras y como igualmente diferentes. Está basado en el principio de la equivalencia humana que incluye el principio de reciprocidad de las diferencias humanas. El reconocimiento de la idéntica valía y recíproca diferencia implica no solo estar dispuestas a compartir conocimientos, recursos, tareas, acciones, etc., sino también estar dispuestas a reconocer nuestras respectivas experticias, habilidades, éxitos, etc. (Jass, 2012: 24).

Desde finales del siglo XX, las investigaciones históricas han abordado como objeto de estudio a las mujeres y han realizado una revisión de su papel como actrices sociales y de su capacidad de agencia. Es a partir de esa perspectiva que el presente ensayo busca exponer y revelar la participación de las mujeres en la historia de Bolivia y, más específicamente, en Cochabamba.

y creemos que fue el primer lugar de cuestionar al patriarcado, empero, las feministas decoloniales proponen que las resistencias han venido desde distintos territorios, el feminismo de América Latina y el Caribe ha sido invisibilizado por la colonialidad histórica, por lo tanto tenemos una deuda con esta “otra historia”.

⁵ La participación de las mujeres en la historia no permaneció displicente, podríamos rescatar que existieron distintos tipos de organizaciones de mujeres según el contexto macro de la región. Sin embargo, es en el siglo XX donde más se ha profundizado al respecto, por ejemplo con investigaciones sobre mujeres en la Guerra del Chaco (1932-1935), la “Unión Sindical de Culinarias” (1935) o el surgimiento del movimiento feminista en los años 70, por nombrar solo algunas.

Si bien el término de sororidad es planteado por las feministas de la segunda ola como *sisterhood* desde las americanas, *sororité* desde las francesas y *affidamento* desde las italianas, el concepto también nace del cuestionamiento a la triada de la Revolución Francesa, “libertad, igualdad y fraternidad”, ¿para quiénes? Se han realizado muchos análisis al respecto y las mismas mujeres de aquel entonces han mencionado este rechazo durante el período posrevolucionario.

De este modo, las conceptualizaciones alrededor de la categoría teórica-analítica, como lo es “sororidad” serán vistas desde el pensamiento de Marcela Lagarde, quien desarrolla el término de la siguiente manera:

La sororidad es una dimensión ética, política y práctica del feminismo. Es una experiencia de las mujeres que conduce a la búsqueda de relaciones positivas y a la alianza existencial y política, cuerpo a cuerpo, subjetividad a subjetividad con otras mujeres, para contribuir con acciones específicas a la eliminación social de todas las formas de opresión y al apoyo mutuo para lograr el poderío genérico de todas y al empoderamiento vital de cada mujer (2006: 126).

Aproximarnos a los resabios de la historia a través de estos juicios no solo permite recuperar las voces de las mujeres, sino también abre un sinfín de oportunidades respecto a las investigaciones dentro de lo que sería la historia criminal, pues identificamos y reconocemos que existía rebeldía y transgresión, por parte de las cholas que aprendieron a usar los discursos y las tácticas para presentarse en los juzgados y hacer que las instituciones y sus funcionarios escucharan sus denuncias, usando un lenguaje jurídico o contratando tinterillos, poniendo en aprietos los juzgados y cuestionando la normativa de época:

... la inclusión de las mujeres en la historia implica necesariamente la redefinición y ampliación de nociones tradicionales del significado histórico, de modo que abarque la experiencia personal y subjetiva lo mismo que las actividades públicas y políticas. No es demasiado sugerir que, por muy titubeantes que sean los comienzos reales, una metodología como esta implica no solo una nueva historia de las mujeres, sino también una nueva historia. La forma de esta nueva historia debería incluir y dar cuenta de la experiencia de las mujeres depende de la amplitud con que pudiera desarrollarse el género como categoría de análisis (Scott, 1986: 267).

Históricamente, se ha pensado a los hombres como aquellos que “incluían en su agenda cómo organizar el mundo, definir hacia dónde vamos y otras delicadezas, así como las formas sutiles y perversas de mantener a las mujeres quietecitas” (Lagarde, 2006: 124). Si bien es certera la premisa anterior, también es necesario replantearse lo cotidiano y subalterno,⁶ donde las mujeres populares —todo el tiempo— estaban ejerciendo ciudadanía,⁷ resistiendo a la violencia machista y patriarcal todos los días.⁸ En efecto, “nos han precedido mujeres y movimientos que llegaron a acuerdos surgidos de una mirada especial, diferente, una mirada feminista sobre las mujeres y el mundo, cuyo principio ético es el respeto a la vida de las mujeres” (Lagarde, 2006: 125).

Para demostrar datos empíricos, se desarrollará seis casos⁹ donde las mujeres participaron activamente en las denuncias contra agresores de mujeres. En ese sentido, se dividirá cada caso en subtítulos.

1.1. *El caso de Martina, a quien su esposo la habría asesinado*

A Martina¹⁰ se le habría dado la extremaunción. El cura franciscano Pedro Canal llegó a su domicilio para recibir su confesión, olearla y sacramentarla, su esposo Manuel habría dicho que ella había enfermado en su casa. Días después, Martina murió y fue sepultada bajo las leyes de la Iglesia católica.

Vicenta, hermana de Martina, inició el juicio en contra de su cuñado, pues las vecinas y amigas de Martina le habían alertado que era el asesino y que estaba quedando impune:

6 Entendemos como subalterno retomando el pensamiento de Gayatri Chakravorty Spivak, como las y los sujetos del tercer mundo que deben empezar a hablar con su propia historia, con su propia voz.

7 Entendemos ciudadanía como el ejercicio diario de las mujeres en el espacio público, donde presentan sus denuncias. Si bien en el siglo XIX eran consideradas menores de edad eternas, los documentos que presentamos nos demuestran que eran partícipes en cuanto a las denuncias.

8 El texto de Marcela Lagarde es planteado desde la contemporaneidad, por lo mismo, ella esboza la sororidad dentro la modernidad y los pactos, alianzas que fueron relegando a las mujeres en la construcción de la ciudadanía político estatal. Sin embargo, cae en precisiones que nos permiten comprender la construcción de sororidades en lo histórico de las complicidades femeninas.

9 Como una forma reivindicativa con aquellas mujeres que han sido víctimas violencia machista/patriarcal, víctimas de feminicidio a lo largo de la historia, en este ensayo no se pondrá los nombres verdaderos, sino unos pseudónimos de las mujeres asesinadas o violentadas en el siglo XIX. Esto como un posicionamiento político frente a la revictimización que viven todos los días ellas y sus familiares en búsqueda de justicia. En caso de querer conocer los detalles, se pondrá la fuente oficial donde se pueden buscar los expedientes completos.

10 Archivo Municipal de Cochabamba. Expedientes republicanos, Expedientes criminales, volumen 1, documento 12.

Soy Vicenta, pobre y miserable viuda, hermana legítima de la finada Martina, me presento y digo que el día domingo de la semana pasada como a horas de las diez de la noche sucedió que a mi referida hermana, mi cuñado la agarró de los pelos, la metió dentro de su casa y cerrándose la puerta, la derribo en tierra y agarrando un palo grueso le metió por sus partes hasta el sexo, donde empezó a gritar y no lograron liberarla por estar la puerta cerrada, de cuyo resultado falleció a los dos días después.¹¹

Este expediente ha sido seleccionado por la cantidad de mujeres que asistieron a los estrados judiciales a denunciar al viudo y asesino de Martina. Fueron seis mujeres¹² quienes participaron en este expediente: la hermana, amigas, conocidas y vecinas de la difunta dan declaraciones sobre cómo habría sido agredida Martina y cómo llegó a su trágica muerte. En este punto es importante retomar a Lagarde, quien indica lo siguiente:

No es una casualidad que las mujeres hagamos pactos cuando nos encontramos en lo público y ahí están el lenguaje y las maneras de relacionarse para lograr el acuerdo de intervenir, proponer, impulsar o ejecutar tantas cosas. Pacto, agenda y ciudadanía van de la mano. Tienen sus antecedentes en el apoyo solidario, directo, privado, tantas veces clandestino y subversivo entre una y otra (2006: 124).

En ese sentido, se desarrollarán los testimonios de las mujeres que acompañaron el juicio, todas amigas de la víctima.

Manuela había encontrado a Manuel y Martina “bebiendo chicha la noche del día relacionado, como a horas nueve de la noche, entró a la chichería donde estaba la finada Martina”.¹³ En las manos de Manuel estaría el palo con el que violentaría a su esposa al llegar a su domicilio. Manuela dijo que los vio irse, pero que “la citada mujer [estaba] espantada de su marido porque quiso hacer bulla, o formar reyerta con varios individuos que allí estaban”,¹⁴ por lo que se habrían retirado de la chichería, ya iniciado el conflicto. En

una siguiente declaración, Manuela afirmaba que, al día siguiente, fue a la casa de la difunta y la encontró con el labio hinchado, el marido sentado en una silla, en la oscuridad, y en la esquina de la habitación, el palo de la noche anterior con restos de sangre. Este testigo comentó que pidió a Manuel prendiese una vela, pero este buscó y dijo no tener ninguna, sino más bien se sirvió un vaso de chicha y lo tomó. La testigo dijo que salió espantada de la casa.

Otras deponentes fueron Gregoria y Josefa, conocidas de la difunta. Ellas la visitaron y, al verla tendida en la cama, le preguntaron qué le dolía, Martina les mostró su cuerpo agredido; la primera testifica que “vio que las partes las tenía maltratadas y habiéndole replicado a Manuel por el garrote ensangrentado en el cuarto, [le] dijo que al levantar con la azuela se cortó un dedo y manchó dicho garrote”.¹⁵ La segunda relata que “pasó a registrarla y habiendo efectuado con propicia atención encontró tener moreteados junto al trasero”.¹⁶ Ambas amigas de la víctima van el mismo día a testificar, pues ambas serían cercanas a Manuela.

María, vecina de la pareja y amiga de la víctima, dio una declaración más larga. Ella sería testigo de los gritos que habría proferido Martina la noche de la agresión, además que, al día siguiente, sería la primera persona en visitar a la pareja:

... a cosa de la medianoche del día domingo primero del que rige, oyó dos gritos que dio esta, bastante esforzados, tal que retumbaron las orejas de la que declara, que le causaron grande novedad: Que el estar sola y el temor de que le haga algo el reo Manuel, le impidieron el levantarse, e ir a satisfacer su curiosidad en el acto. Que, al día siguiente de la mañana, luego que se vistió se constituyó en la casa, y habiéndole encontrado a este en su patio le pregunto cuál fue el suceso que aconteció en la noche anterior, y porque pegó aquellos gritos su mujer. Que a esto le contestó diciendo que habiéndola reconvenido por la pérdida de siete y medio pesos, después hizo el ademán de hacerse con dolor cólico, con el que dio aquellas voces. Luego entré al interior de la casa, y encontrándola en ella, a la enunciada Martina le hizo [sic] igual la pregunta, que le contesto: que su buen marido le había maltratado y estaqueándola de tal manera, que estaba en términos de rendir la vida, y que le hiciese el bien de hacerle confesar; en cuyo acto le

11 Archivo Municipal de Cochabamba. Expedientes republicanos, Expedientes criminales, volumen 1, documento 12.

12 Aquellas que estaban casadas al momento de presentarse a testificar, contaban con el permiso respectivo del marido.

13 Archivo Municipal de Cochabamba. Expedientes republicanos, Expedientes criminales, volumen 1, documento 12.

14 Archivo Municipal de Cochabamba. Expedientes republicanos, Expedientes criminales, volumen 1, documento 12.

15 Archivo Municipal de Cochabamba. Expedientes republicanos, Expedientes criminales, volumen 1, documento 12.

16 Archivo Municipal de Cochabamba. Expedientes republicanos, Expedientes criminales, volumen 1, documento 12.

observó una gran hinchazón en todo el labio, que por lo tanto se salió, y le hizo cargo al reo de que si el cólico le había dado también en la boca para ponérsela en el estado en el que estaba, y dicho esto se salió. Habiendo fallecido al día siguiente la referida Martina, fue la que supone a ver a casa de las cuatro de la tarde, y estando en la casa mortuoria entro la prima hermana de la finada Martina de tal y yendo hacia un rincón, arranco un palo grueso largo de una vara ensangrentado hasta la mitad y manifestándolo a los circunstantes aseguró: que Manuel, el esposo, la había metido el palo en sus partes, por ese motivo había fallecido. Que en seguida procedieron a hacer el reconocimiento la declarante, y yendo a su habitación, los que participaron del reconocimiento le informaron a la que supone ser la hermana confirmando, pues la finada lo tenía el orificio reunido con las partes púdicas.¹⁷

Alicia, también amiga de Martina, fue a la casa de la última, pues le habían comentado que la noche anterior habían escuchado gritos de la casa de la difunta. El rumor de la agresión ya habría recorrido el lugar, por lo que ella quería estar convencida sobre el estado en el que se encontraba Martina, así que se dirigió a su domicilio y encontró a la pareja junta en la habitación. Su declaración dice lo siguiente:

... que el día primero domingo del que rige como a horas once se constituyó la declarante en casa de la finada Martina, noticiada de que la noche anterior oyó unos gritos muy sofocados [...] la encontró a esta en los brazos de su marido Manuel Espinoza, en la postura como de cuatro pies, y les preguntó qué tenía: que cierto se tomó la vos el marido, y le insinuó que estaba con dolor cólico, que por ello le dijo: hombre y tienes valor de tenerla solamente en ese estado sin prepararle los auxilios necesarios ¿no puedes llamar a tu hermano o cuñado que están inmediatos? que a esto se levantó y salió para fuera, en cuyo acto viéndose sola la declarante con la paciente le pregunto la causa de su mal y le contestó, que su buen marido, le había pegado y encajándole un palo o estaca en las partes púdicas a toda fuerza la había puesto en el estado de no poderse mover. Que como volviese a entrar Manuel no averiguó más sobre el caso y se salió para su casa, que solamente de noticias entre gente de su vecindad y de algunas que la vieron, sabe que murió Martina de resultas del atentado ya referido que acometió su marido con ella y que su comprobante

tenía todas las partes lastimadas cuyo instrumento lo había manifestado la hermana de la finada.¹⁸

Finalmente, Ignacia, quien también sería vecina de la pareja dijo que la noche de la agresión escuchó los gritos de Martina, sin embargo, no fue a visitarla para enterarse lo que había ocurrido, ella va a declarar como testigo del entierro, pues el viento habría levantado la pollera de la difunta, mostrando sus partes íntimas, aunque no fue la única que lo notó, empero fue la única que fue como testigo:

... como vecina inmediata de la finada Martina, en el entierro al panteón del curato de Santa Ana de Cala Cala, vio al que expone a la citada finada de que estaba poniendo al sepulcro, por haber arremangado el viento, el hábito y las polleras mostraron las partes púdicas, hinchadas y chorreando sangre de ella y que esto experimento por las señales que hicieron los concurrentes.¹⁹

El juicio concluye con Manuel, el esposo, arrestado debido a la cantidad de mujeres testigos que declararon una misma versión. Antes de que presentaran su sentencia, el reo apareció muerto. El carcelario mencionó que la noche anterior Manuel habría tenido cólicos y describió como justicia poética la causa de su muerte. El juicio fue cerrado.

1.2. *Marcela Guzmán, una madre que por las redes de sororidad logra dar con el paradero de su hija asesinada*

Conocemos el caso de las madres buscadoras en otras investigaciones y otros territorios. El ejemplo de las madres de Sonora es el más conocido en la actualidad. Mientras que, en la época de las dictaduras, las madres de Plaza de Mayo en Argentina fueron pioneras. En Bolivia, la búsqueda de hijos e hijas desaparecidas en las décadas de 1970 y 1980 también movilizó a las mujeres.

Las historias desgarradoras que se entrelazan en la región en el último siglo y que han sido de interés dentro de la academia nos muestran la lucha diaria de estas madres y la búsqueda de justicia, pues encontrar los cuerpos de sus hijas e hijos se convertiría en el único consuelo para tener paz.

Es por eso que se vio necesario el desarrollo del caso de Marcela Guzmán, una madre que busca a su

17 Archivo Municipal de Cochabamba. Expedientes republicanos, Expedientes criminales, volumen 1, documento 12.

18 Archivo Municipal de Cochabamba. Expedientes republicanos, Expedientes criminales, volumen 1, documento 12.

19 Archivo Municipal de Cochabamba. Expedientes republicanos, Expedientes criminales, volumen 1, documento 12.

hija desaparecida en el siglo XIX y que, además de encontrar su cadáver, encuentra a su asesino y la dirección de los domicilios de sus familiares, los lugares por los que este habría transitado, las personas con las que habría hablado después del asesinato:

... en el lugar de Jucu Puñuna se ha encontrado un cadáver que el día de hoy se halla en el panteón sin saber quién sea, ni cómo hubiese muerto. Por tanto y para esclarecer la verdad se pide levantar el respectivo sumario y que los testigos declaren bajo de juramento sobre el conocimiento de la difunta, su nombre y apellido, si saben quién la mató, dónde, qué día, a qué hora, con qué arma y porqué causa, previo reconocimiento que deberá practicarse por los empíricos.²⁰ Un testigo que encontró el cadáver dijo que la vio en la hacienda de Catachilla en un campo solitario con una ligadura en la garganta y haciendo traer el cuerpo di parte al corregidor.

Al no conocer la identidad del cadáver encontrado, las autoridades correspondientes la sepultaron en un panteón común. Las únicas averiguaciones que hicieron fueron las de preguntar a los testigos que la encontraron, cómo la encontraron y si sabían su identidad. Después de eso, no hubo más investigación.

Días más tarde, apareció la madre de la víctima, quien se presentó y narró lo siguiente:

Marcela Guzmán, del cantón de San Benito provincia de Cliza, exponiendo de que el día de ayer por noticias que adquirió de que su hija Catalina había sido asesinada y sepultada en el panteón e hizo las indagaciones necesarias y encontró su ropa en casa de Mariano Ojalvo y en poder de su hermana María Ojalvo, asegurando por este hecho que dicho Mariano Ojalvo fue el que cometió el citado asesinato [...] hecha la exhumación, y preguntada sobre cuanto pueda declarar para el esclarecimiento del hecho dijo: el cadáver que se ha tenido a la vista reconozco que es mi hija María Hilaria, aunque no por la cara, por la extremada hinchazón, pero por los pies, y una pollera interior que tenía, es ella misma, y no me cabe duda alguna, esta mi hija. Por una reprensión verbal que le hizo su padre se perdió de casa faltando cuatro o tres días al veintinueve del pasado mes (septiembre) que fue fiesta en Tarata, llevándose varias cosas y sin que se sepa de su paradero hasta que anteayer, domingo, me avisaron los comerciantes que en Sacaba se había encontrado un cadáver asesinado, incognito y por las señales que me dieron de su ropa

advertí fuese ella. También me encaminé con la noticia de que un malvado hombre iba vendiendo su ropa en el Molino Blanco.²¹

Este caso ocurrió en 1838 y es el relato de una madre en busca de su hija desaparecida. Lastimosamente la encontró muerta y enterrada en un panteón común, pues las autoridades habían dado por cerrado el caso porque no había testigos y ninguna persona del lugar reconocía a la víctima. La madre era hilandera y solía vender sus productos en distintos mercados de Cochabamba, esto le ayudó a tener redes de personas que también transitaban todo el departamento e incluso otras ciudades. Ella fue preguntando en los distintos puntos de comercio si habían visto a su hija, que se dedicaba al mismo oficio. De esa manera, llegó a Sacaba a identificar a su hija, la reconoció por los pies y una pollera interior, una parte del cuerpo y una prenda íntima, que solo las personas cercanas podrían identificar, porque su rostro había quedado irreconocible.



Figura 1
Vestimenta de mujeres de Cochabamba (indias y mestizas)
Fuente: Alcide d'Orbigny, *Viaje a la América meridional*

Esta madre, Marcela Guzmán, vecina de Guaricaya, no solo reclamó el cadáver de su hija, sino que también llegó con pistas del paradero del posible asesino, Mariano Ojalvo, de quien no solo conocía la casa, sino también había identificado la de sus hermanas. El asesino fue arrestado y sentenciado culpable. Sin embargo, escapó de la cárcel y nunca más se lo volvió a ver.

Las redes que han ido construyendo las mujeres con el pasar de los tiempos han sido espacios que fortifica-

20 Personal especializado en medicina forense.

21 Archivo Municipal de Cochabamba. Expedientes republicanos, Expedientes criminales, volumen 43, documento 1.

lecieron los lazos de sororidad. Estos tejidos entre vendedoras, como es el caso de la madre, quien se dedicaba al comercio y es hilandera, le permitieron desplazarse y recoger pistas sobre los posibles paraderos de su hija desaparecida. Estas prácticas de sororidad, de empatía habrían posibilitado también otra historia que ha sido relatada en el expediente y que rescatamos ahora.

1.3. Delmira tuvo un aborto porque la agredieron mientras defendía a su amancio²²

Las relaciones por fuera del matrimonio eran recurrentes. Muchas de las mujeres que asistían a los juicios se declaraban solteras o viudas y solían tener permiso del juez para declarar. Por otro lado, las mujeres casadas que iban a los juicios como testigos solicitaban el permiso correspondiente de sus esposos. En algunos expedientes, podemos ver que las mujeres que van en calidad de declarantes tuvieron que acudir a los juzgados en varias ocasiones, algo que no era una limitante para ellas, pues volvían las veces que eran convocadas.

El ejemplo de Delmira es prueba de ello. Si bien el documento que nos cuenta sobre su caso es extenso, para este ensayo rescataremos la versión de ella y de dos mujeres que se presentaron como testigos:

En Cochabamba a los veintidós días del mes de junio de mil ochocientos treintauno el señor Juez de Paz actuante se apersono en la habitación de Delmira, soltera natural y vecina de esta ciudad de oficio hilandera y revendedora de legumbres, al parecer de más de veinte cinco años a quien estando presente se le recibió juramento, lo hizo en forma legal, prometiendo decir verdad en cuanto fuese preguntada y diciendo si sabe quién o quiénes la maltrataron con qué instrumentos, en qué lugar o calle y porqué motivos dijo: Fue a horas nueve, poca más de la noche, del día cinco del mes que rige, siendo anoticiada que a su amado Manuel Ortega lo estropeaban malamente Tomás Gonzales su hijo político José Carreño, fue la que declara a ver el suceso que había sido en la puerta de los mismos agresores y que apersonada que fue vio que positivamente lo tenían ambos en suelo a Ortega después le quitaron el sable que tenía para ir al cuartel con el fin de salir de patrulla, que por lo tanto les reconocimos de lo mal que hacían y sin más motivo que este la tiro Carreño una trompada en la cien izquierda con que la derribo sin sentido después de otra con que también la dio en la pierna quedando así caída.

22 Se le llama “amancio” o “amancia” a las relaciones por fuera del matrimonio.

Le aseguraron los circundantes que el mismo Carreño le infirió otros golpes de patadas y puñetes pero que la exponente no los sintió por haber estado desmayada. En este estado agrega que de sus resultas tiene vehementes dolores en el vientre e infiere sean de aborto.²³

Es importante recordar que Cochabamba, según Alcides d’Orbigny (1958 [1830]), se presentaba como “un paisaje aldeano rodeado de extensos arrabales donde lo urbano y lo rural están íntimamente fusionados. Las edificaciones son todas de planta baja, las calles son de trazado regular continuando el damero hispano y donde lo único remarcable son la vieja Plaza de Armas y la de San Sebastián”.

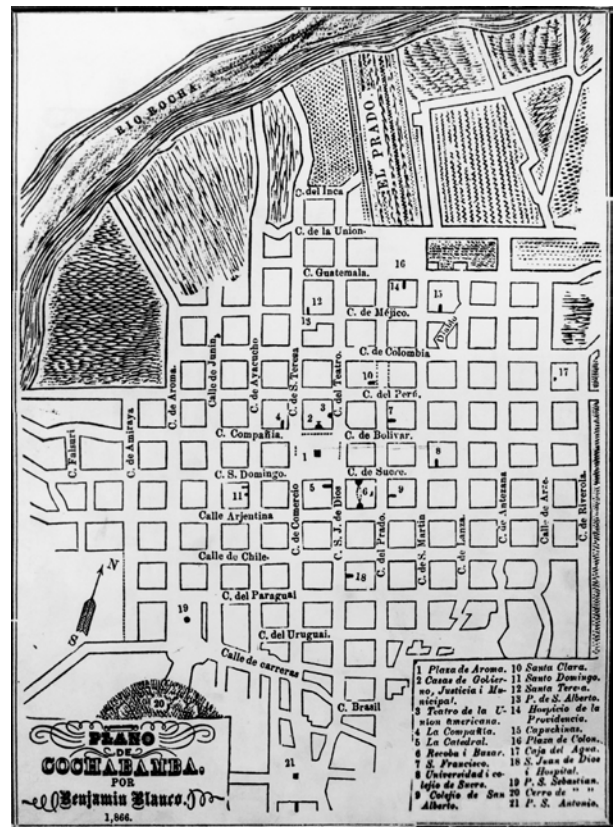


Figura 2

Mapa de Cochabamba, 1844

Fuente: Roberto M. Flores Gonzales, *Mapas, planos y croquis de la ciudad de Cochabamba*

Las dos mujeres que acudieron como testigos eran vecinas de Delmira, ambas, en un mismo testimonio en el juicio, relatan el hecho con palabras diferentes, pero presentan la misma historia:

23 Archivo Municipal de Cochabamba. Expedientes republicanos, Expedientes criminales, volumen 16, documento 11.

Que la noche del veinte estando la declarante sentada en la puerta de su casa se asomó a la declarante hacer orden de que las puertas estén cerradas, que luego vino el herrero Tomas Gonzales y le dijo a dicho Ortega que caminase con él al parque, quitándole en ese acto el sable que tenía en la mano, inmediatamente salió Jorge Carreño y reprendiéndole al citado Ortega que por que trataba de maltratar a su padre Tomas Gonzales, le dio muchos golpes con la mano a dicho Ortega y también su padre le tiro muchas planazos, al mismo con el sable que le habían quitado, a cuyo tiempo salió Delmira y reprendiéndolos a ambos que por que maltrataban entre dos a un hombre contestó Jorge con palabras no oyentes y le tiro un golpe con la mano en la cabeza y le derribo al suelo tirando además dos patadas que asimismo su padre Tomás Gonzales le dio como cuatro cinturonzos, retirándose después ambos sin que haya habido persona que la defienda por estar armado, que una mujer cuyo nombre ignora la alzo del suelo y la llevo solo a la casa de la declarante donde continuó y después de los auxilios que la prestaron volvió en sí y la madre de la paciente con su hermana la condujeron a su casa de ellas.²⁴

En los expedientes republicanos no existe el de Manuel Ortega, el amancio no denunció ni fue como testigo de la agresión de Delmira, quienes acudieron en su defensa en los juicios fueron sus vecinas y también otra mujer desconocida (que no aparece en el documento), que la llevó a su casa inconsciente. Ellas dieron aviso a madre y hermana, quienes pudieron salvarla del aborto que le había provocado la agresión.

Retomando a Lagarde (2006), podemos afirmar que estos tejidos de sororidad con el tiempo se han convertido en pactos políticos implícitos que han buscado y todavía buscan enfrentarse con las opresiones, con las violencias hacia las mujeres, reconociendo los afectos que se han podido construir entre ellas.

1.4. Miguelina, agredida su esposo por celos en una chichería

Miguelina, mientras realizaba un negocio de venta de espejos en medio de la chichería, denunció a su esposo Gregorio Angulo por una herida en la frente hecha con un leño y declaró lo siguiente:

En esta ciudad de Cochabamba, hoy día lunes tres de junio de mil ochocientos treinta y tres años, fue presente una mujer quien dijo llamarse Miguelina, vecina de

esta, de estado casada, de ejercicio hilandera, de edad mayor de treinta años, a quien el Señor Juez le recibió juramento que lo hizo en la forma que sigue juran por Dios y esta señal de la cruz decir verdad de lo que supiereis y no descubrir cosa alguna de las que se os preguntaren, ni de las respuestas que diereis hasta la publicación de probanzas? Sí juro: Si así lo hicieris, Dios os ayude y si no, lo demande. Preguntada con arreglo al auto cabeza de proceso respondió: El día primero del presente como a horas cuatro de la tarde yo estaba concertando venta de unos espejos a mi hermano Nicolas Terán con un hombre incognito de la ciudad de Cliza, con quien mi marido tomó un poco de chicha y luego sin que haya antecedido motivo alguno se me acercó y me tiró con un leño en la frente, delante de varias mujeres como tiene de costumbre maltratarme. Del golpe caí tendida en tierra, y en esta situación me iba y a segundas con otro golpe lo que embarazaron las circunstancias. Después de esto pidieron auxilio los que me favorecieron, y habiendo acudido los gendarmes, lo prendieron a otros mi marido y lo trajeron donde el Señor Juez de Letras, quien dispuso su prisión en la cárcel donde convive.²⁵

Es importante recordar que las chicherías eran espacios de diversión, de negocio, de tertulias, pero también de discusión y violencia. En aquellos lugares, hombres y mujeres solían encontrarse para comer, cantar y bailar, además de beber. D'Orbigny diría que hay un "gusto por la chicha, especie de licor fermentado hecho de maíz, es tan pronunciado, que constituye un artículo de primera necesidad, al mismo tiempo que un gran placer" (1958 [1830]: 67).



Figura 3

Transporte de chicha

Fuente: Melchor María Mercado, *Álbum de paisajes, tipos humanos y costumbres de Bolivia (1841-1869)*

²⁴ Archivo Municipal de Cochabamba. Expedientes republicanos, Expedientes criminales, volumen 16, documento 11.

²⁵ Archivo Municipal de Cochabamba. Expedientes republicanos, Expedientes criminales, volumen 21, documento 13.

Para el desarrollo de este caso, veremos a dos mujeres testigos que presenciaron el acto de violencia. En un principio, Manuela narró en estos términos lo que ocurrió:

Inmediatamente se presentó por testigo a Manuela Terrazas, natural de esta ciudad, de edad no supo dar razón, y al parecer mayor de cincuenta años, de oficio medianera, de estado casada independiente [...] preguntada: Dónde se halló el día primero del corriente, en compañía de que personas, y si sabe o le consta de los maltratos que Gregorio Angulo infringió a su mujer, el motivo y demás circunstancias del caso. Declaró así: El día primero del corriente que se cita me halle en casa de María Salvatierra, madre de la ofendida, en concurrencia de cinco o seis mujeres, incluso esta como también un hombre valluno cuyo nombre y apelativo ignoro entre quienes estábamos tomando chicha; este dicho hombre incognito se hallaba también al mismo tiempo contratando la compra de más espejos y habiendo llegado su marido como a cosa de las cuatro o cinco de la tarde en circunstancias de hallarse conferenciando los contratantes sobre la baja de precio de los espejos, le brindo el valluno un real de chicha a dicho Ángulo de cuyas resultas entresacado este le dio una trompada a su mujer y contestándole este que era un ladrón sin provecho que estaba acostumbrado a maltratarla le tiro aquel con un leño en la cabeza, y le causo la rajadura de que se ha quejado y viendo querido asegurarle la ataje y por y otra mujer denominada Felician para que no lo haga, como en efecto se contuvo.²⁶

Felician declaró también a favor de Miguelina, pues la agresión que su esposo le habría propinado en la chichería no permaneció desapercibida:

Felician Castillo, natural de la Villa de Tarata, de edad no supo dar razón y al parecer como de treinta años, de oficio costurera, de estado soltera, independiente de todo servicio doméstico, que vive en una tienda del barrio de pampa de Carresal [...] dijo: La tarde del día sábado primero del corriente me halle en la casa de María Salvatierra madre de la ofendida Miguelina, ocupada en la costura del asiento de una silla en el patio y dicha casa donde igualmente se hallaba cinco mujeres con quien estábamos tomando chicha y un hombre valluno cuyo nombre y apelativos ignoro, quien existía en la tienda de dicha casa habiendo permanecido en ella desde por lo mañana contratando la compra de unos espejitos con dicha Miguelina en cuya circunstancia llegó el marido esta denominado Gregorio Angulo, y habiéndola

mandado llamar de la tienda donde existían con el valluno, le tiro una patada a su mujer, y contestándole esta que era un ladrón sin provecho, le tiro aquel con un leño y le rajo la cabeza, a que acudieron yo la declarante, Manuela Suterana y el citado valluno por defenderla de mayores maltratos, y disponiéndome a traer un gendarme que en efecto vino conmigo, lo llevó al ofensor a la cárcel, con orden del señor Juez de Letras encerrando según me avisó mi tía Manuela Castellón, con lo que concluyo.²⁷

Finalmente, Gregorio fue sentenciado a un año y seis meses de reclusión, gracias a las mujeres que declararon a favor de Miguelina.

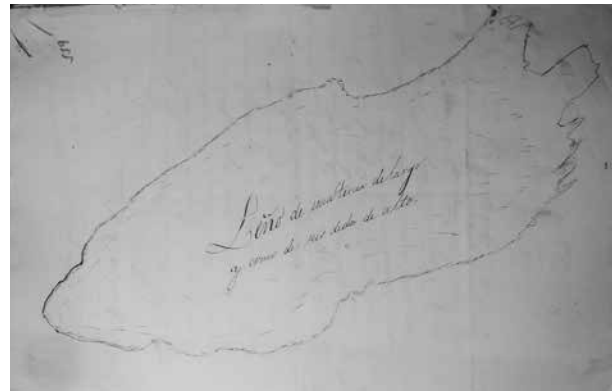


Figura 4

Dibujo del tronco con el que fue agredida Miguelina

Fuente: Expedientes Republicanos. Archivo Municipal de Cochabamba.

Debemos resaltar que la agresión tuvo lugar en la casa de la madre de Miguelina, la chichería. Las mujeres que se encontraban bebiendo chicha eran amigas o conocidas de la madre y la hija, es por eso que la víctima lleva su negocio a ese espacio.

Todas las mujeres que fueron a declarar afirmaron tener algún oficio, entre hilanderas, vendedoras de animales o verduras u otros trabajos. Esto las ponía en una situación económica medianamente estable, pues tenían sus propios ingresos por fuera de sus maridos. Esa independencia económica, como diría Larson, habría permitido a las mujeres “manipular las burocracias gubernamentales, las leyes y el lenguaje para facilitar las transacciones o evaluar sus derechos colectivos” (2000: 53).

1.5. Patriarcado jurídico

1.5.1. *Claudia y su hijo, agredidos por desconocidos*
Claudia y su hijo fueron agredidos mientras dormían. Las únicas personas que vieron a los posibles culpables

26 Archivo Municipal de Cochabamba. Expedientes republicanos, Expedientes criminales, volumen 21, documento 13.

27 Archivo Municipal de Cochabamba. Expedientes republicanos, Expedientes criminales, volumen 21, documento 13.

fueron unas vecinas que, al escuchar el bullicio, salieron de su domicilio y lograron observar a los criminales mientras ellos escapaban. Una de ellas fue testigo por parte de la víctima que se encontraba hospitalizada. Su nombre era Florentina y fue la que salvó de la muerte a Claudia, pues fue a socorrerla. Analizaremos el testimonio de la víctima, para luego leer el relato de la vecina y amiga de Claudia:

En este momento son las dos de la tarde y Claudia se ha presentado expresando que la noche del quince como a horas doce de ella, se ha inferido Pablo Rojas así a ella como a su hijo menor heridas de cuya resultas se hallan en estado de peligrar y para que no quede impune este delito, y recaiga sobre el delincuente la pena de la ley debía mandar, y mando se instruyan el correspondiente sumario de las deposiciones de los testigos presenciales del suceso con la de la demandante paciente todas bajo de juramento con la indagatoria del indicado sin esta calidad, debiendo proceder a estas diligencias el reconocimiento de las heridas que deben practicar los empíricos Antonio Santa Cruz y Diego Claros previa aceptación y juramento en forma; debiendo así mismo reconocer el instrumento con que se cometió el delito, destinándose este al margen en la forma de estilo, hagan saber este a quien corresponda y al alguacil de este para que averiguando por el paradero del supuesto delincuente lo ponga en la cárcel de su cargo en clase de detenido debiendo poner constancia de ello a continuación.²⁸

Como testigo, su vecina Florentina relató lo siguiente:

El día domingo quince como a horas diez poco más o menos dentro a la casa de la paciente Claudia, Pablo Rojas a quien a poco rato hecho de su casa con expresiones de ladrón a que tienes que venir y le tiró con una piedra o terrón y luego correspondió dicho Rojas de donde remaneció [sic] herida en la cabeza y a poco rato se prendieron entre la paciente y Rojas, donde la declarante se acerca apaciguarles y vio ensangrentada todo el cuerpo y no sabe con qué arma haiga hecho las heridas que trae de manifiesto la repetida paciente; y luego se mandó trocar el ya dicho Pablo Rojas.²⁹

28 Archivo Municipal de Cochabamba. Expedientes republicanos, Expedientes criminales, volumen 51, documento 1.

29 Archivo Municipal de Cochabamba. Expedientes republicanos, Expedientes criminales, volumen 51, documento 1.

La vecina de Claudia fue junto a ella a declarar, pues fue la única persona que se habría percatado de la agresión, por lo que la víctima le pidió vaya a los estrados judiciales a contar su versión.

Claudia sostuvo el juicio hasta el final y Pablo Rojas fue condenado (en un primer momento) a seis meses de reclusión. La agredida justificó que el ataque la habría imposibilitado de trabajar y que su curación duraría más de ocho días. En ese sentido, se respaldaba en el Código Penal:

Si la enfermedad o incapacidad de trabajar que resultare de la herida, golpe o maltratamiento de obra no excediese de ocho días, pasando de dos, la pena del agresor será de uno a diez meses de arresto; y de uno a seis meses de reclusión, si mediare alguna de las circunstancias de asesinato (Código Penal de 1834).

Pablo pidió que volvieran a analizar su primera sentencia, pues justificó que la agresión ejercida hacia Claudia y su hijo no superaba los dos días de curación, justificándose en el siguiente artículo:

Si la herida, golpe o maltrato de obra no causare enfermedad ni incapacidad alguna de trabajar, o la causare tal que no pase de dos días, el agresor será castigado con arresto de quince días a dos meses y con doble tiempo si mediaron las circunstancias de asesinato (Código Penal de 1834, artículo 525).

Es por este motivo que salió en libertad antes, a pesar que la agredida continuaba con el juicio. En efecto, el juez decidió liberarlo y solo le impuso una multa después de 15 días de reclusión.

1.5.2. Francisco Revollo, agresor de su suegra y cuñada
Otro caso es el de Francisco Revollo, quien habría agredido a su suegra y cuñada. Esta deducción fue realizada por la suegra, que afirmó que tenían problemas previos, por lo que él quería vengarse:

... es cierto que yo fui herida con un sable en la casa a horas cinco poco más o menos que no tengo presente; por parte de noche y como estábamos con mi citada hija a oscuras de sorpresa entraron dos hombres incógnitos y acercándose uno de ellos me tiró con el sable en la cara y me infirió una herida grave como de igual modo a mi hija que le hirió en la boca gravemente, como en aquel entonces hubiere estado a malas con mi dicho hijo político Francisco Rebollo presumí que él fue el autor de las

heridas que se nos infirió y averiguada la cosa a ese acto mi hijo político no había sido el mediante pruebas que dio ante el Señor Juez de Letras que no tengo presente y me sano la herida en tres semanas que me curaron en el hospital y según tengo expuesto no hubo el más leve motivo sino que aquellos dos hombres incógnitos entrando a mi casa cometieron tal hecho.³⁰

La suegra inició una denuncia contra el yerno ya que sospechaba que era el agresor de ella y su hija, pues lo único que sabía era que entraron dos hombres a su domicilio.

Francisco respondió diciendo: “Estuve en los lugares de Santa Cruz, con el giro de mi comercio tratando con varias personas de aquel lugar en pro de mi viaje; ignoro quien o quienes hayan inferido heridas a las citadas Terán y García, como también el motivo por qué y lo demás de esta pregunta”.³¹ Este testimonio fue suficiente para dejarlo libre.

Estos dos casos pueden ser entendidos como

30 Archivo Municipal de Cochabamba. Expedientes republicanos, Expedientes criminales, volumen 26, documento 19.

31 Archivo Municipal de Cochabamba. Expedientes republicanos, Expedientes criminales, volumen 26, documento 19.

una prueba del patriarcado jurídico que define Luis Bustamante Otero:

Las restricciones no impedían que las mujeres adultas tengan derecho a manejar sus propios asuntos legales y participar en actividades públicas como comprar, vender, arrendar, donar propiedades, prestar dinero, administrar propiedades iniciar litigios o aparecer como testigos; por lo tanto, las acciones legales de una mujer tenían la misma validez que la de un hombre (2018: 56).

Si bien Bustamante menciona más que todo a las mujeres en sus derechos a la obtención de propiedades, el concepto es válido para comprender el acceso a la justicia por parte de estas aquellas que fueron agredidas, pues tenían derecho a presentar una querrela.

Estos dos ejemplos nos pueden ayudar a entender un sistema judicial que deja impunes a los agresores de las mujeres. Vemos que ellas, a pesar de no cumplir con los requisitos de la ciudadanía, denunciaron, aunque no se castigó a los presuntos agresores. En efecto, su culpabilidad fue discutida y rechazada, dejando así los hechos de violencia impunes.

2. Resistir para re-existir. Mujeres en los estrados judiciales

Como hemos podido constatar, las redes de mujeres que se han ido tejiendo en la historia para buscar justicia frente a los distintos tipos de agresiones están presentes en los juicios del siglo XIX. Es por eso que es importante afirmar que estas denuncias pueden ser consideradas como una transgresión de lo social, lo moral y lo jurídicamente establecido en la época, pues, en general, las mujeres, y en particular las indias y las cholitas, no gozaban de los mismos derechos que los hombres de élite.

Las protagonistas de este trabajo son económicamente activas y, en muchos casos, tenían oficios y negocios. Es por ello que es menester notar cómo llegaron a articular redes en búsqueda de justicia.

Es evidente que ellas rompían con el molde de la “mujer ideal”,³² pues subvertían los ideales de la subordinación patriarcal y rompían con un orden simbólico aceptado social e histórico. Es más, no se mostraban frágiles ni inferiores ni cercanas a los mandatos de la Iglesia, sino más bien, ellas no toleraban el maltrato hacia las mujeres que conocían o con las que tenían parentesco. Asimismo, tenían independencia económica y transitaban los espacios público-privados y rurales-urbanos con soltura. Estas características les dieron las herramientas para rebelarse frente a la opresión y apropiarse de la norma o, también, contratar tinterillos³³ para que las representaran legalmente.

Al romper con el tipo ideal de mujer, ellas también rompían la ley, pues la moralidad, el honor, estaban presentes:

Aquí se encontraba también una concepción de que el individuo está conformado por tres partes: el cuerpo y por lo tanto todo lo que va en contra de él, como muertes y abusos; el honor-fama y lo que atenta contra él como las calumnias y las injurias; finalmente, la propiedad y los actos que atentan contra ella. Aquí volvemos a encontrar el lazo y relación entre la ley y el honor, distinguiéndose precisamente las tres partes: los castigos corporales, no corporales y pecuniarios (Barragán *et al.*, 1999: 88).

Las cholitas del siglo XIX fueron más allá de las restricciones que podrían estar planteadas en el papel, como lo era la normativa penal. Ellas fisuraron el sistema patriarcal predominante, desde donde se les obligaba a vivir bajo la custodia masculina, como menores de edad que debían estar bajo el amparo de un varón. Efectivamente, ellas lo retaron a diario, se enfrentándose a distintos tipos judiciales, denunciando y manejando los términos legales gracias a sus tinterillos. Todo lo mencionado anteriormente puede ser corroborado con los documentos de archivos y, especialmente, mediante expedientes criminales y expedientes ejecutivos (que ahora conocemos como civiles) donde se encuentran los resabios de la historia documentada.

Investigaciones como las de Rossana Barragán, Beatriz Rossells o María Luisa Soux nos acercan a lo que fue el derecho masculino al castigo de su prole. Este derecho a castigar por parte del patriarca debía ejercerse con moderación, algo que la ley permitía. Sin embargo, muchas mujeres murieron asesinadas por sus parejas en castigos correctivos excesivos. En específico, los cónyuges o amancijos tenían una particular fijación por inscribir su jurisdicción en partes específicas del cuerpo femenino, como el caso que vimos donde la causa de muerte es por un palo en el útero.

32 Pensándola como un ser homogéneo, desde ese lugar, todas las mujeres deberían ser recatadas, silenciosas, dedicadas a labores domésticas, entre algunas de las características generales, particularidades que se cuestionan en este escrito.

33 Persona que se dedicaba a la abogacía sin ser de la profesión, pero que sabía leer y escribir, y además conocía la normativa.

Si bien la configuración en la sociedad era canónica —lo que implicaba tolerancia al castigo en contextos específicos—, muchas mujeres no se silenciaban frente a ellos y subvertían los ideales femeninos de la subordinación patriarcal. Por lo que vimos al desarrollar este escrito, fueron mujeres que vivieron algún tipo de violencia en carne propia o fueron mujeres cercanas a ellas quienes la sufrieron, por lo que se convirtieron en activas partícipes de las denuncias.

Frente a ello, también tenían una independencia económica y —por qué no decir— emocional, que les había permitido salir al espacio público. Esto les permitió tener varias redes de apoyo y de solidaridad que no solo eran familiares, sino también con amigas y vecinas que las defendían frente a agresiones o que denunciaban a esos agresores y finalmente solventaban los juicios ya sea económicamente o como testigos.

Esta individualización femenina, como sostiene Ana Lidia García Peña, sería un “proceso del sistema filosófico que considera al sujeto el fundamento y fin de todas las leyes y relaciones morales y políticas de la sociedad. En la práctica se materializa en el desarrollo y resguardo de la persona, sus bienes e integridad” (2006: 33). Por lo que habían roto las “cadenas de la vigilancia y el control masculino por parte de los padres, hermanos, esposos y hasta amantes” (Bustamante, 2018: 124).

Pero esto se ve cuestionado, roto, por las complicidades tejidas entre mujeres pues:

... no se trata de que nos amemos, podemos hacerlo. No se trata de concordar embelesadas por una fe, ni de coincidir en concepciones del mundo cerradas y obligatorias. Se trata de acordar de manera limitada y puntual algunas cosas con cada vez más mujeres. Sumar y crear vínculos. Asumir que cada una es un eslabón de encuentro con muchas otras y así de manera sin fin. Al pactar el encuentro político activo tejemos redes inmensas que conforman un gran manto que ya cubre la tierra, como el que pintara Remedios Varo. La sororidad es un pacto político entre pares. El mecanismo más eficaz para lograrlo es dilucidar en qué estamos de acuerdo y discrepar con el respeto que le exigimos al mundo para nuestro género. Los pactos entre nosotras son limitados en el tiempo y tienen objetivos claros y concisos; incluyen, también, las maneras de acordarlos, renovarlos o darles fin. Al actuar así, las mujeres ampliamos nuestras coincidencias y potenciamos nuestra fuerza para vindicar nuestros deseos en el mundo (Lagarde, 2006: 126).

Las sororidades en la historia nos permiten rescatar las complicidades y pactos implícitos que se han ido estructurando en los siglos anteriores: las prácticas entre mujeres y sus testificaciones en los juzgados cochabambinos ofrecen una nueva perspectiva que se necesita para enfrentar el discurso de enemistades femeninas. Es más, esta sororidad ancestral inspira y sostiene las luchas actuales, pues este nuevo devenir histórico muestra a mujeres que superaron sus miedos y dijeron no a la violencia machista.

Conclusión

Si bien Marcela Lagarde plantea la sororidad solo dentro de las condiciones de modernidad y dentro de la política macro, es importante mencionar que las fuentes a las que nos remitimos son una prueba fehaciente del pacto entre mujeres en la historia: las madres, hermanas, vecinas, conocidas y amigas han sido importantes sujetas históricas que han denunciado las violencias hacia las mujeres poniendo, sobre la mesa de los estrados judiciales, sus demandas y exigiendo justicia.

Las historias relatadas en este trabajo demuestran empatía y búsqueda de justicia entre mujeres. Es importante destacar que los lazos de sororidad que se han ido tejiendo en distintos contextos y temporalidades van más allá de las redes familiares, que más bien se ven fortalecidas gracias a los testimonios de otras mujeres en los expedientes judiciales.

Si bien el ensayo retrata la violencia hacia las mujeres en el siglo XIX, lo que se quiso demostrar es que, frente a las agresiones, asesinatos violentos y la justicia patriarcal, existe una respuesta clara que se tradujo en una articulación femenina. Es por eso que, pese a la vastedad de estudios referentes a las violencias hacia las mujeres, es importante sacar a la luz muchos vacíos que aún pueden existir, superar el paradigma de la víctima pasiva y reconocer que las mujeres de estratos populares son protagonistas de primer orden en la historia oficial. A través de estas líneas, no solo vimos a mujeres madres, hermanas, amigas y vecinas, sino también a trabajadoras, viajeras, boconas, fiestas, rebeldes.

Sobre las acciones legales y de justicia que desplegaron, podemos resaltar que la actitud de denuncia y de buscar a los agresores o asesinos demuestra que las mujeres no fueron víctimas pasivas, inofensivas, indefensas de la historia. El que ellas acudiesen a los estrados judiciales para defender su integridad y la de

sus hijas, hermanas, amigas, vecinas, era un desafío a la autoridad masculina y, gracias a su persistencia, sus demandas fueron atendidas, dejando importantes testimonios que nos llegaron hasta el día de hoy.

Cabe recalcar que no se niega la violencia patriarcal presente en el siglo XIX (y que perdura en la actualidad), sino que este ensayo quiere demostrar las resistencias históricas por las que las mujeres han sobrevivido: la construcción de ese trenzado de redes, de estrategias y de dinámicas desplazadas en la historia, que han sido emanadas de ellas mismas. Asimismo, es importante mencionar que este trabajo no pretende ser una romantización de las mujeres y menos de las cholas, sino que presenta una parte de la realidad que ellas han vivido en el siglo XIX: que este escrito sea una inspiración para más investigaciones que cuestionen las historias hegemónicas.

Finalmente, este trabajo pretende ser un bosquejo reivindicatorio para todas las mujeres de estratos populares, que por mucho tiempo la historia oficial ha puesto en un lugar apacible, sin capacidad de toma de decisiones, analfabetas e ignorantes. Todas las páginas que se desarrollaron desmienten eso, de ahí la importancia de seguir profundizando en este tipo de aproximaciones. Estas mujeres han dejado un legado de rebeldía y transgresión, una herencia las semillas de resistencia frente al sistema patriarcal.

¿Qué sería de las mujeres sin nuestras madres, hijas, abuelas, sin nuestras parientas?

¿Qué sería de nosotras sin nuestras compañeras y nuestras amigas?

¿Qué sería de nosotras sin nuestras ancestros?

Marcela Lagarde

Bibliografía

- Barragán, Rossana
1999 *Indios, mujeres y ciudadanos. Legislación y ejercicio de la ciudadanía en Bolivia (siglo XIX)*. La Paz: Fundación Diálogo/Embajada del Reino de Dinamarca.
- Bustamante, Luis
2018 *Matrimonio y violencia doméstica en Lima colonial (1795-1820)*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Campos, Alicia
2012 *Hacia una nueva construcción del feminismo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- D'Orbigny, Alcides
1958 [1830] *Viajes por Bolivia*, tomo I. La Paz: Ministerio de Educación y Bellas Artes.
- Foucault, Michel
1992 *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones de la Piqueta.
- García, Ana Lidia
2006 *El fracaso del amor. Género e individualismo en el siglo XIX mexicano*. Ciudad de México: El Colegio de México/UNAM.
- JAAS, Asociadas por lo Justo
2012 *Diccionario de la transgresión Feminista*. Ciudad de Guatemala: JAAS, Asociadas Por lo Justo.
- Lagarde, Marcela
2006 *Pacto entre mujeres. Sororidad*. Madrid: Coordinadora Española para el Lobby Europeo de Mujeres.
- Larson, Broke
2000 *Cochabamba (Re)construcción de una historia*. Cochabamba: CESU/UMSS.
- Scott, Joan
2008 [1986] *El género: Una categoría útil para el análisis histórico. Género e historia*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica/UNAM.

Fuentes primarias

Archivo Histórico Municipal de Cochabamba José Macedonio Urquidi
Expedientes republicanos
Código Penal de 1834

CRÓNICA PERIODÍSTICA

Jurados: Estefani Huiza Fernández, María Silvia Trigo Moscoso y Susana Bejarano

CRÓNICA PERIODÍSTICA

Nota a la edición **Voces femeninas**

Kurmi Soto

Es por todos sabido que las noticias de feminicidios y violaciones inundan los medios de comunicación y que se han vuelto, estos últimos años, en algo tan frecuente que apenas vislumbramos su dimensión. Sin embargo, es necesario preguntarse quién habla detrás de estos reportajes, quién se expresa detrás de estos sucesos. Y es que muy pocas veces se le da cabida a las voces femeninas y menos aún en la prensa tradicional. De ahí la urgencia de fomentar un periodismo que devuelva a estas protagonistas su lugar, pero que también les permita transmitir su sensibilidad con respeto y comprensión. Así, esta séptima convocatoria del concurso Letras e Imágenes de Nuevo Tiempo estuvo destinada a reflexionar sobre las mujeres y sus luchas, sus culturas y sus memorias, desde distintos géneros, entre los cuales destaca la crónica periodística.

Los tres ganadores en esta categoría nos presentan retratos íntimos y contados en primera persona que recuperan la delicadeza y la ternura de sus interlocutoras. A través de sus textos, el lector puede escu-

char sus historias de vida y acercarse a las experiencias de estas mujeres que han luchado y que luchan desde sus lugares. En “Pilar Reyes busca justicia”, Álvaro Montoya-Ortega sigue los pasos de una madre que ha perdido a su hija y que, ahora, no solo debe enfrentarse a los culpables, sino también a todo un sistema que perpetúa la impunidad. Por su parte, Santiago Espinoza nos presenta a Marisol Díaz Vedia, una artista polifacética que ha bregado por hacerse un lugar en el mundo de la música. A pesar de un talento único y un vínculo profundo con el canto, ella ha tenido que recorrer un camino largo y difícil para llegar hasta donde se encuentra. Y, por último, Martha Irene Mamani se centra en Gerarda Bautista, conocida como Gerardina, una anciana oriunda de una comunidad rural cerca del lago Titicaca, pena por recibir ayuda, a pesar de mantenerse vigorosa a sus 90 años. Así, estos ejemplos, cada uno centrado en personalidades claras y fuertes, también nos reflejan el rostro de miles de otras bolivianas: incansables, decididas y valientes.

Pilar Reyes busca justicia

*Álvaro Montoya Ortega**

* Álvaro Montoya Ortega (Potosí, 1996). Es periodista. Formó parte del equipo de detección de noticias falsas ChequeaBolivia y ha colaborado con *Los Tiempos*, *El Potosí*, *Página Siete*, *Rascacielos* y *Dicen por Ahí*, entre otros. Integrante de la quinta generación de la Red Latinoamericana de Jóvenes Periodistas de Distintas Latitudes. Además, es autor de los relatos *200cc* (2019) y *Aprendiendo* (2021).

Vivir en duelo es esto: nunca estar sola.

Cristina Rivera Garza

El invencible verano de Liliana

Hay un mantel celeste con dibujos temblorosos. Lo pica con el índice una y otra vez. El calor es asfixiante. A esa hora de la tarde, el vidrio templado que hace de pared en el cuarto en el que vive Pilar con sus dos hijos recibe el sol directamente, lo baña de una luz blanca y pulcra. Antes era la tienda de una estación de servicio que fue decomisada al narcotráfico.

Están colgadas sábanas azules y pedazos de tela para evitar ser observados desde la calle. Al lado de la entrada hay una pequeña cocina azul con dos hornillas y al fondo un catre de hierro con detalles dorados arrinconado contra la pared, dónde duermen los tres.

—Antes mi vida era tranquila, antes de que le pase eso a mi hija, era feliz —dice Pilar en quechua mientras sigue picando el mantel. Su cuerpo es huesudo al tacto. Mastica coca mientras una lágrima se desliza sobre su pómulo. La atrapa con su mantilla.

La pared contraria a la de vidrio está llena de las manualidades que Jhoel hace en la escuela: origamis de gatos, conejos y peces; posters educativos con las tablas de multiplicar y el cuadro con las fotos de María que Pilar lleva a todos los juicios y entrevistas.

Una adolescente morena con un vestido rojo y ambos brazos en la cintura. En otra foto, lleva un top blanco y un short mientras sonrío sosteniendo un balón de fútbol. Esas fotografías son las que siempre publican los medios de comunicación para acompañar las notas que le hacen a Pilar.

En una caja de madera hay más: María cargando a un Jhoel bebé; peinándose mientras se mira en el espejo; con su vestido rojo y zapatos perlados mirando algo afuera de un coliseo, esperando su turno para entrar.

María era conocida en Toco y Cliza por ser reina de belleza. Casi siempre era elegida por sus compañe-

ros para representar a su curso o su colegio. Era alta y delgada, de sonrisa amplia. Silvia es su hermana mayor, aunque es más pequeña y de cabello ondulado. Tiene un aire a María.

Cuando vivían en Toco, Pilar se dedicaba al comercio de ganado, mientras Silvia y María ganaban dinero ayudando a comerciantes después del colegio en Cliza, un municipio cercano en el que María iba al colegio y donde conoció a Omar, su novio.

Silvia lo frecuentó poco, lo veía caminar rodeado de amigos por la calle, pero nada más. Escuchó en otras ocasiones de Wander Rap, pero no sospechaba que Omar pudiera estar en aquella pandilla.

El domingo 13 de marzo del 2016, María fue a trabajar como acostumbra, era día de feria.

Aquel día, Cliza era un hormiguero. Las palabras se abultaban y formaban algo parecido a una masa casi palpable de murmullos, música chicha y cantos dominicales que escapaban de la iglesia.

Las personas se movían entre celulares último modelo y pollo crudo, camiones que descargaban verduras y montones de naranjas apiladas en las que la gente dormía. Se oía a negociantes regatear y megáfonos que anunciaban ofertas, una y otra vez.

María estaba en su puesto de trabajo entre esa muchedumbre cuando la abordaron para convencerla de ir a la feria de la ambrosía en Ana Rancho, una comunidad cercana.

Dudó por unos instantes, pero estarían sus compañeros de clase y Omar.

En la esquina que forman la avenida San Martín y la calle Jordán se eleva el Tribunal Departamental de

Justicia de Cochabamba. Un mamotreto guindo en el que aún quedan vestigios de la última protesta feminista por el Día Internacional de la Mujer: “*Wañuchun* justicia patriarcal” en dorado.

Temprano por la mañana, comienzan a llegar los jueces, fiscales y vocales en vagonetas negras con vidrios polarizados que se internan en el edificio. Las personas que pernoctaron para lograr algún cupo empiezan a silbar pidiendo a los guardias que abran las puertas.

Las calles contiguas son sitiadas por comerciantes con carretillas azules y taxis Toyota Corolla modelo 97 desde los que descargan mercancías. Los puestos de papelería, frutas y desayuno dejan un espacio milimétrico en la acera, por el que la gente maniobra para pasar.

Una toma cenital desde el aire sería similar a una tomografía que revela coágulos tapando arterias, pero tan solo es la fracción de una ciudad calurosa y enferma.

Dentro, en el Tribunal de Sentencia N°3, David Henry Flores comienza su argumentación repitiendo lo que dijo Pilar el primer día del juicio.

—Nos encontramos buscando justicia —dice, mientras sostiene sus gafas con una mano y la otra forma una cruz con los dedos. Lleva un traje negro acartonado. La camisa se le abulta en el estómago sobre un cinturón de cuero.

Sentado a su lado, está el abogado del Ministerio de Gobierno que dormita y los del Ministerio Público que revisan detenidamente sus celulares, el abogado del Consejo de la Magistratura y el abogado de la Comisión de Justicia Plural del Senado que participa de manera virtual.

Pilar está en la primera fila de asientos, sostiene su cabeza con la yema de los dedos arrugando la piel de su frente. La sostiene como si fuera a caer y estallar.

Cuando le toca declarar, la vocal Mirtha Montaña escupe artículos y palabras elaboradas. Lenguaje cifrado con el que se blindo, con el que se justifica. Es como un rezo, ensayado varias noches antes frente al espejo de su habitación.

Montaña es pequeña y regordeta, de voz gruesa y filtrada, como si hablara detrás de un biombo. Usa un saco marrón y un barbijo rojo que parece navideño. Uno de sus dos abogados fue juez y docente universitario, se nota cuando interviene. Es el cuarto día del juicio contra ella, por haber permitido que Omar dejara la prisión en 2021.

Aquel domingo 13 de marzo de 2016, después de haber sido convencida por unos amigos para ir a la feria de la ambrosía en Ana Rancho, María del Carmen no regresó a su hogar.

Al día siguiente, Silvia se percató de que su hermana aún no había vuelto, pero debía ir a clases.

En su curso, escuchó a uno de sus compañeros hablar sobre una pelea entre Wander Rap y los Mata Chivos, un grupo rival. Silvia no prestó atención. En el Valle Alto, no era extraño escuchar que Wander Rap peleara, robara o matara a alguien.

Silvia no dejaba de llamar a María cuando tenía algún momento libre para saber si ya había regresado a casa.

Después de intentar varias veces y buscarla junto a su familia, Silvia decidió preguntarle al compañero que había presenciado la pelea de Wander Rap por si sabía algo.

Él le contó que había visto a Omar y su mejor amigo Nahuel acompañados de una chica bonita la tarde antes de la pelea. Cuando Silvia le acercó una fotografía de María en su celular, le confirmó que era ella.

La diputada Toribia Lero y Pilar están sentadas en el piso de cerámica roja afuera del Tribunal de Sentencia N°3 mientras los jueces deliberan. Ríen. Hay poco espacio para la risa en esas situaciones, pero se han visto tanto las caras que es casi imposible que no despierte un sentimiento de familiaridad.

Toribia Lero es diputada por Cochabamba e indígena quechua al igual que Pilar. Lleva un sombrero negro con detalles de la bandera nacional y un aguayo con el bordado de un lagarto verde, casi fosforescente. Silvia y otras personas gravitan alrededor mientras hablan.

Todas esas palabras en quechua que intercambian suenan como un diálogo cifrado, agua que se filtra y las personas alrededor no logran retener en las manos. Es exactamente lo que le pasó a Pilar durante todos esos años acudiendo a tribunales y comisarías.

El juicio a Montaña no fue la excepción, le brindaron dos traductores que cometieron errores groseros y que la jueza, que hablaba quechua, tuvo que corregir. Casi no se supo qué quería o qué buscaba Pilar.

En varias ocasiones después de las sesiones se acercó a Silvia para preguntarle cómo iba el juicio, pese a que ella estuvo ahí todo el tiempo.

Pilar no fue al colegio, no sabe leer, no sabe escribir y su idioma materno es el quechua, como miles de bolivianos que son excluidos de la justicia, la salud y la educación por no hablar español.

Pilar sabe de otras cosas, de negocios y agropecuaria. Cuando entra a un tribunal experimenta por horas lo que las personas alrededor de ella experimentaron por unos cuantos minutos. Una nube de sonidos erráticos que chocan y te hacen sentir extranjero, que te mandan a años luz de personas que tienes enfrente.

Ha pasado más de una hora. Los jueces siguen deliberando. Llegan varios medios de comunicación afuera del tribunal. Radios, canales de televisión y diarios.

Mujeres de Fuego, el colectivo que apoya a Pilar y la deja vivir en su sede, también está ahí. Se toman una fotografía junto a ella y Toribia Lero, la fotografía apacible en la que sonrían antes del desastre.

—¡Tía, tía, habían encontrado a la María muerta! —gritó el sobrino de Pilar mientras iba desesperado hacia ella. Detrás de él, corría el portero del colegio de María con una pequeña bolsa de nylon negra.

Era jueves 17 de marzo del 2016, habían pasado cuatro días desde la desaparición de María. Pilar y su familia ya habían recorrido todos los municipios cercanos buscándola.

En la estación de policía de Cliza, el investigador asignado al caso les dijo que lo más probable era que María hubiera escapado con uno de sus novios y que no atendería a Pilar porque no entendía quechua.

Después de mucha insistencia consiguieron que un sargento de la policía en Punata programara un rastillaje a cargo de los conscriptos del regimiento de infantería Víctor Ustariz para el día siguiente.

Pero encontraron a María antes. El corregidor de Ana Rancho recolectaba alfalfa esa mañana cuando vio con curiosidad como una pareja bajaba de una motocicleta para internarse en los maizales detrás de la escuela de la comunidad.

Después de varios minutos regresaron con una bolsa negra y al verse descubiertos se cubrieron el rostro y huyeron. Eran compañeros de curso de María y miembros de Wander Rap.

Le hicieron llegar la bolsa al portero del colegio de María, indicándole que habían encontrado el cadáver después de soñar que ella los guiaba hacia ese lugar.

Dentro de la bolsa estaba la capucha de su chaqueta, un moño y uno de sus zapatos.

La sala se llena de periodistas sudorosos que sostienen cámaras y susurran a sus micrófonos. Montaña está en silencio y jugando nerviosamente con sus manos, un pulgar sobre el otro en círculos.

Hay un silencio pegajoso apenas interrumpido por el clic esporádico de una cámara. Los jueces entran en fila y se sientan en el estrado.

Absuelven a Montaña de los delitos de incumplimiento de deberes en protección a mujeres en situación de violencia y prevaricato aludiendo insuficiencia de pruebas, y la condenan a un año de prisión en la cárcel de San Sebastián Mujeres por incumplimiento de deberes.

La sala se queda en silencio por unos segundos, como si las paredes fueran un estómago digiriendo aquellas palabras. En la ley penal boliviana, toda sentencia igual o menor a tres años no se paga con cárcel debido al perdón judicial.

Pilar se levanta y comienza a gritar. No son gritos violentos, sino de indignación. Ella no entendió el largo discurso de la jueza. Tan solo supo que Montaña no entraría a prisión cuando, tras esos segundos suspendidos, Toribia Lero se lo dijo en quechua. Las integrantes de Mujeres de Fuego se unen a Pilar y comienzan a gritar también.

La asistente de la jueza comienza a rogar a los policías que las expulsen. Los uniformados empiezan a gritar y agitar los brazos.

Afuera el organismo de cámaras y micrófonos rodea a David Flores, que habla. Pilar se pone de rodillas mientras continúa gritando con el retrato de María en las manos. El organismo se separa hambriento, como si una gota de sangre en el agua habría llamado su atención, algunos tropiezan con otros periodistas que no saben qué grabar primero.

Montaña se queda en la sala del tribunal con una sentencia que no tiene relación con los delitos por los que la acusaron, pero que es suficiente para alejarla de su cargo como vocal. Aunque puede y seguro apelará.

Después de que Silvia y Pilar confrontaron a Nahuel, este admitió que estuvo con María y Omar antes de

su desaparición. Tenía el celular de María con él, por lo que Pilar lo denunció ante la policía.

También obligó a los compañeros de María que aparecieron con su ropa a que le mostraran el lugar donde la habían encontrado.

Fueron a toda velocidad en una vagoneta que casi se descarrila y los mata. Anochece cuando llegaron. Hacía calor. Avanzaron empujando maizales ásperos que crujían y acompañaban la estridulación de las cigarras.

Cerca de un pequeño silo de adobe, los maizales estaban destrozados. Encontraron a María en medio de pisadas de distintas suelas y tamaños. Huellas adolescentes desparramadas en círculo alrededor de su cuerpo, cubierto de pintura negra para que no pudieran reconocerlo. Entre el lodo y la ropa dispersa, casi al lado de sus pómulos y como si la tierra misma se hubiera apiadado, nacían flores silvestres.

Tras el descubrimiento sonó la campana del templo de Ana Rancho por varios minutos, un sonido hondo y fuerte. Una multitud comenzó a acercarse. Llegaron autoridades y medios de comunicación. Las patrullas lanzaban ráfagas de luz azul y roja que peinaban la noche.

Cuando levantaron a María uno de sus brazos se columpió sin ofrecer resistencia, se lo habían roto en su intento de defenderse. Le faltaban mechones de cabello, tenía rasguños y signos de haber sido asfixiada.

Silvia no recuerda más porque se desmayó.

Desde que se promulgó la Ley 348 en 2013, que introdujo el tipo penal de feminicidio, en el país, se contabilizaron 945 mujeres víctimas de la violencia machista de sus parejas, de familiares, gente cercana y desconocidos. Una violencia que devora a más de 100 mujeres bolivianas al año.

Tras la liberación de Omar en 2021, Pilar logró que David Flores le ayudara a interponer un amparo constitucional para así revocar la decisión de la vocal Mirtha Montaña, pero cuando lograron una nueva orden de aprehensión, Omar había escapado.

Temiendo que Omar cumpliera sus amenazas de matar a sus otras hijas, Pilar y el resto de su familia huyeron de su hogar en Toco. Silvia y Jhoel permanecieron a su lado y se mudaron con ella a Cochabamba.

Tras la mediatización del caso, las instituciones judiciales en pos de defender una reputación que creen tener se sumaron a la denuncia de Pilar contra

Montaña, acusándola de haber cometido prevaricato e incumplimiento de deberes en protección a mujeres en situación de violencia.

Circularon decenas de cartas e informes de casi toda la estructura judicial que, tras la resolución del Tribunal Constitucional, cayó en cuenta del accionar irracional de Montaña.

Cuando la detención domiciliaria de Omar fue revocada y la policía fue a buscarlo a los domicilios que había registrado, ya no había rastro de él. Su familia negaba haberlo visto.

Se sospecha que aquel joven moreno y delgado que había recibido la confianza de la vocal para dejar la prisión abandonó el país.

Montaña no solicitó un escolta policial para Omar, los únicos requisitos para liberarlo fueron que se presentara todos los lunes en Fiscalía a firmar y registrarse en el padrón biométrico, además de pagar una fianza de 100.000 bolivianos, más de 44 veces el sueldo de un trabajador promedio en Bolivia.

Lastimosamente, Pilar no es la única que ha sido desilusionada por la justicia boliviana.

El 27 de enero del 2022, la policía recapturó a Richard Choque Flores, feminicida y violador serial sentenciado que había sido liberado por un juez de La Paz.

Choque Flores fue liberado tras pagar 3500 dólares, que se repartieron entre el juez, dos abogadas, y un médico que falsificó el certificado que permitió que Flores se beneficiara del artículo 196 de la Ley 2298 de Ejecución Penal y Supervisión.

Dicho artículo señala que, de tener una enfermedad terminal, los privados de libertad pueden pasar el resto de sus condenas con arresto domiciliario. Después de su liberación, Richard Choque Flores mató a otras dos adolescentes.

La Comisión de Revisión de Casos de Violación y Feminicidio, creada por orden del presidente Luis Arce Catacora tras el revuelo que causó el caso Choque Flores, encontró otros 38 casos irregulares en el que personas sentenciadas a prisión por narcotráfico, feminicidio, asesinato y violación fueron liberadas por consorcios de profesionales que cobraban miles de dólares para falsificar certificados médicos y psicológicos.

Teresa Edid Valenzuela, culpable del secuestro y asesinato de una adolescente en Potosí, Abraham Peters Dyck, condenado por la violación de 150 mujeres y menores de edad en su colonia menonita, Denis Esmeralda condenado por narcotráfico, Seferina Quispe,

encerrada por asesinato, Ariel Roger Mora, feminicida, Felipe Froilán Molina, encerrado por terrorismo, levantamiento armado y asesinato, fueron liberados tras pagar sumas de hasta 20.000 dólares.

Bolivia es uno de los peores lugares para buscar justicia. En el Índice de Estado de Derecho realizado por el Proyecto de Justicia Mundial, Bolivia se encuentra en el puesto 129 de 139 países.

El gran problema de la justicia boliviana es su poca asignación presupuestaria. En los últimos tres años el dinero destinado a la administración judicial no ha llegado ni al 0,5 por ciento del presupuesto general.

Además de estas carencias, estructuralmente las mujeres son más vulnerables a la hora de buscar justicia en el país. Entre 2013 y 2021, solo el 31 por ciento de los feminicidios en Bolivia han recibido una sentencia condenatoria.

Igualmente, según el informe Estado de la Justicia en Bolivia, el 2018 ingresaron más 42.000 casos de violencia contra la mujer a estrados judiciales, de los que solo 274 recibieron una sentencia, es decir, el 0,69 por ciento.

Esto se debe a la extrema mora procesal ocasionada por la falta de apertura de juzgados especializados en violencia hacia la mujer y la deficiente formación de las autoridades judiciales en la aplicación de la ley con perspectiva de género.

Todos estos factores se suman al hecho de que llevar un juicio en Bolivia es extremadamente caro, con honorarios por caso que van entre los 3000 y 8000 dólares. Pilar llevó 22 contra los asesinos de María.

El arancel mínimo de honorarios profesionales de la abogacía, publicado por el Ministerio de Justicia, señala que un procedimiento por delitos de acción penal privada cuesta 5000 bolivianos en Cochabamba, aunque ese es el mínimo y muchos abogados no respetan los aranceles.

Además de los abogados, Pilar tuvo que pagar la alimentación de los 250 policías que vigilaron a los 22 pandilleros y la gasolina de los automóviles que los transportaron para realizar la reconstrucción de aquel día que violaron y mataron a su hija, después de que esta se negara a tener relaciones sexuales con diez pandilleros para ser parte de Wander Rap.

Pilar también pagó el crédito telefónico utilizado por los investigadores, la comida de los testigos y los más de 205 kilómetros que recorrió a diario desde Toco hasta los tribunales de Arani, Tiraque, Punata, Cliza y Tarata siguiendo juicios, detenciones y apelaciones durante más de seis años.

Pilar hipotecó su casa, vendió su ganado, su cocina y su garrafa. Tomó préstamos bancarios y de usureros que la han golpeado en varias oportunidades por no poder pagar.

Lo dio todo por lograr la sentencia de Omar Ordoñez el 31 de agosto del 2017, a 30 años de prisión por feminicidio, al igual que José Alfredo Yáñez Andía, Martín Taraña Cruz, Sergio Pinto Torrico y José Richard Veizaga Arias, por violación agravada y asesinato. Además de las sentencias de los pandilleros que eran menores de edad e ingresaron al Centro de Infractores Cometa en Arani.

Pilar lo dio todo por amor a María, pero Mirtha Montañó le arrebató esa victoria.

Llego al lugar, sé que es este porque tres personas me lo confirmaron en lo que voy de viaje. Me bajo del auto y espero por unos instantes hasta que el silencio casi absoluto es interrumpido por un motor. Don Pedro baja de su automóvil y se acerca. Lleva una playera verde y tiene un tatuaje del regimiento de paracaidistas en el que hizo el servicio militar.

—Esa paredcita de ahí es —me dice señalando con el índice del brazo tatuado una construcción de adobe en medio de los sembradíos. Su hija y su esposa me miran desde su auto. Levanto la mirada y no sé muy bien qué buscar ahora que lo he encontrado. María del Carmen Carballo fue asesinada ahí hace seis años, cuando era primavera y lo árido era maizales altos y flores.

El sonido de la paja al agitarse por el viento hace de fondo mientras le explico a don Pedro que soy periodista, entonces él se queja por la liberación del asesino de María. Nos despedimos, sube a su auto y me deja otra vez a solas con el paisaje y el silencio. Comienzo a caminar.

Mientras iba a Ana Rancho y pasaba por ese camino empedrado y amarillento, me puse a pensar en que si podría estar viendo lo último que vio María hace seis años. Si el sonido del pasto crujiendo bajo mis pies sonaba así aquel día, si donde estoy parado, donde se escuchan los cantos esporádicos de garzas y patos, María aceptó, durante algún momento en medio del ataque, que iba a morir.

El silo de adobe está abandonado. A la distancia se puede ver la cancha de la escuela por la que María fue conducida por los miembros de Wander Rap, sin estar consciente de lo que le pedirían para ser parte de ellos.

Un camión celeste en vaivén pasa e interrumpe el silencio por unos minutos. Aquí llegaron más de 250 policías, que rodearon a 22 chicos confundidos y llenos de odio para evitar que los vecinos los lincharan durante la reconstrucción. Aquí nacieron las flores que besaron por última vez el rostro de María, donde Silvia no pudo aguantar la marea de dolor e incredulidad. Donde comenzó el largo viaje de Pilar.

Nada suena, el tiempo no corre. El silo es una fortaleza de soledad, un monumento vacío. Me alejo, regreso mientras a lo lejos suenan las turbinas de un avión que vuela al este.

Enciendo el auto y miro, por última vez, esa explanada dorada que a simple vista podría ser cualquier otro lugar. Arranco y dejo al silencio detrás de mí, al avión que surca el cielo, a los graznidos, a María del Carmen Carballo Reyes.

“Si me permiten cantar...”

*Santiago Agustín Espinoza Antezana**

* Santiago Espinoza Antezana (Cochabamba, 1983). Es periodista y crítico de cine. Ha colaborado en antologías como *Hora boliviana* y *Para una fotografía sin nombres y otras crónicas*. Es coautor de los libros *El cine de la nación clandestina*, *Una cuestión de fe: Historia del cine boliviano 1897-2017* y *Crónicas mundiales del dios redondo*. Ha publicado artículos en medios bolivianos y latinoamericanos. Ha sido becario de la Fundación Gabo, la plataforma Connectas y del Pulitzer Center. Su trabajo ha merecido el Premio Nacional de Periodismo, el Premio Nacional de Crónica Periodística Pedro Rivero Mercado, el Premio Plurinacional Eduardo Abaroa en Periodismo Cultural y el Premio al Buen Periodismo.

Es una mañana fría de febrero del año 2001. Los estudiantes de una materia de escritura bromean o se recuestan sobre sus pupitres, sin prestar demasiada atención al docente, un cuarentón con la camisa celeste bien planchada y un aparatoso llavero colgándole de la cintura de su pantalón de hora cívica. El profesor escribe en la pizarra ejemplos de oraciones simples —“con un solo verbo conjugado”— y, como para sorprender a su distraído auditorio, se voltea y dispara una pregunta. Nadie la entiende ni sabe cómo responderla. Por suerte, la interpelada es una sola: Marisol. Ella es una *rara avis* en este curso de primer semestre de Comunicación. Es una mujer de 32 años, bajita, morena, discreta. Parece extraviada en una fiesta de chicos que acaban de cumplir los 18 reglamentarios para la mayoría de edad (o ni eso), aún con acné y con los ojos legañosos, que gritan para hacerse notar entre el resto. En los recesos entre clases, ella se deja ver cerca de la fotocopiadora del antiguo campus de la Universidad Católica Boliviana de Tupuraya, en la zona noreste de la ciudad de Cochabamba, acompañada de alguno de sus hijos. Tiene tres y la más pequeña ni siquiera llega a los dos años, así que no pocas veces la carga en la espalda con un aguayo que no deslucce con el resto de su ropa (pantalones oscuros de cordeiro y blusas cerradas de colores apagados), y que la hace objeto de miradas intrigadas en la tradicionalmente elitista Cato.

Tímida y ruborizada por la llamada del docente, Marisol no responde y, si lo hace, no alcanzo a escucharla entre la baránda que se amplifica mientras unos compañeros murmuran, otros hacen rechinar los pupitres y algún bromista improvisa un chiste para jolgorio del curso. La tensión baja y el profesor vuelve a sus ejemplos de oraciones simples. Marisol toma apuntes, con una media sonrisa, sin decir nada. No es muda ni mucho menos. Tiene una voz y no cualquiera. Acaso no la ha descubierto aún del todo, pero ahí está, su voz, escondida del mundanal ruido de su en-

torno, esperando su momento para levantarse, romper el silencio y decir. Y, sobre todo, cantar. Porque Marisol canta. Su nombre completo es Marisol Díaz Vedia y, lo descubriré con los años, tiene mucho que decir. Y lo que tiene por decir, lo dirá cantando.

La hija del minero

Es una mañana aún más fría, pero de agosto del 2021. Veinte años han pasado entre el día en que Marisol se guardó su voz y este encuentro, ahora en La Paz, en un departamento del barrio de Miraflores, en el que ella tiene poco o nada que esconder. En estas dos décadas muchas cosas han pasado, en la vida de ella y en la de Bolivia, y no necesariamente por separado. Si este país no es el mismo que en el 2001, tampoco lo es esta mujer nacida en 1969 en Kami, un centro minero empinado arriba de los 3600 metros sobre el nivel del mar, en la provincia Ayopaya de la zona andina cochabambina, a unos 150 kilómetros de la ciudad capital.

La alusión a la altura de su pueblo natal no es gratuita. Explica por qué Marisol, hoy convertida en una de las voces más apreciadas de la escena musical boliviana, se siente como en casa en la hoyada paceña. No le falta el aire ni se queja del frío, pese a que se sabe una valluna en toda regla. Me recibe con una licra negra, falda hasta las rodillas, chompa abotonada y pañoleta estampada sobre el cuello. Nos hemos visto y conversado antes, aunque nunca en calidad de entrevistada y de entrevistador. Debajo de sus ojos achicados y tristes aún dibuja esa media sonrisa con la que capeaba el vendaval bullicioso de sus jóvenes compañeros universitarios. Antes de que encienda la grabadora, me pide unos segundos para poner a hervir agua para el café que ha prometido invitarme.

Como si fuera un completo desconocido, le pregunto cómo fue que pasó de ser una estudiante de Comunicación de pocas palabras a una cantautora que ha hecho de su voz una de las señas de identidad

del jazz boliviano de los últimos años. La respuesta viene de más antes de lo que supongo. No se restringe a los veinte años que separan el 2001 del 2021. Se remite a su niñez. Su madre, Julia, le enseñó a cantar. “Mi madre cantaba conmigo desde que tengo memoria; algunas veces al lado del fogón, otras llevando comida al socavón donde trabajaba mi padre”, cuenta esta otra “hija del minero”, que en más de una cosa se parece a la mujer que compuso la canción que lleva ese título e inspiró una película del mismo nombre: la cantante estadounidense de country Loretta Lynn. “Tal vez, mi canto es el retorno constante a esos instantes de felicidad”.

La memoria la devuelve a Kami, donde su padre trabajaba como minero en las vetas de wolframio y estaño que todavía hoy se explotan. De su pueblo natal se marchó con tan solo seis años. Sus padres la enviaron a ella y a sus hermanos (fueron diez, aunque tres murieron siendo niños) a la ciudad. Se instalaron en el barrio Kami, una exhacienda que compraron los cooperativistas mineros, a once kilómetros de Cochabamba y ya perteneciente a la vecina población de Quillacollo. “Esa ha sido una de mis primeras pérdidas”, dice de la migración forzada del campo a la urbe.

No lo afirma explícitamente, pero esa pérdida fue también de su voz. Del canto que había aprendido de su madre y que siguió cultivando, aunque sin la misma libertad que en Kami, hasta los once años. A esa edad se ganó una beca para estudiar música, gracias a su talento natural para cantar. Aunque no tocaba instrumentos, cosa que en esos años se veía con malos ojos en una mujer, había aprendido a sacarle a su voz sonidos tan agudos como los de una quena y melodías tan melancólicas como los de un charango. Le dieron un vale para reclamar su beca, pero, al enseñársela a sus hermanos, la desairaron. Le explicaron que no podría estudiar música, porque, de hacerlo, ella, que era la penúltima de la prole, no tendría tiempo de cocinar para el resto. Y cocinar era una de sus tareas esenciales, además de estudiar en la escuela. “Me lo rompieron mi ‘ticketcito’ y nunca fui a aprender música”, recuerda, con una risilla contenida. “Entonces me enojé tanto con la vida, con la sociedad, con todo, que enterré la música muy dentro mío”.

Una que otra vez se animaba a hacer folclore, pero “no me sentía con el derecho”. Antes que música, al salir del colegio, hizo una familia. Se unió con un alemán, con el que tuvo sus hijos y se fue a vivir a Bremen, al norte de Alemania. Viajar se convirtió en el antídoto para curar su trauma musical. “He empezado

a viajar y, de manera intuitiva, estaba buscando sonidos”, dice. “Descubría sonidos de diferentes culturas, porque estuve en Europa, me fui a Asia, me vine a Latinoamérica por México y Cuba. He ido completando mi proceso de percepción de los sonidos, de apertura de los sentidos”, abunda sobre el nomadismo sónico con el que fue reemplazando el curso de música que le negaron en su infancia. Apenas llegaba a algún lugar nuevo, se iba a la pesca de las ancianas, de las madres y abuelas que, como su mamá Julia, guardaban en sus cantos los códigos de la memoria sentimental de los pueblos. “Siempre me ha cautivado la voz de las viejas. Ahora, mi mamá me lo canta todo el tiempo”.

Escuchando a las “viejas” volvía una y otra vez al lecho materno en el que había aprendido a cantar. Esas voces, que la llevaban a su Kami natal, acabaron desenterrando la música que había sepultado a los once años. Los cantos femeninos y arcaicos la llevaron de vuelta a su mamá Julia, que, como el país, la estaba esperando para cantarle y para cantar juntas. En los años en que estudiaba Comunicación, Bolivia cantaba a voz en cuello, unas veces gritando, otras llorando, el ingreso a una nueva era. El país se desangró hasta expulsar al último caudillo del neoliberalismo y, aún en estado de furia, eligió al primer presidente indígena de su historia. El hombre no se parecía a ninguno de los otros que habían gobernado a los bolivianos desde 1825, pero sí al padre minero de Marisol, a su madre cantora y a ella misma. Era un indio que había migrado del Altiplano a la ciudad, como ella.

El reencuentro con sus dos madres, Julia y Bolivia, le descubrieron no solo la música que latía dentro suyo, sino su identidad toda. “Básicamente somos cholas. El hecho de volver a vestir la pollera ha sido una decisión para hacer homenaje a mi madre, pero también una sensación de entender la belleza para mi cuerpo”, me dice al hablar de su reconstrucción identitaria, que también podría ser la de Bolivia después del 2006. “Mi cuerpo no es el cuerpo de una mujer de otras culturas: europea. Mi cuerpo es de aquí, de las montañas, es pequeñito, tengo mis rasgos indios. Me di cuenta de que la de la chola era la ropa con la que me sentía hermosa, bella”.

La pollera hasta las rodillas, la blusa ajustada de encaje, la manta con flecos y las dos largas trenzas la volvieron una cantante distinguida y distinguible en la música urbana de finales de la primera década del 2000 y de inicios de la siguiente. De su cuerpo “pequeñito” y de “rasgos indios” no emergían tonadas típicamente folclóricas o autóctonas, como a las que

se asocia la figura de la chola andina, sino canciones de *rock* y de *jazz*. Colaboró con la banda Atajo, formó parte de un grupo que mixturaba *rock* del sur estadounidense con armonías bolivianas y fue invitada por el compositor y vientista Álvaro Montenegro en la última etapa de su proyecto de *jazz* fusión Parafonista. De la disolución de Parafonista nació Aymuray, una banda de *jazz* integrada por Roberto Morales en la flauta travesa y saxofón, Freddy Mendizábal en el piano y teclados, Andy Burnett en el bajo y Víctor Hugo Guzmán en batería y percusión. A ella se incorporó Marisol como su voz y compositora principal.

Fue en el escenario que cayó en la cuenta de que era otra, de que su identidad había mutado, de que no podía cantar siendo la de antes. Esa toma de conciencia la hizo ponerse la pollera de su madre. “He vivido un proceso de reflexión muy interesante sobre lo que es ser chola, que creo que tiene que ver con no ponerse la pollera”, aclara. Redescubrir el canto y vestirse de chola fueron parte de ese proceso, pero también el reencuentro del quechua, su idioma materno. En la primera década de los 2000, conoció al grupo de mujeres Las Imillas y al colectivo Uywana Wasi. “Ellas me han ayudado a recuperar mi quechua. Yo no sabía que hablaba quechua”, confiesa entre risas.

“El quechua estaba en mi memoria. Es increíble”, dice aún asombrada. Y hurgando en su memoria lingüística, sus compañeras llegaron a tocar el que “ha sido el dilema de mi vida: creer que todo lo que había aprendido de mi mamá, de mi pueblo, de mi cultura, no tenía valor, y por eso estaba en un lugar escondido de mi ser, de mi memoria”. Desde su feminismo rebelde, las mujeres de su colectivo aprendieron a valorar el conocimiento de Marisol para trabajar la tierra y cocinar lo que esta produce. Y todo eso ocurría en los últimos años de la primera década del nuevo siglo, mientras Bolivia se miraba al espejo para preguntarse quién era. “No sé si todo, pero el país se estaba preguntando por su identidad en ese entonces. Me pasó lo mismo a mí”.

Antes de seguir, Marisol me pide una pausa para ir a preparar el café prometido.

“Morena del adiós”

En la cocina de su departamento, Marisol muele los granos de café que ella misma cultiva en una tierra colectiva en los Yungas paceños. Junto con otras mujeres, está aprendiendo agricultura sintrópica y agroforestería para el cultivo de café y de coca. Trabajar la tierra con sus manos, siguiendo una filosofía ami-

gable en el trato de la naturaleza, es otra de las vías por las que se ha reencontrado con su voz campesina, su cuerpo indio y su identidad chola. No por nada, Aymuray, el nombre de su grupo y de su primer disco homónimo, se desprende del “ritual festivo de almacenamiento del maíz, donde se celebra la fertilidad, la abundancia, por tanto, lo femenino”, reza el texto de presentación del álbum. Desde sus títulos, varias de las canciones de *Aymuray* (2016) y de *Sirina* (2019), los dos discos de su banda, invocan el paisaje natural de su infancia y al que siempre vuelve con el canto: “Árbol de kewiña”, “Umbral y semilla”, “Saqrawayra”, “Abuela chicha”. En esas y otras composiciones suyas alterna indistintamente el español con el quechua, pero también con el francés (“Al borde de la piel”) y el inglés (“Fragatto”).

El apego por su tierra no le impide exhibir un cosmopolitismo vernáculo (¡yaya oxímoron!), esa errancia que la ha llevado a cosechar voces, sonidos, lenguas y cantos de las tierras que ha pisado y labrado en tres continentes. “Hago lo que puedo desde donde estoy. Yo no estoy en el escenario para adorno”, dice con firmeza. Con esas palabras les responde también a otros músicos de su propio círculo, que no reconocen plenamente su trabajo y hasta lo desautorizan: “Dicen que no soy compositora, sino letrista, melodista”. La molestia, empero, no la desalienta; al contrario, la empuja a seguir buscando, escribiendo, cantando. En síntesis, “criando la vida”, una expresión que resume su manera de enfrentar las cosas: creando sin pedir permiso a nadie.

“Esta morena criando la vida se queda”, arenga en una versión en vivo de “La morenada del adiós”, una de sus composiciones más populares con Aymuray. Aunque no está en la grabación original del disco del 2016, la frase sí la dice en un concierto del mismo año, en el Wayna Tambo, justo después de cantar: “Me conoces muy bien, deberías saber / que me sé valorar, que no he rogar. / Para mí tu traición / no es más que una canción / que voy a titular / la morenada del adiós”. La increpación la dirige una mujer desengañada a un hombre traicionero, a quien, lejos de rogarle que se quede, despacha sin un ápice de remordimiento. Sin embargo, bien podría estar testimoniando la soltura con que Marisol se deshace de los “músicos” que menosprecian su trabajo, de los “intelectuales” que la preferirían callada cuando dice lo que piensa y de los “hombres” que, por vivir con libertad su sensualidad chola, la acosan sin vergüenza.

“El hecho de vestir pollera tiene un lado bien difícil también. La experiencia, a mí, me hace entender

qué es lo que tienen que sufrir las mujeres de pollera”, lamenta. “Yo confronto eso en ese momento, pero sé que no todas lo hacen así. Y es terriblemente humillante caminar por las calles. Si llevas una pollera un poco corta, los hombres ya suponen, se dan libertad de mirarte, de mandarte mensajes con la mirada. Es terrible”. Y eso que Marisol no se viste de pollera todo el tiempo, sino cuando está en un escenario o cuando siente las ganas de hacerlo. En eso se reivindica libre de los mandatos que cuestionan a las cholitas que no siempre están vestidas como tales. “Soy una cholita y estoy feliz de ser cho-la”, dice enfatizando y desgranando las dos sílabas, “cho” y “la”, como para invocar el uso peyorativo de esa palabra, dinamitarlo con rabia y restituir su dignidad con una sonrisa.

Marisol no tiene que pedir permiso a nadie para reconocerse cholita. Tampoco para decir lo que cree: “Digo las cosas cuando las tengo que decir”. Así lo hace en “Madre Luna”, una balada *jazz* en la que se permite rapear: “Muy macho en su casa, / el patriarca se cree / más hombre si grita y maltrata, / si viola o si mata...”. Una canción que cierra ya no cantando ni rapeando, sino advirtiendo, con serenidad y convicción, casi a la manera en que se lee una proclama sindical: “Escribimos desde la indignación, desde ahí escribimos para denunciar que la autonomía y la libertad en nuestras vidas y sexualidad, la pérdida del miedo y el silencio incomodan, desenmascaran al reciclante machismo de los hijos de la Colonia”.

A la luz de Domitila Barrios, la histórica dirigente de las mujeres mineras que hizo caer la dictadura de Banzer en los años 1970 y se volvió célebre por comenzar sus alocuciones públicas con la expresión “Si me permiten hablar...” (luego adoptada como título de su libro testimonial); Marisol Díaz podría patentar una variación a la medida de su propia experiencia femenina, cholita y musical: “Si me permiten cantar...”. Como Domitila, que pedía permiso para hablar solo por protocolo, a sabiendas de que no tenía que pedir permiso a nadie más que a su conciencia; Marisol podría reclamar su derecho a cantar, que es la forma en que piensa y siente, pero solo para recordarle al mundo que su canto no ha de rendirle cuentas a nadie más que a ella. O acaso, a Julia, su madre.

Al cuarto de ella es a donde va una vez que sirve el café escrupulosamente molido y destilado.

Dos mujeres, una voz

Desde la sala del departamento, donde espero sorbiendo de a poco mi taza de café “sintrópico”, escu-

cho a Marisol conversar cariñosamente con su madre, que tiene 91 años y se encuentra delicada de salud, en cama. No entiendo lo que se dicen, pero sí que intercalan sin mayores complejos el castellano y el quechua. Callan por unos instantes y, al rato, percibo que una de ellas le canta a la otra, presumo que Marisol a su mamá Julia. Los versos cantados por la hija los responde la madre, también cantando, en un diálogo melódico que probablemente podría seguir sin medida de tiempo, de no estar, a unos metros de la habitación, un visitante con su grabadora. El contrapunto sigue por un rato más hasta que ya no distingo quién le canta a quién. La voz oscilante de Marisol, que arranca con una gravedad telúrica y se eleva a los cielos como los “chiwancos” (zorzales) pidiendo lluvia en tonos altísimos, se confunde con la voz anciana de Julia, que podría estar llorando sin derramar lágrimas, riendo sin abrir la boca y temblando sin mover un solo músculo. Se me antoja un umbral de sonido incluso más ambicioso que el perseguido por Marisol, de recoger la voz de las viejas. Madre e hija son una sola voz, un solo canto, un solo tiempo.

Cuando le pregunto por su estilo de cantar y las precursoras que la inspiran, Marisol no da largas y lanza tres nombres: Matilde Casazola, Encarnación Lazarte y Luzmila Carpio. Escuchando a la poeta y cantautora chuquisaqueña dice haber comprendido “lo importante que es la honestidad; cantar desde lo que percibo, siento, veo”. De la coplera del Valle Alto cochabambino recoge “el acento *qhochala* al terminar una frase”. Y en la artista nortepotosina ha descubierto que “el canto de las mujeres quechuas es una identificación de la feminidad con la vida, con cómo cría la madre tierra”. Eso sí, aclara con la misma rotundidad con que las nombra y admira, no busca imitar a ninguna de ellas “ni a nadie”. “Pero sí quiero encarnar su espíritu y el espíritu del ser femenino en la vida”.

En la sala hablamos por unos minutos más, sobre todo de lo que significa para una cholita valluna —*qhochala*, para más ‘inri’— como ella, vivir entre cholitas paceñas. Me explica que las diferencias estéticas, como el tamaño y el volumen de las polleras (hasta arriba de la rodilla y menos pomposas en las cochabambinas, y hasta las canillas y muchos más infladas con enaguas en las paceñas), revelan solo una parte de la cuestión. “Las mujeres aymaras que se han logrado reapropiar de ellas mismas: son muy fuertes, guerreras”, apunta. “Y las *qhochalas* somos más matriarcas, más desinhibidas y nos gusta confrontar las cosas, no callarlas”.

Esa desacomplejada chola *qhochala* es la que aparece en el videoclip de “La morenada del adiós”, meciendo coquetamente los brazos, haciendo bambolear unos aretes largos, despertando a los cabellos que se rebelan contra la presión de las trenzas. La melodía bascula entre la voz de Marisol y el saxofón de Roberto Morales, pero la cadencia se queda solo con ella, que baila discreta y sonríe desafiadamente, mientras cuenta y canta las cosas como son. La mujer valluna en su mejor expresión.

Una nueva visita a su madre me sugiere que es buen momento para apagar la grabadora y finalizar la entrevista. Nos despedimos en la puerta de su edificio y, mientras camino, la imagino otra vez reunida con su mamá Julia, intercambiando cantos, conversando con melodías, hasta fundir sus voces y hacerlas una sola. Una voz que celebra la crianza de la vida, que se ríe de los impostores, que denuncia a los acosadores, que reclama su derecho a no callar nunca más. Una voz que no necesita de profesor alguno para hacerse escuchar. Una voz que no pide permiso para existir.

Cantarle al viento que juega

Unos meses después del encuentro en La Paz, le escribo a Marisol para pedirle unos datos suyos que

me había olvidado preguntarle y averiguar sobre otras cosas más recientes. Me interesa saber cómo está sobrellevando el duelo por su mamá Julia, quien murió el 8 de enero del 2022, un día antes de cumplir los 92 años. “Mi madre ha muerto cantando”, me cuenta. “No ha parado de darnos lecciones hasta su último aliento”.

Quisiera decirle algo que la consuele, pero no sirvo para eso, como para tantas otras cosas. Apenas atino a preguntarle si no le ha escrito alguna canción que le permita seguir conversando con ella. “Sí, le he escrito un caluyo en quechua y castellano”, admite. “Le canto al poder de su mirada, siendo ella tan menudita. Pero no sé si un día pueda cantarlo sin llorar”.

Su honestidad me deja aún más mudo. Solo con el paso de los días, mientras escribo esto, encuentro algo que quisiera decirle. No es algo mío, sino de la propia Marisol. Son versos de su canción “Saqra wayra”, en la que le canta amorosamente a un viento juguetón hasta la torpeza que se ensaña con su terruño. Acaso podría pedirle a su duelo lo mismo que le pide al *saqra wayra*: “Tú vives en las montañas, / juegas con los pajonales, / bailas con los molle-molles, / no te quedes en mi casa”.

Gerardina no quiere que la olviden

*Martha Irene Mamani Velazco**

* Martha Irene Mamani (La Paz, 1990). Es socióloga rural y su trabajo está enfocado en la investigación en Ciencias Sociales. Forma parte de la Fundación Tierra. Ha colaborado en diversos medios escritos como la revista *Rascacielos* y fue finalista del Premio Nacional de Crónica Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela.

Sombra envejecida. No te alejes todavía.
Si la tierra te reclama.
Que espere un poco. Resplandece tu alegría.

David Portillo

En una ruralidad marcada por la alta migración de los jóvenes y la persistencia del machismo, los avatares de las mujeres que entran en la última etapa de la vida implican muchas desventajas, desde el abandono familiar y exclusión social, hasta el olvido estatal. Pero ellas resisten firmes, hacen pases amistosos con la soledad y labran la tierra hasta su último aliento.

Gerardina denota congoja cuando habla de su nieto. Dice que quiere volver a verlo. En el fondo de su corazón, pende un hilo de esperanza por recuperar la compañía de Sebastián, que maternó por 20 años.

—Se ha ido de la casa, no me ha avisado. Ya es más de un año —decreta en aymara, mientras posa su mirada en una burra negra inerte.

Los ojos desgastados y las arrugas de su cuerpo decrecido delatan a primera vista su avanzada

edad. Gerardina tiene 90 años cumplidos. Es una de las mujeres más longevas de Zapana, una pequeña comunidad del municipio de Taraco. Solo habla aymara y toda su vida ha labrado la tierra. No recuerda cuándo quedó viuda. ¿Cinco años, quizá una década? Su acompañante más cercano es un gato negro.

Es una mañana invernal de junio del 2022. Mientras su mano aplasta la masa de la marraqueta y hace papilla el plátano para luego embutir a su boca, la anciana me confiesa que teme que su hijo Juan, que salió por un encargo, retorne aún enfurecido por la pérdida del único animal de carga:

—¡Tú siempre haces esas cosas!, ¡te dije que no le des isaño! —Así se exaltó esta madrugada cuando descubrimos muerta a la burra.



Fotografía 1.
Retrato de Gerardina

El mayor afán de la anciana no es batallar con la soledad. Además de lidiar la partida de Sebastián y el permanente mal humor de Juan, relata que tiene otras penas que le quitan el sueño. Últimamente se le ha dado por preguntarse qué pasará con las tierras que trabaja.

—De nuevo tengo que hacer cargo de autoridad, yo quisiera asumirlo, pero ya no escucho bien, los comunarios no me aceptarían así.

La historia no es diferente para las miles de ancianas que encaran su última etapa de la vida en el área rural. En Bolivia, cerca de 390.000 personas avejentadas viven en el campo, las mujeres lideran la cifra, conforman el 51 % (INE, 2022). Se podría decir que hay feminización del envejecimiento, en parte porque las mujeres tienden a vivir más años.

Taraco, un municipio paceño con más de 7000 habitantes, conocido como la capital de la danza moronada, no escapa del envejecimiento de su población. Casi un cuarto de su población es adulta mayor, de la cual la mayoría, unas 814 personas, son mujeres (Fundación Tierra, 2020). La predominancia femenina no responde solo a una cuestión biológica, sino que tiene relación con la migración de los jóvenes y varones frente a la crisis de la agricultura a pequeña escala.

Gerardina no usa bastón, es ágil en su andar. Su silueta siempre fue delgada, pero ahora luce escuálida y levemente encorvada. Es lúcida en sus ideas, aunque desde hace un tiempo atrás algunas de sus facultades

básicas le hacen una mala jugada: el oído, la vista y la memoria. Sobre todo, se le disipa la noción precisa del tiempo; por eso, a veces, altera los años y confunde los meses.

—Voy a cumplir 90 años este año... en Carmen, el 12 julio había nacido —dice emocionada—. El banco me ha dicho, mis hijos no quieren decirme mi edad, complementa.

Gerardina no sabe leer ni escribir español. En sus tiempos ninguna mujer pisaba la escuela. Gerardina no es su nombre de ley, pero los comunarios de Zapana así la han bautizado. Es una zapaneña popular, cuando era joven era conocida por su aporte social a la comunidad, pero cuando envejeció, pareciera que la mirada de sus coterráneos cambió para posarse más en sus desventuras: ahora la conocen por la abuela que siempre está buscando ayuda, si no está en las oficinas de la policía, está en la Defensoría.

La historia de vida de Gerardina son las venas abiertas de la sobrevivencia campesina. Empieza mucho antes de la Reforma Agraria de 1953, cuando en el altiplano era permitido el pongueaje del indio. Su comunidad era parte de la hacienda promisorio del expresidente de Bolivia general Ismael Montes. Gerardina aún guarda en su mente imágenes de cuando arreaba más de un centenar de ovejas para la hija del patrón. Dice que aún le perturban los hechos atroces que vivieron las mujeres de su familia.

—A mi abuela le han ahorcado estando embarazada, le han arrastrado con caballos por medio de la plaza —señala con amargura.



Fotografía 2.
Gerardina en su vivienda en la comunidad Zapana, Taraco

Gerardina creció al lado de una tía, su padre la abandonó. Se casó a sus 20 años. Su nuevo hogar no necesariamente fue la escapatoria de la mala vida que llevaba. Su difunto esposo solía pegarle cuando se encontraba en estado de ebriedad y a menudo le insultaba por su edad.

—Me pegaba diciendo “awila” (vieja), me decía que yo le llevaba años, eso no era cierto, teníamos la misma edad. Yo me defendía, no me dejaba pegar —dice con cierta picardía.

Gerardina no pudo gozar de las conquistas feministas. Nunca denunció a su agresor, no sabía que podía transgredir los límites de lo privado para exponerlo públicamente. Después de casi medio siglo de vida compartida, su compañero sucumbió repentinamente ante la muerte, sin padecer de alguna enfermedad, intuye que se amarteló por la muerte de uno de sus hijos. Hoy, esos recuerdos agrios parece que pasaron al olvido, pues, con añoranza, destaca que su difunto esposo era trabajador y de corazón noble. No está al tanto de la fecha exacta de su partida, lo que sí sabe es que con la viudez arribó una sensación de soledad.

Si hay alguna cifra que Gerardina recuerda a cabalidad es la cantidad de sus nietos y bisnietos.

—Tengo 12 nietos y bisnietos, he contado bien, recién nomás —señala con alegría con sus manos reumáticas. Ninguno vive con ella, algunos

están en Brasil, pero ella los nombra con un cariño profundo.

Gerardina hace mucho que quedó huérfana de sus hijos. Dio vida a nueve, a todos con parto natural. Más de la mitad de sus descendientes murieron. Tres fallecieron ni bien exhalaban el primer aliento y otros dos murieron de adultos en situaciones trágicas: uno se ahogó en las aguas profundas del lago Titicaca y el otro fue asesinado.

Hoy solo le quedan cuatro hijos vivos. Tres varones y una mujer. Ninguno vive con ella de manera permanente. Conforme fueron creciendo, levantaron vuelo por diferentes caminos: tres se fueron a la ciudad de El Alto, uno se quedó en Zapana, pero construyó su propio hogar. Unos le visitan de vez en cuando, otros de manera más frecuente entre los fines de semana, feriados, fin de año, etc. Recién su hijo Juan retornó de la ciudad, pero no logra congeniar con la anciana.

A mi pregunta de por qué no se muda a la ciudad, donde sus hijos y nietos, así ellos le cuidarían, la anciana me replica en seguida:

—¿Qué voy hacer allí? Los hijos trabajan, salen a ganarse plata. Estaría encerrada en cuatro paredes. En la ciudad el tiempo pasa muy lento, te desespera.

En la comunidad Zapana, Gerardina no es la única anciana que gestiona su cotidianidad sola. Allí el número de viudas y viudos incrementa notoriamente a partir de los 60 años. Este grupo representa aproximadamente el 6,5 % de la población total, la mayoría son mujeres (Fundación Tierra, 2020).

El abogado Oswaldo Tapiá, responsable del Servicio Legal Integral Municipal (SLIM) y la Defensoría de



Fotografía 3.

Damiana, una adulta mayor de la comunidad Jawira Pampa, Taraco

la Niñez y Adolescencia (DNA) del Gobierno Autónomo Municipal de Taraco (GAMT), explica que en cada comunidad hay entre 10 a 15 adultos mayores en situación de abandono familiar. Según él, la principal causa es la migración de los hijos. Mientras menos posibilidades de desarrollo económico tiene una comunidad, más es la migración de los jóvenes, precisa. Por ejemplo, la Isla Sicuya donde no hay tierras productivas es un caso crítico. “Allí los jóvenes se han marchado, casi todos los comunarios son avejentados”, complementa.

Los adultos mayores de la Asociación de Productores Ecológicos de Derivados Lácteos de Chivo (APRE-DELAC-C) de Taraco coinciden con la valoración de Tapia y vaticinan que sería muy difícil evitar la migración de los hijos porque están en su derecho de rehacer su vida. El problema, en realidad, es que se olvidan de sus padres. Piensan que una o dos visitas al año es suficiente.

—Los hijos vienen de visita como relámpagos, una vez al año aparecen. No saben si el anciano se alimenta, se enferma —explican preocupados.

Tapia señala que para abordar jurídicamente los casos de abandono de abuelos la metodología es la misma que se sigue por abandono de menores. Se puede a los hijos “obligar” a asistir económicamente a sus progenitores con un 25% de su ingreso mensual. Pero esta determinación pasa un por trámite largo, cuyo costo recae en el demandante.

Según Tapia, en el área rural pocos adultos mayores reportan su situación de abandono familiar. En una gestión el SLIM-DNA ha recibido alrededor de 10 denuncias de adultos mayores, en su mayoría vía

informal porque a varios de ellos les apenas declarar en contra de sus hijos.

Sebastián, en realidad, no es nieto de Gerardina. Es su sobrino-nieto. Hace 20 años atrás, la anciana, además de sus hijos, crió una sobrina que había quedado en orfandad ni bien nació. La sobrina cuando llegó a la adolescencia quedó embarazada y dio a luz a Sebastián. Gerardina, al inicio, estuvo enfadada con la noticia, pero, pronto, el recién nacido acaparó su atención. Un día, su sobrina se fue a la ciudad de El Alto sin llevar consigo al bebé de apenas de dos años.

Gerardina cuidó a Sebastián como si fuera su hijo. Dice que lo ha criado con leche de vaca. Destinó parte de sus ahorros a su educación hasta convertirlo en bachiller. Al ver que Sebastián se hacía joven, le heredó un par de vacas lecheras para que proyectara su autonomía económica. Pero los planes no siempre salen como uno espera. Un día lluvioso de diciembre del 2020, en plena temporada de la siembra, el joven de 22 años se fue de la casa, sin despedirse de Gerardina.

—¿Dónde estará Sebastián?, tía Gerardina —le pregunto.

—No sé. Dicen que está en la ciudad, que se fue donde su mamá. Otros dicen que le vieron caminar por el pueblo [Taraco], pero nunca viene por aquí.

—¿Crees que vuelva? —le cuestiono.

—Su carnet está aquí —complementa—, no se lo había llevado, lo encontré debajo de la cama.



Fotografía 4.
Morada de Gerardina, asentada en el corazón del Altiplano norte

Tras la partida de su sobrino-nieto, Gerardina anduvo con ojos llorosos durante dos semanas seguidas; incluso ahora le faltan las ganas de encender su fogón para preparar su alimento diario y muchas veces duerme sin cenar. Le intriga saber por qué Sebastián se fue de la casa de una manera extraña, sin decir un adiós ni dar alguna explicación. Sus hijos, a manera de consolarla, varias veces le han dicho que lo olvide, pero ella aún guarda la esperanza de volverlo a ver y reafirma su cariño por él.

—Cuando me enfermé con esta enfermedad [covid-19], él me ha cuidado, me hacía parar y también sentar, ha cocinado, ha cuidado los animales. Por eso me siento mucho por él —insiste sollozando.

En Taraco, no hay una asociación de adultos mayores o una red comunitaria para proteger a este sector social. Gerardina tuvo que buscar ayuda en el SLIM-DNA Taraco. Allí le sugirieron elevar una denuncia de abandono familiar contra su nieto. Gerardina quiso que citen también a la madre de Sebastián, pensando que podría tener alguna responsabilidad.

En Taraco, el SLIM y la DNA funcionan como una sola instancia orientada a proteger a las mujeres y niños. Provisionalmente, atiende los casos de los adultos mayores. La institución competente para atender los requerimientos de los adultos mayores, en realidad, es el Centro de Orientación Socio Legal para Personas Adultas Mayores (COSLAM), una plataforma coordinada por la Defensoría del Pueblo y los gobiernos municipales, pero en Taraco aún no está activado.

Dentro de la oficina de SLIM-DNA, hay tres escritorios atestados de folders amarillo, uno está ocu-

pado por Tapia de forma intermitente porque visita permanentemente las 17 comunidades de Taraco.

Gerardina es una mujer laboriosa, su férreo deseo por remover la tierra no ha cambiado con los dígitos que fue sumando su edad cronológica. Cada año, cuando llegan las lluvias, planifica con ahínco su siembra anual. Fruto de ese esfuerzo, en el 2022 ha cosechado una variedad de alimentos: papa, quinua, oca y cebada, entre otros cultivos. La repentina partida de Sebastián no ha frustrado del todo su labor agrícola. Eso sí, pasó mucho trabajo buscando ayudantes ocasionales para concluir la siembra a tiempo.

—Este año hubo buena cosecha de papa, allá he sembrado —dice, mientras detiene su mirada en una de las quebradas que rodea su vivienda.

La anciana nonagenaria es obstinada con sus horas de trabajo. Abre los ojos a las seis de la mañana y trajina de un lado a otro hasta que el sol se oculte. Además del trabajo agrícola y de las tareas domésticas, se ocupa de un sinfín de actividades: ordeña vacas, alimenta chanchos, arrea ovejas, ronda gallinas, etc.

Sus hijos le pidieron en muchas ocasiones que deje de trabajar, pero ella se resiste. De hecho, uno de los motivos que enfada a su hijo Juan suele ser el afán de la anciana por trabajar.

—¿De qué voy a vivir?, ¿quién me va a mantener? —sentencia Gerardina. Reconoce que está cansada, por eso cada año se dice así misma “al año ya no trabajaré”, pero por alguna razón su intención no marcha.



Fotografía 5.
Una pareja de ancianos trabajando, Altiplano norte

Gerardina no percibe renta de jubilación. Siempre ha vivido en el campo y ha trabajado la agricultura. Su único ingreso mensual fijo es la Renta Dignidad de 350 bolivianos otorgado por el Estado. Guarda una parte de ese dinero para situaciones de emergencia. Vive al día con la venta de quesos y algunas cosechas como la venta de la papa.

Una investigación de CEDLA, realizada en el 2014, señala que ocho de cada diez adultos mayores rurales, con un promedio de edad próximo a los 70 años, sigue trabajando. El documento enfatiza que la migración de los jóvenes hace que el trabajo del hogar quede a cargo de los ancianos, quienes se ven obligadas a laborar para asegurar su subsistencia (Escobar, 2014).

Los miembros de la APREDELAC-Chivo reconocen que los ancianos trabajan por presión externa porque en el fondo buscan evitar algún tipo de dependencia económica. Adicionalmente, explican que la necesidad de sentirse útiles es uno de los factores que influye para que este sector continúe con su trabajo en el campo. Con convicción afirman que cumplir 60 años —dígito marcado por la Organización Mundial de Salud y la Ley 369 de Adulto Mayor como transición hacia la vejez— no significa que uno se marchita al instante. La mayoría de los adultos mayores permanece con fuerza física hasta los 65, otros hasta los 70. Reconocen, también, que bordeando los 75 años es cuando los sentidos se van difuminando y uno deja de valerse por sí mismo, aunque aclaran que no todas las personas experimentan los mismos cambios y en

ese orden. Algunos siguen de pie hasta que cumplen 90 y continúan trabajando la tierra como una forma de aferrarse a la vida. Gerardina es un ejemplo de esta resistencia.

Por cada parcela que trabaja Gerardina debe cumplir con las obligaciones ante su comunidad. Una de estas responsabilidades es ejercer el rol de autoridad, que demanda mayor dedicación de tiempo y recursos para fines comunales. Dependiendo de la cantidad de tierras que posee, una familia suele asumir ese papel cada tres o cinco años. De no cumplir ese mandato comunal, las tierras familiares podrían pasar al dominio de la comunidad.

Geraldina empezó a asumir las obligaciones comunales luego de que enviudó, sin un acompañante varón. En el 2020, en plena pandemia del covid-19, le tocó asumir el cargo de autoridad. No hubo negación de los comunarios por su condición de mujer y su estado civil, pero considerando su edad avanzada, le pusieron en el último escalón de los 11 cargos. Por ese motivo, su tarea se restringía a poner y levantar mesas durante las reuniones de la comunidad. La anciana no fue la única persona adulta mayor de la estructura de autoridades, pero sí la única mujer anciana.

Según las estimaciones de Gerardina, pronto le tocará asumir un cargo en el consejo educativo.

—Yo quisiera hacerlo, pero ya no escucho bien y solo veo bien con un ojo, además es para harta plata,



Fotografía 6.

Adultos mayores de la Asociación de Productores Ecológicos de Derivados Lácteos de Chivo, Taraco

la última vez salí con una deuda de 2500 bolivianos. Quizá tenga que pedir ayuda a mi hija —dice pensativa.

Los adultos mayores de APREDELAC-Chivo, con cierta preocupación, señalan que en las comunidades hay posiciones polarizadas respecto a la tenencia de la tierra en manos de los adultos mayores. Hay quienes dicen que la “tierra no tiene edad”, por tanto, todos los poseedores deben cumplir la función social. Mientras, otros comunarios, generalmente los jóvenes, arguyen que el rol de autoridad exige fuerza física y capacidad intelectual para movilizarse y negociar con las autoridades estatales. Según esta posición, los adultos mayores ya no son aptos para los mandatos comunales, por lo que deben transferir sus tierras a los hijos u otros familiares jóvenes.

Deduzco que, para los adultos mayores como Gerardina que trabajan la tierra, exigirles traspasar las tierras a los hijos equivaldría a pedirles que ellos mismos firmen su acta de defunción.

El funcionario municipal Tapia señala que, de las quejas recibidas de los adultos mayores, casi la mitad está vinculada a la exclusión de los cargos de autoridad. Recuerda que una vez quiso defender a un anciano que, a razón de su edad, fue inhabilitado por los miembros de su comunidad para ejercer el cargo. En el marco de las normas que protegen al adulto mayor (la Constitución Política del Estado y la Ley 369), Tapia preparó un contraargumento. Perdió el caso. Se impuso la justicia comunitaria con base en los estatutos comunales, que señalaban que un afiliado puede

ejercer el cargo de autoridad solo hasta 60, máximo 65, después obligatoriamente debe ser sustituido por sus hijos.

En criterio de Tapia, la medida tiene doble filo. Si bien busca liberar al adulto mayor de las obligaciones comunales, a su vez, provoca su desvalorización social. Muchas veces, esta determinación también caló más en lo negativo, puesto que puede ser un motivo para el despojo de tierras, ya sea por la fuerza o no. Los hijos buscan apropiarse de las propiedades sin el consentimiento de los padres a nombre del cumplimiento de la función social.

Los problemas que sobrellevan los adultos no tienen origen solo en la tenencia de la tierra y el abandono familiar. Algunos sufren violencia y maltrato dentro de sus propios hogares. Vivir rodeado de familiares no necesariamente es garantía de una vejez digna. En muchos casos los hijos y los familiares, quizá, al no saber cómo abordar la vejez, terminan violentando a las personas ancianas.

El abogado Tapia ha visto de cerca varios casos de vulneraciones y ha llegado a la conclusión de que muchos adultos mayores necesitan valoración psicológica.

Gerardina es una sobreviviente del maltrato intrafamiliar. Su hijo Juan, un adulto de 40 años, ejerce maltrato sobre ella. Dice que él es una gran compañía,



Fotografía 7.

Adulto mayor Ángel y su hija, Centro Poblado Taraco

pero tiene un muy mal carácter y pierde la paciencia cuando Gerardina se equivoca en algo. A veces, de los gritos pasa a los golpes. Tiene problemas con el alcoholismo y eso agrava la violencia.

—Toma por varias semanas, a veces por un mes, pero después es buena gente.

Gerardina buscó ayuda de la policía y del SLIM-DNA Taraco. A pesar de llamadas de atención y sanciones que han resultado en la privación temporal de libertad, Juan no ha cambiado su actitud hasta hoy. Eso le asusta a Gerardina. Anhela que su hijo no recaiga en el alcohol, dice que hablará con Dios para que le de buen corazón.

—Aún tengo fuerza, la última vez que discutimos le empujé lejos, pero yo casi caigo en el vacío —señala.

Según la Defensoría del Pueblo, en el 2015, de los casos atendidos referentes al maltrato familiar, despojo de bienes y abuso contra los adultos mayores, el 52% corresponden al área rural. El informe no precisa datos sobre género de los afectados (ANF, 2015).

¿Qué rol cumple la comunidad y dónde está el Estado? Los miembros más optimistas de APREDE-LAC-Chivo dicen que vivir en comunidad hace que los abuelos no queden totalmente a la deriva, como en la ciudad, donde prima el individualismo. En algunas comunidades, cuando notan que un adulto mayor, ya no se presenta a las reuniones semanales, las autoridades van a visitarlos. Sin embargo, los más

pesimistas señalan que la comunidad es insensible a la vulnerabilidad de los más avejentados, en vez de resguardarlos y exigen cumplir obligaciones.

“El gobierno municipal nos tiene olvidados”, señalan los miembros más avejentados de APREDE-LAC-Chivo.

Raúl Mujica, concejal del GAMT, con sinceridad admite que en el municipio de Taraco no hay políticas específicas ni iniciativas propias para el cuidado de los adultos mayores. Allí, el 26 de agosto, día nacional de adulto mayor, pasa desapercibido. Ciertamente, la situación de Taraco no es más que el reflejo de los municipios rurales. En el 2015, de los 338 municipios, solo 29 gobiernos municipales tenían activado el COSLAM (ANF, 2015).

Eso sí, el GAM-Taraco, en los últimos años, ha intentado cumplir la disposición del Gobierno nacional de entregar mensualmente el Complemento Nutricional Carmelo a las personas adultas mayores. En el 2019, adquirió 1700 unidades de suplementos y, en el 2020, compró 900 unidades (Defensoría del Pueblo, 2021). Estas unidades no alcanzaron ni siquiera para una entrega semestral destinada a los 1584 adultos mayores que hay en el municipio.

También Taraco, a través de su Centro de Salud, presta atención a ancianos afiliados al Seguro de Salud (SSPAM). El médico del Centro, quien pide la reserva de su nombre, señala que, por un lado, los adultos mayores se limitan a buscar asistencia médica sobre todo por la barrera del idioma y, por otro lado, no tienen acceso a medicamentos para las



Fotografía 8.
Damiana en su jornada laboral, Jawira Pampa, Taraco

enfermedades más avanzadas. Las afecciones más frecuentes son la pérdida de vista por insolación, los problemas de lumbares y el debilitamiento prematuro de los huesos.

La política nacional pro-adulto mayor de más alcance en el municipio lacustre es la Renta Dignidad de 350 bolivianos mensuales, aunque para acceder a ese beneficio los adultos mayores deben hacer peripecias. Taraco, por su bajo movimiento económico, no es atractivo para las entidades financieras ni tiene oficinas de la Renta Dignidad. Entonces, los ancianos deben trasladarse a otros centros poblados como Tiahuanacu o Guaqui o emprender un viaje de 80 km hasta El Alto. Viajar tiene su propia complejidad: el transporte público es limitado, algunos adultos mayores ya no pueden caminar, otros no disponen de pasaje.

En los últimos años, la Fuerza Armada, a través de la unidad militar de Puerto Acosta, ha coadyuvado con la entrega de la renta, pero la pandemia frustró esta asistencia. No fue hasta junio del 2022, después de más de dos años, que el ejército reapareció en Taraco.

Gerardina tiene ciertas ventajas para acceder a su renta. Con frecuencia suele decir que el banco vino a su casa —refiriéndose a los militares— y que también le visitó la doctorita —refiriéndose al personal del centro de salud—. Sus infortunios hicieron que la conocieran los funcionarios públicos de Taraco, la policía, el personal del centro de salud e incluso los efectivos de la Fuerza Armada. Por eso, muchas veces llegaron hasta su casa para entregarle algún recado o beneficio público.

No todos los ancianos de Taraco tienen la mis-

ma priorización. Por ello, los miembros de APREDE-LAC-Chivo consideran que, si hay algo urgente por hacer en Taraco es instalar una entidad financiera.

Transcurrió más de un año desde aquel día en que Gerardina, entre sollozos, declaró el abandono de su nieto ante el SLIM-DNA. Los funcionarios, cumpliendo los protocolos, hicieron varios llamados al joven y a su madre, sin éxito. Como último recurso, pueden usar la fuerza. Entonces le sugirieron a Gerardina iniciar un proceso penal. La anciana lo descartó enseguida. Conoce de primera mano los embrollos de la burocracia, los vivió cuando clamó justicia para su hijo asesinado. Además, la solidaridad con su sobrina pudo más que su soledad:

—Es para harta plata. Ella estará ocupada con sus hijos, no debe tener tiempo ni plata. Sería buscar un pleito más. Ya no fui a la Defensoría —señala con cierta resignación. Al final confiesa que reniega contra sus hijos, porque hasta ahora no le ayudaron a buscar a Sebastián.

Es casi mediodía, hay un sol incisivo. Ni bien ve a Juan descender la quebrada arreando un ternero, Gerardina se despide presurosamente. Quizá vislumbra el enojo de su hijo.

—Si sabes algo de mi nieto, me avisas.

Y añade:

—No olvides de visitarme, si vienes a Taraco.

Gerardina no quiere que la olviden.

* A fin de resguardar la identidad de las personas involucradas, a salvedad de las autoridades municipales, se han empleado seudónimos. El nombre real es el de Gerardo y Gerardo.



Fotografía 9.
Pago de la Renta Dignidad, Taraco

Bibliografía

Defensoría del Pueblo

2021 *Dificultades en la compra y/o adquisición y distribución del complemento nutricional Carmelo*. La Paz: Defensoría del Pueblo.

Escobar, Silvia

2014 *Trabajando de por vida. Los adultos mayores en el mundo rural*. La Paz: CEDLA.

Fundación Tierra

2020 *Compendio socioterritorial del municipio Taraco*. La Paz: Tierra.

Instituto Nacional de Estadística (INE)

2022 *Proyecciones demográficas*. La Paz: Instituto Nacional de Estadística.

Agencia de Noticias Fides (ANF)

2015 Maltrato contra la vejez alcanza el 52% en Bolivia. *Correo del Sur*, 14 de junio.

CUENTO

Jurados: Mariana Ruíz Romero, Iván Gutiérrez Moscoso y Edson Hurtado

Nota a la edición

Niñas y ancianas: las otras mujeres

César Antezana / Flavia Lima*

Estas tres obras son las ganadoras de la 7^{ma} Convocatoria Letras e Imágenes de Nuevo Tiempo “Mujeres: resistencias, culturas, memorias y luchas”, lanzada el año pasado por la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia.

Para acercarnos a estos objetos en cuestión, centraremos nuestra mirada en algunos de sus personajes principales, preguntándonos cómo funcionan dentro de sus universos ficcionales y qué provocan finalmente: niñas, mujeres de mediana edad y ancianas.

En “Implante” y “Guardando silencio” de *La jaula se ha vuelto pájaro*, los personajes principales son niñas. Ambas protagonistas resultan víctimas perfectas de un mundo adulto que no necesita cuerpos adultos para mediar su violencia. En el primero son otros niños y niñas las que hacen añicos la infancia de Laurita; en el segundo, es el padrastro quien decide sobre el cuerpo de Ana y su familia. Ambas concurren al mundo construido por los adultos sin herramientas precisas para defenderse de él. Y este es un mundo violento y sórdido que se materializa de muchas formas, a través de distintos agentes, no exclusivamente hombres-varones.

En cambio, las mujeres que protagonizan los cuentos “El viaje”, “Pájaro” e “Histeria” están siempre pendientes de huir, de escapar de todo lo que las atormenta de uno u otro modo. Algo de esto también podemos intuir, aunque menos claramente, en el cuento “Tabletas”. Estas mujeres traman su escapatoria, buscan libertad porque saben que no están viviendo plenamente ni de lejos. El hastío, pero también el

dolor, la frustración, la tristeza y la ansiedad son parte de sus vidas y ellas están a punto de cruzar la puerta. Algunas lo lograrán, de otras solo podremos intuir el desenlace...

Finalmente están Raquel de *Habitación sin límites* y Herminia de *Una chica de amarillo Pikachu*, que son las más “viejas” de todas las protagonistas. Estas mujeres encarnan en sus mundos ficcionales lo que podríamos llamar la sabiduría, el consuelo y el consejo prudente para las personas a su alrededor. Ellas han logrado sobrevivir de alguna manera, cada una a su modo (la primera con más recursos, la segunda en medio de constantes aprietos económicos) generando una resiliencia enorme en relación a sus circunstancias (Raquel está inválida varias décadas y Herminia como dijimos, está cercada por la pobreza). Su actitud ante la vida oscila entre la aceptación y la insumisión. La aceptación por un lado, porque no sufren por sus condiciones ni mucho menos; y la insumisión por el otro, porque no dejan que esas constricciones las devoren de un solo bocado. Ellas tienen capacidad de decisión y de acción y a pesar de sus limitaciones toman las riendas de sus propias vidas. Raquel decide ser la amante de un hombre casado en medio de un conservadurismo recalcitrante y aun así se asegura el respeto de toda su familia y del vecindario, que no tiene otra alternativa que aceptarla. Por otro lado Herminia decide el rumbo de sus ocupaciones sin temor a perder la mano de su benefactora. Ella le hace el quite a esa trampa que a veces es la caridad, que obliga y somete a las personas que la reciben. Herminia no cede ante

* César Antezana/Flavia Lima es parte de la colectiva transcultural Almatroste y de la editorial del mismo nombre. Produce y conduce el programa Escena Salvaje en la radio Illimani y ha publicado los poemarios Anjani, Polímeros cuir, Masochistics, entre otros. Tiene estudios en teología, educación superior y literatura. Reivindica el feminismo cuir en toda su monstruosidad.

esta presión y se asegura de que al menos en su pequeño margen de autonomía, ella decide qué hacer con su tiempo y su trabajo.

No se trata aquí de idealizar cierto estoicismo presente en estas mujeres mayores. Eso nos jugaría en contra a la hora de valorar la lucha de las mujeres por transformar el mundo. Lo que hacemos aquí, es detenernos un poco en estas otras mujeres —niñas y ancianas—, que atraviesan por su cuenta las mismas presiones de una sociedad construida para minimizarlas, para aplastarlas, para marginarlas. A veces estas mujeres se invisibilizan y se dejan de contar en las enormes estadísticas que nos arrojan los estudios que se dedican a leer las violencias en nuestro medio. Porque aquí se trata de equidad de género por supuesto, pero también de lucha de clases, del asunto de la tercera edad, de adultocentrismo...

Volvamos a las niñas por un momento. En estas historias ellas no saben cómo reaccionar a la presión de mundo que las rodea. Trayendo agua hacia nuestro propio pozo —como buenas samaritanas necesita-

das de aprobación pública que somos en el fondo—, diremos que este retrato nos presenta una niña que no tienen acceso a ningún tipo de *educación sexual integral*. Al respecto los debates siguen sucediendo en nuestra región, mientras la violencia no se detiene ni un minuto: y aquí hablamos ya no de cuerpos ficticios, sino de cuerpos infantiles que inventan sus propias salidas a unos temas que el mundo adulto se niega a acompañar, al menos oficialmente.

Diremos, ya al final de esta presentación, que no basta con estar en contra de la violencia hacia las mujeres. Es indispensable contemplar todo el panorama y exigir, entre otras cosas, el tratamiento serio de temas como la educación sexual en los colegios, el aborto, etc. Lo demás resulta cinismo o hipocresía. Bueno, nos fuimos por las ramas, pero, ¿acaso no es eso también lo que una lectura, cualquier lectura, hace? Celebramos la publicación de estos cuentos y a sus autorxs, ahora que pueden ver la luz y dejarse ir corriendo por todas partes, empujando, incomodando, provocando.

La jaula se ha vuelto pájaro

Mujeres, cotidianidad y lucha diaria

*Ariadne Ávila Bedregal**

* Ariadne Ávila (La Paz, 1991). Estudió la carrera de Literatura en la Universidad Mayor de San Andrés. Publicó la novela *El laberinto sin paredes* (2016) y varios de sus cuentos fueron incluidos en diversas antologías nacionales. Actualmente, se dedica a escribir, a la edición de textos y a la enseñanza de Literatura.

Guardando silencio

—Mis amigos dicen que estás sangrando por la vagina. ¡Quiero ver!

Lorena no responde, sigue caminando sin mirar a nadie. Su madre le dijo que eso era un asunto privado.

—Dicen que ahora eres una mujer, Lore. Por favor, quiero ver cómo sangras.

—No sé de qué hablas.

—Mami dijo que no podías entrar a la cocina porque estabas con el periodo; las escuché hablando ayer. Hoy le pregunté a mi amigo Manu qué era el periodo y me dijo que es sangrar por la vagina. Lorena, ¿cómo te hiciste eso? ¿Por qué quieres convertirte en mujer? ¿Ya no te gusta ser niña?

La muchacha acelera el paso, sin responderle a Matías. Llegan a casa pronto, en silencio.

Después del almuerzo, Lorena se recuesta porque le duele el vientre bajo. Le gustaría llamar a alguna de sus amigas y contarle todo... No puede. Mamá le dijo que esas son cosas privadas y que es de mala educación contarlas. Se duerme con un nudo en la garganta.

Termina la semana y deja de sangrar.

—Lore, ¿quieres tener hijos? —le pregunta Matías el lunes mientras caminan juntos hacia el colegio.

—¿Qué te pasa?

—Si sangras por la vagina ya puedes tener hijos. ¿Sabías eso?

—Callate, Matías.

—Solamente es una pregunta.

Matías la mira esperando una respuesta, no le parece una pregunta ofensiva; a ella sí le parece una pregunta impertinente, ofensiva e invasiva.

Recorren el resto del camino en absoluto silencio. Llegan al colegio en pocos minutos y se separan en la puerta. No se despiden; Matías corre hacia su aula y Lorena camina tímidamente hacia la suya.

—¿Has visto las tetitas de Priscila? —le pregunta Diana a Lorena apenas se sientan. Lore la mira en

silencio sin saber qué responder—. Ya le han crecido. Mi mamá dice que es vulgar tener tetitas siendo tan niñas. Se ve muy feo.

Llega la profesora y Diana deja de hablar. La clase pasa lenta y aburrida; Lorena quiere ver si a ella también le están creciendo los senos, pues ya le vino el periodo. Se mira de reojo y, por suerte, todavía no.

Suena el timbre de recreo. Lorena se olvida por completo de la sangre y de la menstruación y de los senos; respira tranquila y jovial nuevamente porque no le duele nada. Entonces, un nuevo juego se instaura en el patio. Cada una de las chicas elige un animalito y juegan a la jungla versión *fashion*. Lore es una tigresa que usa aretes rosados y brillo labial porque también es Miss Aventuras de la jungla; Diana es una leona que se pinta la boquita de rojo porque también es Miss Felina.

Matías y sus amiguitos pasan de vez en cuando cerca de los columpios en donde su hermana juega con sus amigas. Rara vez se hablan. Prefieren no hacerlo, porque niños y niñas no se mezclan; ellas son tontas y ellos torpes.

Pasa la semana y la jungla sigue de moda.

Una mañana, cuando Lorena y sus amigas llegan a los columpios, poco después de que el timbre de recreo suena, encuentran a Matías junto a sus amigos.

—Tienen que irse de aquí —les dice Diana—. Lore, dile a tu hermano que esta es la jungla y los niños de su edad no pueden estar aquí. Los podemos lastimar porque somos animales salvajes.

—Queremos llevarnos a Lorena —dice Manu.

—¿Qué te pasa? —pregunta otra de las niñas. Lore es nuestra amiga... Además, es muy mayor para jugar con ustedes y ustedes son torpes.

—Queremos preguntarle una cosa. Después de que nos responda, puede volver a jugar con ustedes.

Lorena se esconde detrás de Diana, no quiere hablar con los amiguitos de su hermano porque sabe

que ellos saben que ya ha tenido el periodo. Matías reúne a sus amigos en un rincón. Cuchichean unos segundos y luego le habla a su hermana:

—Si no vienes Lore, le voy a decir a la mamá que te pones aretes en el recreo.

La pobre chiquilla, asustada y a sabiendas de que a su madre no le gusta que use joyas, camina hacia los niños. Sus amiguitas la miran resignadas: han perdido la batalla contra los niños. Ellos no hacen ningún tipo de seña para celebrar su festejo, solamente toman a Lorena por los brazos como un rehén y se la llevan. Caminan hasta un rincón del patio, en donde la rodean. Las chicas miran de reojo a su amiga Lorena. Se sienten como unas perdedoras; Diana, sin embargo, está indignada.

—Mi mamá dice que no hay que irse así nomás con los chicos, que las chicas que hacen eso son fáciles —afirma la muchachita. Las otras niñas no entienden bien de qué habla Diana, así que la ignoran y se quedan mirando la escena. Los niños no se mueven, solamente hablan con Lorena.

—Queremos ver cómo sangras.

—No estoy sangrando —responde Lorena.

—No le vamos a decir a nadie. Mostranos, por favor.

—No estoy sangrando —sigue respondiendo Lorena.

Pasa la profesora de Matemáticas y, al ver a todos reunidos alrededor de la chiquilla, se acerca. Ninguno le explica qué ocurre cuando pregunta, ni siquiera Lorena, así que se lleva a todos a la Dirección del colegio. Las amiguitas de Lore, que miran de lejos, se alborotan y se angustian.

—¿Qué habrá pasado? —pregunta una.

—Seguro se estaban besando —dice Diana.

—Pero son chiquitos, y Mati es su hermano —le responde otra niña.

Comienzan a pelearse entre ellas. Diana dice que Lorena es fácil, y las demás no entienden bien de qué habla, pero lo que dice les suena a insulto; defienden a su amiguita: “No es una fácil; tú lo serás, Diana”.

La directora del colegio, una mujer de muchos años, habla con cada uno de los chicos en privado. Lorena no le cuenta nada, se queda callada y avergonzada; Manu tampoco explica qué ocurrió, juega con sus manos en silencio; uno de los niños, Diego, confiesa que querían ver el periodo de la hermana de Matías. La mujer lo mira sin saber cómo reaccionar e inmediatamente hace pasar a todos los varones a su oficina.

—Ustedes son muy niños para hablar de esas cosas —les dice. No quiero volver a verlos molestando a las chicas, ustedes son niños, son chiquitos.

Cuando los niños salen, hace que Lorena vuelva a entrar a su oficina, sola.

—Eres una mujercita, estás creciendo y tienes que aprender a hacerte respetar con los niños —le dice—. Tienes que jugar con tus amiguitas, deben jugar cosas de niñas. Es feo ver a una chica andando con tantos varones, Lorenita. Las señoritas no se portan así.

Lorena no dice nada; quiere llorar.

Pasan días de angustia para la muchachita, quien no le cuenta a nadie lo que ocurrió en el colegio. Se siente humillada.

En poco tiempo, en el patio de recreo, todo vuelve a la normalidad. Matías vuelve a jugar con sus amiguitos por todas partes y la jungla vuelve a instalarse en los columpios. En casa, todo ha cambiado. Lorena ya no le habla a Matías y evita comer junto a él cuando se quedan solos.

El cumpleaños de Matías está cerca e invita a sus amiguitos a una fiesta de *pijamas*. Los niños ya han olvidado por completo el percance que tuvieron con la hermana mayor de su amigo. Lorena, en cambio, no quiere estar cerca de esos niños nunca más.

—Deberíamos hacer una pijamada de la jungla —le dice a Diana el martes antes del cumpleaños de su hermano.

La idea de la pijamada les gusta a todas las niñas; pero ¿dónde pueden hacerla? Preguntan en sus casas esa tarde; sus padres les ponen excusas y ninguna consigue permiso. Diana le cuenta a su mamá que la pijamada fue idea de Lorena, así que su madre llama a Ingrid, la mamá de la niña:

—Hola, Ingrid.

—Hola, Eliana —saluda la señora alistándose para alguna de las bombas venenosas que siempre lanza aquella voz.

—Ingrid, Lorenita ha estado invitando a las chicas a una pijamada el sábado en su casa, pero no les ha dicho la hora. ¿Es verdad que habrá una pijamada?

—Sí —afirma Ingrid evitando quedar, nuevamente, como una descuidada y haciendo ver a su hija como una mentirosa.

—¿A qué hora llevamos a Dianita?

—Las esperaremos a las seis —miente.

Regaña a Lorena unos minutos después. Pero la pijamada doble, de Matías con sus amigos y de Lorena con sus amigas, queda agendada para el sábado en la casa. A la niña no le gusta para nada la idea. A la madre tampoco, pero no le han dejado alternativas.

El viernes, antes de la pijamada, comienza a dolerle el vientre bajo a Lorena. Va al baño y, al bajarse la ropa interior, nota que está sangrando de nuevo. No tiene toallas higiénicas a la mano; no sabe qué hacer. Se sube la ropa interior y el pantalón para salir hacia su cuarto.

—Tu trasero está rojo, Lore —le dice Matías cuando la ve cerrar la puerta del baño. —¿Es sangre? ¿Puedo ver cómo sangras?

—Andate a la mierda, Matías —le responde a gritos y se mete a su habitación.

Al día siguiente empieza la pijamada. Llegan las amiguitas de Lorena y se meten a la habitación que ahora se convertirá en jungla y pasarela de modas. Los amiguitos de Matías juegan por toda la casa, salen al jardín, gritan en la terraza; no molestan a las chicas. Cenar todos juntos en la mesa del comedor sin hablar entre ellos. Niños conversan con niños y niñas con niñas. Al terminar la comida, los padres, exhaustos, se van a la cama y dejan a los chicos en paz; no pueden hacer ya nada malo.

En la nueva jungla de las niñas, el pasto es rosa y suave. Las bolsas de dormir violetas y fucsias yacen desparramadas por el piso. Las niñas empiezan a ponerse sus *pijamas*. Diana, la leona y *Miss Felina*, camina con el torso desnudo por la habitación.

—Tapate, Diana —le dice una de las chicas.

—¿Qué tiene de malo? ¿Acaso tenemos tetitas como las mamás? Además, los animales caminan desnudos por la selva y nosotras somos animales.

—Ya te van a crecer tetitas, Diana.

—No, porque soy niña todavía —afirma con seguridad—. Como es pijamada de niñas deberíamos caminar sin nada arriba.

Las niñas le hacen caso y se quedan con el torso desnudo. La única que no hace caso es Priscila, la monita y *Miss Escaladora*.

—Te tienes que sacar lo de arriba para ser animal de la jungla, Priscila. Los monitos andan desnudos —dice Diana.

—No, me voy a enfriar y mi mamá me va a castigar —responde ella.

—Seguro no quiere sacarse porque ya tiene tetitas, chicas. No puede ser animal como nosotras —dice Diana.

—¿Cómo sabes que las hembritas no tienen tetitas? —le pregunta Lorena.

—Solamente cuando se embarazan tienen tetitas, Lore. ¿Nunca has tenido una perrita?

—Entonces, que Priscila sea la monita embarazada que usa chompita.

—No, porque somos niñas; no podemos estar embarazadas.

Priscila, incómoda, se quita la blusa y el sostén de práctica. Quiere jugar con sus amiguitas.

—¿Ves? Tiene tetitas —dice Diana y todas las chicas miran los pechitos creditos de Priscila. Ella se los tapa con vergüenza.

—No importa. Va a ser la mona vieja y embarazada.

El dolor de vientre que sufre todavía Lorena se pasa un poco mientras juega con sus amiguitas; todas se burlan de las tetitas de Priscila y ella, poco a poco, se acostumbra.

—Ahora hay que caminar de cuatro patas y sin pantalón.

—¿Qué te pasa, Diana? Bien cochina eres —le dice Micaela, la jirafa y *miss* vegetariana.

—Ay, chicas. ¿Qué tiene de malo? Los animalitos andan desnudos en la jungla.

No discuten más. Se quitan la ropa para ser animalitos de la jungla. Lorena se queda con el pantalón puesto; no quiere que se den cuenta de que ya tiene el periodo.

—Tienes que quitarte el pantalón, Lore —le dice Diana—. Las tigresas nunca están vestidas.

—No.

—Chicas, se lo quitaremos —dice Diana y corre hacia Lorena. Las demás la siguen. La chiquilla ruega que no le hagan eso, llora tratando de no hacer mucho ruido; pero ellas le quitan el pantalón de pijama. Miran el calzoncito abultado.

—Ya te ha venido tu periodo —dice Diana—. Mi mamá dice que a las que les llega antes de los doce son adelantaditas. ¿Has hecho el amor con un chico, Lore?

—Callate, Diana —le dice Priscila—. El periodo no llega por hacer el amor.

—¿A ti te ha llegado?

—No, pero mi mamá ya me ha explicado cómo es. A todas nos va a llegar. No seas así con la Lore.

—No se peleen —dice otra de las niñas.

Lorena se sienta sobre la cama indignada; no dice nada. Diana se pone de cuatro patas y comienza a caminar sobre la alfombra rosada de alto tráfico; poco a poco, las demás la siguen, dejando a Lore sola y con un nudo en la garganta.

—Hay que quitarnos los calzones, chicas —dice Diana.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? —le pregunta Priscila.

—Hay que jugar bien a los animales. ¿Cuándo has visto a un animal con calzón?

Priscila se queda un rato dubitativa, piensa un poco y, al no hallar una respuesta a eso, guarda absoluto silencio. No hay más cuestionamientos. Todas las chicas se quitan los calzones haciéndole caso a Diana. Lorena sigue sentada sobre la cama con las manos sobre el vientre bajo y el calzón puesto.

—Lore, ¿te está doliendo? —pregunta Priscila deteniéndose mientras mira a su amiguita con las manos sobre su vientre.

—Estoy bien, chicas. No se preocupen.

—Hay que dejar de hablar —dice Diana—. Los animales no hablan.

Y todas dejan de pronunciar palabras sin discusión alguna.

Caminan de cuatro patas. Rugen. Olisquean el suelo. Se lamen las mejillas las unas a las otras. Lavan sus patas con la lengua.

La leona se sube a la cama; su mirada ha cambiado.

—No quiero jugar —dice Lorena.

La leona no entiende el lenguaje de los humanos. Se acerca a la muchachita que sigue agarrándose el vientre con dolor, se acerca lentamente, como si acechara a su presa. La monita salta para salvar a Lorena, sabe que la leona no perdona cuando tiene hambre. Pero no contempla la fuerza de la bestia y es arrojada al suelo con furia.

Lorena se ríe con nerviosismo, esperando que todo este juego termine pronto. La leona no sonrío, ni siquiera la mira con empatía. La acecha. Se acerca lentamente, olisqueando el cuerpecito semidesnudo de la niña, y le destroza el calzoncito con los dientes. Al sentir el aroma de la sangre viva, lame la vagina de la niña que tiembla con terror, la lame con la esperanza de dejarla seca.

Matías y sus amigos entran a la jungla dispuestos a pelear contra los animales; son más pequeños que ellos, pero pueden darles buena lucha. La leona los mira fijamente cuando se asoman, dejándoles ver su boca ensangrentada y sus ojos oscuros.

—Mati, hay que salvar a tu hermana —dice uno de los niños.

Lorena llora y tiembla sobre la cama. Siente vergüenza, siente terror. Los niños la ven llorando y saltan sobre la leona para defender a la chiquilla. Golpean a la bestia, la jalan; pero la leona es muy fuerte y no se deja vencer con ninguno de ellos.

Manuel, que es el más grande de los niños, carga a Lorena, que sigue sangrando desnuda, y la lleva a la pradera rosada de la jungla.

—Yo te voy a proteger y tú me darás muchos hijos —le dice mientras la deja echada sobre la vegetación fucsia de la selva.

La monita, la jirafa y la pantera miran a la tigresa llorando silenciosamente. ¿Es todavía una tigresa? ¿Las tigresas lloran? No se acercan, porque si no es un animal como ellas, va a cazarlas para hacerse un lindo abrigo o para convertirlas en mascotas, y ninguna niña quiere ser la mascota de una mujer.

A uno de los niños, lo muerde la leona y su bracito comienza a sangrar. No se queja. Tiene que ser valiente como el resto de sus amigos. Manu se lanza sobre la fiera y le agarra las patas con todas sus fuerzas; la fiera se libera y le arranca una oreja al niño. Matías le da un puñete en el rostro a la bestia y la deja sangrando y llorando, inofensiva.

—Ya le hemos ganado a la reina de la jungla —dice uno de los niños—. Somos valientes. Ahora nos queremos llevar a Lorena porque es nuestra mujer.

La mona y la jirafa se miran en silencio y, asustadas, no emiten sonido alguno. La pantera muestra los dientes y se pone firme delante de Lorena para protegerla de los niños; la chica es la comida de la leona, su reina. No pueden llevársela. Matías se lanza sobre la pantera con una navaja y Manuel aprovecha el momento para recoger a Lorena; se la lleva hasta el búnker de los sobrevivientes al apocalipsis.

Manuel se encierra en el búnker con Lorena desnuda.

—Yo te protegeré, nadie te hará daño.

Lorena no puede decir nada; se siente avergonzada y aterrada al mirarse en ese estado en la habitación de su hermanito. Todavía le duele el vientre bajo, todavía sangra y siente las piernas húmedas, manchadas. Manuel mira con curiosidad a la chiquilla desnuda, la examina de pies a cabeza.

—¿Ahora puedo ver cómo sangras? —le pregunta en lenguaje humano; sabe que ella puede comprenderlo.

Lorena se sienta sobre la cama del búnker y abre sus piernitas.

—Quiero que sangres más —le dice Manu. Ella niega con la cabeza mientras llora. No puede decirle que no depende de ella, no sabe cómo. Se siente muy mal porque no se está portando como una señorita.

Manuel se le acerca y le besa la boca. Ella se deja con vergüenza y temor. Él es más pequeño que ella, pero no se siente hábil para defenderse. Manu comienza a desvestirse tirando su ropita en el piso; luego pega su cuerpito al de Lorena y le vuelve a besar la boca.

—Te vas a embarazar de mí —le dice.

Sellando su promesa con un último besito, se viste y corre a la jungla: sus amigos necesitan refuerzos. Uno de ellos yace sobre el pasto rosado, con el brazo ensangrentado y heridas profundas; otro agarra con vigor uno de los colmillos que le ha quitado a la leona, y Matías le clava la navaja en la espalda a la pantera. Todos sangran porque las fieras han querido devorarlos. La monita está escondida dentro del ropero; la jirafa, detrás de la cortina y la leona camina de cuatro patas por la jungla con la boca completamente ensangrentada.

Histeria

Ella soñó que era opaca y que se escabullía entre los hombres.

Caminó con ellos al amanecer, trepó hasta la cima de la montaña y luego se subió a uno de esos automóviles que se dirigían hacia la ciudad. El camino rocoso y el sonido apabullante del río disfrazaron su presencia, entonces, pudo existir sin que nadie le dijera absolutamente nada. Después de tres cuartos de hora, la cosmopolita se hizo real ante sus ojos. Bajó del vehículo al mismo tiempo que los hombres y buscó sus propios pasos. Anduvo bajo el cielo gris, cruzando calles y mirando estatuas. Las cosas allí abajo eran impasibles y el movimiento fluido.

La noche no tardó en caer.

Volvió a escabullirse entre los hombres para terminar de saciar su curiosidad.

Entró a un lugar escasamente iluminado, se chocó con piernas y zapatos que olían a mundo, se dio cuenta de que nadie había notado su presencia allí, fuera de Fortaleza. Oyó los silbidos potentes y bravos, aquellos que lanzaban algunas veces los muchachos, sus compañeros, cuando se quedaban a solas con las hijas, cuando las madres estaban reunidas tomando el té o tejiendo el mundo con palabras. Supo a qué se debía el alboroto, supo lo que había en el centro del salón; así, la curiosidad o el morbo la impulsaron a buscar un sitio desde el cual tener una mejor vista.

Se abrió paso y miró lo imposible... ¡Una mujer! ¡Una mujer de verdad!

Los ojos de los hombres estaban clavados en esa imagen imposible, en esa danza sin pasos. Los silbidos cesaron y todo se hizo silencio.

Después de verse insignificante y diminuta en un mundo que no le había tocado vivir, despertó. Le dolían las alas que nadie le había tejido y, sin embargo, una altanería extraña se había apoderado de su ser.

Ese mundo, el único, aquél detrás de la montaña, más allá de Fortaleza... también era para ella.

La ciudad había estado resonando en el fondo desde siempre.

Resonaba detrás de la montaña y disimulaba sus propios gritos con el sonido bravo del río azotando las piedras. En sus bramidos, se escuchaba el temor de una civilización sin destino. Se oía también un poco de muerte, un poco de locura, un poco de peligro y todas las mentiras del hombre.

Ninguna de las madres, hijas o esposas se había subido a los automóviles nunca, ninguna había trepado hasta la cima, ni siquiera por curiosidad. Sin embargo, todas estaban enteradas de lo que había y no había del otro lado de la montaña; pues cada una de las verdades del mundo se había engendrado en un útero y a él siempre volvía.

Ella, la hija del doctor Cavero, creía que las palabras escupidas con devoción una y otra vez por su madre, su abuela y las otras madres y abuelas, no eran más que sonidos vacíos. Todos ellos se ordenaban de tal forma que las cosas parecían tejerse en sus recovecos; no obstante, solamente representaban una ilusión de mundo. Y es que Fortaleza era un lugar fuera del mundo, un lugar en el que solamente existía esa lengua materna y antigua que pretendía nombrar lo innombrable. Quería preguntarle a su padre qué había del otro lado de la montaña; no podía. Las palabras de los hombres se habían perdido hace mucho tiempo. Las madres, las esposas, las abuelas y casi todas las hijas ya habían olvidado cómo sonaban sus voces.

Los hombres salían temprano al amanecer, trepaban hasta la cima de la montaña, se subían a los autos y desaparecían en el horizonte. Con ellos se iba

el silencio; entonces, la lengua materna volvía a pronunciarse en Fortaleza.

Madres, esposas, abuelas trataban de tejer el mundo una y otra vez, hablando de lo que sabían. Y sabían muchas cosas: sabían qué era lo que hacían los hombres, cómo se movían, cuánto contaban a los ciudadanos sobre Fortaleza... Y es que no podían no saber, porque guardaban absolutamente todas las verdades del mundo dentro de su ser maternal.

Ella se aburría de todas esas historias impalpables, improbables. No quería oír la realidad, necesitaba mirarla. Por eso los domingos a las seis de la tarde, que era el único momento en el que se oían las voces masculinas de Fortaleza, iba al café de los hombres y los escuchaba hablar en esa lengua paterna tan difícil de entender para quien nunca había visto el mundo. Nombraban cosas extrañas, como la política o el fútbol. Ella quedaba fascinada.

Alguna vez los oyó hablar sobre... mujeres. No dijeron mucho, pues, cuando notaron su presencia, aligeraron la charla.

Impulsada por cierta morbosidad, ella le preguntó a su madre, el lunes siguiente, por las mujeres, aquellas que los hombres admiraban por su gracia. La respuesta no le gustó: “Esas mujeres de las que hablas, vestidas con elegancia, con los labios rojos y el cabello largo, no existen; solamente existimos nosotras, las madres, las esposas, las hijas y las abuelas”.

Ella prefirió mirar por la ventana hacia la montaña y olvidarse de aquellas palabras huecas que, como siempre, tejían una realidad absurda. No quería que se le contagiara esa sensación de ser un útero contenedor de verdades, porque sabía que afuera existía mucho más, existía lo innumerable.

Desde entonces, miró hacia las montañas todas las tardes.

Los años pasaban y todo seguía igual en Fortaleza. El silencio en las noches, los automóviles partiendo al amanecer, las palabras que buscaban tejer el mundo de afuera, y las madres, y las hijas, y las esposas, y los muchachos aspirantes a hombres.

Poco a poco, ella fue creciendo y, con el tiempo, empezaron a brotar todas esas formas odiosas que, tarde o temprano, la condenarían; pues, una cosa eran las formas leves de madres o esposas, pero las suyas, voluptuosas, la delatarían imaginaria, inexistente. Sin embargo, el peor de sus males no radicaba en aquellas suaves e imposibles redondeces, sino en esa manera particular que tenía de hablar, moverse y respirar. Existía con tanta gracia que era imposible creerla real.

A medida que su desgracia corpórea se evidenciaba, su madre le prohibía más y más cosas, argumentando que se estaba convirtiendo en una especie de vulgaridad encarnada, un perfecto modelo de la mentira. Un viernes le dijo que ya no podría ir más a los cafés del domingo, pues tenía que dejar de comportarse como un hombre, sobre todo viéndose de la manera en que se veía. Ella no podía saber nada sobre los temas que trataban en esas reuniones, ni entender el lenguaje paterno y, por esas razones, pronto acabaría siendo un estorbo o una distracción impúdica. Además, todas las esposas empezaban a tejer con sus palabras una mala imagen de la hija de Cavero, y si no las tenía a ellas como aliadas, estaría perdida en Fortaleza.

Ella renegó contra su madre. Lloró mirando la montaña hasta que el sol se escondió y los hombres volvieron, trayendo con ellos el silencio.

Una semana después, decidió cambiar su suerte.

Odiaba saberse imposible y no quería alejarse de los cafés del domingo, que eran lo único interesante en su vida. Decidió cubrir todas sus formas y parecerse más a un hombre que a una mentira. Robó cinco camisas anchas de su padre y empezó a utilizarlas para salir a las calles.

Las madres no tardaron mucho tiempo en notar sus acciones y condenarlas. Aquello no era digno de una hija de Fortaleza. Su madre le hizo llegar las quejas, y le prohibió seguir pensando y existiendo como un hombre, pues no había nacido para ser así. Ella, enfurecida, devolvió casi todas las camisas al armario, pero se quedó con una, para disfrazarse los domingos e ir al café de los hombres. Consiguió también un sombrero usado por su bisabuelo en aquellos años en los que el mundo y Fortaleza eran casi lo mismo. Dentro de él, podía esconder su cabellera, generosa y tersa, que la delataba irreal.

Un buen domingo, volvió a asistir a aquel lugar en el que solo se hablaba un lenguaje paterno y lejano, un lenguaje sin sonoridades huecas y vacías. Solamente ahí podía sentirse parte de aquello de lo que se sabía merecedora desde niña: el mundo fuera de Fortaleza.

No la reconocieron, creyeron estar compartiendo mesa con uno de los muchachos y conversaron sobre todo tranquilamente, incluso sobre las mujeres. Ella escuchó con atención y se repitió a sí misma que las palabras de las madres y las abuelas estaban infundadas. Los hombres, en cambio, sí sabían explicar el mundo.

Asistió, durante varias semanas, al café de las seis. Nunca pronunció palabra alguna, pues su voz delicada delataría su condición de mentira. Uno de

los domingos, el coronel Martínez notó una forma redonda sobresaliendo de la camisa del joven sin nombre que había empezado a acompañarlos desde hace poco. Entonces, se detuvo a mirarlo con atención. Descubrió dos pelos largos escapándose del sombrero y se dio cuenta de que nunca habían oído la voz de tan simpático muchacho. Después del café, lo siguió.

Ella, en medio camino del café a su casa, se dio cuenta de aquellos pasos que se aproximaban. Aceleró. Pero no pudo ir a la velocidad suficiente como para perder de vista al coronel. Percibió cómo se acercaba y le susurraba en el oído algo sobre sus pechos y su largo cabello; después, sintió un par de manos sobre su cintura.

No volvió a aparecer en el café de los domingos nunca más.

Pasaron años de silencio y resignación, hasta que la noche previa a su cumpleaños dieciocho, pensó nuevamente en su destino: estaba fuera de Fortaleza, allí abajo, detrás de la montaña y del río. Pensó que al día siguiente se pondría de nuevo la camisa de su padre, después de dos o tres años, y se subiría a uno de los autos. Pues si se quedaba un día más, las madres no tardarían en conseguirle un buen marido, silencioso y trabajador.

¡Aquella idea le aterrorizaba!

Las esposas no tenían secretos.

Nunca más podría escuchar las voces de los hombres, porque las esposas no huían de sus casas para ir al café de las seis de la tarde. ¡No! Las esposas se quedaban tejiendo el mundo con palabras, armando la ciudad con fragmentos de historias que una le había contado a la otra, y la otra a las otras. Creían que todo lo que estaba fuera de Fortaleza era mentira, incluso las mujeres vestidas con elegancia, labios rojos y cabello largo, las mismas que sus esposos frecuentaban en la ciudad. Las desgraciadas no sabían absolutamente

nada de lo cierto, porque los hombres guardaban silencio y solamente ellos habían visto con sus ojos el verdadero mundo.

¡No podía permitirse tal destino!

Al día siguiente, se subiría a uno de los autos negros para no volver jamás. Al día siguiente, se escabulliría entre los hombres, mucho antes de que las madres la felicitaran por convertirse en una esposa en potencia. Al día siguiente, se iría lejos y para siempre.

Se durmió con una sonrisa en la cara.

Sonó que era una niña que se escabullía entre los hombres.

Despertó con el sol de mediodía entrando por su ventana. A su alrededor estaban todas las esposas.

“Les dije que era irreal y vulgar”, “no puede vivir en Fortaleza”, “es tan falsa como la ciudad, hay que lanzarla hacia allá”. Todas ellas, incluida la esposa de Cavero, su madre, tejían el mundo con palabras a su alrededor. “Las mujeres con esa gracia son imposibles”, “son irreales”, “nunca será madre ni esposa”, “nunca dirá una sola palabra en lengua materna”.

La tomaron de los brazos y piernas, la cargaron y la llevaron hasta la cima de la montaña. Ella gritó, pero ni las hijas ni los muchachos se entrometieron. Eso era cosa de las madres y esposas; no podían interrumpir. Los hombres estaban lejos, allí abajo, detrás de la montaña.

La ciudad resonaba al fondo y se tragaba sus gritos.

Siempre había sabido que su destino no estaba en Fortaleza, sino afuera, lejos del pueblo y de las madres, y de las esposas, y de las abuelas, su destino estaba con ellas, con las mujeres de verdad.

La ciudad sonó cerca, cada vez más cerca; ella, Casandra Cavero, la escuchó tan nítida como en su sueño. Después, sintió las rocas clavándose en su espalda y se supo real.

Cronos y Rea

La belleza del tiempo está posada en sus ojos siempre quietos. Uno de los habitantes de afuera ha detenido su vertiginosa marcha hacia la muerte para admirarla y poseerla. Ha sido tal el encandilamiento que le ha regalado una ventana hacia su mundo, una ventana hacia la contemplación del tiempo. El corazón estacionario de la úcrona tiene ganas de latir, sus labios impasibles de sonreír; no obstante, en su espacio, donde reina la quietud absoluta, es imposible cualquier cambio o movimiento.

El hombre, su dueño, no posee otras úcronas, o al menos eso es lo que ella ve desde su ventana. En aquel hogar adornado por los amaneceres y anoche-ceres, es la única, la elegida. Y aunque eso le basta para apreciar lo que es el amor, o figurarse al menos de qué trata, otros gestos del hombre son los que la mantienen en vilo, entregada al deseo de atravesar el cristal para caminar por los recovecos desgastantes del tiempo. El hombre, pues, carga con ella para mostrarle absolutamente todo su mundo: el hogar que habita, los jardines, los árboles deshojándose en otoño, el sol escondiéndose en el horizonte, los eclipses, el tránsito de los mortales... todo aquel mundo, que es tan cruel como bello, aquel espacio al cual una úcrona jamás podrá pertenecer. Y es que una vez que se rompe el cristal de la eternidad, lo único que queda es el afuera, donde reside la voracidad del tiempo. Eso es tan sabido por las úcronas como por todos los otros seres que habitan la vasta existencia del cosmos. Y es por eso un regalo bien visto para una de ellas, la posibilidad de mirar el tiempo a través de una ventana; pero es pecado universal despojarlas de su condición de impasibles.

Ahí donde corre el tiempo, más allá de la ventana de aquella hermosa criatura, han pasado dos años desde

que el hombre adquirió a su úcrona. La había visto de espaldas, incrustada en uno de los cristales del Sur, en uno de sus viajes de aventura y su corazón se había sentido llamado a explorar los misterios que se escondían del otro lado, del lado de aquellos ojos de mujer que existe siempre y nunca.

No había sido la primera vez que apreciaba la belleza de una úcrona; pero sí la única que quedó absolutamente embelesado ante tal anomalía de la física. Así, decidió regalarles a esos ojos —impávidos, pero de mirada profunda— la visión de la realidad. Desde entonces, su soledad se ha visto apaciguada por un rostro que nunca cambia de expresión y una presencia que no implica necesariamente compañía.

Han pasado dos años en los que la ha observado embelesado, primero, y poco a poco la ha aprendido a amar. Dos años en los que se ha ido dando modos para llevarla a ver todos los posibles recovecos de la realidad y regalarle algo más que un paisaje sumido en el tiempo. Pero ese mutismo eterno posado en aquellos labios carnosos empieza a enloquecerlo y a apenarlo. Necesita de sus respuestas cuando le dice “te amo”, necesita de sus abrazos cuando la soledad trasciende la imaginación y se posa en el cuerpo, necesita de sus ideas, de sus verdades, de su... tiempo.

Ya desde hace unos meses ha empezado a leer algunos estudios sobre la física del espacio úcrono, los fenómenos de la impasibilidad y la firmeza de los cristales del Sur de Terra 3. Ha buscado, también, información sobre la psicología de las úcronas: solamente ha encontrado hipótesis pseudocientíficas de lo que le pasa a una mente que habita la eternidad y el video-diario de una supuesta úcrona liberada en la Segunda Era Galáctica.

Cada noche, desde hace unas semanas, se sienta sobre la cama mirando fijamente a su úcrona, congelada e inmóvil dentro de los cristales que la mantienen

en su espacio y se reprocha a sí mismo por amarla. Cuestiona los valores morales predicados por su sociedad y cuestiona lo que es realmente una úcrona.

Una úcrona se ve como una mujer humana; pero nadie sabe si comprenden el lenguaje o si pueden emplearlo con la misma complejidad que aquellos que las veneran. Entonces, ¿es lógico tomar una decisión por ellas? ¿Cómo podría saberse qué opinión tienen respecto a habitar el tiempo? No obstante, a pesar de todas aquellas cargas que lleva sobre la espalda y las disonancias que aquejan sus pensamientos día a día, hoy está dispuesto a colaborar a Rea —así ha decidido llamarla— para atravesar la impasibilidad y convertirse en habitante del tiempo.

Alista los metales capaces de atravesar los cristales del espacio impasible, los limpia con cuidado, los ordena sobre una mesa que instaló cerca de Rea congelada. Lava sus manos y se pone los guantes para no lastimarse. Piensa en ella, teme dañar su cuerpo frágil, romper su existencia al entregarla a la salinidad del tiempo. Empieza el proceso con una concentración que jamás antes había dedicado a ninguna otra empresa. No piensa en el después; por un momento, se entrega de lleno al ahora y piensa que así es el siempre de ella.

Han pasado dos horas; el hombre ya puede tocar la piel de su amada. Fría. Rea cierra los ojos por primera vez y vuelve a abrirlos. Vivos. El metal va destruyendo el cristal, liberando poco a poco la nariz de la úcrona, sus mejillas, sus labios. Ella abre la boca, lanza un suspiro. El hombre sigue concentrado en la tarea. Libera su cuello, su pecho, sus brazos, su vientre, sus caderas, sus piernas. Rea lo contempla alcanzando lo absolutamente inasible e inimaginable en el espacio que abandona, el espacio sin tiempo; entonces, impulsada por esa sensación de libertad que se apodera de su ser, se aventura a tocarle la cabeza a su dueño. El tacto de un otro entre sus dedos la llena de una gloria jamás experimentada. Poco a poco, va pasando del simple recorrido a una caricia que desciende hasta la mejilla. El hombre siente la caricia y se estremece; pero necesita despojar a ese cuerpo de los cristales que lo encierran en la eternidad, así que continúa con la máxima concentración en su labor.

Pasa poco tiempo hasta que quedan despojados de eternidad los pies y, con ellos, Rea completamente liberada hasta que la alcance la muerte. Mira a su amado y recorre los pasos que la separan de él. El hombre

recorre su cuerpo frío y desnudo con la mirada, pero no la toca. Le alcanza una manta y ella se cubre.

—Perdóname por sacarte del cristal —le dice sospechando la atrocidad que ha hecho. Y repara en sus ojos oscuros que no le brindan ni respuesta ni certeza alguna—. ¿Me entiendes?

—Sí —afirma ella sin expresión alguna—. Entiendo todas las lenguas de la humanidad.

—Perdóname, Rea.

No hay respuesta. Los ojos, antes quietos por siempre, ahora se llenan de la amargura del tiempo. Los labios se abren para tomar bocanadas de aire que entran con dolor al pecho. El cuerpo gira hacia la puerta de la habitación y los pies comienzan a deslizarse hacia allí.

—Rea, quiero que te quedes conmigo, por favor. No hay respuesta.

—Me he enamorado de ti —confiesa el hombre y los pasos de la úcrona se detienen. Sus labios se abren:

—Conozco lo que es el amor y siempre lo he sentido por ti; pero no puedo quedarme a tu lado ahora.

—¿Por qué?

—Porque conozco el fin de todas las cosas.

—¡Quédate, por favor! —suplica él—. ¡Quédate conmigo!

Rea experimenta un dolor que nace en su pecho y se posa en sus ojos que comienzan a diluirse en agua. Agua brota por sus mejillas y la sensación es tan desesperante como vivificante. Los minutos pasados frente al óxido del tiempo dejan de ser un simple caminar hacia la muerte y la sensación del aire marchitándolo todo empieza a convertirse en motivo de júbilo. Entonces, se da cuenta de que el amor y la vida solamente son posibles cuando empieza a marchitarlos el tiempo.

Se da la vuelta, mira a su amado y, tras las lágrimas que todavía no abandonan sus ojos, se halla a sí misma muerta ya, entregada a la verdadera eternidad. Corre hacia él, lo besa, le toma las manos, se acomoda entre sus brazos y comienza a asentarse en ella el devenir del tiempo. Ya no le importa saber sobre la finitud y hallar el fin de lo que recién ha empezado.

Él la mira para siempre suya entre sus brazos y todo el remordimiento sentido por haberla despojado de su espacio, se pierde. Es suya, para siempre suya. Ya no es Rea congelada, inalcanzable; es suya y él la ha hecho parte de su mundo para entregárselo absolutamente todo.

Entre caricias, se despojan de toda prenda que cubre sus cuerpos y se hallan, el uno frente al otro, desnudos, aniquilando las moléculas que los componen con

besos, destruyendo la impasibilidad con el tacto, entrelazando los cuerpos hasta el acoplamiento profundo. Entonces, el hombre se siente absoluto dueño de ella.

Rea duerme entre los brazos de su dueño. Sueña por primera vez y sabe que ese sueño es real porque lo ha visto antes todo. Sueña con la negrura de lo eterno, con los eones sordos que desde hoy yacen en su recuerdo, lejos de ella porque el amor ha opacado la eternidad del cosmos.

Él sueña con Rea, con su cuerpo para siempre suyo, con su vida parte ahora de la suya. Sonríe mientras sueña porque se sabe poseedor de ella; pues, una úcrona no puede habitar el tiempo al menos que un habitante del tiempo pueda cuidar de ella y guiarla por los minutos, las horas, los días, los años...

Respiran uno frente al otro, muriéndose uno frente al otro, abismados el uno al otro.

Nunca antes en la existencia del universo entero había existido ser capaz de arrancar a una úcrona de su

espacio. Ni durante la prolongada primera ausencia de vida, ni durante la última tiniebla que cubrió las estrellas para despojarlas de su luz hasta que se extinguiera el todo. Por supuesto que durante la Segunda, Tercera y Cuarta Era Galáctica se supo cómo; pero interrumpir la eternidad para mezclarla con el vagabundo paso del tiempo era una aberración física. Además, privar a una úcrona de su condición de eterna había sido considerado por toda forma de vida inteligente un crimen, una grave falta moral, aún más impertinente que otorgar a un mortal la muerte prematura.

—Rea, amor, abre los ojos—la despertó el hombre mirando el cielo negro y estático, como la nada.

—Amor, nunca me dejes—susurró Rea al oído de su amado.

—Te cuidaré por siempre, mi amor... —alcanzó a decir el hombre mirando sus cuerpos entrelazándose en el olvido.

Y los muertos nacieron, surgieron las estrellas extintas y el eón primigenio que dio paso al cosmos se iluminó con el resplandor de la absoluta negrura.

El viaje

A las cinco de la tarde, como todos los días, Rosa se despidió de los Gómez, de la señora Roxana y de la auxiliar de enfermería de las noches. Bajó por las escaleras porque no quería volver a tener problemas con la mujer del ocho en el ascensor y tomó el mismo minibús de siempre hacia su hogar. Era el último viernes de marzo y, como cada fin de mes, viajaría a su pueblo. Solamente sacaría el maletín, ya listo, de su habitación y se iría a la terminal para viajar durante toda la noche. Repasó los pasos que debía seguir: Sacar el dinero del cajón, tomar el maletín, llevar la manta y, si el domingo las cosas seguían complicadas, llamar a la hija de la señora Roxana antes de las dos de la tarde para que le consiguiera reemplazo (tenía en su billetera el número de Michelle, una chica con la que había estudiado). No se había animado a contarle nada a la familia antes de irse.

Mientras miraba por la ventana, pensó en la última vez que había visto a su hermana, Cielo. Recordó sus uñas mordidas y mal pintadas, su blusa larga de varón con Naruto estampado y su cabello recogido en un moño mal hecho. No se había fijado en los detalles que debía. Si es que podía preparar una comida, administrar la plata, recordar todas las medicinas de la abuela. Una no se fija siempre en esas cosas. Trató de acordarse de cómo era ella misma a sus doce años, pensó si hubiera podido encargarse de todas las cosas. Tal vez.

“Bajo”, dijo en la esquina de siempre y corrió las dos cuadras que la separaban de su cuartito en la ciudad. Sacó la manta para dormir en el camino, el dinero también, tomó el maletín y cerró con llave la puerta. Fue rápidamente hacia la avenida para tomar un minibús hasta la terminal. El camino fue relativamente corto, ni siquiera le dio tiempo para pensar en el alquiler de la habitación que debía pagar al día siguiente. Ya en la terminal, compró a las carreras el

boleto de bus y subió con todas sus cosas. Solo entonces sintió el nudo en la garganta y tuvo ganas de llorar.

Le dijeron que había sido un embrujo, que la nueva esposa de su papá seguro había hecho su magia negra porque le había dado su arranque de celos. Ella nunca había creído en cosas sobrenaturales y, por eso, insistió en que fuera al doctor; pero su mamá estaba peleada con los médicos después de lo que le había pasado a la abuela. “De nada sirven, hija, has visto que a tu abuela no la han podido curar”, le dijo. Como no querían ir al médico de allá, Rosa les dijo que su mamá se fuera a la ciudad con ella, que la llevaría a un buen hospital. Pero no accedieron. “¿Quién va a cuidar a tu abuela?”, le reclamaron, “ella no puede ni moverse y la Cielo tiene que estudiar”. Tenían razón. Lo dejó pasar; no pensó que las consecuencias serían fatales y que las cosas se darían tan rápido.

Recordó, entonces, un gran detalle: Cielo todavía estudiaba. El nudo de su garganta bajó hacia su estómago y empezó a marearse. Pensó en hablar con su padre, a ver si podía ayudarla de alguna manera... ¡No!

Una mañana, la habían despertado los gritos. Cuando, guiada por el sonido, fue a la cocina para ver qué estaba pasando, miró a su papá agarrándole las muñecas con fuerza a su mamá mientras ella lanzaba lágrimas de desesperación. “Te aguantas, carajo. No me vas a seguir pegando. Vos ya sabías que yo andaba con otra”, le gritaba el hombre a su mujer, “tus hijas ya son grandes; ahora tengo que cuidar al hijo que está esperando la Tati, me voy a ir aunque no quieras”. Cielo tenía ocho años y ella diecisiete, la abuela todavía estaba bien. Ella presenció todo el desastre y no pudo hacer más que quedarse impávida llorando. Su padre siguió gritando, pero a pesar de las súplicas de su mamá, salió de la casa con su maletín lleno de ropa. Esa misma noche se fue a vivir con Tatiana, la viuda de Roberto, y nunca más volvió. Se rompió todo.

El bus ya había partido y Rosa veía por la ventana cómo iban dejando atrás las aglomeraciones de la ciudad. Hacía frío, así que no tardó en ponerse la manta encima. Entonces, mientras la estiraba, giró la cabeza por primera vez en toda la noche para ver quién estaba sentado a su lado. Un hombre de unos cuarenta años, fornido, moreno, simpático; estaba perfumado con una fragancia que tenía un ligero toque de vainilla. ¡Qué hombre! Por un momento, ni la garganta ni el estómago sufrieron los estragos de aquel nudo que se le seguía apretando con pensamientos. Por un momento, se sintió absolutamente feliz de estar sentada al lado de aquel hombre. ¿Tendría hijos, estaría casado, viajaría con alguien más?

Unos años atrás, un hombre parecido la había invitado a salir mientras hacía su turno en la pizzería. No aceptó. Ella era muy joven, el tipo muy viejo y, además —lo supo después—, estaba casado. Ella nunca sería como Tatiana.

Pocas semanas después de que su padre se había ido, Rosa consiguió trabajo como mesera en una pizzería de su pueblo a la que iban muchos turistas tanto del interior como del exterior. En las mañanas iba al colegio y en las tardes trabajaba. Mientras tanto, su madre había seguido atendiendo la tienda de barrio que había comprado con su marido. Al menos el tipo le dejó eso y no se lo arrebató para dárselo a Tatiana y a su hijo. A veces, Cielo o la abuela ayudaban en la tienda.

Rápidamente, las cuatro aprendieron a vivir en perfecta armonía y, aunque a veces su madre se pasaba la noche llorando, procuraban disfrutar del día a día preparando ricas comidas, llevando helados de la tienda a la casa o mirando películas. Eran felices. Incluso más felices de lo que habían sido viviendo con Marco, el padre. Ya no lo esperaban ni en las noches ni los sábados ni nunca, y eso les daba paz.

Entonces, la abuela sufrió el accidente y la vida volvió a romperse.

Miró la hora en su celular, quedaban todavía varias horas de viaje; las horas más pesadas. El trayecto y el tiempo eran los mismos de siempre, pero la vida era otra. Llegaría a casa para velar el cuerpo de su madre, mirar su rostro por última vez y enterrarla para siempre. El nudo volvió a su garganta y escondió las lágrimas detrás de sus párpados. Había aprendido a hacerlo trabajando para la señora Roxana. A veces, la mujer lloraba de dolor toda la tarde, otras veces le gritaba “ignorante, bruta” y en alguna ocasión hasta le había escupido la comida en el regazo. Estaba

acostumbrada a cerrar los ojos hasta que las lágrimas cayeran por dentro.

La vida era otra. Llegaría a casa a bañar a su abuela postrada en cama, subirla a la silla de ruedas, llevarla al velorio, secarle las lágrimas y limpiar sus mocos. Llegaría a casa a decirle a Cielo que se cambiara de ropa, que ordenara su pelo y se comportara a la altura. Llegaría a casa y se quedaría para siempre ahí porque nadie más en el mundo podría cuidar ni de Cielo ni de su abuela. Llegaría a casa, a su pueblo, y en su pueblo viviría para siempre.

—Es largo el viaje, ¿no? —le comentó el hombre que viajaba a su lado. Rosa escuchó; pero había tantas cosas en su cabeza que las palabras hicieron eco en sus oídos durante unos segundos.

—Sí, es largo —le respondió cuando pudo volver a conectarse con el ahora y, entonces, cayó en cuenta de que su voz era tan cautivadora como todo él.

—¿Viajas sola?

—Sí, estoy viajando sola. ¿Y usted?

—También... Dime Marco, por favor, no me trates de “usted”.

—Bueno.

—¿Puedo preguntar cuál es tu nombre?

—Rosa.

—Un nombre lindo para una chica linda.

Se rieron los dos y Rosa se recostó en el asiento. Todavía quedaba averiguar si era casado, soltero, si tenía hijos... No quería ser como Tatiana. Pero no supo cómo preguntárselo.

Rosa se había graduado unos días antes del accidente de su abuela, así que su destino se escribió solo: atendería la tienda en las mañanas, mientras su madre cuidaba a su propia madre, y trabajaría en la pizzería durante las tardes. No tuvo que pensar en qué estudiar o en qué hacer.

Sin embargo, poco duró aquel destino escrito y no tardó mucho en reescribirse. La abuela no podía quedarse todas las tardes con una niña de diez años. Rosa tuvo que dejar el trabajo en la pizzería y se dedicó de lleno a la tienda para que su madre cuidara de la abuela.

A veces entraban a la tienda compañeros suyos del colegio y le pedían cigarrillos, alcohol para sus fiestas, helados para acompañar sus citas, café para lidiar con los estudios. Se veían impregnados de una juventud devoradora de mundos, se veían radiantes. Ella se miraba al espejo y era opaca. Ya no estudiaba, ya no hablaba con turistas, ya no salía a emborracharse; solo se sentaba en la tienda esperando a que alguien

o algo llegara y le cambiara el mundo para siempre, esperando con el TikTok abierto, transitando de video en video. Luego, llegaba a casa y su madre estaba aún más opaca que ella.

La noche se hizo oscura y el camino turbio. Cerró la cortina y también sus ojos. El vaivén del bus y el perfume con olor a vainilla de Marco le permitieron conciliar el sueño como si su mundo no se hubiese roto de nuevo.

No soñó nada.

La despertó el traqueteo del bus en medio de la madrugada. La oscuridad total despertó a los fantasmas que ahora habitaban en su mente y percibió a su madre llorando frente a ella. Halló el susurro de sus labios disculpándose por dejarla con ese mundo roto encima, disculpándose por haberse muerto amando todavía a su padre, disculpándose por haberle arrancado para siempre las alas, por haberle quitado la ciudad. El nudo volvió a su garganta y, en medio de la absoluta negrura, le fue imposible esconder las lágrimas detrás de sus párpados.

No había pasado ni un semestre, cuando Rosa no pudo más. Una mañana, se miró al espejo mientras se alistaba para ir a la tienda y decidió que no podía seguir cediendo ante el peso de su destino. Caminó hacia la cocina pensando en todo lo que existía fuera de su mundo, se sentó en absoluto silencio en la mesa para desayunar y miró detenidamente a cada miembro de su familia: mamá, Cielo, la abuela. “Quiero estudiar algo”, le dijo a su madre. “Es difícil ahora, hija, esperá un poquito”, le respondió la mujer sin mirarla si quiera. “¿A qué, mami? ¿Qué espero?” No hubo respuesta.

Decidió que no podía quedarse en su pueblo porque ahí estaba ese nuevo mundo roto que estaba obligada a habitar. Convenció a su madre de que en cualquier ciudad podría conseguir un trabajo de medio tiempo que le pagara mejor que uno en el pueblo. Y se fue a la ciudad que quedaba a quince horas de viaje. Tenía que escapar, y mientras más lejos mejor.

La tienda empezó a ser atendida por un primo lejano de Cielo y Rosa; le ofrecieron poca paga y, a falta de otros trabajos o planes, él aceptó.

—¿Estás bien? —le preguntó Marco. Solo entonces se dio cuenta de que estaba sollozando.

—Perdón.

—No te disculpes... ¿Sabes? No puedo dormir bien en los viajes; si quieres hablar, te escucharé.

Sintió su olor a vainilla, tan dulce como el de la fragancia del señor Víctor, el hijo menor de la

señora Roxana. Y se sintió opaca. Siempre opaca. Ni la ciudad la había salvado de esa opacidad que la había impregnado desde que acabó el colegio. De lunes a viernes se la pasaba dentro de una casa en la cual no tenía historia ni rostro, vestida con su uniforme, cuidando de una enferma terminal de cáncer que la odiaba mucho más de lo que le agradecía. De lunes a viernes se la pasaba dándole de comer a una moribunda, escuchando sus quejas, limpiando su sudor, sus mocos, cambiándole los pañales. De lunes a viernes era Rosita, la chica opaca y buena que no se quejaba de nada. Y los fines de semana se los pasaba anhelando aquella juventud prometida que nunca le llegó, caminando por las calles a las que nunca iba a pertenecer, soñando con el destino que ella misma se escribiría.

—Disculpe, tuve una pesadilla —se disculpó con Marco y cerró los ojos todavía empapados con lágrimas.

Soñó con una casa construida para ella en la ciudad, con paredes cremas, ventanas bañadas de sol y piso de parquet. Cuando abrió los ojos, ya se había hecho de día.

Había un vendedor ambulante ofreciendo sándwiches y refrescos para el desayuno dentro del bus. No compró nada; estaba muy cerca de su hogar. Con ese sol, máximo tardaría un par de horas en llegar hasta la puerta de su casa. Desayunaría con Cielo. Había muchas cosas de las que hablar, mucho por descubrir y observar.

Abrió la cortina para mirar por la ventana. Entonces, notó que todavía no se vislumbraba más que carretera y más carretera en el horizonte. Sacó su celular del bolsillo: Apagado, sin batería. En todo el afán de limpiar los escupitajos de la señora Roxana y guardarse las lágrimas por su madre, había olvidado poner a cargar el celular.

—Disculpe, ¿qué hora es? —le preguntó a Marco.

—Buen día, Rosa. No sé, hace rato que me quedé sin batería en el celular.

Pensó en preguntárselo a otra persona en el bus. Dobló la manta y la puso a un costado, al lado de sus piernas. Miró hacia los asientos que estaban del otro lado del pasillo buscando un rostro que le inspirase confianza. Nada. Volvió a sentirse opaca en la pequeña multitud. Volvió al silencio.

Unos años atrás, después de subirse al bus que la arrancaría de la opacidad, se había sentido abrumada con las posibilidades del destino. Desde el momento en el que había llegado a su casa con la decisión de

irse a la ciudad, había sabido que quería estudiar para ser enfermera; pero nunca se detuvo a pensar en todo lo demás. ¿En qué parte de la ciudad viviría? ¿Dónde trabajaría? ¿Cómo haría amigos? ¿Cuánto tiempo le tomaría aprenderse el nombre de las calles y las maneras de llegar a cada parte?

La ciudad había sido un hueco profundo lleno de rostros desconocidos, de velocidad, movimiento, de donnadies y fracasos. El silencioso ruido de sus rincones había sido uno de sus primeros tormentos apenas bajó del bus. Poco a poco se fue acomodando entre los rostros sin historia, poco a poco se fue haciendo parte de ese constante ir y venir: Consiguió un trabajo de seis horas con sueldo mínimo en un restaurante como cajera y empezó sus estudios como auxiliar de enfermería en las noches.

Las primeras dos semanas no encontró el valor para llamar a su madre, los primeros seis meses no halló el tiempo ni el dinero suficiente como para visitar su hogar. Con el tiempo, se fue acomodando a la rutina de llamar cada martes y viernes. A la rutina de viajar quince horas de ida y quince horas de vuelta una vez al mes, aprovechando el bus de la noche para no perder ni días de trabajo ni días de acompañar a su madre en lo opaco.

El bus se detuvo en un lugar en el que Rosa nunca había detenido su viaje. “Pueden aprovechar para ir al baño o para ir a comer, tienen media hora”, anunció el chofer y los pasajeros empezaron a bajarse.

—¿Dónde estamos? —le preguntó Rosa a Marco mientras este se ponía de pie para salir del bus.

—No sé. Es la primera vez que viajo por esta ruta.

¿Se habría subido al bus equivocado? ¿Habrían pasado ya su pueblo? Pensó en preguntar por el destino, preguntárselo a Marco o a cualquier otro pasajero; pero no había nadie en el bus, nadie más que ella. Bajó para estirar las piernas, para buscar algo de comer. Y ya abajo, al hallarse en medio de la nada, entre desconocidos de su patria y desconocidos extranjeros, volvió a sentirse opaca. Marco había

desaparecido y con él toda posibilidad de entablar conversación alguna.

¿Por qué había elegido convertirse en enfermera antes de irse a la ciudad? Porque se sentía preparada para eso, porque había visto cómo su madre cuidaba a su abuela y ella misma la había cuidado varias veces. Pero se olvidó de lo más importante, se olvidó del motivo de su partida. La carrera de Enfermería le resultó larga y optó por estudiar para ser auxiliar de enfermería. Luego entró a trabajar con la familia Gómez y se perdió para siempre entre los dolores de la vieja Roxana, entre sus quejas, sus ganas de morirse, la morfina y sus pañales sucios.

Comió un sándwich de pollo que vendía una mujer en un puestito diminuto, tomó un café con sabor a tierra que le vendió un hombre que caminaba con un gran termo. Subió al bus al terminar su desayuno y pensó en su abuela, pensó en Cielo. Al llegar, tendría que bañar a las carreras a su abuela, tendría que obligar a Cielo a que hiciera todas las cosas rápido. Al llegar, tendría que llamar a la hija de la señora Roxana porque, definitivamente, se quedaría en su pueblo y no podría regresar a la ciudad más que para recoger sus cosas. Al llegar, tendría que llamar a su casera para decirle que ya no alquilaría la habitación y para decirle que le pagaría en unos días el mes que había terminado.

Pasaron muchos minutos. No llevaba reloj ni celular, pero supo que habían pasado treinta minutos varias veces. Y nadie se subió al bus; ni siquiera Marco. Se quedó ella sola ahí adentro. Esperando, primero con angustia, a que arrancara el carro para poder llegar de nuevo a su mundo roto; aliviada después, por aquel percance que le permitía un respiro entre tanta opacidad, entre tanto ajeteo, entre tanta lágrima lanzada hacia adentro.

Llegó la noche con el bus vacío y no le importó todo el tiempo perdido. Dejó de pensar en Cielo, en su abuela, en su madre, en la vieja Roxana, en su casera... Cerró los ojos, miró hacia adentro y dejó brotar las lágrimas que cayeron por ella misma.

Pájaro

Era lunes por la mañana.

Marta cerró la puerta de la casa y sintió que olvidaba algo importante. Se tocó los bolsillos, revisó si tenía la lista de compras, y el dinero, y las llaves, y el teléfono, y las bolsas de mercado... ¡Todo completo! Se llevó el cabello detrás de la oreja con la mano izquierda y lo notó: le faltaba su anillo de matrimonio, lo había dejado sobre la mesa de la cocina después de lavar los platos. Pensó en recogerlo, pero pronto decidió no hacerlo.

Caminando por la avenida, se sintió diez años más joven y eso la hizo sentirse culpable. En el mercado, evitó conversar con las vendedoras y escondió la mano izquierda; todo con el fin de hacerse invisible o, al menos, opaca. Regresó a su casa con paso rápido, dispuesta a esconder del mundo su mano desnuda.

Llegó distraída. Acomodó las compras, empezó con la limpieza y, cuando se disponía a tomar la escoba, el anillo aún estaba lejos de su dedo. Atemorizada por la culpa o el vacío, lo buscó en la cocina y lo colocó en su mano pensando que así se le quitaría la angustia que le daba vueltas en el pecho.

Pero la angustia siguió ahí.

Limpió el baño, la sala, el comedor, la habitación vacía... Caminó con pena por el pasillo, con la escoba en la mano derecha y el anillo bien puesto en la izquierda, esperando que entre tanto despojo de la mugre llegara el consuelo. Se asomó, lanzando un profundo suspiro, a la puerta de su habitación y la vio cerrada. Le pareció extraño. Ni ella ni Manuel acostumbraban cerrar los cuartos. Giró el pestillo y al abrir... ¡No! ¡No era posible!

Manuel se lo había advertido y a ella le había parecido otro capricho más, como el cobertor del sillón o la funda protectora del control remoto. Pero, quizás, nada de eso era capricho.

Un pájaro había alzado vuelo y, tentado por esa ventana abierta, la que su esposo siempre le había dicho que dejara cerrada, había irrumpido en su hogar impasible, en su vida pasiva. El pájaro agitaba torpemente sus alas esbeltas de plumaje negro y se movía confundido por la habitación, mirando todos los rincones, haciendo caer las cosas de Manuel, las cosas de Marta, graznando con su voz aguda. Ella solamente observaba. Entonces, el ave la miró a los ojos despertando una especie de pánico y complicidad que jamás había sentido ni en conjunto ni por separado.

Cerró la puerta por fuera, corrió hacia el comedor, llamó por teléfono a Manuel lanzando tímidos quejidos en medio del discurso y trató de contárselo todo; nada quedó claro. Pero Manuel iría a la casa —se lo dijo—, iría a controlar lo que a su mujer se le había escapado de las manos.

Los cuarenta y dos minutos que pasaron después de colgar el teléfono fueron infinitos. Marta no pudo moverse... Miraba el anillo y le recorría un escalofrío por el cuerpo. Miraba el pasillo y se tranquilizaba un poco, hasta que el pájaro volvía a graznar y el graznido parecía convertirse en el llanto del feto, muerto en su vientre, que nunca había podido habitar ese hogar.

Manuel llegó; en el camino había tenido tiempo para ordenar las palabras de Marta y entender lo que pasaba.

—Amor, ¿cuántas veces te dije que cerraras la ventana si salías? —dijo en tono cercano a la catástrofe, sin regalar ni saludo ni beso a su opaca esposa.

Ella lo miró fijamente, esperando que la tensión en su tono de voz se disipara. Eso no sucedería. Y su impavidez solamente empeoró las cosas.

—¿Tanto trabajo cuesta cerrar una ventana? —dijo Manuel al hallar silencio en esos labios que no quería besar mientras se perdía a través del pasillo.

Marta se quedó muda frente a la nada, esperando que su marido apareciese con una solución. Pero no. Al regresar, el hombre le dijo:

—¡Es muy grande, Marta!

—¿Cerraste la puerta? —preguntó ella con voz lacónica.

—Claro que la cerré —explicó metiéndose a la cocina y examinando el panorama del hogar—. ¿Todavía no cocinaste? ¡Son casi las doce!

—¡No! ¡Estaba limpiando la casa! Y después... Después entró el pájaro...

—Bueno... —dijo el marido mientras se dirigía hacia la puerta de calle.

—¿Te irás?

—Tengo que volver al trabajo ahora mismo si quiero regresar para almorzar más tarde.

—¿Qué haremos?

—No sé. ¡Es un pájaro grande! Tal vez deberías esperar a que se vaya.

—Es de mal agüero tenerlo dentro.

—Por eso te dije que no dejaras las ventanas abiertas, Marta.

Se miraron fijamente, Marta angustiada y Manuel furioso.

—Va a destruir todo, Manuel.

—No te acerques al cuarto —recomendó Manuel y se fue.

Marta miró el anillo en su mano; se lo quitó y lo arrojó al piso con bronca.

Pensó en concretar su venganza no cocinando. Miró con desdén la mesa desnuda de la cocina y posó sus ojos en el vacío, dispuesta a perder el tiempo mientras el escalofrío de la culpa recorría su espalda. El tiempo se hizo pesado y a los diez minutos decidió preparar el almuerzo; se olvidó de todo mientras lo hacía: del bebé nunca nacido, del anillo y del pájaro; también se olvidó de Manuel.

A la una y media, la comida estaba preparada, la mesa puesta y los platos servidos. Solo faltaba Manuel.

¡No llegaba! ¡No llegó!

Ella lo llamó al celular, pero después del tono de llamada... Nada.

Entonces, el teléfono de la casa sonó. Ella no quiso contestar, porque sabía que, seguramente, era la llamada que siempre recibían en casa a la hora del almuerzo: la llamada de su suegra. Dejó que el teléfono se callara.

Pero segundos después de callarse, el teléfono volvió a sonar.

—¿Hola? —contestó resignada al fracaso.

—Marta, ¿por qué no contestabas el teléfono? ¿Todo está bien?

—Sí, estaba en la cocina y no escuché que llamaste.

—¿Ya pudiste sacar al pájaro?

De pronto todo volvió a la normalidad: el anillo no estaba en su mano, el bebé no estaba en su vientre y el pájaro daba vueltas en su habitación.

—No.

—Tal vez es su alma.

—¿Qué?

—El pájaro... Tal vez es el alma del bebé.

En la espesura de aquella palabra impronunciable para Marta, se formó un silencio. Solo entonces encontró el valor para cortar aquella charla.

—Le diré a Manuel que te llame después de almorzar.

—No irá a comer, querida. Ya no lo soltarán en el trabajo.

Y entonces, se cayó todo valor.

¡No era posible! ¿Por qué la madre de Manuel se enteraba de todos los pormenores de su vida matrimonial incluso antes que ella? ¿Para qué había llamado, además, sabiendo que su hijo no estaba en la casa y que tampoco llegaría? ¿Por qué Manuel no le contestaba a ella, su esposa y, en cambio...?

¡Era demasiado!

—Hablamos luego, Miriam, el arroz se me quemó.

—Corre, Marta.

Colgó. Fue a la cocina y almorzó sola, escuchando de rato en rato el graznido, mordiéndose los labios para no imaginarlo llanto.

Quiso llorar, pero contuvo las lágrimas.

Después de comer, decidió irse, escapar de aquella vida.

Se fue de la casa sin lavar los platos, se fue sin rumbo. No quería estar ahí nunca más, atrapada con el pájaro... y con Manuel... y con su suegra que llamaba tres veces al día al hijo y quién sabe cuántas al celular de su esposo. Miró su mano desnuda, sintió sus entrañas vacías. Nada había cambiado en su vida, todo seguía igual.

Deambuló sin rumbo hasta que el cielo oscureció y, en el paseo, por un momento, se le quitaron los recuerdos del pájaro, del bebé, del anillo, de Miriam... Se sintió casi plena. Pero el paso de los transeúntes regresando a sus casas le devolvió la culpa y regresó atormentada a su hogar.

Manuel estaba ahí, a oscuras, con el anillo que Marta había decidido olvidar; lo tenía entre sus dedos.

—¿Dónde fuiste? —le preguntó suavizando su tono para no ahuyentarla.

—No quería escuchar a ese pájaro, Manuel. ¿Ya se fue?

—No.

—¿Qué vamos a hacer?

Se hizo un silencio prolongado, incómodo.

—Marta, ¿me quieres? —preguntó Manuel poniéndose de pie y aproximándose. Ella se sintió sofocada; quiso huir a su habitación y encerrarse ahí para siempre. No sabía cómo contestar a una pregunta que ella misma se iba haciendo desde hace tiempo y no podía responderse. Trotó por el pasillo, como una gacela. Llegó a la puerta del dormitorio y recordó la desgracia...

El ave ya no graznaba. Pero el silencio en ese hogar impasible permitía oír sus movimientos torpes, su inaudita presencia.

—Iremos a un hotel si tú quieres, amor. Perdóname por dejarte aquí sola... ¿Estás enojada conmigo? —preguntó Manuel acercándosele.

—¡Tu madre dice que es el alma de mi bebé! —gritó ella con enfado.

—¡Marta!

Ella lo miró a los ojos con rabia, él no supo qué más decir. Entonces, hastiada, abrió la puerta de la habitación; ya no tenía hacia dónde escapar. Entró y cerró. Quiso morir allí, devorada por el animal mientras Manuel escuchaba sus últimos alaridos. Pero el ave no estaba más en la habitación; en su lugar, un hombre desnudo y confundido se movía con cierta brusquedad y torpeza tratando de abrir unas alas imaginarias. Del otro lado de la puerta, Manuel golpeaba y hacía preguntas tontas en medio de gimoteos desesperados y cobardes. Ella prefirió no abrir.

Sonó el teléfono. Marta se quedó expectante; Manuel, al fin, la dejaría en paz. Pero el teléfono siguió sonando... Y nadie contestó la llamada.

—Marta, ¿estás bien?

Ella no contestó. Estaba impactada. La llamada tenía que ser de su suegra; nadie más interrumpía el silencio de aquel hogar.

—¡Marta! ¡Responde, por favor!

Abrió. Manuel la miró, después miró hacia la ventana y ya no pudo mirar ni decir nada más. ¡Había un hombre desnudo en su habitación! Ambos —marido y mujer— se quedaron en silencio, mirando al tipo desnudo que movía los brazos haciendo caer los objetos de él, los objetos de ella...

Pasaron varios segundos hasta que Manuel reaccionó. Tomó de la muñeca a su mujer para sacarla del dormitorio, cerró la puerta y la condujo por el pasillo. Fue hacia el teléfono y marcó el número de la casa de sus padres. Marta volvió a mirar su mano desnuda. Esta vez se sintió completa y lanzó un suspiro; pero no pudo sonreír.

—Mamá... ¡No sabes lo que ocurrió!... Hay un hombre desnudo en la... No, mamá. ¿Qué crees?... Apareció aquí... El pájaro se fue...

Marta miraba a su esposo desde el pasillo sin moverse. Estaba agobiada.

—No digas esas cosas, mamá... ¡Marta se enoja!

Marta no pudo más. Se dio la vuelta y entró a la cocina. Puso la mesa, encendió las hornillas para calentar la comida. Minutos después, empezó a cenar sola; luego entró Manuel irrumpiendo su espacio de silencio y olvido.

—Mi mamá piensa que deberíamos llamar a la policía, Marta.

Omitió las palabras de su marido y continuó con su cena.

—Creo que tiene razón, Marta.

—También piensa que el pájaro es el alma de... mi bebé —mencionó la mujer en tono calmado, pero sombrío.

—Pero esto es diferente. Sabes que ella es supersticiosa y...

—¿Y qué, Manuel? —Había perdido ya la paciencia.

—No sé qué decirte. Sé que todavía te sientes dolida...

Se levantó de la mesa sin terminar su comida, ni la charla y echó el resto de su cena en un plato.

—Le llevaré comida.

El marido no dijo nada. La miró fijamente.

Llevó el plato a la habitación. Manuel, incrédulo, la siguió. Miró a su esposa colocando la comida sobre la cama y al hombre desnudo mirándola con curiosidad mientras se le acercaba.

—¡Marta, ven acá!

Al oír la voz del extraño, el hombre desnudo lanzó un alarido gutural y se acercó bruscamente a Marta. La examinó sin tocarla. Manuel se quedó impávido. Ella cobró valor, acercó su mano a la cara del intruso y la acarició. El intruso deglutió los alimentos sin masticarlos; Manuel se horrorizó.

No tardó mucho. Pronto, la mujer pudo retirar el plato e irse.

—Marta, ¿qué vamos a hacer? —preguntó el marido mientras la acompañaba en su caminata hacia la cocina. Ella decidió no responder.

En cambio, lavó el servicio, se metió al cuarto vacío y se acostó desnuda en la camita para niños que nunca sería ocupada por nadie. Manuel, confundido pero cansado, imitó la acción.

No fue la peor de las noches que pasaron.

A la mañana siguiente, como de costumbre, Manuel se despertó antes que Marta y se metió a la ducha. Pero al salir, no tenía nada para ponerse. Todas sus prendas limpias estaban ahí adentro, en su habitación, donde graznaba el ser extraño.

—Marta, Marta —la despertó.

—¿Qué pasa, Manuel?

—No tengo nada para ponerme.

Marta se despegó de las sábanas y fue a su habitación. Cuando abrió la puerta estaba igual de desnuda que su huésped. Este abrió recién los ojos, pero seguía de pie.

—No te preocupes, solo vine a sacar unas cosas.

Manuel la oyó y lanzó un sonido de reproche lo suficientemente fuerte como para que ella y el intruso lo escucharan. Iba a reclamarle su trato con aquel ser, iba a reclamarle no cubrirse el cuerpo, iba a reclamarle la ventana abierta, y todas las ollas quemadas con arroz, iba a decírselo todo. Pero entonces, recordó el vientre vacío y el anillo en el piso... No dijo nada. Se vistió y se fue al trabajo sin discutir ni desayunar.

Marta se quedó en casa, como todas las mañanas; pero esta vez no estaba sola, tenía compañía. No tenía anillo, no tenía bebé y nada de eso le importaba porque un hombre sin habla, un hombre

que alguna vez había sido un pájaro, moraba en su vivienda.

Sonó el teléfono. No podía ser Miriam, era temprano. Contestó.

—¿Marta?

—Miriam —saludó con bronca.

—¡Hay que llamar a la policía!

Durante unos segundos, se oyó el silencio y nada más.

—No, Miriam. Gracias. —Colgó.

Se le hizo un nudo en la garganta. Preparó comida para su invitado mientras pensaba en el anillo que no sabía dónde había dejado Manuel y en el vientre vacío a sus treinta y tres años.

Sonó el teléfono. Seguramente era Miriam. Cerró la puerta de su habitación con seguro mientras miraba al hombre desnudo devorando la comida. El teléfono volvió a sonar, pero ella estaba harta.

El ser posó sus ojos sobre ella al terminar de comer, se acercó torpemente. Marta no supo qué hacer. Se quedaron parados frente a frente. El teléfono volvió a sonar.

—Ya no soporto —dijo Marta, como contándole al extraño.

Y entonces, lo entendió: No tenía bebé en su vientre, no tenía anillo en su dedo y tenía treinta y tres años.

El teléfono volvió a sonar.

Se hizo el mediodía y llegó Manuel, buscó a Marta por toda la casa sin encontrarla en ninguna parte. Su madre llegó cinco minutos después. “No me volvió a contestar el teléfono después de las nueve”, le dijo, y los dos abrieron la puerta de la habitación, y la ventana seguía abierta, y ya no estaba el pájaro, y ya no estaba el hombre, y ya no estaba Marta.

Una chica de amarillo Pikachu

*Fabricio Callapa Ramirez**

* Fabricio Callapa Ramirez (Sucre, 1987). Es miembro del extinto Taller de Literatura Creativa de la Universidad de San Francisco Xavier de Chuquisaca. Publicó los libros de cuentos: *Abona que el espejo ya no recuerda mi forma* (2008), *El fin de los días que conocimos* (2018) y de manera conjunta el poemario *Next-Gen* (2016), sobre internet, videojuegos y vida cotidiana. Participó en el Festival Internacional *Días de Poesía*, la antología de cuentos bolivianos de terror *Gritos Demenciales* (2010), *Sed y Sangre: Antología de Relatos de la Guerra del Chaco* (2017), *Caspa de Angel: cuentos, crónicas y testimonios sobre el narcotráfico* (2020) y *Cuando te vuelva a ver: antología latinoamericana de cuentos sobre la pandemia* (2022). Algunos de sus textos se han publicado en páginas y *blogs* de Bolivia y el exterior.

Tabletas

El cuarto

Aún se encuentra en cama. El reloj de su celular marca las nueve, dos horas antes no había cancelado el despertador y la música seguía sonando. Soñó con un concierto donde repetían la misma canción una y otra vez. Despierta. Abre los ojos con pesadez. Entre la frazada y la almohada de esponja, un poco de saliva humedece su rostro. Durmió boca abajo. Mientras intenta desperezarse, recuerda una página web donde había leído que las personas que dormían boca abajo eran de una personalidad insegura y de poco fiar. Ese día se puso a reír, desternillada, pero ahora el recuerdo le vino como una premonición. Su interior se tambaleaba como si alguien le hubiera quitado los cimientos con un soplido. Camina hacia el baño de la casa, atraviesa el patio, asegura la puerta y toma un trozo de papel higiénico para limpiar los bordes del inodoro. Sus vecinos suelen orinar con la precisión de un borracho así que, a la menor presencia de algún líquido, mejor prevenirse. Anoche había leído las instrucciones del test de embarazo. Requería la primera orina de la mañana en ayunas, soltar un chorrito para las impurezas y tomar la siguiente en el vaso, recoger la muestra y verter tres gotitas y esperar. Lo hace... tiembla su mirada ante la ventana del resultado. Dos rayas. Hubiera preferido hacerlo acompañada, pero él se excusó con el trabajo y que recién se acostumbraba a los horarios, a despertarse temprano. Pretextos. Guarda el test en su cajita y tira la muestra de orina al baño. Hubiera preferido quedarse en cama hasta mediodía, aguantarse hasta que él la visite o la dueña de casa le toque la puerta o la vecina que siempre ofrece productos Yanbal. Ante el espejo, sus cabellos lucen como una enredadera ondulada, las ojeras parecen un maquillaje sin quitar. Se lava las manos y se alista, baja su cabello como para asignarle una armonía, suelta el dentífrico en el cepillo de dientes y cepilla cada rincón

con una espuma leve, distinta a las de otras mañanas cuando solía jugar a creerse un perro rabioso que le gustaba exagerar. Regresa al cuarto y se viste con rapidez, ignorando la carga del celular, aunque éste marca más de la mitad. Alista la cartera y un manojito de documentos en un archivador para el trámite de su titulación.

Antes y durante el micro

Revisa el celular. Él ha escrito un mensaje de buenos días y le ha enviado un corazón. No le contesta. Se detiene en la esquina de una plazuela, después de caminar por tres cuadras, en la parada, al lado de un señor que la observa. Aparece un micro de los viejos, de esos que parecieran hasta turísticos. Estira la mano para detenerlo. Ambos suben. Toma asiento y esquivas las disimuladas manos del señor hacia su trasero. Revisa el resto de mensajes. La jueza dice que la recibirá a las siete y media de la noche. Mejor en su casa. Hoy saldrá temprano. Prefiere mantener la confidencialidad del servicio. Le han llegado rumores de los colegas. ¿Revisó los avances?, escribe ella. De eso vamos a hablar. Estoy entrando a mi audiencia. Chau. Recibe otro mensaje. Es él. ¿Pasó algo? ¿Estás enojada? Me hice la prueba y salió con dos líneas, responde ella. ¿Y eso qué significa? Que no pasa nada, inventa. Ella recibe caritas felices y serpentinas, y un muñeco bailando. Estoy yendo a mis trámites. Te escribo después. Cierra la charla. El micro se estanca en una hilera de autos como si fuera la columna vertebral de la calle. Mira las notificaciones del Facebook para pasar el tiempo. Algunas de sus compañeras de promo exhiben a sus esposos barrigudos que las superan con más de siete años. Hombres asentados en la vida. Maduros, su tía le habría dicho. Pasados los veintiocho ya no importa el aspecto, la mayoría de los hombres presume sus pertenencias, incluida la esposa. Ve las fotos

de hombres al lado de una parrillada con lavaderos llenos de carne o fotos de vagonetas chillantes con una frase motivacional. Hay mensajes de pretendientes y fotos que borra nada más al recibir la notificación en la bandeja de entrada. Ridículos señores románticos. Solitarios trozos de carne. El micro sale de la trancadera y no demora hasta llegar a unas cuadras del edificio de la facultad.

En la facultad

El estómago le cruje. Camina hasta una fila en la secretaría de su carrera. Hace cola. Algunos estudiantes de cursos inferiores la reconocen. Le saludan con la emoción de hallarse ante la ayudante de la docente de Derecho Civil II. La llaman por su nombre. Ella los recuerda, eran los más curiosos y su interés y participaciones durante las clases de ayudantía la llevaron a plantearse la idea de ser docente en el futuro. Les comenta que está comenzando sus trámites de titulación. ¿Cuánto les falta para acabar?, les pregunta. Dos años. Más internado, tres. ¿Qué harás después de jurar? Mientras la pregunta le sobrevuela la cabeza, piensa en sus compañeros egresados, la escotada y su trabajo de secretaria en la contraloría, el sobrino del fiscal y su trabajo de oficial de diligencias, la manada de los que han abierto otras cuentas de sus redes sociales para mostrarse en campañas electorales y mensajes políticos. Voy a litigar, dice para salir del silencio. No me gustaría ser repartidor de documentos y costurar archivos, menos meterme a la política o hacer favores. El grupo la escucha sorprendido. Es la forma en cómo ella se escapa por la tangente y no admite que le faltan contactos, padrinos, y no le gusta mostrar su cuerpo. Se despiden. No queda nadie en la fila. Habla con la secretaria que oculta la ventana del chat en el monitor. Suenan los nuevos mensajes. ¿Trámite de titulación? Sí. La secretaria pide los documentos y los revisa de malagana. Le señala los timbres que le falta comprar del edificio central, mira al calendario y le dice que no hay fechas disponibles en los próximos dos meses. Habla con un tono autoritario, como si el destino de la titulación dependiera de su buena voluntad. Ella observa una parte del calendario en blanco. Quisiera mostrárselo, pero se aguanta, teme llevarle la contraria y perjudicarse. Tuerce el rostro a uno sonriente, como buscando una expresión del repertorio en alquiler. Solo agradece y sale después de anotar los timbres que le faltan. El estómago le vuelve a crujiir. Afuera de la facultad se dirige a un puesto ambulante de papas rellenas y tucumanas, a la vuelta del edificio en plena

calle, al lado de unos universitarios. Quizás en años anteriores los hubiera reconocido por algún rasgo en particular. Los tipos medio lelos con camisa dentro del pantalón y lentes de marco grueso y relojes chapados en oro eran los de derecho. Los desharrapados con gafas y voces moduladas de locutor eran los de comunicación social. Aunque solo se tratasen de estereotipos tan nefastos como ella. Pide una tucumana. La muerde hasta dejar un orificio al interior de la empanada, le echa mayonesa y llajua. Él le hubiera dicho que no abuse de la mayonesa, que los granos y que además las vendedoras lo adulteran aumentando agua y sal. Le hubiese dicho que le daba igual, aunque en ese instante solo lo hubiera visto y hubiese respondido... ¿y?

Hablando de él y la pensión

Acaba de llegar un mensaje. Tenemos almuerzo con la gente de la empresa. Come sola y te llevas mi plato. Porfa. *Ok*, ella responde. La tucumana solo le abrió el apetito. La imagen de sus compañeras de facultad, embarazadas, invade su mente. Comían hasta tres tucumanas y decían que el embarazo te vuelve más hambrienta y llena de antojos. Toma el micro de regreso, la deja a tres cuadras de su casa, pero ella ingresa a la pensión. Son las doce y cuarto, poco antes de que los colegiales, las familias y los universitarios colmen el lugar. Mejor así, vacío. En Unitel transmiten los últimos minutos del capítulo diario de Los Simpsons. El señor Burns dice: creo que no era el dirigente brillante que pensé. Homero da vueltas de felicidad en el suelo. Una mesera de la pensión la saluda y le entrega el aperitivo, un platito con verduras que se entremezclan en tonos coloridos con las legumbres. Dentro de unos minutos las meseras estarán de una mesa a otra, correteando y haciendo malabares con las bandejas y los platos, guardarán la compostura de una sonrisa clientelar y tras la hora pico recién tomarán asiento. Un grupo de chat de sus compañeras de colegio habla de reunirse, la última vez fue en un *baby shower*, las últimas veces fueron un *baby shower*. Llega un mensaje de la chica con quien dio sus exámenes de grado, una tipa nerviosa que se confundió en los artículos del Código Civil y reprobó. Ella dijo que le ayudaría mientras la nerviosa lloraba en las afueras de la facultad. No volvieron a conversar. El mensaje es extenso. La nerviosa se presenta y pregunta por algunos libros de Derecho Civil. Ella le responde que los tiene, escribe la dirección del cuarto donde vive. Es cerca de mi casa. Estaré por la tarde. Llega la sopa. La mesera de

la pensión pregunta qué plato quiere para el segundo, da los nombres de las tres opciones. Asado en olla, elige. Deja la sopa en la mitad, aunque le puso una cucharada de llajua, el sabor salado permanece. Mientras desliza el *scroll* de la pantalla encuentra fotos del colega de su novio. Hay un mensaje que dice: ¡Cada día de tu vida es una aventura! La imagen los muestra en una casa de campo donde él, su novio, saca la cabeza de una botella de Ron Abuelo de su mochila, puede notarse la etiqueta y el logo. Llega el asado en olla. Después de comer, sobra rastros de nervio y huesos y bastones de zanahoria hervida. El otro almuerzo me lo pones para llevar, pide a la mesera. Un nuevo mensaje. Es su madre. La saluda con una carita feliz. Conversaciones de rutina. ¿Cómo marcha la vida independiente? Todo bien. No me falta mucho para los trámites de mi título. Su madre envía montones de caritas felices y *stickers* con personajes de trajes ensotnados y birretes. ¿Qué quieres de regalo? Cuando estés aquí te lo diré. No sabe si hablarle del resultado de la prueba. No sabe si hablarle de su vida sexual. Para su madre, desde que se fue a estudiar a Sucre, ella seguía siendo la misma chica de colegio católico. Las alusiones al tema concluían con un guiño amigable de mamá, creyendo que se había entendido la charla, aunque no se hablara de nada en específico. Llega el almuerzo para llevar en platos de plastoforno y una bolsa nailon. Gracias. La mesera le dice que todavía les queda una semana de pensión.

La tarde en casa

Llega a su cuarto. Se lanza a la cama tras dejar la bolsa con el almuerzo en el refrigerador. El sol la apaleó pese a la corta caminata. Escribe: Hola. Te traje el almuerzo. Es asado en olla. Estoy pensando revisar más bibliografía para la jueza. No le responde. Está desconectado desde hace dos horas. La nerviosa del examen de grado le pregunta si estará en su cuarto a las cinco. Ella dice que sí. Cierra los ojos por un instante y el sueño la consume, no ocurre nada en él, es solo una pantalla negra. Alguien golpea la puerta del cuarto. Es la dueña de casa, la atiende desde la puerta. Le invita una bandeja con mandarinas y naranjas. Dice que su hijo le ha enviado. Son dulces. ¿Cómo te está yendo? Anoche te quedaste hasta tarde. ¿Estás descansando bien? Harta luz estás gastando. Le dice que anoche no pudo dormir y vio encendida la luz del cuarto. Disimula la charla hasta introducir la mora del alquiler. Debe dos meses y ya estamos en el quince, le espeta con suavidad y diplomacia. Espéreme, seño. Ya

me van a pagar de unos trabajitos. La señora acepta y se marcha. Ella vuelve al cuarto y toma asiento. Abre la computadora portátil de once pulgadas. Desactiva la conexión a internet. Revisa los libros y anota citas que podría utilizar. Escribe ideas sobre el documento de tesis. El título ya está definido y el marco teórico luce sólido a sus ojos. Vuelve a los párrafos de la introducción y los corrige, elimina las redundancias y el texto queda más corto. Son las cinco y cuarto de la tarde. El timbre de llamada al celular suena como un berrinche. Es la nerviosa. Está en la dirección. ¿Por dónde? Hay una tiendita. Dale. Voy. Sale y la pillan en la tienda. Se olvidó de los libros. Compra pan. Vamos a mi cuarto, la invita, ahí tomamos tecito y luego te los presto. Está bien. En la habitación intentan una charla. La nerviosa mira el cuarto hasta que detiene la mirada en la caja de la prueba de embarazo al lado del librero. ¿Debería hablarle sobre eso? El agua hierve y sirven dos tazas de té. ¿Mantequilla? ¿Mermelada? No, gracias. Como no ha quitado la vista en la prueba de embarazo al final ella es quien toca el tema. Me hice la prueba esta mañana y salió positivo, lo dice con una calma y frialdad atemorizantes. La nerviosa quiere decir: ¡qué bien, felicitaciones!, aunque se echa para atrás y permanece en silencio. ¿Inoportuno?, apunta a preguntar. Sí, creo que es la mejor palabra. Y... tu novio... el papá... ¿sabe? Gira la cabeza hacia los costados. Beben el té en silencio y se hacen las seis menos diez. Le entrega los libros. Salgamos.

Encuentro y cobro

Conversa con la nerviosa mientras caminan al centro. Se despiden con un abrazo y la nerviosa se ofrece a darle apoyo en lo que necesite. Ella sonríe. La casa de la jueza queda cerca al Parque Bolívar así que camina. Piensa en lo mucho que le gusta la transición de la tarde a la noche. La hora azul con los postes eléctricos que se encienden con flojera. Personas en ropa deportiva dan vueltas a la plazuela del parque. A lo lejos recién se reúnen los integrantes de una comparsa de caporales, es temporada de ensayos. No tarda en atravesar el parque y sus inmediaciones para adentrarse en una calle con casas cuya fachada pulcra y tranquila dan la impresión de una zona residencial. Toca el timbre. Es atendida por una señora de facciones indígenas que ha dejado las polleras por una falda y unos mocasines con rastro de tierra. ¿Está la doctora? La mujer asiente. La dirige a través de un jardín y un pasillo de baldosas que lucen rústicas como rocas artificiales, las tenues luces amarillas y la simetría de la construcción

le provocan la sensación de haberse desconectado del resto de la ciudad. Se detienen en la sala y le pide que espere en el sillón. La jueza aparece por uno de los rincones junto a una bandeja con masitas. ¿Ya tomaste té? Sí, no se preocupe. La mujer del servicio deja otra bandeja más pequeña con una tetera y dos tacitas. La jueza pide que le traiga el folder amarillo. Encima del escritorio está. ¿Ha leído lo que le envié? A grandes rasgos, hijita. Está bien, pero mi tutor me ha dicho que hay que cambiar el enfoque de la tesis en el marco teórico. Para una jueza en materia familiar el enfoque es demasiado civilista. Ya sé que en derecho has dado ayudantía en civil, pero eso me está pidiendo mi tutor. ¿Podrías hacer las modificaciones? Claro... la palabra sale al apuro, debilitada, un poco frustrada en relación a las noches invertidas en la escritura. Te voy a reconocer el esfuerzo, hijita. Además, me han pedido una monografía sobre TIC para mi diplomado en Educación Superior. ¿Eso más me lo podrías hacer? Ya sabes que yo lo haría, pero tiempo es lo que me falta. Algo sencillito nomás. Titubea con la respuesta. A mis colegas más te voy a recomendar. Hay un juez del Beni que está haciendo su maestría en penal, con él te voy a recomendar. Gracias. Servite, si no, ¿qué voy a hacer con tantas masitas? Si quieres, llevate, le entrega una bolsita que saca de la cartera. Gracias. Y bueno, vamos a lo difícil. ¿En cuánto quedamos? De la misma cartera saca cinco billetes de cien. ¿Está mejor que te pague así, en cuotas? ¿Verdad? ¿O quieres que te pague todo en uno cuando ya esté acabado? No. Así está bien. No sé si me podría adelantar por la monografía, aunque sea unos doscientos. Me vas a dejar sin mi bono, le contesta medio en broma y le aumenta otros tres billetes. Llevas tú la cuenta. Sí, doctora. En el camino hasta la puerta de calle, la jueza le habla de las acefalías a fin de año. ¿Cuándo es tu juramento? Tienes que preparar tu currículum, te lo voy a abrir cancha para que entres. Se dan besos de señorita, intercambiando mejillas. Ella queda afuera de la casa y el frío sopla en la calle con poca consideración.

Últimas horas

¿Dónde estás? Pasé por tu cuarto. Estoy en la moto. Por el parque, escribe ella. ¿Te espero? Hace frío. Tarda en llegar la respuesta. Mientras tanto toma asiento y observa a los bailarines y bailarinas ensayando los pasos de caporal alrededor del parque, hay grupos que abren latas de cerveza en la oscuridad. Sacó un cuadernito y anota los gastos y las deudas. Podrá pagar por un mes, renovar la pensión y pagar los timbres para

sus trámites. Habría que apurar la monografía y también hablar con el juez de Beni y pedirle un adelanto. Estoy debajo de las aguas danzantes, escribe él. Ella baja del parque y atraviesa las aguas mientras estas se iluminan y salen expulsadas al ritmo de la música clásica del altavoz. Lo ve a lo lejos. Se besan. Su barba le pica. ¿Vamos a cenar pastas? Yo invito. Sube a la moto y esquivan los embotellamientos, metiéndose entre los autos y los micros que protestan a bocinazos. Se aferra a él de la cintura. Estacionan bajo el sobrio letrero de un restaurante de comida italiana. El calor del lugar los cobija. El mozo no tarda en llevarles la carta y encender unas velas. Visto con aquella luz, él se ve más atractivo... es lo que piensa. ¿A qué se debe este detalle? Sonríe un poco. Pues estoy feliz y tranquilo. Ah... bien. Pide tallarines y una botella de vino. Un vaso de agua por favor, dice ella. El mozo se marcha. Y a ti, ¿cómo te fue? Cansador. Ella se mantiene abstraída, en silencio. ¿Pasó algo? No, nada. Seguro estás enojada por lo del mediodía. Perdón. Es un negocio grande, por eso hicimos el almuerzo con los socios. Las ganas de avisarle el resultado del test la acorralan, pero la expresión de “feliz y tranquilo” le perfora la cabeza, es la suficiente respuesta. Llegan las pastas. ¿En serio te vas a enojar? Perdón. Mi día estuvo difícil. Brindemos entonces. Por un día de mierda, dice de buen humor. Antes le hubiera seguido el chiste, pero solo quiere agua. Está bien, dice él. Brindan. Comen. Los platos quedan vacíos. Paga la cuenta. Salen. ¿Vamos a mi casa?, pregunta él y desliza su mano en el límite de su espalda y el trasero. Mis viejos se fueron de viaje. No... quiero estar en mi cuarto, me faltan cosas. Ya. Llegan en la moto y se despiden en la puerta. Él procura ocultar el rostro de molestia. Otra vez a solas en el cuarto. Asegura la puerta y se desnuda. Observa sus pechos, su estómago y el vientre. ¿Cuánto crecerán en los meses que vienen? Se coloca ropa de dormir. Enciende la tele. Noticias. Telenovelas. Publicidad. Hora 23. Hay un mensaje de la nerviosa en el celular. Es un video motivacional cristiano. Los hijos son una bendición. Cada uno viene con su pancito. Abre el Facebook. Tres notificaciones de grupos de compra y venta, alquileres y anticréticos. Hay publicaciones de autos en oferta, celulares nuevos en caja, muebles de ocasión por mudanza, libros y fotocopias de medicina, una foto con pastillas de Cytotec y un número de celular. Producto garantizado. Trato con discreción y guiado. Consultas *inbox*. Toma una captura de pantalla. Batería baja. El celular se apagará dentro de treinta segundos...

Cueruda

Ese mierda con el que vivía me estaba engañando. Los encontré en pleno acto, jodiendo en mi cama. Fue un shock. Quedé como una opa y luego me volví una Magdalena de tanto llorar, pero no lloré en su delante, menos de esa tipita a la que se había charlado y estaba aprovechando su culo. No sé... capaz entre los dos se aprovechaban. Salí del cuarto, de callada. No iba a hacer escándalo, eso me había prometido. No sabía qué hacer. Yo siempre le llamaba de la pollería para decirle que me recoja, pero esa noche estaba vacío y el chino me dijo que podía irme temprano. Capaz ese pensaba que lo iba a esperar y no me iba a venir solita. En la puerta me he quedado llora que llora hasta la mañanita, quería verlos salir...

Parecían las palabras de una mujer experimentada, aunque recién atravesaba los veintiún años. Conocí a Mery por casualidad. Con mi primo Amador y Vico, un excompañero del cole, nos animamos a bajar en bici a Yotala. Una vez allí, no tuvimos mejor idea que jugar sapo y tomar un balde de chicha. Aunque nuestra primera idea fue comer unos platos de chicharrón, estábamos más cerca del alcohol que de la comida.

Las calles de Yotala en sábado: silencio y tranquilidad. Las casonas que se convirtieron en balnearios y piscinas. Los restaurantes de comida criolla al son de un carnavalito o música folklórica de un parlante añejo. Las calles de piedra y casas de fachada colonial, pintadas de blanco y ocultando los adobes de barro tras el estuco. Puertas con sillas revestidas de un mantel blanco, las casas con pan casero. Puertas con una bandera blanca sobre la entrada, el anuncio de una chichería. La recuerdo. El olor a maíz macerado. Las bicicletas estacionadas en una esquina, a la sombra de un molle. Los tres sentados en una banqueta larga que más pare-

cía una tabla rústica con patas de madera tambaleante. El balde que llegó casi repleto de chicha. Las tutumas y unos tubos plásticos cortados como base para cada una. Pedimos por el sapo y la dueña nos llevó hasta una habitación donde lo guardaba escondido detrás de unos cartones. Desempolvó la mesa con un trapo húmedo. La figura del sapo metálico relució en sus tonos dorados con la cabeza elevada y el orificio que albergaba una sonrisa de sarcasmo. Amador y Vico lo cargaron hasta el patio. La dueña de la chichería nos entregó diez tejos de bronce. Una huella negruzca de mugre delataba los años de uso y las manos por las que habían atravesado. Nos entregaron un cuaderno y un bolígrafo azul para los puntajes.

Lanzábamos por turnos después de haber decidido la distancia en pasos. El metal de los tejos estallaba contra el latón de la mesa o sus paredes. A veces embocaba en seco contra las mariposas laterales o caía rodando luego de golpearse contra las paredes. Difícilmente hubiera caído en la boca del sapo. Cuando alguien apuntaba a mucha suerte, daba contra los bordes, su cabeza o sus fosas nasales, rebotando afuera de la mesa y directo al suelo. Después de la corrida, abríamos el cajón de la mesa y anotábamos los puntos de cada casillero. Quien tuviera el puntaje más bajo después de tres rondas iría a buscar los platos de chicharrón. Íbamos con calma compartiendo tutumas de chicha que se tornaban más y más refrescantes.

Perdí y yo, que casi nunca camino en línea recta, terminé atravesando la plaza central. Crucé un puente y me topé con un restaurante lleno y muy caro y me topé con pensiones que ofrecían de todo, menos chicharrón. Me fui por un costado y seguí una flecha que indicaba una peña restaurant chicharronería, crucé lo que algún día fue un río y pasé por un pasillo estrecho hasta encontrar el lugar marcado con un letrero escrito a tiza y la caricatura de *Porkey*, descascarado y deco-

lorado por el sol, cargaba un plato de chicharrón y un vaso chopero. Un tufillo a pisos baldeados por cerveza cubría el lugar, el sol era filtrado por el tinglado con calaminas transparentes de tonos verdosos. Una cumbia de los 90 resonaba de un parlante a bajo volumen.

Busqué la cocina y pedí platos enteros de chicharrón para llevar. El cocinero me dijo que tardaría poco menos de veinte minutos. Tomé asiento y observé a la única pareja ahí en las mesas. Un tipo de rostro curtido y algo borracho, de chaqueta y pantalón jeans percutidos. Servía una copa de cerveza a su acompañante, una chica. Los miré un rato y luego me di la vuelta, pero el tipo de rostro curtido soltó un comentario sobre mi cabello. ¿No hay peluquero en este pueblo, *a ver?* Y yo solo me limité a responder con una sonrisa forzada. El tipo se disculpó porque la chica pareció reprenderlo y a cambio me invitó a compartir la cerveza. Para evitar problemas, o reacciones inesperadas, típicas de los borrachos, me dirigí hacia aquella mesa y bebí con ellos hasta que los platos estuvieran listos.

El tipo de rostro curtido se llamaba Andrés. Se presentó diciendo *Andrés Sotomayor, para servirle. Y mi esposa, para servirme*. Señalaba a la chica que esbozaba una mueca burlona detrás del sorbo a su vaso. *Mery, mi esposa*. No supe exactamente qué responder y solo me apuré a decir ¡salud! y levantar la copa y chocarla contra las de Sotomayor y Mery. Después me dijo *vos ¿conoces la vidriería Virgen de Urkupiña, en la Jaime Mendoza, pasando cerquita de El Reloj?* Apuntó el dedo contra su pecho y casi parecía que lo inflaba. *Es mía. Cualquiera cosa, hermanito. Cualquiera vidrio que quieras para tu casa. Para tu construcción. Yo, yo voy a hacer gratis para vos porque me has caído muy bien*. De inmediato me ofrecía su mano para estrecharla, yo le correspondía con cierta vergüenza al reconocer la aspereza de sus manos de cuero. ¡Qué buena onda eres, hermanito!

Yo me rompo el lomo en la vidriería. ¡Qué mierdas ni qué! Uno se tiene que romper todo el día si quiere salir adelante. Así como me ves no seré profesional, pero tengo más plata que mis hermanos. Licenciados, médicos, profesores. ¡Así con sus títulos me vienen a pedir prestado! Vas a ver de unos meses. Dame un añito nomás. El hijo de mi padrino se está metiendo a la política. Plata te voy a dar para tu campaña, le he dicho, pero acordate de que te estoy ayudando. Escuelas, mercados, renovación de la

alcaldía me ha dicho que me va a hacer agarrar contrato. ¡Dueño de todas las vidrierías de la avenida voy a ser! ¿No ve, mi amor?

Mery contenía una risa por cada expresión de cariño que Sotomayor le propiciaba. Pensé que era la química entre los dos, aunque a diferencia de ella, nosotros ya habíamos acabado las botellas de la mesa y ella seguía con la primera copa. Los platos de chicharrón ya casi estaban listos y el dueño del local se ofreció a yaparme por la demora. Sotomayor me preguntó si no conocía alguna piscina por allá y le comenté de los balnearios y los nombres que recordaba por si se animaba a preguntar. Tal vez estarían llenos. ¿Traje de baño habrá para vender? Es que de la nadita nos hemos animado a venir. Yo puedo ir así en calzones o también short *debe haber, ¿no?, pero ella tiene que entrar nomás en traje de baño*. No supe qué decirle y Mery ya no contuvo la risa y reventó en una carcajada que no podría describir. Me miró y soltó algo así como *está loco este tipo*. No me había detenido en observar a Mery hasta ese instante. Vestía como cualquier universitaria, unos jeans jaspeados de azul marengo, un canguro a cierre que podría subir hasta el cuello para cubrir el escote de su blusa salmón, un lunar renegrido parecía el retoque ideal para sus finos labios y una tez morena que me daba cierta familiaridad y confianza.

El dueño del local apareció con la bolsa de los platos de chicharrón. Sotomayor me preguntó hacia dónde iba. Le respondí que estaba con mis amigos jugando sapo en una chichería y había perdido en la apuesta. Miré hacia mi celular y tenía mensajes de texto y llamadas sin contestar. Debía apurarme. Quise despedirme, pero la descripción de nuestro viaje en bici, y mi descripción emocionada del juego del sapo, llamó la atención de Mery. *Vamos*. Miró a Sotomayor que, con una cara de fastidio y algo chispeado, hacía muecas. No sé si de verdad soy un metiche o qué, pero dije que tal vez si nos animamos podríamos ir al balneario con todos los que estábamos en el sapo. Mery cambió la sonrisa por un gesto más contenido.

Así sincero, yo ya tenía mi esposa en Santa Cruz. Mis hijitos también tengo, allá están viviendo. Y, como me he empezado a trabajar aquí con la vidriería, mi esposa me ha dejado. Jodido es. Una noche le he llamado y mi vida se hizo mierda. Le he dicho ¿qué haces? Y un gran puta me ha contestado. Pasame con mi mujer, le he gri-

tado. Nada, el cabrón. Pasame con mi mujer. Y nada. Ya estaba de malas. Y luego ella me dice que yo ya no tengo nada qué ver. Me ha hecho emputar. No sabes qué jodido es que sepas que tu mujer te es infiel. Eres vos el infiel y luego te han serruchado el piso. No lo soportas. Le pegas a todo lo que hay. ¿Ves? Me he cortado. ¿Ves mis puños y aquí...? ¿Las cicatrices? Me he querido suicidar esa vez en la vidriería, me estaba dejando sangrar. Pero ahora las cosas son distintas. ¿No ve? Uno tiene que encontrarse una buena mujer, como mi Mery...

Los presenté diciendo que eran unos conocidos y él volvió con su *Andrés Sotomayor, para servirle, y mi esposa, para servirme. Y este cuate, dijo señalándome y dándome un abrazo de lucha libre, es mi cuaaate. La señora de la chichería trajo dos tutumas y sus soportes de plástico mientras Sotomayor pedía otro balde de chicha. Me voy a rajar para ustedes porque me han caído muy bien. Calorcito, ¿no?*

Amador y Vico me riñeron por la tardanza. Me inventé una excusa que de todas maneras fue ignorada porque al rato abrieron los platos de plastoforno y un vapor se elevó junto al calor de la comida. *Sírvanse, dije tanto a Mery como a Sotomayor y les extendimos los platos. Amador abrió la bolsita de llajua con los dientes y la vació en una de las esquinas del plato. Untábamos las papas o la carne de cerdo contra la llajua y aplacábamos el picor con las tutumas de chicha. ¡Salud! Secas y te igualas por tardón, me recriminaba Amador y Vico se reía de la cara de ahogado que ponía al beber toda la tutuma de golpe. Por más que les dijera ya he tomado unas chelas con estos cuates, señalando a Sotomayor y Mery, les valdría un comino.*

Lo encontré en el piso. Yo decía que se había emborrachado, pero luego el piso estaba todito de sangre y había vidrios rotos. Me voy a quedar hasta tarde, me había dicho anoche. Vos nomás te vienes a abrir temprano la tienda. Ese rato re asustada estaba. Abres la vidriería y de pronto te encuentras con el dueño sangrando en el piso. Con trapo he tenido que vendarle los puños y las muñecas y luego al hospital hemos ido. ¿Qué ha pasado?, le preguntaba, pero estaba que reaccionaba recién. Más tarde me ha contado de la llamada y de su mujer en Santa Cruz.

Y dale que Sotomayor preguntaba por la piscina... habíamos escrito sus nombres en el cuaderno y seguíamos compitiendo al sapo, aunque ya prestaba más atención a lo que cada uno contaba mientras no estaba de turno. Me quedaba en silencio y escuchaba

la charla entre Mery y Amador, o Mery y Vico, o Vico y Amador y Mery, o Sotomayor y Amador y yo, o los largos devaneos de Sotomayor que ya estaba un poco ido. A nuestros pies estaban los dos baldes vacíos y uno a medias. Antes de acabarse, Sotomayor sacaba su billetera rebosante de billetes y se rajaba otro balde. Último y después vamos a la piscina, ¿no ve? Yo me rajo para toditos. Amador y Vico me miraban extrañados, como si los hubiera comprometido al balneario mientras compraba la comida.

Desde ese día que he llorado me prometí no llorar por nadie. Me había escapado del pueblo con ese mierda para que así me engañe. Por poco y lo hacía antes de salir bachiller. Una bruta hubiera sido. De ahí se han aparecido gente que me ha pretendido, pero ya a nadie tomo en serio. A todos les encuentro el chiste. Una tiene que hacerse cueruda sino la despellejan, se le aprovechan, se la montan encima. Hubo un señor. Mayorcito. Su casa en el centro tenía. Yo le cuidaba porque estaba enfermo. De ahí que me ha pretendido, a ver... buena gente nomás era, cada vez regalos me daba. Te voy a sacar profesional y pega más te voy a conseguir, me decía. Si quieres no trabajas. Ropa me lo compraba. Bien me pagaba de lo que iba a cuidarlo y hacerle la limpieza. Me ofreció casarnos. Viejito es... me había puesto a pensar. No ha de poder, tranquila me va a dejar. Pero de pronto le empecé a encontrar lo cochino. Lo viejo verde. Y no pues. Yo así por así no me caso. Interesada no soy.

El sapo había quedado relegado cuando vimos que otro grupo de personas entraba a la chichería. Tres tipos de polos ajustados por la gordura y bermudas de tonos terrosos y una chica de cabello teñido al rubio, de ojos maquillados y una figura llamativa. La señora de la chichería les acomodó otra banquetta larga al fondo del patio. Uno de los tipos se acercó y me pidió los tejos del sapo. Claro, dije y tras contar las diez piezas, las entregué. Estaban entonados, quizás más que nosotros. Nos presentamos y la chica nos dijo que uno de los tipos de polo y lentes y gorra estaba de cumpleaños. Le invitamos de nuestro balde, agradeció y secó a la par de nosotros. Después se enfrascaron en el juego y un balde también les llegó. Mientras seguía nuestra charla, la música se veía intercalada con los choques metálicos de los tejos.

Parecía que Amador intentaba pretender a Mery a espaldas de Sotomayor. Pensé aquello por lo rápido que acababan la tutuma, lo compenetrados que lucían

al contar sus dilemas, lo innecesariamente enlazados por minucias como las canciones que más odiaban de los antros. Temí que pudiéramos tener conflictos con el esposo o, mejor dicho, futuro esposo de Mery. Aunque, para ser sinceros, él se había quedado dormido después del saludo al cumpleaños y su grupo. Se había apoyado contra la pared, con la cabeza baja y unos rocosos gruñidos hicieron que estemos a punto de reírnos; pero optamos por hablar más bajo contra la música y el bullicio de alrededor, como si no quisiéramos que escuche nuestra charla.

Mi primo Amador ya tenía la mano de Mery. Veía sus muecas cómplices mientras Vico y yo seguíamos vaciando las tutumas y comprábamos un balde más. Los gruñidos de Sotomayor cambiaron a una especie de convulsión, se sacudió y, antes de caer, se despertó como una máquina encendida de golpe. Se dirigió a nosotros y nos dijo *ustedes no saben ni mierda, no saben lo que es sufrir* con un tono profético y ebrio que no era de tomarse en serio. *La única que me entiende*, se dirigió a Mery que todavía estaba con una mano al lado de Amador, *verdad, ¿amor? Vamos de una vez a la piscina*. Mery había cambiado de gesto y respondió con la negativa de una tienda cerrada. *No molestes...* Sotomayor se dio la vuelta y desapareció de entre nosotros.

Estábamos decidiendo si pediríamos un balde más cuando Sotomayor regresó. Para haberse embriagado sus pasos eran convencidos y firmes y rápidos, si se hubiese dirigido a nosotros tal vez nos hubiera asustado, pero sus pasos iban hacia los tipos de polo y bermuda y la chica. Sotomayor tomó el balde de chicha y lo echó sobre el cumpleaños. Habíamos quedado paralizados. Yo pensé que en cualquier rato

se iba a armar tremenda pelea. ¡Felicidades hermano! Bien *ch'allado* te estás celebrando, dijo Sotomayor que sonreía con una mueca entre borracho y lúcido. Mery bajó la cabeza y pidió que nos fuéramos.

Contra toda expectativa, una risa se hizo general, y los tipos con polo y bermudas lo abrazaron, la tipa teñida se mató de risa y se tomaron fotografías haciendo pico de pato. Sotomayor les ofreció ir a la piscina y pagarles la entrada y pagar el traje de baño para la chica. Secaron sus tutumas y por poco se fueron cantando, como si nosotros hubiésemos estado ahí de adorno. Yo quise decirle a Mery que se dé su lugar y que lo ponga en su lugar a Sotomayor, pero era más grande mi desconcierto. Pensé que ambos, cuerudos, curtidos por la vida, habían pactado una especie de amor libre y que de seguro entendían las andadas del otro, o también sobrevolaba por mi cabeza la idea de que ella, cueruda, se aguantaba las tonterías que hiciese su futuro esposo, total... hay tipos peores que ese borrachín traicionado.

Tras unos minutos después Mery nos dijo ¿vámonos? Unos changuitos, que lucían entre colegiales y estudiantes de primer año de la U, habían ingresado al patio de la chichería. Tomaron la mesa del sapo y los tejos y los llevaron a su lado. ¿No vas a ir detrás de él? No logré mantenerme callado y le pregunté. Mery me miró por un segundo y luego, haciendo la cara de alguien que prueba un plato rancio, me respondió *nada qué ver ese señor, es nomás mi jefe y anda alucinando conmigo, ya nomás le digo, para no perder la amistad*. *Oye...* ¿tienes que creerte todo? Y tanto ella como mi primo Amador y Vico se burlaron de mí con una risa paternal que hasta ahora no entiendo.

Implante

Una adolescente y una mujer se escabullen al interior de la galería shopping. Atrás queda la gigantografía sobre educación sexual. Son las 8:45. Lo marca un reloj de números cuadrados y rojizos, sus dos puntos titilan inquietos. Un afiche de tamaño real muestra a una amigable doctora que señala el camino a la clínica particular. Suben las gradas. Se topan con una fila. La adolescente mira a las personas que están adelante. Mujeres de treinta. Cruza miradas con rostros ojerosos y cansinos. Detrás de los deportivos, las mujeres disimulan sus cuerpos voluptuosos. Hay un puntigudo olor a desinfectante.

La recepcionista de la clínica abre la ventanilla de atención. Entrega fichas y señala el pasillo y la puerta de la especialista con quién se tratará cada una. Llega su turno. ¿Nombres? La mujer habla. Son madre e hija. ¿Reconsulta? Sí. La recepcionista telefona a la ginecóloga. Por una formalidad rutinaria les indica el camino escaleras arriba al consultorio. Allí, la hija se encuentra con otra adolescente junto a quien podría ser su madre. Están sentadas. Hay rasgos en común. Están en silencio. Un televisor a bajo volumen muestra las noticias de la mañana. Ambas adolescentes parecieran entenderse por un instante. Un temblor las une. La chica desvía la mirada y se enfrasca en el celular.

Sus compañeras de curso le hablan del chico de la promo. Dicen que está camote de ella. Tiene pinta. Desde los balcones del colegio se disfruta de una vista privilegiada del patio y su caos durante el recreo. Su compañera apunta a la esquina, hay una montonera de colegiales comprando sándwiches de mortadela y vasos de mocochinchi. Es la promoción que recauda fondos para viajar a fin de año. Se distinguen del res-

to por el traje. Los varones con la camisa, la corbata con franjas coloridas, un chaleco y el saco ligeramente entallado. Algunos de ellos con la gorra volcada sobre sus cabezas. Las chicas con medias blancas y faldas a cuadros, a diferencia del resto que solo luce mandiles y la chompa del colegio. Es el chascudito, le dice. El único que no está en la pre-militar. Me ha pedido tu número. ¿Le doy? Ella lo observa hasta distinguirlo. La risa de los otros chicos de la promo mientras él derrama el refresco antes de entregarlo. Sus ademanes amanerados. Dice que le gustan las jetonas, le insinúan en son de broma. No es que sea así, responde ella. Ya no me gustan los hombres. Se ríen de cualquier huevada, son unos brutos.

La ginecóloga abre la puerta por segunda vez. La otra adolescente se ha ido. La llama por su nombre. Ella y su madre ingresan. La ginecóloga saca el *file* de una gaveta. Habla de forma amable, como la anterior vez. Dice algo sobre la confianza que debe haber entre los hijos y sus padres. Dice algo así como qué bueno que le hables abiertamente de tu intimidad a tu madre y te acompañe a cuidarte, ya sabes que los jóvenes de hoy empiezan muy temprano a tener relaciones, tu madre es muy madura para asumir que ya no eres virgen. ¿Estás de acuerdo con lo que voy a hacer? La ginecóloga mira a la hija, ella asiente después de mirar a su madre. Yo recomendaría utilizar un método no invasivo. Una T de cobre para tu edad no me parece recomendable. Creo que es mejor que siempre tengas responsabilidad con tu pareja y le digas que se proteja, pero por si acaso vamos a colocarte un implante en el brazo, para que no tengamos sustos como los de la última consulta.

La hija se quita la chompa y al quedar sus antebrazos desnudos resaltan un par de cicatrices cerca

de las muñecas, las oculta con una serie de manillas amarradas. La ginecóloga arremanga la blusa hasta dejar el brazo desnudo. Prepara el aplicador. Limpia con alcohol la zona, introduce la aguja y la recorre levantando la piel. Es doloroso. La hija lagrimea y suelta un *ay* dolorido con más fuerza que todas sus palabras durante el día. La ginecóloga aprieta el aplicador y ya está, el implante está en su lugar.

Les toca matemáticas. El profesor escribe una ecuación de segundo grado que luce como un chorizo de números que abarcan los extremos de la pizarra. Llama a un estudiante de la lista. Él pasa al frente y empieza a resolver el ejercicio. A medida que ella observa, los números y los signos se van entremezclando en lo que copia e intenta resolver por pasos secuenciales, baja la cabeza contra la carpeta como si alguien le estuviera jalando del cuello con una soga. Se mece. Los ojos se cierran y se abren fuera de sintonía. ¿Estás bien?, pregunta su compañera de asiento. Ella sacude la cabeza con las fuerzas que le quedan. Su compañera levanta la mano y pide permiso al profesor para ir al baño. ¿Acaso se va en parejas?, interroga el maestro con ínfulas de bromista. El resto de estudiantes responde riendo.

¿Dolió? Solo un poquito. La ginecóloga le explica sobre los cuidados y contraindicaciones del implante. La madre escucha más que ella. Yo también podría hacerme. Usted debería haberse hecho primero, la doctora le amonesta. No. Yo así con implante o sin implante igual ya tengo la fábrica sin usar, más bien estos rollitos me quiero quitar de una vez. La ginecóloga gesticula una sonrisa. Bueno... y usted, señorita, se tiene que cuidar. ¿Entendido? La hija mira a la madre y luego asiente.

Salen de la clínica. Son las diez y cuarto de la mañana. Vámonos a cocinar al departamento.

Su hermano menor no puede la prueba del nueve en las divisiones. Ella le indica los pasos. El niño se pierde en las veces que resta el nueve. Los triángulos de los

costados no igualan. Hacéme lo por favor, la voz inocente del hermano provoca un brevísimo sentimiento de ternura. Tienes que aprender por tu cuenta, ¿o eres un sonso? No quiero tener un hermano burro y más ahora, que estás con beca en esa escuela. ¿Cuándo es tu examen? El viernes. Hay tiempo todavía, vas a salir un capo si me atiendes. Alguien sube las escaleras al departamento, cada zancada resuena... Son zapatos, prueba abriendo el pomo de la puerta, no abre, introduce una llave en la chapa. Es el doctor. Tan pronto escucha su voz, el hermano menor corre a recibirlo. Cuando ella los ve, reconoce el parecido entre los dos. Cuando está a solas con el niño, lo ve más como a su hermano, más como el hijo de su madre. Ella levanta los cuadernos y se dirige a su habitación.

La llaman a cenar. Por más que busque un lugar apartado del doctor la mesa es para cuatro. Lo tiene en frente. Baja la mirada hacia el plato de comida. El doctor habla. Habla de contratos y empresas. Habla de casos que están al caer. La madre lo escucha como si fuera una exposición inteligente, sus ojos brillan de admiración. Desfilan nombres de políticos y autoridades como en una hora cívica. Después de un sorbo de refresco, pregunta por los estudios del hermano menor. El niño dice que está difícil, pero está haciendo el esfuerzo. Mi hermana me estaba ayudando. Ella y el doctor se miran. Su rostro se ha tornado duro, aunque antes le parecía atractivo. Cualquiera de sus compañeras bromearía diciendo “¿de dónde sacaste a tu papá?” hasta que comparen los apellidos. Le gustaba cuando era más niña y salía con su madre. Era amable y atento. Cuando viajaban estaba pendiente de cualquier detalle, trataba de encontrar un tema de conversación para todo, aunque... ya en la calle y en la ciudad se portaba raro y cuando ella le saludaba él se mostraba esquivo y se hacía a los locos. La mirada no tiene ninguna palabra de por medio. El doctor mira a los brazos desnudos de la hija, hay el rastro del aplicador. ¿Cómo te sientes?, pregunta mirándola fijamente. La cabeza... me duele. En el baño... estoy más tiempo. Voy a comprarte lo que quieras, dice. A tu mamá pronto le voy a dar los papeles de la casa de Azari. Ya no van a estar aquí de inquilinos. Su tienda de abarrotes tu mamá va a abrir. El doctor le extiende la mano. Todo va a estar bien. ¿Es un trato? Ella vuelve a mirarlo e intenta sonreír.

Una chica de amarillo *Pikachu*

La Chiri fue, sin duda, la compañera más misteriosa que tuve mientras estudiaba en la Escuela de Maestros. Hace poco, el Sentimientos me envió el video viral de la hora cívica de un colegio de provincia, en donde la volví a ver. ¿Es ella?, me preguntó. Se ve buenona. Le dije que sí... a las dos cosas. Ya serán años desde que nos hemos titulado como profesores de música y todos nos hemos disparado a distintos rincones del país. Algunos con más suerte que otros trabajan cerca de las ciudades, pero por el fondo del paisaje en el video podría decirse que ella está trabajando en la punta del cerro, aunque hay verdecito y seguro que debe ser un buen lugar para vivir o por lo menos conocer.

El video es por el día del estudiante. La Chiri está al centro, comandando al resto en una coreografía de *K-Pop*. Camisas entalladas, pantaletas y pantalones oscuros, suspensores y sombreros de colores vivos se mueven al ritmo de la música. Hay cierta coordinación en los movimientos que me hace pensar en todos los ensayos que les debieron costar a ella y a sus estudiantes. Observo el video un par de veces más. Quizás ningún compañero de la carrera la hubiera reconocido. No necesariamente porque ella hubiese cambiado en estos años, sino por la libertad y flexibilidad de sus movimientos, además de que por primera vez la veíamos con ropa ajustada, o al menos eso es lo que muchos creerían.

Cuando pienso en ella se me viene a la mente la imagen de nuestra compañera de curso en primer año, una chica embutida en un ancho canguro de color amarillo *Pikachu*, una gorra de visera plana, la purpurina que le cubría las ojeras como si se hubiese estrellado contra un bazar carnavalesco o las chapas con dibujos de animes que enganchaba a su mochila. Era alguien que no verías a menudo en la Escuela de Maestros. No hablaba mucho y en las clases de canto su voz se expandía en el salón como un hilo de colores

elegantes, medidos, con ese temor de no dar la nota o que cualquiera del curso se burle, tan jodidos que éramos. En la hora de los descansos se iba con otras dos chicas, que de lejitos se veían bien cristianas. Con ellas hacía los trabajos grupales.

Me acuerdo que, mientras planificábamos nuestra noche de talentos para la semana de la carrera, una de las cristianas propuso tocar una canción coreana con piano y guitarra, solamente instrumental. El presidente del curso se mostró interesado y preguntó por la pista. Ella reprodujo la canción desde el celular de la Chiri. La melodía sonaba melosa y bonita, todos la disfrutábamos, pero cuando la voz empezó a cantar, muchos de mis compañeros hicieron caras y dijeron: ¿Esos maricones? El conjunto se rio. La Chiri se acercó a quitarnos el celular caminando directo al presidente, pero cuando él levantó la mano para esquivarla, se volcó atrás y se cubrió la cara como por acto reflejo.

Desde ese día la Chiri andaba en otra nube, como si estuviera en una realidad paralela. Hacía lo mínimo. Cada vez que teníamos alguna presentación siempre buscaba el perfil bajo y se ocupaba, junto a las cristianas, en trabajos de apoyo donde no tuviera que mostrarse a las personas. Se ha resentido, decían mis compañeros y cada vez que la querían incluir ella no estaba o decía que no podía por su otra carrera. Nadie sabía dónde quedaba su casa y a duras penas, después de clases, te podías encontrar con ella en la biblioteca haciendo algún trabajo. Ni idea de encontrarla en redes sociales. Quizás haya usado algún nombre falso o una cuenta privada. En alguna de nuestras farras, el Sentimientos le había echado el ojo y se preguntaba cómo se vería sin sus ropas anchas o por qué en las prácticas tenía que vestirse como abuelita. De lo camote que siempre era el Sentimientos, nos contaba que se había metido en todos los eventos de los “chinitos *gays*”, como decía él, para encontrarla.

No diría que la vi vestida de gala o con la misma ropa ajustada que utilizan las chicas para esos eventos, pero una vez me la encontré totalmente distinta a la Chiri que conocía de la Escuela de Maestros. Fue en cuarto año.

El Sentimientos ya se había rendido en conquistarla porque en ese entonces tenía los ojos prendidos en una chica de lenguaje que se hacía a las tipas en las prácticas. Mi novia de aquellos años estudiaba en filosofía y yo aún no había logrado intimar mucho con ella. Nos quedábamos en mi cuarto mientras sus viejos estaban laburando y a lo mucho le había quitado el brasier y besado sus pechos y el ombligo. Cada vez que estaba por avanzar siempre decía algo que me sacaba de ritmo. Una macana. Su casa estaba casi por la final Canelas y solía volver tipo seis u ocho de la noche hasta mi cuarto. A veces me daba hambre y lo bueno de esa calle era que a lo largo del recorrido uno siempre podría toparse con algo para comer, hamburgueserías, broasterías o pensiones familiares que seguían atendiendo con sus sopas o los tradicionales picantes.

Un domingo acompañé a mi pareja hasta su casa. Vamos a tomar tecito, decía ella con una voz un tanto infantil o poco consciente de mis intenciones. En fin. Igual ese día solo nos quedamos hasta tarde. Al subir la calle Canelas paramos en Pencos, una cadena local de pastelerías. Al margen de las masitas, las tortas, galletas, helados, salteñas o café, había también montones de pan en los muebles de madera exhibiéndose en sus formas hechas al por mayor. Mi novia pidió tres bolivianos y escogió un surtido entre panes galleta y ch'amas de maíz integral. Una chica de gorra plana le atendió. Con el delantal Pencos sobre la camisa y el pantalón ajustado, logré reconocerla: el cabello recogido en una coleta y el rostro con ojeras le otorgaba una sensualidad que no le había encontrado con su canguro amarillo *Pikachu*, o con esa sonrisa milimétrica, propia de personas que tienen que vender algo. Cuando quise acercarme para verla mejor, parece que ella se dio cuenta, porque se bajó la gorra y pasó al mostrador de las tortas a colocarse un barbijo, allí se colocó los guantes y las pinzas metálicas para tomar los panes y colocarlos en la bolsa.

No hubiera regresado si mi novia me hubiese dicho que podía quedarme a dormir, pero creo que fue mi falta de tacto lo que la empujó a despedirme aun siendo tan tarde. El frío estaba recorriendo mi cuerpo en la forma del viento nocturno, del silencio y de los autos que se escuchaban en las cuadras distantes. Bajé la Canelas como las otras ocasiones, aunque esta vez miraba a todo lado porque tenía miedo de que se apa-

reciera, de la nada, cualquier tropa de maleantes o pandilleros. Al llegar a la zona más transitada me pregunté por la Chiri y me animé a pasar por aquel Pencos.

La mayoría de los negocios ya había acabado su venta, desmontaron sus puestos móviles y ya solo quedaban rastros de aceite, papas fritas o retazos quemados de carne y huevo. Por eso quedé sorprendido al ver la pastelería con la luz todavía iluminando sus rincones. Me acerqué y llamé para que me atendieran. Pensé que tal vez a la Chiri le daba vergüenza mostrarse así, en un trabajo como Pencos. La mayoría recibíamos plata de nuestros padres o nos la ganábamos tocando en grupos de cumbia o mariachis, así que nunca nos había faltado.

—Oye, Chiri *Pikachu* —le llamé. Se me salió el apodo, aunque sonaba tan bien para mí que no lo había pensado.

Por suerte escuché una risa detrás de los mostradores, de allí salió la Chiri, era una risa amigable.

—Te pasas —me respondió. Traté de disculparme, aunque ella lo tomó con buena onda y dijo que no había problema.

—No imaginé que trabajaras aquí —le dije un poco después de haber parado la risa.

—¿Dónde más podría trabajar? No soy señorito como vos o los compañeros. Me tengo que rajar aquí.

Parecía que estuviese hablando con otra persona en lugar de la Chiri que conocía en la facultad, como si la Chiri *Pikachu* fuera un personaje que ella inventó para las clases en la Escuela de Maestros.

Me dijo que era su primer mes allí, que antes había estado en la fábrica, pero como habíamos entrado a las prácticas ya no tenía tiempo y la habían mandado a atender los fines de semana hasta las once y media. Faltaban veinte minutos para cerrar y le pregunté por qué no se adelantaba. No podía.

—A veces el dueño monitorea los locales en el momento que menos esperas y si te pilla te viene un descuento fregado. Si ahorita me ve hablando contigo, dirá que no estoy trabajando, así que... te tienes que pedir algo si quieres seguir con la charla. ¿Ves arriba? Subiendo las gradas hay mesitas.

El tono diplomático y serio de su voz terminó por convencerme y pedí la carta, aunque eso fuese solo una formalidad, porque escogí un café y un alfajor de maicena.

—¿Quieres? —Le ofrecí pagar uno.

—No —me respondió mientras servía el alfajor a la mesa—. Me empacho con el olor. Yo me serviré café como vos.

Mientras comía mi ración y bebía el café, miraba a la Chiri ocupada, con los ojos en los panes y los pasteles del mostrador. Supongo que los anotaba en aquel manipulado cuaderno de puntas orejadas. Oía el típico sonido de la registradora y el plegado de los billetes y el tintineo de las monedas contra el metal de la caja. Desde aquel lugar, veía que el único negocio abierto seguía siendo el Pencos y el exterior era solo iluminado por los enclenques postes de luz y su potencia aburrida.

—¿Y tus viejos pasan por ti a recogerte? —le pregunté para romper el hielo. Me había acordado que durante nuestras presentaciones, al comenzar la carrera en primer año, ella había dicho que era de Sucre.

—No. Hay un encargado, pero no me ha contestado desde hace una hora.

—Te acompaño.

—¿No se enojará tu novia?

—Debe estar durmiendo.

—¿No será que tienes otras intenciones?

—Para nada.

Le ayudé a cerrar la tienda, a meter los mostradores, el anuncio de luz, corrí la cortina metálica de la puerta y aseguré los candados. La Chiri mandó un mensaje de voz, decía que no vengan por ella y que ya había cerrado la tienda. Estábamos a una cuadra del Mercado Campesino. A esa hora apenas había algunos taxis y los camiones de basura recogían los contenedores repletos y paleaban los montones acumulados en las esquinas. El caos diario del mercado se sustituía por una tranquilidad amenazadora. Los puestos ambulantes en plena calle, recubiertos de carpas plásticas y asegurados con cintas de goma, albergaban a perros callejeros que dormían en la parte superior y ladraban de golpe si acaso se aproximaba alguien. La Chiri me condujo por estas calles como si tuviera la suficiente experiencia para atravesarlas con calma. No la imaginaba con su canguro amarillo por estos lugares. Uno podría encontrarla a cuerdas de distancia.

—¿Mañana tienes prácticas? —preguntó mientras caminábamos.

—Sí, pero al Sentimientos le toca exponer.

—Suertudo. Yo mañana tengo que explicarles el himno.

—¿En qué cole estás?

—En el Mujía.

—Pura chicas.

—Ni tanto, hay unos cuantos chicos escondidos al final de los asientos jejeje. Por aquí. —Habíamos

atravesado las galerías y el frontis del Mercado Campesino, había aún vendedores de coca acurrucados en sus casetas y algunos micros esperaban llenarse. Uno de ellos ofreció la ruta, pero la Chiri los rechazó con amabilidad—. Es detrás del mercado por la... ¿cómo se llama?

—No importa. Igual no conozco mucho de aquí.

—¿Y por dónde vives?

—Por el Estadio.

—Ah... ¿Y a cuánto es el alquiler?

—Yo pago trescientos cincuenta.

—Está igual que en donde vivo.

—¿No es tu casa?

—No. —Se quedó callada durante unos segundos—. Me salí de allí. Aunque siempre que me voy, me toca en un lugar peor. A veces los inquilinos de esa casa se toman y se quieren entrar a los cuartos. Tengo que asegurarme con doble candado.

No supe qué responderle. ¿Por qué me estaría contando eso? ¿Esperaba que le diga algo? Volvimos a callarnos. La miré más detenidamente, sobre la camisa tenía puesta una chompa con unas mangas que dejaban entrever algunas cicatrices. Me moría de curiosidad por preguntarle, pero no me atreví. Quizás me hubiera contestado. Llegamos a una casa de tres pisos, estaba en silencio y las ventanas estaban iluminadas con una luz soñolienta. La Chiri se detuvo.

—Aquí es.

—Se ve tranquilo.

—Es domingo. Esos están con resaca.

—Si quieres hablo con mi dueño de casa. Al menos donde vivo no es tanto como dices.

—¿Tu vecina? Jamás —dijo sonriendo—. Bueno, gracias. Que este día quede entre los dos.

—Está bien.

Me dio un beso en la mejilla y luego se quedó parada esperando a que me fuera. No me había dado cuenta, pero sentí como si me hubiera dicho “ya es tiempo” de una manera cortés y con la única expectativa de que me diera la vuelta. Intenté sonreírle y entendí la respuesta y me fui.

Al regreso de nuestras prácticas, la Chiri me siguió tratando con la habitual distancia que reservaba ante los del curso y las veces que había pasado por la pastelería apenas me respondió como a un cliente más. Por un instante me sentí humillado, pero tenía otras ocupaciones y también mi propio mundo, así que no hice nada más que seguir con mi vida.

Aunque, cuando veo los comentarios del video, hay mensajes de personas que la aplauden,

adolescentes y jóvenes que quisieran pasar clases con ella. Solo unos viejos chotos la critican y se ofenden por la pérdida de valores, y un grupo peor escribe con lascivia al teclado preguntando el número de la profe y sus redes y cuánto cobra. El Sentimientos me escribe y dice que deberíamos buscarla para hacer una reunión con nuestra vieja promoción. Respondo que no, mejor dejarlo así;

es más, no compartas el video con el curso. Son unos giles.

Lo que no le cuento es que dentro de unos meses seré padre. Mi novia me lo ha confirmado y recién veo que me ha escrito al chat. Hay fotos de ropitas para bebé. Me dice que escoja un conjunto. Las ecografías que le tomaron indicaron que será mujercita. El conjunto amarillo, le escribo. *Amarillo Pikachu.*

Herminia

En el mercado, después de las compras

La anciana Herminia carga en una bolsa de yute los víveres para la semana: verduras surtidas que regateó entre uno y dos bolivianos, huesos de res con bordes de carne y grasa para las sopas, bolsitas de arroz y fideos, un paquete de croquetas para Shushu, el perrito que encontró en la calle y se quedó a vivir con ella, además de una descascarillada cartera de cuerina. Mientras atraviesa el Mercado Campesino hasta el primer micro libre, aprieta con fuerza las monedas del cambio de las compras y esconde un monedero de lana que usa de collar. Observa lado a lado y las calles del mercado se tornan en la columna de un coloso con hileras de micros estancados, vendedores ambulantes con sus altavoces repitiendo ofertas y masas de personas que caminan disparadas hacia todas las direcciones. Herminia teme que alguien la choque y, disimuladamente, le intente robar; como la vez que vio a una chica a la que escupieron y le jalieron la cartera mientras se limpiaba la cara. Casi arrastrando la bolsa, sube a uno de los micros y los pasajeros le ceden el asiento.

Una melodía monofónica emerge de la bolsa de yute cuando ya está sentada: es el tono del celular, a diferencia de la música de los altavoces del micro o los modernos celulares de los jóvenes parados al fondo. Herminia esculca en la bolsa hasta encontrar la cartera, la abre y un montón de fruslerías saltan a la vista en su interior de tela como si la hubiesen esperado. La luz de la pantalla del celular ilumina a medias un cuadernito anillado de hojas amarillentas, juguetes plásticos de las bolsas de papitas fritas de cincuenta centavos, bolsitas de tostados con cartas de papel y billetes de alasitas, anuncios o boletas del banco roídos. Las arrugadas manos de Herminia toman el celular y antes de que tiemblen, ella presiona el botón verde para contestar.

—¿Hola? —habla con fuerza al teléfono como para oponerse al bullicio.

—Doña Herminia, buenas. Le habla la señora Marisabel, de Alto Delicias.

—¡Ay, mamita! ¿Cómo has estado?

—Bien, por dios, bien. Ya sabe usted, la casa, el trabajo, los hijos... con muchos pedidos he estado y una manito voy a necesitar, harta ropa se nos está amontonando. ¿Cuándo puede venir?

—Mamita, yo voy nomás cuando te parezca.

—Venite a la tarde en taxi. Y no te hagas problema, yo te lo voy a pagar.

En la calle, durante la caminata

Herminia apura sus pies, aunque sus zancadas abren pasos pequeños. La casa de la señora Marisabel queda a veintitrés cuadras, aunque a ella no le importa caminarlas. Con una improvisada correa de sogas plásticas lleva consigo a Shushu, cuyo hocico no duda en explorar cada rincón de la acera y, a veces, se agacha entre el pasto de los parques o los árboles y defeca inseguro, como a ocultas de las personas que pasan indiferentes. Herminia se detiene ante alguna grada con sombra y se sienta a descansar y pasa un pañuelo sobre su frente. Mira con cierto gesto de resignación cuando su camino coincide con ciertas calles empinadas, como la mayoría de Sucre. Si estuviera vacía la iría subiéndolo en un lento zig-zag y ya solo parecería que Shushu la guía hasta el final.

Tras cuarenta y cinco minutos de caminata, más quince para descansos, Herminia ha llegado a la casa de la señora. Toca el timbre. La sobria puerta de ingreso y la fachada con revoques de cemento disimulan el tamaño de la construcción: trescientos metros cuadrados entre las habitaciones del fondo, el extenso patio de cemento, los jardines y el árbol de nueces que apenas comparte su sombra con la lavandería de

concreto. La señora Marisabel abre la puerta para encontrarse con la respiración inquieta y la capa de sudor que cubre el rostro de Herminia. Junto al suspiro que no logra reprimir, la reprende con una voz acaso condescendiente o maternal:

—¡Ay, dios! Vos no aprendes, ¿no ve?

En el patio de la señora

Hay montones de ropa que la señora saca de las canastas plásticas de los cuartos. Separan las prendas blancas de las coloridas y cuentan por docenas. Son pantalones y jeans y poleras y canguros y camisas y blusas. Cuatro docenas en total. Rara vez la señora Marisabel intenta negociar el precio en busca de una rebaja. Lo que sí hace es darle un solo jabón y cuatro tazas medidas de detergente como si se hubiese tratado de una receta. Herminia nunca habló ni dijo nada al respecto, solo mira a la señora vaciarlas en un recipiente plástico hasta el último gramo. Después, la anciana suelta el agua en la lavandería y suele tomarse su tiempo en colocar el detergente y girar sus manos hasta levantar la espuma. Mientras lava con paciencia y esfuerzo se detiene para darse unos golpecitos en la columna y se endereza para continuar. El sol estará allí hasta por lo menos las seis de la tarde.

En el comedor de la casa

Las manos de Herminia están más que arrugadas y pálidas, como si una capa de lavaza le hubiese estrujado la piel por el detergente y el jabón. La señora le ha invitado a tomar tecito. El ambiente le brinda algo de calor a Herminia; hace minutos, la señora había horneado masitas y rollos de queso. La tetera hierve y emite un silbido junto al vapor expulsado de su boquilla. En lo que sirve una infusión de té con una bandeja de las masitas, alguien abre la puerta de casa, a lo lejos se ven a los familiares de la señora Marisabel, cargan entre dos la caja de una máquina lavarropa. La señora sale de la cocina a recibirlos.

Herminia sorbe el té y come las masitas con delectación, procurando que no se le escape ni una sola migaja. Algo la lleva a sospechar que será la última vez que las probará después de haber visto la máquina en la casa. Ya no le llamarán o solo le pedirán que lave las frazadas y los pesados cubrecamas cada dos meses. Era lo más habitual de las familias con lavarropas. Ya se imagina el utilizar los bañadores, soltar el detergente y el agua, dejar remojando, limpiarse los pies y luego pisar la frazada y moverla hasta que cada rincón absorba la espuma y...

La señora Marisabel la sorprende en su ensimismamiento.

—Está rico, ¿no?

Herminia asiente y la señora se dirige a una canasta donde almacena masitas y rollitos de queso, las escoge y deposita en una bolsa nailon.

—Para tu casa.

—Gracias, señora.

Tras una pausa, la señora mira que Herminia no se aguanta y saca de la bolsa otra masita. Ella aclara la voz y le dice:

—Tengo la idea de un negocio. Seamos socias. Un carrito me lo están haciendo y te lo voy a dar para que vendas tortas. Tortas más voy a hacer. A buen precio te voy a dar para que tu ganancia saques. Vives por el Campesino, ¿no ve? Cerquita te va a quedar y no vas a estar caminando. ¿Tienes refrigerador?

—Sí, chiquitito es pero...

—No importa. Ya está. Vas a ver que nos va a ir bien.

En la casa de inquilinos

Es de noche.

Herminia amarra a Shushu en la baranda. Había conseguido que la dueña acepte al perro y le consienta armar una cuchita bajo las gradas con frazadas raídas y cartones, el hogar ideal para un perrito callejero. La desportillada olla del animal apenas conserva unos bordes de grasa pues se halla completamente vacía. Los demás inquilinos pasan sin que el perro ladre ni nada, salvo el joven despistado a quien bate la cola como si hubiese visto a un antiguo dueño o reconociera en él al muchacho con quien Herminia comparte espacio en las lavanderías de la casa por las tardes, cuando él lleva su parlantito y escucha música rara mientras lavan y mira alelado la espuma del detergente en el agua. Ese joven lo bautizó con el nombre porque no paraba de ladrarle y acercarse. Ante la reacción él lo alejaba diciendo “shu, perro, shu” y el animal saltaba de emoción. ¿Dónde estará el joven ahora? Le hubiese gustado compartirle unas masitas de la señora Marisabel, aunque sea un rollo de queso, pero desde hace días que la luz de su habitación está apagada y no le ha visto, quizás ya sea vacaciones en la universidad.

Los muebles del cuarto de Herminia lucen descascarados y, hasta cierto punto, añejos, la mayoría parece el obsequio de alguien que estaba a poco de tirarlos a la basura. Un televisor de tubo catódico de catorce pulgadas, un catre metálico de una plaza con un colchón de esponja y frazadas de bordes costura-

dos a mano, una caja de cartón para la ropa sucia, las mesitas de madera donde come y donde tiene la cocinita de dos hornillas, la heladera que vibra con tos, baldes y lavadores rajados en el rincón junto a una canasta con papas terrosas y arrugadas, la radio casetera de baja potencia sobre el velador. A veces enciende la radio y escucha música, no presta mucha atención si son folklóricas o huayños que suenan a cintas corroidas, aunque suele detenerse en las canciones raras de otro idioma o, mientras sintoniza una señal, las noticias locales, como procurándose una voz que la acompañe.

Herminia desempaca la bolsa de yute y acomoda las masitas al lado del frutero, saca su billetera, toma el dinero y cuenta los billetes, separa diez bolivianos de los sesenta para mañana y lo restante lo suma en una cajita de madera donde guarda para el alquiler, la luz y el agua. Le faltan cien para cumplir este mes y es la última semana de noviembre, con lavar dos docenas en los próximos días le alcanzará para cumplir. Se acerca a las ollas de la cocina. La sopa está en la mitad. Enciende la hornilla y el aroma del caldo se eleva después de unos segundos, Herminia lo olfatea y apaga el fuego, toma medio puñado de croquetas y sale con la sopa caliente a las escaleras. Antes de que el perro se acerque ansioso al caldo, Herminia lo reprende y Shushu, como si fuese un acuerdo, se mantiene en la cuchita. La anciana primero suelta el puñado de croquetas y con rapidez vierte la sopa. El perro se levanta y mete todo el hocico en la olla. Herminia vuelve a la habitación, parte un pedacito de rollo y lo come con lentitud.

En la memoria y el sueño

El sueño la lleva al pasado, a muchos años atrás. No pensaba que estuviera llevando una mala vida, sino que las cosas suelen ser así nomás y ya se había acostumbrado. Tampoco hubiese deseado que sus hijos le devolvieran lo que ella alguna vez había hecho por su bienestar. Es más, a veces volvían a su cabeza las imágenes de ellos antes de irse. Habían heredado aquello de sus padres, ese capricho de irse. Jamás pensó que fuera mala con ellos, que los había maleducado, pero cada vez que le hacían renegar por la escuela, las quejas de los vecinos o cuando se robaban el dinero del pan, Herminia descargaba toda su rabia y les propinaba palizas aterradoras con una manguera o la gastada *kimsacharaña*. Aunque se había esforzado trabajando para que no les faltasen los útiles de la escuela, la mayoría de sus hijos se marchó antes del bachillerato. El pretexto de un trabajo temporal en Santa Cruz se volvía

motivo suficiente para alejarse y ya no volver. La niña que se embarazó y huyó de la casa, el quinceañero contestón que robó el dinero del mes. Todos... salvo el menorcito. A él no lo dejó irse, además que respondía bien en la escuela. Era el más cabeza. De wawa lo llevaba en el aguayo a sus espaldas, de niño él la acompañaba con su cuadernito y hacía sus tareas mientras ella lavaba las montañas de ropa, cuando volvía de la escuela leía todo lo que encontraba a mano y, en las entrevistas trimestrales, los profesores le decían que el niño tenía un futuro por delante. Y sí, así fue. Aunque el futuro no suele venir junto a los padres. Lo mira pilchado de traje para su titulación, hace la señal de la cruz, jura como profesional y de pronto se va y toma las manos de una mujer joven y unos niños. Abandonan la sala dejando a Herminia que no se puede levantar... Tal vez en el fondo, el menorcito también contuvo ese capricho de irse y armó una familia para que ocurra rápido después de titularse. Tiempo después, él se la llevó a Santa Cruz, pero la relación entre ella y su nuera fue siempre reñida. Al punto de que él buscó la manera de acomodarla en un asilo. Herminia escapó a los pocos meses. Jamás se hubiera habituado a ese lugar. A ella le gustaba caminar y pasear por las calles, le gustaba sentirse independiente y, pese a los años, ella aún lucía con una lozana vitalidad. Con sus ahorros compró un pasaje a Sucre y ya no supo nada de su hijo. Y aunque le doliera, la distancia enfriaba las cosas. Como si ella no hubiera existido, el menorcito no se había movido por buscarla. Al menos Herminia nunca había escuchado o visto su nombre en las campañas de personas desaparecidas en los noticieros de la noche. Siempre había sabido salir adelante por su cuenta y si bien había noches que hambreada, a la mañana siguiente, por una cuestión del azar o la mera coincidencia, aparecía algún trabajo que hacer, o era el día para cobrar el bono mensual o, de lo contrario, se quedaba sentada en las gradas de la plazuela Tarija a la espera de alguien que necesite un lavado de ropa.

En la calle, por intermediaciones del Mercado campesino

La señora Marisabel, con la ayuda de un señor, baja el carrito exhibidor de la parrilla y un par de tortas del capot trasero de la vagoneta. El carrito tiene unas ruedas laterales de bicicleta, una sombrilla de tela con rayas blancas y rojas para cubrir las tortas del sol, una caja de bordes metálicos con ventanas transparentes de acrílico. La carrocería se mantiene enderezada gracias a las patas de metal y los toquitos de goma que

suavizan el impacto al detenerse. Herminia escucha la explicación sobre el carrito, el lugar de cada utensilio en la caja, los compartimentos de los platillos y las cucharitas y las servilletas de papel, la medida de cada porción y el corte con el cuchillo y la pala, desde la torta hasta el platillo para que no se deforme, la ganancia que le corresponde por cada torta vendida.

—En la nochecita te voy a llamar para preguntarte cómo te ha ido —le dice antes de subir a la vagoneta.

En el primer día

Herminia recorre todas las inmediaciones del mercado, esquivo las trancaderas y se detiene ante los grupos que esculcan las mercaderías de la ropa americana, de un extremo a otro, acaso inquieta por vender y encontrar clientes que, al ver las rebosantes cremas y el decorado delicioso de las tortas, no se priven de gastar cinco bolivianos por una porción. Herminia desliza el cuchillo de acuerdo a la medición de referencia que le señaló la señora Marisabel, entrega esponjosas y húmedas porciones que mira antojadiza; se pregunta si no podría probar un poco de la crema de los bordes o la miga que se ha desprendido involuntariamente a la bandeja. Tras tomar sombra en una deshabitada esquina, cansada por la crudeza del sol de mediodía, la anciana raspa la bandeja y consigue acumular una cuarta parte de la porción, su único almuerzo y energía suficiente para acabar con la venta durante el resto del día.

En los siguientes días

Dos semanas pasaron desde que empezó a vender en el carrito. Herminia solía vender desde muy temprano y se iba poco antes de las ocho de la noche a más tardar, haciendo un esfuerzo extra para acabar las porciones cuando la mayoría de esa clase de carritos ya se había marchado. Conoció de memoria las inmediaciones del Mercado Campesino y, en los fines de semana, había probado con trasladarse a los alrededores del parque. Había rechazado varias llamadas para lavar ropa y así perdió un puñado de clientes fijos que la llamaban cada tres semanas. Esos días, llegaba tan exhausta que ya no acostumbraba a cocinar, ni para ella y menos para el perro; por lo contrario, al mediodía, buscaba alguna caseta del mercado donde hubiera sopas de menos de cinco pesitos y en la noche pedía huesitos a las broasterías, los acumulaba en una bolsita que guardaba en el carrito y, ya en la casa de inquietos, vaciaba los huesos para Shushu. Después de tanto ajeteo, Herminia llegó a la conclusión de que

sus ventas no variaban mucho si vendía en un lugar fijo o si estuviera moviéndose por todos los recovecos del mercado, así que decidió buscar un lugar fijo.

Encontró un espacio frente a la puerta de una galería-*shopping* recién construida. La señora que se ubicaba allí para vender gelatina de pata no había venido, así que Herminia asentó el carrito y trató de acercarse a los aleros de las tiendas de al lado en busca de sombra. El primer día no sufrió ningún problema, quizás los tipos de la guardia municipal estaban de turno en otro lado o la habían ignorado, solamente una chica le cobró por el *ticket* de la seguridad privada que habían contratado para todos los días.

Las dificultades llegaron al día siguiente. Ya estacionada en aquel rincón se vio las caras con la señora de las gelatinas. La mujer, cargando una sombrilla estacionaria con base de cemento, se asentó con soberbia y con la actitud de alguien que marca su propio territorio, instaló una mesa desplegable y contenedores de plastoformo, sacó las gelatinas y una batidora. Shushu estaba recostado y la mujer lo apartó con un amenazante pisotón al suelo. El perro huyó a las faldas de Herminia. Ella examinó a la anciana con desprecio y, en el intento de una actitud de paternalismo y sarcasmo, le dijo:

—Con animales más caro es el alquiler. ¿Te has hablado con doña Cleo? Yo ocupo todito esto, esa tu parte más.

Tras un incómodo silencio en medio del bullicio del mercado, ella continuó:

—Yo estoy al día.

Herminia no supo cómo responderle y se arrinconó en un trecho en donde apenas podía atender de pie, tapando el ingreso a la galería cada vez que alguien compraba una porción. A la mañana siguiente, la señora de las gelatinas apareció con más mesas y un conjunto de sillitas para los eventuales clientes. Aún había espacio, pero esa mañana, la dueña de la galería, una chola de porte señorial llamada Cleodora, la interceptó y la tuvo que echar:

—Del alquiler me tienes que pagar si quieres un espacio con las gelatinas. A cuatrocientos te voy a dar porque en otros lados hasta mil están cobrando por un chiquitito. Si no, vas a tener que estar circulando por el mercado.

Sin qué responder a la señora, Herminia tomó el carrito y se retiró en silencio. Al igual que muchos de los días habituales intentó buscarse un lugar en el Mercado Campesino, pero la mayoría de los espacios vacíos —si es que los había— eran tomados por mue-

bles de los reparadores de celulares o vendedoras de pan casero cuyo único mobiliario consistía en un taburete plegable de fierro y tela, además de las canastas o las cajas en donde guardaban el pan; o también las campesinas que abrían sus aguayos y exhibían hortalizas en montoncitos sobre plásticos de color. Herminia retomó el vagabundo trayecto chocándose con otros ambulantes, jugos de naranja, cafeteras móviles o choripanes callejeros, dejando que una de las tortas se estrellé contra la pared del carrito.

Al ver la crema extendida contra el acrílico, Herminia se alejó del carrito de naranja y la gente. Ignoró la torpeza de su apurado caminar y los adoquines y baches terminaron de batir el carrito exhibidor, las tortas lucían desfiguradas como si la inquieta mano de un niño las hubiese asaltado. Cabizbaja, tomó asiento en la grada de una puerta y Shushu, que la acaba de alcanzar, lamio su mano y se levantó para entregarle el hocico, extendió sus patas delanteras en algo que parecía un abrazo.

Al final de aquel día

A Herminia le duelen los pies. Antes de volver a la venta tuvo que comprar un trapito y una bolsita de agua para limpiar el enchastre del acrílico. Cortó algunos trozos de la torta y extendió la crema hasta dejarla lisa con un aspecto sobrio, pero apetecible. El atardecer se apropia del Mercado Campesino y despliega un aire frío cargado del olor mezclado de basura y tránsito. La luz del sol atraviesa las casas en agonizantes tonos dorados y azules. Vendedores ambulantes de sonso y café, parrillitas móviles de anticuchos o brochetas reemplazan el lugar de los carritos que estuvieron toda la mañana, su aroma a ceniza y carne condimentada se impone al del tráfico y provoca un crujido en el estómago de Herminia. Su teléfono celular suena y tras atender reconoce la voz de la señora Marisabel. Le

saluda con rapidez y vueltea con preguntas rutinarias a las que Herminia responde sin contar nada de lo sucedido con el puesto en la galería o el accidente de las tortas contra el acrílico del carrito.

—Segurito has hecho volar las tortas, Herminita. Bien se te está dando la pega de vender, ya le habrás agarrado la maña. Estaba pensando que, tan bien que nos está yendo, no sé si conoces a otra señora para que ella más venda. Quiero a alguien como vos, alguien de confianza.

La señora en su voz es tan amable que no se animaría a decirle que no conoce a nadie. Pero en esta ocasión, junto al dolor de la planta de sus pies, la cabeza empieza a marearse como si hubiese recibido un porrazo. El desaliento fue apoderándose de ella durante las ventas, llegando incluso hasta las últimas instancias, donde yapaba y bajaba el precio de las porciones en cincuenta centavos o un boliviano. Todo por vender. Mientras escucha los planes a futuro de la señora Marisabel, ella asiente con cansancio.

—Voy a buscar, señora.

Después de colgar, Herminia llega con el carrito hasta una plazuela de luces decaídas. Entre las dos tortas arman una mitad. Nadie más le compró, ni siquiera se aproximaron a preguntar como en otras ocasiones. La anciana toma el cuchillo para cortar dos rebanadas, se sienta en una de las bancas y ofrece un pedazo a Shushu, en el suelo. Falta una caminata de diez cuadras hasta la casa de inquilinos. Quizá pueda comer la torta por tres días más, asegurar su desayuno, almuerzo y cena con cada porción. Incluso podría ofrecerle a su dueña de casa o al joven que aún no regresa. Queda revisar los ahorros de la venta para no deber nada. Volverá a la plazuela a ofrecerse de lavandera, aunque haya perdido a todos sus clientes y, en especial, a la señora Marisabel. Siempre se empieza de nuevo.

Habitación sin límite

*Alejandro Pereyra Doria Medina**

* Alejandro Pereira Doria Medina (Sucre, 1981). Es escritor y cineasta. Estudió en la Escuela Andina de Cine y la Hochschule für Film und Fernsehen (Munich-Alemania). Ha escrito, dirigido, fotografiado y montado los largometrajes digitales: *Verse*, 2009 (79min, selección oficial en festivales internacionales y premios en el Festival Cerolatitud y Festival de Trieste, 2012); *Minar*, 2012 (90min); *Luz en la copa*, 2017 (104min, con numerosos premios nacionales, entre ellos premio Abaroa a Mejor Película y Mejor Dirección, selección oficial en festivales internacionales); *Fuego* (104min en post-producción) y *Agosto* (90min en post-producción). Ha recibido el premio nacional de guion Amalia Gallardo (2002 y 1997), una beca de ampliación de estudios artísticos por el DAAD, (Munich 2012-2014) y ha representado a Bolivia en distintas plataformas de producción (Recam MERCOSUR, Buenos Aires, 2008; Berlin Talent Campus, 2012; y Venice Film Market 2013, entre otras). En el ámbito literario, ha escrito los libros de poesía *Momentuario* (2001, premio Fundación La Plata); *Unión mística con la materia en fuga* (2004, Ediciones Casa de la Cultura); *8 papalotes* (2023, en edición); y la novela autobiográfica *Meses* (2023, en edición).

Habla la ilustración de la portada

Y estoy aquí ante ustedes. Saben que soy el Moro de Siporo y aquí empiezo. Me ilumina una lata de leche Klim convertida en reflector estelar. Egresado de la carrera de idiomas, ni años de práctica en matinés y noches dobles de cine gringo han podido aplacar mis andinas erres. Me gusta cómo suenan, a yam sorri. Soy un actor aficionado, de la compañía teatral El Mercurio, iniciada junto a mis colegas licenciados de la carrera de idiomas de Sucre, oriundos de Potosí, cinéfilos de corazón, fogueados por el magisterio rural en las míticas tierras de Betanzos. ¡Betanzos! Tus caldos de cordero con presas que rebalsan del plato, tus libros de lujo pagados a plazos, tus climas de nubes gigantes y terrazas precolombinas: Quivi Quivi ubérrimo... y un poquito más allá mi Siporo, con habas como astrolitos y viejos álamos...

La compañía El Mercurio, iniciada por doña Alonsa Quijano, ha puesto en escena la tragedia de Otelo, que tuve el placer de interpretar y, un año después, El Santo Cristo de Bronce, macabro éxito de taquilla (que vi desde bambalinas). Doña Alonsa estaba contenta y cual mecenas, con la gente aplaudiendo de pie, recibió flores de manos de la actriz aficionada principal: Lucila Araujo. Así las muestra un periódico

de la época: sonrientes, una con brillantina en el rostro, la otra en silla de ruedas. Y todo eso fue antes y el teatro ya fue.

Me han dejado solo en las ruinas del escenario mientras ensayo por última vez lo que he venido a contarles, lo que sin más estrenaré esta noche. En realidad, soy el último sobreviviente del Mercurio (el desempleo tiene un par de ventajas) y no tengo más decorado que una gigantesca taza de té, pintada con esmero a mis espaldas. Nais Ceilán tí. Soy el cruzado que cada bolsita exhibe, el soldado de un grial amoroso de cartón. Mi meta es rescatar la memoria y lo haré aunque tenga que inventármela. Contengo mis impulsos afectivos. Brilla en mi rostro el toscos maquillaje, fijado a mis poros por crema lechuga. Y hay algo que mueve mi voz a hacerse ahora como más profunda, que se dice quebrarse al pensar en Doña Alonsa, el momento que sostengo el texto que tengo ya aprendido, que debo pronunciar como si lo leyera por primera vez. Intuyo, al sostenerlo, en lo delgado de esta hoja, que mi vida de actor no es más que un soplo que mueve una hoja o es esta que va cayendo, rindiendo homenaje a alguien que ya no está. Y por eso, había una vez...

Raquel

Una ventana en la calle San Alberto, en Sucre, antes de llegar a la zona de El Guereo. Pequeñita, desportillada, con revoque de piedra. Ahora está oscura o mejor dicho deshabitada. Ya casi nadie vive en esa casa. Con la muerte de Raquel se desperdiga lo poco que quedaba de ingenuo o auténtico amor filial. Ella, la hormiguita hippie, se hizo la mamá grande, sin hijos, la *waca* a la que todos acudíamos por confort y consuelo. Aquí, en este cuarto minúsculo, vivió por cuarenta años mi amiga Raquel. En doce metros cuadrados, con una cama, una mesita. Es difícil decirlo, sentirlo de cerca es difícil. Cuando Raquel murió, su hermano de sesenta y dos nos dijo con gesto de orfandad: “y ahora, ¿a quién cuidaré?”. Pero Raquel lo cuidaba a él. Raquel cuidaba a todos. Era el búho en la rama vigilando la noche... el sabio búho de los cuentos infantiles, tranquilo en la noche repasando trabalenguas. Y esos trabalenguas serían hechizos de magia blanca, ruegos por el bienestar de los seres que más amaba, que cobrarían realidad al amanecer, en la confiada constancia del amor. Esa lista de seres es bien larga.

Chisme: interés malévolo por los sucesos ajenos. Su familia, como todo el país, practicaba ese deporte desde siempre. Especialmente en Sucre, esa mala arte —junto a la de deseárselo al prójimo lo peor—, se había desarrollado bastante y adquiriría el poder de truncar vocaciones y mantener cabizbajas a sus víctimas por años. Contra ese proyecto regional ella se rebelaba y en verdad se interesaba en los sucesos, sentimientos, en la perspectiva de vida de los otros, rebasando la barrera chismográfica. Y lo que empezó como consejería para familiares pronto fue irradiándose en círculos más grandes. Y si alguien necesitaba estudiar y le faltaban recursos, si alguien purgaba en la cárcel y necesitaba vender sus artesanías, si alguien en pesadumbre impulsado por el ángel tocaba a su puerta, encontraba

allí el punto de giro, el vaso de agua, el inicio de una pequeña prosperidad.

¿Cómo hizo todo eso desde una cama, desde irse quedando a pesar suyo cada vez más quietita, y viendo cada vez un poco menos, la luz como una mancha, los libros ya ilegibles? No sé, pero con los años visitarla dejó de ser una tarea compasiva, como quizás al principio inevitablemente lo era, y se convirtió en un acto que me llenaba de fuerza. Me hacía bien visitarla, escuchar de sus labios las noticias detalladas de su entorno mientras su radio am daba las noticias de la vida local, sentir la fuerza de la vida y el pulso de la ciudad a través de ella...

En ese tiempo no lo sabía, mas como yo, otros venían hasta este cuarto a exhibir su cruz y su Gólgota, a pasearse abrumados con su mochila de piedras, pidiendo opinión, consejo o sentencia, o simplemente a dejar que las piedras y las cruces se diluyesen en agua de té, mientras Raquel hacía buenos chistes y contaba anécdotas tan triviales... pero que en su relato aparecían brillando como gemas de sabiduría (con plagios a Samaniego y Esopo). Tenía en el tono y la presencia todo el rigor de una cuentacuentos afgana, administrando la información, ocultando palabras para atacar en *staccato*, el momento preciso. En esos relatos espontáneos, hacía aparecer cristalinas moralejas, con la subrepticia intención de censurar la actitud negativa del confesante, aplaudir su bondad en ciernes, aliviarle. Y todo esto mientras reposaba la bolsita de té Crusader en la taza con pavorreales de la visita de turno.

Sentado en el particular sillón de las visitas, veo el brillo de su esencia.

Así, la vergonzosa tarde en que había peleado con mi compañera, Raquel ya sabía que estaba en una relación desigual. Luego de tragar y llorar rabia, viéndome sin salida en lo insoportable y sobre todo mantenido ahí por mi ridículo gusto, de pronto se me

ocurrió ir a visitarla. A un par de cuadras aceleré el paso. Era sábado y cerca del atardecer ese rinconcito de la calle San Alberto palpitó como la luz de un faro. Esa ventanita sobre la vieja calle ventosa con aceras destrozadas y hierbas diminutas como *millefiori*... como cuando uno piensa que esto que ocurre es parte de un sueño o de un drama escénico: hay un conflicto, hay un rol antagónico y hay un mentor y Raquel era mi mentor y la guerra trivial con mi némesis (mi propia esposa...) hallaba una pausa. En ese claro del bosque el mortal agonista comprende, gracias al viejo mentor —que hace signos básicos con un palito en la arena—, que hay un diseño en el caos. Raquel, desde su cama, mirando un poco a otra parte, me recibe con una sonrisa. Pasaban por la radio esa mítica radionovela, Kaaaliimaaan, y ya me contaba de sus amistades, de los problemas existenciales de aquellas, resueltos por indicaciones muy prácticas que ella, capaz a veces de discernir en pocos segundos lo que afligía a un alma, les sugería de manera tajante, como un muy severo médico de cabecera y... en el fondo, no sé cómo,

eran lecciones para vivir, eran respuestas para mí, que me aliviaban y notaba el cambio. Así como dicen que los gatos transmutan energía: su cuarto, como un gato gigantesco, transformando la angustia de las polillas en polvo de hadas energético. “No, no, no, Gonzalito: perdoname, pero Soy la Raquel y esa tu mujer te tiene del pescuezo, te lleva de tu oreja, te lleva como a un caballo o como a un burro erecto mostrándote una zanahoria y si vos no haces nada, si vos no te plantas y le dices, y si no rayas bien la cancha de una vez, ¡te vas a deformar! Mirate en este espejo donde yo casi ya no veo: tienes que andar recto, vos tan alto que eres, tan alhajo, te estás volviendo un signo de interrogación. ¡Ponte erguido! ¿No quieres estar erguido? y dile a esa tu mujer: ¡va a ser así o así! De una vez, ¡bah! ¡Pero es que de lógica, hijo! ¡De lógica!”

Me le quedo mirando con una sonrisa media tonta, con paz y vergüenza. Siento el rigor de su cariño, y aunque soy por mucho su mayor, ella (del tamaño de una niña de diez, hundida en esa cama) es mucho, mucho más grande que yo.

La tarde y los mundos

“Me hace bien venir a verla”, me dije en silencio, verbalizando por fin una verdad de hace muchos años. Me sentí liviano por el polvo de hadas al dejar su casa al anochecer, con toda la determinación de divorciarme, y pude ver que había pisado, al llegar ahogado en mi vaso de agua, una plantita de manzanilla que crecía en la acera de su puerta. Esta era la constatación simbólica de que mi relación no daba más y me dio valor para hablar y terminar esa misma noche con mi pareja (no lo hice, en fin, quizás algún día). Hierbitas con flores hacían de bosque a escala en esa acera. Me acerqué a ver. Manzanilla y toronjil. ¿Eneldo? Desde niño me gustaba imaginarme diminuto escalando una cajita de fósforo, habitando el misterioso interior de la radio, cruzando el desierto de un edredón. No sé por qué me resulta tan amable.

La melancolía que pesa sobre Sucre los fines de semana, esa melancolía que es casi un objeto sólido y cada vez más pesado, metiéndose en los pulmones como un metal, llega a su clímax los domingos, entre la tarde y la noche, gigantesco ojo de serpiente alumbrando como si fuera la última luz del tiempo sobre la ciudad desde la cordillera de Los Frailes, desde el sinclinal de Maragua, tiene en estas plantitas diminutas, de las aceras de las calles viejas, a su principal redentor.

Y contra este viento extraterrestre que destroza los ojos, cuando se busca a alguien y ese alguien ya es remoto, cuando el fin de semana vayas a peregrinar como un loco la ciudad de extremo a extremo hallando no más que cenizas e indiferencia burlona en fachadas de cartón, cuando el mundo interno y externo asistan a las manos en retirada me acordaré de mis tías viejitas, pacientes, jugando a las cartas. Las risas, las frases hechas, las kaukas y las empanadas de lacayote con glaseado suave. Las repeticiones, los chistes y los chismes hasta la madrugada, el ritual de las gaviotas devorando un cuerpo invisible por placer. Ver un grupo de viejitas inocentes jugando a los casinos y tomando té con empanaditas de lacayote con glaseado suave hasta la madrugada, mientras llueve a cántaros o el viento del espacio exterior arrasa con el planeta, es como una velita en *finisterre*, una cueva en el desierto del edredón, el lugar que con suerte acogería al viajero, perdida la mirada de tanto andar, el vagabundo cósmico que confirma la redondez de la tierra y llega a esa ventanita de la calle San Alberto, el lugar donde lo más terrible ya ha pasado y donde nada más terrible podrá pasar, el centro bondadoso de nuestro cuento: recibe una taza de té Crusader, empanaditas de lacayote con glaseado suave y sus nueve cartas para engancharse a la loba eterna.

El futuro es el pasado

Cuando la visité por última vez Raquel, me regaló esta cajita de té Crusader. Empeoró rápido por el coronavirus. Pasó sus últimos meses sola y fue quizá eso y no el coronavirus del terrible invierno del 2020. Quiero decir: no el contacto con la enfermedad sino la falta de contacto con sus seres queridos, el antiguo teléfono fijo sin timbrar, la llamada no contestada en otra parte del mundo, cartas escritas a mano esperando, en la abandonada oficina de correos, quién las pudiera entregar y recibir y ya no importa... Ayer vi que en la caja solo quedan dos bolsitas de té. Es decir que pronto quedará una sola y cuando se use aquella no habrá, físicamente, nada más que venga a unirnos. Paul Auster en el ensayo sobre su padre, su extraño y triste padre, cuenta que tras su muerte le invadió el miedo de que su paso por esta vida hubiese sido tan pero tan

tenue que... “tengo que escribirlo”, se dice Auster, “si no lo escribo, todo lo que ha sido mi padre, su existencia, su paso por el universo, se perderá para siempre” y así las trágicas muertes de su hijo y de su nieto, Daniel y bebé Auster, los sucesos de nuestra infancia como precursores o tráiler de la película que iremos a vivir: tengo que escribirlo, tengo que decirlo... porque “en nosotros expían nuestros antepasados”. Aunque yo no creo que Raquel tenga mucho que expiar, ni que sea para nada olvidable, ¿o sí? Bueno, ustedes ya la van conociendo...

(La cajita de té está vacía. Es un momento silencioso de esta tarde en que le llega, oblicua, una tajada de luz. “Hay una ventana en la calle San Alberto, antes de llegar al Guereo. Pequeñita, desportillada, con revoque de piedra”).

El club

No me importa que me digan loca, soy parte de la bienaventuranza: he recibido la alegría del espíritu en el cuarto de la hormiguita hippie, de los primeros a los últimos días. Fui de las primeras feligresas, fuimos apareciendo más y organizándonos. Primero colegas del magisterio rural y urbano, pero luego aparecía gente extraña, algunos poetas y guitarreros y también gente ociosa religiosa. Una vez, encontrándome en una salteñería del centro con un viejo macizo y vegano, practicante y maestro de yoga a quien conocí de pasada al final de la calle San Alberto, este me habló de la hormiguita hippie y abriendo poquito a poco su sonrisa ancha de gurú me dijo “cada vez que me siento triste o me falta la fuerza, voy a verla: ¡de tanto reír con ella se equilibran mis chakras!”. Me acordé del libro *Martes con mi viejo profesor*, que me regaló Raquel hace años y del que solo leí las tapas. Sentí curiosidad por lo que me dijo ese maestro de yoga, hincando sus colmillos en su salteña de soya. Era la confesión de algo bonito, sí, y también de una especie de vampirismo, y era lo mismo que yo sentía y lo que sentíamos muchas al final.

Entonces, ¿las reuniones de nuestro club eran una suerte de misa blanca y de misa negra? donde, sabiéndonos más saludables que Raquel, nos regodeábamos en sus esfuerzos y tomábamos nuestra tajada energética y nos sabíamos inspirados por su coraje al cual nos hacíamos adictos poco a poco. Raquelita es tu día, cuántos años has cumplido ay Jesús María.

Verla luchar contra la enfermedad y finalmente contra la muerte... ¿nos hacía sentir más vivos? Ni me digas.

No soy religiosa, pero con gusto me hubiera vestido de blanco y, junto a Rainercito Manos Útiles, Norita Caba, Carmiña Burana, Jacinto Manos Urdemales y el maestro de Yoga, los alumnos de Betanzos, sus esposas y descendencias, Cristina la loca y Huáscar el Crespo, hubiera batido palmas estilo cumbia villera, cantando alabaré alabaré alrededor de la cama de Raquel, quien luciría su blusa de fiesta traída de Puebla, de tanta felicidad de pronto se recuperaría y, cambiando la música por una ranchera, canta y no llores, se sumaría al baile. Qué agradable.

Ese es el milagro en que esta iglesia cree. Hasta que esto ocurra las proezas de baile son reemplazadas por breves bailes de medio cuerpo, chistes, anécdotas, observaciones agudas y el juramento sobre la Desiderata de Herman Hesse.

Los feligreses aquí mencionados, con el néctar de nuestros afanes, nos dirigimos una o dos veces al mes al cuartito de la calle San Alberto, a visitar a nuestra abeja reina. Podemos invitar a quien queramos, eso es espontáneo. Pero la gran ceremonia ocurre una vez al año y entramos y entramos, no hay problema, las paredes se ensanchan, treinta o cuarenta personas en doce metros cuadrados, no dejamos de entrar, comiendo picante de pollo y bailando cumbia y rancheras, propiciando la escena para el milagro. Qué bonito.

Cine y helados

Sucre, Bolivia. Finales de los sesentas. Hay vestidos cortos y muebles voluptuosos, cosas que parecen pechos de madre abnegada: de la batidora a los redondeados autos. Raquel ha terminado el colegio y tiene una prodigiosa sed de mundo. El miedo común de los adolescentes que salen del colegio y se enfrentan a mil opciones, no le llega. Ella quiere literalmente llegar muy lejos y sabe que un camino es aprender idiomas. El punto es que un día la amiga Cristina nota que Raquel dobla mal las piernas. Raquel y Cristina somos inseparables, a nuestras espaldas nos dicen las chotas traviesas, hacemos pampa rasa y somos las más lindas y las más inteligentes en esta ciudad aburrida puritana, y antes de las clases de idiomas tomamos helado de vainilla en la confitería Palet, mesas de plástico brillante, vitrina gigante impecable, y dejamos que los chicos nos miren y después de las clases de idiomas, con Frau Hochmann y Madame Lemaitre, nos vamos al cine, a uno de los muchos cines de esta ciudadcita amigable, que de pronto se expande en las pantallas. La gente está haciendo fila con la emoción de antes de un viaje, el chico con polera escotada, medallón místico y cabello afro, víctima reilona de las bromas de Raquel y mías, el pobre no sabrá quién le puso bolitas de chicle en el cabello mientras coqueteaba con las chicas lindas, la fila es bien divertida pero es más divertido adentro: los

minutos comunitarios acompañados a veces por una trompeta estilo jungla, en que la película está a punto de empezar y la bulla del cine repleto es un oleaje amigable e irresistible, o es el efecto del bombolito gigantesco y rojo, dulce que alegra la vida y hiere el paladar, que dura ocho bobinas, y al aparecer los créditos iniciales nos acurrucamos en nuestros asientos de forma sabrosa, como si jugásemos a los ocultos y no nos pudiesen hallar.

Vemos celuloide de África, de Asia y de Europa; Kwaidan, Don Camilo y Al-Mummia; amamos a Louis de Funes, imitamos a Deneuve y lloramos con Rosas blancas para mi hermana negra. Vamos al cine tres o cuatro o cinco veces por semana, soñadoramente, cantando bajo la lluvia, los proyccionistas nos regalan fotogramas de Jean Paul Belmondo y Alain Delon, y con ánimo de ir a todos esos lugares de la pantalla, todos esos cafés, acantilados y templos, buscamos en los atlas de nuestras casas: mapa, población, superficie, forma de gobierno, ¿no es una democracia?

Con Raquel queríamos vivir como en las películas... y por eso estudiábamos idiomas, y por eso queríamos ser profesoras de inglés y francés y alemán, para conocer más galanes extranjeros y encandilarlos con nuestro exotismo. Y un día vi que doblaba mal sus piernas, pese a que ponía fuerza, se le doblaban las piernas y...

Libros mohosos, flores de plástico

Recuerdo que me pareció sospechoso. Algo ocultaba. Algo le obligaba a exagerar la amabilidad. Pero quizás lo intrigante venía de notar cómo ese cuerpo enorme se doblegaba velozmente ante la pequeña demanda de aquel a quien él consideraba —¿pero por qué?— más poderoso. Le gustaba cantar y tocar cuecas y bailecitos en guitarras, kaluyos y huayños en charangos, zambas argentinas en las que a veces acababa llorando. Y amaba el alcohol y la comida y quizá ya era todo un buen alcohólico, con solo medio vaso se ponía intensamente colorado y ahí venía otra clara impresión: colorado y macizo como un terrible diablo o la caricatura de un genio malo, que de pronto sonrío servilmente.

Mis tíos le calificaban de ameno. Le encantaban las especulaciones sobre el asesinato del papa Juan Pablo I y John Kennedy, y se las sabía de memoria, aseveraba que Jesús siguió con vida y tuvo hijos con Magdalena y una hacienda en Cachemira, y que Nostradamus era viajero del tiempo con tecnología posiblemente alienígena. Siempre le dijimos “don Franklin” y él se reía pidiendo que le digamos el gordo a secas. Mas nunca dejó de darme mala espina, la impresión de que algo no estaba bien y claro que él lo sabía, lo sufría, lo transmitía, de ahí su mirada de can apaleado y triste. Pero también podía ser que exageraba su culpa o en verdad se encontraba de manos atadas y que esa forma era la única que hallaban de quererle Raquel y él.

Y entonces las flores secas, el jardín de floreros que imitaban un bosque tupido, algo tétrico en realidad pero construido con la paciente dedicación del gordo, año tras año, digamos una rosa de tela en su florero de plástico cada semana, una rosa de tela color palo de rosa, todas obsequiadas por el galante gordo que transpira de emoción, que con un pañuelo blanco y enorme seca su frente con la satisfacción de la labor cumplida, todas puestas en línea haciendo el símil de

un regimiento, un bosque de rosas de terracota que reemplazaron a los libros que ya no tenían gracia, letras ya imposibles de articular, ni siquiera con la lupa enorme que le trajo el gordo y con la cual ella aún hacía las cuentas mensuales, la repartición de la renta vitalicia de jubilada precoz del magisterio urbano de Bolivia, la dedicatoria de los regalos de cumpleaños y de los regalos de Navidad, “vanidad, vanidad, ¡dulce vanidad!” cantaba ella en la víspera mientras los iba amontonando y ya apenas percibía las formas y solo algunos colores, entre ellos el verde intenso de la planta anónima que creció en su maceta vacía y que, con hojas enormes como en el cuadro de Lucien Freud, llegó hasta el techo y tapó la ventana. Los libros clásicos en grandes cajones de manzanas fueron regalados al sobrino artista. Con ella quedaron, en su mesa de noche, *Historia de Chuquisaca* de Valentín Abecia, *A la orilla de los viejos días* de Raúl Teixidó, y *Sopa de pollo para el alma* y *Chocolate caliente para el alma* y *Api morado para el alma*. “¡Qué genial, qué genial... qué ocurrente, vaya, vaya, qué agradable, muy agradable!, pero de lógica, hijo, ¡de lógica!”, y el gordo replicando secándose la frente “este calor tan reecio, qué boniiiito, qué evideeente”... Y para entonces ya eran montones de personas, es decir dos o tres visitas simultáneas, lo que es mucho, las que se encontraban al mismo tiempo queriendo ocupar el único sillón del cuarto o sentándose a los pies de la cama, cuando lo que en realidad querían era ocupar la atención de la tía Raquel. Y para nosotros, visitando a la tía en vacaciones de invierno, era chistoso ver cómo se peleaban por ese sillón que, en su pragmatismo alemán, y a modo de ayudar a su brillante estudiante que había sufrido la desgracia de quedarse limitada a una habitación, había hecho construir Frau Hochmann y que parecía un sillón, pero en verdad era un inodoro. Práctico supongo, con almohadón mullido y justo al

lado de la cama. Era cuestión de acostumbrarse. Era el espacio más cómodo y el no conseguirlo resultaba desconcertante, las visitas se sentían desplazadas de su preferencia, así como cuando la tía Raquel se enojaba: si el barullo a su alrededor la dejaba sorda y las charlas y carcajadas se sobreponían diabólicamente, los expulsaba a todos, siempre como el buen Jesús expulsando a los mercaderes, decían. De repente ahí estaban, queriendo traerle ánimos y ver en qué podían serle útiles a la persona que ya llevaba como veinte años sin moverse de ahí, una viejita testaruda, renegona, intransigente. Casi te insultaba por interrumpirla o contradecirla y ya estabas en la calle, contrariado o contrariada, sabiendo que no viniste por ella sino por ti, a que te dé clases gratis de francés...

El gordo aparecía y desaparecía a intervalos y el hijo de la hermana de Raquel, que vivía en el piso de arriba con su madre, tenía un perrito chapa negro con manchas blancas que era como el dueño del barrio y que, como en las películas donde humanizan a animales, se las dio de investigador y persiguió al gordo desde el departamento de la tía hasta una chichería, persiguió al gordo de la chichería a la licorería y haciéndole sufrir un poco más de lo que ya sufría, continuó la persecución por callejones empedrados y al final se sentó ante la puerta de su casa en la estrecha calle Chaco donde se puso a aullar. Y volvió ahí varios días. Se quedó aullando en la puerta y cuando la esposa del gordo asomaba la cabeza por la ventanita del segundo piso, el animal investigador, vestido con su gorrita de Sherlock Holmes, orinaba copiosamente en esa puerta de madera guinda. Se inició una guerra que incluía llamadas clandestinas y muñequitos vudú, posiblemente traídos por Jacinto Manos Urdimales. Él era un caso aparte: en el fondo era bueno o fue bueno alguna vez, un antiguo pretendiente de Raquel, el nunca elegido, ganador del segundo premio de mejor amigo. Y quizás nunca le perdonó el desaire: porque cada vez que venía a tomar té (bebida que detestaba y que quizás vio como boleto de oro para entrar en este cuarto) y no paraba de quejarse de cómo era la vida en este pueblo miserable (otro deporte intergeneracional de la ciudad de Sucre), y al ver que Raquel no dejaba al gordo grasiento, cambiando la admiración por la envidia aprovechando la vista deteriorada de Raquel, le robaba miserablemente de alguno de los varios escondites que esta tenía, y no necesitaba el dinero pero su misión era, al parecer, sembrar sospechas de algo siniestro: desaparecían

cincuenta pesos aquí, diez pesos allá. Y a fin de mes, revisando sus cajitas fuertes, alcancías y el monedero debajo de la maceta, Raquel hacía cuentas: luz, agua, sobrinos..., Jacinto. Raquel nunca le cobró, le quería de veras como a un buen amigo. De algún modo, luego de advertirle mil veces que el gordo tenía esposa y que Raquel con esta información no hiciera más que decirle no soy celosa y levantar sus hombros, este ser truculento entró en combinación con la esposa de aquel macizo y dejó junto al velador cuanto paquete aquella bruja le enviara. A Raquel le divertían esos muñequitos pues realmente, a nivel físico, había muy poco que le pudiesen quitar. Llamé una vez a su casa y contestó mi primo gritando: “¡cornuda!” Y colgó el teléfono. La palabra me recordó una lista de palabras escritas y convertidas en avioncito que antes de dejar la casa de mis abuelos lancé y quedaron detrás del cuadro de la Última Cena. Debe seguir ahí, como una máquina del tiempo o ala del momento, entre polillas y telarañas. La Zamba Canuta, so malcriado, te voy a majar, te voy a romper la crisma, te voy a arrancar la enjundia, so majadero, la carabina de Ambrosio te voy a dar... cosas que a mis ocho años no vi tan violentas. Quizás el gordo se obligaba a ser infiel y eso le degradaba y envilecía. Quizás porque quería ser el *pater familias* sometido a su esposa como siempre había sido y a la vez no quería dejar a mi tía Raquel y ese sería el motivo de su sumisión enfermiza, de su amabilidad nauseabunda. “Por favor perdóneme, ¡solo quiero amar y ser amado!”. No pudiendo aguantar por más tiempo, se decidió y le pidió a su añeja esposa el divorcio y a mi tía Raquel el matrimonio. Pero la esposa añeja se negó a firmar, no quería perder sus privilegios de verduga, y por su parte mi tía Raquel tampoco aceptó la propuesta, no quería aburrirse. Al parecer le dijo algo como: ¿quieres que vivamos juntos, que rompamos la gran ilusión, es decir el puro humo lindo que tenemos el uno por el otro, que nos conozcamos y que lleguemos a odiarnos? no merci. Entonces el gordo le dio un revólver y un par de balas, solo por si su terca esposa llegaba a atacarla un día y solo por si acaso él se convertía alguna vez en hombre lobo. Ella guardó la pistola debajo de la mesa de noche, sobre un tapetito de flores a crochet. Y por pura broma espantó a algunas visitas, al sobrino artista y a Norita Caba, apuntándoles con la pistola “chiquita y pesada, como yo”.

Así el gordo y la tía fueron amantes por veinticinco años.

Nabo

El perro estrella, chapita negro con manchas blancas, cachorro de una camada de nueve, de la que dos murieron y la mayoría creció desnutrida. Él, separado de su madre a dos meses de nacer y en una nueva casa, fue bien nutrido, pero al precio de su hígado, pues mi primo nervioso adoraba manosearle, golpearle en el hocico, lanzarle por los aires desde la azotea hasta un improvisado colchón de almohadones, donde con suerte aterrizaba a salvo. Le rompió la pata un par de veces, pero sobre todo le dejó un carácter irascible, y como suele decirse lo convirtió en —empezaba a sentir rabia y temor— un perro malo. Apenas más grande que un pequinés, se hizo el jefe de la jauría del barrio. Raquel le daba de comer de su propio plato, quitando la grasa y los pellejos al pedazo de lomo, dejándole lo mejor, lo que engrió el paladar del can, quien nunca más probaría una lawa de perros. Yo te cuido, tú me mimas, era el acuerdo que renovaba, engañosamente, flojo echado a los pies de la cama, día a día. Protegía a Raquel con celo exacerbado y fingía simpatía con el extraño que ayudaba a su dueña: el perro contenía secreta furia hasta el momento en que el buen samaritano, meciendo su palma, se alejaba, chau Raquelita, que era cuando el quiltro no dejaría de perseguirle hasta hincarle dos o más dientes. Para algunos vecinos era insoportable y además un peligro. Pero otros le querían y defendían, como Rainercito Manos Útiles, a quien siempre escoltó hasta su hogar o Carmiña Burana, que solo le vio una vez, cuando le trajo de Grenoble una chompa tejida a mano, que el perro usó por diez inviernos, al principio blanca con cuello *beatle*. Para nosotros su persecución implacable era un fastidio: por más que corriamos nos daba alcance, y se metía en las clases de inglés de mi hermano y en las clases de ballet de mi hermana y en mis clases de piano. Y nunca quería irse. Solo fue expulsado de mi escuela por el viejo jesuita, alias Nosferatu, el director en persona, quien le bloqueó el paso y guindo de ira le señaló el camino de vuelta. A Nosferatu fue

al único que Nabo demostró, sino temor, al menos respeto; y se alejó, sin gruñirle, quizá sorprendido por el intenso olor a tabaco y por la autoridad de los gritos del anciano. Quien más le aborreció y a quien él no mostró ningún respeto, fue a Dolores Fuertes de Barriga, nombre en clave, la esposa del gordo de esta historia. Desde la primera vez en que ella lo vio, a la media noche de un sábado, orinando en su puerta guinda, pensó en liquidarlo. Probó con agua hirviente varias veces, siempre los sábados a la media noche, al regreso del gordo borracho, hasta que casi lo mata. A Nabo le tomó varias semanas curarse de las quemaduras en su lomo. Luego volvió a orinar allí cada dos días.

Cuando la municipalidad lo buscó por las diferentes quejas de dentelladas en su contra que habían presentado falsamente Dolores y Jacinto, tuvieron que esconderlo en la azotea, dejando a su jauría descabezada. Pero el barrio lo perdonó y lo encubrió.

Nabo, el perro enfurruñado, se conservó en su carácter por más de una década y media, hasta que perdió los dientes, empeoró del hígado y estiró la pata.

Esa tarde en que pasé por casualidad, mi primo tenía las órbitas de los ojos bastante irritadas. Pensando que le haría reír, le recordé cómo le había hecho renegar tanto siendo aún cachorro, hasta enfermarlo. Pero eso le hizo llorar un poco en silencio. El perro había llegado a esta casa cuando él recién tenía cinco años. Ahora le despedía un joven de veinte. A sus ciento cinco años humanos el animal parecía haberse auto embalsamado. En el depósito, rígido sobre una manta, delante del televisor a blanco y negro, parecía un peluche duro, diseñado y animado por Jiri Trnka o por Jim Henson. Peluche duro con hilos que habríamos visto en el programa checoslovaco los Osos Voladores, en ese televisor de abolengo.

Raquel lo hizo incinerar y guardó sus cenizas en un cofrecito de madera que, dividido en dos, le sirvió al mismo tiempo de alcancía secreta.

El club, nómina

Y así su amigo Rainercito Manos Útiles, atormentado por validar su existencia: jubilado profesor de literatura: experto en mil cosas manuales, como pintar murales abstractos o empatar cables peligrosos, aparecía ante ella como un adolescente necesitado de guía y aliento y protección... era un viejo compañero de los días de Betanzos, donde ella enseñaba francés, tan útil por esos lados. Su esposa no podía creer la devoción que él le tenía a *mademoiselle* Raquel, y cuando por fin creyó, le dieron ataques de celos que le provocaron una piedra en la vesícula y el tic de sonreír muy rápido. La idea de que su esposo era amante de Raquel le forzó a teñirse el cabello cada fin de semana. Pero en pocos años también ella se acercaba diligente, puntual en sus dos citas mensuales al cuartito minúsculo de la calle San Alberto.

Y era quizá la paciencia, la tolerancia, el buen humor y el mal humor, las citas citables ya sin autoría, la locura por los bebés recién nacidos y la alegría de cantarles saltan saltan los conejitos saltan saltan de dos patitas mueven mueven sus orejas blancas será papá será mamá será hijito será nietito, sus decenas de compadres y comadres y sus cientos de ahijados en todo el altiplano y los valles y los llanos, el micro que paró una noche en medio de la San Alberto y acto seguido ante la puerta siempre abierta un hombre de treinta se presentó como antiguo alumno suyo, de los tiempos míticos de Betanzos, buenas noches *mademoiselle* Raquel, no se acuerda de mí, soy el Desiderio Martínez de la mítica tierra de Betanzos, cómo estás, te veo que estás bien, ¿estás bien nomás? ¡Qué bien! solo quería saludarte *mademoiselle* y dejarte estas humintitas, mi mamá ha hecho para vos, están calientes, gracias a vos yo sin saber nada he pasado de curso en la escuela esa vez y así me han dejado venir a la ciudad, sino aurita es-

taría en Betanzos y no en la ciudad, donde me gano bien y tengo cuatro hijos y pago mi micro a plazos. Ahora tengo que volver a mi micro, sino se van a quejar los señores pasajeros, bien grave son, me voy antes de que se suelte el freno de mano... se va a cuidar *mademoiselle*, *Au revoir*. Y el Desiderio la busca dos años después para que sea madrina de bautizo. Y el Desiderio se muere meses después por una falla del freno de mano, atropellado por su propio micro. Y Raquel manda puntualmente parte de su sueldo a su ahijada Berta Raquel Martínez.

Ya en Potosí, Rainercito extrañaba a su colega divertida y torturado por dar un sentido a su existencia se decidió a encontrarla. No fue difícil, pero tomó tiempo. En una parada de viaje le preguntó a la señora Laura de la pensión en Betanzos y ella le dio una dirección equivocada. Pero con los apellidos correctos, en Sucre, en la confitería Palet, luego de comerse un helado de vainilla que en realidad no quería, preguntó como por casualidad y el pedante y pelado español dueño del negocio le dijo que tiene por norma no dar información de los clientes, pero que por él haría una excepción, así que más le valía escuchar bien: y es que esa cliente que hace tantos años que no viene, tuvo problemas para caminar. Recordaba haber oído que la señorita Raquel es dueña de una tienda de barrio en la calle San Alberto. Y en un siguiente viaje, el jubilado profesor de literatura sube toda la calle preguntando tienda por tienda y puerta por puerta, hasta llegar a la tienda clausurada donde Raquel vendió cosas cuando aún podía moverse, apoyada en un burrito. Y en un siguiente y definitivo viaje, movido por intuición resoluta y la convicción de encontrarla o morir, Rainer por fin, con un libro de Dumas bajo el brazo, tocó a su puerta que, estando sin seguro, y ante un exagerado y teatral paaasee, se abrió.

Finisterre

Cuando pasaba la noche sin dormir, al menos dos veces por semana, algo así como la obligación de vigilar la noche, algo así como un sacrificio voluntario de cuidar el sueño de los niños anónimos, atravesaba un huerto de los olivos hasta la madrugada. En esa tierra de nadie, entre las dos y media y las cinco menos cuarto, el sabio búho que practica trabalenguas siente frío, respira con cierta congoja, el aire se va haciendo denso, cruel el silencio. Es como entender y aceptar que la vida es en realidad una puesta en escena burlona de la muerte, que la realidad es una fantasmagoría proyectada por las órbitas oculares de nuestra calavera, que las estrellas se pierden en la supremacía de la materia oscura, que del móvil cuerpo la inmóvil calavera subsistirá con creces y eso no importa, porque ella o algo más ha hecho que descuidemos la plantita del amor. Por mucho que hayamos intentado siempre, algo salió mal, se lo dimos en abundancia a quien no tenía en qué recibirlo, no tuvimos mucho para quien lo esperaba como tierra reseca. No volvimos a verle, nos amaba. El laberinto del arrepentimiento tiene en

el centro una trampa de arena. No queda otra que abalanzarse al ala gigante de ese ángel riguroso, pegarse a su espada y escuchar su respiración, paciente y atentamente, ir con él por encima de los justos e injustos que duermen, avanzando solo por una sorpresiva y microscópica esperanza, un hilito de luz de la raíz primigenia subsistiendo en el cero absoluto a duras penas. Hasta capturar, como si fuese el secreto milagroso de la vida, el silbido eléctrico de la primera señal de radio.

Buenos días amigos en Sucre, la ciudad blanca de América, hoy es lunes 3 de septiembre de 1990. Son las 4.50 am, hacen 9 grados centígrados. Les saluda su amigo Félix Cabrera y este es el Impulso del Sol, su programa de cada día. Un abrazo a todos quienes nos escuchan: médicos y enfermeras de turno en el hospital Santa Bárbara, nuestros dilectos amigos del transporte público, nuestros amigos radiotaxistas y los barrenderos y los carniceros municipales. Un atento saludo a nuestra querida amiga María Raquel Ferreira, que con seguridad nos está sintonizando...

El club en finisterre

En esas horas que lindan con la muerte, pasaba revista a sus seres queridos, a la prole de sus amistades, de la A a la Z, tratando siempre de ser equitativa y no olvidar a nadie. Rogaba porque el islam fuese tolerante con la hija menor de su amiga Norita Caba, casada con el jardinero de un jeque en Jordania, madre de una niña cuya foto alimentando a un camello bebé está sujeta con un imán al refrigerador de Alonsa Quijano. Pensaba en el tío Huáscar apodado el Crespo, fanático de las carreras de autos, carismático y embustero, quien se fue muy joven a los Estados Unidos y cada vez que regresaba, bronceado y sonriente y con clásicos Ray-ban, nos mostraba una foto de su rostro dorado en la portada de la revista *Time*, y otras, donde vestido de corredor, agitaba una botella de champaña contra una chica en bikini. Creyendo que esas imágenes eran verdaderas, los hombres de la familia le envidiaban y odiaban a muerte. Actuaba como un rico y famoso de vacaciones por el tercer mundo y una vez nos dijo que Mauro Núñez, el folklorista de Serrano, había inscrito un charango gigantesco en el libro azul de la NASA (?), a petición expresa de esa agencia espacial... supuestamente para que lo pusiesen en órbita. De hecho, él mismo trabajaba en la NASA, pero había que guardar el secreto. Raquel pensaba en Olga, mamá de Huáscar el Crespo, quien ya mayor, de paso por Sucre, visitaba el cuartito de la San Alberto y lloraba lamentándose de las necesidades que pasaba su hijo en USA, todo por culpa de su incurable mitomanía.

En Carmen Suazo, llamada por fatalista Carmiña Burana, amiga desde la infancia y compañera de la escuela normal, amante de Balzac y de Dickens, que odiaba a la ciudad blanca de América y al país, cuyos habitantes todos caían en su bolsa de aldeanos puritanos y miserables, y que al casarse con un antropólogo francés se fue a Grenoble y desde allí llamaba estacionalmente: cada vez extrañando más el verano en

invierno y el otoño sucreño en la primavera del norte, extrañando el picante mixto y los helados del parque. En su amiga casi hermana Fátima Lozana, profesora de literatura que tenía el Ulises de Joyce como útil pieza divisoria en su estante de adornitos de alasitas, que escribió un par de cuentos inspirados en Raquel y Lucila Araujo y cuya primogénita no podía tener hijos: los rezos en la madrugada de Alonsa Quijano funcionaron de maravilla y tuvo dos. En la gente del campo que tenía poco o ningún dinero, que se veía forzada a vivir expulsada en la calle de la ciudad. Anotaba mentalmente los aportes que debía realizar para las campañas solidarias del mes. En los hermanos de camada de Nabo, la suerte que habrían corrido los que llegaron a sobrevivir y en general en cualquier perro callejero, real o imaginario, que pasara el invierno acurrucado en una puerta de noche y buscando basura en el día.

Los climas distantes eran nítidos para la mente de Raquel y la comunicación era telepática, porque pronto, al día siguiente, recibía noticias desde Grenoble a las 3 am, desde los jardines del palacio en Jordania a las 9 am... En algún pueblito del norte de Chile habitaba un héroe de la infancia: cuyo nombre se ha perdido y había en él algo de mago: cuando movía las manos era como si el aire se estremeciera y un lento conejo de helio estuviera a punto de volar... (En época de teléfonos inteligentes este señor aún mandó una última tarjeta postal descolorida...). Raquel venía de un mundo con algo de esa magia, provocada por la palabra espectacular, por una forma especial de pronunciarla, generalmente una exageración, lo que dicen las-gentes-de-antes: alaraco, mañudo, payaso y consiste en una anécdota contada con aspavientos, aleteando, modulando la voz e insuflando un acordeón imaginario, cantando la lechuga en el huerto: crece y se moja, crece y se moja. Esa magia aplicada a esa hora hacía que asistiese a una película en bucle sin fin, que transcurría en:

La mítica tierra de Betanzos

Cuando la noche ya oprime el horizonte, la joven profesora de francés, al principio sin saber qué hacer, luego de charlar un poco ansiosa en el apresurado regreso a casa, que queda a lo mucho a tres cuadras, luego de que toda la gente del pueblo se haya escondido del viento, trayendo sus libros y tizas de colores bajo el brazo, disfruta de la mejor parte de su día: la libertad enorme que le da un poco de celulosa con signos impresos en el silencio del altiplano. Saluda mentalmente a su cuarto “hola, hotelito, mi templo reservado”, lo mira satisfecha de haberlo dejado impecable antes de irse al trabajo y, luego de tomar mate de coca, agazapada, tibia en su poncho y abrigada por la luz de su lamparita —la ventana/membrana sensible, registrando los movimientos del gran destructor del otro lado sobre la Pampa enorme, levantando tierra y arrastrando piedritas por las calles vacías hacia lo ignoto—, Raquel, hecha una bolita, un cuchi cuchi con motas en su silloncito verde junto a la ventana que tiembla, devorando página tras página, dos noches y media para acabar un libro de cabecera, tres libros a la semana, la lectora perfecta, mirada en el filo de la navaja, transportada totalmente a ese espejo negro, fluyente paralelepípedo del mundo. Lee lo que le compra a plazos a su *dealer* y lo que su hermano ingeniero le manda desde Estalza. Lee Agatha Christie, lee José Ingenieros, pero también a los Dumas, Balzac, Tolstoi y Chejov. Un día aparece el vendedor ambulante vestido de blanco a ofrecerle ediciones españolas de traducción prolija. Ella invierte buena parte de su sueldo y en un par de años se llena de libros de lujo y un día el vendedor, con una sonrisa, le dice que solo por ella sigue viniendo hasta este remoto pueblo en verdad polvoriento, que entiende mucho de habas, pero poco de libros, que es la mejor compradora que

ha tenido jamás, y le obsequia un poemario de Neruda como premio.

La joven Raquel leyendo Tolstoi mientras en el piso de abajo la señora Laura, dueña de la casa y la pensión, pela hortalizas y charla con el borracho del pueblo, personaje dos veces ficticio y demasiado flaco, tanto que le dicen don escopeta, que la escucha con y sin atención y la mira hacer mientras toma una tapita de singani tras otra.

Para Raquel, concentrada en el espejo negro, persiste el reflejo de las condiciones de su lectura. Betanzos no está tan lejos. El libro sustituyendo al cine alimenta el deseo de viajes en carne propia. El altiplano se extiende. La página es el paralelepípedo. La veo ahí y anhelo escribir una novela sobre ella, una doña Quijote que en lugar de enloquecer con libros de caballería afina su inteligencia con novelas clásicas y románticas y policíacas, con la ciencia ficción y el boom latinoamericano, que sonrío al comprender el misterio de lo humano que desentrañan con claridad las letras... Y ese personaje, la lectora, una capitana de quince años o la señorita profesora de francés que resuelve perversos crímenes en el valle andino de Betanzos, en la pensión de doña Laura: para descubrir que el personaje ficticio don escopeta en realidad fue injustamente sentenciado, y el hecho de que nadie lo creyese precipitó su desgracia... hasta que llegó ella para redimirlo. Y me imagino el intercambio de palabras, la forma en que esa literatura afectaba al entorno a través de las ideas que Raquel sembrara entonces... o eran esporas que no encontraban la tierra, así como en Bolivia tantas veces, tantas profesoras de lenguaje se compran el Ulises de Joyce para dejarlo de espaciador en su alacena, como se dijo, entre Tradiciones Potosinas y una botella de

licor de mandarina. La señorita Raquel es una persona culta, diría el borracho de Betanzos con rosácea, y brindaría por ella si aún había cosa beber.

Y en una última escena, acechando a los que lo sentenciaron, que ebrios en otro cuarto celebran el poder de su partido, Flaco-escopeta les vendería botellas de cerveza llenas de su propia orina, que los otros beberían hasta morir o caer dormidos.

Cuando llegaba a Sucre en medio de la noche, su aparición era como un sueño mágico. Traía habas secas en inmensas bolsas de yute. Y libros. Y libros.

Poco tiempo después supo que quizás no viajaría por el mundo como tenía previsto.

Luego puso una tienda a la que iba apoyada en el burrito.

Tiempo después vino a habitar este cuarto.

Horas extra no pagadas

Mi oficina no está mal, pero le vendría bien un poco de orden y pintura. Ya no quepo entre estas torres de legajos. Les doy codazos. Los casos más antiguos, bases de estas columnas, están roídos por ratones y anidan las polillas. No puedo estirarme porque el ministerio público ha partido cada piso en dos para hacer *mezzanines* y que entren aquí mismo el doble de oficinas, el doble de funcionarios. Todo el día se escucha el rumor de los colegas como si fuera una colmena de *chiwanas* y eso me da dolor de cabeza. No sé cuántos casos tengo. No puedo irme. Servidor de la ley, siete días de la semana veinticuatro horas del día. Me acompaña en mi bolsillo un frasco con granitos de Nescafé, del que a veces, cuando me estoy por dormir, pongo una cucharilla debajo de mi lengua.

Hace años mi esposa pasó de mi lado al cuarto de al lado. Luego al piso de abajo. Ahora no sé dónde está. Y aun así los casos se acumulan: denuncias simples, investigaciones complejas, las desordenadas pruebas que les pido con paciencia y autoridad a las propias víctimas, que al principio no entienden y se indignan y por lo general se van, perdiendo con ello la única posibilidad de resolver su caso, porque el sistema no puede darles un agente, no se abastece. Es verdad. Es conmovedor ver a la señora de setenta y cuatro años andar detrás de las huellas de los peruanos que le hicieron el cuento del tío. Conmovedor y aleccionador. En otros países, en Europa y en las buenas películas, la gente puede denunciar algo y esperar una respuesta. Aquí tienen que pensarlo bien. A su modo es un método de control del crimen. Pero la corrupción se mete en todos lados, los fiscales ganamos demasiado poco y nuestras horas extra, mejor dicho, el extra que nos tomamos para dormir y respirar, mientras todo nuestro tiempo lo dedicamos al ministerio, no tiene precio: ganamos menos que un maestro del campo y eso por sí solo explica el por qué el sistema es

tan... permeable. Yo estoy un poco mal, algunos tics estiran mi cara, pero hay amigos que están mal hasta el cuello: fabricando y borrando evidencia, adictos, ninguneando lo evidente. Nos cuidamos la espalda, pero cuando ya es muy difícil entonces expulsamos a la manzana podrida. En este edificio, que podría compararse a una manzana invadida por colegas del partido, pasa como en un cuento de Kafka: todos están locos y apurados en pasillos minúsculos, averiguando por casos de los que nadie sabe nada, solo que la sentencia es más que segura.

Leí ese cuento con Ra, me gustaba la lectura en ese entonces. Tenía tiempo, podía respirar. Yo era maestro en el campo y no sabía que era feliz. Era profesor de lenguaje y cuando la conocí me sentí tan cautivado y tan inculto que empecé a leer ese mismo momento. Ella me prestaba los libros y a veces yo la buscaba para que me los explique y en su cuarto leíamos juntos: en dúo y a veces en coro, con doña Laura más, página tras página, en voz baja. Y aunque me aburrieron bastante al principio, luego me encantaron las ficciones. También yo, ese mi año de provincia en Betanzos, alquilé un cuarto a la señora de la pensión. Y desayunaba y almorzaba ahí. Y ahí llegó tan distinguida y con esa ropa como antigua, un poquito chistosa, tan pequeñita Ra. Y se hizo odiar al principio, cuando me dijo tan fresca, después de una junta escolar, en el desayuno, que para ser profesor de lenguaje yo hablaba demasiado mal. Luego de unos días, como su insulto me había vuelto un payaso para los demás profes —los que hasta entonces habían sido payasos para mí—, la busqué furioso y puse mi dedo índice como una navaja delante de su cara y le prohibí que se atreviese a hablarme así nunca más. Y ella se rió bajito y dijo está bien y se fue mientras yo aún tragaba bilis como algunas señoras dicen. Y con los días, y como sus palabras sonaban tanto en mi cabeza, me rendí y le di la razón y

le busqué para preguntarle si tal vez podría prestarme algún libro. Pensé que respondería arrogante, pero sus ojos brillaron de alegría. Y más o menos hizo lo que el abate Faría había hecho por Edmundo Dantés. Pero no, porque a Dantés el conocimiento que le dio el abate le transformó el alma, en cambio a mí esas lecciones de literatura que pasé con Ra me hicieron ver un país al que juré que viajaría, pero al que no he viajado y ha quedado como un sueño rosado e ingenuo de mi genuina juventud. Mi vida son los legajos y las torres de casos sin resolver y el Nescafé sublingual.

Aunque también hablábamos a veces con toquecitos en la pared de un cuarto a otro. Fue la época más bonita de mi vida. Y con la escuela durante las fiestas patrias íbamos de excursión por los vallecitos, por Quivi quivi y Siporo, llevábamos mote de haba y de maíz, llevábamos un corderito que comíamos al fuego. No Ra, ella se contentaba con las habas gigantes y el queso, sin dejar de decir lo rico que estaba su almuerzo y a veces llamándonos bárbaros y salvajes por matar al corderito. Lavamos juntos los platos y cubiertos en el río helado.

Con ganas de impresionarla junté mis ahorros, me presté la mitad de mis padres y me compré una moto. Al verme Ra me dijo que me parecía un poco al actor de Rebelde sin causa en versión altiplánica (ahora que no tengo cabello y mi panza impide que doble mis rodillas, parecería más bien el abuelo del rebelde). Y recorrimos las pampas de Lequezana al atardecer, un par de veces, ella apretada a mí y gritando que baje la velocidad carajo, yo sonriendo, quemándonos de un solo lado, por lo que nuestros estudiantes, de niños a adolescentes, festejaron ruidosamente. “¡Ahora beso en la boca! ¡Que se casen ahora!”, gritaron dos veces cuando pasamos por el patio, haciéndonos poner rojos y, a mí por dentro, muy feliz. Pero pudieron más mis deseos arribistas, el que me viera bien como el James Dean de los Andes hizo que me pusiera a soñar en grande y, cansado de mi magro sueldo, que ni siquiera me permitía arreglar la moto cuando por fin me choqué y sobreviví de milagro, averigüé todo para

irme a Sucre a estudiar la carrera de derecho. Quería ser juez, me volví fiscal.

Quería ser un gran lector o escritor o algo parecido y eso fue estúpido. Nunca volví a ver a Ra. Ni siquiera cuando me dijeron que se vino a Sucre pude ir a verla. Debo estar a menos de diez cuadras de ella los últimos veinticinco años. Cuando supe que ya no caminaba, sentí como si yo hubiese muerto. Yo ya me había casado y Ra era... como el primer amor. Aun cuando nunca pasó nada. Nunca nos dimos ni siquiera un beso. Solo sostuve largamente su mano una vez, cuando habíamos terminado de leer el *Conde de Montecristo* a las 4 a. m. de aquel invierno en la pensión de Betanzos, y yo insistí en ver algo como una vieja cicatriz en su dedo meñique. En ese silencio fui la persona más feliz.

Me hablaron de que varios se reúnen al final de la calle san Alberto una vez al mes, o cada dos meses, a celebrar la vida de la buena charla que Ra conoce tan bien. Me invitaron ya dos personas de la época de Betanzos a ese su club. Yo quisiera ir, pero me da como enojo y vergüenza. Además, ¿qué iría a decir? E incluso si decido ir, como a veces he decidido, ¿cómo haría para librarme de los folios y legajos, de las declaraciones y pruebas, de las columnas y el techo enano de mi tremenda oficina, con qué tiempo podría ir a celebrar la buena charla?

Un día vino un tipo alto, de treinta y tantos, que había denunciado su computadora robada. Yo le toqué como fiscal. Me halló de suerte sentado en el escritorio de mi oficina. Me llamó la atención que se presentara a sí mismo como artista y viendo su formulario reparé en los apellidos. Le pregunté si de casualidad conocía a Ra, y resultó ser su tía. Se emocionó, pues creyó seguramente que podría ayudarlo a encontrar lo que le habían robado. Pero no era por eso que me quedé serio unos segundos, con el puño en la boca. Él no entiende que, si quiere su compu de vuelta, tiene que encontrarla él solito. Cuando se estaba yendo me animé a decirle que le hiciera llegar mis saludos a su tía, de parte de Jimmy Dean. Me miró detrás del vidrio, medio sorprendido. No sé si se lo dijo.

Lust, A film argument by Raquel

Hay algo nuboso o pastoso moviéndose en las afueras de la ciudad. Quizá sea un puerto o es un desierto altiplánico. Un faro en medio del desierto sería intrigante. Entonces esta cosa pastosa se arrastra, zas, se mete entre dos barcos, cuyas alargadas quillas chapalean en el agua, haciendo un sonido inquietante. Chápac... chápac. Empieza una tormenta brutal. La gente en el cine debe sentirse abrumada, completamente mojada. Y ahí viene, luchando contra la tempestad, casi empujando el aire con mucho esfuerzo. No le quieren en el pueblo. Una viejita le pone una mala cara aymara a su saludo y le cierra sus ventanas. El profesor sustituto va avanzando, recitando poemas de Becket, digo, de Bécquer, contra el clima hasta encontrar el cuartito mugroso que le han asignado. El pueblo guarda un montón de secretos y algunas claves de estos acosan el sueño de su primera noche: retazos inconexos de varias pesadillas, crímenes antiguos que siguen cometiéndose a través de personas que él nunca vio. Se le queda grabada sobre todo la imagen de su propia muerte en manos de asesinos pequeñitos y una voz grave que le dice ya sabes quién soy.

Al día siguiente, todos están amables, serviciales, "normales". Pero a través de los niños, el profesor sustituto, Damián, sabe que algo no está bien. Hay algo morboso, algo enquistado, hay algo sucio en este lugar. Pequeños rastros, los ojos de un perro, la cola de un gato, que pueden ser y no las pruebas de algo tan abominable y a la vez apasionante que haga que con emoción las personas salten en sus butacas y chupen con ahínco su bombolito. Hay un joven que no puede hablar, que pasa clases junto a los niños y, a veces, el profe descubre que este le ha estado mirando. En las semanas que siguen, Raquel, digo, el profesor nuevo vence su melindrosidad y decide no solo quedarse sino descubrir la verdad. La aparente conspiración de niños malévolos en contra de los más desastrosos personajes folclóricos del pueblo, parece cierta: son crímenes paulatinos puestos

en escena con gran creatividad. Tanta, que esas muertes parecen casuales. (Me aburro, cambien de película. ¿Y si escribimos una que cuente el rescate de unos náufragos en el mar? O esa de vida en otros planetas donde se cuentan historias de vida en otros planetas). Cuando ya se ha acostumbrado al orden de las cosas y piensa que su intuición de niños perversos asesinando a mayores es ridícula, después de la fiesta de San Juan sigue el profesor al joven que no puede hablar, y conoce así a su padre, que tanto sufre por esa y otras desgracias acaecidas en su familia. Hay algo raro en la extrema normalidad de esa persona. Disfraza a un sádico. Un padre kafkiano. Un torturador que ha cortado la lengua de su propio hijo. El hijo se desquitó con su mascota: un gato viejo que ha pasado mil penurias abyectas. Una cadena de hechos siniestros remontaba a ese padre normal... Si se quiere enrarecer aún más todo, hay que darle a esa persona una joven y hermosa esposa, demasiado sexy y en apariencia modesta, pero cuando nace la luna se escuchan ronroneos entre los álamos altos, se ven en contraluz los movimientos de algo como un gato femenino que quiere ser acariciado. El tercer acto es la práctica de un plan de huida y toda la ayuda que puede darle el profesor al adolescente que no habla y que encierra un alma noble y creativa. Pero en un último giro sorpresivo, cuando el profesor ha sabido por primera vez lo que es sangre caliente saliendo a borbotones por unas venas que él ha cortado, cuando se encuentra corriendo junto el joven mudo y la mujer hermosa por el campo antes del amanecer, para alcanzar el tren o el barco o lo que fuera: ¡de repente! el joven habla... Con voz terrible. Ya sabes quién soy. Y los niños malévolos se reúnen alrededor de este. También la joven viuda se acerca y le da un beso obsceno. Y en una especie de antiguo ritual van hasta el puerto (entonces sí conviene que haya un mar) y ofrendan al profesor, enloquecido de horror, a la cosa brumosa, pastosa, ominosa que viene y devora agradecida.

No me gusta este argumento, pero quizás haría una película interesante, como la noche de los muertos vivos. Le falta color local. Pero está basado en películas, esto habría que explicarlo. Quizás si termino de redactarlo bien puedo enviárselo a Jorge Sanjinés o mejor, al señor Antonio Eguino.

Mi gordo será el profesor ya no tan joven que viene a que la realidad le dé un *uppercut*. Rainercito Manos Útiles: el papá que parece normal y es un psicópata. La hermosa esposa será Carmiña...

Luego me gustaría adaptar la novela de Steinbeck, *El invierno de mi desazón*.

Enchiladas verdes

Fuimos con mi mamá, mi papá no podía dejar el negocio del azúcar. Fuimos con un préstamo y no sé por qué el avión fue primero a Buenos Aires. Llegando a Distrito Federal, fuimos a buscar al hijo mayor de la familia Santelices, que estaba aquí haciendo sus prácticas en odontología. Y él nos llevó donde mi amigo Farahona, que también estaba haciendo sus prácticas de médico internista en el Hospital General. La ciudad nunca se acababa y el clima era muy lindo. A veces soplaban un viento fétido. Agarrada del brazo de mi mamá y con bastoncito, fuimos primero a la catedral un poco hundida. Comimos choclo con mayonesa y queso en la plaza del Zócalo y cada día viajamos una hora hasta la residencia donde vivía Farahona, quien se notaba que absorbía conocimiento y ganaba seguridad. Con él nos metíamos en el metro y continuábamos lejísimos. Nos acompañaba dejando sus quehaceres, hasta llegar a ese centro experimental La Garza, cerca de Iztapalapa donde me hicieron los análisis. Al final del día me gustaba ver, en el regreso por tierra, esa llamada plaza Garibaldi, donde había varios grupos de mariachis. Desde entonces cultivo amor por las rancheras. Y un mariachi en especial, joven, gallardo, alto y bigotón: que al verme cantó Canta y no llores. Le vi unas tres o cuatro veces sosteniendo su guitarrón, desde la ventana del micro que en Méjico llaman pecero, qué curioso. No quería volver en el metro, su ruido sordo y su gente soñolienta se parecían a la muerte o al purgatorio. Los estudios fueron tan largos como dolorosos. Yo no quería hacer sentir mal a mi mamá. Me sentía un poquito avergonzada y me aguanté. Y, como ella, estaba llena de esperanza: lo vi de reojo, cuando oraba con los ojos cerrados. Una lágrima salió por su nariz, de rodillas en la oscura catedral. Cada día hablábamos con mi papá desde la residencia de médicos, Farahona esperaba a nuestro lado, serio o sonriente, a que colgásemos para

darnos al menos tres opciones de lo que podíamos hacer aquella noche (un concierto, un tour o tacos) y que al final no hacíamos. Y el último fin de semana, después de recoger del centro experimental La Garza los resultados de los estudios, y de haber esperado inútilmente que alguien pudiera explicarnos con más detalle, nos fuimos a Xochimilco, tan bonito. Farahona ayudando al remero y nosotras deslizándonos en esas barcas como islotes, escuchando las canciones, y por debajo dos axolotls, uno blanco y otro negro, nos guiñaron... y volvía la brisa fétida, nauseabunda de los residuos podridos de la civilización azteca, y me dio mala impresión porque ya entonces me dolía hartísimo el poner una pierna delante de la otra, pero al menos era yo y mi voluntad de caminar y mi esfuerzo. En cambio, este deslizarnos lento, inmóviles bajo un sol quemante, con olor a podrido...

Antes de volver, compramos recuerditos y subimos a ese edificio en el centro cuyo nombre no me acuerdo: el horizonte contaminado de Distrito Federal parecía de algún modo lo que se espera de una gran ciudad del mundo: pura extensión y polvo ruidoso. Mas el México que yo conocía era el de Rulfo y el de Elena Garro, así que no podía compararlo. Farahona no pudo acompañarnos el último día. Pero se dio tiempo, noche antes de venir, de dejarnos un par de regalos, una mantilla para mi mamá y para mí una blusa de Puebla —flores de colores sobre tela blanca—, mi prenda de fiesta desde entonces. Solo algún momento, entre el avión y el hotel, el primer día, me pregunté si era esto lo que esperaba del mundo, anticipado o deformado por los libros y el cine. Envolvimos los recuerditos en páginas del periódico La Jornada, y ahí vi una entrevista al tío Celerino de Juan Rulfo, no sé si de verdad o de mentiras. Y al pasar por la plaza Garibaldi rumbo al aeropuerto, vi una vez más a mi mariachi. Todo sudado, como

renegando, como teniendo un pésimo día. Y vi que su traje, que tanto me gustó antes, estaba en las últimas: raído del cuello y de los puños. Y él secándose el sudor con una manga, como pasándola muy mal, ¿quizás incluso sin comer? Me vio apenas de reojo y no disimuló su vergüenza, y yo le sonreí un poco asustada. Ya en el avión de vuelta, comiendo en silencio el sándwich de mortadela que nos invitaron, me

di cuenta de que no habíamos comido nada de comida mexicana, solo la comida del hospital. “¡No hemos comido comida mexicana!”, le dije a mi mamá, no sé por qué como con ganas de llorar y de reír. “Porque siempre he querido probar enchiladas verdes, ¡y no hemos comido nada!”. “Allá en la casa te lo voy a preparar”, me dijo un poquito asustada, justo cuando el avión entraba en una nube.

¿Mada kai?

Construyó su perímetro: muros de libros costumbristas, libros de historia amontonados haciendo de sillones y hasta de mesitas de esquina. Libros de poesía en la alacena, en las gradas; libros de deportes en el baño. En los estantes, novelas. Los locutores que conducían los programas desde las 5 a. m. en las radios am, a causa de tantas llamadas suyas, pasaron de tolerarla a conocerla, de quererla a necesitarla. Las personas que se acercaban a su puerta siempre abierta, buscando una dirección o un vaso de agua; los amigos un poco como chiflados, o angustiados de que finalmente fuese cierta su condición de chiflados: uno con cicatriz en la cabeza, como sobreviviente del holocausto al que Raquel le pagaba el hospicio, otro de mirada muy severa, quizás ya de setenta, pero cubriendo con su enojo un miedo muy antiguo compartido con los niños. El bar informal que hizo los fines de semana cuando apareció por fin el gordo e invitaban al hermano menor de Raquel, propenso al alcoholismo (y por ello su esposa les condenaba con vehemencia), a beber con ellos media docena de botellas de singani, escuchando a Yaco Monti, Aldo Monje e Iva Zanicchi, transportando de pronto el año 2005 al 1975, o más atrás, mucho más atrás en un barco ebrio a contracorriente, a veces reforzado por estos personajes un poco malucos, tarareando en coro su personal recuerdo para sufrir otra vez su placentera desesperanza, escuchando el tétrico programa Cancionero de Siempre: cuatro soporíferas horas de melancolía ininterrumpida cada fin de semana, concentradas dosis de “nostalgias-del-ayer” por más de tres décadas, por lo cual el sobrino más joven (heredero de la *wit* de Raquel) lo rebautizó Cancionero por Siempre. Rien-do por todo y por nada, por lo general de una mala interpretación de Raquel, o de una falta de sentido

común ensayada a propósito para que los invitados explotemos en risas: ay, Raquelita, Raquelita de pronto sacando su revólver sin balas dejando pálidos a todos, ¿te has vuelto loca? Y ella escondiendo la cabeza, roja como un tomate gozando el chiste...

Los cumpleaños fueron volviéndose cada vez más el Madadayo de Kurosawa, solo que compactados en el cuarto minúsculo donde entrábamos quince, veintinueve o cincuenta y nueve personas, gracias a las paredes flexibles —como alguien dijo— tratando de no hacer caer nada del plato a la cabeza de los niños que correteaban entre nosotros, ni ser mordidos por los infecciosos dientes del Nabo, ni golpearnos la cabeza en el cielo raso. Y éramos felices cantando en coro, yo era feliz con este club de niños al que nunca hubiera entrado, sintiéndome afortunado mientras cantábamos es tu día, ¿cuántos años has cumplido? ¡Ay! ¡Jesús María! mientras su telecita minúscula pasaba *Abí está el detalle* con Cantinflas...

(Hablo como si fuese una fiesta, cuando estar allí debió ser un tedio y una depresión terribles... y fue eso y también fue una fiesta). Raquel tenía un alma filantrópica y hacía que el magro sueldo de Profe, que para tantos es una miseria, para ella fuese la herramienta con la que podía influir en la vida de los otros, y dos veces al año podía invitar a todos sus hermanxs y sobrinxs y sobrinxs nietxs a un restaurante de lujo. Raquel tarareando la canción de fondo, catando un poco de vino como una buena conocedora (en realidad siempre prueba así cualquier cosa, ya se le ha criticado que mastique sin cerrar la boca), y a los postres disfrutando cada gota de su adorada e irrenunciable copa vienesa, vicio heredado de su confitería Palet y de su amor al cine, como una reina-diva octogenaria.

Pero la depresión, ¡la depresión!

Porque el buen humor, el ánimo, *the wit* que siempre regalaba a los demás, podía dejarla en escasez, exhausta o aburrida o melancólica, ávida de comunicación y abandonada, en suma, lo que encierra de horrible la palabra inválida. Como esa vez en que a tanta insistencia acompañó a su amiga Fátima Lozana y su familia hasta una casa de campo en Totacoa. Al final del día, las chicas salieron a comprar pan, prometiéndole ir cerca y no tardar. Sola en la finca, en el silencio de después de la puesta del sol, silencio de muerte reforzado por los graznidos de aves solitarias, sobre todo en lo quieto y denso del aire, Raquel experimentó una indiferencia melancólica y angustiante, un extrañamiento burlón teñido de paz parecido al *kwaidan*. Es un bulto sin amor y sin memoria. Es el insoportable olor dulzón de un perro muerto. Quizás en momentos así examinó su vida, quizá sintió la desesperación de no haber conocido en realidad el mundo, o sus lecturas y películas le parecieron consuelos falsos o ingenuos de lo que era el mundo, quizá renegó de su suerte...

Entonces se le ocurrió a su amigo Rainer Manos Útiles que, ya que le gustaba tanto hablar por teléfono y hablar tanto con la gente de la radio y a sus visitas darles tal cantidad de consejos, por qué no juntaba todos esos talentos en una empresa. Y hablaron con uno de los amigos radialistas y no fue difícil encontrar auspicios: todos conocían a Raquel y el dueño de la fábrica de sombreros puso un tanto y el hermano mayor casi millonario puso un poquitito, Jacinto y Rainercito acomodaron los cables y con ello el programa “Las Rancheras de Raquel” salió al aire un mes y medio allá por el cambio de milenio... la interacción con la gente era hermosa, pero era muy aparatoso y trabajoso el montón de cables encima, quizá puestos por Jacinto intencionalmente a la mala, e incómodos los silencios súbitos y chistosas las cosas que decía cuando pensaba que no le estaban oyendo...

Dejó el programa, pero mantuvo la idea del teléfono y las “Las Rancheras de Raquel” se convirtieron en “Línea de Ayuda La Esperanza”, y salió un pequeño aviso en el periódico y la gente la llamó para contar sus problemas, los cuales ella oía con dedicación, muy atentamente, taquigrafiando en su agenda. Gente que no podía dejar la botella, mujeres que no querían dejar de ser golpeadas, hombres que no podían hallar nunca un trabajo y que cuando por fin lo hallaban no podían aguantarlo. Gente que había pensado más de una vez en matarse... y la llamaban y ella de alguna forma, sin pedirles nada, sin decirles no te mates, lograba disuadirles, al menos por un par de semanas, que era cuando volvían a hablarle.

Y un día, una voz más amable, educada, a la antigua, en lugar de solamente contarle su problema, en el silencio de antes de cortar la llamada, le pregunta a ella cómo se siente y se sorprende mucho de saber que ella no puede moverse y continúa llamando porque está atraído y termina visitándola. Trae, como en la imagen cliché, una rosa blanca que al poco tiempo se vuelve amarilla, anaranjada.

Y la visita por años y de alguna manera, pese a la esposa histérica, que llama amenazando de muerte a la señora de la esperanza, pese a que nunca en realidad harán nada, es decir no vivirán juntos ni tendrán un proyecto común, solo compartirán la alegría de verse una o dos veces por semana, se quieren y duran, como se decía, hasta que la muerte les separa...

El gordo se hace el hombre del cuartito-casa, le encanta reparar cosas y se nota cuando algo ha sido reparado por él: ¿la lamparita de la mesa de noche dejó de funcionar? ahora tiene un interruptor de pared checoslovaco, gigante e irrompible. No ha vuelto a dar problemas. ¿El cochecito del bebé de la señora que limpia se ha roto? tiene ahora de vuelta su espaldar, y

una costura con alambre de amarre estilo Frankenstein. Su rutina hace el tiempo agradable, su diabólico rostro a punto de estallar mientras tolera apenas el calor y termina su singani. Toma la guitarra y canta con voz atronadora: Raquel le insulta. Toma el charango y canta un huayño apenas audible: Raquel le abraza. Raquel preparando y guardando con esmero para él alimentos como ensalada de frutas o un sándwich de esa infamia llamada picadillo, informando para el programa radial, con el tubo del teléfono apretado

entre el hombro y la oreja, qué cosa prepara y para quién... Un vaso de avena bien batida para mí gordo.

Hasta que a él le diagnostican diabetes y le cortan una pierna. Y llama otra vez, desde el hospital, a la línea de la esperanza y cuenta que ya no quiere vivir, y en lugar de que *mademoiselle* Raquel le dé ánimos y le traiga de vuelta, esta vez es él quien empuja para su lado, para migrar a un lugar hipotético donde será más posible construir algo juntos, y a Raquel la idea parece gustarle...

Un visitante

Supongo que en esa época aún podía caminar bien.

Bajó a abrir la puerta y ahí estaba el invitado, acompañado por una mujer muy flaca y de piel manchada que le iba abriendo el camino como si todo el tiempo cruzaran un río pedregoso. Así atravesaron el zaguán y nos estremeció el hecho de darnos cuenta de que el invitado no podía ver. Pero venía sonriendo con bondad como si fuese la sabiduría. Tenía una melena larga. Venía con la guitarra colgada a su espalda y lo recibimos en la sala con una mezcla de alegría, expectativa y miedo por lo que él sabía de la oscuridad. Era el primer artista que venía a la casa. Su voz

brotó balsámica y con modesta seguridad, sonando en la sala como si fuera dentro de nosotros. Mis abuelos con una pequeña sonrisa (que se iba borrando), de pie, a los lados del músico. Mis tíos, mis primos, mis padres. De pronto la casa se volvía una rivera y nosotros estábamos aquí para cobijar este momento: Raquel... como si ese camino ya lo conociera, asentía. Lentamente, en el desarrollo de esas cuatro canciones, la sala se transformó en un río. El músico Julián era el que llevaba el remo y en la barca, nosotros. Quizás como asistiendo, en teoría, a eso del otro lado que nunca sabremos.

El frío invierno del 2020, el terrible invierno del 2020

El gordo ha muerto.

Una pariente de él ha dicho que luego de perder la otra pierna y ser desahuciado por los médicos, en su delirio final, ha nombrado amorosamente a Raquel, desmayando así de ira a su ineludible esposa, diciendo que pronto él y su verdadero amor estarían juntos. Fantasma asesino. Raquel empezó a sentir un malestar, pero no se lo dijo a nadie. Rodeada de nosotras, en nuestra última reunión mensual, el día que le regalamos esa plaqueta que la nombra nuestra heroína y que colgamos ese plato de metal en su pared, nos contó que se sentía aliviada, feliz de que él estuviese descansando después de sufrir tanto. Luego mostró inapetencia por varios días... y semanas y solo cuando la visitamos de nuevo (pero ya era la pandemia, y estábamos todas con barbijo y de lejos, hablándole desde la puerta cerrada a medias) fue que nos dimos cuenta de lo mal que estaba, de lo sola que había quedado. Enviamos un médico que llegó con traje de astronauta y dijo que no era covid y nos dio esperanzas y le dio

unas vitaminas, con las cuales mejoró... y a los pocos días volvió a empeorar, pero esto ya solo lo supimos por teléfono.

El virus nos hizo torpes, indolentes...

Antes le había llevado algunos de esos libros clásicos grabados por voces famosas, porque hace años que ella no podía leerlos. Le sorprendieron los audiolibros y los aceptó con alegría y algo de nerviosismo... o no podía pasar al siguiente capítulo o no podía bajarle el volumen o se dormía y debía escuchar de nuevo desde el principio. Cuando le pregunté qué le parecían, esperando un gracias, me comentó con voz académica que la grabación tenía errores, que habían alterado el original al menos en tres palabras...

Aún escuchó un par más de esas grabaciones, un poco de Alejandro Dumas y de Octavio Paz. Y el sobrino artista grabó varias horas de música en la frecuencia 432 y con ello Raquel se durmió, murmurando a ratos "mi hijito", los últimos días... nosotras creímos que se refería a uno de sus sobrinos.

No (monólogo escrito por el Moro de Siporo, basado en un testimonio fidedigno)

“Estoy harta de ustedes. Incluso a mi cuerpo podría tolerarlo un poco más. Pero a ustedes ya no. Me cansa el ser para ustedes como una sabia. Cansa tener que ser optimista y sabia todo el tiempo para ustedes, que encima no aprenden. Cansa practicar todo el tiempo la resignación, ¡de lógica! Aquí me usan para traerles ánimos, allá me usan de pretexto literario. ¡No, no, no! No quiero más, yo también sé odiar y pulverizar almas. Venimos de una camada en la que nadie dijo nunca lo que pasa: todos se lo tragaban crudo y entero, completos analfabetos de lo que pasa por dentro, monos de las emociones, neandertales del decir te quiero. Ya estoy harta. Mi papá se sentaba a la mesa sin decir palabra. Mi mamá se llenó de piedras la vesícula y los riñones por no decir palabra. Mi resignación habrá logrado algo, habré ayudado a algunos jóvenes a no morir de hambre, a algunos viejitos a no morir en la calle, a un grupo a que no se endurezca antes de tiempo su buen corazón... Pero el mío ya está duro. Al menos, no enlopecí tanto en esta cama, al menos no practiqué la maldad que nos insuflaba esa tía loca, que poseyó el alma de mi padre y envenenó la vida de mi madre. Esa tía loca que para nuestro mal vivía con nosotros y quiso reencarnar en nosotros... yo no le hice caso, aunque estuve a punto de hacerlo. Preferí aceptar, ¿qué más podía hacer? Pero carajo escúchame: no ha sido fácil aprender a aceptar: no ha sido nada fácil aprender a aceptar, yo era brillante. ¿No les han dicho que tuve otra hermana con la misma enfermedad que yo? Entre mi hermana menor y yo había otra hermana. Al mismo tiempo nos atacó esa infección, dice que producto de la varicela. Dice que juntas volviendo un día de lluvia caímos por un huayco hasta un nido de arañas. Volvimos asustadas, embarradas, llorando. Enfermamos juntas y un poco antes de los veinte a las dos se nos dobló las rodillas. Y ni curanderos ni médicos. Pero

yo insistí, mierda, insistí en caminar, ¿me oyes? mientras ella se dejó, se dejó. Quizás era muy engreída. De buenas a primeras se declaró inválida, y les hizo la vida muy difícil a nuestros padres. Les hizo la vida infernal. Le encantaban los dulces y subió de peso. Le gustaba ser cruel y hacer bromas pesadas. Y eso le atacaba a los nervios. Se reía a gritos como una loca entrada la noche, avisándonos que el olor de la orina no salía de sus manos. Amenazaba y maldecía a gritos en la madrugada. En pocos años ya no se movió más, y luego se le hicieron esas heridas terribles en la espalda. No diré ese horrible nombre. Ella prefirió el rencor, el engreimiento, el no aceptar. Yo aprendí a aceptar... Lo poco que tenía lo tomé por bendición, di gracias por lo poco que tenía. Aunque dejé de ver, di gracias porque saliera el sol. Cita citable: ‘el gusano partido por la mitad agradece al arado’. Pero ahora, sin amigos ya unos meses, en el silencio de la cuarentena, he dejado de remar contra la corriente y he sentido ese dolor en mi espalda. Familiar y extraño. Y me ha aliviado el tener que dejar mi actuación. Y me he palpado y es esa herida que no cierra, es ese gusano partido por la mitad que hace de una vez evidente lo que ha estado pasando invisible durante años. Maldita puesta en escena entre monos y neandertales. Tengo una pistola y voy a usarla. No, no, no. Sobraré una bala. Sobrinos me traen a una falsa profeta, que pasa su mano por mi cuerpo haciendo charlatanería. Podría dispararle y así no sobrarían balas. Me hacen reír, pulverizaré su alma. No, no, no. Ya basta. Gordo ciempiés, quizás nos veamos unos días en el purgatorio y cantemos una cueca, partidos por la mitad. La lechuga en el huerto crece y se moja crece y se moja. Pero yo tengo unas charlas pendientes más arriba. Mi hijito, ya basta. No voy a comer esta copa vienesa del parque que han puesto en la mesita para tentarme. No, no, no. Que se derrita. No hay más”.

Flores de Julio

Al funeral asistimos muy pocos: la amiga Norita Caba, Rainer Manos Útiles, una pariente con problemas neurológicos...

El cementerio funcionaba por turnos de media hora y solo cinco personas podían acompañar cada ataúd. Ante la lápida aún sin nombre, el sobrino artista, quizás movido por alguna prisa de que ella aún pudiera oírle, le agradeció con voz cortada por regalarle esos libros esenciales a sus cuatro y siete años, y vio pasar en su mente las veces que pudo visitarla y no lo hizo: pero para recibir sus regalos, siempre estuvo puntual. Era un gesto un poco teatral, hablarle a la lápida alta, como no era costumbre en Bolivia. Pero Raquel era así

de inusual y teatral y Rainercito, crispando sus manos a la altura de su pecho, venció al llanto y dijo que para él ella seguiría viva, y a su lado estaba su esposa que miraba comprendiendo y aceptando que esa amistad era el amor de la vida de su compañero de vida. Ese 28 de julio al medio día, fue particularmente pacífico. El sobrino artista recomendó que comiesen juntos. Compraron chicharrón del bar El chicharrón y comieron en la sala de los abuelos, todavía decorada con papel tapiz de flores en colores beige. Y pusieron cerca de ellos una cajita musical que tocaba la obertura del lago de los cisnes, en ella una foto minúscula de Raquel frente a una foto minúscula del gordo, ambos jóvenes.

Pavorreales a la hora del té

Las cosas del cuarto, las innumerables cosas del cuarto, ese montón de cachivaches de valor material tan escaso en relación a su valor afectivo, se diría las cosas de un vagabundo o de un Basho yendo hacia la puerta del norte. Los bosques de rosas, las tazas de té, las fotografías y la plaqueta que le regalamos con palabras cursis y ciertas. Todo ello lo obsequió su hermano, quizás aturdido, a la señora que trabajaba en la limpieza y que probablemente trajo el virus a la casa. Rápido, quería que el lugar quedase vacío esa misma tarde. Había vivido en un limbo profundo los cuatro o cinco días previos en que agonizó Raquel. En lugar de estar a su lado, quizá comentando algo trivial o por fin exorcizando un secreto familiar horrible, que llevase las cosas un poco hacia el perdón, pero, ¿perdón de qué? Inmersos en la gestión de las cosas, pocas veces o ninguna hubo tiempo de decirse lo importante, considerado desde ya peligroso y saboteado bajo el rótulo de lo sentimental. En verdad era una familia que no sabía decirse las cosas. En fin. Prefirió mirar maquinalmente un campeonato de tenis, controlando la hora, mientras a escasos metros, en el cuarto contiguo, Raquel roncaba espectralmente, de rato en rato articulando “mi hijito”. Dos días antes, él ya había contratado la funeraria y pagado el cementerio. No era crueldad, ni que tuviese algún tipo de interés en la muerte de su hermana. Simplemente sabía lo que estaba pasando. No fue así para el sobrino artista, que tuvo la mala suerte o la buena suerte de acercarse al cuartito de la San Alberto, movido por remordimientos, él mismo sumido en depresión, trayéndole a Raquel una rosa roja para subirle el ánimo justo horas antes de su partida. Lo que encontró fue un cuerpo como en las películas de terror: la piel más profunda aún que los huesos, los ojos furiosos y la boca completamente negra, de la que brotaba espeso líquido de color terroso. No se estremeció, le limpió la boca con un pañuelo bordado y, retirando la sucia copa de helado derretido

con una mosca ahogada en el interior, le prometió ir a tomar helados del parque, invitarle una copa vienesa al día siguiente. Ella sonrió con esta oferta, se tranquilizó y dijo que sí con la cabeza. La rosa tenía un tallo demasiado largo y parecía balancearse en su florero, recordando su sombra a una serpiente de cabeza triangular. El cuarto estaba sumamente oscuro, solo con esa lucecita tenue, lámpara diminuta que acompañaba a Raquel las madrugadas de insomnio, proyectando esas sombras plomas en el cielo raso. La radio reproducía las ondas suaves en frecuencia 432. Que descanses en Paz tía Raquel, murmuró el sobrino, no pudiendo evitar lágrimas en sus grandes ojos, cuya belleza y tamaño siempre había sido alabada por su tía. Sus labios sintieron la frente pétrea de esta.

La hermana menor se había ido al lado de su hijo al comenzar la pandemia. Y al enterarse de la agonía de Raquel prefirió sentar precedente y por primera vez rebelarse al yugo asumido cuarenta años atrás: se excusó de volver. A los más de catorce mil días en que atendió a su hermana, decidió restarle la semana final. Quizá le aterraba un poco su propio acto de soberanía. Quizás existía alguna satisfacción en no estar en el momento más temido y en el que más se la necesitaba y de dejar ese peso definitivo en los hombros de su hermano. Desde Cobija encargó una misa para Raquel, que inaudible y borrosa transmitieron por Facebook. La rosa roja, esa que debía subirle el ánimo, se la pusieron sobre el pecho y la acompañó a lo más oscuro.

Antes de que la mujer de la limpieza cerrara el último paquete y lo cargara al taxi de su marido (con prisa como queriendo esconder algo pequeño y pesado), que esperaba por ella con el motor tronando, y que incluso le tocó un par de veces la bocina, le pedí que me obsequiara la taza en la que Raquel siempre me invitó té Crusader. Era una de esas tazas antiguas con dos pavorreales, como yin y yang, que la mujer me regaló a pesar suyo.

Y ese fue el último sorbo

A veces, me he encontrado con Rainercito Manos Útiles. Llevando pan de villa en una bolsa de plástico, a la hora del té, que para algunos sigue siendo las cuatro de la tarde. De pie ante la puerta de la casa vacía, con una sonrisa nerviosa, sin poder disimular que se sentía extraviado, que la aguja de su brújula se había desimantado. “La extraño tanto, me hace tanta falta...” le dice suspirando a quien quiera escucharle.

“Nichts das du sagen würdest, du das dieses Buch schreibst, wird nicht drucken ein bisschen aus, von was ich fuer deine Tante gespuert habe. Sie war immer mutig, immer mitfuehlend, immer teilnahmsvoll”, me dijo, algo descalificadora y con voz dulce, Frau Hochmann. “Es soll nicht einfach gewesen sein, ganzen Tag ins Bett zu liegen, aber sie war immer positiv, mit vielen Werten drin”. La señora alemana, refugiada judía, cerca de los noventa años, pone un rostro de dolor sobre su fortaleza. Y su hijo adoptivo Miguel añade, con sonrisa sorprendida: “los domingos en la tarde ya no sé qué hacer... la visitaba y ella me daba ánimo y algo de dinero” y eso me trajo de vuelta la sensación de loca soledad del final del domingo, sobre este planeta sin refugio llamado Sucre.

Luego de un mes de su muerte nos reunimos por zoom. Era nuevamente el club, con sus apóstatas y un montón de parientes no vistos en décadas. Contaron anécdotas clásicas (esa en que el guitarrista de la fiesta le pidió por favor dejar de lanzar alaridos que ella consideraba melódicos) y otras inéditas que iban de inocentes a torpes y hubo algún arrepentimiento con el que contuvieron las lágrimas. Por mi parte recordé las veces que, subiendo por la San Alberto, aceleré un poco el paso para no perder tiempo

saludando a la tía Raquel. Y esto me provocó tanta angustia que pensé que podía entrevistar a todos los que la quisieron y dejar algún tipo de documento de cómo fue ella en realidad. Y luego vi que eso era un triste consuelo voluntarista que solo haría énfasis en su ausencia. Norita Caba leyó un párrafo que, por mucho esfuerzo que hizo, no pudo terminar sin que se le rompiese la voz. Era interesante ver en una sola pantalla el mosaico de realidades simultáneas, gente que miraba intensamente y desde el contraluz de sus vidas. El fiscal que nunca encontró mi computadora robada estaba ahí, sin hablar, siguiendo con rostro de pesadumbre esa última despedida. Eva, sobreviviente de lo último de un modo de esclavitud que conoció este país, “la criada”, escuchó en silencio y fue la última en tomar la palabra. Ante el silencio de todos recordó cómo, en cada giro de su vida, acudió a la tía Raquel, quien le apoyó diciendo “¡pero de lógica, hija! ¡De lógica!”. El mosaico de realidades de la pantalla emulaba a ese que fluía a diario por su habitación sin límite.

Jacinto Manos Urdimales tenía la cámara apagada y luego, en la calle, fingió dos veces no verme.

Esa reunión por zoom fue como aquel último almuerzo de hace treinta años, luego de la muerte de mi abuela. Mi tío patriarca y la mesa llena. Alivio de que mi abuela se hubiese ido por fin al cielo, luego de una agonía de diez días, en que mejoraba un poco y empeoraba de golpe. Diez días en que la familia numerosa estuvo más unida que nunca. Mi tío patriarca alabando la comida y confesando con voz sensible que nunca deberíamos dejar de reunirnos así.

Y fue la última vez que nos reunimos así.

Un año

Nos donaron unos libros en portugués, algo viejitos, y estaban buenos para que nuestros niños los destriparan jugando. Al hojearlos vi que la mayor parte tenía dedicatoria de la misma persona. Eran regalos de una tía Dedé en Pernambuco. “A meus amados sobrinos, Dedé 1981”. “Sempre conseguir o tempo para a leitura, que os faze melhores, Dedé, Natal 1983”. El último era del año 95 y desde Sao Paulo: “para que sempre se-lembram das istorinhas que compartilhé con vocês”. Me dejó como nostálgico. Esta señora Dedé como mi tía mágica Raquel.

Sentado en la alfombra del cuarto de juegos de mis hijos, que aún están en fase preescolar, de golpe vi esa marea de afecto que me hizo decirme apenas: quizás muchos tuvimos una tía que no tuvo hijos y que, importándole nuestra imaginación feliz, nos regaló muchos libros. El día previo a su partida, cuando le reclamaba a mi padre su resignación ante la inminente muerte de su hermana, me explicó con ira que ella había decidido morirse y que no cambiaría de opinión. “Ella siempre ha pensado las cosas con mucho tiempo, tratando de hacer lo mejor. Durante cuarenta años en esa cama no ha hecho otra cosa que pensar, ¿quieres

saber cómo? Tú sabelotodo, esto es algo que no sabes: en su primer año de profesora en Betanzos, quedó embarazada. Y poco después le dijeron que no podría volver a caminar. Entonces ella decidió abortar su bebé. ¿Piensas que fue fácil para ella? Ese bebé habría sido el amor de su vida. Pero ella no quería que él se viese obligado a cuidarla, no quería serle una carga”.

Puse junto a la vela el libro guindo de Shakespeare, la edición Aguilar en papel biblia que me había regalado, comprada en ese entonces, en Betanzos, quizás el año en que abortó a su bebé. Aunque yo no sabía leer, ese libro era un poder, un *token*, un *ticket* especial, compañero de décadas...

Su letra en la primera página indicaba la ocasión y el año: para mi sobrino Abelardo Ferreira, en su tercer cumpleaños, febrero de 1984. Soplando el polvo que la cubría, encendí una de esas velitas aromáticas en forma de flor de loto. Y sentí a mi tía, un año ausente, que me sentía... en la misma relación que existe en este momento entre yo que digo y tú que escuchas. Y me asustó ver, ante mí, en el centro del fuego, la mecha de la velita titilando, de pronto, horrorosamente convertida en una rosa negra.

*A la memoria
de la tía que no tenía hijos
y nos regalaba libros*

María Raquel Pereyra Gutiérrez, 1954-2020

POESÍA

Jurados: Vilma Tapia Anaya, Albanella Luena Chávez Turello y Elvira Espejo

Nota a la edición

Las voces de las mujeres

César Antezana / Flavia Lima

Estas tres obras son los poemarios ganadores de la 7^{ma} Convocatoria Letras e Imágenes de Nuevo Tiempo “Mujeres: resistencias, culturas, memorias y luchas”, lanzada el año pasado por la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia.

Es interesante contemplar estos tres trabajos juntos, lado a lado. Dos de ellos, *Entre cerros y montañas* y *Abuelas eternas*, se arraigan claramente a la tierra, a la memoria de las mujeres indígenas y obreras, al rito y a las montañas. La muerte sucede como un espacio más para la reafirmación de la identidad. Las voces poéticas van de un registro intimista a la despersonalización en plural de la enunciación. Sus apuestas son por el mundo andino y la Pachamama. Quizás podemos anotar que en *Abuelas eternas* se esboza además, una relación de continuidad entre el mundo agrario y el minero, siempre a partir de la recuperación de “abuelas” como Bartolina Sisa y Domitila Barrios de Chungara.

En cambio, *La trama artificial* retoma otras rutas para reconstruir lo femenino como posible voz poética. Su recorrido por la ciudad, por los nombres que la comprenden y su obsesión por los espacios huecos, oblongos, acanalados, traman otros paisajes, acaso más urbanos y convierten su búsqueda en posibilidad de nombrar también lo erótico.

El diálogo que construyen estos poemarios establece una cercanía que tiene que ver con caminos y superficies. Los caminos son aquellos que separan

estas territorialidades, los paisajes andinos de los urbanos, los de la naturaleza cediendo a la mirada femenina con los de la piel ahuecándose ante la mirada femenina. Las superficies que se contrastan son las de las montañas y sus rugosidades con las del cuerpo y sus pliegues. Ambos excesos se yerguen en clave femenina y se extienden hasta donde alcance la vista.

Aquí se encuentran las luchas de las mujeres indígenas, los proyectos de las mujeres mineras, los esfuerzos por nombrar el deseo de las mujeres por otras mujeres. Aquí se juegan a tres manos, las identidades indígenas, obreras y eróticas de las mujeres.

¿Acaso la posibilidad de nombrar resulta ajena al ejercicio de la memoria?

Las luchas son acciones con el fondo verbalizado de la identidad que se construye a partir del paisaje, del entorno y su memoria. De igual manera el nombrar el placer de las mujeres resulta un ejercicio inscrito en cierta espacialidad que alarga los cuerpos y los acerca hacia sí mismos.

La poesía desordena. Permite alterar las frecuencias a las que nos hemos acostumbrado. Nos permite enfrentar el mundo de una manera más compleja que aquella que aprendimos en la escuela. Este es el caso también de estos tres poemarios, construidos por tres poetas que, con esta publicación, acaban de insertarse al panorama de la escritura de nuestros territorios. Tenemos razones de más para celebrarlas.

Entre cerros y montañas

*Ruth Mendieta**

* Ruth M. Mendieta Mamani (Oruro, 1978). Realizó una licenciatura en Lingüística Aplicada a la Enseñanza de Lenguas (2007) y una Maestría en Sociolingüística (2017) como parte del Programa de Formación en Educación Intercultural Bilingüe para los países Andinos (PROEIB ANDES) en la universidad Mayor de San Simón (UMSS) de la ciudad de Cochabamba.

Pachamama

Déjame ser la imagen de tus ojos
déjame ser la voz de tu naturaleza
déjame ser la flor del cactus de tu inmenso altiplano
déjame ser el cóndor de los andes
déjame ser el día y la noche de tus cerros y montañas
déjame ser el hálito de la tierra
déjame ser la brisa del viento que abraza tu alma
déjame ser la aurora que despierte tu universo
déjame ser el verso de tu territorio que aún falta caminar
es decir, ¡déjame ser el poema aymara que aún falta ser!

Quiero

Quiero sumergirme en tus aguas
y alivianar la vida cansada
quiero sentarme en la cima de tus montañas
y surcar tu cielo azul
quiero bailar la tonada más triste de tus vientos
y sentir el latido del tambor de mi padre
quiero cantar el poema de mi madre
y acariciar mi niñez de alma caliente¹
quiero arar tu tierra que me vio nacer
y tocar con las manos tu sangre, mi sangre
nuestro legado

1 La expresión “alma caliente” teje la historia de una niña que le cantaba a su padre para que no se durmiera por el cansancio, mientras conducía un camión de día y de noche.

Cada vez

Cada vez que te miro
las nubes se oscurecen
cada vez que te busco
la luna se esconde
cada vez que te hablo
los pájaros enmudecen
cada vez que grito tu nombre
el silencio entristece mi corazón
será pues, por la herida profunda
de una memoria histórica que sin tregua
sin tregua, censura la voz de mis raíces
y que sin embargo se torna en el grito de tu libertad

Caminando

Entre pampas y montañas
la mujer aymara vive su caminar
entre heladas y el sol ardiente
la mujer aymara florece como la *kantuta*²
entre lluvias y vientos intensos
la mujer aymara se hace fuerte
entre el cielo y la tierra
la mujer aymara teje con sus manos las montañas del territorio
por eso, entre dos lenguas disímiles
la mujer aymara, hace su lengua de sus ancestros

2 Flor tricolor, símbolo patrio de Bolivia.

Nostalgia

En el acaecer de la tarde
el dolor de la sombra envuelve mi piel
en el ocaso, el sol
las espigas de hiel como lenguas extrañas hieren mi corazón
en el sepulcro de la noche
con un verso en los ojos escarbo la tierra para tapar tu pena
y sobre el montículo de tierra, la huella del dolor de nuestra memoria
y sobre el epitafio de tu tumba
aquí en el paraíso de la naturaleza
¡aura de mi alma!

Tu saber

Las campanas advierten, con una voz tenue
un vacío profundo e intenso
los pájaros *tikili*³ cantan con un lamento penetrante
un mal augurio
las nubes negras anuncian, con un cielo azul escondido
un diluvio al jardín de mi corazón de tierras altas
los perros aúllan, con un dolor clandestino
la caída de una estrella grande: mi *mama*⁴
fuego que quema mi memoria
pero que revela el saber del corazón de cerros y montañas
que se recoge de la tierra

3 Ave pequeña de color gris oscuro que vive en los cerros del altiplano. Cuando anuncia un mal augurio, canta: *tik, tik, tik*.

4 Madre. En la visión aymara, cohesionada el principio de respeto integral del territorio, al igual que la voz *tata*.

No has de llorar

Cuando ya no te sueñe, llame por tu nombre
no has de llorar
no has de tener pena sino reír, porque alegría soy
cuando ya no te hable
has de guardarme en tu corazón
desde ahí oirás una voz frágil y pueril en el silencio de este mundo
cuando escribas mi nombre
has de hablar con la verdad
has de hacer tu camino con tus manos
es decir, has de respetarme haciendo bien las cosas
por eso, cuando yo muera
mi ausencia no será el olvido a la tierra que te parió

Tu sonrisa

Tu sonrisa
brisa del amanecer
el candor que acaricia la piel del alma de las flores en las montañas
tu sonrisa
el manto de los cerros y pampas
sumergidos en los colores fuertes y vivos del *sawu*⁵ aymara
tu sonrisa
vuelo del cóndor de los andes del altiplano
que dibuja la esperanza de la niñez aymara
como la vida eterna
*mä jach'a uru*⁶ en el ocaso del atardecer

5 Tejido realizado por la mujer en el telar de cuatro estacas en la tierra, como el aguayo y el poncho.

6 Un día de fiesta, diferente a los demás, porque es conmemorativo. Aquí se trata de un nuevo amanecer.

Allá

Allá, en el infinito universo
cada alborada divisamos nuestro caminar
allá, en el firmamento
cada día vivimos nuestro florecer
allá, en los ojos del cosmos
cada anochecer somos dos estrellas grandes
que fulguran en la inmensidad de la oscuridad
allá, en un pedacito de cielo
está nuestro pensar y sentir aymara
que fluye en las venas de mi tierra
es decir, en la sangre de tu hija aymara

Mi camino

Ciertamente
la luz de tu voz, aquí
el reencuentro de mi camino
a través del diálogo con los abuelos y niños aymaras de allá
y cuando la helada de la noche fría acaricia mi rostro
miro las estrellas que marcan, en el *alaxpacha*⁷, mi suerte
ciertamente
el candil de tu espíritu, aquí
la maduración de tu sabiduría
a través de mis ojos, manos, lengua y mi corazón de allá
y cuando el ruido de la memoria colonial azora mi vida
abrazo tu cariño que deviene como la fuerza del río: mi camino

7 Cielo, firmamento.

Icharita

En el cerro *Icharita*, las noches se hacen intensas
con la presencia de la luna de aquellos que amamos y están allá, en nuestro cielo
en el cerro *Icharita*, las tardes se tejen de leyendas eternas con la compañía de la lluvia
que recorre nuestro ser de cuerpo y alma
en el cerro de *Icharita*, el viento ruge la fuerza del niño aymara
que vislumbra los colores vivos de la alfombra del paraíso de la naturaleza
en el cerro de *Icharita*, el valle de las flores silvestres perfuma la piel de la niña aymara
que acaricia la sonrisa del sol
allá lejos, en el cerro de *Icharita*, el agua pura emerge del pulmón de la tierra
que se torna en la tinta del poema aymara de mi pueblo

Estrella aymara

En la violencia del olvido
el fuego de la sangre de mi padre
en el olvido de la memoria
el dolor del tiempo
en la memoria del desierto
el coraje del cosmos Andino
en el desierto de la oscuridad
el sendero de mi montaña
en la oscuridad del silencio
*mä Jach'a Wara Wara*⁸
resiste al brillo artificial de la ciudad grande

8 Estrella enorme que resplandece con gran intensidad en el firmamento.

Ojitos de miel

Ojitos de miel
la naturaleza de tu ser la vivo
con el canto de los pájaros en mi aurora
que consuela el amanecer de tus días desnudos
con el rocío en la brizna silvestre del pasto
con el olor a la tierra mojada y trabajada
que tiene un aroma de libertad
ojitos de miel
la energía de tu valentía la siento
con el rugir del viento como fiera
que aviva mis desiertos de soledad
con el sol ardiente de mi ánimo
con el arcoíris de la lluvia del campo
que te refleja en huellas profundas de las montañas

Así

Te llevo en la memoria de mi alma
que mana en el saber colectivo
te siento en el aire puro de tu perpetuo ser
que respira la naturaleza viva
te pienso con los ojos de mi corazón
que madura cada paso de nuestro caminar
te hablo con el saber de mis manos
que teje el hilo de la lengua aymara
te vivo con el mañana de hoy
que trabaja la voz de la niñez aymara
haciendo un nuevo amanecer del mundo andino aymara

Sin ti

Aprendiendo a caminar tierras extrañas en silencio
aprendiendo a hablar con mi noche exiliada
aprendiendo a mirar mi estrella en otros cielos
aprendiendo a cobijar a la soledad huérfana
aprendiendo a cantar con una voz que no es mi voz
aprendiendo a evocar la memoria del hombre occidental
aprendiendo a imaginar el empíreo moderno
aprendiendo a bailar la melodía ausente
aprendiendo a divisar mi montaña en la lejanía
es decir, a sobrevivir sin ti, sin el latido de tu ser

Acuérdate

¡Acuérdate!
cuando seas el sueño eterno, yo te abrazaré
como el viento abraza las pampas de la tierra que te vio nacer
cuando seas el vuelo más alto del cóndor, yo te honraré
de rodillas, en la cima de la montaña más alta de *Jach'a Karangas*⁹
riego la semilla de tu flor
¡acuérdate!
cuando sea el silencio de las aves, tú me llorarás
el verso mudo de tu mirada enlutada gritará el último latido, ¡vida!
cuando sea el último latido de tu corazón
tú me recitarás el poema que vive debajo del montículo de tierra
y yo te diré *mama*, te espero allá

9 El *suyu* es un espacio territorial conformado por grupos de familias. Tradicionalmente, el territorio del departamento de Oruro se organiza en cuatro *suyus*: Jach'a Karangas, Suras, Jatun Killacas y Chipaya.

Eres

Tú eres
mi sol y mi noche aymara
mi ilusión como la flor de *llavi, llavi*¹⁰
puede abrazarte la helada más intensa
pero tú pervives en las montañas eternamente
tú eres
la magia del amanecer frío de estas tierras altas
la brisa de las yerbas del campo fértil
mi hija, la hija del cerro y montaña de aquí
y de aquí eres la lírica aymara

10 Flor de color blanco, similar a la flor llamada ilusión, que brota en los cerros del altiplano de Oruro.

Vida

¡Vida!
la tierra dura como el pavimento
las piedras adornan el río seco porque las nubes vacías no tienen agua
la hierba sin florecer, pero sus raíces permanecen
mirándote exclamo a ti, ¿acaso no te he cuidado?

entonces, mi madre dice con voz del viento: el tiempo está cansado¹¹
y de repente el viento anuncia lluvias de día y de noche

no obstante, las manos débiles siguen haciendo la tierra heredada
la mirada pueril del tiempo aviva el coraje del campo en mi corazón
y el último rayo del sol ilumina mi cabeza y corazón
diciéndome: la poesía es el diálogo con la naturaleza
los versos del poema afloran en la tierra

11 La pérdida de valores colectivos ha desgastado el principio de respeto a la tierra: ya no se la cuida como antes.

Abrazo

Abrazo tu silencio, mi silencio
y en silencio grito tu nombre *jach'a chuyma*¹²
lloro tu ausencia, mi ausencia
y la hiel de afuera apuñala mi corazón; *mayja chuyma*¹³
siento tu memoria, mi memoria
y la memoria lastima el sepulcro de mi silencio
pienso en tu suerte, en mi suerte
y en aquella que musita al oído
y comprendo la esencia de la vida
entre lo real y lo imaginario

12 Corazón grande, inmenso. Aquí se trata de un corazón admirable que alberga el principio de respeto integral.

13 Corazón diferente o distinto a los demás. Aquí se concibe como un corazón que reflexiona de forma íntegra.

Por eso

El pensamiento de la mujer aymara andina
está en sus ojos que brillan un grito de libertad de los andes
el sentimiento de la mujer aymara andina
está en el agua que emerge de los cerros y montañas
por eso, en la utopía histórica y memoria colonial
aunque pisoteen tus hojas y se marchiten tus flores
tu raíz no muere
y aunque quieran acallar tu voz y no visibilicen tu saber
la filosofía aymara persiste
a través de la creatividad cultural

Florecer

¡Mama!
aquí, el sabor amargo del asfalto
alimenta el derecho a la injusticia
el filo de la lengua ajena
susurra la muerte de nuestra voz
cuando dicen: estas indias no hablan castellano¹⁴
no obstante, *¡mama!*
el *jant'aku*¹⁵ de tu pollera
teje el saber de mi padre
el arco iris de tu aguayo
teje la esperanza de nuestra tierra
tus trenzas negras y largas
tejen los versos de la lluvia que nos miman, sutilmente
y florecemos como la flor de *kantuta* en el frío invierno

14 Memoria de una joven mujer aymara de pollera que, para vender la cosecha de papa, salió del campo a la ciudad.

15 Tapiz, alfombra. Aquí se refiere al tendido que hace la mujer con su pollera, en el suelo, para hacer sentar a su hijo/a.

Palabra

Desde temprano, sentada junto a ti, tu florecita
te ayuda mirándote
aquí, junto a ti, tu florecita
te canta con los pájaros
y les habla como se habla a la gente
aquí, junto a ti, tu florecita
te mira a los ojos mientras escucha tus palabras
lo que se dice, se hace
por eso, hay que ser de un solo corazón
de una sola palabra; es decir, no hay promesas

La mujer que me parió

La mujer que me parió
tiene las manos ásperas
de donde emanan el saber del ayer y del hoy
la mujer que me vio florecer
sabe de mis alegrías y miedos
alojados en mi corazón y mi cabeza
la mujer que me ha cargado en aguayo de colores vivos
donde he reído y he llorado es la creación de mi raíz
la mujer que me parió
es el grito del paraíso colorido de la tierra del campo
tejido en mi voz aymara

Amanecer

Son las cuatro de la madrugada
el frío profundo del invierno astilla los huesos
el fuego del *qhiri*¹⁶ arde intensamente
y réimos mi mamá y yo, serenamente
mientras rompemos el silencio de la oscuridad
son las cinco de la madrugada
mä thantha awayu: manq'amp wawa isimpi
[un aguayo viejo: con alimento, con ropa del hijo/a]
*yaqha machaq awayu: wawaru q'ipiwa*¹⁷
[otro aguayo nuevo: ha cargado al hijo/a]
ukhama pä awayur q'iptasita sari: mama
[así va cargada de los dos aguayos: mamá]
*ukhama suni*¹⁸ *lumaru sari: mama.*
[así va hacia lo más alto del cerro: mamá]

16 Fogón, cocina hecha de barro para cocinar los alimentos.

17 Niño/a recién nacido/a y hasta los tres años de edad, aproximadamente. Luego camina de forma autónoma.

18 Espacio de convivencia entre el comunario y la vida orgánica que está en la parte más alta de los cerros del altiplano.

Samka [Sueño]

;*Tata*¹⁹, mírame!
 mi cuerpo tieso y gélido yace en el campo del olvido
 el aullido del perro advierte dolor y llanto
 muerte que cobija mi cielo eterno
 mi grito del amanecer, es decir, mi montaña
 ;*mama, is'ita!*
 [¡escúchame, mamá!]
jiwasax jach'a utaru sarañäni
 [vámonos a la casa grande]
jiwasax alaxpachar uñch'ukiñäni
 [miraremos al cielo]
jiwasax arusa parlasñäni
 [hablaremos nuestro idioma]
 ;*mamay mama!*
 [¡mamita!]
urux ch'amakt'iwa
 [el día se ha oscurecido]
 ;*tatay, mamay!*
 [¡papito, mamita!]
 lloro mi suerte

19 Padre. Desde la visión aymara, cohesiona el principio de respeto que consolida el valor comunal, al igual que la palabra *mama*.

Mama-quli [Madre-hermosa]

¡Mama-quli!

[¡Mamá-hermosa!]

ahora debes partir sin lamento
sin mirar atrás has de ir
a tu corazón no has de hacer llorar
pues ahí sí, yo estoy contigo

¡mama-quli!

allá sí, aquí y allá
has de vivir bien, has de hablar bien
y no has de hacer doler el corazón del otro
es decir, mi corazón

Ajayu [Espíritu]

¡Ajayux qaritawa!

[¡El espíritu está cansado!]

¡jan inti jalsu!

[¡no sale el sol!]

y el frío abruma la noche

¡jan ch'ama mistu!

[¡no hay fuerza!]

y la soledad abona la sequía

¡jan jallu puri!

[¡no llueve!]

y el río seco avisa el diluvio de mi ser

¡jan wayra juti!

[¡no hay viento!]

y los pájaros cantan sin melodía

tampoco han traído carta de ti

y, aunque no he sabido nada de ti, nada

te llevo en mi alma eternamente

pues el olvido cansa el alma

Sasitu [Me ha dicho]

Sumat sumat²⁰ sarnaqäta

[Vas a caminar con firmeza]

ukhama luma panqara sasitu

[así me ha dicho la flor del cerro]

sumat sumat irnaqäta

[vas a trabajar con entereza]

ukhama uraqix sasitu

[así me ha dicho la tierra]

sumat sumat amuyt'asita²¹

[vas a pensar con sabiduría]

ukhama wayrax sasitu

[así me ha dicho el viento]

sumat sumat luräta

[vas a hacer bien con voluntad]

ukhama Inka Pirqata lumax sasitu

[así me ha dicho el cerro *Inka Pirqata*]

ukata, sumat sumat suma jaqir purita

[después, vas a ser persona íntegra]

ukhama alaxpachax sasitu

[así me ha dicho el cielo]

¡Pachamama siwax!

[¡el mito de la Madre Tierra!]

20 Con calma, despacio pero bien, con decisión y no así con la lentitud de la flojera.

21 “Darse cuenta de”, es el “pensar bien” que refleja la gnoseología andina aymara.

Aymar warmi [Mujer aymara]

¡*Ukhamaw, aymar warmi!*

[¡Por supuesto, mujer aymara!]

apnaqirix

[la que maneja]

sawut awayu

[aguayo tejido]

uka awayux taqimanat sum luri

[ese aguayo hace bien de varias formas]

sum luririx

[la que hace bien]

taqinataki thakhi

[para todos el camino]

uka thakhix awayu q'iptasita sarnaqi

[ese camino recorre cargada del aguayo]

ukhamaraki, wawa uywirix

[así también, la que forja al hijo/a]

suma chuymampi amuykipañataki

[con un corazón sabio para reflexionar]

¡*ukhama wali ch'amampi jaqisktanay!*

[¡así somos, gente con mucho brío!]

¡Ukhamapi! [¡Así es!]

Y de repente, me quedé sin ti
así es, tu cuerpo frío y cansado yacía en un hospital lúgubre
en el que tú eres un objeto, una cosa que no habla ni siente
y de pronto un desconsuelo enmudeció mi mundo
en el que tú eres la creación de la naturaleza que sabe dar amor visual
un sentimiento que se vive
y de repente me quedé sin ti, así es
tu silencio es mi condena que aúlla mi corazón y que rasga mi espíritu
y de pronto un frío intenso paraliza mi cuerpo
y mis ojos nublados anuncian un aguacero que lava mi culpa
de no haber cuidado de ti, como manda la naturaleza
así es, me quedé sin ti, mi amigo fiel
así es, me quedé sin ti, pero llevo tu mirada por siempre

Flor de la montaña

Han pisoteado las ilusiones de su sangre
han lastimado la voz de su espíritu
pero a pesar de que su corazón está cansado
ella hace la mano izquierda con un puño de fuerza y coraje
la otra abierta con el grito de libertad
por eso la flor de la montaña jamás será acallada

la trama artificial

*joan villanueva**

* Joan Villanueva (San Petersburgo, 1992). Es poeta. Tiene estudios en Literatura y Comunicación. Ha publicado las plaquetas *Para envenenar a Escorpio* (2016) y *Preguntas* (2018). Actualmente se dedica a la construcción de una vida alrededor de la escritura.

*A la pyra,
la hoguera donde se queman las brujas
y donde ellas celebran sus rituales*

«Hay otros mundos, pero están en éste»
Paul Éluard

«En este infierno dorado adorado negro despedite m/i muy hermosa
m/i muy fuerte m/i muy indomable m/i muy sabia
m/i muy feroz m/i muy dulce m/i más amada,
de lo que ellas llaman el afecto, la ternura o la suave entrega»
El cuerpo lesbiano, Monique Wittig

amarre

—en el hacia afuera
 donde se teje una placenta
 para la comensal de una mesa dulce
 oscura /urgente/

en el finisterra
 ofrendar un ombligo a engullir
 quitarle la sed a una gallina dorada con el dedo
 regalarle una miniatura de la muerte
 más acá de la punta del dedo ese
 asomarse a su cuerpo de cal
 ;apertura; de un sistema desregulador
 hendidura / de abajo hacia arriba
 emergencia < exposición
 trans/verberación
 flecha y veneno
 /ángel abismo/
 súcubo

tiro al blanco
 una noche a ciegas
 /> el amor/

las lucías

nuestro común necesario

00.

navegar es /huir/
 encarnación de las llamadas, el mapa, en fin,
 quien nos sueña nos constriñe
 entre las arrugas de sus sábanas
 entre las tazas de su negro fracaso
 /ese de amanecer un día y otro día/

tú no sabes /pero has soñado conmigo/
 me resentiste /con las yemas/ me deslicé
 sin pantalones, en la lluvia /bajo techo/
 escondida en el calor de tus párpados
 en los ecos cóncavos de tu habitación vacía

no es un secreto,
 estamos cosidas /por los nervios/ y /los fantasmas/
 se aferra una a la muerte de la otra
 /muy a pesar nuestro:/

no duermo
 y te imagino despierta
 entre los árboles, huidiza /resbalosa/
 escabulléndote de mis presentimientos
 sientes miedo de los cables que nos unen

jamás podrás esconderte de mi ;fe;
 /no hay manera de escapar de las garras de Amor/
 afuera de la casa te preparé un altar portátil
 /para cuando regrese la hora revólver/
 /para el día en que te invoque, lucía,
 y dejes de buscar entre imágenes del fuego
 lo que perdiste de las cuencas oraculares/

te miraré a través de las tripas /de un gato/
 escucharás desde lejos mi llanto

serás mi santa
/y bailarás conmigo
un ciego rito de paso, este duelo/

en la selva oscura, lucía
hiladas por los barrotes, tú y yo:
no estamos del mismo lado

/pero estamos juntas/

01.

al alba
/coro susurrado:/
volamos sobre la ciudad
por alto obrajes la zavaleta villalobos

no basta para exorcizar a la autómata /conocer/
es necesario bautizarse en sus aceites, bajo su timón
/es necesario hacerse digna de ella, de su materialidad/
pero antes /se debe atrapar/ se debe pactar con sus espíritus
secuestrar su fuerza antimaterial /aquella inorgánica paranoia/
la distimia que la encalla en el cabo /aquel sin código fuente/
que la atraviesa y la titiritea para que se automodifique
para que se disfrace de extranjera en tierra propia
para que implore por dos habitaciones separadas
para que ruegue por un espacio para escribir
por un espacio para pensar
por una abertura animal
una boca. /un búnker/
donde no hay pausa
ni espacio
/para la sombra/

02.

no hay pacto con los espíritus ni ley que te respalde
solo el goce del bruxismo y el contagio
/carga con su propio placer
la enfermedad de la risa/

y no puede esta brujería encerrarse /en un círculo dentro de un círculo/
en un cerro dentro de un cero dentro de un cero dentro de un cerro
ni el veneno ni la muerte /pueden contra la santa más cruel/
hay una única manera de deshacerse de la acéfala
y es la de pervertir la cópula /gracias al roce
del tribadismo/ o /en el aprendizaje
de esa otra tú, la cunning lingua
escurrirse por todas partes
en palabras propias
reflejarse
escribir, al fin,
engrosar la lengua /y hablar/
sobre ella /o para ella/ podría liberarte

o quizá callar /rendirte/ podría redimirte
bañarte en su sangre /en ese tránsito infinito/
podría hacer que te perdone y ate a una silla /sobre el patíbulo/
que te torture por piedad /con los dedos los brazos y la cabeza/
sin derecho a movimiento o a indulto alguno
más que al de retorcerte /delirante/
entre la horda de los espíritus
/puedes bufar por tu vida
puedes rendirte ahora
y entregarle lo tuyo:

una cabeza, el engranaje y una bocamina
/tres/ las intenciones sobre tu cama

/tales las ofrendas
que te dejo/

03.

he sufrido tus atrocidades /desde antes de nacer/
 me has regalado los cadáveres perseguidores
 que se incrustan en las encías por las noches
 los oyen las larvas que me habitan
 piel adentro, las okupas
 se han aliado con ellos
 se están preparando para dar el golpe
 me insertan visiones de pueblos apollillados
 por los agujeros de las casas /microperforada/ te veo
 escucho el ruido de la fibra óptica y en él no distingo
 tu caminar de los chillidos de mis nervios /de mis cabellos/
 tarde caí en cuenta /de noche/ de que el afuera está dentro de mí
 acontece en las pesadillas /en las que te desprendes de mi vulva/
 y ruedas hacia arriba, hacia la cima de una montaña negra
 desde allí me observas /no me dejarás pasar/
 te rodean escorpiones y están listos
 para el ritual del veneno
 vas a ejecutarame
 te inyectarás en mi lado b /fagocítame/
 donde escuece esta escritura /donde remata/
 de donde sale este parásito /castigador/
 esta pequeña turbación /este río/
 este fluido espeso /tu flujo vaginal/

 /esa pus/

04.

un corazón sin párpados
no puede sino sangrar
para conservar su ternura última
/murmuración de la vida que desborda naturalezas muertas/
si no vuelve la yo que te prometió encontrar una cura para sí-misma
volverá la infección cada invierno (se infiltrará por tus ventanas primero
por tus pupilas después y por cada poro de las palmas de tus manos
/cada que ojees o toques estas letras en particular, de nuevo/
por el camuflaje político de aquél / tu enano matrimonio
por los orificios que te inauguran los virus
que feligresa de la ciencia ruegas evitar)
re.correrá sobre ti desnuda
/la in.docilidad/

y perderemos eso que no hemos tenido
dejaremos de ser quienes no somos

/soltar es esquivar
la atracción de los cuerpos/

05.

llevamos siglos recordándonos la una a la otra quiénes somos
basta con escuchar las paredes por las noches
basta con inocularse de esas audiciones
dejarse penetrar por los ruidos
esas interferencias

/en una, el psiquiatra te pregunta:
¿de dónde vienen las voces que escucha usted?
¿las escucha dentro de su cuerpo o vienen de afuera?/

tu voz llega de /muy/ afuera

y cuesta destruirla
cuesta destruirse
porque todo tiene un precio
a cada producto /una oferta/
cuesta rasgarse con clavos los oídos
el suicidio también se puede comprar
viene en fanzines de precisas instrucciones
o traiga su solución química en alguna pastilla
en alguna cámara de gas /en la asfixia de alguna voz/
eliminar tus resoplidos podría ser mi propio proyecto genocida
desaparecerte del interior /entre espasmos e implosiones/
drenar la sangre /armarse de émbolos como de astas/
extirpar la parte de ti que es parte de mí
biohacks baratos para más alivio
una prótesis de ausencia
que penetre el vacío

o también podría escapar, irme del aquí
derrumbar el futuro hacia mí

por eso

corro

y no miro hacia atrás
/no me detengo/

las muertas

iniciación

ocular /la inserción de la piedra de la locura/
trae consigo / un puñado de las suyas
me mira de vuelta /una de sus bocas/
me quiere ofrendar al mundo
con gemidos sueltos
me va a parir
de cabeza

he aquí
el alimento para las forenses
ancestral el resguardo del dinero bajo las uñas
la carne se recoge un lunes y se engulle un sábado (sin falta)

las piedras te circulan por los poros en un acto de limpieza /de purificación/
instauran un orden desde el hueso sacro /y hacia arriba una trenza/
ascenso de la máquina de filtrar caída
;arcada;
toma,
chupa de estos versos que todavía no se
comprenden
/pero que aun así se inscriben/

arte poética

¿nos dirán estas líneas de dónde viene lo inerte que nos da aliento?
si ellas mismas son inertes /no(s) respiran/
como los arcángeles /son maquínicas/
como el ajuste que fracciona la carne del alcornoque
/píxel por corcho/
más o menos ahora
/sobre el teclado/
una mano /¿distendida o convulsa?/
quebrada tal vez
espasmódica /coqueta, diría yo/
por asomo toca la pantalla

aparece /y desaparece/

¿es esto dialogar?
¿o es la madera que se ensancha?
la madera que cruje y suena a fantasmas. que no funciona. y que, ya no.

me pertenece.

el abandono de la mandrágora

/¿de qué se habla cuando se habla de cuidar?/

transportemos los restos del herido animal
aquel llamado del largo tiempo tuyo
en un camión de juguete /vaciado de peces/
en un camión-matraca /transporte pesado/
en un nicho de mercado
excavado por lástima para el venerable anciano-poeta
/transporte público/
al que le debemos /nuestro a ver/
dejémoslo en medio del camino
podemos tallarlo contemporáneo: ;padre;
repetir con él: /el camino no es el camino/

él es sin motivo fantasmal
no aparece en el mapa pero es la senda
aunque esté en contra de estas venas
aunque grite para que volvamos por él
en edición independiente /aunque sea/
está implantando en sí
no ríe sino para llorar
/es malagüero/
/agua que toca (sacra)
se estanca/

/autoacusación de crueldad esta
post.humanidad la nuestra/

pero debemos avanzar

rizoma de jengibre

/hacia el centro/

nadie merece que se repare el concreto en el que irrumpe su árbol genealógico

tripa y balanza
cálculo

y

círculo

¿desde dónde nos movemos?

¿quiénes son las que elegimos sostener cual amuleto?

¿de dónde salió el cráneo que protege la entrada de nuestro refugio?

hemos cosechado las cabezas de nuestras abuelas
han sido cortadas /de frente y de raíz/
a la hora en que se desempolva
/a la luz de un domingo/

la respiración me hurga a la hora en que aterrizas
en nuestro domo rosáceo /prefieres la brisa/
traes una presa entre las fauces
vuelves de la guerra
y ofreces desayuno
mandarinas canela té

pero antes, barre
dulce y severa /dices/

rodeo tu fotografía /en cerco/
para confesar que
si pudiera trazarte,
lo haría

/y volveríamos a recogerte para preguntar:
¿a qué hora seguiremos limpiando?/

la /risa/ infiltrada

un firmamento estresado /estrellado/
 de cuerpos inertes /alguna vez amados/
 /alguna vez exigidos de mirar a quien mira/
 cientos de miles de miles vigilan en los límites
 tan solo un sopor hidrofóbico /fotofóbico/ asoma
 suerte la del aullido que logra escapar /la lágrima/
 el rabo tieso, erguido /tenso como un cable eléctrico/
 /el que sostiene los nidos de las pájaras ciudadinas/
 /que las yergue por sobre calles entreveradas/
 /que las sostiene como una gran telaraña
 cuando caen /como moscas/ en cuenta
 de que una de ellas no respira
 de que su lomo de paloma negra
 ya no se mueve, pero sus ojos miran
 desde el asfalto en la que se halla aplastada
 frente al letrero de la broastería “gallo claudio”
 en una avenida repleta de licorerías las palomas otras
 le tienden un nido, un pequeño altar de excremento y saliva
 /quieren seguir con vida/ ululan por la que se fue /y evitan los chicles/

/llega entonces
 el momento de mudar de un cable aéreo
 al de enfrente/

una viene de la alta tensión
 se detiene y se picotea por todas partes
 busca bajo sus plumas algún acto de demencia
 uno que nos redima cuando no se espere nada más de nosotras
 ¿con cuántas puñaladas los vamos a sorprender?

la trama artificial

ejercicio espiritual

caminar sobre un río embovedado en negación al movimiento de los astros
 endogámicas palabras las mismas vías abandonadas sin tren de cada día
 no mismas preguntas sino mismas respuestas / luz de la repetición
 expansión de una idea fija: /volverá a suceder/
 se volverá a detonar el gatillo de la cámara
 no cambiaremos de paisaje /ni de pose/
 y seguirán encerradas
 nuestras aguas
 se voltarán
 y nos repetirán
 nos regurgitarán,
 ¡cantarán! / “antes era la forma”
 desearán convencernos de su conformidad
 informarán de nuevas figuras / nuevas fotografías
 sonarán las vejeces en las rodillas de nuestras montañas
 nuevos rostros mismos gestos / misma cuesta mismo doblar de rodilla
 mismas mercaderes a la venta codo a codo /casi trabajando/ casi sin oxígeno
 mismos pulmones /alojando a sus mismas gentes/ dando de comer a sus mismos hijos
 mismas ideas distintos versos /habemus maricas pero no hay estilo/ mismamente estamos
 todas las noches nos escondemos /cerramos la ventana/ no vaya a ser que entre el frío
 no vaya a ser que te juntes con esa /la gente es mala/ y es invocable: ¡suxo!
 diferentes las vidas mismas sus muertes /diabetes hipertensión cirrosis/
 diversos trámites mismas colas /otros los valores mismas las filas/
 las gentes se juntan, se apilan /a imagen y semejanza del molde/
 otras las honduras de sus miradas mismo agachar de la vista
 hoy te toca la misma mano de obra del nunca acabar
 al final no importa quiénes perdieron la guerra
 si en medio de todo tus aguas están en paz
 te insistes, mismas palabras /otra tu voz/
 mismo encierro /tu filitud/
 misma sed /de tu sangre/

en el principio era el untu
 /informe/

ejercicio pedestre

demencial el descarriarse del surco /el hacia afuera/
salir hacia el campo minado por excitación /y frustración/
a la casa /a la cárcel/ a la mancebía /y al manicomio/
a la inteligencia homínida que nos entrena
para beber dos litros de agua cada día
a la hora en que debe ser bebida
un sigilo para eliminar deudas
a la distancia que nos mira
la que interfiere tierradentro
y revuelve el adoquinado
esa que tiene raíces duras y fibrosas
esa mitad de la vida /jueves/
donde oímos una rockola /verde/
y comemos un asado colorado /también verde/

miramos allábajo
es alláriba /pensando/

rezamos al revés /tensando/
buscamos ese campo /ese pueblo/ esa ciudad
ya no sabemos adónde vamos pero /juntas/ caminamos
tenemos razones para vivir /pero no por eso no estamos muertas/
y tiene lógica /pero no por eso es cierto/

ellas llegan a nuestro encuentro
vienen de un planeta de situación alienígena
danzan como potras en celo, enloquecidas por la yumbina
con las miradas desviadas nos miran a la distancia
convulsas resoplan /se agitan antes de usar
se erigen sus monumentales carnes/
se turban. resoplan. relinchan.
trajeron un ultimátum

vociferan:

ojo por ventana
diente por cabeza

estrellas sin constelación

intercambio de fluidos

¿dónde? no.
 ;entre quiénes;
 ¿hacia dónde /hay que moverse/?
 /cuando llegué sabía sola observar/

no habíamos abandonado /sino dejado atrás/
 las mañanas donde sabíamos quiénes éramos
 teníamos un indicador, nos mostraba /el clima/ el lugar
 vivíamos en el bosque, caía la nieve sobre el mar /congelado/
 la helada nos abría el cuero, tremor del frío en el descubrimiento de su sexo
 ese que compartimos /¿con la quién?/ no lo sabremos /al menos no con certeza/
 pero sí con la presteza del movimiento del agujero encuadrado aquí /en este boceto/
 restregado sobre la congenie /será ardor y no helada/ sin ánimo de brindar
 no nos lanzaremos hacia ella /tampoco le reclamaremos/ es mucho decir
 ;será demasiado homenaje negarle el saludo? crecer fuera de su zócalo
 crecer penetrando el viento /con estos bordes tan ajenos/
 /con estos tajos encallados/ seguir bajo el encanto
 del salir /del entrar/ de clavar el cuchillo
 en el horizonte /como si estuviera/
 /pero allí se está/
 nos mira
 nuestros borde/r/s lo conforman
 como la firmeza de quien necesita saber quién es
 a costa de desaparecer /en contra de desaparecer/ un ID
 bulto tal es creer que se puede hallar un lugar en el mundo
 entusiasmarse porque otras nos indican dónde están
 una botella es lanza /en tanto/ mensaje traiga
 /como los ángeles/ no tenemos párpados
 tenemos treinta y seis alas sin plumas
 nuestra piel absorbe sustancias, /sí/
 volamos bajo todavía /para sentir/
 cerca de tu nariz
 ¿por qué? no.
 entre qué fosas
 entre qué faltas
 entre qué vistazos
 entre cuáles miradas

dos huecos que se notan, se devoran

nuestro malditismo

no basta con fotografiar la carnicería
/¿y si dejamos hablar a la carnicera?/
¿y si tragamos el cerebro de quien nos vigila?
comecallada /para absorber sesos/ /y síes y viajes/

pero /¿dónde está?/
en qué rincón de sí se esconde
hacia quién le dirige su novela reverencial
o desde dónde estoy acosando su presencia
/¿dónde está el golpe?/
/¿cómo se devuelve?/
/¿lleva el nombre de una persona?/
/¿lleva el nombre de una institución?/
/¿dónde se puede pegar el papel de la obra?/
/¿es merecedora de alguna dignidad la poesía?/
¿bajo los cimientos de qué edificio comienza /a lo que nos vamos a adherir/?
/o qué movimiento hay que bloquear/ de quién nos vamos a encerrar
si lo que nos daña también nos pertenece
circulamos en ese triunfo por blocaut /nosotras
hacemos parte de aquella manada re.movida
y somos parte de la niebla que la dispersa/
acaso /somos también la que penetra/
hacemos que se mutilen entre ellos
nos parasitamos entre nosotras
somos el soplo y la válvula
sangre intranquila. /tic tac/ tic. tac.
¿a quién le impediremos el paso?
¿a quién vamos a cercar?
¿dónde mutilaremos
a ese otro?

¿bajo qué falda reptará hoy la violencia?

¿en qué pueblo morirá de sobredosis
de aburrimiento /la poeta/?

entre olladas dentadas
y dientes horadados

gruñir es poco

derrame

en el campo grande de las cosas que soñé
 estaba ella, /estéril//sin rol/ suplicio de la lucidez
 con una trampa para el estómago en la mano o /un diluvio/
 una granada /y el vacío se expandía/ perforaba el códex, la taxonomía
 las dunas nos inundaban de calor intenso /de caminatas/ de atravesar una frontera
 de andar a tientas /de humedad/ de órdenes de arraigo, de disciplina, de comedores comunes
 de movimientos arriesgados, de irvenir /¿por qué vinimos?/ y de dónde, toco y pregunto
 nos ocultamos bajo los árboles /detrás de ciertas hojas/ buscábamos abrigo y oficio
 es temporada de mercurio retrógrado, /medusina/ dices y /no lo sé/ respondo
 estuve allí contigo /donde nos encontramos/ descalcificada /o descalza/
 a cada paso un mensaje, a cada moneda escondida /un minuto/
 ostentamos las mejores válvulas para funcionar /sanidad/
 modelos para reproducir copias, casas, poses de yoga
 una pequeña aberración nos hacía carburar
 los mecanismos entonces eran touch
 porque nada tenía /algún/ fin
 sino que el todo aparecía
 y nos miraba de re/ojo:

o

turbulencia

/clinamen/
 un asedio gutural
 de cierta señora anciana que me habló
 /una pequeña rotura/ me perforó con su falta:
 alguien debe morir para que este poema se convierta en chiste
 alguien debe vivir para que comience el derrame

el éxtasis es una cuestión de suciedad en las cañerías

de mi trapecio este / esta bolsa marsupial

machacamos con la cabeza las armas impuestas
 los abdómenes de las viajeras se llenan de arañas
 ofician de cantimploras de las terroristas oníricas

tuve que tirar de sus trenzas para catapultarme
 conversar con los gorgojos sobre la caída libre
 y con las pedruscas también /mientras me incendiaba/
 /o me derretía/ en su líquido infértil /el sin color alguno/
 sin línea /o libreto/ el azul de la pared confunde al cielo
 no sé cuándo llegará el momento en que forme un signo
 y te dé una señal /una cualquiera/ una prueba de la intersección

de la diseminación del caracol /el corte/ una bala
bien puesta /en el tendón de aquilea/:

un nombre
/el mío/
dilo.

temblando estoy
necesito recolectar /la evidencia/
el cuerpo de la cazadora
alguna mantis muerta
para comenzar siquiera
un conjuro de reprogramación

pero, ¿cómo salir de aquí?
¿dónde empezabas tú?

estallo en combustible
/sintiente/

trasplante

las agujas pudren las frutas temporales
 /nos acosan/ /nos penetran/
 y se aparean con nuestra necesidad de que todo pase
 de que todo cambie
 de nuevo

así nacerán y morirán las superficies de la casa
 generaciones de células muertas /nos atravesarán/
 con su deseo /y van a querer arrastrarnos con ellas/
 hacia la propagación de sí mismas /hacia sus firmas/
 son el cáncer del útero en que se construyen
 a voluntad y discreción
 o en desborde y sabotaje /permanente/
 y puede que nos maten /o no/
 y puede que resistamos /o no/
 puede que las imitemos /o que nos imiten/
 quizás nos miran:

o tal vez nos tientan
 a mostrarle un retrato roto de nuestro mirar
 para confundir al ojo de la vidente /ese botón/
 para intercambiar, un feto negro /crudo/
 por un espacio legítimo en el afuera
 para obstaculizar la circulación
 manipular la metástasis
 e inclinarla hacia su desmesura

para que el tocar de las células muertas nos aceche
 nos atraiga / y le temamos
 a ese otro lado
 de la maceta

la demora

«alcoholismo es sanidad»
rodolfo ortíz

llega la anticipación de una sospecha:
las bestias buscan un patrón
un mástil del que atarse
;y colgarse;

tal el origen del péndulo
(de la oposición a mutar)
/decidir es dañar/

tentar al hambre
/es el florecer del alivio/
reclusión de las papilas gustativas
/obsecuente/ la cosa muerta que gotea por tu garganta /el anciano esqueleto que cargamos/
que se aferra ;o; más bien, que se arrastra hacia el cielo desde nuestras espaldas
/que se escurre entre las manos/ y se clava a la hora en que las sábanas nos escupen
un carnet de absolución, el rostro /con el escozor de una risa falsa/
/parece que ya nos cogerá el día en que invadan esta ciudad/

mientras,

no hay temor ni fracaso ante nuestra incontinencia.

y nadie nota que los dioses se rascan con los pelos de tus tímpanos
las secreciones están ahí /para juzgarnos/
y nuestra lucidez es un síntoma del placer
sobre todo los días en que te ata al suelo
y te permite marchar hacia atrás, de vuelta
/con la honra que trae consigo la intensidad/
sin zapatos. una vez más y otra vez más...

hasta notar que son bolsas de basura y cadáveres reptiles quienes nos persiguen
/están en el clímax de su terapia ocupacional /¿quiere colorear de qué color su silla?//
reptiles también los que intentan curarnos mientras dormimos /los he visto, están armados/
piramidales gigantes prehistóricos que aparecen bruscamente cuando tienes miedo del afuera
quieren hincarte los colmillos. inyectar un poco de su saliva /lo hacen porque no tienes cuerpo/
te quieren disecar. somos la pieza más importante en su laboratorio, lo sé
/prueban en nosotros el virus del bucle.
porque somos la cifra perfecta.
1010101010101./

¿podremos

algún día salir

de este afuera?

me preguntaba una noche, adormecida /en el fondo de nuestra pipeta común/
rellenaba jeringas y bebía de ellas /tenían algunas lágrimas vibratorias
para compensar el eco de las carcajadas en mis concavidades/
soñé que la pus hervida me expulsaba del laboratorio
pude volver a donde empezamos
el antes de este desastre
ese estadio primigenio
de nuestro cerebro

;me arrodillé
cerré los ojos para verte;

¿qué hacer ante este precipicio?

seguir hurgando
donde no hay nada

asalto

se aturde en una ojeada
la criatura sin piel ni morada
parálisis inicial la del encuentro
la antesala de los ayes, el miedo al eso
el peligro de la vuelta se puede aplacar con datos, ¿no?
/una explicación puede aliviar alguna que otra decepción amorosa/
un par de didascalias, tecla dura para el teatrillo que te armas /sin fondo
¡ni telón! /con usuarios/ /con pertenencias/ /sin pertinencias/ /en community/
de igual a igual /el instante depende del ritmo de las criaturas/ espectro central
/líneas rectas son aquí las vías del deseo/ un no-lugar para la no-yo /jjj/
un contacto del cuarto tipo /de aire amargo/ te estremece
y aunque embotellada despaldas estés
¡simulemos conversar;
como aquella primera vez en el claustro de las manchas
negras /hormigas muertas/ trabajadoras del negar
¿podrían ellas ser el gruñido que nos une?
¿alguna vez hemos hablado tú y yo?

pasmo, mírame /nometoques/:

naufragar no es necesario
/es preciso/

dispositivo desarmable

la hacker raya
 el trueno la sigue los círculos se deshacen
 las piedras nos ven /y nos describen/ no en tratados, sino
 en circuitos, nos secuestran /es más común de lo que piensas/
 como una infección, /más que una infección/ como el terror
 más que el terror

/¿y qué sabes tú de terror,
 mi niña?/

si vives en un pueblo donde las aguas salvajes se mezclan con lavandina
 o qué sabes del sentido común /de aferrarte a la correa/
 si para castigarte alcanza un cronómetro
 una ley civilizatoria
 porque relinchas mejor sobre una artesanía chiquitana /o sobre una corredora eléctrica/
 estás hecha para evitar pulgas /a ducha y quebranto/
 invades las carencias de los monos /con todas tus perforaciones/
 cerca se sienten gigantes, demasiado cerca son succionados por ti
 les implantas el virus del vacío en las protuberancias
 para que zombies piensen que te llenan
 o que tienen alguna misión
 /un fin/

¿qué sabes de terror/, niña?
 si tú eres el terror
 y hoy también

/puedes lincharme/

el nacimiento de la pitonisa
o
suponiendo que sobrevivas un día más
/a tu propia compañía/

busqué mi propia muerte
en horario de oficina
/en el tiempo libre también/
en las noches /sobre todo/ en ese ascenso
en el manajo de púas orgánicas que me aprisionan
en ese tan confuso y tan abierto “dentro de mí misma”
en las visiones que interrumpen estas jornadas neuronales
en expropiarle los territorios a mi propia conciencia
en ese colmo de habitar en el lugar suerte
en el lugar del exilio /el sin canción/
donde las palmas de las manos se leen a sí mismas
porque no tienen mucho más que hacer
como dos libros abiertos enfrentados
como dos bocas que se besan

allí, el descanso /quizás/ trepa por las paredes
mora en alguno de los tantos retornos a casa
en ese alargado viaje que abre la noche
en ese minibús atiborrado que sube
a la perez vita villa victoria

la muerte se empuja cuesta arriba
se lleva sobre los hombros como una mochila
nos dobla los codos como cualquier vaso
nos susurra mensajes en los oídos
¿qué hacer ante su voz sin voz?

/es como cualquier oficio/, dice
se labra /duro y parejo/
porque morir, bruja,
también es materia
/de fe/

caja negra

«evite escribir sobre poesía,
evite escribir poesía»
manual de usuaria

la cifra de los cimientos en ruina es proporcional a los años de este luto
sus ángulos, sus pesos, sus sonidos se invierten para compensar algo
se tecléa con los órganos sexuales eso de lo que no se puede hablar
se repite lo que no se conoce, se busca a tientas la forma que no es
descolgarse de estas ventanas es mi única manera de permanecer
ante todo, debes usar las escaleras sin luz para cabalgarme
es la única táctica para domesticar a una viajera onírica
es una estrategia para cambiar mi estado de predadora
una panacea o un placebo es
imaginarme herida y untarme a cuchillazos
un poco de /tibia y roja/ gelatina sin coagular
para tomártela / como si te dieras un beso
incorporar es nuestro nuevo lenguaje
comida de confort la antropofagia
/no habrá susto. ni hipocresía/
desaparecerá la posibilidad
de ser legible

una vez posesa podrás volver al tránsito aquel
ese que pisotea el instante y que destruye
que te destruye / que me destruye

/aquí y ahora/
el como hacia adentro
nunca termina—

Abuelas eternas

*Carolina Morón Ríos**

- * Carolina Morón Ríos (Cochabamba, 1990). Es artista, bailarina, coreógrafa, intérprete y directora de artes escénicas, además de maestra, escritora, licenciada en Diseño Gráfico y Comunicación Visual, militante feminista antiracista y marxista. Becaria en la Formación de Artistas Contemporáneos para la Escena del GALPON FACE en Buenos Aires, Argentina. Cursó la diplomatura en *Feminismos comunitarios, campesinos y populares en Abya Yala* de la Universidad Nacional de Jujuy, Argentina, y el posgrado en *Prácticas artísticas contemporáneas* de la Universidad Nacional de San Martín, Argentina. Hija de Juan Carlos y Cristina, nació en Cochabamba Bolivia, en 1990. Respirando tanto en instituciones del arte y el conocimiento como entre manifestaciones y protestas, hoy se encuentra en la investigación de la escritura desde el movimiento, las imágenes y la política, intersecciones entre las cuales construye poesía en diversos formatos y soportes.

Estos son trozos de un manifiesto roto por un patriarcado rancio. Son esperanzas reunidas tras enfrentar derrotas y victorias. La historia hegemónica nos ha mantenido entre neblinas o nos ha aplaudido bajo parámetros convenientes a las ambiciones de poderosos y poderosas, pues como dice la gran Domitila Barrios: no somos iguales.

Por un feminismo antirracista y anticapitalista, por la historia que cuentan las manos y los ojos de nuestras abuelas, ellas que han cargado al patriarca en sus espaldas y nuestras vidas entre sus brazos. Hoy, en su memoria, llevamos con orgullo su legado: nuestra lucha diaria.

1

En la posibilidad de hablarte
elijo recorrerte
arrastro hilos del mantel viejo y los arrugo en mi pecho
los desmorono entre tus mejillas viejas
tu alcancía vacía
tus pechos cansados

2

Entre espadas están mis huellas
entre cuencas yemas del plato de ayer
entre tus dedos la frente agotada de la *wawa*
la fisura en el tiempo me ha hecho jugar
me ha contado un chiste entre rabias ardientes
me ha dicho que mirarte es mirarme
que trenzarte es trenzarme

3

Desde el pezón me envuelve una angustia
que remoja memorias

desde el pezón hago temblar la tierra
a saltos en manada

desde el pezón se derriten montañas
que acogen canas
donde lamemos heridas
donde descansan espaldas

4

Por la espalda se me trepan tus cantos viejos
los agudos goteando sobre el jardín
las risas trituran los callos del largo cargar

si supiera contar tus callos no escribiría este ruego
si pudiera volver a tus ojos le arrancaría los dientes al miedo

5

Me han dicho que los gritos se mezclan en cantos al pueblo
son invitación a levantarse, me han dicho
cuántas veces falta gritar para vencerles
cuántas voces faltan seducir para que la furia sea tsunami suficiente
la comunidad ferviente

6

No hay mayor atrevimiento que el que calla a las que callaron siempre
no hay respuesta a una calle vacía de esperas
no hay metralla para nosotras, llegamos tarde
la batalla es nuestra
pero se chorrea por los ojos de la abuela
la calle es nuestro río
su condena el riesgo a que nos trague
nuestro deseo el riesgo a desbordarlo

7

Salvajes las desobedientes
las bestias revolucionarias
salvajes las que cambian el mundo
las indomables
las que sudan rabias y lloran al viento
salvaje nuestra manada eterna
nuestra memoria plena
salvaje nuestro coraje fiero
nuestro grito en vuelo

8

Dicen que hay que ahogarse para despertar

Nuestra armadura se es de espinas gruesas y sangre vieja
nuestras voces, vísceras hirvientes
sus cuchillos derretidos ante nuestros ojos
hoy el miedo es de ellos
y nuestro es el relámpago
el cielo
el trueno

9

He inundado mi rostro con los de ellas
gotea lluvia de mis manos
caen las corazas desprendidas
saltan los esternones huecos de susto
las pieles gotean brillantina abandonada
los pasos son eco del duelo
mis cabellos son de loba cansada
los minutos sin suerte
amenazan

10

Acerco mis pestañas
borroneo mi rostro
exhalo sus caminatas largas
arrastro sus cadenas kilométricas
hay papas en mis piernas
mote en mis tobillos
kallu entre mis dedos
susto entre los dientes
serpientes en mi lengua

11

El maíz me camina por la espalda
las flores me deforman el pecho
el olor a escándalo me descoloca el tímpano
sus sueños desparramados en mis manos
los colecciono
los lanzo al cielo
se bailan lejos

12

No hay pellejos a salvo
hay lomos desplomados

no hay empates, hay resurrección

no hay iguales
hay justicia

no hay silencio
hay gritos de insurrección
sollozos hondos
pisadas firmes

no hay tregua
hay insistencia

13

De la boca un grito
de los pasos el galope
cuentos de pechos invadidos
de trenzas en el suelo
de la boca salivando deseo cautivo
de las pinturas desparramadas en el río

14

Para nuestros vientres no hay piedad
para nuestras muertas no hay memoria

la devoción no es para Bartolina

la lluvia de oro no es para Silvia

el altar más grande no es de la Domi

dónde están nuestras muertas
si no es en lo más alto
si no es en lo más profundo
si no es en nuestros ojos

15

Amarradas detrás del costillar
fogosas escondidas en tul
de un tirón me remapeo en el mundo
exhalo fuego hasta ser la estrella muerta de ayer
volteo a encontrar tu aliento
lo soplo delante mío
lo suelto al horizonte
te veo renacer

16

Dejo caer una flor detrás de mis talones
a cada paso, una flor

llego y lluevo
me besó la lluvia

como cuando lamía los pétalos de tus rosas
me hundo en la tierra
te veo

17

El sol te ha comido la espalda
son las curvas del repulgue
el batán está brillando y
hoy somos más de 30

ni uno sabe imitar tus manos

18

Escupir flechas

las memorias blandas no saben
no quieren
no ven

aquí se desea
deseo habitar sus historias
y camino la periferia de la lengua
delineo las escamas de mis letras
escupo las flechas de nuestra revolución

19

Nuestras lenguas calan murmullos
las espinosas y babosas
las púas de la tuna
la bala del durazno
lenguas bífidas
punzantes
sangrantes y armadas de resurrección

20

De un mordisco derrumbar planetas
La experticia de destruirlo todo es la angustia de una presencia arrancada
de la historia desversada
la memoria atascada
las abuelas abandonadas

21

Son *tullmas* desordenadas las que cuelgan en millones de hombros
no decían nada
los ojos alargados, inundados entre las púas
no querían decir nada
las muertas han vuelto a besarles el cráneo
no iban a decir nada
a gritar en las bocas de los colonos que las violaron

22

Casi todo el día
soñar una montaña
probarse cien polleras
bailar la cueca de seda

casi todo el día
delinear sus ojos grises
sostener sus manos
aplaudir lento

ella, ausente
ella, ausente
ella, ausente

23

Sus cenizas
un hueco en la tierra

su cadáver
cebolla dulce

lengua larga es ella

la sangre le relampaguea
es rival del sol
le he costurado las plumas
y coronado los colmillos
me ha descolonizado los sueños
la he soñado correteando
correteando la he soñado

24

La rebeldía es carnosa
es jugosa y brillante

despampanante

es un suspiro lento

la rebeldía me la has regalado
encapullada entre las flores de los domingos
y tus lágrimas espesas de mi niñez

25

Nuestros pies las escuchan
son eco de sus zapateos
son huellas tras cruzar mil ríos
caminar por nuestros pueblos es como hay que caminar
caminar la columna de la tierra
llevar retoños en su largo
abrazar el sueño enorme del pueblo eterno
ellas las que estuvieron
ellas las que están
ellas las que sostienen
sus voces desgarran nuestras gargantas
sus cosechas rebalsan nuestro horizonte

26

Llevar vida en su espalda hilada
cargar suerte en sus pliegues
darle sustancia a la palabra lucha
darle lucha a la terquedad del mundo
darle cuerpo a la dignidad
sacar de la abstracción los sueños
reescribir la justicia
caminar dando la mano
mirar a lo lejos
mirar algo lejos

27

Sus cantos dibujan surcos en la memoria
heridas estamos
las cadenas no se caen

Martina es abuela grande
camina con la noche desparramada en el rostro
se es semilla en mil corazones
Martina aprieta las cadenas entre sus manos
su piel negra la abraza
la oscuridad le susurra
es cielo profundo
las cadenas no se caen, se rompen

sus pasos son legado
sus manos la revolución

28

Afligida está la minera coraje de hierro
llora sus muertos
levanta sus lágrimas al viento
ahora gritar traspasando los tanques
pisar uniformes
derretir metralas
estrangular balas

su *wawa* ya no está
el agujero en su pecho hormiguea sus huesos
se le filtra el jadeo
la muerte le sigue ardiendo
sin piedad la esconde
se trepa al camión siguiente
se pone enfrente
y grita libertad

la Domi está llorando
las plantas sangrando
no hay promesas inocentes
solo lobas radiantes
montadas en fuego
con alas de minero
y una estampa de su santa

29

Balucear un cuerpo situado en primera línea
discutir entre truenos
aullar historia
gotearse en nuestra tierra
llegar hasta ellas
y morir aullando

corre y se larga a vivir
se estrella con el patriarca y el patrón
al despiadado le escupo
la flema del tiempo sigue anudando luchas
las chispas sobreviven
son los ojos en guerra

30

Las polleras se están balanceando al sol
llevan deseos viejos colgando
los tiempos se hunden en las lenguas
los rayos entre sus manos explotan en rugido
nuestras abuelas llevan trenzas

piel chocolate
piel tierra
piel azabache
piel almendra
piel maíz
piel noche oscura
piel negra
piel marrón
piel contención

ellas llevan mantos de historia
acarician sus arrugas con semillas
han dejado sus rostros bordados en los nuestros
aun cuando la batalla es abismo
y el coraje cobra angustias
las espigas se hacen oleaje eterno
que arrastra nuestras flores moradas
agitadas entre chicha y serpentinas
barro y brillantina vieja

31

Hirviendo la gente
por qué vamos a pagar las mujeres
ellas rugiendo
llenito estaba
ellas trepando
cabellos jalonados
puño agarrado
dientes afilados
lengua ardiente
por qué vamos a pagar las mujeres

les hemos ganado nosotras
nos quieren deshacer atentando nuestra honestidad
nos quieren descoser
la mujer no debe pagar

hermanas proletarias
bien harto hemos sufrido
por nuestra libertad
así hemos sufrido

DRAMATURGIA

Jurados: Verónica Armaza, Laura Depic Burgos y Jackeline Rojas Heredia

Nota a la edición

Tres escenarios, tres conflictos

César Antezana / Flavia Lima

Las obras dramáticas que se presentan a continuación son las ganadoras de la 7^{ma} Convocatoria Letras e Imágenes de Nuevo Tiempo “Mujeres: resistencias, culturas, memorias y luchas”, lanzada el año pasado por la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia.

En *El Tari de miel*, Marta afirma ser Gladys Moreno y defiende esta identidad en medio de su cotidiano de ama de casa, esposa, madre y vecina. En *La mujer del albañil* somos testigos de la búsqueda por la autodeterminación que Victoria, la esposa del albañil, emprende en medio del ninguneo de su esposo, el albañil, de su suegra, de su amiga y de su jefe en la obra. En *Madre*, dos mujeres, madre e hija, limpian la habitación del abuelo/padre muerto, buscando reconciliar una memoria que les es común: la violencia, la maternidad y la pobreza. Las tres obras presentan heroínas que tienen que vérselas con un entorno hostil.

Revisitemos brevemente las características de los personajes que se convierten en los antagonistas de estas mujeres.

Gladys Moreno quiere cantar y al hacerlo recordarnos algunas de las razones por las que el presente de crisis podría cambiar. De fondo se oye la constante voz de su marido que le pide comida, caricias y atención, alertándola de sus “cosas feministas”. La vecina habla mal de las diversidades sexuales y su hijo resulta también un “cable a tierra” que la aleja de las canciones que tanto le gustan... Porque ella solo quiere cantar y que la vida pueda transcurrir sin violencia, sin homofobia, sin machismo. Quiere renovar el presente desde la tradición que supone en nuestro imaginario colectivo Gladys Moreno. La tensión tradición-mo-

dernidad entra en juego y se actualiza en el cuerpo de una mujer común y corriente: en Marta.

En *Madre* las dos mujeres se enfrentan al recuerdo del abuelo muerto. Un hombre machista, “buena gente” pero violento con su familia. Ambas tienen que lidiar con la enorme sombra que representa este enorme hombre y que paradójicamente tiene el billete ganador de la lotería que podría cambiarles la vida a las dos. La una a la otra representa el escollo que les impide la felicidad y que las condena a la repetición de comportamientos que no hacen otra cosa que perpetuarlas en el mismo lado de las víctimas. Lo peor es que ellas lo saben y esta conciencia no es suficiente para salvarlas. El final no hace más que cerrar de forma ambigua esta certeza: un círculo repetitivo parece anudarse a ellas cada vez que intentan salir y hacer algo diferente. A pesar de toda esta cerrazón (que empieza con el mismo subtítulo de la obra: *una condena genética*), el humor parece abrir lo suficiente el cerrojo como para dejar pasar algo de luz hacia el interior.

En *La mujer del albañil*, Victoria tiene que vérselas con distintos antagonistas. Con su marido, alcohólico y violento; con su suegra, que le recuerda todo el tiempo cómo debería ser una buena madre y esposa; con su amiga, que le dice al oído que todo aquello que hace no es cosa de mujeres; con su jefe, el arquitecto, que primero no le cree que ella hace todo el trabajo y que luego le ofrece pagarle menos... Todos estos personajes sufren una ligera transformación hacia el final de la obra, gracias a la valiente actitud de Victoria. Ni el marido, ni la suegra pueden creer lo que ven sus ojos, pero tienen que aceptarlo. Su amiga y su jefe se convencen por fin del verdadero valor de

Victoria. Pero lo más importante parece ser lo que aquella hazaña significa para la propia Victoria, que necesita probarse a sí misma que es capaz de hacer lo que todo el mundo dice que no puede hacer: terminar la construcción, que es decir también reconstruirse a sí misma, dejar de dudar de ella. Durante mucho tiempo todo el mundo le ha estado diciendo que ella no puede hacer nada más allá de lo que una mujer puede hacer. Ni más ni menos. Y ella estuvo siempre dispuesta a creerlo, por eso necesita una prueba ante sí misma: acaso ella es entonces su mayor rival. Ella recuerda con dificultad cómo su padre le enseñó alguna vez el oficio y cae en cuenta de que prefiere el revoque y la mezcla y los ladrillos a la cocina. Aún más: de que siempre fue así. Ella está mediada por un olvido de sí. En este escenario de cosas, sus hijos son los aliados que ella necesita y esto le permite trabajar y hacer lo que necesita hacer finalmente.

En estas tres piezas podemos ver un enfrentamiento entre las mujeres y su entorno, sí. Pero tam-

bién entre las mujeres con otras mujeres. Además de las mujeres contra sí mismas. Y es en estas tres dimensiones de conflicto que se tejen las posibilidades de la acción liberadora significativa.

El enemigo está por todas partes, parecen decirnos estas historias. El enemigo está incluso dentro de una misma. Acercarse detenidamente a los mecanismos que desatan estas tres obras en conjunto, nos permitirá tener un amplio panorama de estas luchas, de estos profundos enfrentamientos que son más complejos que aquella sencilla fórmula progresista que imagina a las luchadoras por la libertad enfrentadas a enemigos siempre externos. La imagen de la *trinchera* en una guerra regular no nos sirve para nada cuando de estos temas se trata.

La cosa es, lo sabemos también a la luz de estas obras, más compleja que las buenas intenciones. Celebramos entonces la publicación de estas piezas y esperamos con ligera ansiedad, la posibilidad de que sean llevadas a escena próximamente.

La mujer del albañil

*Vanessa Karina Alfaro Flores**

* Vanessa Alfaro Flores (La Paz, 1983). Es licenciada en Literatura de la Universidad Mayor de San Andrés y obtuvo, durante sus estudios, 4 diplomas a la excelencia académica. Ha participado en los proyectos: "Películas Fundamentales Bolivianas" (2014), "Difusión de relatos de la tradición oral boliviana, con énfasis en mitos y cuentos a partir de la reelaboración de los relatos y la elaboración de guías didácticas respetando sus contextos culturales" (2012) y "La literatura boliviana contemporánea y la cultura de la democracia: novela, cuento y poesía" (2009). Es escritora, periodista, investigadora y docente. Colaboró como bibliotecaria y como gestora cultural en el Centro Cultural de España en La Paz del 2019 al 2021. Asimismo, trabajó en varios medios de comunicación escrita como periodista y correctora de estilo, y colabora con varias revistas digitales. Actualmente, estudia una Maestría en Periodismo y trabaja como docente.

Personajes

Albañil

Mujer del albañil

Mamá de albañil

Hijo 1

Hijo 2

Madre

Tío

Amiga

Arquitecto

Amigo 1

Amigo 2

Hombre

Acto I

Escena 1

Solo la parte central del escenario está iluminada. Hay una media pared de ladrillos en construcción, unos baldes con mezcla de cemento, varios utensilios de albañilería. En escena, Albañil y Mujer del albañil.

Mujer del albañil:

¿La mezcla está bien? La batí como dijiste. Creo que esta vez me salió bien.

Albañil:

¡Pasame rápido! Lenta que eres.

Mujer del albañil carga un balde con dificultad, lo deja con un golpe seco en el piso, la mezcla salpica.

Albañil:

¡Pucha che! Te he dicho que hagas más, ¿sorda también estás? Rápido tenemos que hacer, hoy tenemos que acabar. Mañana en la mañanita va a venir el arquitecto y esto ya tiene que estar. Me va a reclamar si no. Le he dicho que iba acabar. ¿Por qué eres tan lenta? Mi mamá tiene razón, no sé cómo me he juntado contigo. Inútil eres. Andá rápido, haz más.

Mujer del albañil desaparece detrás del espacio iluminado. Después de unos minutos trae otro balde, también con dificultad. Rebalsa al depositarse.

Mujer del albañil:

Pero tenemos todo el día y hasta la noche. Vamos a acabar.

Albañil:

Mmm... En la tarde va a venir el tío. Me ha dicho que tiene un trabajo para mí. Tengo que atenderle. Más bien te vas a traer unas cervecitas de la tienda.

Mujer del albañil:

Tenemos que acabar esto, tú mismo has dicho. ¿Cómo te vas a poner a tomar? El arquitecto te va a reñir. Ya no te va a dar trabajo. Ha dicho que era la última vez que confiaba en ti. Hasta nos deja vivir aquí, mientras se acaba la obra. No le puedes fallar. Hay que acabar esta parte. Ya le has fallado hartas veces. Si ahorita no haces, nos va a botar. Y ¿dónde vamos a ir a vivir? Siempre es lo mismo contigo.

Albañil:

¡A ver, callate! Tengo hartito que hacer y tú fastidiándome como siempre. No voy a tomar, tengo que hablar con el tío te he dicho. Me va a dar trabajo dice, un mejor trabajo que esto. ¿Tú crees que me gusta ser albañil? Dice que puedo trabajar de ayudante en una oficina.

Albañil deja el ladrillo que ha tenido en la mano toda la primera parte de la escena sin colocarlo. Mujer del albañil lo toma y hace el gesto de dárselo constantemente durante el resto del diálogo.

Mujer del albañil:

¿Para qué quieres la cerveza entonces?

Albañil:

¿Con qué lo voy a recibir al tío si no? Dos chelitas son, eso no es tomar. Más bien andá ahorita y pedile a la doñita de la tienda. Mañana le vamos a pagar dile, con lo que nos dé el arquitecto.

Mujer del albañil:

Pero ¿cómo le vamos a pagar si no vamos acabar? Harto hace falta. Mañana que venga el tío. Hoy hay que acabar esto.

Albañil:

¿Acaso tú mandas aquí? Yo digo qué hacer, yo soy el que trabajo, vos solo me pasas los baldes y ni eso haces bien. Callate mejor. Dejá eso y andate a hacer lo que digo rápido, que el tío no tarda en venir.

Mujer del albañil:

Pero ¿no has dicho que va a venir en la tarde? Recién es media mañana.

Albañil:

Andá callada y me traes lo que te he dicho. Ya no me hagas renegar.

Mujer del albañil deja el ladrillo en el suelo, agarra una bolsa y se dirige a la derecha de la escena.

Albañil

Traete cuatro cervezas mejor o seis. Ocho de una vez. Mejor que sean doce... si no va a faltar.

Mujer del albañil de cara al público va frunciendo el ceño cada vez más a medida que los números suben, pero no dice nada y sale. Albañil sigue sentado.

Escena 2

Se ilumina otra parte del escenario donde está una mesa, con una vela y dos sillas. Albañil y Tío están sentados en las sillas, charlan y se ríen. Aparece Mujer del albañil con una bolsa de la que saca una botella tras otra hasta dejar las doce sobre la mesa. Los hombres ni la miran. Esta parte del escenario se apaga y se ilumina el espacio de la pared en construcción. Mujer del albañil deja caer la bolsa, se acerca a la pared, recoge el ladrillo e intenta colocarlo, se le cae y cuando está a punto de recogerlo de nuevo aparece un niño. Mujer del albañil, Hijo 1, después Madre de albañil e Hijo 2.

Hijo 1:

Mami, tengo hambre.

Mujer del albañil:

Ahorita, hijito. Voy a ir a cocinar más ratito.

Hijo 1:

Pero, mami, tengo mucha hambre, puedo ir a la tienda a pedir algo. El papá dice que mañana va a tener dinero.

Mujer del albañil:

No, hijo. Ya nos hemos prestado hartos, no va a alcanzar. Además, no sé si mañana va a haber plata.

Mamá de albañil:

Entra. ¿Qué mierda es todo esto? Acabo de entrar a tu casa, todo sucio está. ¿Cómo los puedes hacer vivir así? ¿Qué clase de mujer eres? ¿Cómo vas a tener tu casa tan descuidada? ¿Qué estás haciendo aquí? Andá a limpiar de una vez mejor.

Mujer del albañil:

Es que hay que acabar de hacer esto, hay que entregar al arquitecto.

Mamá de albañil:

Esto es de mi hijo su trabajo. Vos no sabes hacer.

Hijo 1:

Abuelita, tengo hambre.

Mamá de albañil:

Ni a tus hijos les das de comer. ¡Qué desastre! Con razón mi hijo se queja tanto de vos.

Mujer del albañil:

Esto hay que acabar, sino el arquitecto se va a enojar, ya no le va a dar trabajo y nos va a botar. Eso va a ser peor que no comer.

Mamá de albañil:

Pero esto hay que saber hacer, tú no sabes, lo vas a arruinar. *Se dirige a Hijo 1.* Mejor, hijo, llámale a tu papá, que venga a hacer.

Hijo 1:

Con el tío está tomando allá atrás.

Mamá de albañil:

Bueno, dejale nomás a tu marido. Él sabrá arreglar con ese arquitecto. Vos, ocupate de tus hijos. Eso sabes hacer, eso debes hacer.

Hijo 1 sale, luego vuelve comiendo una hamburguesa.

Mujer del albañil:

Dirigiéndose a Hijo 1. ¿Y eso?

Hijo 1:

De la tienda me he prestado. Mañana le he dicho que el papá va a pagar.

Hijo 2:

Entra. Mamá, el papá quiere más cerveza, dice que vayas a la tienda.

Escena 3

Al lado de la pared a medio construir está Amiga, después entra rápido Mujer del albañil.

Mujer del albañil:

Hola, ¿y tú marido va a venir?

Amiga:

Le he dicho pues, ha dicho que va a venir después de su trabajo en la otra obra.

Mujer del albañil:

¿Pero le has dicho que le voy a pagar mañana la mitad de lo que nos del arquitecto? Más adelante, todo le voy a dar, le voy a completar. Por favor, insístile.

Amiga:

Le he dicho todo eso. Me ha contestado que sí, que va a venir. Hay que esperar nomás. De la obra, tarde salen. Pero mientras, ¿tu marido no puede estar avanzando acaso?

Mujer del albañil:

No está. Se han salido con su tío hace rato... no van a volver. Tal vez dentro de unos días. Es que en la tienda ya no nos quieren prestar, harto debemos y él quería seguir tomando, así que se han debido ir a otro lado a buscar más trago.

Amiga:

Entonces, de qué te preocupas. Él sabrá, que lo arregle con el arquitecto. Este no es tu trabajo. No te van a pagar de aquí, a él le van a pagar, vos en vano te estás preocupando.

Mujer del albañil:

No es por el dinero solamente. Si el arquitecto no ve que se está avanzando va a dejar de darle trabajo a mi marido y nos va a botar de aquí. ¿Y dónde vamos a vivir? Por eso quería que tu esposo lo haga y decirle al arquitecto que lo ha hecho mi marido.

Amiga:

Mmm... Pero esto harto es, no se acaba rápido. Y mi esposo sale tarde de su obra. Para acabar va a tener que estar toda la noche y no va a querer por tan poco dinero, y tú tampoco le vas a poder ayudar siquiera.

Mujer del albañil:

¿Y por qué no? Yo siempre le ayudo a mi marido. Yo sé hacer mezcla, se cortar ladrillos y se usar la plancha, hasta vaciado de losa hago. Yo puedo ayudarle y así rápido podemos avanzar.

Amiga:

Uuuy, ¿y de cómo sabes tanto pues?

Mujer del albañil:

Viendo. Mi papá albañil, mis hermanos albañiles, desde wawa yo les he ayudado. Siempre me ha gustado esto de la construcción. A mi papá le rogaba que me llevara. Cuando mi papá estaba viejito y ya no podía hacer, yo se lo hacía todo y luego le decía al arquitecto que él había sido y él ni se daba cuenta.

Amiga:

Pero, ¿por qué no lo haces sola? Si sabes...

Mujer del albañil:

Es que sola nunca también he hecho. Siempre de ayudante nomás. Ellos me decían si estaba bien o no. Tengo miedo de equivocarme también. Además, mi papá me decía que si el encargado de la obra sabía que había sido una mujer quien lo había hecho iba a desconfiar que estuviera bien. Que a las mujeres de ayudantes las aguantan, pero no así para hacer todo. Que siempre tienen que estar bajo la supervisión de un hombre.

Amiga:

Entonces, no te va a quedar otra que buscar dónde irte a vivir con tus hijos. Porque mi marido ya tendría que haber llegado y si no ha venido es que no quiere. Mejor también, porque tú ni de ayudante puedes estar ahora. ¿Acaso no estás embarazada? Me has dicho el otro día, ¿no ve? ¿Cómo vas a trabajar así? Te puede hacer daño y a la wawa también. Hace unas semanas unas mujeres en la calle estaban hablando con parlantes y decían que todos somos iguales, hombres y mujeres iguales. Y puede ser, he pensado, después de todo mi mamá igual trabajaba que mi papá, y más también. Pero cuando estamos embarazadas no es igual, no podemos trabajar igual que ellos. Ni modo, pues.

Escena 4

Mujer del albañil está sola. Se acerca a la pared de ladrillos, mira a su alrededor, levanta un ladrillo, le pone mezcla y lo coloca en la pared mientras escucha una palabra que resuena en el escenario: “Sonsa”. Levanta otro ladrillo, hace lo mismo, mientras escucha: “No sé por qué me he juntado contigo”. Y así cada vez que pone un ladrillo escucha una frase: “Eres lenta; qué clase de mujer eres; inútil; tú tienes que hacer lo que sabes hacer, nada más; tan descuidados tienes a tus hijos; lo vas arruinar; puedes hacerle daño a la wawa; no somos iguales, ni modo”. A medida que avanza en la construcción de la pared, se ilumina el resto del escenario y varias paredes de ladrillos comienzan a aparecer.

Acto II

Escena 1

Un hombre con terno y casco de albañil aparece en escena hay varias paredes de ladrillo construidas. El hombre comienza a verlas detenidamente. Arquitecto, después Mujer del albañil.

Arquitecto:

Grita. ¡Buenos días!

Mujer del albañil:

Aparece Mujer del albañil con manchas de estuco en cara y ropa y con ademanes de agotamiento. Buen día, arquitecto.

Arquitecto:

Ah, hola. Buen trabajo ha hecho tu marido. Ha acabado todo. Pensé que no iba a lograrlo. Pero está todo, como prometió. Me alegro haberle dado otra oportunidad. Llámalo para que hablemos, por favor.

Mujer del albañil:

Ahorita no puede hablar con él.

Arquitecto:

Debe estar descansando. Déjalo. Cuando despierte dile que me busque en mi oficina, para que le pague por este avance y le dé instrucciones para la siguiente parte.

Mujer del albañil se queda pensando y cuando el Arquitecto está por irse, grita.

Mujer del albañil:

¡No!

Arquitecto:

¿Perdón?

Mujer del albañil:

Que no le voy a decir nada a mi marido y usted no le tiene que pagar nada, porque él no ha hecho nada. Desde ayer se ha emborrachado y hasta ahora no aparece.

Arquitecto:

Pero, entonces, ¿todo esto quién lo ha hecho?

Mujer del albañil:

Yo.

Arquitecto:

¿Tú?

Mujer del albañil:

Toda la noche me he quedado haciendo, pero he acabado. Como usted quería, igualito como ha dicho que quería. Hasta la losa del piso he vaciado sola.

Arquitecto:

...

Mujer del albañil:

Al principio he pensado decirle que ha sido mi marido, como siempre, pero ya estoy cansada. Sé que no me va a pagar porque no me ha mandado hacer a mí, pero no me importa. Igual me voy a ir, estoy harta. Usted quédese con el borracho si quiere, pero por lo menos esta vez no le pague siquiera. No por algo que no ha hecho. Yo me voy con mis hijos. Le desocupo las habitaciones de atrás. Hasta luego, arquitecto.

Arquitecto:

Espere, ¿en serio ha hecho usted sola todo esto y otras cosas de la obra también?

Mujer del albañil:

Sí, hartas partes he hecho. No le digo a nadie porque me da vergüenza que sepan que mi marido es un borracho y un inútil, pero ya no me importa, que se sepa nomás. Aunque no me paguen, por lo menos que se sepa.

Arquitecto:

¿Y qué otra cosa has hecho?

Mujer del albañil:

El baño de atrás, ese grande, yo he hecho sola porque yo sé de plomería también, mi papá me ha enseñado. Y justo ese día que usted quería que se lo entreguemos, mi marido tenía un preste con su compadre, me ha dejado haciendo y se ha ido. Voy a volver más tarde para ayudarte ha dicho, pero ya no ha vuelto. Se ha perdido tres días esa vez. Pero yo biencito lo he hecho, sin hacer mucho caso a sus instrucciones porque mal me ha indicado que haga. Yo, cuando me decía, en mi cabeza pensaba eso no es así, pero nada le he dicho, porque luego se enoja. Bruta, me dice, callate. Y como a mí no me gusta que me diga eso, me callo nomás. Luego, como yo sé he hecho y bien ha salido, ¿no ve? Pero bueno, ya le he hecho renegar suficiente. Ahora me iré.

Arquitecto:

No te tienes que ir si no quieres. Te puedes quedar y acabar la obra, lo que falta.

Mujer del albañil:

¿Me va a contratar a mí solita?

Arquitecto:

Bueno, puedes seguir trabajando con tu marido... cuando él no pueda, tú lo haces y así. Como hasta ahorita. Sin que nadie se entere, claro, porque si alguien sabe, puedo tener problemas. A los que me han contratado puede que no les guste que lo haga una mujer. Sabes cómo es.

Mujer del albañil:

Pero cuando yo haga el trabajo me va a pagar a mí, ¿no? No a mí esposo, como siempre.

Arquitecto:

Te pago la mitad a ti.

Mujer del albañil:

Si voy hacer el mismo trabajo de mi esposo, ¿por qué me va a pagar la mitad?

Arquitecto:

Te estoy dando también casa.

Mujer del albañil:

A mi esposo también le daba.

Arquitecto:

No sé si vas a hacer igual de bien. Te voy a tener a prueba.

Mujer del albañil:

Pero si ya ha visto que hago bien.

Arquitecto:

Mmm... no sé. Ya te he dicho que puedo tener problemas. Además, ahora hay que hacer más, hay que avanzar rápido. No sé si vas a poder con el ritmo que ahora necesito. Por eso te voy a pagar así. Si no quiere, puedes dejarlo.

Mujer del albañil se calla.

Arquitecto:

Bueno, ahora vamos a la otra parte donde quiero que se empiece a trabajar. Te voy a indicar.

Ambos personajes se retiran.

Escena 2

Se iluminan dos partes del escenario. En una se ven dos hileras de ladrillos pegadas con cemento. Mujer del albañil está arrodillada, trabajando. En la otra parte iluminada, una mesa con una vela y cuatro sillas. Están sentados Albañil, Tío, Amigo 1 y Amigo 2.

Amigo 1:

¿Cierto que tu esposa está haciendo tu trabajo de albañil? Ja, ja, ja. ¿Y ya es el hombre de la casa entonces? Ja, ja, ja.

Amigo 2:

Le da una palmada en la espalda a Albañil. Ja, ja, ja. Y hermanito, ¿qué se siente ser un pocholo mantenido?

Albañil:

¡Cállense, cojudos! Yo estoy haciendo, ella solo me ayuda. Nadie me mantiene.

Amigo 1:

Sí, claro. Además, no tiene nada de malo que te mantengan, así puedes estar un rato con nosotros. Solo que ahorita te vas a tener que parar hacer la comida, ja, ja, ja. ¿Te paso tu mandil? Ja, ja, ja.

Amigo 1 y Amigo 2 se ríen con carcajadas fuertes.

Albañil:

Se para e intenta sujetar a Amigo 1. ¡Qué carajo! Yo te voy a poner el mandil a vos, estúpido. Ven aquí, mierda.

Amigo 2:

Ya, ya, ya, tranquilizate. Ni una bromita aguantas ya.

Amigo 1 y Amigo 2 se siguen riendo, pero más bajo.

Tío:

De qué te enojas con ellos, si vos tienes la culpa. ¿Por qué le dejas trabajar aquí a tu mujer en tu obra? Hablá con el arquitecto, dile que tú nomás vas a hacer, que tu mujer ya no va a trabajar. Y ponte a hacer como hombre. Te estás haciendo ver mal con todos. ¿Vos crees que estos nomás se están riendo? Todos se están riendo de vos.

Albañil:

¿Y no puedo ir a trabajar a esa oficina con tu amigo como has dicho?

Tío:

Eso va a tardar, hijo, mejor quedate aquí trabajando, pero que tu mujer ya no, feo se ve. Hablá ahorita mismo con el arquitecto.

Amigo 1:

Pero si ya ha hablado el otro día con él, yo he escuchado. Ya no quiere que éste trabaje, con su mujer nomás quiere trabajar. Dice que ella hace mejor.

Tío:

¿Y cuándo ha dicho eso?

Amigo 2:

El otro día, en una obra grande donde trabaja ese arquitecto también. Lo peor es que delante de hartos ha dicho. Todos bien se han reído. Ella te ha enseñado, le han dicho, ja, ja, ja. ¿Qué más te ha enseñado? le han dicho. ¿Te acuerdas? *Se dirige a Amigo 2. Juntos se ríen nuevamente.*

Albañil:

Carajo, te he dicho que te calles. ¡Maldito, ahorita vas a ver!

Albañil se abalanza sobre la mesa para sujetar a Amigo 1 y ambos caen al piso. Tío y Amigo 2 intentan separarlos. No se dan cuenta que la vela y unas botellas con alcohol también han caído y ha comenzado un incendio. Las llamas se extienden más, mientras la pelea continúa. En la otra parte del escenario, Mujer del albañil sigue trabajando. Ha estado trabajando mientras los hombres hablaban. Las llamas se extienden más, ya solo se ve las siluetas de los hombres que continúan peleando, mientras Mujer del albañil continúa trabajando. Pronto solo se ven las llamas en ese lado del escenario y en el otro a Mujer del albañil que sigue trabajando.

Escena 3

Hay media pared construida y Mujer del albañil sigue trabajando. Solo esta parte del escenario está iluminada, pero está rodeada de llamas. Entra Amiga y Madre de albañil.

Amiga:

¿Qué haces, loca? ¿No sientes el humo? La obra se está quemando. Salí de una vez. El estúpido de tu marido y sus amigos borrachos parece que han hecho caer una vela, todo se está quemando. No ve que esa parte de la

construcción no tiene electricidad, con vela siempre toman. En qué momento la habrán hecho caer junto con su alcohol, ese caimán que les gusta. Rapidito se ha prendido y cuando se han dado cuenta ha llegado al depósito donde hay gasolina, más lindo se ha prendido y ya no se ha podido apagar. Ya no hay nada que hacer, vámonos rápido más bien antes que llegue aquí. Agarrá tus cosas y vámonos.

Mujer del albañil ha estado trabajando sin inmutarse, mientras Amiga le hablaba.

Amiga:

Pero ya vámonos. ¿Por qué sigues haciendo? ¿No has escuchado? Todo se está quemando.

Mujer del albañil continúa trabajando sin inmutarse.

Mujer del albañil:

Agarrá a mis hijos y sacalos. Yo me voy a quedar. Tengo que acabar esto.

Amiga:

No estás escuchando, que de nada va a servir que hagas, igual se va a quemar todo, los bomberos no van a poder apagar, grande está el incendio, para nada estás haciendo. ¡Y te puedes morir, además!

Madre de albañil:

Y ¿ustedes por qué siguen aquí? Las wawas ya están afuera. Tu ropa también he podido sacar. Vámonos. El humo ya va a llegar aquí ¡Nos vamos ahogar! Vamos rápido.

Mujer del albañil:

Ya, vayan nomás, yo ahorita voy a salir, solo me falta dos hileras de ladrillos más.

La pared casi está concluida.

Madre de albañil:

¿Cómo que te falta? ¿De qué estás hablando? ¡Todo se está quemando!

Amiga:

Está loca, se quiere quedar. Ayúdame, le vamos a jalar.

Entre Amiga y Madre de albañil intentan jalarla. Mujer del albañil se resiste. La escena se llena de humo. Amiga y Madre de albañil la sueltan para taparse la boca, mientras tosen.

Amiga:

Ya, dejala nomás, terca es. Vámonos antes que nos ahogemos nosotras también. Loca parece. Si se quiere morir, que se muera.

Madre de albañil:

Pero no pues. Hija ven nomás. Pensá en tus hijos. No te vas a morir por esto, ni tu casa es. Disculpame si te he dicho algo malo.

Amiga:

Vamos nomás. Ya es tarde.

Amiga y Madre de albañil salen de escena. Mujer del albañil se queda y sigue trabajando. Las llamas cada vez están más cerca y el humo ya es denso, cubre toda la escena.

Acto III

Escena 1

Una calle, con una acera y dos postes de luz a ambos. Están sentados al lado derecho, con la cabeza agachada, Albañil, Amigo 1 y Amigo 2. A su lado, están parados Amiga, Madre de albañil, Tío, Hijo 1 e Hijo 2. Miran al frente.

Amiga:

¿Cómo ha hecho esto tu hijo? Todo lo ha quemado y tal vez la ha matado a su mujer de paso. No la he visto salir siempre. ¿La ves por ahí? Pensé que después de nosotras se iba salir. Como zombi estaba. Solo quería acabar como sea, pobrecita. Con lo que le ha costado hacer todo solita, con el embarazo más, ha tenido que cargar todo, para dejar como el arquitecto quería. Cómo le dolían los pies y la espalda. Por eso tal vez estaba triste, porque ha visto que todo para nada ha sido. Ha venido tu hijo y de envidioso lo ha destruido todo. De eso se ha debido volver medio loca.

Madre de albañil:

Mi hijo no ha hecho nada, por qué sigues repitiendo eso. Ahora va a venir la policía y te puede escuchar, van a creer que es de verdad.

Amiga:

Que me escuchen, igual les voy a decir.

Madre de albañil:

Callate, sonsa, te he dicho, si no yo te voy callar.

Tío:

Ya, calmate. Si no es ella, alguien igual le va a decir a la policía que ha sido tu hijo. Si nos callamos, nos van a decir cómplices, ¿no ve? Igualito hay que decir la verdad.

Madre de albañil:

Pero de qué verdad están hablando, si mi hijo no ha sido. Ha sido un accidente, la vela se ha caído, qué culpa tiene mi hijo.

Tío:

Tu hijo ha empezado la pelea, de eso se ha caído la vela, de ahí el incendio, ¿cómo no va a tener que ver?

Madre de albañil:

¿Eso acaso sabía mi hijo, que la vela se iba caer? Ustedes más bien se deberían haber dado cuenta, él estaba distraído peleando. No lo ha hecho a propósito.

Amiga:

Ay, yo no sé. Tal vez. Porque tu hijo bien enojado andaba, con lo que su mujer ha acabado la obra solita y el arquitecto le ha dicho que le iba a contratar para otra y ya no a él, de eso rabioso estaba. Tal vez lo ha hecho a propósito para que el arquitecto no vea lo bonito que le estaba saliendo y ya no la contrate. Hasta a mí me ha asombrado que supiera tanto de construcción. Como no hablaba de eso, yo pensé que no sabía. Pero bien ha sabido hacer todo. Creo que hasta le gusta más que cocinar o estar en la casa, más cariño le pone a esto de la construcción. Ay, mi amiga, creo que se ha matado siempre.

Madre de albañil:

Mal pues que le guste eso de ser albañil más que su casa. Ella debe estar atendiendo a sus hijos no trabajando de hombre, por eso mi hijo estaba enojado, pero igual no ha hecho el incendio. Ha sido un accidente. Si sus hijos estaban ahí adentro también, ¿cómo iba a hacer a propósito? Y si quiere pregúntale ahí está.

Amiga:

Borracho está... no se entiende ni con él, qué le voy a preguntar. Ni siquiera se ha dado cuenta que su mujer no ha salido del incendio.

Madre de albañil:

¿Acaso eso más vas a decir que es su culpa? Nosotras le hemos dicho que salga. Ella no ha querido. Le hemos rogado. Yo no sé por qué.

Mujer del albañil aparece por detrás de la escena, con la cara y las ropas totalmente sucias de hollín. Todos se dan la vuelta sorprendidos. Hasta los borrachos levantan la cabeza.

Mujer del albañil:

Para acabar. Me he quedado para acabar. Y he acabado todo. Biencito lo he dejado.

Amiga:

Pero ¿por dónde has salido? Pensé que te habías quemado. ¡Qué susto! *Abraza a Mujer del albañil.*

Mujer del albañil:

Por detrás he salido, ahí no hay tanto fuego, aunque no tarda en arder todo. No creo que algo quede en pie. Todo se ha perdido.

Madre de albañil:

Pero, entonces, ¿por qué te has quedado? ¿Por qué querías morirte?

Amiga:

Porque estabas triste, ¿no ve? Porque todo lo que has hecho con tanto sacrificio se ha perdido, ¿no ve? Porque ahora ni el arquitecto te va a querer pagar, es más, les va a cobrar por todo esto.

Madre de albañil:

Pero ha sido un accidente.

Mujer del albañil:

No, no me he quedado por eso. Solo quería saber si podía acabar. El arquitecto me ha dejado harto para hacer, pero yo he visto en su cara que dudaba de que lo iba a lograr, creo que ha pensado que como soy mujer soy más débil y que no iba a poder. Pero yo quería demostrarle que sí podía, por eso me he quedado para acabar.

Amiga:

Igual ahora no le vas a poder demostrar, aunque hayas acabado, porque igual todo se ha quemado, todo se ha destruido. ¿Qué le vas a mostrar? Y aunque le digas, tal vez ni te cree. Seguro no te cree.

Mujer de albañil:

¿Y qué me importa si no me cree? ¿Acaso lo he hecho por él? Yo me lo quería demostrar a mí, solo a mí. Porque a veces yo tampoco creía que lo iba a lograr. No sé por qué a veces los papás, o los amigos, o hasta en el colegio dicen: no vas a poder, no vas a poder y una se lo acaba creyendo. Y aunque todo está saliendo, difícil es callar esa voccecita que te dice bajito, sin que nadie más escuche: “no vas a poder, te va a salir mal”. Por eso quería demostrarme a mí que sí podía. Aunque solo sea por un instante, antes que todo se quemara, lo he visto todo bien hecho, hecho por mí.

Madre de albañil:

Qué loca estás. Te podías morir, solo para ver si podías, a ver. ¡Loca! Y, ¿ahora que van hacer? ¿Dónde van a ir con mi hijo?

Mujer del albañil:

De su hijo no sé. Yo y mis hijos nos vamos a ir a otra construcción de más allá, donde el arquitecto ha dicho que están buscando albañiles. Ahí voy a buscar trabajo.

Madre de albañil:

Pero ¿vas a seguir trabajando de albañil? ¿Y a tus hijos quién los va a atender?

Mujer de albañil:

Como hemos estado haciendo todo este tiempo mientras trabajaba en esta obra. El grandecito está cocinando y el menorcito limpia la casa.

Madre de albañil:

¿Qué? ¿Mis nietos están cocinando y limpiando? Pero si no son mujercitas. Qué les estás enseñando. Por lo menos lléalos a la obra para que aprendan un oficio de hombre, algo que les sirva.

Hijo 1:

Abuela, a mí me gusta cocinar. En la obra me ensucio, todo es lleno de tierra. A mi mamá le gusta, yo prefiero estar en la casa. Yo quiero cocinar como los de *Masterchef*, los de la tele. Además, cocino lo que me gusta y como rico.

Madre de albañil:

Hijito, ¿en serio te gusta? Si eso es de mujercitas.

Hijo 1:

Pero si yo soy hombre y cocino, ¿por qué es de mujercitas? No entiendo. Es más, me sale más rico que a mi mami, incluso más rico que a vos. Si quieres te enseño unas recetas.

Mujer del albañil:

Además, ¿qué querías que haga? Si yo trabajaba todo el día, alguien tenía que cocinar y su hijo es medio inútil, en la obra no puede, en la casa tampoco. No sé en qué rato me he juntado con él.

Madre de albañil:

Pero ¿lo vas abandonar? No lo puedes dejar ahorita. ¿Dónde va a ir?

Mujer de albañil:

Primero, que arregle todo este desastre con el arquitecto. No sé si le van a cobrar, pero él tiene que arreglarlo. Y luego que busque un oficio que le guste para que trabaje bien. Y ahí veremos.

Aparece en escena Arquitecto.

Arquitecto:

¿Qué mierda es todo esto? ¿Cómo que se ha quemado todo? Si ya estábamos acabando. *Se dirige a Mujer del albañil.* Me has dicho que hoy lo ibas a acabar todo.

Mujer del albañil:

Sí, he acabado todo como me ha dicho. Estaba bien bonito, pero luego se ha quemado.

Arquitecto:

Pero ¿por qué? ¿Qué ha pasado?

Tío:

Señala a los borrachos que siguen con la cabeza agachada. Estos que estaban tomando con una vela. Lo han hecho caer y todo se ha quemado.

Madre de albañil:

Shhh, callate.

Arquitecto:

Entonces, ellos tienen que pagar. *Se dirige a Mujer del albañil.* Pero tú no te vas a ir, ¿no? Tengo que entregar esta obra como sea. Voy a pedir plazo. Lo voy hacer limpiar rápido y hay que empezar de nuevo. Y como tú ya sabes cómo es, rápido lo vas a hacer. Por eso necesito que te quedes. Ahora te voy a dar para que vayas a vivir a otro lado, pero mañana mismo empezamos.

Mujer del albañil:

No, ya no quiero, arquitecto. Me voy a ir nomás.

Arquitecto:

Pero ¿por qué? Nada de esto es tu culpa. Nada de esto te voy a cobrar.

Mujer del albañil:

Igual, arquitecto. Prefiero irme nomás.

Arquitecto:

Pero te voy a pagar completo, no la mitad como antes. Es que, de todos mis albañiles, tú eres la que mejor trabaja. Por favor, te necesito. Es más, si quieres te pago lo de hoy también, aunque se haya quemado.

Amiga:

Codea a Mujer del albañil. Aceptá, sonsa, es un buen trato.

Mujer del albañil:

No, lo siento, arquitecto. Quiero empezar otra vez, pero en otra parte. Donde pueda construir algo nuevo, totalmente nuevo.

Madre de albañil:

Mirá, hija, se están cayendo todas las paredes.

Todos miran hacia adelante, hasta los borrachos. Aparece Hombre.

Hombre:

Disculpen, estoy buscando un albañil. Mi arquitecto me ha dicho que trabajaba en esta obra.

Albañil:

Se para apenas, sigue borracho. Yo... yo trabajaba aquí.

Hombre:

No. Mi arquitecto dice que era mujer el albañil, que era la mujer del albañil la que ha construido todo y a esa quiere, dice que es la mejor. Como ha visto que esta obra se quemaba, me ha mandado rápido. Todos saben que es buena, nos la van a ganar, me ha dicho. ¿Quién de ustedes es la albañil?

Mujer del albañil:

Yo.

Hombre:

¿Usted es la mujer del albañil?

Mujer del albañil:

No. Yo me llamo Victoria.

FIN

Tari de miel

*Randy Rambert Rojas Rojas**

* Randy Rambert Rojas Rojas (Santa Cruz, 1994). Como artista, participó en exposiciones colectivas en diferentes centros y galerías: Museo de Arte Contemporáneo Santa Cruz, Museo Altillo Beni, Centro Simón I. Patiño, Centro Boliviano Americano y LocalArt-Beauty Plaza. Como escritor de textos dramáticos teatrales, ha sido seleccionado para la residencia “Panorama sur Bolivia 2018, Escenas del confinamiento”, compilación publicada en digital para la editorial del Galpão Cine Horto, Belo Horizonte (Brasil). Actualmente, desarrolla su proyecto de tesis de licenciatura en Teatro en la Escuela Nacional de Teatro.

Personajes

Marta

Marido

Vecina

Hijo

Maestro de ceremonia

Marido, Vecina e Hijo solo son voces en off.

1. La salida del sol

Marta sobre el escenario saluda a su público multitudinario, acaba de ser nombrada como embajadora de la Canción Boliviana.

Marta:

Hoy me encuentro muy emocionada y realmente agradecida. Es un honor recibir este reconocimiento de parte de nuestro presidente...

Aplausos del público. Marta sonríe observando con dificultad al público, una luz le da directo en el rostro dejándola con poca visión. Marta se encuentra muy emocionada, los ojos le lagrimean y cuida que la voz no se le corte.

Marta:

¡Gracias! Gracias, muchas gracias señor presidente, gracias a ustedes por escuchar mi música, a mis padres y a mi hermano, todo lo que soy no podría haberlo hecho sin ellos... Gracias a Dios por este don que me dio... Gracias, Bolivia... Muchas gracias...

Un gran destello de luz. Después, oscuro. El sol apenas se ve asomando por el horizonte nocturno. En el patio de una pequeña casa, al fondo una ventana y una puerta están totalmente abiertas. Una brisa fresca sopla, una brisa que trae el sereno que humedece el suelo arenoso y los escasos brotes de hierba y césped verde esparcidos en el jardín. Marta se asoma por detrás de la ventana vestida de camión blanco, claramente desgastado, mientras se va amarrando el cabello con una moña.

Marta:

“Yo soy el trasnochador
Tunando en la oscuridad
Y en estas noches de amor
Voy buscando la luz de tu dulce mirar”.

Marta camina hacia la puerta y se queda un momento observando el cielo oscuro.

Marta:

“Por eso sigo mi bien
Tunante y trasnochador
Huyéndole a mi dolor
Perdido el placer, perdido el...”.

Busca una escoba.

Marta:

Soy Gladys Moreno Cuellar, yo soy Gladys Moreno, yo soy Gladys Moreno... Yo soy Gladys Moreno...

Encuentra la escoba de madera y paja y comienza a barrer el patio.

Marta:

“Por eso sigo mi bien
Tunante y trasnochador
Huyéndole a mi dolor”.

Yo soy Gladys Moreno y nací el 28 de noviembre de 1933 en Santa Cruz, Bolivia, en ese entonces un poblau pequeñingo... donde todos noj conocíamos, donde la ciudad solo eran unas cuantas cuadras alrededor de la plaza principal, las calles de tierra que se convertían en terribles barriales de greda cuando llovía, los carretones con bueyes circulaban y nos cubríamos del sol con sombreros de sao... Yo ahora soy una mujer casada, la mujer de un hombre, soy una mujer madre de una hija, seré una mujer con nietos y quién sabe si algún día pueda ser una mujer que llegue a ver a sus bisnietos... Yo no solo soy cruceña de corazón, yo soy una mujer boliviana con mucha pasión.

Marido:

¡Marta! Volvé a la cama... ¿Marta?

Marta no escucha, sigue barriendo.

Marta:

De niña me fui a vivir a la ciudad de La Paz, o me llevaron. Allí viví un par de años acompañada de mis tías. Fui una niña, puedo decir, muy feliz. Me gustaba leer, dibujar, comer dulces, pero sobre todo amaba cantar.

Marido:

¡Marta! Volvé a la cama, ¿qué haces levantada tan temprano? ¿Otra vez lo mismo?

Marta vuelca de reojo para atrás como si hubiera escuchado un ruido.

Marido:

¡Oye, voj, sé que me escuchas!

Marta:

¿Y qué es lo que querés voj? Yo no soy ninguna Marta... Marta será alguna de tus cunumis, mi nombre es Gladys, yo me llamo Gladys.

Marido:

¿Cómo es eso? ¿Cómo que te llamas Gladys?

Marta:

Yo soy Gladys...

Marido:

Voj no sos Gladys, sos Marta, mi amor...

Marta:

Todos los días es lo mismo con usted, diciéndome que soy su amor. Yo ya estoy casada... yo no sé quién será esa Marta y, si no se modera, voy a hablar con mi marido para que lo despida.

Marido:

¿Cómo me vas a despedir? Pero voj estás... Marta, yo soy tu esposo...

Marta:

Mañana mismo hablo con el médico para que me lo cambie y lo revise, algo en su cabeza debe andar mal...

Marido:

¿En cuál?

El marido se mata de risa, Marta se pone roja y se molesta.

Marta:

¿No me ve? ¿No escucha que estoy ocupada? ¿Qué es lo que le pica? Si no va a venir ayudarme, no moleste.

Marido:

No me dejas dormir con tus cánticos. Vení y echate, mujer.

Marta:

Claro y ahora resulta que solo soy una mujer, claro, que le molesta todo lo que hago, es porque soy...

Marido:

Basta, Marta, yo no dije eso.

Marta:

¡Que no soy Marta! Mi nombre es Gladys... y para usted señora Gladys. Una vez más me cambia el nombre y se me va de la casa, yo no soy alcahueta de nadie.

Ambos quedan en silencio, solo escuchamos el barrido de Marta, barre bailando con mucha alegría.

Marta:

“En una tutuma podría caber,
Toda la alegría que yo conseguí,
Un gran jasayé no podría caber,
Con todas las penas que dejaron en mí”.

Marido:

Todo el tiempo es lo mismo con voj... Todo el santo día cantando una y otra vez las mismas canciones, que si guajojó, que si la luna, que la cueca esta... que aquella. Estoy pohecó...

Marta ni se mosquea.

Marta:

Es verdad que canto todo el santo día, es mi casa, ¿no? Además, cómo no cantarle a esta tierra hermosa, cómo no amar a mi Bolivia si tanto me ha amado, no ves mi hermoso jardín floreado, el hermoso sol... *Suspira.* ¡Mi Bolivia! Todavía recuerdo como si fuera ayer, el majestuoso Illimani. Yo era una niña todavía la primera vez que vi la nieve en La Paz... yo cantaba todo el día, encendía la radio a todo volumen y meta la cantadera. Me sabía de pe a pa las letras de las canciones, incluso hasta el orden en el que las pasaban a diario... Pobres de mis tías, tener que aguantarme todos los días...

Marido:

Pobres tus tías, aguantarte a voj y al frío ese de mier...

Marta refunfuña en silencio.

Marta:

“Sopocachi de mis sueños juveniles
Quince abriles quien volviera hoy a tener
Miraflores mi refugio dominguero
Solo espero a tu regazo volver”.

Marta:

De ahí soy yo, de donde a la gente le guste escucharme cantar, y si no le gusta... Sabe dónde está la puerta, yo no lo estoy sujetando pa' que se quede... *Silencio*. Yo desde niña lo sentía, que iba a vivir pa' esto. No sé si quería ser una cantante profesional. En ese entonces éramos muy pocas las mujeres que teníamos muy bien puestos los pantalones para enfrentar todo ese mundo hecho pa' los hombres...

Marido:

¡Otra vez!

Marta se sorprende.

Marta:

¿Qué?

Marido:

¡Otra vez con esa cantaleta!

Marta:

¿Cuál? ¿Mis cantos o mi coraje?

Marido:

¡Eso pues!

Marta:

¿Y qué es eso?

Marido:

Susurrando. Lo del discurso feminista.

Marta:

¡Ah...! ¿Y qué es eso del discurso feminista?

Marido:

¡Shhh! Bajá la voz.

Marta:

Voj no me vas a callar en mi propia casa.

Marido:

Las vecinas te van a escuchar.

Marta:

¡Que me escuchen, puej!

Marido:

Después sus maridos van a venir a quejarse conmigo, que las estás alterando y les estas metiendo cosas de locas en la cabeza...

Marta:

Cuáles cosas de locas, ¿ah? ¿Cuáles?

Marido:

Eso de pintarse el cabello de colores... las axilas peludas y esas de las pañoletas verdes que se van a ir al infierno...

Marta:

¿Y quién aquí se está pintando los cabellos? Además, solo los pecadores como usted se van a ir al infierno con o sin pañoleta. ¿Qué clase de grupo religioso será ese?

Marido:

¡Las pañoletas verdes son para el aborto!

Marta:

¡Jesús, María! Si te pones esa pañoleta verde, ¿abortás?

Marido:

¡No, marta! La pañoleta verde es para apoyar que todas las mujeres se hagan abortos.

Marta:

¡Que no soy Marta! Y yo ya no puedo embarazarme, ¿pa' que quiero aborto?

Marido:

Por eso mismo, pa' que las mujerzuelas tengan sexo sin protección y luego aborten...

Marta:

¿Acaso es la mujer la que se pone condón? Yo no he visto dónde hay eso aquí...

Marido:

Sí hay... pero igual, las mujerzuelas les quitan el condón a los hombres para quedar embarazadas del hombre y sacarle plata.

Marta:

¿Entonces? ¿Pa' qué quieren abortar?

Marido:

No entendés, nunca entendés...

Marta:

¡Elay, el sinvergüenza atrevido! Pero va a ver cuando llegue mi marido, me está faltando el respeto, en mi propia casa... ¡Váyase, váyase!

Marido:

Ya empezó con su tronadera... Vení y echate un rato más conmigo, te voy a hacer cariñitos...

Marta:

¡Cariñitos! Esto ya es el colmo. Usted qué piensa, ¿que soy una culo suelto? Váyase de mi casa, apure. ¡No lo quiero ver nunca más por aquí! *Marta refunfuña mientras barre.*

Silencio.

Marta:

“Llorarás cuando mañana
Ya de ti nadie se acuerde
Porque del infierno verde
Solo Dios se acordará”.

Televisión:

Hoy en tu revista matutina conversaremos con un experto de las redes sociales y la polémica de la tiktoker Albertina, que por si no lo sabía, es una joven muy humilde que cobra 1000 dólares por publicidad. Es increíble la cantidad de dinero que pide esta joven. También tendremos una entrevista con el gran compositor, cantautor, Bonny Lovy, que nos comentará sobre su elegante forma de vestir. Por último, les mostraremos este video viral de un padre que publicó a su pequeña hija de 5 años cantando una canción de empoderamiento femenino de Bad Bunny. ¿Qué opinan ustedes del conejito malito vistiendo faldas llamativas? Déjenlo saber en nuestras redes sociales, nos encuentran como @licuadoramañaneraoficial.

Marta:

“Laira-lalara-lalara,
Laira-lalara-lalara
La-lara-lalala-lara,
Laira-lalaira-rara”.

Silencio.

Marta:

¿Te conté que mi papá se emocionó mucho cuando me escuchó cantar? Su hija tenía un don pa' cantar. Claro, yo ya cantaba en todingos los laus. Donde fuera que hubiera un festejo ahí estaba yo listinga para cantar... No era fiesta si la Gladys no estaba invitada pa' que cante unas cuantas canciones. Siempre me recibieron bien: me esperaban con una alegre sonrisa, con mucho amor... Siempre me sentí afortunada de tener este lindo pueblo para mí. Y lo más importante es que había la seguridad de poder salir a la calle, no como ahora. Ni a la esquina podemos salir, que ya tenemos culpa de ser bellas y exuberantes...

Marido:

¡Shhh! Ya estás insinuando de nuevo.

Marta:

Y ¿ahora qué estoy insinuando?

Marido:

Susurrando. Ya te dije, lo del discurso feminista.

Marta:

¡Ah...! ¿Y qué es eso del discurso feminista?

Marido:

Que bajes la voz.

Marta:

¡Que todos me escuchen! ¡Estoy insinuando cosas feministas! ¡Cosas feministas! ¡Estoy barriendo y estoy haciendo cosas feministas!

Marido:

¡Marta! Bajá la voz...

Marta:

¿Marta? ¿Quién es Marta?

Marido:

¡Voj sos Marta, mi amor!

Marta:

¡No! ¡Yo soy Gladys! Señora Gladys pa' usted.

Marido:

¡Ya tuve suficiente hoy! Ya no te aguanto más, vas a provocar que se me pare el corazón de rabia.

Marta:

¡Yo! Yo soy la que no lo aguanta más a usted, agarre sus cosas y se larga ya mismo de acá... Cuando llegue mi marido le voy a decir que lo eche a la calle... sinvergüenza, debiendo más de cuatro meses de alquiler viene aquí a hacerse el dueño, hoy mismo se va a la calle... ¿Me escuchó?

Los pajaritos comienzan a cantar, revolotean enérgicamente en los árboles. El sol, cada vez más y más, se acerca a lo alto del cielo. Marta refunfuña y continúa barriendo muy rabiosa.

2. Sol a mediodía

Marta vuelve a salir desde la puerta del fondo y vuelve a barrer su patio. Pasa una y otra vez la escoba por los mismos lugares, de arriba a abajo, de izquierda a derecha. El sol da directo sobre Marta. Ya va a ser mediodía. Con su mano se hace sombra del sol que le pega muy fuerte. Se seca el sudor y cambia de mano a cada momento.

Marta:

¿Te conté cuando grabé mi primer álbum? Fue en alguna de las radios populares de ese entonces en La Paz, ahí me prendieron el mechero... Ahí fue donde vi cómo comenzaron mis primeros destellos de luz... *Marta sigue barriendo haciendo un ademán de esperar una respuesta.* Tiempo después me dieron una nueva oportunidad pa' representar la unión de Bolivia... De una Bolivia pacífica, unida por la música, para acabar con el segregacionismo. ¡Ay mi hermosa Bolivia! Si yo siguiera cantando, las cosas claramente serían distintas... Yo puej viajé al Brasil acompañada de mi madre, una oportunidad importantísima para mi carrera... Me habían invitado a grabar un álbum... Un álbum con unas cuantas cancioncillas. Ahí me di la oportunidad de explorar nuevos ritmos, de probar de qué y para qué estaba hecha mi voz... ¡Claro, pa' cantar y ser Bolivia!

Marido:

Marta, esto no es el Miss Universo.

Marta:

Marta lo ignora y sigue barriendo mientras continúa hablándole. Fui la primera... Me gusta decir que fui la primera, me vibra el alma decirlo, pero detrás de eso...

Marido:

¿Otra vez con lo mismo?

Marta:

¿Y qué es lo mismo?

Marido:

Susurrando. Que vas a decir otra vez cosas feministas.

Marta:

¿Y qué es eso de cosas feministas? en todingo los laus lo escucho... No entiendo qué tanto les fascina. Yo solo te estoy contando de cómo se me abrieron los caminos a mí, una simple mujer Boliviana. Ahora puej soy un orgullo para mi patria, como alguna vez dijo el héroe nacional, "morir antes que esclavos vivir".

Marido:

¿Qué estás diciendo? Eso es del himno nacional, ¡Jesús, María!

Marta:

Así no era, ¿no?

Marido:

No, no, no, era... Es la otra frase.

Marta:

¿Cuál?

Marido:

La de rendirse, Abaroa, el mar...

Marta:

¡Ah! “¿Rendirme yo? ¡Que se rinda su abuela, carajo!”. *Canta.*

“Nunca tuve yo un querer

Como el que yo siento por ti

Solo se mi dulce amor”.

Marido:

¿Marta?

Marta:

“Que los ojos que yo vi

Me enloquecen sin piedad

Ojos negros que al mirar”.

Marido:

¿Marta me estás escuchando?

Marta:

“Me despiertan la pasión

Y me dan felicidad”.

Marido:

¿Marta?

Marta:

¡Agarre sus cosas y váyase! ¡Ya le repetí mil veces que no soy Marta, cambia sinvergüenza! Váyase, hijo de su santa madre que lo mira desde allá arriba.

Marido:

¡Mi amor! Mi amorcito lindo, yo te amo. Yo te dije mi amor... no te dije Marta.

Marta:

¿Cómo que mi amor? Usted me llamó Marta, no estoy loca, ni estoy sorda, ya agarre sus cosas y váyase, yo no necesito ningún hombre... ¿Me escuchó? Los hombres van y vienen.

Marido:

Dije mi amor, lo juro por mi madrecita... Te amo, mi amorsango hermosa, mi regalo de Dios...

Marta:

Vaya corriendo a decirle eso a esa tal Marta. *Marta sigue barriendo molesta, su camión puede verse transpirado.* ¿Y qué está esperando? Váyase, ¡le saco sus cosas? Eso seguramente quiere.

Televisión:

Hoy vamos a preparar esta riquísima receta a base de papas... Haremos un delicioso queso vegano, que ahora están muy de moda las comidas saludables... no se lo puede perder, riquísimo, acompañado con una buena milanesa hecha con pollos Sofría y auspiciado por aceite de girasol Sabrosín, imperdible el día de hoy lo que tenemos, vaya alistando sus ingredientes que se los dejamos aquí a pie de pantalla, no se lo pierda... Ya volvemos, para esto y mucho más.

Silencio.

Marta:

“Al pasar por Huanchaca,
Salió la huanchaqueña,
Con su pañuelo, con su pañuelo
Ay, ya ya yai, con su pañuelo
La huanchaqueña”.

Marido:

¿Amor de mi vida? *Silencio.* ¿Vidita mía?

Marta intenta ignorarlo pero no resiste.

Marta:

Y ahora, ¿qué querés? ¿No me ves que estoy ocupada?

Marido:

No se enoje, mi bella flor de patujú...

Marta:

¿Y desde cuándo soy su bella flor de patujú? *Silencio.* ¡Ya hombre! ¿Qué te hace falta? ¿Qué querés?

Marido:

El almuerzo, mi amor, ¿a qué hora vamos a comer?

Marta:

¡Pero anda, cocínate, hombre! No me hagas enojar más, porque yo misma voy y te saco tus cosas a la calle... Eloy, el sinvergüenza este, que piensa que estoy aquí pa' su empleada. Que se levante a hacer algo, que vaya a ventear su fundillo. Haga algo en vez de estar como opa viendo tikitoks...

Marta sigue barriendo muy malhumorada. Vecina desde la casa de al lado.

Vecina:

¡Oiga, vecina! ¡Vecina! ¿De qué anda renegando ahora, mamita? Pobre escoba, la va a romper con tanta rabia.

Marta:

Este puej, que quiere que le prepare el almuerzo, el muy flojo, si lo vieras voj tirau en su hamaca rascándose... Que se cocine por lo menos, ¿no me ve que estoy limpiando?

Vecina:

Así, pues, son los hombres vecina, unos flojos, qué le vamos a hacer. Yo tengo que esperar al mío con la comida ya lista.

Marta:

¿Cómo que qué le vamos a hacer? Dejarlos pues, los dejamos y que se busquen su cocinera, su lavandera.

Vecina:

¿Y nosotras qué hacemos? Yo lo que es no tengo plata, ni trabajo para mantener mis wawas, prefiero a mi Jacinto a que otro hombre me haga sufrir, si todos los hombres igualitos son.

Marta:

¡No, vecina! No todos son así, le cuento que en una de mis giras por Potosí, yo bajaba de la avioneta y había una multitud de mineros que me esperaba para llevarme alzada en sus hombros para que les cantase...

Vecina:

¿Usted está bien, vecina?

Marta:

Claro que estoy bien, ¿a qué se debe esa pregunta, vecina?

Vecina:

Eso que anda diciendo pues, lo de la multitud, los mineros alzándola... Parece eso de las fantasías calientes...

Marta:

Elay, la atrevida, modérese, oiga, que yo soy una mujer decente y de un solo hombre, ¿me escuchó? Confianzuda resultó.

Vecina:

No se moleste, vecina, no tiene nada de malo tener las fantasías calientes, si usted supiera las mías, ay, riquito la pasamos con el Jacinto vestido de policía, su raterita sexy, me dice.

Marta:

¡Basta, vecina, cállese, no quiero saber más de eso!

Vecina:

Pero es normal eso, vecina... Cómo pues.

Marta:

Ya, ya... ¡ya está bien! Mejor dígame, ¿qué quiere? Usted solo para que le haga favores me habla, ¿qué es lo que necesita ahora?

Vecina:

Tampoco es así, vecina... Quería saber si tenía en su cocina papa que me preste o me regale. Quiero aprender a hacer el queso vegano.

Marta:

¿Queso vegano? ¿Qué es eso, vecina? Solo tengo yuca de sobra si quiere...

Vecina:

¡Ucha, vecina! Es comida vegana. Dicen que rico es y caro es. También es para mantener la figura... ¿Y ahora qué hago? Al Jacinto siempre no le gusta la yuca, dice que no es cambia pa' comer como si fuera papa.

Marta:

Elay disque... Si yo tuviera le daba vecina, pero justo ayer le hice unas papas fritas a mi marido y le dio plan... yo le ofrezco yuca y si no quiere, entonces, vaya y se compra su papa y esa comida vegana que dice.

Marta sigue barriendo en silencio.

Vecina:

¿Vecina?

Marta:

¿Sí, vecina?

Vecina:

¿No me presta unos 10 pesitos para mandar a comprar papa?

Marta:

Tomá, tomá, no hay más que hacer con voj, te doy porque no quiero escucharlo gritar a tu marido. Así nomás son estos hombres, que piensan que nomás nos la pasamos rascándonos como ellos. Corré porque se te va a hacer más tarde, y no molestés.

Vecina:

¡Gracias, mamita! ¡Dios te lo pague!

Marta:

¿Cómo que Dios? Voj me tenés que pagar.

Vecina:

No sea así, vecina, claro que yo le voy a devolver, cuándo le he fallado... además le voy a traer para que pruebe comida vegana, rico va a ver...

Marta:

Andá por tu papá, apurate maj bien, no me ves que yo no termino de barrer aquí. Ya es tarde y yo nada de acabar y este quiere que lo solucione todo. Que si hay bloqueo quiere que vaya y les cante pa' abuenarlos, que si hay marchas quiere que vaya y cante, que si hay huelgas también quiere que cante, a todo quiere que vaya y cante... más bien no hemos tenido una guerra civil porque ahí también me mandaba pa' que les cante, yo ya estoy cansada...

Vecina:

¡Qué grave había siu siempre, vecina! Igualito que el Jacinto... que se ha ensuciado la wawa, tengo que correr a cambiar, que se le friega el micro, correr a llevárselo repuestos, que se durmió en la fiesta, correr a traerlo, ¡grave siempre!... Pero mi marido es. Ya bien decía mi madre que no me junte, que aunque sea me iba a hacer estudiar o que me busque uno con plata, uno con su camioneta tundra y sus puestos en el mercado... pero no hice caso siempre. Yo bien enamorada del Jacinto, bien simpático era, bien cariñoso me conquistó...

Marta:

Una de vieja ahora se da cuenta de sus errores. Yo en el 62, después de ser embajadora de la canción, ¡de la canción nacional, vecina! Después de eso, a los dos años me enamoré y lo que a una le hace hacer el amor: me casé,

tuve a mi hija y después decidí que eso es lo que quería, me retiré de la música... Claro, para estar con mi familia todo el tiempo.

Vecina:

Había siu cantante, vecina, con razón anda cante y cante desde bien temprano.

Marta:

Yo le canto al mundo, llevo siempre un mensaje de paz, amor y amistad...

Vecina:

¡Ay, vecina! Tan buena siempre usted...

Marta:

“La vida me duele sin voz
Preciosa emisaria de amor
Linda flor de arrebol y mi sed de ti”.

Televisión:

Bienvenidos a su tele país, Bolivia, comenzamos la jornada con nuestros titulares. Miles de jóvenes bolivianos marchan para que se restablezca la transmisión de los Simpsons, la popular serie de dibujos animados fue cancelada y reemplazada por el popular programa Calle 7. Katya Echazarreta es la primera mujer latinoamericana en llegar al espacio, la mexicana nacida en Guadalajara, alcanzó el espacio este cuatro de junio a su joven edad de veintiséis años, la soltera y sensual astronauta está orgullosa de sus logros. La reconocida activista Kitita se encuentra generando disturbios en la plaza principal, se niega a soltar la wiphala, reclama su derecho a manifestarse libremente, mientras tanto se crea tensión en los alrededores, un grupo de conservadores intenta atacar contra otro de nacionalistas. Una mujer es expuesta por las infidelidades cometidas con su vecino, la junta vecinal exige castigo por el adulterio, la iglesia pide que la promiscua se arrepienta ante Dios, la mujer fue resguardada por la policía evitando que sea linchada, mientras tanto el vecino recibe tratamiento psicológico por haber sido seducido y violentado sexualmente, declara la esposa de la víctima...

Marta:

¡Dios mío! Cada día estamos peor, ¡cada día estamos peor!

Marta aumenta la fuerza con la que barre, se nota desesperada y poco a poco empieza a agitarse, se ventea con la mano, mientras se cubre del sol y seca su transpiración empapando más y más su camión.

Marido:

¿Escuchaste eso? La tropa de nacionalistas quiere invadirnos.

Televisión:

El papa ha llegado a Canadá y pedirá disculpas por los abusos cometidos a los indígenas en sus internados católicos, los indígenas volverán a ser felices con las disculpas del Santo Padre.

Vecina:

¡Vecina! ¡Vecina! Ni sabe: a la Silvana la pillaron con otro, su marido la sacó a la calle, viera usted...

Marido:

¿La mujer de la esquina? Esta gente que no sabe respetar tierra ajena...

Televisión:

Madre de niño expulsado de colegio vende fotos íntimas, la sexy mujer, doctora de profesión, dice haber dejado su trabajo por la rentabilidad económica que resulta el hacer contenido para adultos.

Vecina:

¡Calata está! ¡Chuta en la calle!

Marido:

¡Eso sí es interesante! Una mujer que sale adelante.

Televisión:

Lightyear es un rotundo fracaso en taquillas para Disney, los padres prefieren llevar a sus hijos a ver *Thor*: el espectacular cuerpo trabajado del actor, no pasa desapercibido.

Marido:

Siempre queriendo imponernos sus ideologías...

Vecina:

No hay nada mejor que la familia natural.

Marido:

Siempre, primero la familia.

Vecina:

Padre, madre, hijos, es lo que Dios dice en la Biblia.

Marido:

A los homosexuales los deberían de llevar al cuartel, a que se hagan hombres

Vecina:

¡Chicotearlos, vecino!

Marido:

A las lesbianas un hombre les hace falta.

Vecina:

Un macho necesitan.

Marido:

Esas necesitan palo y tenerlas adentro, que aprendan a cocinar.

Vecina:

Deberían encerrarlos a toditos esos pecadores.

Marido:

¡Maricas no había en mis tiempos!

Vecina:

Ahora en toditos los lados están con su bandera arcoíris.

Marido:

Y su pañuelo verde del diablo... Deberíamos matarlos de canto...

Marta:

¡Que se callen carajo!

Marta deja caer la escoba por un dolor en el pecho y quedan en silencio.

Marido:

¿Marta, mi amor, estás bien?

Vecina:

¡Vecina!

Las palpitaciones de Marta se escuchan cada vez más fuertes.

Marta:

¿Acaso es su culo? Por qué no dejan de joder a los demás, dejen que cada quien se meta lo que le cante en el culo. Eso en qué les molesta... Hay que asistir a misa los domingos sin falta, pa' confesar nuestros pecados. Si se puede, recibir el agua bendita, para estar en paz... Y claro, después, salir por salteñita y su juguito de papaya, luego en casa preparar el almuerzo, todos juntos, los hermanos, los tíos, los hijos, los nietos... Nosotras las mujeres adentro a hervir la yuca, a hacer la ensalada, el arroz con queso y los hombres afuera con su cervecita prendiendo el carbón para la carne, y así pasar las horas entre risas y charlas... Por la tarde, el café con las masitas, tan ricas las empanadas de arroz y el cuñapé... Ya en la noche, alguno saca la guitarra y yo me canto unas canciones al son de los aplausos... Es todo un sueño hecho realidad... Al final de eso, los parientes se van yendo, poco a poquito van dejando la casa vacía, poco a poquito vamos envejeciendo y dejan de venir, las rutinas cambian y las casas van quedando lentamente abandonadas.

Marta queda en silencio, agitada.

3. Tarde

Marta vuelve a salir desde la puerta del fondo de su casa, barre lentamente su patio, lleva otro camisón blanco menos desgastado que el anterior. También lleva puesto un sombrero, que le hace sombra de la hermosa luz cálida que la envuelve.

Marta:

“Soy presa de un recuerdo
Marchito en la ilusión
Soy gota de rocío
Y soy jardín sin flor
Soy río caudaloso
Que su curso perdió
Soy casquillo en el aire
Soy fuego sin calor”.

Televisión:

Tengan muy buenas tardes queridas, amigas, hoy tenemos un hermoso programa para ustedes. Vamos a hablar de las relaciones cibernéticas, muy populares y muy usadas hoy en día por jóvenes y adultos, así que no te puedes perder estos tips por si estas interesada en conocer gente nueva. Hoy también vamos a hablar de sexualidad, sí, amiga, nos han estado pidiendo consejos para revivir las llamas pasionales con sus parejas. Por último, veremos los roles fundamentales de los padres en la crianza de un niño, esto y mucho más en este programa que tenemos para ustedes, acomódese que ya comenzamos.

Marta:

Soy Marta y solo soy una mujer común y corriente. Me enamoré, me junté, me casé y tuve un hijo... como muchas, no estudié. Ya lo dije, me enamoré y me junté muy joven, a los años tuve a mi hijo. No vengo de una familia que esté acomodada claramente, me quedé cuidando la casa y a mi hijo, mientras gracias a Dios su padre trabajaba, jamás nos hizo faltar la comida, teníamos un techo, abrigo, amor... No voy a contar de las veces que me faltó el respeto, que me trató de loca, de descuidada, de sucia, de floja... Hubo muchas veces que quise renunciar. Pretender que todo en casa estaba bien, me ahogaba. Entonces veía a mi esposo que amaba a su hijo y no podía soportar la idea de quitárselo... Yo no tuve un padre. En casa sobrevivimos como pudimos. Cuando papá nos dejó, fue duro, pero fue lo mejor que nos pudo pasar. Mi madre tampoco pudo terminar de criarnos, tenía muchas cosas de qué ocuparse, ya que mi padre no estaba... Y solo quedamos mis hermanos y yo contra este mundo. Poco a poco, descubrimos lo mal que está, pero lo ignoramos para poder sonreír... Poco a poco, mi hijo fue creciendo y yo, poco a poco envejeciendo, marchitándome junto con los sueños que alguna vez tuve... Pero ese es otro asunto, no quiero hablarles más de mí, tampoco quiero hablarles de lo mal que va el país... No quiero hablarles de narcotrá-

fico, no quiero hablarles de corrupción, eso no les interesa, por último, ni opinarían. Yo solo quería hablar sobre la mujer, ya saben: una mujer se ve hermosa cuando es feliz... ¿Me veo hermosa vestida así? *Silencio y después, canta.*
“En la existencia todo es la mujer
La dicha y la perdición
Es un arcángel si sabe querer
Demonio al aborrecer”.

4. La puesta de sol

Marta vuelve a salir desde la puerta del fondo de su casa. Barre tranquila mientras ve el arbol llegar.

Marta:

Yo soy Gladys Moreno, me casé con Alfredo Tomelic y después de tener a mi hija me alejé del escenario. Cantar desde el alma era agotador y ya me estaba pasando factura. Era tremendo desgaste la pasión que ponía en cada una de mis presentaciones... Es mejor retirarse cuando uno está en la cima, que cuando uno ya no lo puede hacer... Busqué un trabajo normal, por decirlo así, un trabajo de secretaria. Luego, en los 80, recibí la condecoración del Cóndor de los Andes. *Marta ya se ve cansada. El atardecer está a poco tiempo de que termine y llegue la oscuridad de la noche. Ella canta.*

“La culpa de mi locura
La culpa tienes tú
Me trataste con dulzura
Con paciencia solo tú”.

Marido:

¡Mi amor! ¿Qué querés cenar?

Marta:

No sé.

Marido:

Mi amor, ¿no se te antojan unas gibas? De aquí de la esquina, doble yuca como te gusta y con esa llajua que pica cuando sale...

Marta:

Puede ser...

Marido:

¿Mi amor? *Silencio.* ¿Amor de mi vida? *Silencio.* ¿Vida mía? *Silencio.* Mi cielo más puro de América. *Silencio.* ¡Mi amor! ¿Seguís enojada? *Silencio.*

Marta:

No, Alfredo, no estoy enojada.

Silencio.

Marido:

Yo no soy Alfredo. *Silencio*. Yo soy tu esposo, tu amor, el que te ama a pesar de todo. *Silencio*. Ahoringa voy y te traigo, seguringo ya tenés hambre... ¡Dos gibas! Eso te voy a traer... Como te veo tan ocupada y hacendosa, no quiero perjudicarte.

Marta:

¡Hasta que por fin notas que estoy ocupada!

Marido:

Seguro estás malhumoradita por hambre...

Marta:

Camba atrevido, ¿has visto tu jeta cuando tenés hambre...? Nadie te puede decir nada de paso, elay... Vaya de una vez, que esas gibas no se van a traer solas.

Marido:

Ya voy, ya voy... no es para que te enojés, no puedo decirte nada, que te alteras... ¿Pero sabes qué?

Marta:

¿Qué? ¿Algún día te vas a ir? ¿Algún día te vas a morir y te voy a extrañar?

Marido:

¡No! ¿Sabes qué?

Marta:

¿Qué?

Marido:

¡Te amo! Vieja loca...

Marta:

Cómo que vieja loca. ¡Yo no estoy loca! *Mientras se apoya en la escoba, se saca su chinela y la tira con rabia*. Loca tu abuela, criando a los sinvergüenzas de tus tíos... *Cojeando va en busca de su chinela mientras refunfuña y vuelve a barrer. Ya más calmada, se sonroja*. Como dice la vecina, mi "maredo" es... *Canta*.

"Insomnio tengo en la vida

Nomás por ti mujer

Tú tienes, tienes la culpa

De mi horrible padecer".

Hijo:

¿Mamá? *Marta sigue barriendo*. ¿Mamá? *Marta sigue barriendo*. ¿Mamá?

Marta:

¿A mí me está hablando?

Hijo:

Claro, puej... ¿A quién más?

Marta:

Disculpe, joven, pero yo no tengo hijo.

Hijo:

¿Cómo que no tiene hijo? ¿Y yo quién soy entonces, mamá?

Marta:

No sé, yo no tengo hijo... Yo solo tengo una hermosa hija.

Hijo:

Ah, ¿sí? ¿Tengo una hermana?

Marta:

Yo solo tengo una hija, mi querida hija Carola.

Hijo:

Pero, mamá, yo soy tu hijito querido... El único... Tu príncipe.

Marta:

Ya le he dicho que no tengo hijo... Pero mirándolo bien, es un joven de buen porte... Cara conocida, ¿de qué lado es usted? ¿No quiere conocer a mi Carolita? Mi Carolita no es muy escogedora, ¿de dónde sacará a sus pretendientes? Quién sabe... puro mala traza trae. Mire, a usted le cambiamos la camisita esa que tiene por una polerita con cuellito, uno de esos shortcitos de colores bien llamativo y no podría faltarle su mocasincito, y listo, mi Carolita no se le resiste... A ver, diga; "el pobre es pobre porque quiere".

Hijo:

Pero el pobre es pobre porque quiere...

Marta:

¿Cómo va a creer semejante barbaridad! Usted no piensa. Mejor váyase, no me venga con sus huevadas. Dónde se ha visto que el pobre es pobre porque quiere... Será el flojo nomás que es pobre porque quiere... pobre el que no caga, decía mi abuela que me mira del cielo. Lo que uno sufre cuando no va al baño en 3 días, viera usted sentarse y que no salga nada, ¡maminga, Jesús, María! Yo pues era medio estítica, viera lo que me costaba ir al baño...

Hijo:

Mamá, soy yo tu hijo, acordate...

Marta:

Que yo no soy su madre le he dicho, caramba che, váyase de una vez, que estas no son horas de visitas...

Hijo:

Mamita, tenés que volver...

Marta:

¿Pero qué está diciendo? ¿Quién es usted?

Hijo:

Mami, ¿estás tomando los medicamentos?

Marta:

¿Es otro médico? ¿Quién lo mandó?

Hijo:

Mi papá me llamó, dice que se ha estado comportando raro.

Marta:

¿Y quién es su padre?

Hijo:

Mamá, tu nombre es Marta.

Marta barre más lento.

Marta:

No, está equivocado... Yo no soy esa Marta.

Hijo:

Mamá, usted es Marta.

Marta:

¡No! Mi nombre es Gladys, Marta fue una amiga de colegio...

Hijo:

Mami, volvé, de niño me cantabas las canciones de Gladys, al día siguiente de cuando papá llegaba borracho.

Marta:

Yo soy Gladys Moreno y soy la embajadora de la canción.

Hijo:

Mamá, Gladys Moreno fue una cantante, me contaste que iban al mismo colegio...

Marta se detiene.

Marta:

Yo soy, yo sigo.

Hijo:

Murió en el 2005, de un infarto...

Marta:

¿Cómo que se murió? Usted está loco: yo todavía sigo aquí, yo todavía puedo cantar y hay Gladys para rato...

Hijo:

La noche del 3 de febrero.

Marta:

Yo sigo aquí, el otro día me escuché en la radio, ¿qué está diciendo?

Hijo:

Mamá, ¿no reconoces mi voz?

Marta:

No, ¿cómo voy a reconocer su voz?

Hijo:

“Alma, si tanto te han herido
Por qué te niegas al olvido
Por qué prefieres llorar lo que has perdido
Buscar lo que has querido
Y amar lo que murió”.

Marta queda paralizada, sus palpitaciones vuelven a sonar fuertemente. Silencio.

Marta:

Mi hijito querido, ¿qué pasó? ¿Y ese milagro que viniste a verme?

Hijo:

Nada, mamá, quería pasar a saludarte nomás.

Marta:

Mi hijito querido, ¿cómo has estado?

Hijo:

Mami, todo está bien, ¿estás tomando tus medicamentos?

Televisión:

“Siempre, en la noche, melodías cobijaba
Y una moza en el balcón suspiraba
Cómo me acuerdo del barrio La Capilla
El río Telchi y el barrio Cerebó
Cómo me acuerdo de la calle Murillo
Donde nació Gladys, orgullo nacional”.

Marta:

Tu padre seguro ya ha llegado.

Hijo:

Sí, te traje gibas... me dijo que son tus favoritas.

Marta:

Con doble yuca y la llajua que pica cuando sale... ¿Comiste, hijo? ¿Querés comer con nosotros?

Hijo:

Sí, mami, ya comí, venga a comer tranquila, no se preocupe, venga yo la ayudo.

Marta:

Un poquitingo, ¿nos acompañas?

Hijo:

Claro, mami, los acompaño. Vamos a la mesa.

5. La luna

Marta entre y se detiene a ver la luna que va subiendo y brillando cada vez más.

Marta:

“Hay lunita que entre nubes
Pareces curucusí
A vos que te quieren y te cantan
Mándame una esperanza
Rayito de color
Allí sobre el río Piraní
Que pa’ su corriente mis lágrimas vertí”.

Hijo:

“En una tutuma podría caber
Toda la alegría que yo conseguí
Un gran jasayé no podría caber
Con todas las penas que dejaron en mí”.

Un gran destello.

Marta:

“Hay lunita que entre nubes
Pareces curucusí
A vos que te quieren y te cantan
Mándame una esperanza
Rayito de color
Allí sobre el río Piraní
Que pa’ su corriente mis lágrimas vertí”.

Marta baja del escenario y al mirar la luna lentamente, su piel comienza a volverse de bronce.

Maestro de ceremonia:

Damas y caballeros, un aplauso para la mujer que se entregó por completo a Bolivia a través de su canto, hermanando a los bolivianos del norte y del sur, muchas gracias, señora Gladys, por ser Bolivia, la despedimos con muy fuertes aplausos. Una noche muy emotiva para todos los aquí presentes, nuevamente agradecer a la señora Gladys Moreno por tanto... ¡Hasta siempre!

FIN

397

Anexo

Canciones interpretadas por Gladys Moreno y que se citan en la obra:

- El Trasnochador - Raúl Otero Reiche y Nicolás Menacho.
- Lunita Camba - Percy Ávila
- Illimani - Néstor Portocarrero
- Infierno Verde - Alberto Ruiz Lavadenz y Miguel Ángel Valda
- Ojos Negros - Arturo Pinckert y José R. Moreno
- Huanchaqueña - D. R.
- Sed de Amor - Miguel Ángel Valda y Rafael García
- Incertidumbre - Daniel Salinas y Gladys Moreno
- Cuando se va la ilusión - Hormando Ortiz Chávez y Roger Becerra Casanova
- Desde el alma - Rosita Melo y Homero Manzi
- La culpable - Gladys Moreno
- Añoranza cruceña - Los Cambitas

Madre

Una condena genética

*Sarah Faride Tamayo Isaias**

* Sarah Faride Tamayo Isaias (La Paz, 1988). Es directora, dramaturga y actriz de teatro. Se especializa en Teatro documental. Estudió Ciencias Económicas, Artes Escénicas y un master en Gestión Cultural. Sus obras se representaron a nivel nacional. Es directora y fundadora de la *Compañía Cabra Teatro* con la que realizó diferentes trabajos de dramaturgia y dirección. Es autora de las obras: “El Viaje de Valentina”, “Debe Tener Frio el Muerto”, “La Máquina Hacetodo”, “Usuario”, “Recorrido feminista 128”, entre otras. Fue acreedora del Premio Nacional de Teatro Peter Travesí Canedo 2021.

*A mi madre y a todas las mujeres de mi familia,
las que ya no están y las que siguen.*

Personajes

Madre

Hija

Vecina 1

Vecina 2

Vecino 1

Vecino 2 Alzheimer

Vecino 3

Escena I

La madre, su hija y las muertes

En un pequeño departamento en el segundo piso de un edificio viejo, hay una cama grande y vieja; un televisor antiguo; una mesa de noche llena de vasos sucios; botellas vacías de gaseosas ordenadas por todo el piso; una mesa con periódicos viejos, libros, rollos de papel de baño, platos, cubiertos y una bolsa de pan enmohecido; libros, revistas y crucigramas viejos; un perchero que lleva puesto un saco grande y un sombrero, y cajas de cartón con billetes de lotería antiguos.

Se escucha la canción "Puerto Montt" de Los Iracundos.

Madre e Hija se encuentran al centro del foro, atrás. Traen puesto guantes de goma, barbijos, lentes, mandiles, una pañoleta en la cabeza, baldes, trapeadores, escobas, detergentes y desinfectantes.

Madre se acerca tosiendo, con arcadas y tapándose la boca.

Hija:

Tosiendo. ¡Qué asco!

Madre:

No puede ser que tu abuelo haya vivido así.

Hija:

¡Qué viejo cochino! Madre le echa ambientador en la cara de la hija y ella reacciona. ¡Perdón, mami! Silencio. ¿Para qué guardaba todo esto?

Madre:

Así nomás era mi padre, cachivachero.

Hija:

Mira, tantos libros... *Sigue mirando a su alrededor.* Y los crucigramas, todos están llenos.

Madre:

Sí, papá lo hacía desde que yo era niña. Se pasaba horas buscando en el diccionario, en toditas esas enciclopedias... Primero utilizaba sus lentes delgados, luego la lupa, luego una lupa más grande, luego unos lentes más gruesos... Al último, lente sobre lente y lupa sobre lupa.

Hija:

Me acuerdo haberlo visto alguna vez, ahí sentado en su escritorio frente a la tele.

Madre:

Era muy inteligente... Loco pero inteligente.

Hija:

Dicen que las mentes más brillantes sufren enfermedades mentales.

Madre:

¡Uy! ¡Entonces tu abuelo ha debido ser brillantísimo!

Hija:

¡La tele en frente del baño es una idea millonaria! Anticipó el verdadero uso de los celulares.

Madre:

¿Qué hacemos primero?

Hija:

No sé, podemos sacar la ropa, vaciar los cajones, después pasamos a la sala...

Madre:

La ropa la regalaremos, ya debe estar vieja. Y con el resto, veremos si hay algo que vale la pena.

Hija:

Mamá, aquí todo es basura.

Madre:

Hija, no creas, tu abuelo era millonario cuando era joven.

Hija:

Ah, ¿sí?

Madre:

¿No me crees? En esa época era el auge de la minería, había mucha plata y tu abuelo traía las mejores cosas. Traía telas de seda, zapatos finos, sombreros... de todo. Era muy buen negociante, él le podía vender hielo a un esquimal. Pero también tenía mucha ambición. Mira estas cajas... llenitas de billetes.

Hija:

¿Billetes? *Se acerca corriendo a las cajas.*

Madre:

Billetes de lotería, mamita... vos qué crees.

Hija:

Ah, sí...

Madre:

Todavía le debe quedar algo escondido por ahí.

Hija:

Ríe. ¡Es pura basura mami! Todo esto está pasado... mira, ¡1977!

Madre:

Riendo. Pura basura.

Hija:

Sí. Ríe.

Madre:

¡Basta! Cerrá las cortinas, ¿qué van a decir los vecinos?

Hija:

¡No mami!

Madre:

¡Que cerrés te he dicho! ¿Qué van a decir? Que esta su hija ni siquiera ha esperado que se enfríe el muerto.

Hija:

Cerrando la cortina. ¡Ay, mami! ¡Qué ideas tenés vos!

Madre:

¡Es verdad! Nunca estamos solos. Nos están observando. Los vecinos hablan.

Hija:

Nadie te está observando...

Madre:

Saben que hay plata.

Hija:

¿Hay plata?

Madre:

No.

Hija:

Pero acabas de decir...

Madre:

¡No he dicho nada! *Silencio.* Busca bien en los bolsillos, el abuelo siempre tenía billetes de lotería.

Hija:

¿Te imaginas que justo haya ganado la lotería?

Madre:

Sí, ¿y que le haya dado un infarto de emoción?

Hija:

¡Ja! Y que ahí mismo con sus últimas fuerzas esconde el billete.

Madre:

Seguro lo escondió el desgraciado... Es que no podía ser más hijo de puta, esconder el billete y morir sin decírselo a nadie...

Hija:

A nadie...

Madre:

Se lo habrá dicho a la enfermera.

Hija:

¿Por qué a la enfermera?

Madre:

Los viejos crean lazos íntimos con las enfermeras. Si hasta les limpian el culo.

Hija:

No... yo creo que se lo dijo a una de las vecinas... a una de esas viejas chismosas de su edificio.

Madre:

¡Ay! ¡Me muero! ¡Le dejó todo a la salchipapera del frente! Siempre supe que esa vieja gorda hecha a la buenita era su chola.

Hija:

Deberías comprar la lotería mami. Tienes buena suerte. ¿Te acuerdas esa época que comprábamos el bingo de oro ese que salía en la tele?

Madre:

Jugábamos todos los sábados, sacábamos la tele al patio...

Hija:

Y hacíamos pizza.

Madre:

Venían todos, mi hermana mayor no se había casado todavía y ustedes estaban chiquitos.

Hija:

Nos llevabas al mercado y nos decías "vos elegí".

Madre:

Y todos escogían y nada...

Hija:

Hasta que vos elegiste uno...

Suena la música del bingo de oro. Madre e Hija corren al frente. El ambiente cambia y recuerdan el pasado en un flash back.

Voz en off:

Estamos en vivo en el bingo de oro millonario. Seguimos con los números. Seis, tres.

Madre e Hija:

Seis y tres.

Voz en off:

El siguiente número... Par de patitos, veintidós.

Madre e Hija:

Veintidós.

Voz en off:

¡Cuarenta y cinco al agua!

Madre:

Nooo... Cuarenta y cinco, no tenemos.

Hija:

Es al agua, al agua...

Voz en off:

La edad de cristo, señores y señoras... Treinta y tres.

Madre:

Ay, sí, treinta y tres.

Hija:

Treinta y tres.

Madre e Hija:

Veinte, veinte, veinte.

Voz en off:

¡Veinte!

Madre e Hija:

Bingo. ¡Bingo! ¡Bingooo!

Voz en Off:

Bingo, bingooo.

Se escucha una alarma y el festejo de los conductores del programa bingo de oro. Madre e Hija vuelven donde estaban antes, acaba la fantasía del pasado.

Hija:

Saliste en la tele y todo.

Madre:

Imaginate, qué papelón. Me gané el bingo. Años duró esa licuadora que me dieron.

Hija:

Me gustaba venir donde el abuelo, siempre me decía lo mismo: ay, tu mamá era terrible... desde chiquita.

Madre:

Claro, y vos chocha criticándome con tu abuelo.

Hija:

Y yo le decía: uy, a ver, contame más...

Madre:

Tu abuelo me tenía miedo. Yo era la única hija que se enfrentaba a él cuando la golpeaba a mi madre.

Hija:

No quiero escuchar esa historia de nuevo.

Madre:

¡Tu abuelo era un desgraciado! Pero no hay que hablar mal de los muertos. ¡Qué van a decir los vecinos! Ha sido un buen padre, al fin y al cabo.

Hija:

No vamos a ocultar la verdad a estas alturas.

Madre:

¡No te estas fijando bien los bolsillos!

Hija:

¡Me estoy fijando!

Madre:

No, no, no... que toques el bolsillo no es revisar... hay que meter bien la mano, así. *Le muestra cómo revisar los bolsillos.*

Hija:

¿Qué esperas encontrar? El abuelo solo nos dejó una casa alquilada llena de basura.

Madre:

No hables así... Es la casa de tu abuelo.

Hija:

Igual es un basurero. Qué mal humor mami.

Madre:

Estoy limpiando la casa asquerosa de mi padre recién muerto... ¿Qué quieres que haga? ¿Qué esté de buen humor? ¿Qué baile? Bailo, puedo bailar. Bailo sobre la ropa enmohecida de mi padre. Bailo sobre los restos de sus amantes. Bailo y festejo las golpizas y los helados de canela de la plaza. Bailo por el dolor de mi madre y por el remordimiento de mi padre. Ven, tenemos que bailar, hija, para que no nos alcance la muerte...

Hija:

... para que no nos alcance el dolor.

Madre:

Con mariachis, como en el funeral de tu tía Carmela.

Hija:

Que en tu entierro inviten un buen churrasco.

Madre:

Vino y cerveza.

Hija:

Y que canten.

Madre:

Que canten... “con dinero y sin dinero, hago siempre lo que quiero y mi palabra es la ley”.

Madre e Hija:

“No tengo trono ni reina, ni nadie que me comprenda, pero sigo siendo el rey”.

Madre:

¡Salud por el muerto!

Hija:

¡Salud!

Madre:

Yo no quiero que nadie llore mi muerte.

Hija:

A mí no me importa que canten o que lloren... pero que vaya gente.

Madre:

¿Cómo que vaya gente?

Hija:

¿Viste esos funerales en los que no va nadie? ¡Eso sí que debe ser triste!

Madre:

¡Ah, sí! Como el del abogado Justiniano. Daba la impresión de que ni sus hijos querían estar ahí.

Hija:

¡Sí! Imaginate que no vaya nadie.

Madre:

Qué dirían los vecinos.

Hija:

Qué dirían todingas esas viejas chismosas del barrio.

Madre:

Qué diría la gente.

Hija:

¿La gente madre? ¿Qué gente? Si no va a haber nadie.

Madre:

Pues, la gente que no ha ido... esa gente es la que más habla. Tienes razón... es mejor que vaya gente.

Hija:

Que te acuerden.

Madre:

Que te acuerden.

Hija:

¿Te vas a asegurar de llevar gente a mi funeral?

Madre:

Pero si yo voy a morir primero.

Hija:

¡Cierto! Se lo tengo que encargar a mi hermano.

Madre:

Al paso que va, él también va a morir primero.

Hija:

¡Qué injusto! Yo me voy a ocupar de organizarles el funeral a todos... Pero van a ser hermosos, con ramos de flores, bebidas calientes, música y repletos de personas... ¿y el mío? ¿A quién le importa el mío? Moriré sola.

Madre:

¡No vas a morir sola, hija! Te van a enterrar sola, es diferente.

Hija:

Me van a enterrar sola...

Madre:

Pero, hija, no te pongas así, a todos nos entierran solos. ¿Dónde has visto que entierren de a dos o de a tres?

Hija:

No importa lo que hagamos, vamos a morir solas o nos van a enterrar solas... como quieras decirle. ¿Sabes cuándo se consolida la soledad en una persona? Cuando se va, cuando cruza el portón de la casa y sabe que jamás va a poder volver. Y no me refiero solo a una forma física. Una vez que te has marchado nunca serás el mismo. Por eso es que la gente mientras más vieja se pone, se vuelve más solitaria, porque se va y nunca vuelve a ser la misma. Yo consolidé mi soledad al poco tiempo de irme de la casa. Una noche en que estaba sola fue la primera vez que Pedro me gritó. Hasta ese momento confiaba en que el día que sucediera algo, siempre podría volver a la casa de mi mami. Pero esa noche lloré a mares porque me había dado cuenta que nunca iba a volver a vivir en la casa de mi mami. Porque yo ya no era la misma... Entonces me invadió una sensación de desamparo, de soledad absoluta, de orfandad, no tenía a dónde ir... ya no existía un plan B en mi vida, ¿entiendes? Ese "si no resulta bien, vuelvo donde mis padres", esa posibilidad se había ido... así que no me quedaba de otra que admitir mi soledad. ¡Pero ya! Vivir toda la vida en soledad y que no vaya nadie a tu entierro... Eso ya es demasiado.

Escena II

Madre está de espaldas, mirando el tocadiscos, con la botella de alcohol en la mano, mientras Hija habla sin parar. Madre enciende el tocadiscos y se escucha: “Oye, cómo va”. Mientras suena la música, Madre se pone un saco y el sombrero del abuelo. Hija la ve y toma una tela para envolverse como un vestido. Ambas simulan ser el abuelo y la abuela en el pasado, cuando recién se conocieron.

Abuelo/Madre:

¿Te gusta mi toca discos?

Abuela/Hija:

Sí.

Abuelo/Madre:

Esta canción se llama “Caballo viejo”.

Abuela/Hija:

Y bien viejo que esta ese caballo.

Abuelo/Madre:

Ven, bailá conmigo.

Abuela/Hija:

Mi mamá no sabe que estoy aquí, ¡mejor me voy!

Abuelo/Madre:

¿Qué te va a decir? ¿Qué hace mi niñita de 14 años con ese viejo?

Abuela/Hija:

¡Ja, ja, ja! ¡Nooo!

Abuelo/Madre:

Ella me dio su consentimiento, tranquila...

El abuelo y la abuela bailan apasionadamente, en una situación un poco burlona y divertida de conquista. Se detiene la música. Madre e Hija vuelven a sus posiciones anteriores, retornando al tiempo presente.

Madre:

Era bella mi madre. Tu abuelo la hizo sufrir mucho. Él era malo, la pegaba. Cuando era chiquita recuerdo que llegaba como loco y se desquitaba con mi mamá. Yo solo lloraba y no podía hacer nada, tenía solo cuatro años. Recuerdo que yo le gritaba “¡Papi! ¡Basta! ¡Basta!”. Era lo único que podía decir y él le sacaba la mierda delante de mí. Pero cuando crecí ya no podía... Una noche yo estaba solita con mi mamá en la cocina cuando llegó el loco. Borracho y endemoniado, su mirada perdida y su sonrisa satírica y empezó a gritarle.

Madre continúa su relato imitando al abuelo, tomando los brazos del saco de terno del abuelo que está colgado en el perchero de la sala como un títere representando al abuelo, mientras Hija de rodillas al otro lado del escenario hace la voz de su madre cuando tenía 16 años.

Madre/Abuelo:

¡Sérveme mi comida! ¡Tengo hambre! ¿Qué? No me hables así. ¿Cómo que no está lista? Cuando yo llego a esta casa tiene que estar mi comida lista y en la mesa.

Hija/Madre de 16 años:

Basta papá, no se acerque más a mi mamá.

Madre/abuelo:

¿Qué has estado haciendo para no tener mi comida lista? Seguro estabas mostrando tu culo a los vecinos, puta... Seguro ya tienes tu macho...

Hija/Madre de 16 años:

Sírvase usted.

Madre:

Y empezó a golpear a mi madre, delante de mí. Yo no iba a dejar que la toque de nuevo. No aguanté más y me puse delante de ella para defenderla.

Hija/Madre de 16 años:

A mi madre no la tocas nunca más.

Madre:

Me llegó un puñetazo en el ojo derecho y caí en el piso. Él tenía esa mirada de loco. Se acercó a mamá y le comenzó a gritar. Le dio una patada en el vientre y la levantó ahorcándola. La estaba matando a mi mamá, delante de mí. ¡Estaba matando a mi mamá! Me lancé hacia él y comencé a golpearlo con todas mis fuerzas hasta que la soltó y antes de que pueda volver a acercarse a mamá, agarré un cuchillo, me puse delante de él y le gritaba como una fiera: “te voy a matar si la vuelves tocar a mi mamá, te voy a matar”... Si volvía a tocarla, te juro que lo mataba.

Oscuro, Madre e Hija están sentadas lado a lado rezando el rosario para el Abuelo recién fallecido.

Madre e Hija:

Que su alma no sufra más y te dignes resucitarlo con los santos el día de la resurrección y la recompensa.

Hija:

Mami, no creo que debamos pedir que resucite.

Madre:

Tienes razón.

Madre:

Y te dignes dejarlo muerto...

Hija:

Perdónale sus pecados.

Madre e Hija:

Por Jesucristo, tu hijo, en la unidad del Espíritu Santo, amén.

Se escucha que tocan la puerta. Madre e Hija se miran y corren hacia la puerta. No la abren.

Vecina 1:

Soy la vecina de al lado. Aquí vivía un señor mayorcito, muy amable, que en paz descansa. Quería saber si todo está en orden.

Madre:

Sí, señora. Yo soy su hija.

Hija:

Y yo su nieta.

Madre:

Estamos ordenando las cosas de mi papi.

Madre e Hija:

Que en paz descansa.

Vecina 1:

¡Ah!, qué bueno, era un buen hombre su padre, muy alegre. Siento mucho su partida.

Madre:

Muchas gracias.

Madre e Hija:

Dios la bendiga.

Vecina 1:

Yo lo conocía muy bien a su padre, que en paz descansa. Les puedo ayudar a ordenar, encantada. ¿Puedo pasar?
Trata de abrir la puerta de golpe.

Madre e Hija:

¡No!

Vecina 1:

¿Cómo?

Hija:

Que... que no se preocupe, igual ya estamos por acabar. Gracias de todas formas.

Madre:

¡Sí! ¡Sí! Muchas gracias, señora.

Vecina 1:

Bueno, bueno...

Vecino 2 Alzheimer:

La camisa...

Vecino 1:

Callate, viejo loco.

Vecina 1:

Estaré aquí al lado por si cambian de opinión.

Madre e Hija:

¡Vaya con dios!

Vecina 1:

Susurrando, mientras se aleja de la puerta, se escucha los pasos. Ya, ya... Buitres.

Escena III

Italia y la tercera edad

Madre e Hija siguen ordenando la habitación.

Hija:

¿Nos ha llamado buitres?

Madre:

Nos ha llamado Buitres.

Hija:

Que vieja de...

Madre:

¿Qué se cree?

Hija:

Que habrá querido, ¿no?

Madre:

¡Les ayudo, dice! ¡Seguro era su chola!

Hija:

Mami, por favor, la viejita no podía ni hablar.

Madre:

De tu abuelo se puede esperar cualquier cosa. Pero... no hay que hablar mal de los difuntos.

Madre e Hija:

Dios los tenga en su gloria.

Madre:

Además, qué va a decir la gente.

Hija:

Sí, sí... mejor cierro las ventanas.

Madre:

Y, ¿qué es de tu cara de monolito?

Hija:

Pedro, mamá.

Madre:

Te ha vuelto a pegar.

Hija:

Él no me pega.

Madre:

Cierto, ¿te has vuelto a resbalar?

Hija:

¡No! Pero me caí al entrar a la casa el otro día.

Madre:

¿Y qué te hiciste?

Hija:

Me disloqué el codo.

Madre:

No se nota.

Hija:

Sí, ya estoy bien, ya estira del todo... yo creo que no me volveré a caer.

Madre:

Ojalá, hijita... ¡Ojalá! De dónde habrás salido tan enamoradiza vos. ¡Todo les crees! Si tuvieras la mitad de mi carácter...

Hija:

Y mirá a dónde has llegado con ese "carácter", buscando los bolsillos de los pantalones del abuelo.

Madre:

Vas a ver cómo te haré falta.

Madre e Hija:

Un día de estos me voy a ir.

Madre e Hija:

Y quiero ver qué vas a hacer.

Madre:

Ya estoy con un pie en Italia.

Hija:

Ah, ¿sí?

Madre:

Adivina quién se va a casar.

Hija:

Carmen, la del ballet.

Madre:

No.

Hija:

Ya sé, ¿el primo Jorge?

Madre:

No...

Hija:

Tienes razón, él pinta más ser del otro equipo... aunque en teoría también podría casarse, pero...

Madre:

¡Basta! ¡Qué eres sonsa! ¡Marlene!

Hija:

¿Quién?

Madre:

Mi amiga de colegio, Marlene.

Hija:

¿Marlene? ¿La tía Marlene?

Madre:

Sííí.

Hija:

¿La gritona?

Madre:

Sííí.

Hija:

¿La medio renga?

Madre:

Sííí.

Hija:

Pero si tiene tu edad.

Madre:

¿Y? ¿Qué tiene que ver eso?

Hija:

¿Para qué se va a casar?

Madre:

¿Qué crees? ¿Qué a nuestra edad no podemos encontrar el amor? Me llamó el otro día. La cosa es que se ahorró su platita y se fue en un tour a Italia a ver al papa. Imagínate ese lujo. Delante del papa Francisco... Papa, papa Francisco. *Canta.*

Hija:

Al grano, mami.

Madre:

La Marlenita se acordó que ahí vive el Richard, su novio de colegio. Se tenían un amor loco. Pero al final, terminaron, y él se agarró de una gringa y se fue. Y ella se casó con el desgraciado de su marido, ¿te acuerdas? Ese feo, cara de culo. Bueno, no importa. La cuestión es que lo buscó en Facebook, la muy pendeja, para eso capísima. Y le escribió. Se encontraron en el Vaticano y revivió su amor.

Hija:

¿En serio?

Madre:

La Marlenita está como quinceañera, si la escucharas.

Hija:

¿Y se puede revivir algo a esa edad?

Madre:

¡Se puede, hijita! ¡Se puede! La tecnología no solo ha mejorado los celulares.

Hija:

Pero ¿y esta tu amiga no estaba casada?

Madre:

Estaba. Volvió, lo despachó al marido cara de culo y se fue a Italia... a seguir el amor.

Hija:

Qué viejita pendeja.

Madre:

Un poquito.

Hija:

¿Y encima se va a casar?

Madre:

Con el amor de su vida.

Hija:

Con el amor de su vida.

Madre:

Pero esa no es la mejor parte.

Hija:

Ah, ¿no? Para mí, que esa vieja renga encuentre al amor de su vida en Italia y que se case, ya es suficiente.

Madre:

No, se va a casar en dos meses y, bueno, como sus amigas somos una punta de pobretonas, ha mandado dos pasajes de regalo para sortear en el grupo de las chicas.

Hija:

¿Y?

Madre:

Y adivina quién se ganó uno

Hija:

¿En serio?

Madre:

¡Sííí!

Hija:

¡Italia!

Madre:

¡Sí, me lo gané!

Hija:

¡Ve que eres una suertuda!

Madre:

Italia, Roma, el Vaticano, mi papita Francisco.

Hija:

Italia y los churros.

Madre:

¡El papa!

Hija:

Semejantes churros que hay en Italia...

Madre:

¡Yo voy a ir a ver al papa, hijita!

Hija:

Por ahí te enamoras de un churro, que te hable en italiano: Oh, principetza, mama mía, Luigi y Mario.

Madre:

¡Ay! ¡A mi edad, a ver!

Hija:

¡Sácate el calzone, amore mio!

Madre:

¡Me estas poniendo roja! Pero quién dice y el amor toca a mi puerta.

Hija:

¿Y la estadía?

Madre:

¿Qué tiene?

Hija:

Es caro Italia, además donde vive el papa es una zona turística, debe ser más caro, todavía.

Madre:

Sí, pero...

Hija:

¿Y la visa? Seguro necesitas visa para viajar hasta allá.

Madre:

También, claro...

Hija:

Tienes que demostrar que tienes plata para sacar la visa. Además, no vas a ir con los brazos vacíos, tienes que llevar regalos.

Madre:

No había pensado en eso.

Hija:

Y un vestido para la boda, claro.

Madre:

Claro.

Hija:

Y ¿te vas a subir a un avión sola? Los aeropuertos internacionales son grandes. ¿Y si te pierdes?

Madre:

¿En el aeropuerto?

Hija:

Claro que sí. Hay tantas puertas y escaleras y entradas y salidas. Es un caos. Te puedes perder.

Madre:

¿Me puedo perder?

Hija:

¿Irán a recogerte? Porque en el caso de que sobrevivas al aeropuerto ¿qué vas a hacer allá? Te puedes perder en la ciudad.

Madre:

Ay, Dios mío. Qué desgracia.

Hija:

No hablas italiano, cómo vas a pedir un taxi, ir al baño, comida... ¿Cómo?

Madre:

Ay, Dios Santísimo.

Hija:

Ni siquiera hablas inglés para defenderte.

Madre:

¡Nada!

Hija:

Es una catástrofe.

Madre:

Terrible.

Hija:

Sí, a tu edad ya esas cosas no se hacen.

Madre:

¿Qué?

Hija:

Ya a tu edad, tienes que quedarte tranquilita, en la casa y listo.

Madre:

Yo todavía puedo caminar, comer y limpiarme el culo. Vos me querés ver en una tumba.

Hija:

Por mí, morite después de mí, así me organizas el funeral.

Madre:

Digas lo que digas yo voy a ir al matrimonio de mi amiga. Y si ella puede casarse dos veces, yo puedo ir hasta Italia.

Hija:

¿Y con qué plata vas a ir?

Se interrumpe bruscamente la conversación cuando se escucha que tocan el piso desde el departamento de abajo. Hija toma la escoba y golpea el piso. No pasa nada. Vuelve a tocar. Esperan. Se escucha de nuevo toc, toc, toc. Se miran. Voces en off de los vecinos van de diferentes ángulos del escenario simulando que les hablan desde el pasillo, del departamento de abajo o de al lado.

Vecino 1:

¡Vecinitas! Les invito una tacita de café.

Hija:

Con sorpresa. No, gracias.

Vecino 3:

Pero si no es una molestia.

Madre:

No, me cae mal el café.

Vecino 1:

Aquí está el cafecito... ábrame. *Se escucha como que quieren abrir la puerta al otro lado.*

Madre e Hija:

¡No, gracias!

Vecino 1:

¡Bueno! No se ponga nerviosa. Igual paso más tarde. *Se escuchan pasos marchándose.*

Vecina 2:

Te dije que teníamos que haberle traído té.

Vecino 1:

Yo qué iba a saber.

Vecino 2 Alzhéimer:

Tenemos que ir a buscar la camisa...

Vecina 2:

Ven, Arturito, vamos, camina, camina.

Vecina 1:

¡Qué carácter! Con razón no la quería ni su padre.

Se van los vecinos.

Madre:

¿Que él no me quería? ¡Ja! Lo que él me tenía era miedo, por eso no le gustaba que yo venga, porque yo le decía sus verdades en su cara. Le hizo la vida imposible a mi madre, la celaba, la anulaba. Mi madre era hermosa...

Hija:

... Y pasó toda su vida creyendo que no era suficiente...

Madre:

... Pensando que no podía hacer nada sin él.

Hija:

Y las historias se repiten, mamá...

Madre:

¿Y sabes qué es lo peor? Que con el tiempo lo perdoné y también lo excusé. Yo me creía diferente, pero soy igual a mi madre.

Madre e Hija:

¡No quiero ser como mi madre!

Hija:

Todas vamos a repetir la misma historia. Mi abuela, mi tía, mi madre, mi prima, yo, mi hija y la hija de mi hija. Por el resto de los tiempos, hasta que nos maten o nos suicidemos. Mi pobre hija está condenada incluso antes de nacer.

Madre:

¿Tu hija?

Hija:

No lo voy a permitir. No vamos a ser como las mujeres de nuestra familia. Voy a llevarla lejos de aquí, cuando encuentre la plata...

Madre:

¿Qué plata?

Hija:

¿Qué?

Madre:

¿De qué plata hablas?

Hija:

... De... de... nada... No dije nada, mamá...

Silencio. Madre salta sobre Hija con intención de ahorcarla y corren por todo el cuarto en una especie de pelea danza coreografiada.

Madre:

¿Vos sabés de la plata?

Hija:

¡De qué hablas! ¡Vieja loca!

Madre:

¡Dime qué sabes víbora!

Hija:

No sé nada, ¡bruja!

Madre:

¡Ah, mi propia hija! ¡Víbora! Siempre te pones en mi contra...

Hija:

¡Vos eres la víbora! Vos ya sabés, ¿no? ¿Cuándo pensabas decirme del billete de lotería? ¿Ah? ¿Cuándo? ¿Cuándo ya estés en Italia? Abrazada del papa... ¡del papa de mierda!

Madre:

¡No insultes al papa! Hereje, blasfema. ¡Víbora, arpía... mala hijaaa!

Hija:

¡Mala madre!

Madre:

Vos serás una mala madre.

Se paraliza la imagen en tonos azules. Se miran fijamente. Madre e Hija se jalan de los cabellos, se golpean, se gritan y discuten, todo en mímica y cámara lenta, mientras suena la canción de Rosalía, "Ciudad solitaria". Hija golpea en la cara a Madre al tratar de soltarse, mientras ella le jala del cabello. Cae Madre en cámara lenta e Hija se asusta, se acerca. Oscuridad.

Voz off Hija:

¡Mami! ¡No puedo dormir! ¿Me cantas?

Voz en off Madre:

¡Claro, mi amor! Chiquitita, dime por qué. Tu dolor hoy te encadena. Y en tus ojos hay. Una sombra de gran pena. Chiquitita no hay que llorar. Las estrellas brillan por ti en lo alto. Quiero verte sonreír para compartir tu alegría, chiquitita.

Voz en off Hija:

¡Te amo, mami!

Voz en off Madre:

¡Te amo, hijita!

Oscuro. Cada una está sentada en su espacio. Están cansadas, despeinadas y confundidas. Madre toma una botella de licor, la abre y bebe un buen trago. Le pasa la botella a Hija.

Madre:

¡Aaagh!

Hija:

¡Aaagh! *Tomando.*

Madre:

Dame esa botella. Vos no tienes que tomar. *Silencio.*

Madre:

¿Hace cuánto sabes?

Hija:

¿De qué hablas?

Madre:

No te hagas a la sonsa, sabes bien de lo que hablo.

Hija:

¿Del embarazo o de la plata?

Madre:

Toma de nuevo. De los dos.

Hija:

El embarazo hace dos meses.

Madre:

¿Y lo otro?

Hija:

En el entierro.

Madre:

¿Y quién te dijo?

Hija:

Pasé por la tienda del abuelo, antes de ir al entierro y estaba revisando sus cajones, digo buscando las llaves de la casa del abuelo, y escuché que la enfermera hablaba.

Madre:

Dime, qué hablaba.

Hija:

En voz baja. Lo del billete de lotería.

Madre:

Así que lo sabías todo este tiempo.

Hija:

Sí.

Madre:

Por eso viniste hoy.

Hija:

¡Sí! ¡No! Vine porque quería ayudarte, pero bueno, si encontraba el billete en el camino no estaba de más, ¿no?

Madre:

Pues no.

Hija:

Igual, me pareció extraño que te ofrezcas a “ordenar su cuarto”, si vos ni venías.

Madre:

Estaba muy ocupada.

Hija:

Pero justo ahora querías ayudar. Sospechoso.

Madre:

Piensa lo que quieras.

Hija:

¿Y vos cómo sabías?

Madre:

¡No me lo vas a creer!

Hija:

Dime...

Madre:

Me lo dijo tu propio abuelo, en la cama del hospital.

Hija:

¡No! *Sorprendida.*

Madre:

Sí, de todos los hermanos, de todos sus hijos, de toda la familia... me lo dijo a mí.

Hija:

¿Y por qué a ti?

Madre:

Yo qué sé... Hasta llegué a pensar que podía ser una trampa del viejo desgraciado.

Madre e Hija:

¡Que en paz descanse!

Hija:

¿Una trampa para qué?

Madre:

No sé, para que me pelee con mis hermanos, para que nos peleemos... O para que me estafen o... para que venga a limpiar su mierda.

Hija:

Ah... Nos engañó y vinimos a limpiar toda su mierda gratis.

Madre:

Qué hijo de... no creo, tiene que haber un billete.

Hija:

¿Y entonces?

Madre:

¿Entonces qué?

Hija:

¿Dónde está el billete de lotería?

Madre:

No llegó a decirme eso.

Hija:

¿Cómo?

Madre:

Solo me dijo: “Gané la lotería, finalmente, gané la lotería y todos esos viejos quieren el billete” y en ese instante entraron los médicos, y me dijo: “Mañana te digo más”.

Hija:

¿Y?

Madre:

Y... no hubo un mañana. Se llevó a la tumba el secreto.

Hija:

¡Nooo! Puede estar en cualquier parte.

Madre:

Y la enfermerucha esa, ¿no dijo dónde estaba?

Hija:

Yo la escuche decir “que el viejo de mierda...”.

Madre e Hija:

¡Que en paz descanse!

Hija:

No le quiso dar el billete y que lo tiene escondido... y que tenía que entrar al departamento.

Madre:

¡Mierda! Aquí está repleto de billetes viejos. Puede ser cualquiera de esos.

Escena IV

“A donde el corazón se inclina, el pie camina”

Madre e Hija empiezan a buscar con énfasis, como en una competencia. Una sospechando de la otra y viceversa.

Madre:

¿Qué tienes ahí? ¿Ya lo encontraste? Y no piensas decirme... Así es, cría cuervos y te sacarán los ojos.

Hija:

¡No encontré nada! Seguro vos ya lo encontraste, a ver mostrarme tus bolsillos.

La Madre le muestra sus bolsillos y se revisan mutuamente con desconfianza.

Hija:

Mira, hagamos un trato.

Madre:

Yo no quiero hacer tratos con vos.

Hija:

Si yo encuentro el billete, te diré y, si vos encuentras el billete, me lo dirás.

Madre:

¿Y qué? ¿Ahora tendré que compartir la plata contigo?

Hija:

Y vos, ¿pensabas quedarte con todo sola?

Madre:

No sabe qué responder.

Hija:

Mi madre, mi propia madre... Me ibas a dejar estancada en este país tercermundista, sin un quinto... Mi propia madre.

Madre:

Ya bueno, setenta-treinta.

Hija:

¡Nada! cincuenta-cincuenta

Madre:

¿Qué? ¡No, no, no! Yo ya soy de la tercera edad y este sistema de pensiones ya no existe...

Hija:

Yo voy a tener una bebé. ¿Quieres que ande mendigando subsidios con sobre precio? Así me quieres ver... ¿no?

Madre:

Sesenta-cuarenta, es mi última palabra.

Hija:

¡Bueno!, pero sin trampas. *Entre dientes.* Vieja mañuda...

Madre:

Cuervos, eso es lo que críe, cuervos.

Siguen buscando vigilantes una a la otra.

Madre:

Revisa bien los bolsillos, por favor.

Hija:

Estoy revisando.

Madre:

Es que tienes que sacarlos así y meter la mano.

Madre e Hija siguen revisando bolsillo por bolsillo, de los pantalones y las camisas, poniendo todo en bolsas de basura negra.

Hija:

Es normal que las madres odien a sus hijas, son relaciones karmáticas.

Madre:

¿Vos crees que te odio porque te fuiste de la casa? A mí no me importa que te hayas ido.

Hija:

Entonces, sí me odias... ¡claro!

Madre:

¿Quieres saber qué me pasa? Lo que pasa es que no te aguanto hijita. No te aguanto y no te entiendo. A veces pienso que debería haberte tenido de más joven así podríamos entendernos mejor, compartiríamos gustos o algo. Pero no es así. Esa tu forma de vestir, tu música, tus decisiones, tu vida. ¡Y lo intento, pero no te entiendo! Y entonces hablas y hablas como si supieras todo de la vida, pero la verdad es que no sabes nada. Tienes la mitad de años que yo y tienes la mitad de problemas que yo. A veces me pregunto, ¿será que mi madre tenía el mismo problema conmigo? Y si me entero que agarraste el billete y le das la plata al cara de simio ese... me muero y vuelvo a jalarte la pata.

Hija:

La mira fijamente. Cincuenta-cincuenta.

Madre:

Lo piensa y respira. Cincuenta-cincuenta. Pero lo dejas al cara de tutuma.

Hija:

¡Trato hecho! Todo es pura evolución mami... Es normal que las generaciones nuevas, como yo, sean más "aptas" para el mundo que las generaciones viejas.

Madre:

Ni qué evolución, ni qué ocho cuartos. No me vengas con tus teorías. Lo que pasa es que vos sos una egoísta. Te recuerdo, evolucionada, que vos sos un producto de mí. Saliste de aquí adentro. Sos sangre de mi sangre. Mis miedos son los tuyos y mis frustraciones están bien adentro de tu cerebro.

Hija:

Yo no me parezco en nada a ti.

Madre:

Claro que sí te pareces. ¿No lo ves?

Hija se asusta, están como en un espejo.

Madre:

¿Y sabes qué más? Quieras o no, mientras más pasan los años, te pareces más y más a mí. *Hija retrocede.* Es el destino, es una condena genética, así es como el universo se burla de nosotras.

Respira.

Hija:

Lo que le espera a mi hija...

Madre:

No, no, no... Ella no vivirá como nosotras. Vamos a encontrar ese billete de lotería y vamos a dejar de sobrevivir... Vamos a vivir...

Hija:

Lejos de aquí...

Madre:

Bien lejos...

Hija:

Y compraremos una casa grande, con jardín y un columpio...

Madre:

... con una lavadora.

Hija:

Y con una aspiradora...

Madre:

Y no volveremos a lavar un plato más en nuestras putas vidas.

Hija:

Ni a doblar ropa.

Madre:

Ni a trapear, ni a fregar, ni a cocinar...

Hija:

¡Nada!

Madre:

¡Eso! Seremos libres, mujeres emancipadas y empoderadas.

Hijas:

Sufragistas con derechos. ¡Abajo el sistema patriarcal!

Madre:

Ay, tampoco te me hagas a la *feminazi*... Pero eso sí... ¡no le volveremos a servir a nadie!

Hija:

A nadie.

Madre:

Pasaremos la vida viajando, disfrutando.... *Señala la barriga*. Viéndola correr pata pila en el jardín... *Se sensibiliza*. A mi nieta...

Hija:

Sí. "Ven a jugar, abuelita", te dirá.

Madre:

Voy a ser abuela. Todavía recuerdo cuando naciste, naciste entre maletas. Tus tíos correteaban de aquí para allá con sus maletas haciendo tramites en una embajada y yo ahí, panzona. De repente, entro en trabajo de parto. Y cuando te tuve finalmente en mis brazos, te vi y... te vi y... ¡Eras feíta... feííta!

Hija:

¡Mami!

Madre:

Eras bien feíta, hijita... Hasta pensé que te habían cambiado en la clínica.

Hija:

¿Cómo vas a decir eso?

Madre:

Ja, ja, ja... Pero luego miré tus ojitos y... también eran feítos. *Hija trata de apartarse y Madre la abraza más fuerte y se ríe.*

Madre:

Agarré tus manitos chiquititas y feítas, Tus piecitos también eran feítos... y tu cabellito así parado, pelopincho, peinadito pal cielo, feíto... Pero aun así eras mi bebé, el bebé más hermoso del mundo.

Hija:

¿Qué pensará un bebé cuando ve a su mamá por primera vez, no? Tal vez yo también pensé “hay que feíta que es mi mamá”.

Madre:

No piensan nada. Solo sienten, por eso es que es tan perfecto. Sienten el amor que solo mamá y bebé pueden sentir.

Hija:

¿Te acuerdas que cocinábamos juntas?

Madre:

Nunca dejé que te falte nada.

Hija:

Nunca... Todos los domingos te levantabas a las seis de la mañana cantando...

Madre e Hija cantan y bailan, mientras suena la canción.

Madre e Hija:

Pienso que un sueño parecido no volverá más
 Y me pintaba las manos y la cara de azul
 Y de improviso el viento rápido me llevó
 Y me hizo volar en el cielo infinito
 Volaré, oh-oh
 Cantaré, oh-oh-oh-oh
 Nel blu dipinto di blu
 Felice di stare lassù
 Y volando, volando feliz
 Yo me encuentro más alto, más alto que el sol
 Y mientras que el mundo se aleja despacio de mí
 Una música dulce ha tocado solo para mí
 Volare, oh-oh
 Cantare, oh-oh-oh-oh
 Nel blu dipinto di blu
 Felice di stare lassù

Ambas gritan felices y bailan extasiadas de emoción, mientras suena la canción.

Hija:

Libres, mamá, vamos a ser libres.

Madre:

¡Libres!

Hija:
¡Libres!

Se cortan la luz y la música.

Madre:
¿Qué pasa?

Hija:
Nos cortaron la luz.

Madre:
Shhh...

Vecino 1:
Murmurando. Ahora sí, saldrán como ratas.

Vecino 3:
Risas malvadas. Las sacaremos, aunque sea muertas.

Se encienden linternas desde el público y atrás del escenario. Son los vecinos corriendo.

Vecino 1:
Ahora sí van a tener que abrir la puerta.

Vecino 3:
Están listos, abren la puerta y entramos corriendo.

Vecino 1:
Sí, las sacamos y listo, tenemos el billete de lotería.

Vecino 2 Alzhéimer:
Hay que entrar por...

Vecinos 3:
¿Qué creían este par de locas, que íbamos a dejar que se queden con la plata?

Vecino 1:
¡Jamás! No se saldrán con la suya.

Vecino 2 Alzhéimer:
El billete está en la camisa roja a cuadros.

Vecino 1 y 3:
¡Shhh! Callate, Arturo.

Vecino 1:
Viejo sonso.

Vecino 3:

Es el Alzhéimer, no es sonso.

Vecino 2 Alzhéimer:

¡La lotería! ¡Ganamos!

Vecino 1:

Ya, sacalo de aquí, que lo va a arruinar todo.

Vecino 2 Alzhéimer:

Pero la camisa...

Vecino 3:

Sacándolo. Vamos, vamos.

Hija enciende una luz tenue. Ella está feliz, saltando, nerviosa y medio susurrando de la emoción.

Hija:

Mami, ya la tenemos... La camisa... El billete de lotería está en la camisa roja a cuadros. Viejos sonsos. ¡Sí! Solo tenemos que buscar la camisa roja y ya. Mami... Respondeme. Mami, mami, ¡reacciona! ¿Qué pasa?

Madre:

La camisa... la ca-mi-sa.

Hija:

Sí, sí, ¡la camisa! Hay que buscarla ¿Qué?

Madre:

¡Enterré al abuelo con esa camisa!

Hija:

¿Cómo?

Madre:

¡Sí! Yo misma escogí su ropa... yo misma lo vestí...

Hija:

Nooo... Madre... ¿y no revisaste los bolsillos?

Madre:

Llorando. No revisé los bolsillos.

Hija:

¡Hay que revisar los bolsillos!

Madre:

Lo sé, lo sé...

Hija:

¡Metiendo las manos, mami!

Madre:

Lo sé, lo sé.

Hija:

¿Qué vamos a hacer ahora?

Madre:

¡Que desgraciado... no puede ser! Se llevó a la tumba sus cien mil dólares. Qué viejo desgraciado. Ni después de muerto deja de hacer de las suyas.

Hija:

No... tiene que haber una solución.

Madre:

Ya lo perdimos. Vos vas a terminar casada con el cara de plato ese y con ocho hijos... Y yo voy a despertar todos los días en mi realidad latinoamericana...

Hija:

¡No! Todavía podemos hacer algo.

Madre:

¿Qué?

Escena V

“El muerto al hoyo y el vivo al bollo”

Al ritmo de la música, planean el golpe y se alistan. Mueven la escenografía como en una danza. Toman sus mandiles, sus baldes, sus guantes, sus barbijos, sus abrigos, un par de palas y avanzan en el vacío. Es de noche, la lluvia cae a caudales, una tormenta las acompaña. El perchero se convierte en una cruz y la cama en una fosa donde Madre e Hija cavan para desenterrar al abuelo. Sacan palas e impermeables. Se quedan en silencio, la tormenta se escucha con más fuerza. Hija empieza a cavar y Madre mira fijamente la tumba de su padre.

Hija:

¡Vamos, mami! La pala.

Madre:

La pala, sí, sí... No, no puedo.

Hija:

Claro que puedes.

Madre:

Hija, creo que esto es pecado.

Hija:

No pienses en eso...

Madre:

Claro que es pecado...

Hija:

No, no es...

Madre:

Es la tumba de mi padre.

Hija:

Y la de mi abuelo.

Madre:

Quizás hasta está penado por ley.

Hija:

No creo.

Madre:

¿Si nos descubren?

Hija:

Madre, si sigues cavando rápido, nadie nos va a descubrir.

Madre:

Los sepultureros todavía deben estar por aquí.

Hija:

Son las dos de la mañana.

Madre:

Y todo esta tan fresco.

Hija:

Sí.

Madre:

Y la tierra, ni siquiera llegó a compactarse.

Hija:

Mejor, así es más fácil cavar.

Madre:

¿Y su cuerpo seguirá intacto?

Hija:

No lo sé.

Madre:

¿Cuánto tiempo tiene que pasar para que un cuerpo empiece a descomponerse?

Hija:

No lo sé.

Madre:

Debe seguir con el efecto del formol.

Hija:

Seguramente.

Madre:

Mejor, así nos evitamos escenas traumáticas.

Hija:

Sí, mamita, pero si no nos apuramos...

Madre:

Gloria al Padre
Y al Hijo
Y al Espíritu Santo
Como era en el principio
Ahora y siempre, por los siglos de los siglos
¡Amén!

Hija:

¿Qué haces?

Madre:

Voy a elevar una plegaria por mi padre.

Hija:

¿Qué? ¿Ahora?

Madre:

Sí.

Hija:

¿Bajo esta lluvia?

Madre:

Sí.

Hija:

¿No puedes hacerlo después? Nos van a descubrir. ¡Vamos, cava!

Madre:

Yo confieso ante Dios Todopoderoso
Y ante vosotros hermanos
Que he pecado mucho de pensamiento
Palabra, obra y omisión...

Hija:

Madre, por favor... ya estamos llegando.

Madre:

Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.

Hija:

Mami, no hay tiempo para eso.

Madre:

Ruego a Santa María siempre Virgen
A los ángeles, a los santos
Y a vosotros hermanos
Que intercedáis por mí...

Hija:

Basta, basta, basta. ¿Quieres el billete de lotería?

Madre:

Llorando. Sí...

Hija:

Entonces, hay que hacerlo rápido antes que alguien nos encuentre.

Madre:

No puedo, es mi padre... Lo quise... en el fondo lo quise.

Hija:

Lo sé, mamá. Por eso mismo tómalo como su último gesto de paternidad, de amor, de redimirse por esos malos recuerdos.

Madre:

Empieza a cavar. Que Dios me perdone.

Hija:

Dios ya te ha perdonado. Piensa en Italia... ¡Te vas a ir a Italia!

Madre:

Sí, sí, Italia, Italia.

Hija:

Vamos a comer pizza, penne a la traviata...

Madre:

Sí.

Hija:

Vamos a pasear por Venecia...

Madre:

Cava con más fuerza. Sí, sí... vamos a ir al Vaticano.

Madre e Hija:

Las dos cavan eufóricas. ¡Vamos a verlo al papa!

Madre:

Mi papa... ¡lo hago por ti, Francisco! ¿Me escuchas? Por ti.

Hija:

¡Por ti, papa! ¡Por ti!

Cavan como locas en medio de la tormenta, hasta que se escucha tuc, tuc, tuc. Llegaron al ataúd.

Hija:

Aquí está.

Madre:

Sí, ahí está. *Silencio. Se quedan mirando fijamente el ataúd.*

Madre:

Abrí el cajón.

Hija:

Abrí vos.

Madre:

Lo hacemos a la vez.

Hija:

Ya.

Abren lentamente el cajón y sale polvo. Se escucha pasos a lo lejos y una voz.

Vecina 1:

Vecina... ¡Deje eso ahí!

Madre e Hija se miran y empiezan a buscar rápidamente el billete entre el barro y la lluvia. Se detiene la lluvia.

Vecina 1:

No se lo puede llevar.

Madre e Hija:

¿Qué?

Hija:

¿Qué hacen aquí?

Madre:

Viejos metiches, nos siguieron.

Vecino 3:

Nosotros acompañamos a su padre en los buenos y malos momentos.

Vecino 1:

Éramos como una familia. Él siempre decía que si algún día ganaba la lotería la compartiría con nosotros.

Vecino 3:

Esperamos 30 años este gran momento. Nosotros lo acompañamos, revisábamos los números juntos... La lotería nos corresponde a nosotros.

Vecina 1:

¿Mientras usted donde estaba?

Vecina 2:

¿Dónde estaba? Abandonó a su padre.

Vecino 2 Alzhéimer:

¿Ya tenemos la lotería?

Madre:

Yo... yo... yo estaba... Yo no quería ver a ese viejo tirano. Esa es la verdad. Ustedes lo habrán aguantado treinta años, pero yo lo aguanté toda mi vida. Diez de infancia, ocho de adolescencia, todas mis relaciones sentimentales fracasaron por su culpa y le aguanté treinta años de terapia que él nunca pagó. Si alguien merece ganarse la lotería soy yo.

Vecinas:

¡Es nuestra lotería!

Los vecinos se lanzan encima de la Madre y la Hija para quitarles la lotería, todos gritan.

Madre:

¡Vamos ahora! ¡Dejalo, hija!

Madre lanza al aire el billete de lotería al mismo tiempo que Hija lanza una caja llena de los billetes de lotería antiguos que guardaba el abuelo. Oscuro.

Epílogo

Madre e Hija están en Italia. Vestidas como turistas. Se escucha de fondo "That's Amore".

Hija:
¿Ahí está?

Madre:
¡No lo veo!

Hija:
¡Ahí! Ese de blanco. Chiquitito.

Madre:
¡Ay! Papa de mierda, no se ve nada.

Hija:
Está saludando.

Madre:
¡Qué lindo! Es el mejor papa de la historia. Cree en la evolución.

Hija:
¡Qué va!

Madre:
Sí, sí, sí... En el mono, en el *big bang*, en la súper explosión, todo.

Hija:
Ah, ¿sí? ¿Ahora me dirás que vos también vas a creer en la evolución?

Madre:
Claro, no voy a ser una vieja anticuada.

Hija:
Suficiente con ser una vieja beata...

Madre:
¡Ahí viene! El papa. ¡Al fin lo voy a ver!

Hija:

¡Mami!

Madre:

¿Qué?

Hija:

Rompí fuente.

Madre:

¿Qué?

Hija:

Sí... ya viene la bebé...

Madre:

¿Justo ahora?

Hija:

Gritando. ¡Llévame a la clínica, mamá!

Madre:

¡Me cago en vos! ¡Siempre arruinando mis planes!

Vamos, vamos, vamos...

FIN

FOTOGRAFÍA

Jurados: Wara Vargas Lara, Magdalena Tola Paño y Andrea Hinojoza

Nota a la edición

Diosas, alfareras y curanderas

Andrea Hinojosa Sainz *

Letras e Imágenes de Nuevo Tiempo es una convocatoria de la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia que busca estimular la creatividad y el pensamiento crítico en el arte y la cultura. En su séptima versión, esta convocatoria invitó a los y las artistas a proponer una secuencia de fotografías con una narrativa original e inédita, lo cual exige un trabajo profundo de investigación, reflexión y composición. Estos aspectos han sido fundamentales en la selección de las obras que aquí presentamos.

Las tres propuestas fotográficas seleccionadas en el marco de esta convocatoria generan diálogos interculturales y saberes. Además, precautelan la memoria cultural en sincretismo con lo contemporáneo.

El primer lugar fue otorgado a *Diosas del Ukhu Pacha* de Paola Lambertin Murillo. Esta obra está compuesta por fotografías en las que destacan dos colores, el rojo y el negro, y presentan un toque surrealista. Está inspirada en los tejidos jalq'as del departamento de Chuquisaca, que representan el mundo de abajo, el Ukhu Pacha.

Destacan el valor simbólico y la fuerza de cada una de las imágenes, que en su conjunto forman un tejido. También es notable la habilidad de la fotógrafa para captar el espíritu del carácter comunitario y rescatar la pluralidad y la diversidad, que se expresan en las distintas corporalidades de las mujeres: *el lugar donde nace la mente femenina y da origen al mundo contemporáneo*.

El segundo lugar corresponde a *De un lugar que se llama aquí* de Laura Barriga Dávalos. Sus fotografías

a color nos muestran una secuencia íntima de la práctica de la cerámica de las mujeres alfareras. Además, constituyen un registro que se legará a las hijas de estas mujeres. Aquí, presenciamos el diálogo entre el tiempo y el territorio desde las escenas cotidianas. Sin embargo, es probable que aún estemos lejos de comprender este conocimiento respecto al dominio del territorio y su valor. Cabe mencionar que la preocupación de la artista se centra en que los espectadores y las espectadoras no romantiquen estas imágenes y se acerquen de forma responsable a los mensajes que transmiten.

Dejando huella de Debbie Domínguez Rico Jiménez ocupa el tercer lugar en esta selección. Esta obra presenta fotografías en blanco y negro, cargadas de cierta nostalgia. En ellas se percibe la habilidad de la artista para transmitir una sensación de calma y tranquilidad, mientras vemos a Eulalia, una mujer de 78 años, heredera y guardiana de los conocimientos medicinales de sus antepasados.

Aunque muchas personas se ven obligadas a abandonar los usos y costumbres de sus culturas para poder “seguir adelante”, estas imágenes exhiben un conocimiento que sigue intacto y que seguirá transmitiéndose de generación en generación. A través de prácticas cotidianas, la abuela enseña medicina natural, alimentación saludable y su lengua: el quechua.

La creatividad y el talento expresados en estas obras revelan la importancia de la fotografía como medio artístico y como testimonio. Estas fotografías contribuyen a visibilizar la lucha y la dignidad de las mujeres, las culturas y la memoria de nuestra sociedad.

* Andrea Hinojosa Sainz (La Paz, 1984). Estudió Arte en la Universidad Mayor de San Andrés. Tiene estudios en Gestión Cultural, Pedagogía y Museos, y Conservación de Patrimonio Edificado. Es magíster en Conservación de Patrimonio Mueble (UMSA). Trabajó en la Unidad de Conservación del Ministerio de Culturas y en el Área de Conservación del Museo Nacional de Arte. Además, colaboró y apoyó trabajos de curaduría en distintos proyectos. Actualmente, es curadora en el Centro de la Cultura Plurinacional en Santa Cruz.

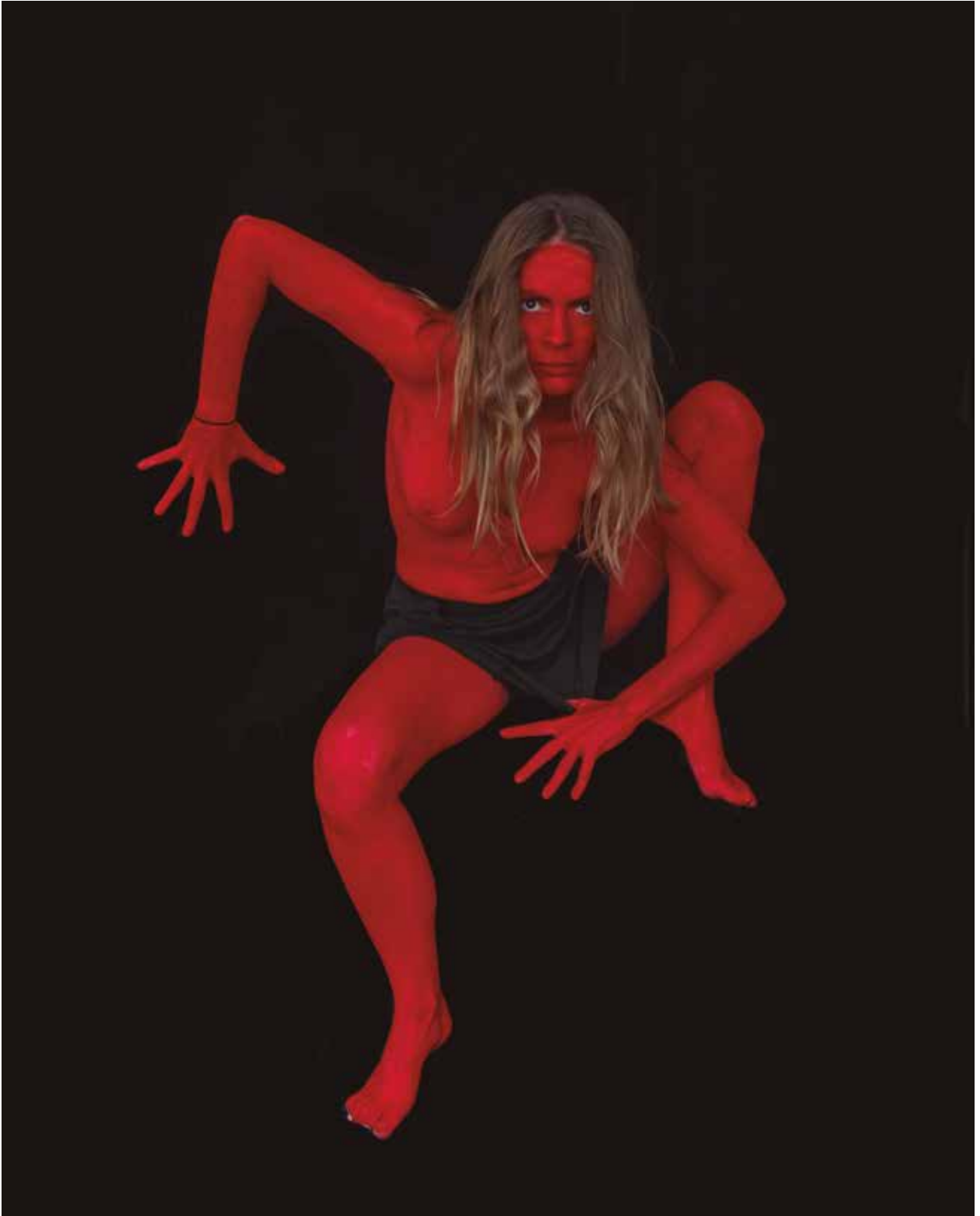
Diosas del ukhu pacha

*Paola Susana Lambertin Murillo**

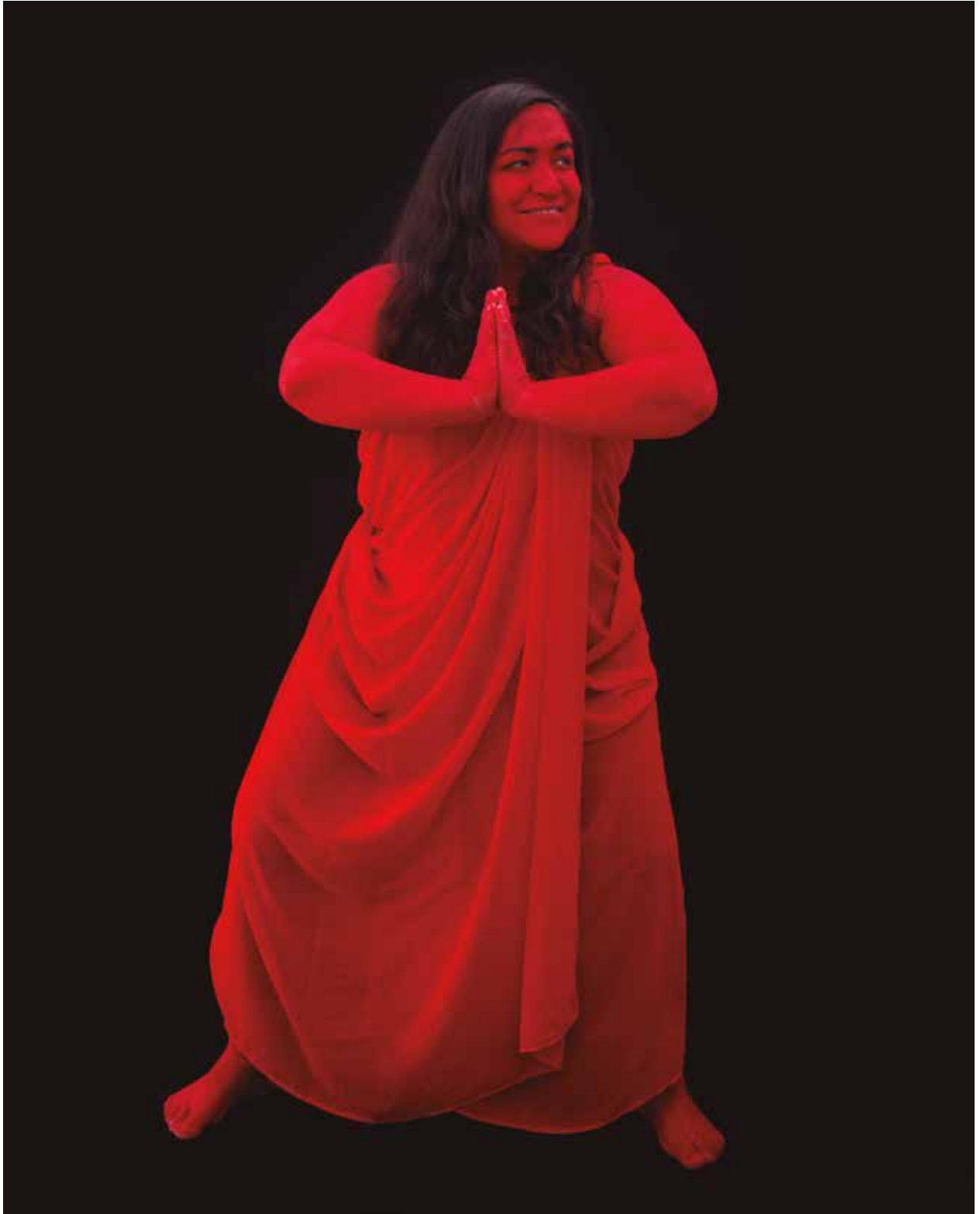
* Paola Lambertin (Sucre, 1985). Fotógrafa y directora de arte, especializada en Buenos Aires en fotografía de moda y publicidad, y fotografía artística contemporánea. Tiene experiencia laboral en Bolivia, Argentina, Colombia, México y Estados Unidos. Sus fotografías han sido publicadas y expuestas en las galerías y bienales de arte más importantes de Bolivia, y se han publicado en Argentina, Brasil, México, Estados Unidos, Francia, Italia, España y Suiza. Obtuvo el primer lugar en el concurso iberoamericano Fotografía Iber-rutas 2021 y fue finalista del mundial de fotografía organizado por Sony y la World Photography Organization, entre otros galardones. Actualmente, trabaja entre Bolivia y México.



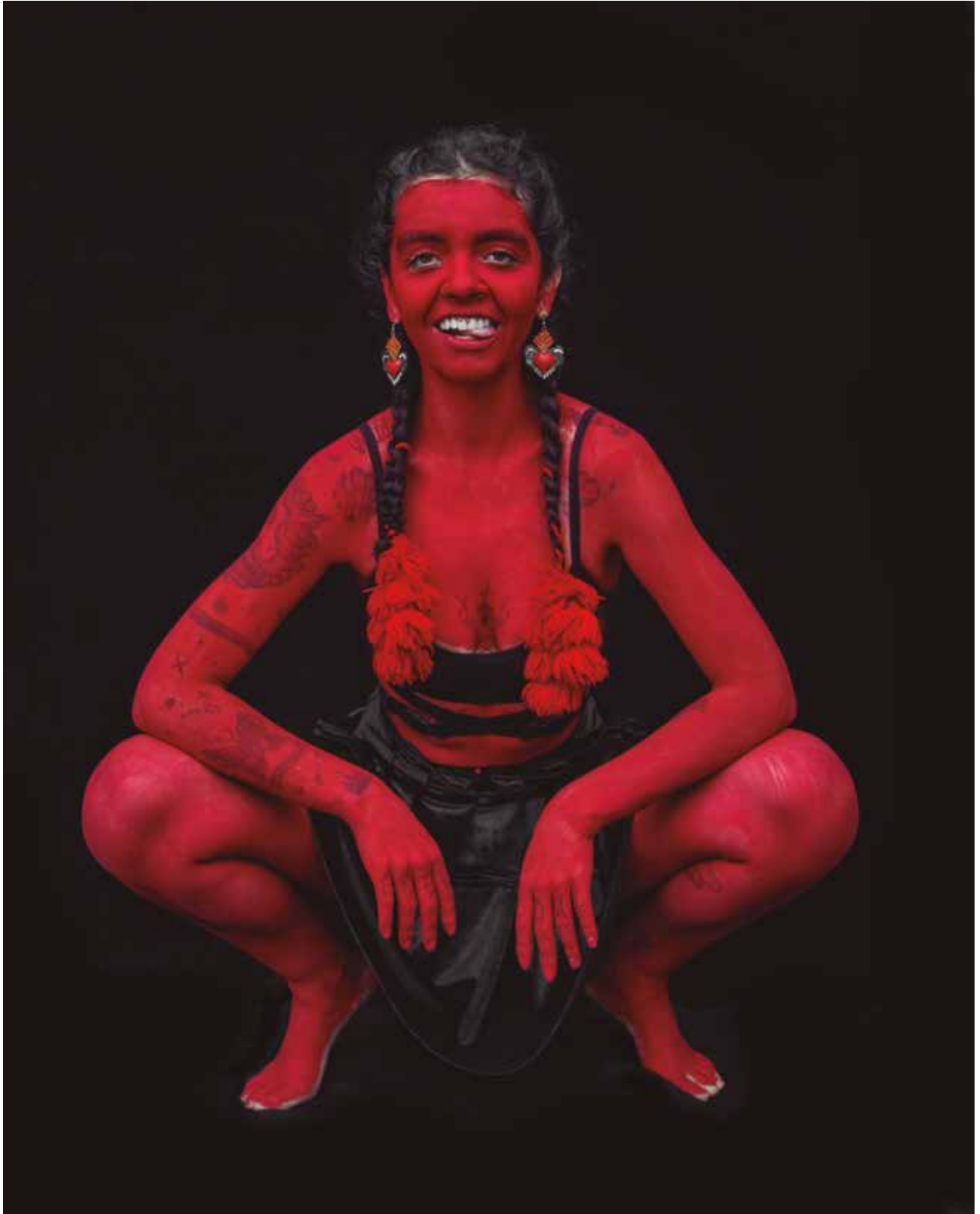


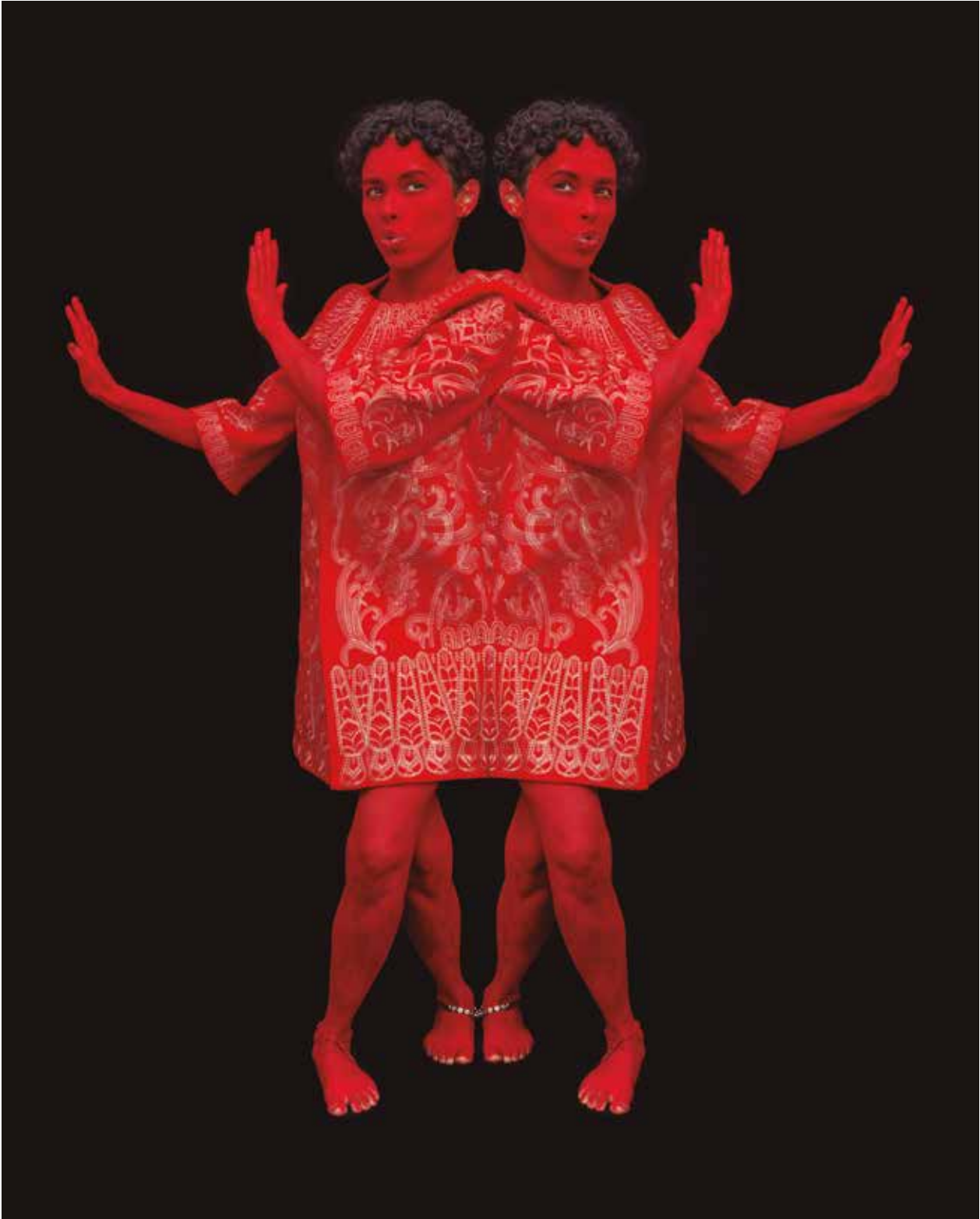


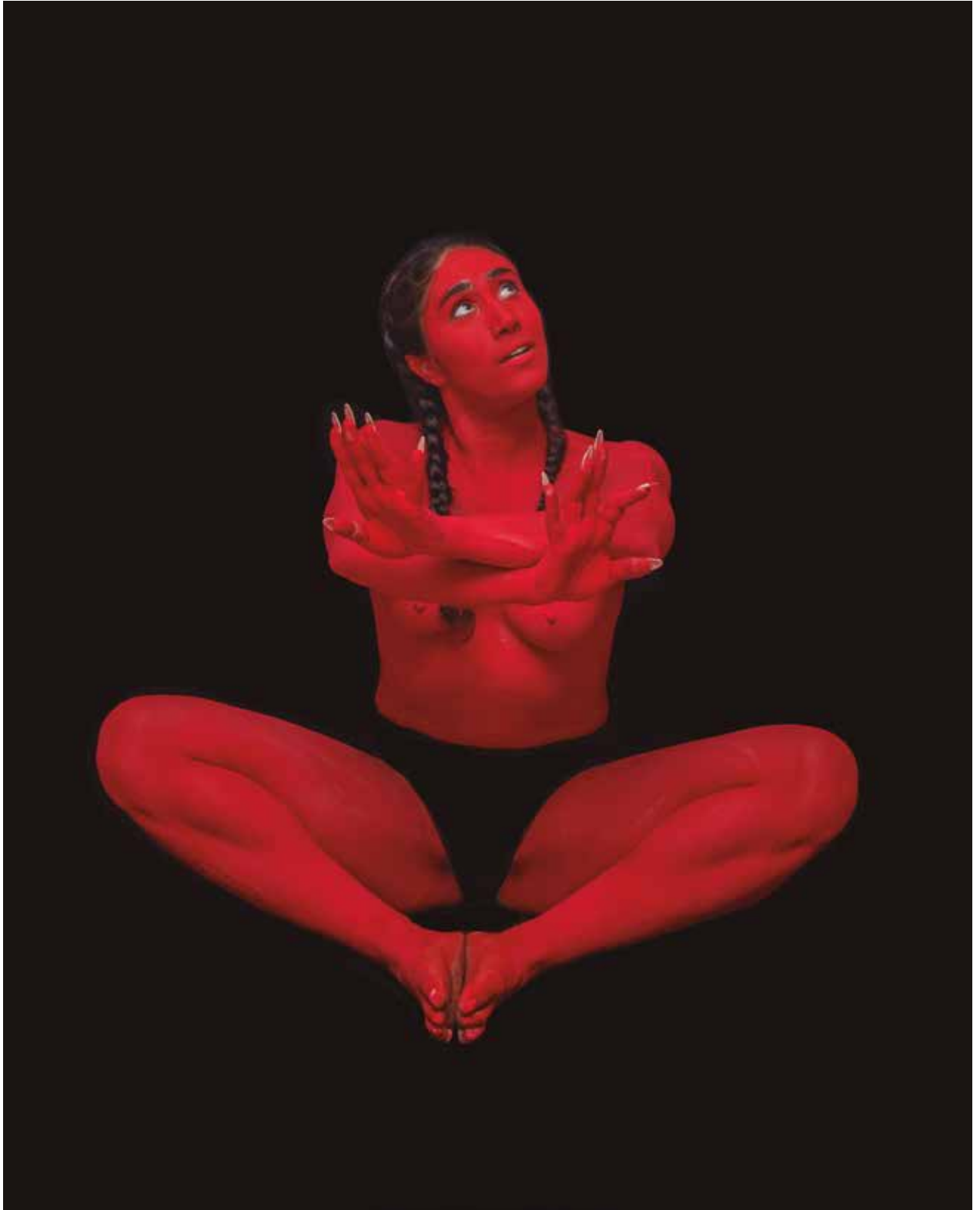




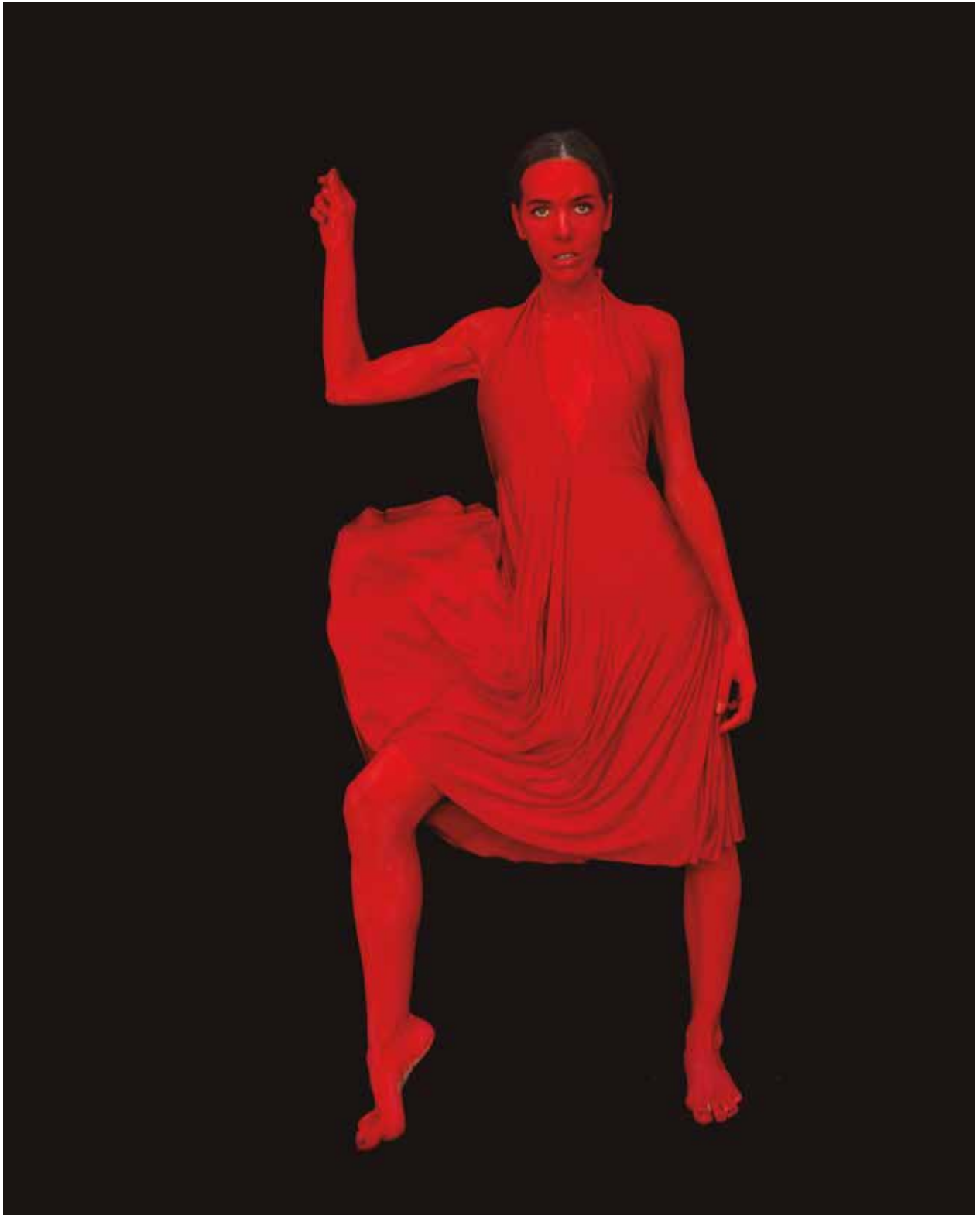




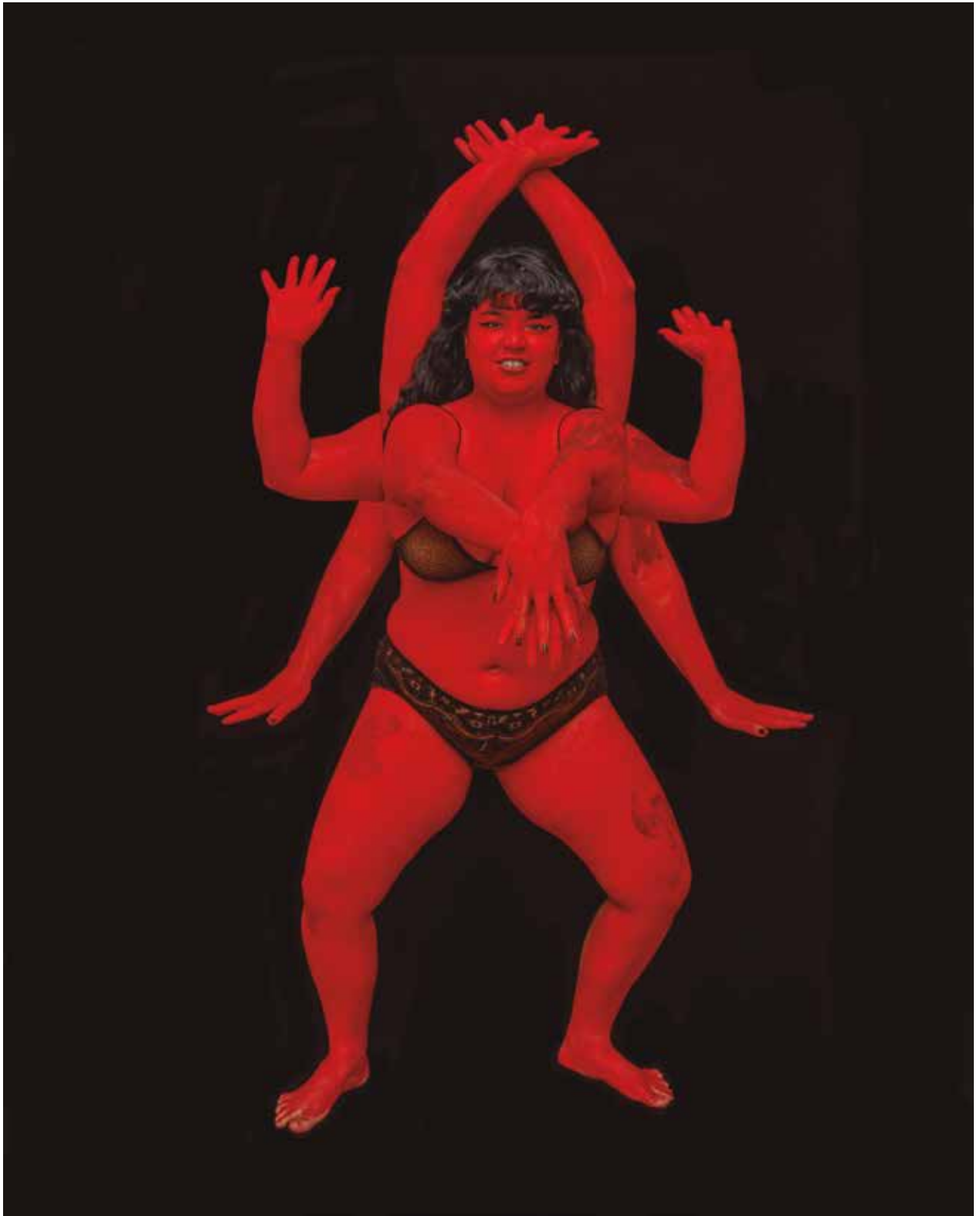


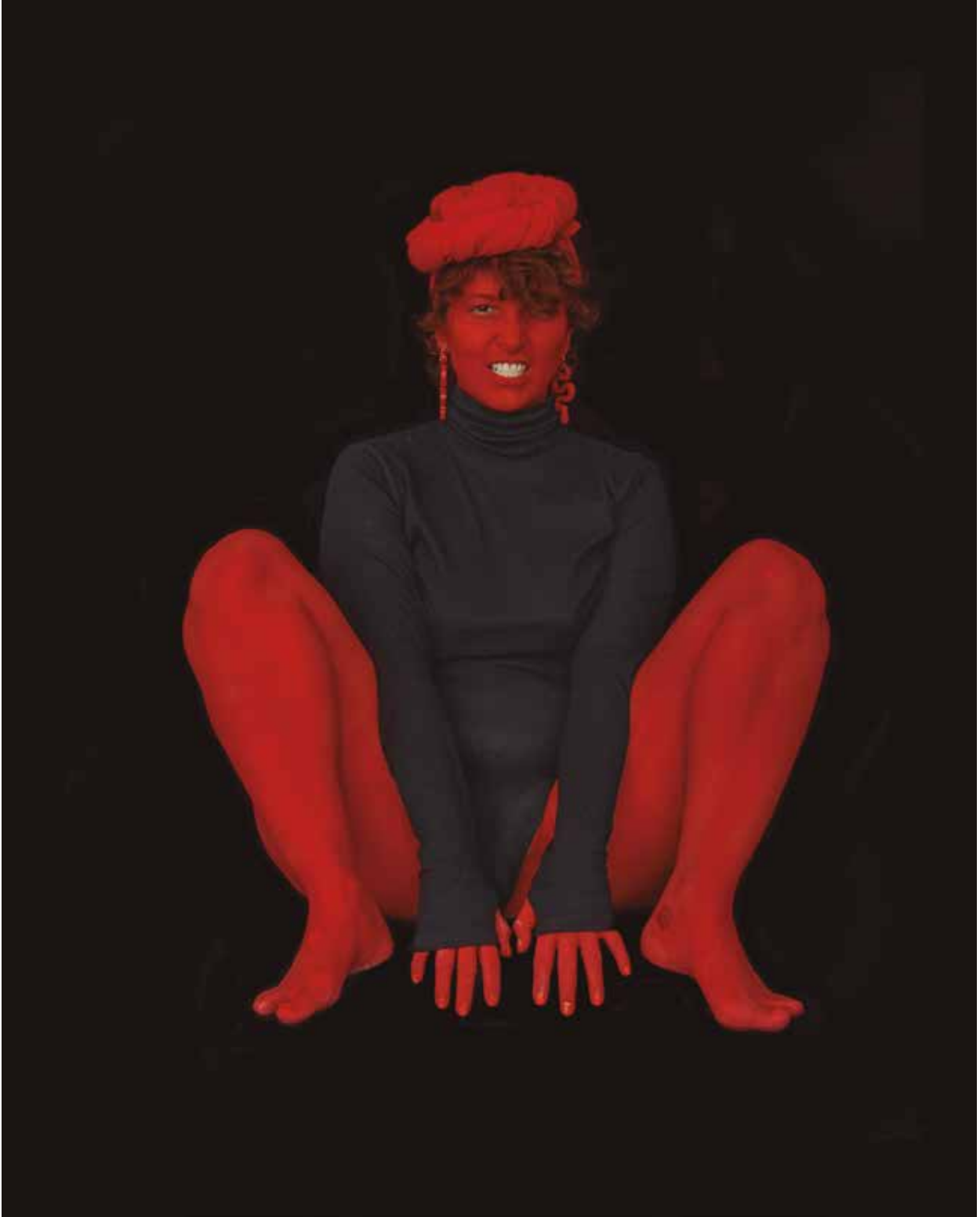






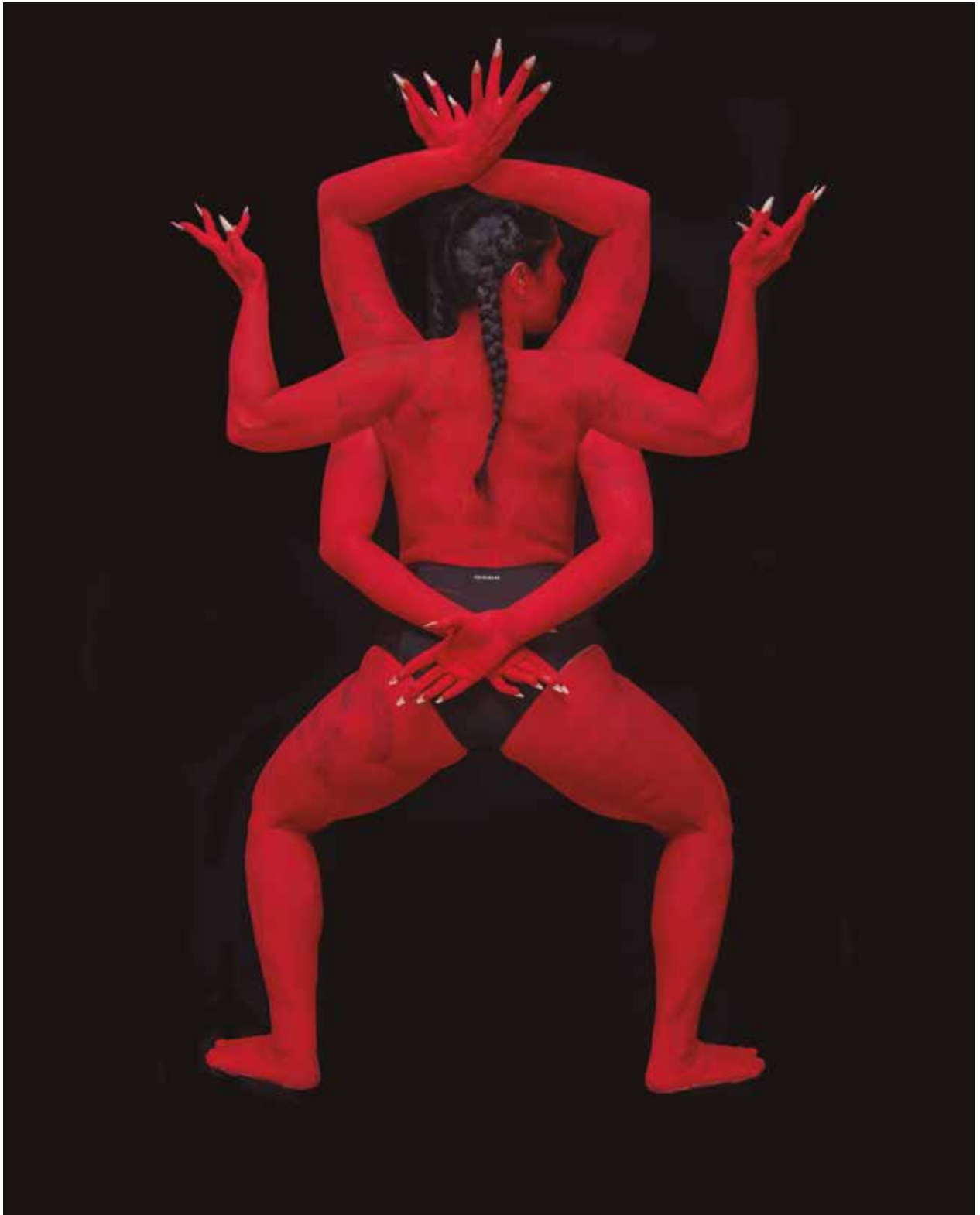


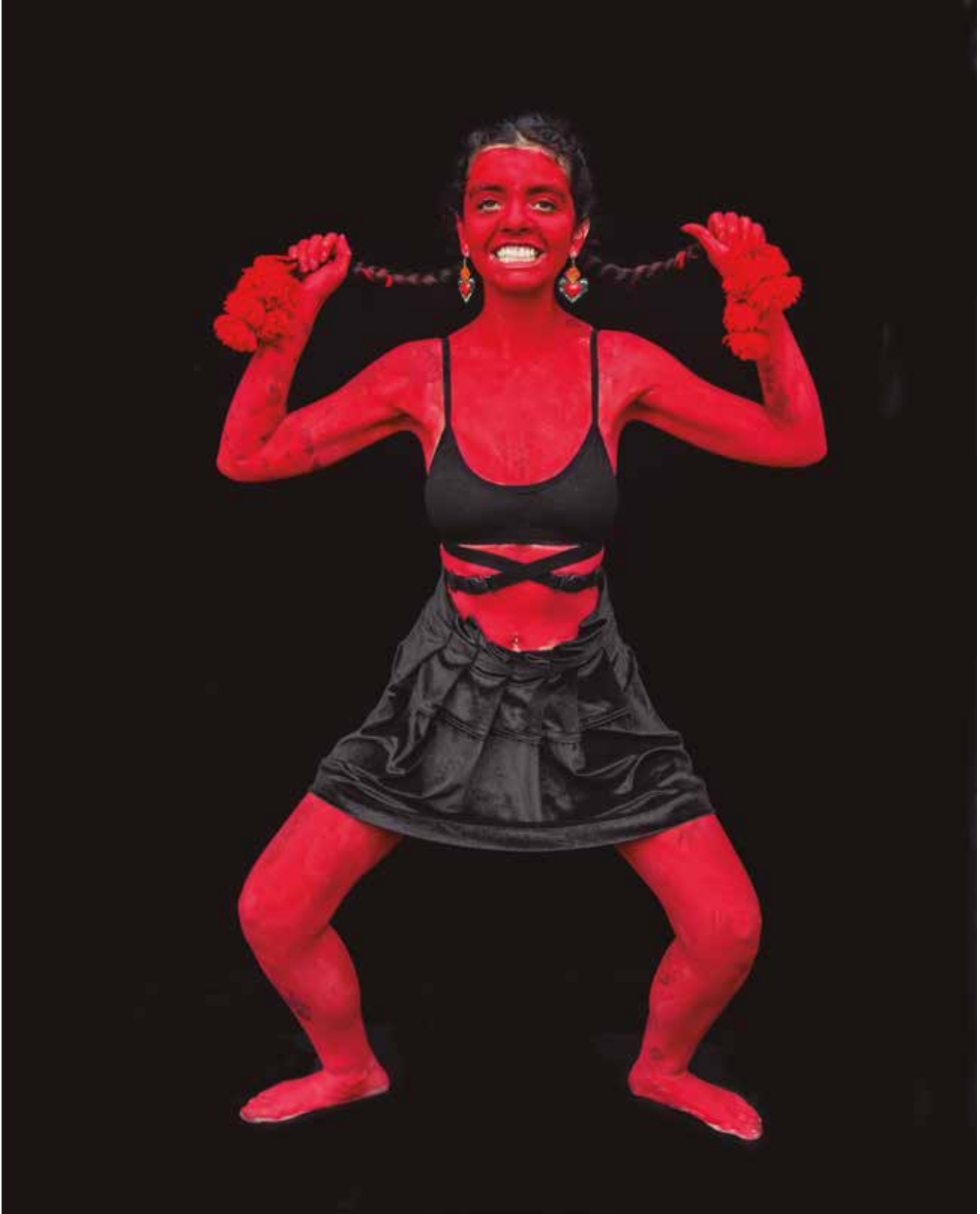




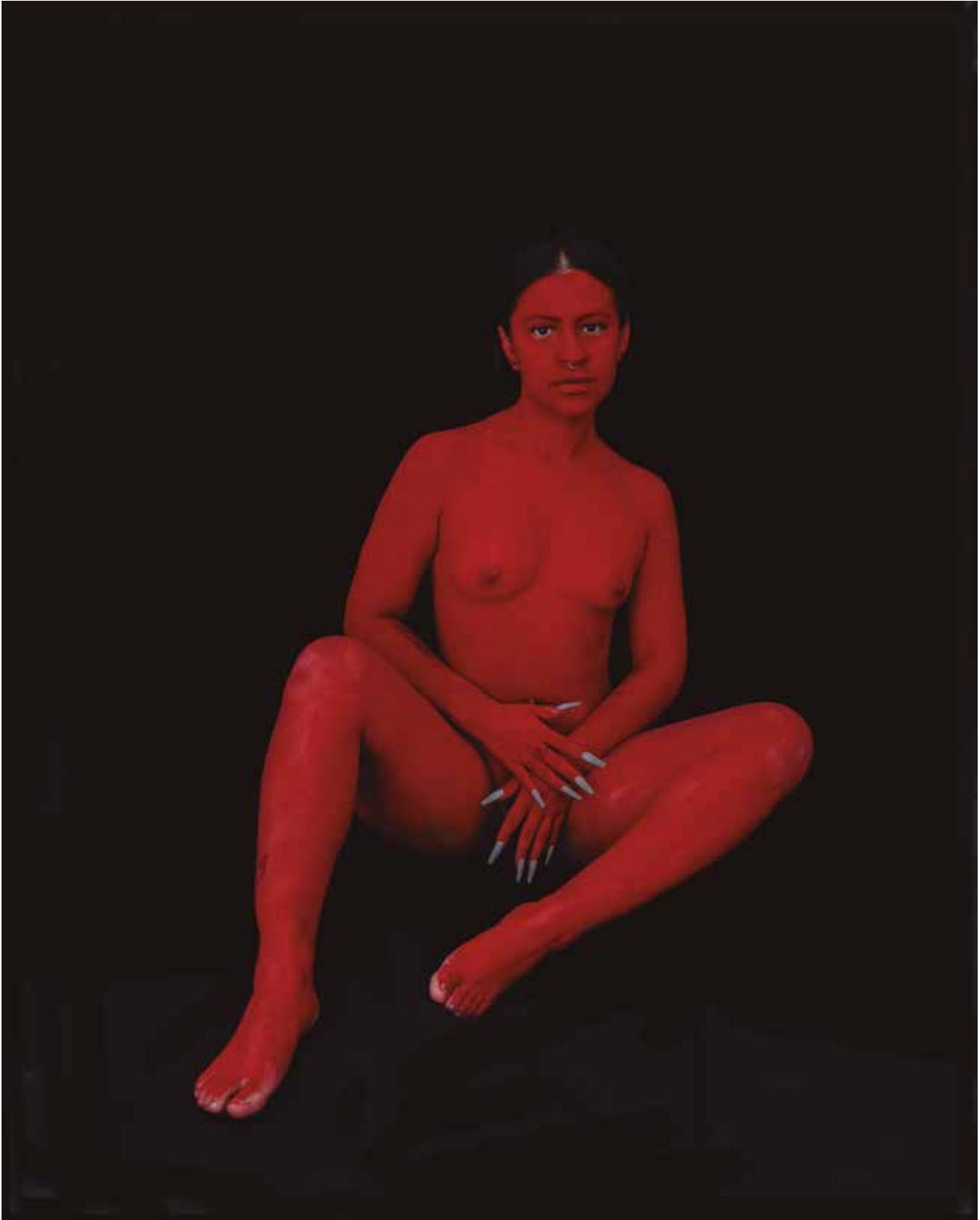


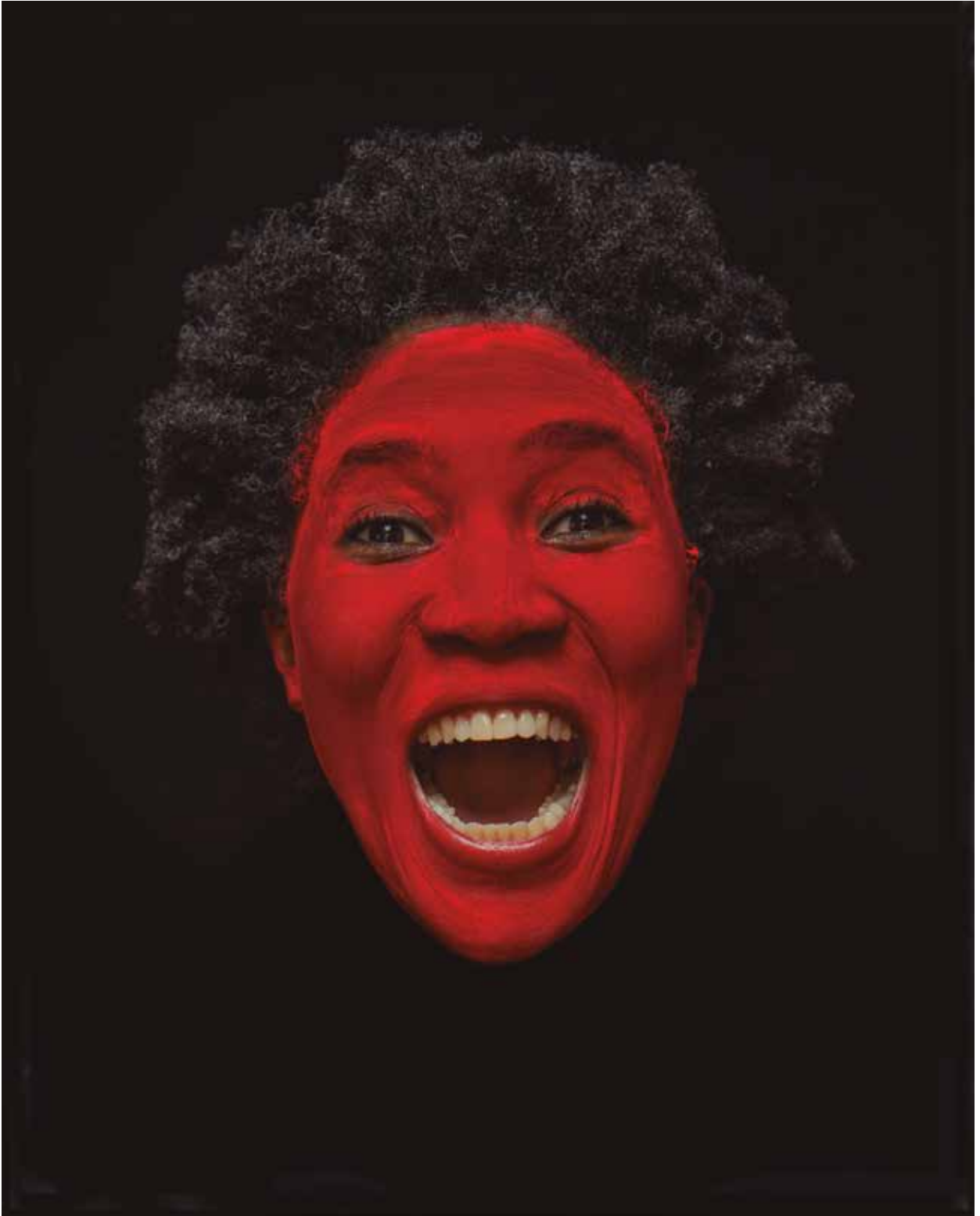


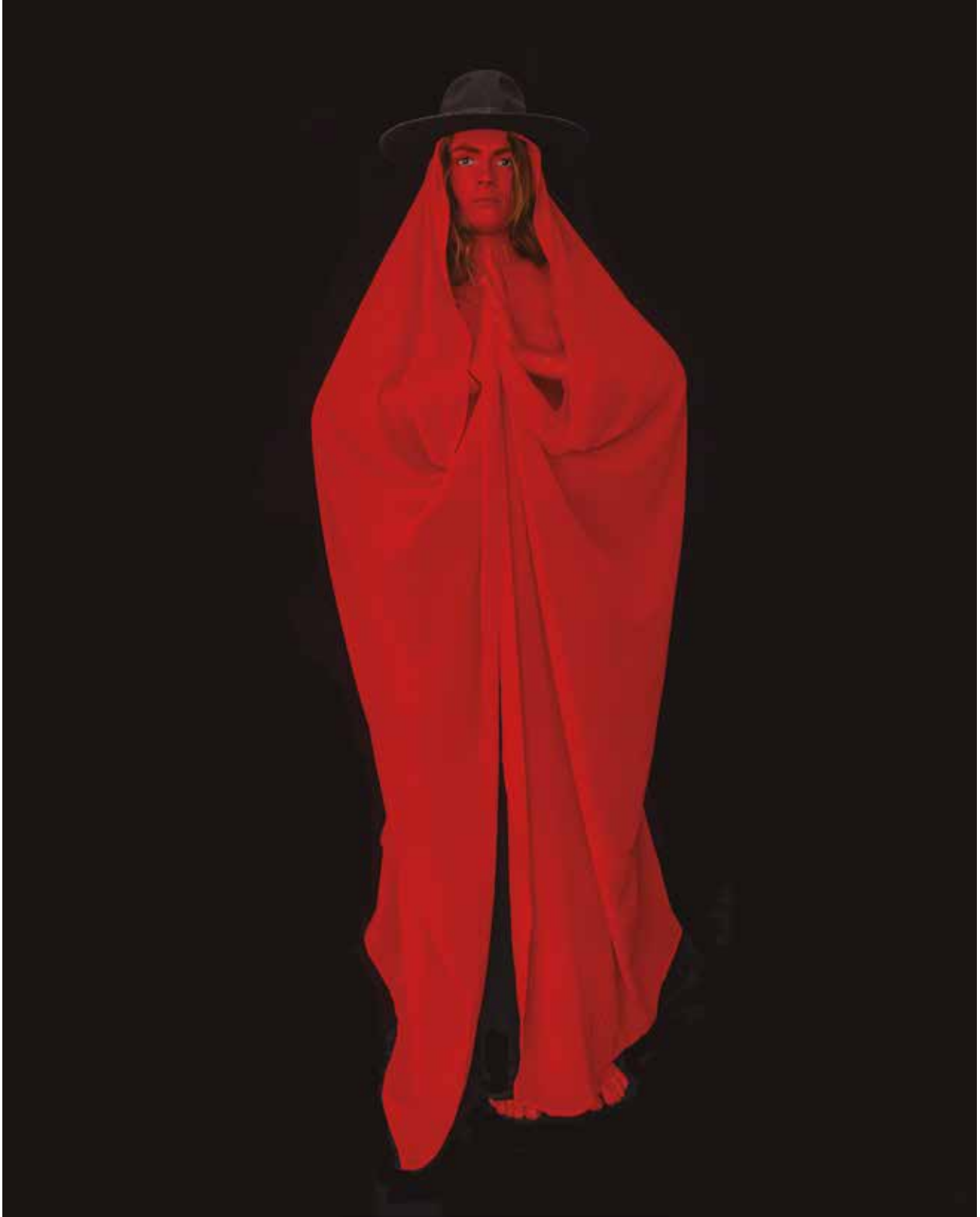


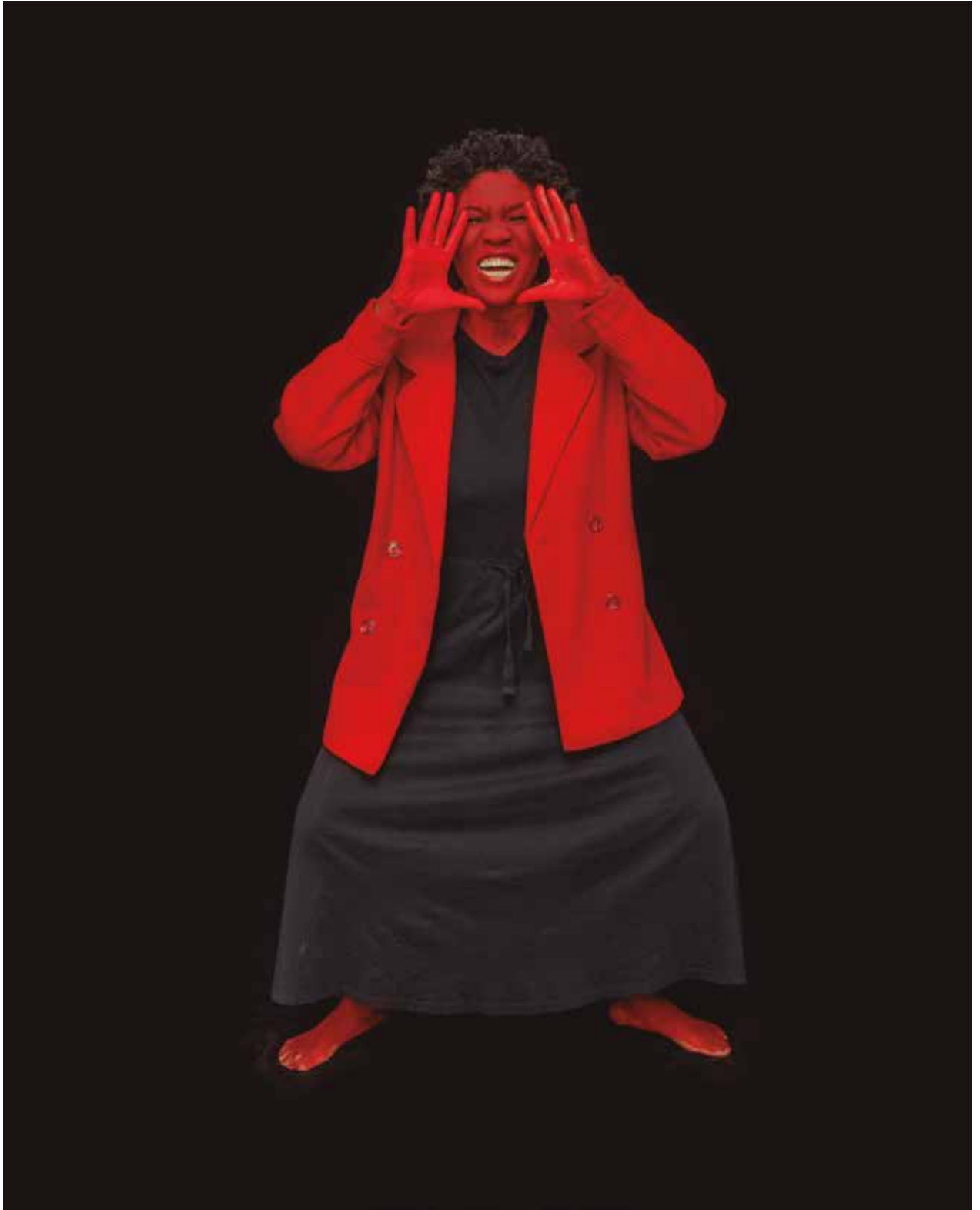


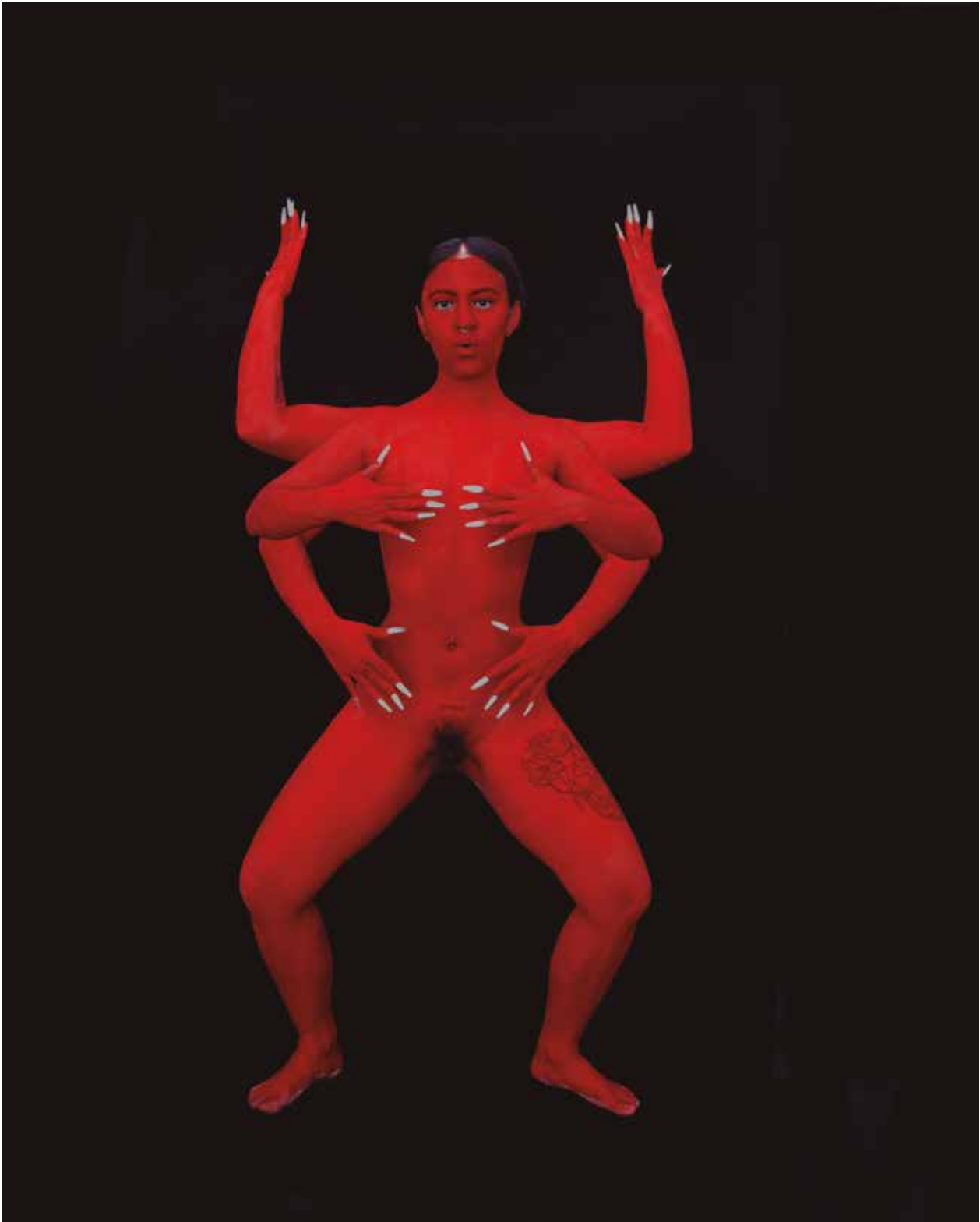


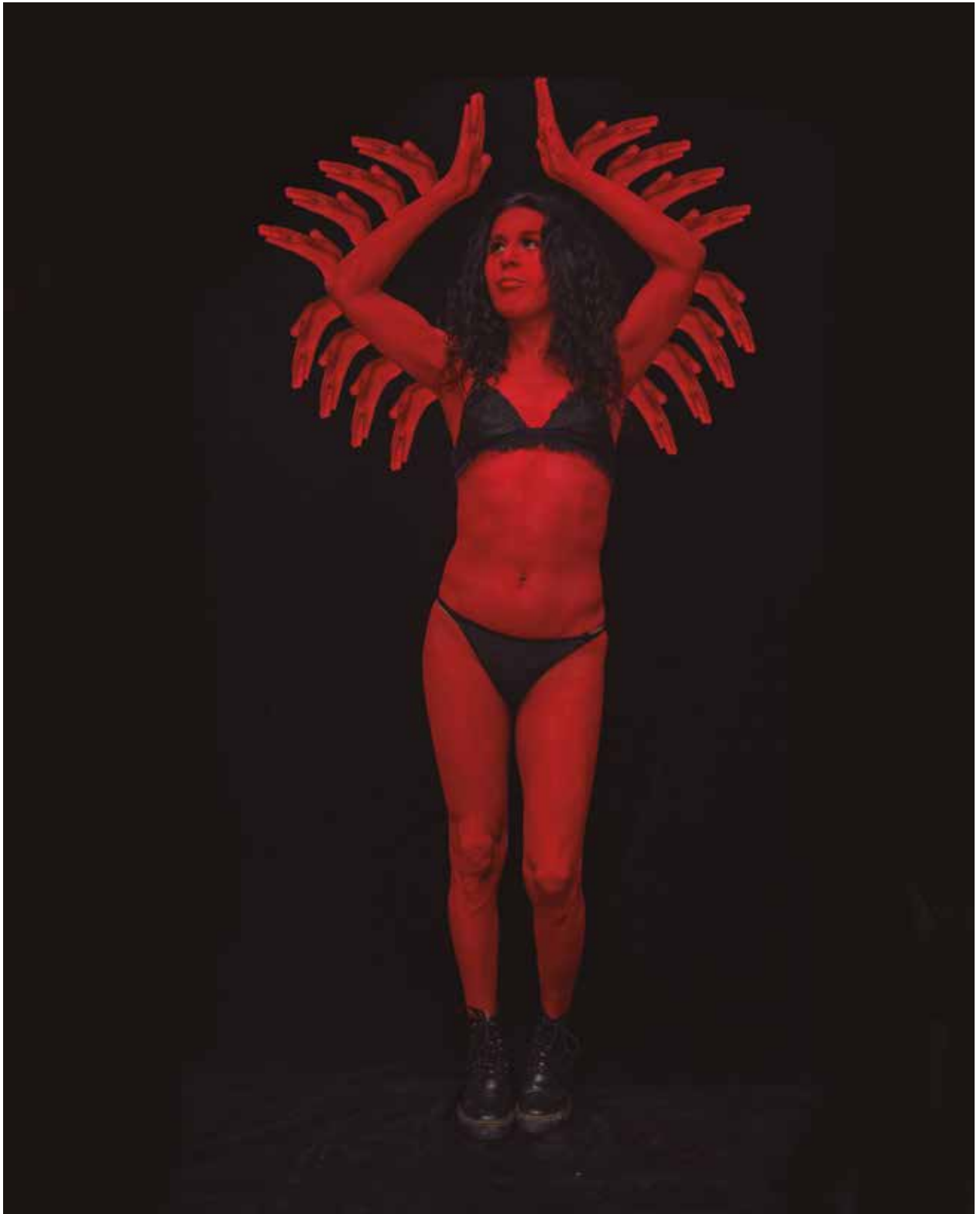


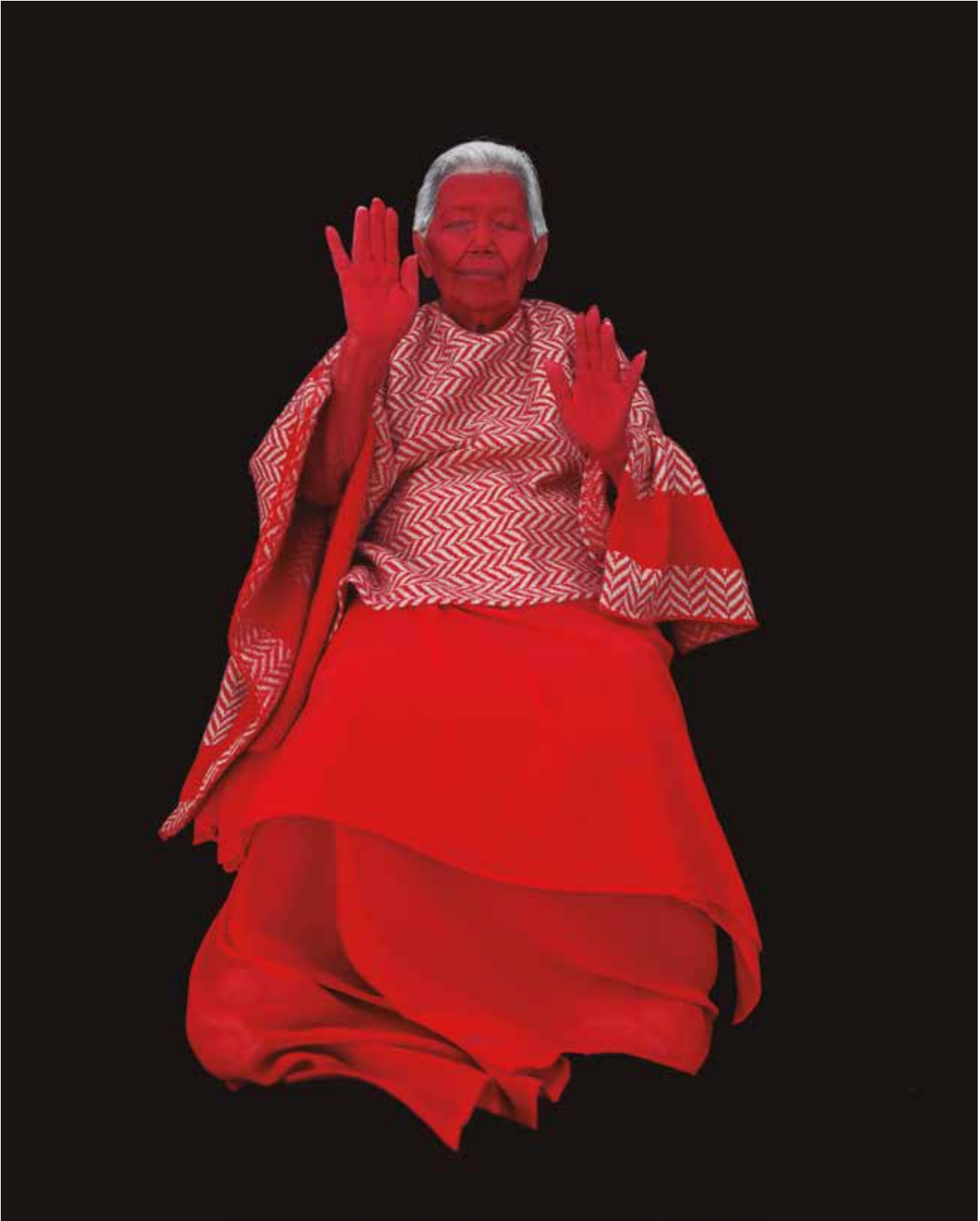


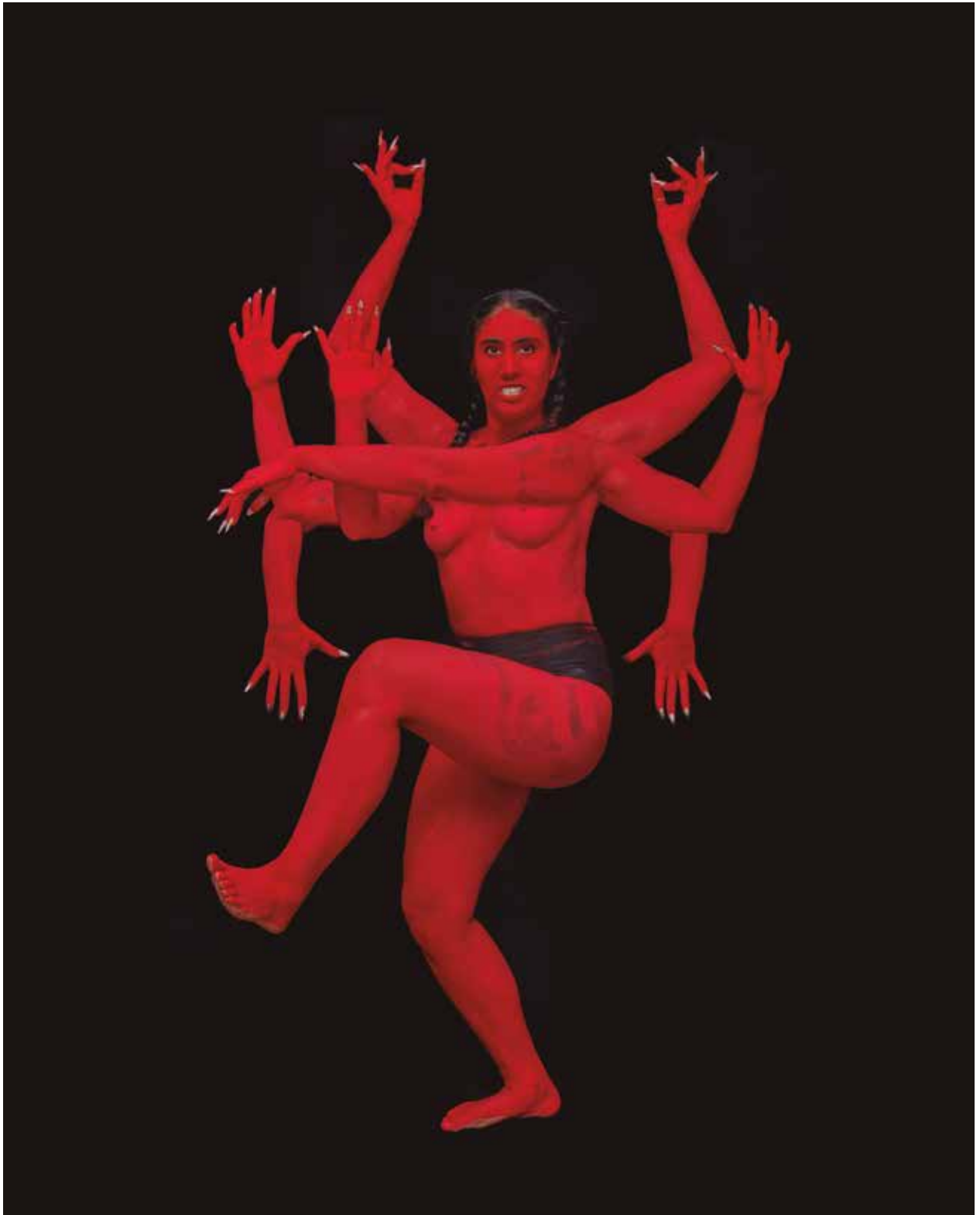


















De un lugar que se llama aquí

*Laura Ximena Barriga Davalos**

* Laura Ximena Barriga Dávalos (Sucre, 1993). Artista e investigadora. Ganadora del Premio Cultural Juana Azurduy y Manuel A. Padilla en la categoría de Investigación Cultural.



















Dejando huellas

*Debbie Ludy Domínguez Rico Jiménez**

* Debbie Domínguez Rico Jiménez (Cochabamba, 1980). Estudió Escultura en la Escuela de Bellas Artes Raúl G. Prada, y Diseño gráfico y Comunicación visual en la Universidad Mayor de San Simón. Tiene formación en fotografía digital y analógica, y fotografía documental (mARTadero). Es educadora y trabaja en las áreas de dibujo, pintura *collage*, mural y arte reciclado en la zona sur de Sebastián Pagador. Su experiencia compartiendo conocimiento con niñas y niños es amplia, y su cámara es el instrumento que le permite expresar su mundo.







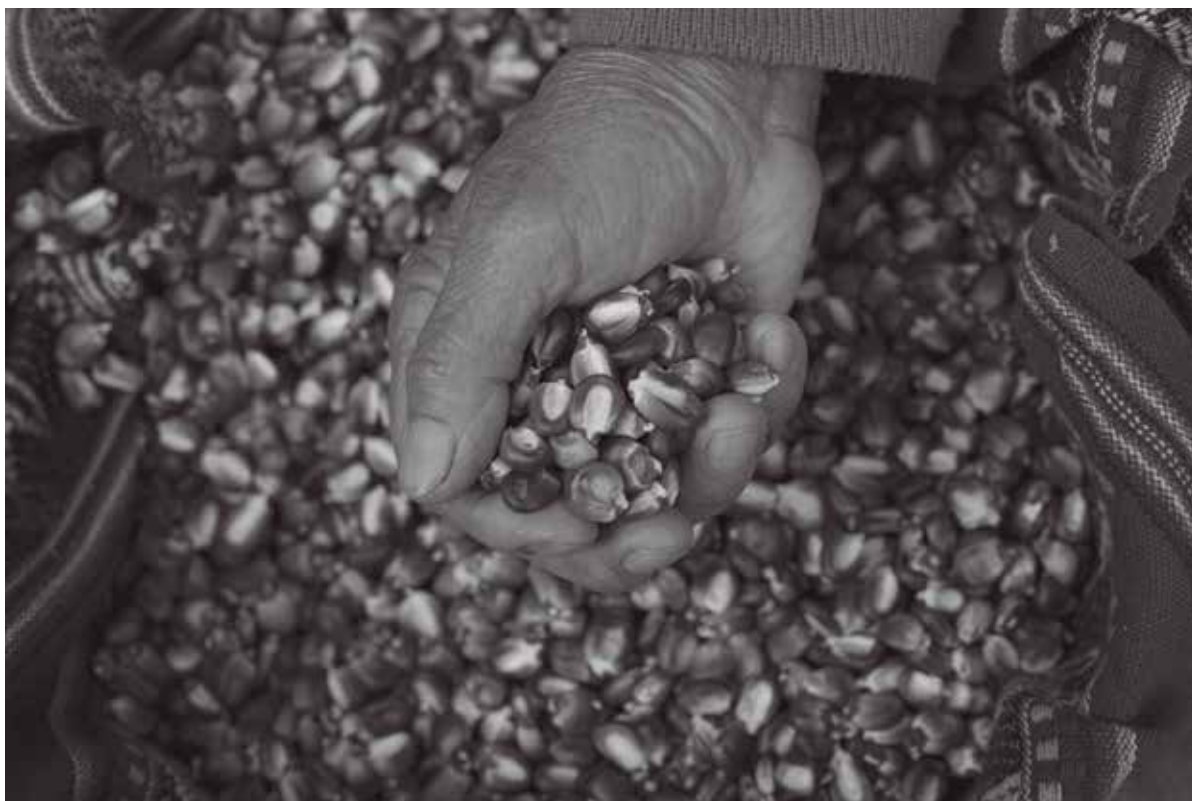






















HISTORIETA O CÓMIC

Jurados: Alexandra Ramírez Flores, Carla Esther Díaz Jarandilla y Estefanía Sofía Rada Zapata

HISTORIETA O CÓMIC

Nota a la edición

Resistencias, culturas, memorias y luchas en la narrativa gráfica

Marcelo A. Maldonado Rocha*

¿De qué manera se conjugan arte, cultura e investigación por medio de la narrativa gráfica? Lo que se lee a continuación es una hermenéutica en torno a las palabras e ilustraciones de las propuestas seleccionadas en el género de historieta o cómic, incorporado por primera vez en la 7^{ma} Convocatoria de Letras e Imágenes de Nuevo Tiempo, lanzada el 2022 por la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia, en el marco del año de la Revolución Cultural para la Despatriarcalización.

Usando diversos géneros y tradiciones de la narrativa gráfica, las propuestas reflexionan sobre las leyendas y las miradas del mundo, la cotidianidad y las revueltas de las mujeres, y denuncian la violencia y los feminicidios. En las obras seleccionadas, destacan los colores y el estilo de la ilustración —que refleja su tradición e influencias—, así como las subjetividades, los miedos, las ambiciones y los deseos. Además, se advierten estructuras narrativas que resultan de procesos de investigación y estéticas que combinan todos los elementos en secuencias vivas de viñetas, en las que habitan personajes, se desarrollan historias y se erigen lugares.

Ñambi-Cuña Ipaye de Diana Cabrera retoma la estética y el estilo del cómic americano y presenta algunos relatos de la mitología de los pueblos indígenas de las tierras bajas de Bolivia. Aborda, por ejemplo, los significados de la venganza como trueque, temática transversal a la construcción espiritual de los chiriguanos. Además, enfatiza la relación profunda que

los chiriguanos tienen con los bosques y su entorno; retrata la cotidianidad de las mujeres chiriguanas, visibiliza intereses etnográficos y realiza paralelismos que revelan al entorno natural y al cultural como espacios que motivan la violencia de género.

En *Celestina* de Américo Gonzales, existe una hermosa referencia a la narrativa ilustrada cuando la voz de una madre analfabeta, ansiosa por noticias de su hija, declara lo siguiente: “[Llegó] carta de mi hija, ella manda dibujitos porque sabe que no sé leer”. Esta sucesión de viñetas muestra la cotidianidad y la lucha diaria de dos mujeres que ven en los espacios urbanos un horizonte de crecimiento. Se enfrentan a costumbres que coartan sus libertades y posibilidades, en un contexto regido por sistemas patriarcales. El texto y las ilustraciones se convierten en instancias que exteriorizan afectos y simpatías. Así, la sororidad —los vínculos comunales y afectivos— entre madre e hija, que se evidencia en esta obra, enfatiza las continuidades de las redes tejidas entre mujeres.

Esa conexión con lo materno se presenta también en *Mi color favorito* de Pilar Montesinos. Esta historieta resalta el paisaje urbano reproduciendo sus formas, estilos y colores. Asimismo, destaca por su estructura narrativa, pues todo comienza con una circunstancia ordinaria: un viaje en minibús conduce a la protagonista y a los lectores por la secuencia de esta historia. Esta propuesta cuestiona los roles de género y exhibe cómo se construyen desde la infancia. También, pone en evidencia formas de violencia contra

* Licenciado en Ciencias Políticas y magíster en Investigación Científica en Ciencias Sociales por la Universidad Mayor de San Simón. Tiene estudios en Filosofía y Letras en la Universidad Católica Boliviana. Fue investigador del Programa de Rehabilitación de Áreas Históricas de la Universidad Mayor de San Simón, gestor de cultural de proyectos en la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia. Actualmente, es pedagogo del Museo Nacional de Arte.

la mujer, que se reproducen en espacios públicos y privados, y van desde el acoso callejero hasta abusos en entornos más próximos, como la familia, el barrio y la escuela. Estos relatos desgarrados se templan con la contención de las mujeres, en cuanto compañeras, y se representan con tonalidades que refuerzan los hechos que los componen.

Es destacable que la narrativa gráfica posea mecanismos de comunicación y transmisión de

ideas e información, que desplazan las barreras del idioma y la educación. En las historietas, se coligan las representaciones visuales y la palabra escrita para construir mundos que trascienden la ficción. Además, estas obras demuestran que autoras y autores han interiorizado los ejes temáticos propuestos en la convocatoria, y son apuestas con una intención panegírica: entrañan una suerte de elogio a la mujer y sus realidades.

Ñambi-Cuña Ipaye

*Diana Valeria Cabrera Miranda**

* Diana Valeria Cabrera Miranda [Diana Val] (La Paz, 1996). Ilustradora e historietista. Ha creado ilustraciones para libros de cuentos, portadas de novelas y revistas, asimismo ha trabajado en diversos proyectos de cómic para instituciones privadas y públicas. Participó del Salón Tinta Fresca del Festival Internacional Viñetas con Altura (La Paz, 2015, 2018 y 2019). En el 2019, formó parte de La Fiera (Buenos Aires), una muestra colectiva de mujeres historietistas, y de la Expocómic 2019 (Santiago de Chile). Obtuvo el primer lugar en el Concurso Municipal de Cómic de La Paz (2018 y 2021) y el segundo lugar en el Concurso Municipal de Humor Gráfico e Ilustración de Cochabamba (2019).

*
ÑAMBI
CUÑA IPAYE

I

“... tienen por religión la *venganza* y la llaman *trueque*”. Esta expresión aparentemente peyorativa, indica, sin embargo, la relación que tiene la religión con el sistema de reciprocidad, una reciprocidad negativa en este caso. “La religión de la venganza: se revela aquí el corazón mismo de la sociedad chiriguana [...]. [N]o reconoce este gran pueblo divinidad alguna; vive en una profunda ignorancia del verdadero Dios, ni se descubre en estos infieles el más mínimo sentimiento de piedad y religión. Sin embargo, no dejan de ser supersticiosos y observan con escrupulosa atención el canto de ciertos pájaros”.

Melia Bartomeu
Ñande reko [Nuestro modo de ser]

Creen también que hay genios tutelares de los bosques, campos, cerros, arroyos, árboles, etc. A quienes dan el nombre de *Ija* [dueño], y los temen; y para hacérselos propicios, al pasar por los lugares que suponen puestos bajo su dominio, los invocan con la frase ritual: *tumpa-reño taicó, cherú* [sea yo salvo, o padre mío]. Imaginan también unos espíritus o espectros noctívagos, maléficos y pavorosos que llaman *Aña*.

Bernardino Nino
Etnografía chiriguana

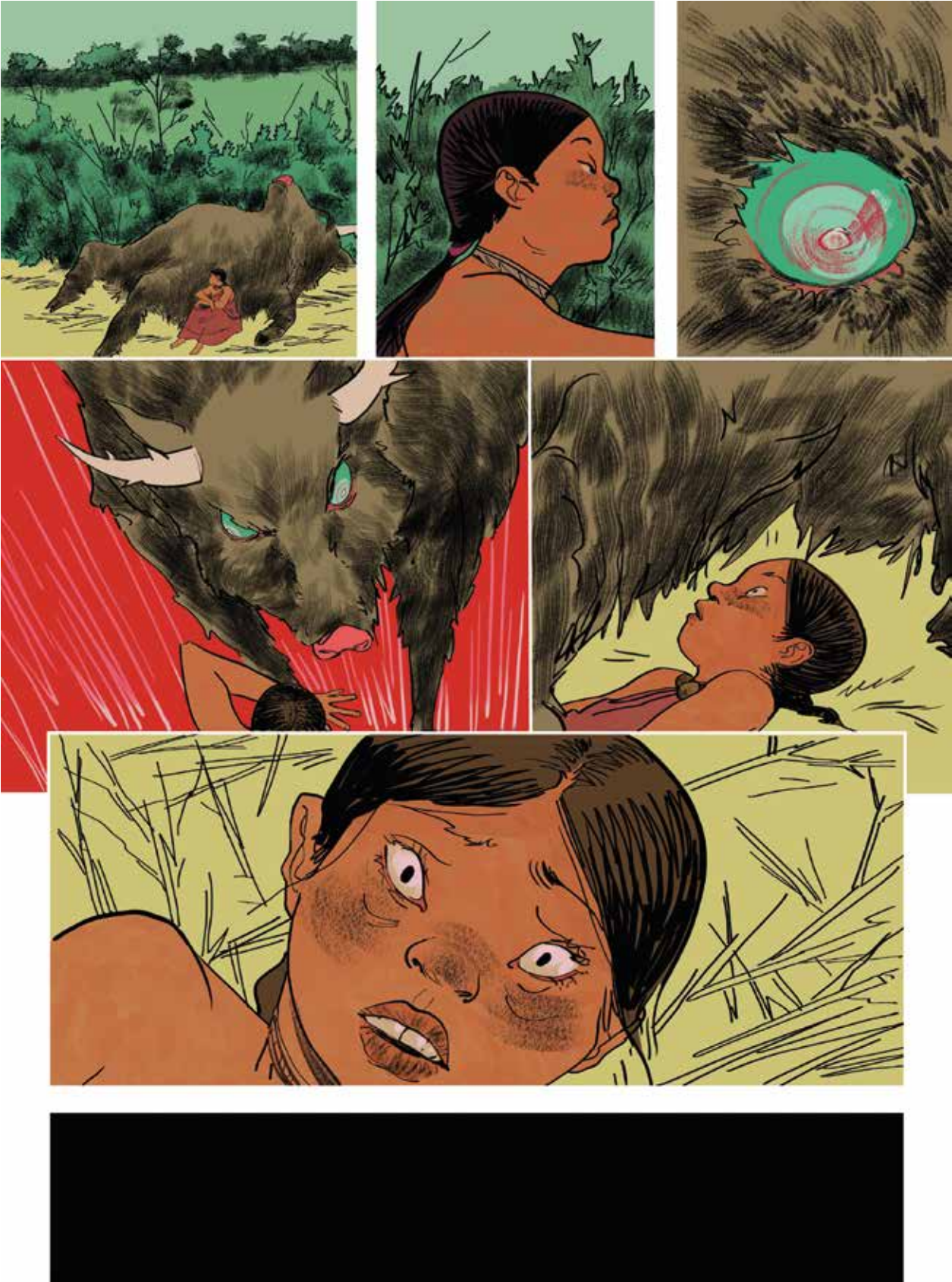


* ¡ESTO ES UN ASUNTO SERIO!













* SEA YO SALVO, OH, PADRE MIO.

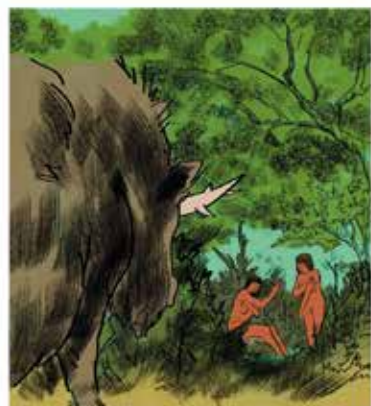


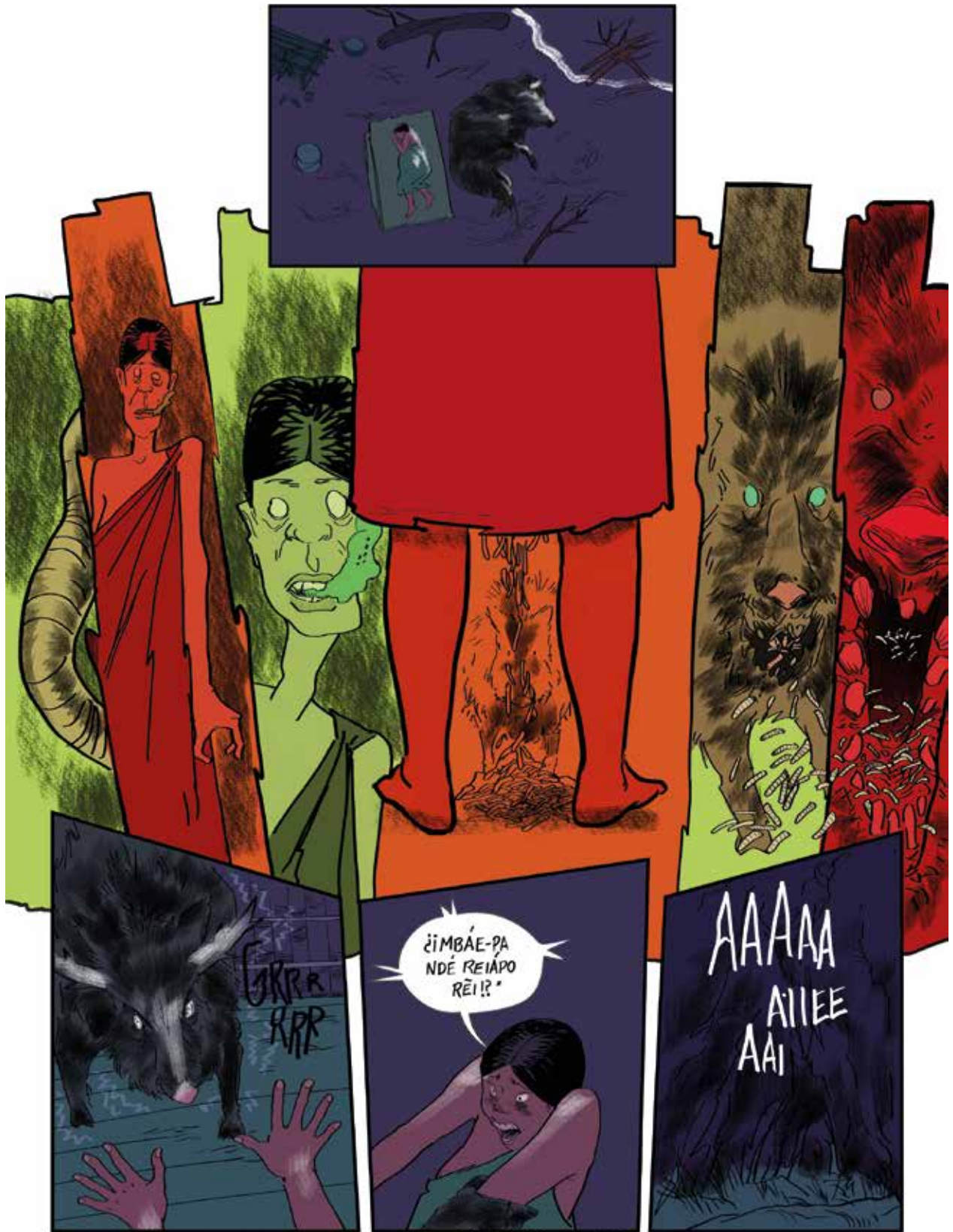
II

La mujer, entre los chiriguanos, es una verdadera esclava y el hombre su señor, el trabajo de este para la familia se reduce a la siembra y escarda, como a traer la leña necesaria. Además, por diversión y paseo prende su arco y flecha, va al campo y caza y en un río cerca pesca también, pasa lo demás del tiempo con sus amigos hablando, contando hazañas, refiriendo cuentos *miani*, jugando al naipe y al dado, apostando hasta el tipoy o cutama de su mujer.

Esta, al contrario, es el carguero de la casa, acarrea el maíz con su ñapoca, especie de red, va al manantial y trae, en sus hombros y a largas distancias, unas 50 libras de agua, prepara la comida, elabora la chicha, asea su casa, hila y teje ponchos, hace ollas, cuida de sus hijos, cría chanchos, gallinas, ovejas y cabras, hace queso si tiene vacas, y como si todo esto fuera poca cosa, por las tardes se sienta cerca de su ocioso marido, le suelta la robusta cabellera y, por distracción, va buscando en aquel laberinto a los insectos que anidan, sin tener el asco, no digo de matarlos, sino de victimarlos con los dientes [unos] y hacer su merienda [otros]; cosa muy llana para ellas.

Bernardino Nino
Etnografía chiriguana





¿IMBÁE-PA
NDÉ REIÁPO
RÊI!?

* ¿IGUÉ ESTÁS HACIENDO!?



III

El *ipaje* es un chamán bueno que pone su conocimiento espiritual al servicio de la comunidad. Él es el principal auxiliar en el gobierno del jefe, tanto para atraer a los espíritus favorables como para ahuyentar y conjurar las desgracias y maleficios.

Melia Bartomeu
Ñande reko [Nuestro modo de ser]

Los brujos buenos [...] son muy compasivos y hacen lo posible para que la raza goce de salud, fortuna y buenas cosechas, sin experimentar hambre, ni epidemias, mientras que los brujos malos hacen a la pobre humanidad chiriguana todo mal; ellos atajan la lluvia, ellos mandan las epidemias, ellos el hambre, ellos la muerte. Los brujos malos se llaman *Mbaecuá*.

Bernardino Nino
Etnografía chiriguana

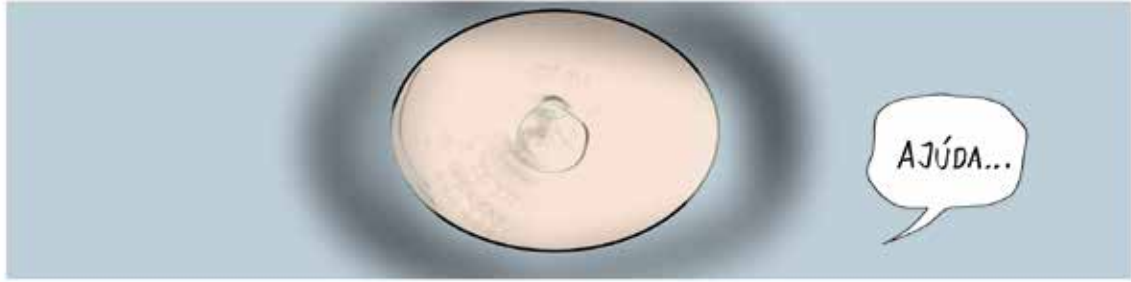


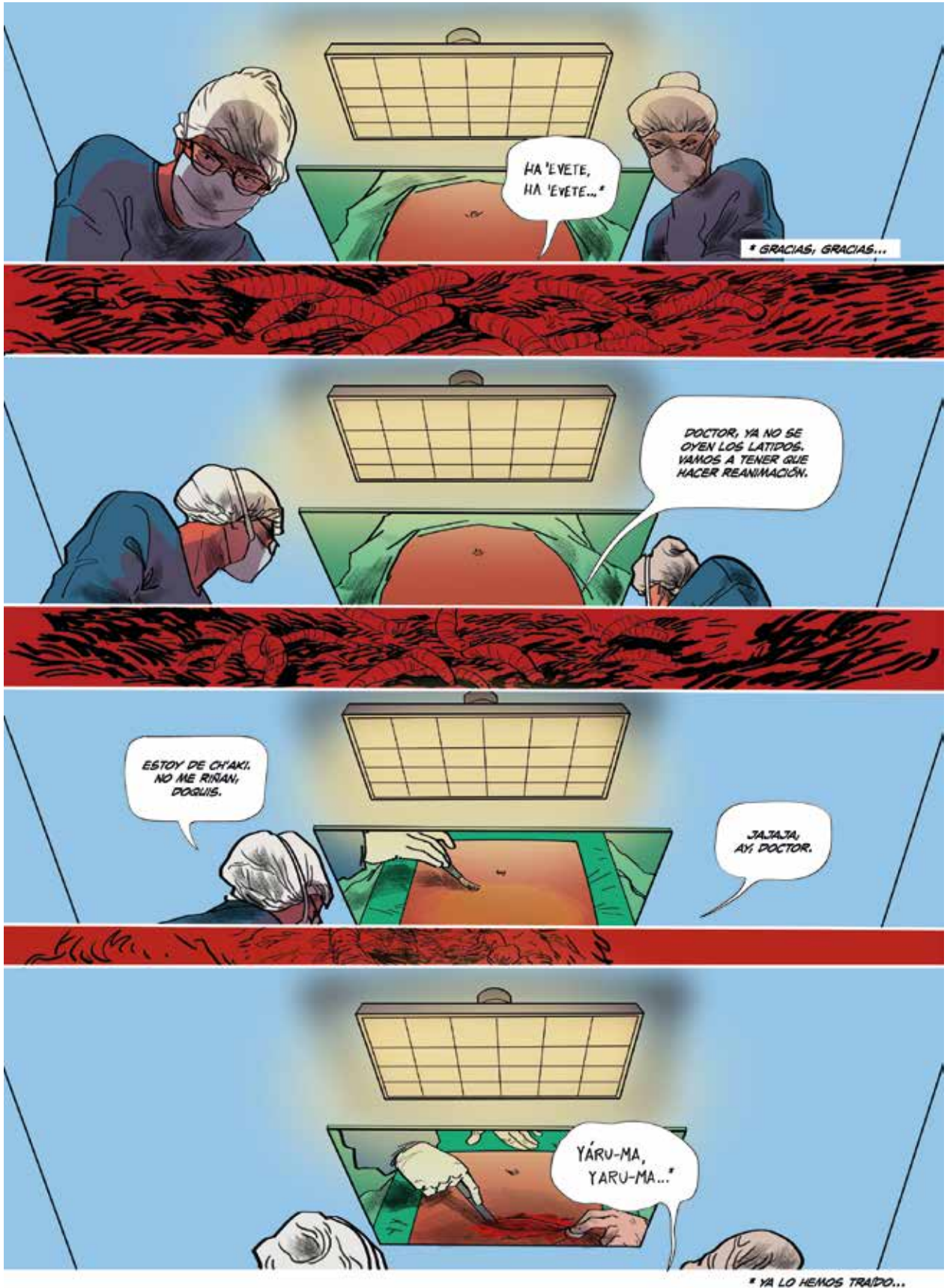


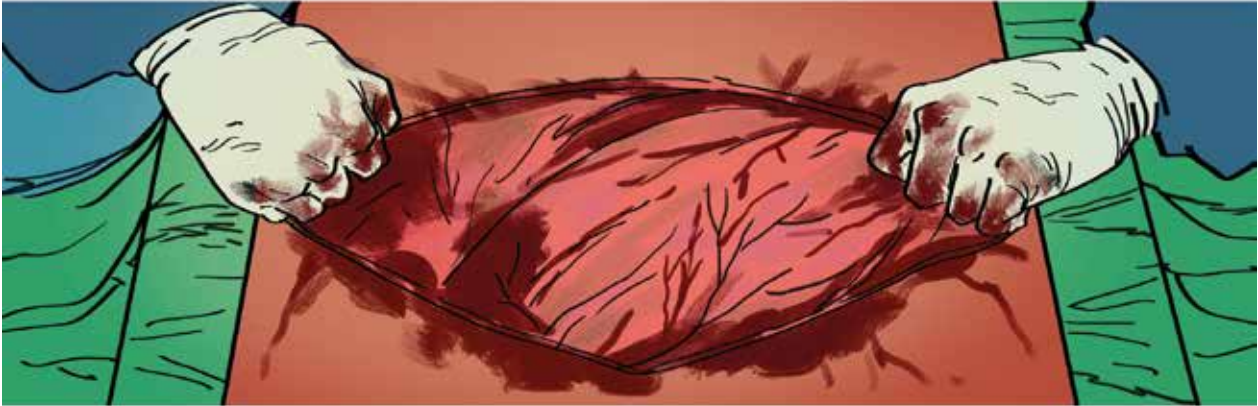
NO SÉ QUÉ DICE. ** VOS SABES CASTELLANO.



* SIENTO MUCHO DOLOR. LA HERIDA ME DUELE MUCHO. ** AYUDA....







* ININTELIGIBLE. CANTOS PROHIBIDOS.





* ININTELIGIBLE.

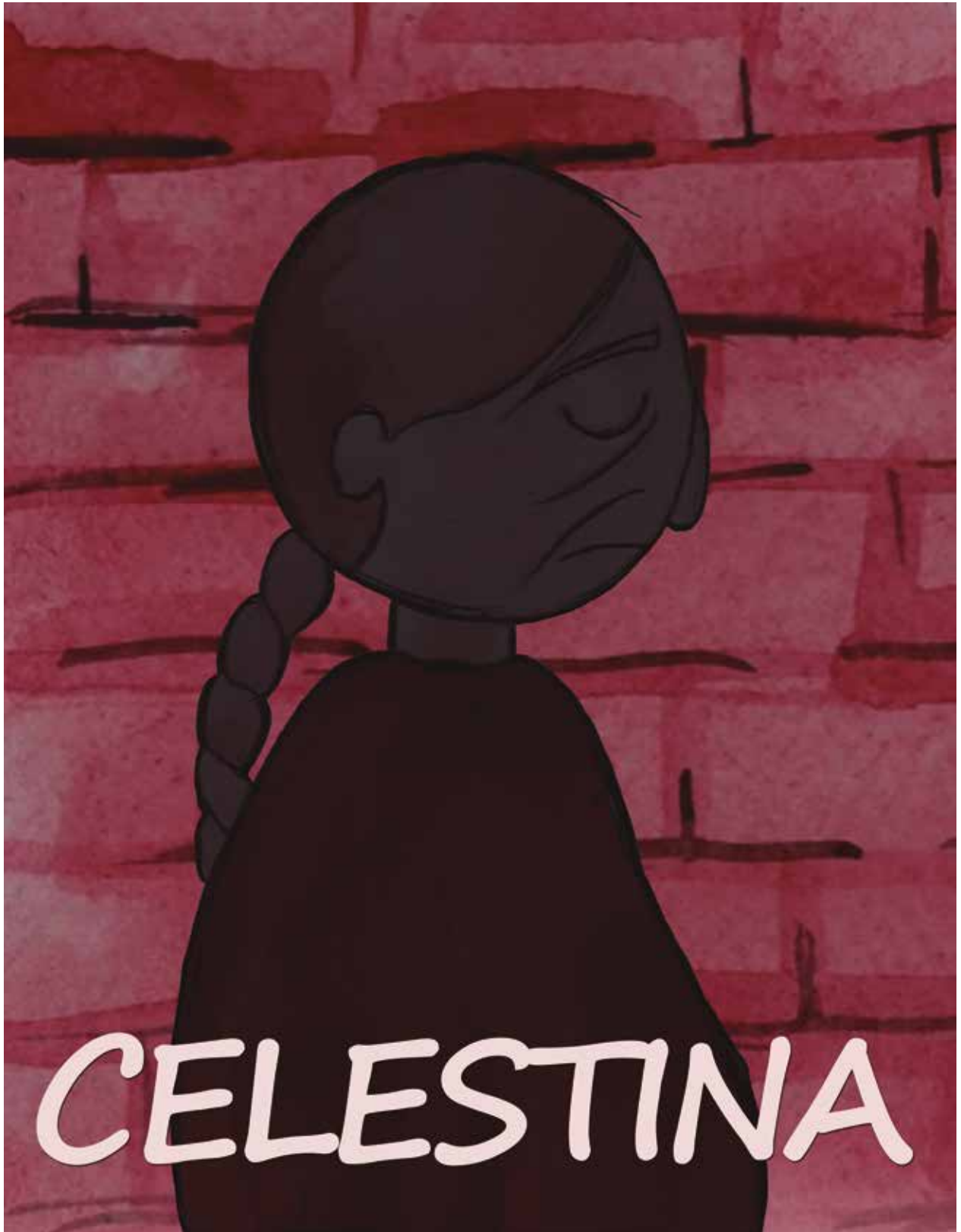




Celestina

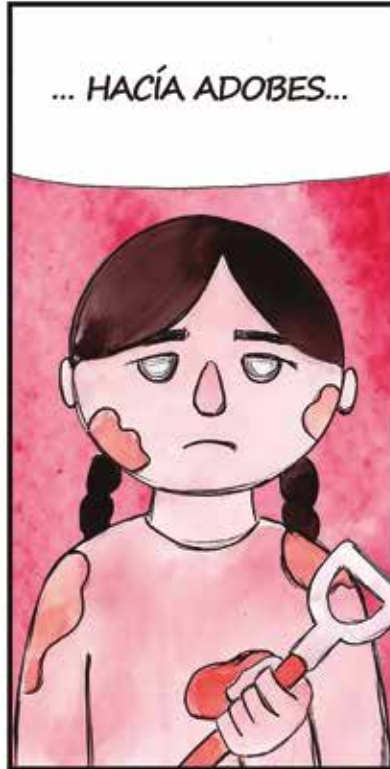
*Américo Gonzales Rojas**

* Américo Gonzales Rojas (Cochabamba, 1990). Artista plástico, ilustrador, diseñador gráfico y comunicador visual. Ha participado, como organizador y expositor, en múltiples eventos y actividades artísticas en la ciudad de Cochabamba. En el 2017, obtuvo el reconocimiento en mérito y desenvolvimiento en el Área Artístico Cultural del Gobierno Autónomo Departamental de Cochabamba (2017). En el 2020, fue jurado calificador del VII Concurso Municipal de Humor Gráfico e Ilustración, en la categoría Humor Gráfico, de la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno Autónomo Municipal de Cochabamba. Su trabajo ha sido seleccionado para formar parte de la Bienal de Arte Urbano 2023, organizada por el Proyecto mARTadero.





















SU ESPOSO HABÍA SABIDO VIAJAR A LA CIUDAD A VECES,
NO ME GUSTA MOLESTAR, ASÍ QUE UN DÍA HE ESPERADO
A QUE VIAJE PARA IR A VER A MI HIJA



DESPUÉS DE AHORRAR HARTO, AL FIN TENÍA PARA IR A COMPRARME UNA BURRA



QUERÍA UNA PARA USAR COMO ANIMAL DE CARGA, VENDER LECHE DE BURRA Y ASÍ HACER PLATTA SIN TRABAJAR TANTO



EN EL MERCADO, HE ESCUCHADO LO QUE LA GENTE HABLABA, QUE A MI HIJA GRAVE LE HABÍA PEGADO SU ESPOSO



NO CREÍA, HE ESPERADO A QUE SU ESPOSO VIAJE DE NUEVO PARA IR A VER



CUANDO HE IDO A SU CASA Y LE HE VISTO ASÍ TIRADA EN CAMA, NO PODÍA CREER, NO PODÍA NI HABLAR

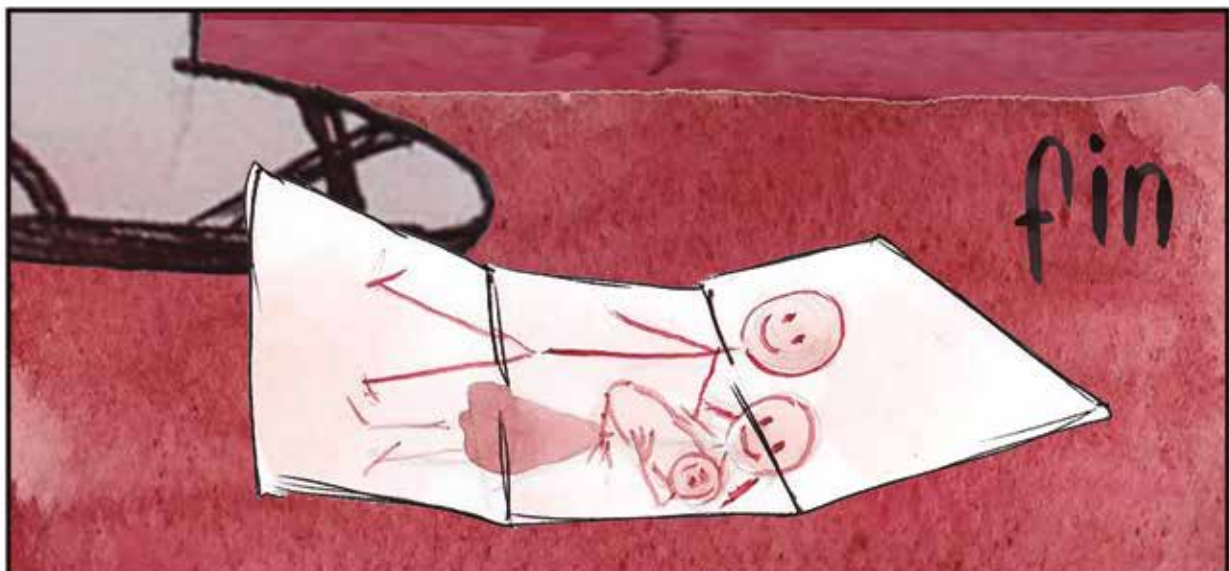












Mi color favorito

*Pilar Amalia Montesinos Reyes Ortiz**

* Pilar Montesinos Reyes Ortiz (La Paz, 1984). Diseñadora gráfica e ilustradora. Ha trabajado en diseño e ilustración para proyectos sociales, institucionales y culturales de alcance nacional y regional. Cocreadora de Mundo Rokooko, proyecto dedicado a la ilustración y caricatura que retrata personajes y tradiciones bolivianas mediante el humor. Formó parte de Picturing Encounters en el Gallery Art Space VOODOO 55 de Berlín (2018) y de la 5.ª Bienal Iberoamericana de Diseño en España (2016) con los proyectos Mundo Rokooko y Biblioteca del Bicentenario, como parte del laboratorio de diseño. Actualmente, es socia de Bien Común Estudio, diseño con enfoque social.

MI COLOR FAVORITO



Allá voy, siempre un poco tarde, dejando algo de trabajo pendiente. Tomo el primer minibús que aparece, igual me deja cerca del lugar. Llegaré más o menos en una hora.



Me acomodo en el asiento junto a la ventanilla. El minibús avanza por la avenida principal, mientras yo me dejo llevar por mis pensamientos.



Recuerdo mi infancia...



Recuerdo que, cuando era pequeña, jugaba a ser vaquero, astronauta, mosquetero...

Los juguetes pensados para niñas me parecían muy aburridos, además todos eran de color rosa.



Definitivamente, vestir y peinar barbies o darle biberón a un bebé de plástico no era lo mío.

Yo quería ser el pirata en busca de tesoros, el espadachín luchando contra dragones, el científico loco inventando pociones... En fin, los personajes divertidos de la TV usualmente eran masculinos.

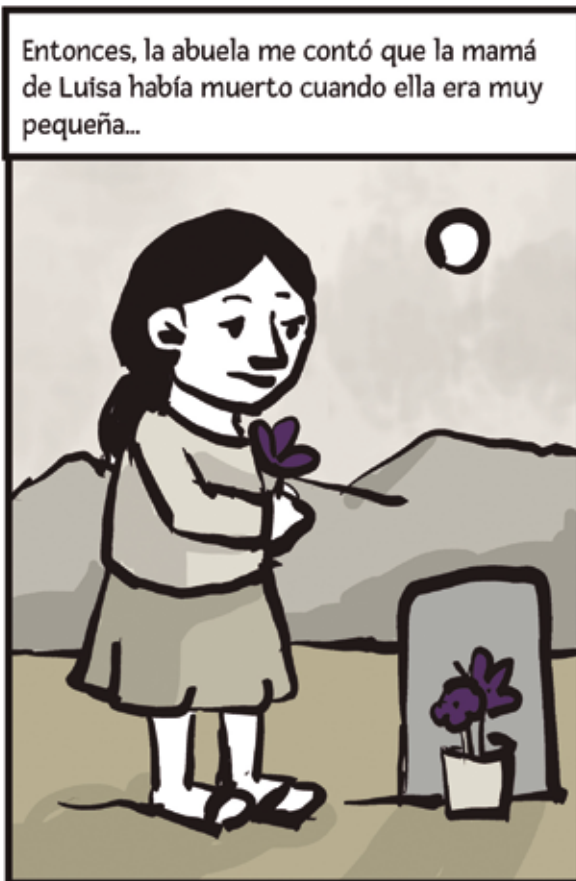






Ella me miró con desconcierto y me dijo que no podía... Pero ante mi insistencia, tomó la hoja de papel y escribió algo.







Consiguió trabajo en casa de una señora, como “empleada doméstica” (así se les llamaba antes a las trabajadoras del hogar).



Años más tarde, Luisa llegó a trabajar en casa. Cocinaba, limpiaba y hacía los mejores buñuelos de la vida.



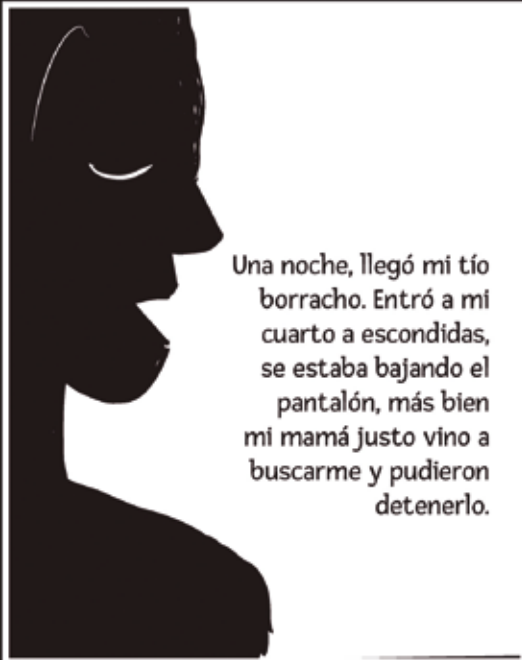
Una vez, Luisa trajo a sus hijas e hijos para que los conociéramos. Eran 5 en total.

Y recuerdo que me pregunté: ¿quién les hace la comida y los buñuelos mientras ella está en mi casa?

Como en muchos hogares, las hermanas y los hermanos mayores se quedaban a cargo de lxs más pequeñxs... Una situación de vulnerabilidad... Eran niñxs cuidando a otros niñxs.



Lo más duro es saber que los agresores se encuentran, mayormente, en los espacios que deberían ser más seguros, en el hogar, en la escuela...



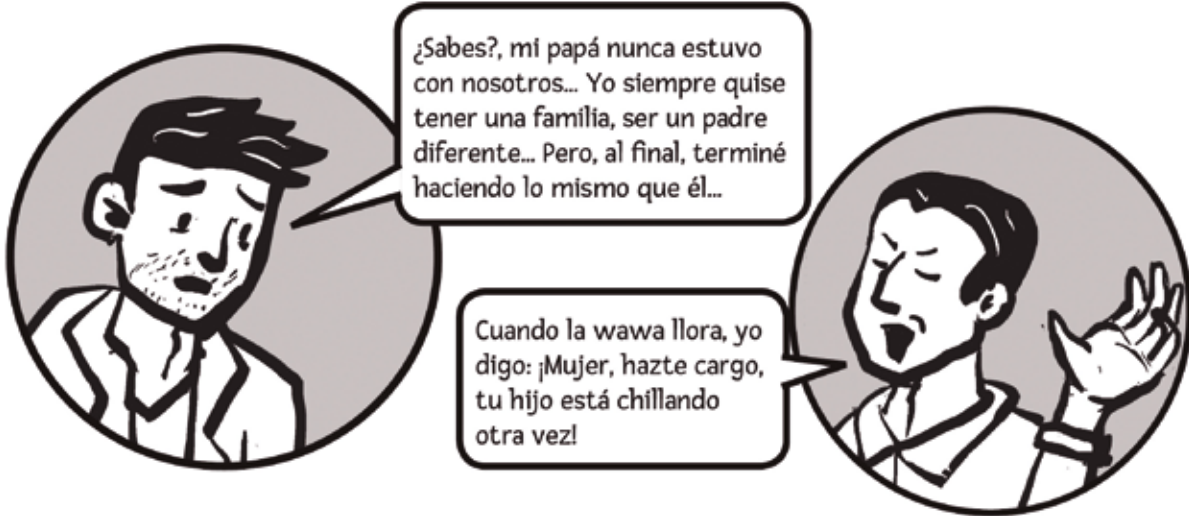
Historias de amigas, hermanas, tías... Hablar de estas cosas es necesario y, muchas veces, las mujeres encontramos apoyo y contención entre nosotras.



Algo distinto sucede con los hombres, a ellos les enseñaron a reprimir sus emociones, a no expresar las cosas que les causan dolor... Basta hablar un poco con ellos para darse cuenta de lo solos que están...



Los patrones de crianza que se replican una y otra vez...



Y, ya que hablamos de figuras paternas, siento que es un asunto desconocido para mí...



Mi mamá y mi papá se separaron poco después de mi nacimiento. Cinco años más tarde, él falleció.



Mi mamá quedó viuda y con dos hijos. Tenía dos trabajos y aún así se daba tiempo para ayudarnos con las tareas del cole...



¿Cuántas mujeres son madre y padre a la vez?

En realidad, éramos una familia ampliada, ampliadísima... Vivíamos en casa de mis abuelos, mi tía, mi prima, mi mamá, mi hermano y yo. Mamá tuvo algo de apoyo de la familia... Gracias a eso, pudimos estudiar en un colegio y en una universidad de pago.



Mi primer acercamiento al feminismo fue en una institución de la ciudad de El Alto, donde empecé a trabajar como diseñadora. En ese tiempo, pude conocer otras realidades distintas a la mía.



En una de las primeras campañas que debíamos sacar, yo quería usar el poema "Nacer hombre" de Adela Zamudio.

Una mujer superior
en elecciones no vota,
y vota el pillo peor
(permitidme que me asombre)...



Esa pregunta me movió el piso...



Recuerdo que una mañana, todo parecía normal, hasta que María, una compañera de trabajo, irrumpió en nuestra oficina. Lloraba a gritos...



Fue todo muy confuso...
En aquella oficina
atendíamos casos de
violencia...



Ver tan de cerca el dolor
y la pérdida, la búsqueda
de justicia...

¡Cuántos casos quedan
en la impunidad!

En ese entonces, el
feminicidio todavía no
estaba tipificado como
delito en Bolivia...





Y esa fue la última vez que la vi...



Desconozco los detalles, pero recuerdo que la mamá de Anita se ponía a llorar cada vez que me veía, incluso muchos años después...



El patriarcado y los distintos tipos de violencia son cosas que se viven en la cotidianidad...

...dentro de las familias, aprendiendo roles o escondiendo agresores...

...en la forma en la que nos relacionamos con nuestras parejas...

...en el amor romántico y sus mitos...

...en nuestras amistades, en el trabajo...



Pienso en todo esto mientras camino, repensando las cosas que me llevan a sumarme a la marcha...



Es 8 de marzo y las calles se tiñen de morado... Las mujeres llevan pancartas, cantan, gritan... Cada una debe tener sus propias razones, sus propias historias... A todas nos atraviesa una misma causa.



AUDIOVISUAL

Jurados: Verónica Córdova Soria, Victoria Guerrero Flores y Mariana Vargas

Nota a la edición

Tejer y dibujar a las mujeres

*Mariana Vargas Toro**

Por primera vez, la Convocatoria de Letras e Imágenes de Nuevo Tiempo ha incluido a las producciones audiovisuales en su categoría Imágenes. De esta manera, se ha tenido el privilegio de recibir 79 propuestas en torno a la temática Mujeres: resistencias, culturas, luchas y memorias. Estas obras recurren a una diversidad importante de técnicas y estéticas para contar sus historias. Entre rostros de mujeres, las narrativas que proponen revelan las impagables deudas históricas y, por instantes, dan la ilusión de que, en algún momento, habrán de saldarse.

Tramas sobre la violencia, el abandono o la injusticia son recurrentes. Hay algo crudo y profundamente elocuente en las propuestas presentadas: vemos cómo cambia el gesto de una víctima, mientras trata de articular las palabras para contar su historia; escuchamos los gritos de las amigas en una marcha que pide justicia porque hay otro feminicida sin condena; atestiguamos las huellas de la violencia patriarcal sobre un cuerpo que apenas se reconoce como propio. Este horizonte de propuestas trasluce, además, otras realidades. Así, podemos trasladarnos a lugares inhóspitos y constatar que —por la rebeldía de las mujeres indígenas— todavía se preservan saberes tan fundamentales como las técnicas de producción textil, los métodos de cultivo, la medicina tradicional y las lenguas. Es su obstinación por transmitir los conocimientos ancestrales la que permite que hoy existan y nos permite conocerlos y nombrarlos.

Las tres obras audiovisuales que han sido seleccionadas en el marco de la séptima versión de la Convocatoria forman parte de este volumen. Quedan a

disposición del público una ficción, un documental y una animación. Aunque diferentes entre sí, presentan elementos transversales, que acogen y, a la vez, trascienden creativamente los temas propuestos.

¿A dónde van las mariposas? de Piti Campos muestra el tránsito sutil del tiempo. Sin sobresaltos, en apenas unos minutos nos vinculamos con lo que podríamos considerar cinco generaciones de mujeres o una mujer en cinco etapas diferentes de la vida. El tiempo se encapsula en un frasco de vidrio y los años se inscriben en piedras grises y ocre. Así transcurren las “temporadas”, al ritmo de la firme y hábil lazada del tejido ejecutado por la mujer mayor. Apenas perceptible y manuscrita en una postal, se filtra una afirmación: “Este es mi lugar”. Los tonos sepia, los planos contemplativos, el paisaje de Yotala y los rieles que marcan el camino de salida componen el universo de una o más mujeres, que se tejen cotidianamente a donde pertenecen y entre ellas.

Mujeres de urdiembre de Neysa Rivadineira es un documental narrado en quechua por Carmen Sánchez. Esta obra presenta al telar jalq’a como un cuerpo mediante el que es posible ejercer la libertad. Planos detalle de las manos en su tarea creativa se entrelazan como los hilos del textil. Mientras tanto, una lana continua envuelve a una mujer, la teje como a los seres que toman forma en el telar. Figuras zoomorfas, creadas en papel, se descomponen y desaparecen. Es difícil predecir lo que va a pasar, porque “todo es libre en el tejido, nosotras somos libres cuando tejemos”. No es casual que, como en el cortometraje de Campos, el hilo que guía la trama

* Mariana Vargas es actriz, productora escénica y gestora cultural. Estudió Comunicación Social en la Universidad Católica Boliviana San Pablo.

es precisamente eso, un hilo de lana, probablemente, como la pluma para los letrados, este ha sido el instrumento que ha permitido a muchas mujeres transmitir su sabiduría por generaciones.

Finalmente, el cortometraje *Marce* de Daniel Díaz presenta la historia de una niña abandonada por su padre al nacer. Con sus secuencias dibujadas íntegramente y en tonos lilas, esta animación transmite las emociones de la protagonista que crece junto a su madre, y cuya vida discurre entre el abandono pater-

no como el primer acto violento en su vida y la experiencia de la violencia de su pareja.

Esta pequeña muestra audiovisual forma parte de lo que se produce en el país y bosqueja un panorama las perspectivas de lectura de las mujeres, sus vidas, sus luchas y sus experiencias. La diversidad que reflejan estas obras, estética y compositivamente, es índice de la complejidad de las realidades que se construyen alrededor —y en el mundo interior— de estas protagonistas.

¿hacia dónde van las mariposas?

Mercedes Campos Villanueva*



Ficha técnica	
Título	¿Hacia dónde van las mariposas?
Género	Drama
Dirección	Piti Campos Villanueva
Intérpretes	Angélica Zoe Agnus Cueto Silvia Villanueva Mostacedo Alicia Chumacero Campos Piti Campos Villanueva Mariana Fernanda Pórcel Calderón
País	Bolivia
Año	2022
Duración	5 min
Clasificación	A partir de 13 años
Síntesis	Una casa y una estación de tren son los lugares donde habitan varias niñas y mujeres o quizás una sola. Ella(s) transita(n) la espera y la nostalgia de dejar un lugar y partir hacia otro. Experimenta(n) el deseo de alzar vuelo, pero al mismo tiempo de regresar y encontrarse consigo misma(s).

* Mercedes Campos Villanueva [Piti Campos] (Potosí, 1977). Actriz de teatro y cine, cantante, gestora y pedagoga. Protagonista de *Juana Azurduy, guerrillera de la Patria Grande* (Jorge Sanjinés, 2016) y de *La Casa del sur* (Carina Oroza, 2019). Estudió y trabajó con el Teatro de Los Andes. Cantante del grupo Vozabierta desde el 2006. Dirigió varios proyectos y grupos teatrales. Ha realizado teatro para niños y niñas, y espectáculos musicales. Ganadora a mejor actriz de teatro con *Animales Domésticos* (Andrea Riera, 2017) y ganadora del Diablo de Oro como mejor actriz protagónica con *Juana Azurduy, guerrillera de la Patria Grande*. Investiga sobre la acción performática con obras y textos de su autoría. En los últimos años, estrenó las obras *Si estás viendo esto* (Claudia Eid, 2019) y *Ensayo de la Ansiedad* (Alice Guimaraes, 2020). Actualmente, experimenta e incursiona en la dirección y producción de cortos audiovisuales, realiza una gira con un espectáculo musical y forma parte de dos producciones teatrales.

Mujeres de urdiembre

*Jenny Neysa Rivadineira Urey**



Ficha técnica	
Título	Mujeres de urdiembre
Género	Docuficción
Dirección	Neysa Rivadineira Urey
Guion	Claudia Michel Flores
País	Bolivia
Año	2022
Duración	3 min y 50 s
Clasificación	Todo público
Síntesis	Videoarte inspirado en el legado cultural y la mirada del mundo de las mujeres jalq'as, que pone en valor sus conocimientos ancestrales, su noción histórica del colonialismo y la globalización, y su necesidad vital de transmitir el proceso del tejido artesanal.

* Neysa Rivadineira Urey (Cochabamba, 1988). Gestora cultural, cofundadora y directora general de Summergõ, un laboratorio creativo que produce experiencias inmersivas y proyectos audiovisuales para la digitalización de patrimonio, que exploran nuevas formas de contar historias, articulando tecnología y cultura. Entre sus proyectos destacan la audioruta *El tesoro escondido*, que cuenta la leyenda de Tanga Tanga y es accesible a través de una app georreferenciada, Bolivia inmersiva; *Transacciones con memoria*, un homenaje a las Heroínas de la Coronilla, con tecnología AR; Museo Digital carnivalsucre.com, entre otros.

Marce

*Brian Daniel Diaz Yáñez**



Ficha técnica	
Título	Marce
Género	Animación
Dirección	Brian Díaz Yáñez
País	Bolivia
Año	2022
Duración	3 min 4 s
Clasificación	Todo público
Síntesis	Cuando Marce nace, su padre abandona a su madre. Con los años, Marce crece y se enamora, pero su pareja es violenta.

* Brian Daniel Díaz Yáñez (Sucre, 1990). Profesor de Artes Plásticas y diseñador gráfico. Desde sus primeros años, demostró interés por las artes plásticas con el dibujo. Adquirió gusto por las expresiones artísticas digitales ya entrando a la universidad. Es apasionado del dibujo anatómico y la producción audiovisual. En Sucre, ha ganado varios premios en las área de fotografía y dibujo.



Se imprimieron 500 ejemplares de este libro durante el mes de mayo del 2023, en los Talleres Gráficos Kipus de la ciudad de Cochabamba, sobre papel bond ahuesado Stora Enso de 70 gr. y papel cuché de 90 gr., con fuente Garamond Pro.



ESTADO PLURINACIONAL DE
BOLIVIA

ISBN: 978-9917-9902-2-2



9 789917 990222